

G. MUÑOZ
ENCUADERNADOR
Paseo de Santa María
C.A.S.M.

B
|-----|
5-171

871-6
SEN
epi

Q

871-6

SEN

epi

G. M.
ENQUA
Pura de
3

BIBLIOTECA CLÁSICA.

LUCIO ANNEO SÉNECA

EPÍSTOLAS MORALES

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL LATÍN

III

D. FRANCISCO NAVARRO Y CALVO

MADRID

LUIS NAVARRO, EDITOR

COLEGIATA, NÚM. 6

1884

α.
ENCU
Platn

EPÍSTOLAS MORALES.



8-2701

BIBLIOTECA CLASICA.
TOMO LXVI

EPÍSTOLAS MORALES

POR

LUCIO ANNEO SÉNECA

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL LATÍN

POR

D. FRANCISCO NAVARRO Y CALVO

Canónigo de la Metropolitana de Granada

CON UN ESTUDIO BIOGRÁFICO DEL AUTOR

POR

D. GASPAR CARRASCO

Canónigo de la misma Metropolitana

Reg.^o 11.524



MADRID
LUIS NAVARRO, EDITOR
COLEGIATA, NÚM. 6

1884

EPHRAIM 24102195

NOV 10 1902

NEW YORK

TO THE EDITOR OF THE NEW YORK TIMES

NEW YORK, NOVEMBER 10, 1902

SIR: I have the honor to acknowledge the receipt of your letter of the 9th inst.

and in reply to inform you that the same has been forwarded to the proper authorities.

I am, Sir, very respectfully, your obedient servant,

JOHN D. RYAN

Special Agent in Charge

NEW YORK

Enclosed for you are two copies of the report of the

Commissioners of the Board of Fire Commissioners.

I am, Sir, very respectfully, your obedient servant,

JOHN D. RYAN

Special Agent in Charge

NEW YORK

Very respectfully,
JOHN D. RYAN

Special Agent in Charge

NEW YORK



LUCIO ANNEO SÉNECA.

APUNTES BIOGRÁFICOS.

I.

Córdoba, importante población de la España ulterior, fundada, ó al menos engrandecida, por el pretor Marcelo, fué patria de Séneca el filósofo. Los historiadores no convienen acerca del año de su nacimiento; pero estando averiguado con certeza que, muy niño aún, le llevaron á Roma, siendo emperador Augusto, debió ser éste hacia el año 13 de J. C.

Sus padres fueron Marco Anneo Seneca (1), conocido por el declamador ó retórico, y Helvia, enlazada con la familia de Marco Tulio Cicerón. Marco Séneca enseñó con mucho éxito la elocuencia en Roma, quedándonos de él, aunque incompletas, sus controversias ó defensas, y sus *suoasorias* ó declamaciones sobre negocios públicos. Lucio Séneca tuvo por maestros

(1) El nombre *Anneo*, según algunos críticos, indica la antigüedad de su familia.

de elocuencia, además de su padre, á Higino, Cestio y Assinio Galo, dedicándose después á los trabajos del foro, en causas públicas y privadas, bajo el reinado de Tiberio y á principios del de Calígula.

A pesar de la opinión de su padre, y contrariando sus deseos, consagróse al estudio de la filosofía, movido especialmente por las explicaciones de Attalo el estoico, del cual dice: «Considérase rey, pero es superior á los reyes, á quienes hace temblar en el tribunal de su censura. Cuando le escucho me compadezco del género humano» (1). Créese que fueron maestros de Séneca los filósofos más notables, Attalo, el estoico; Soción de Alejandría, pitagórico; Fabiano Papirio, ecléctico, y Demetrio, cínico. Sus progresos en la filosofía le distinguieron tanto, que, si notable fué en el Foro hasta el punto de provocar la envidia del detestable Calígula, que atentó contra su vida, más notable fué aún por su profesión de filósofo, estudiando con entusiasmo esta ciencia y poniendo en práctica los principios que defendía.

Mesalina acusó á Séneca de tener trato ilícito con Julia, hermana de Calígula, hecho verdadero ó vil calumnia, acerca de lo cual no están conformes sus biógrafos, y por el que el emperador Claudio le desterró á la isla de Córcega. En esta isla, ó más bien, como él mismo la describe, «en esta roca estéril por la producción, bárbara por los habitantes, salvaje

(1) Epístola cviii.

por su aspecto, nociva por su clima,» soportó cerca de nueve años de destierro, dedicado al cultivo de las letras y á la meditación de la filosofía. En el libro *De Consolatione*, que desde allí dirigió á Helvia, Polibia y Marcia, escribe: «Pasión es en mí conocer y observar la naturaleza: nada me cansa, porque si me fatigan meditaciones graves, paso á estudios ligeros.»

Agripina, esposa ya de Claudio, llamó á Séneca para encargarle la educación de su hijo Nerón, al que se había propuesto elevar al trono del Imperio. Realizados sus deseos en cuanto al regreso del filósofo y sus proyectos en la exaltación de Nerón, el primer acto con que inauguró éste su reinado fué la oración fúnebre que pronunció en elogio de Claudio, encomiando su antigua estirpe, los triunfos de sus antepasados, su amor á las ciencias y el respeto que durante su reinado guardaron al Imperio las naciones extranjeras; mas cuando quiso ensalzar la prudencia y sabiduría del difunto Emperador, todos se burlaron á pesar de la belleza del discurso, que fácilmente conocieron haber sido compuesto por Séneca con todo el arte imaginable (1).

Desde entonces dirigió sabiamente el maestro el espíritu del discípulo, infundiéndole amor á la filosofía, sin contrariar la inclinación que mostraba á las bellas artes y á la literatura, inclinación que le mereció el título de poeta (2). No está justificada la acusa-

(1) Cornelio Tácito. *Anales*, l. XIII, c. III.

(2) Vossio. *Poética*, cap. III.

ción que dirigieron á Séneca de que menospreciara á los oradores antiguos y que prohibiese á su discípulo la lectura de otros libros que los suyos, cuyo estilo afectado corrompía el gusto del Príncipe (1). Testimonio claro de la exactitud y laudable celo con que Séneca llenó su misión de maestro son sus dos libros *De Clementia*. Conociendo que el carácter de Nerón era cruel, como manifestó á sus amigos íntimos, diciéndoles que «amansaba un león que, si una vez probaba la sangre humana, sería terrible;» en esta preciosa obra demuestra la excelencia de la mansedumbre y de la dulzura, y las ventajas que lleva un príncipe que gobierna con amor y bondad, á los tiranos que se sirven de la fuerza y el terror.

Dirigido por tan prudente y sabio preceptor, los cinco primeros años del imperio de Nerón pueden servir de modelo á los príncipes, decía el emperador Trajano (2); y según Frontino, de tal manera había corregido Séneca los abusos de la corte, que parecía haber vuelto la edad de oro y descendido del cielo los Dioses para conversar con los hombres. El pueblo y los soldados recibieron del Emperador cuantiosos dones, disminuyó los impuestos á las provincias, restituyó su dignidad á los senadores, y conocidas son las palabras que pronunció al presentarle para la firma la primera sentencia capital: «Pluguiese al cielo que no supiera escribir;» y aquellas con que respondió á los

(1) Echard. *Hist. Rom.*, tom. iv.

(2) Aurelio Víctor. *De Caesaribus*, cap. v.

elogios que le tributaba el Senado: «Esperad para alabarme á que lo haya merecido.»

Estos admirables sentimientos había inspirado al Príncipe la saludable enseñanza de sus maestros Afranio Burrho y Séneca, encargado el primero de la educación militar, y de la moral y literaria el otro; pero el perseverante trabajo de los dos quedó inutilizado por la altivez desmedida, la envidiosa política y perniciosos ejemplos de Agripina, que exigía, no solamente los mismos honores que el Emperador, sino intervenir en los asuntos del Estado y firmar con él los decretos. El envenenamiento de Británico fué el primero de la serie de crímenes que hacen execrable la memoria de Nerón, crímenes que no hemos de narrar, pero sí toca á nuestro propósito defender la memoria del filósofo de las acusaciones que se le dirigieron, considerándole como autor de la perversión, no solamente literaria, sino moral, del hijo de Agripina.

Suilio y Dión le presentan cual repugnante y malvado hipócrita que enseña y escribe la moral más severa, al mismo tiempo que tiene la vida más corrompida; y hasta tal punto exageran su lujo y desmedida ostentación, que aseguran tenía quinientos lechos de cedro con adornos de marfil; que solamente buscaba la amistad de los poderosos y los placeres de la sensualidad más repugnante, sin respetar á la madre de su discípulo, á la que correspondió con vil ingratitud. Por el contrario, el historiador más imparcial de Roma en la época á que nos referimos, y el único quizá que

pudo penetrar en los secretos de la corte de Nerón. Cornelio Tácito, describe la frugal y retirada vida de Séneca, en conformidad con sus principios filosóficos. ¿Qué puede decirse en medio de tan opuestas afirmaciones? Sus riquezas, debidas no á la injusticia sino á las liberalidades del Príncipe, no le deslumbraron, sino que las tuvo bajo su servidumbre conforme á la enseñanza estoica, que, como con tanta frecuencia inculca Séneca en sus *Epístolas*, considera la riqueza, los honores, la gloria y todas las demás cosas que deslumbran al vulgo, como objetos despreciables para el filósofo. Ningún historiador de su época, ni siquiera Tácito y Suetonio, que tan poco favorables le son, habla de sus disoluciones; antes al contrario, mencionan con elogio á Paulina, la esposa de Séneca, de la que jamás se separó éste, y de la que habla con profundo cariño en algunas de sus obras; y tan lejos estuvo de cooperar al cruel asesinato de Agripina, que al notificárselo Nerón por medio de Burrho, ó cuando, según Tácito, le manifestó el Emperador que era necesaria la muerte de su madre si él había de conservar la vida, Séneca guardó profundo silencio, aterrado ante tan horroroso proyecto. Seleucio demuestra que no tuvo participación en aquel crimen, pero que no le excusa porque no debió callar en circunstancias tan graves (1). Diremos, finalmente, con uno de sus biógrafos: No es propio de hipócritas y malvados

(1) P. Causino. *Cort. Sant.*, tom. iv.

permanecer serenos ante la muerte; antes al contrario, cuando la tienen presente en toda su horrible desnudez, cuando se acerca de una manera inevitable, cuando llega sin que puedan hacer nada para evitar el golpe, la hipocresía desaparece, quedando al descubierto los bajos sentimientos de temor y cobardía que forman el fondo del carácter del hipócrita. Pues bien: Séneca recibió la orden de muerte y la muerte misma con la serenidad y grandeza de alma de un Sócrates y de un Foción. Nunca se mostró más grande este filósofo que al morir, y jamás se dió testimonio más elocuente de convencimiento profundo en la verdad de unos principios filosóficos como el que dió Séneca saliendo al encuentro de la muerte con la tranquilidad del estoico que considera la vida «como albergue en que se aloja el caminante, y que más ó menos pronto tiene que abandonar» (1).

Tiempo hacía ya que despreciaba Nerón los consejos de sus antiguos preceptores, y guiado por la crueldad de su carácter había dado muerte á Burrho, por medio del veneno, reemplazándole con Tigelino, vil instrumento de sus vicios. Solicitó entonces Séneca retirarse de la corte y abandonar al Emperador las riquezas que poseía; pero á ninguna de estas cosas accedió Nerón, tributándole grandes muestras de aprecio y respeto. Sin embargo, desde aquella época cambió por completo la vida del filósofo; alejóse de

(1) Séneca, *Epistolas morales*.

los negocios, de los espectáculos; evitó el trato con los cortesanos; se reconcentró en el estudio, tomando apenas alimento, bien por acomodarse á la sobriedad tan ensalzada por los estoicos y que, como él mismo refiere, observó largo tiempo en su juventud cuando escuchaba las lecciones de Attalo, bien por temor á la ponzoña, de que tan hábil y frecuentemente se servía Nerón para deshacerse de los que le eran odiosos. Mas no pudo evitar caer bajo la garra de aquel león que no consiguió amansar. Descubierta la conspiración que tramaron los nobles y principales de Roma para libertarse del Emperador, conspiración que dirigía Cayo Pisón, elogiado por Tácito, Natal acusó á Séneca de complicidad con los conspiradores, y á pesar de que no se probó su participación en el delito, y ni siquiera se conocía claramente su opinión, el Emperador le condenó á muerte. El historiador Tácito describe de esta suerte (1) aquel último trance del filósofo, en el que tan relevante prueba dió de su firmeza en los principios estoicos:

«Siguió á esta muerte (la de Plaucio Laterano) la de Anneo Séneca, muy agradable al Príncipe, no porque se hallase contra él culpa alguna en la conjuración, sino por ejecutar con hierro lo que no había podido hacer con veneno; porque hasta entonces no había sido nombrado más que por Natal solo, de que Pisón le había enviado á visitar á Séneca estando

(1) *Anales*, xv. Traducción de D. Carlos Coloma, publicada en esta BIBLIOTECA.

enfermo y á dolerse con él de que no consentía que le visitase; añadiendo que era mejor poner nuevas raíces á su amistad, tratándose y comunicándose familiarmente, y que Séneca había respondido «que el »conversar entre sí y verse á menudo no era conveniente á ninguno de los dos, pero que su salud dependía de la salud y seguridad de Pisón.» Estas palabras mandó el Príncipe que refriese á Séneca Granio Silvano, tribuno de una cohorte pretoriana, y que le preguntase si era verdad que hubiese pasado aquel coloquio entre él y Natal. Había casualmente Séneca (otros dicen que de industria) vuelto aquel día de Campania y alojándose en una quinta suya, á una legua de la ciudad, donde, cerca de la noche, llegó el tribuno, y después de haber hecho cercar la quinta de escuadras de soldados, hallando á Séneca cenando con Popea Paulina, su mujer, y dos amigos, le notificó las comisiones que llevaba del Emperador.

»Respondió Séneca: «que era verdad que había venido á él Natal, de parte de Pisón, quejándose de »que, queriendo visitarle, se le había negado la entrada; que á esto se había excusado con su enfermedad y con el deseo que tenía de quietud, y que, por »lo demás, nunca había tenido causa para anteponer »á su propia salud la de un hombre particular; ni él, »de su naturaleza, era inclinado á lisonjas, como mejor que otro alguno lo sabía el mismo Nerón, el cual »había hecho más veces experiencia de la libertad »de Séneca que de su servil adulación.» Referida

por el tribuno esta respuesta al Príncipe en presencia de Popea y Tigelino, que era el Consejo secreto con quien resolvía el modo de ejercitar su crueldad, le preguntó si Séneca se preparaba para tomar una muerte voluntaria, y afirmando el tribuno que no había conocido en él señal alguna de temor ni tristeza en palabras ni en rostro, se le manda que vuelva y que le notifique la muerte.....

.....

»Séneca, sin temor alguno, pidió recado para hacer testamento, y negándose el centurión, vuelto á sus amigos, les dice: «que pues se le impedía el reconocer y gratificar sus merecimientos, les dejaba una sola recompensa, aunque la mejor y más noble que les podía dar, que era el espejo y ejemplo de su vida, del cual, si tenían memoria, sacarían una honrada reputación y el loor de haber conservado y sabido aprovechar el fruto de tan constante amistad. Y juntamente, ya con amorosas palabras, ya con severidad, á manera de corrección, les hacía dejar el llanto y los procuraba reducir á su primer firmeza de ánimo, preguntándoles que dónde estaban los preceptos de la sabiduría, dónde la disposición preparada con el discurso de tantos años para oponerse á cualquier accidente y eminente peligro. Porque á todos era notoria la crueldad de Nerón, á quien no quedaba ya otra maldad que hacer, después de haber dado muerte á su madre y hermano, sino quitar la vida á su ayo maestro.»

»Después de haber dicho en general estas y semejantes cosas, abraza á su mujer, y habiéndola mitigado algún tanto la fuerza del temor presente, la exhorta y la ruega que trate de templar y no eternizar su dolor, procurando, con la contemplación de su vida pasada virtuosamente, tomar algún honesto consuelo y en su manera olvidar la memoria de su marido. Manifestando la esposa que estaba decidida á morir con él, le dijo Séneca: «Yo te había mostrado los consuelos que había menester para entretener la vida; mas veo que tú escoges la gloria de la muerte. No pienso mostrar que tengo envidia al ejemplo que has de dar de tí, ni estorbarte esta honra. Sea igual entre nosotros dos la constancia de nuestro fin, aunque es cierto que el tuyo resplandecerá con mayor excelencia.» Después de esto se cortaron al mismo tiempo las venas de los brazos. Séneca, porque siendo ya muy viejo y teniendo el cuerpo muy enflaquecido con la larga abstinencia despedía muy lentamente la sangre, se hace cortar también las venas de las piernas y tobillos. Y cansado de la crueldad de aquellos tormentos, por no quebrantar con las muestras de su dolor el ánimo de su mujer y por no deslizar él en alguna impaciencia, viendo lo que ella padecía, la persuade á que se retire á otro aposento. Y sirviéndose de su elocuencia hasta en aquel último momento de su vida, llamando quien le escribiese, dictó muchas cosas.....

.....

»Séneca, entre tanto, durándole todavía el espacio y dilación de la muerte, rogó á Statio Anneo... que le trujese el veneno ya de antes prevenido..., lo tomó, aunque sin efecto alguno, por habérsele ya resfriado los miembros y cerrado las vías por donde pudiera penetrar la violencia de él. A lo último, haciéndose meter en el aposento donde había un baño de agua caliente, y rociando con ella á sus criados que le estaban más cerca, añadió estas palabras: «Este licor consagro á Júpiter librador.» Metido de allí en el baño y rindiendo su espíritu con aquel vapor, fué quemado su cuerpo sin pompa ó solemnidad alguna, como antes lo había ordenado en su codicilo, mientras hallándose todavía rico y poderoso, iba pensando en lo que se había de hacer después de sus días.»

De esta manera describe Tácito los últimos momentos del *Filósofo moralista*, que, consecuente con la doctrina estoica que profesó y defendió durante toda su vida, nunca mostró mayor desprecio á la muerte que en el momento de morir. Como estoico murió, como estoico había vivido, y rechazando esta escuela la hipocresía, que considera como uno de los vicios que más rebajan la dignidad humana, difícil es, si no imposible, sostener ante la sana crítica la acusación que le dirigieron algunos escritores antiguos, y que se ha reproducido en tiempos más modernos. No fué solamente un gran filósofo Lucio Anneo Séneca; fué también una gran figura en el campo de la moral, y de

aquí que algunos creyeran fué cristiano, aunque no se atreviera á profesar públicamente la doctrina de Jesús, tan cruelmente perseguida por Nerón. La libación que hace al morir á Júpiter librador, según Tácito, destruye esta opinión; sin embargo, son muy atendibles los testimonios que la abonan.

Flavio Dextro, en su crónica desde el nacimiento de Jesucristo hasta el siglo IV, en que debió escribirla, dice (año 64) que Séneca tuvo buenos sentimientos del Cristianismo, y lo profesó, aunque no públicamente. «*De christiana re bene sensit, factusque christianus sed occultus.*» San Jerónimo lo incluye en el número de los cristianos, libro *De Scriptoribus ecclesiasticis*: «*Seneca continentissimæ vitæ fuit quem non ponemus in cathalogo sanctorum, nisi me illæ epistolæ quæ leguntur a pluribus Pauli ad Senecam et Senecæ ad Paulum.*» Tertuliano (libro *De Anima*) le llama nuestro, es decir, cristiano, aunque oculto, *occulte noster*. San Agustín, libro IV *De Civitate Dei*, alaba un libro que escribió contra las supersticiones gentílicas, quemado después por los enemigos del Cristianismo; y el mismo San Agustín, epístola 54, *Ad Mardon*, dice: «*Merito Seneca, qui temporibus apostolorum fuit, cujus etiam quædam ad Paulum apostolum epistolæ leguntur: omnes odit qui malos odit.*»

Aunque estos testimonios no basten para convencer que Séneca profesase el cristianismo, tienen sin embargo irrefutable fuerza para demostrar que casi en sus mismos tiempos, y por aquellos que ante todo atendían á la pureza de costumbres, el gran filósofo mora-

lista fué considerado como varón virtuoso. No debió, por consiguiente, estar su vida en contradicción con su doctrina; no debió cubrir sus desórdenes con hipócrita severidad de principios, sino que, antes al contrario, si al morir la dejó «como ejemplo y espejo que considerasen sus amigos» era porque en toda ella no había nada que fuese contrario á los preceptos estoicos. Los preceptos estoicos se acercaban mucho á la pureza de la moral cristiana (1), y tal vez por esto no sería aventurado en demasía deducir que, oyéndole defender una doctrina relativamente pura, y viéndole vivir en conformidad con esta doctrina, se llegase al fin á considerarle cristiano.

II.

El carácter del pueblo romano, sus tradiciones, sus costumbres, sus aspiraciones; todo lo que constituye su civilización, su vida en la historia de la humanidad, y que concurre á determinar el desarrollo del pensamiento filosófico, demuestra la preponderancia que alcanzó en sus escuelas el estoicismo importado de Grecia. Los dogmas positivos de este sistema filosófico, y su moral severa, se adaptaban á la gravedad del

(1) San Jerónimo encuentra relaciones entre la filosofía estoica y la religión cristiana. *Stoici cum nostro dogmate in plerisque concordant*. Los estoicos concuerdan con nuestro dogma en muchas cosas.

romano, honrándose con profesarlos el orador, el magistrado, el jurisconsulto y los mismos legisladores. La constancia, la resignación, la imperturbabilidad en los peligros, en los males y aflicciones de la vida; el sacrificio de ésta cuando lo exija la conservación de la virtud, y hasta la excitación al suicidio en determinados casos, considerándolo preferible á las acciones humillantes y deshonorosas, conformes estaban con las inclinaciones de un pueblo en el que el amor á la patria, aun á costa del sacrificio del individuo, su engrandecimiento y su gloria, fué su pasión dominante y exclusiva, ya en los brillantes días de la República, ya en los tiempos del Imperio. Así se explica por qué el Senado que rechazó otras teorías procedentes de Grecia, llamándolas innovaciones contrarias á los usos é instituciones de los antepasados, como las de los pitagóricos, peripatéticos, epicúreos, cínicos, escépticos, la filosofía ecléctica, y hasta la misma Academia, á pesar de contar á Marco Tulio Cicerón entre sus adeptos, favoreciese á los estoicos, teniendo aquellos filósofos que ceder sus cátedras á los defensores de las doctrinas del Pórtico, entre los que descuellan Panecio, el maestro de Scipión y de Lelio; Baldo, elogiado por Cicerón; Catón el joven, nieto del Censor; Atenodoro de Tarso, preceptor de Claudio; Cornuto y Musonio Rufo, que atraían en derredor suyo á la juventud romana recordándola la pureza de costumbres de la República para preservarla de la corrupción que se desarrolló con el Imperio.

Entre esta brillante pléyade que representa y forma la evolución filosófico-romana, el que expone científicamente y desarrolla el estoicismo es el notable español, el ameno literato y pensador profundo Lucio Anneo Séneca, en cuyos escritos se formaron los sabios de todas condiciones que reunieron los laureles de la ciencia á los de la conquista sobre la frente del pueblo-rey, desde Epitecto el esclavo, hasta los emperadores Antonino Pío y Marco Aurelio.

Decir podríamos, sin rayar en exageración, que la lectura de las obras de Séneca es utilísima y hasta necesaria para el filósofo, el jurisconsulto y el literato.

Para el filósofo, que sigue en su progreso al espíritu humano, que fija y determina las leyes providenciales de su desarrollo, que al través de las contradicciones de la razón manifestadas en la lucha de las escuelas, llega en su penosa carrera á Grecia y descubre en ella al fundador del estoicismo, al gran Zenón, que, alimentado en la enseñanza de Sócrates, produce una revolución científica con sus lecciones públicas en el Pórtico (Stoa) de Atenas. Zenón es el continuador del movimiento filosófico socrático, quien dió impulso práctico á la ciencia, quien desarrolla el elemento positivo de ella atribuyendo la preponderancia á la moral, no confundida con la política, como se encuentra en Platón y en Aristóteles, sino concreta, individualizada, independiente. La doctrina del inmortal filósofo de Cittium no puede conocerse bien

por lo que de él refieren los historiadores griegos Plutarco y Diógenes Laercio, sino por las obras de Séneca, que reproduce, desenvuelve y completa su pensamiento fundamental, que, lejos de haberse extinguido en el trascurso de los siglos ó quedar como recuerdo y muestra del progreso del espíritu humano en antiguas épocas, se reproduce bajo nueva forma en nuestros días. «La afectada pureza en el motivo de la acción, dice el P. Ceferino González (1), su precepto de obrar la virtud por la virtud misma, con el consiguiente menosprecio ó indiferencia en orden á todas las demás cosas, y sobre todo, la independendencia autonómica que atribuye á su razón individual, tienen grande afinidad, por no decir identidad, con los imperativos categóricos de Kant y con las recientes teorías racionalistas del krausismo: Obrar el bien por el bien.»

Conveniente y hasta necesaria es la lectura de las obras de Séneca para el jurisconsulto que se remonta á buscar los orígenes de la legislación, la fuente de la ciencia del derecho, la base de los códigos que imperan en los pueblos cultos, códigos que tienen su primera raíz en Roma la legisladora. En las obras de Séneca encuentra las máximas en que descansan los preceptos jurídicos y que, compendiadas por Justiniano en sus *Instituciones* y en el *Digesto*, le llevan á presentar la definición de la ciencia, de la justicia y

(1) *Historia de la Filosofía*, tom. I, pág. 334.

del derecho, copiada de Ulpiano, jurisconsulto estoico: *Dicinarum et humanarum rerum cognitio, justi atque injusti scientia: ars justi et æqui.*—*Constans ac perpetua voluntas jus suum cuique tribuens.*

La filosofía estoica, introducida en Roma en los últimos días de la República, desenvuelta y comentada por Séneca, halagaba al mismo tiempo á la clase aristocrática legitimando los honores del sabio, al que corresponde gobernar las masas populares destituidas de cultura, y fomentaba las aspiraciones de la plebe por la rara justicia que proclamaba sin distinción de clases ni personas y por la supremacía que otorgaba á la inteligencia, sin consideraciones de raza. «Grande fué la influencia de la filosofía estoica en el derecho, escribe Gómez de la Serna; la jurisprudencia, que hasta entonces se había limitado al mezquino círculo de las leyes positivas, se extendió á la investigación de los principios de la justicia natural.» En la filosofía estoica descubre Lerminier el sistema científico y todo lo que ha dado existencia inmortal á la legislación romana. Así lo consigna en la *Introducción general á la historia del derecho* (cap. III). «Los estoicos, presentándose en el seno de la República en el momento en que iba á desaparecer, enseñaron á los jurisconsultos; y á esta alianza entre el Foro y el Pórtico debe atribuirse aquella jurisprudencia filosófica, aquel estilo legislativo que, en formas severas, encierra las decisiones de inflexible justicia y de razón inexorable.»

Conveniente es la lectura de Séneca al literato que estudia la actividad intelectual desenvuelta por los sentimientos y amenizada en sus formas exteriores con las bellezas del lenguaje, los encantos y atractivos de la poesía y las galanas figuras de la retórica. En Séneca encuentra el único escritor trágico de que puede gloriarse la culta Roma, digno y exacto imitador de Sófocles y Eurípides, á quien habían de seguir en este género literario Curacio Materno, Pacco, Fausto, Lappa y otros menos conocidos cuyas obras declamatorias se perdieron. El lugar que ocupa Séneca entre el siglo de oro que termina con Augusto, y el de la decadencia, fija la atención del literato, moviéndole á rechazar igualmente las opiniones de aquellos que le han comparado con Cicerón, y las de los que le han considerado como autor del rebajamiento de la pura latinidad y corrupción del buen gusto, haciéndole admirar cómo se preservó de los vicios en que incurrieron sus contemporáneos, sin excluir á los escritores de la *Farsalia* y del *Argonauticón*.

Creemos que estas ligeras indicaciones bastarán para justificar lo que antes dijimos, esto es, que la lectura de las obras de Lucio Anneo Séneca es conveniente y hasta cierto punto necesaria tanto al filósofo como al jurisconsulto y al literato.

Entre las obras de este sabio escritor, debemos mencionar el libro *De la clemencia*, dirigido á Nerón en el segundo año de su imperio, en cuyo libro demuestra la utilidad de esta virtud en todos los hom-

bres y su necesidad en el soberano, exponiendo los modos de adquirirla, de conservarla y de fortalecerse en ella.

De los bienhechores, dirigido á Ebacio, libro que, estableciendo una comparación entre el agradecimiento y la ingratitud, abunda en pensamientos delicados y máximas que parecen inspiradas, siendo un tratado de enseñanza general.

De la tranquilidad de alma, dirigido á Sereno, capitán de los guardias de Nerón, su íntimo amigo, y en el cual él mismo se consuela de su pérdida.

De la vida feliz, dirigido á su hermano Galión; es una apología del estoicismo, de la que pasa á otra de la filosofía en general.

Del retrato del sabio, continuación del anterior.

De consuelo, dirigido á su madre Helvia.

De la brevedad de la vida, dirigido á Paulino, padre de su esposa. La vida no es corta sino cuando se emplea mal.

Los epigramas, que no son dignos de este filósofo y que carecen de gracia.

La metamorfosis de Claudio, que se cree apócrifo.

Las cuestiones naturales: cuestiones curiosas y raras sobre Historia natural.

De la constancia del sabio, reprensión severa del vicio.

Del consuelo, á Polivio. El consuelo es el estudio.

De las diez tragedias publicadas bajo su nombre, solamente se reconocen cuatro como auténticas, pero

todas contemporáneas suyas, así es que la de *Hércules furioso*, según Suetonio, representa á Nerón.

Entre las obras más importantes del sabio escritor deben contarse sus EPÍSTOLAS MORALES, en número de ciento veinticuatro, dirigidas á Lucilio, filósofo estoico también, que, nacido plebeyo, fué elevado por sus méritos al rango de caballero romano, y al importante cargo de Intendente de la Sicilia. Esta extensa correspondencia forma un curso de moral, y de ella hizo profundo estudio nuestro Fr. Luis de Granada. En estas Epístolas hace Séneca el resumen más completo de la filosofía pagana en su parte práctica, no existiendo máxima importante que no haya comprendido en tan preciosa colección. En estas Epístolas aparece como pensador delicado, de ordinario profundo, y á veces sutil; mas es necesario tener en cuenta, para comprender bien su espíritu, que las escribió en la corte más corrompida y disoluta, contra cuyas costumbres se indigna, mostrando la repugnancia con que hubo de vivir en ella.

En el pasado siglo se discutió mucho entre los críticos acerca de la correspondencia epistolar entre Séneca y San Pablo; correspondencia de que antes hicimos mención, y que Hugo Blair no cree fuese correspondencia verdadera, sino disertaciones sobre asuntos morales que puso en forma de cartas, que el cardenal Baronio reconoce como muy antiguas, conocidas y aprobadas por San Jerónimo, considerando no debe suponerse que doctor tan esclarecido las ad-

mitiese sin el examen y crítica necesarios. El Padre Sianda expresa de esta manera su prudente juicio: «Aunque no sean auténticas todas estas cartas (las de San Pablo), parece infundado negar que entre el apóstol y el filósofo mediara comunicación epistolar, afirmándolo San Jerónimo y San Agustín, sin que por esto se llamen *canónicas* estas epístolas, título que solamente reciben las que están reconocidas por la Iglesia. No tratan estas cartas de dogmas de fe, antes bien, son muestras de la atención que se debía á un hombre de erudición é importancia en la corte del Emperador, y que, si bien gentil públicamente, podía favorecer en secreto á los cristianos.»

Los escritores antiguos juzgaron de manera muy distinta á Séneca, ensalzándole unos, rebajándole desmedidamente otros, pero esta misma diversidad de pareceres demuestra la importancia del filósofo. Quintiliano dice (1): «Sus virtudes fueron muchas y grandes, su ingenio claro y magnífico, su estudio muchísimo, y profundo el conocimiento que tuvo de todas las cosas, aunque algunas veces le engañaron aquellos á quienes encargó averiguasen algo. Trató casi todas las materias literarias, pues andan en manos de todos sus oraciones; sus poemas, sus cartas y sus diálogos. En la filosofía es poco exacto, pero reprende excelentemente los vicios.» Gelio (2), por el contrario, desprecia sus obras como inútiles, y las

(1) *Institutionum*, cap. I.

(2) Lib. XII.

llama insípidas; mientras que Fronto afirma que Séneca con sus escritos restauró el siglo de oro. Suetonio dice que á todos agradaba, menos á Calígula, que nada bueno podía aprobar por la perversidad de su carácter. Dión lo considera el primero de su siglo por su doctrina y erudición. Y en los tiempos modernos, mientras el jesuita Causino le ensalza hasta con exageración, Erasmo le desprecia.

En cuanto á su estilo, hase dicho que parece que Séneca puso especial cuidado en no pensar y expresarse como los demás hombres; sus constantes antítesis son de mal gusto, y su afectación al exponerlo todo por sentencias le lleva hasta el ridículo (1).

El abate Trublet dice por su parte: «Séneca demuestra que un escritor puede ser á la vez conciso y difuso: conciso, porque emplea el menor número posible de palabras; difuso, porque desenvuelve bajo diferentes formas un mismo pensamiento sin añadirle fuerza alguna.»

No hemos de prolongar más estos apuntes, que por su desaliño cansarán tal vez al lector, y terminaremos con el siguiente dato, hasta cierto punto curioso, y que demuestra que el ilustre filósofo, en la época de su influencia en la corte de Nerón, no olvidó á su patria. El ayuntamiento de Antequera, en 1584, reuniendo las lápidas encontradas en las ruinas de los municipios de Singilia, Nescania, Ancio é Iluro, las

(1) Diario de Trevoux, t. iv.

XXX

colocó en el llamado Arco de los Gigantes ó de Hércules; entre estas lápidas se encuentra una, que debió ser pedestal de alguna estatua, con la siguiente inscripción (1): L. ANNEO SÉNECA OB BENEFITIA NESCANIENSIS. F. C. Que puede traducirse: Los Nescanienses cuidaron de erigir esta estatua á Lucio Anneo Séneca por los beneficios recibidos.

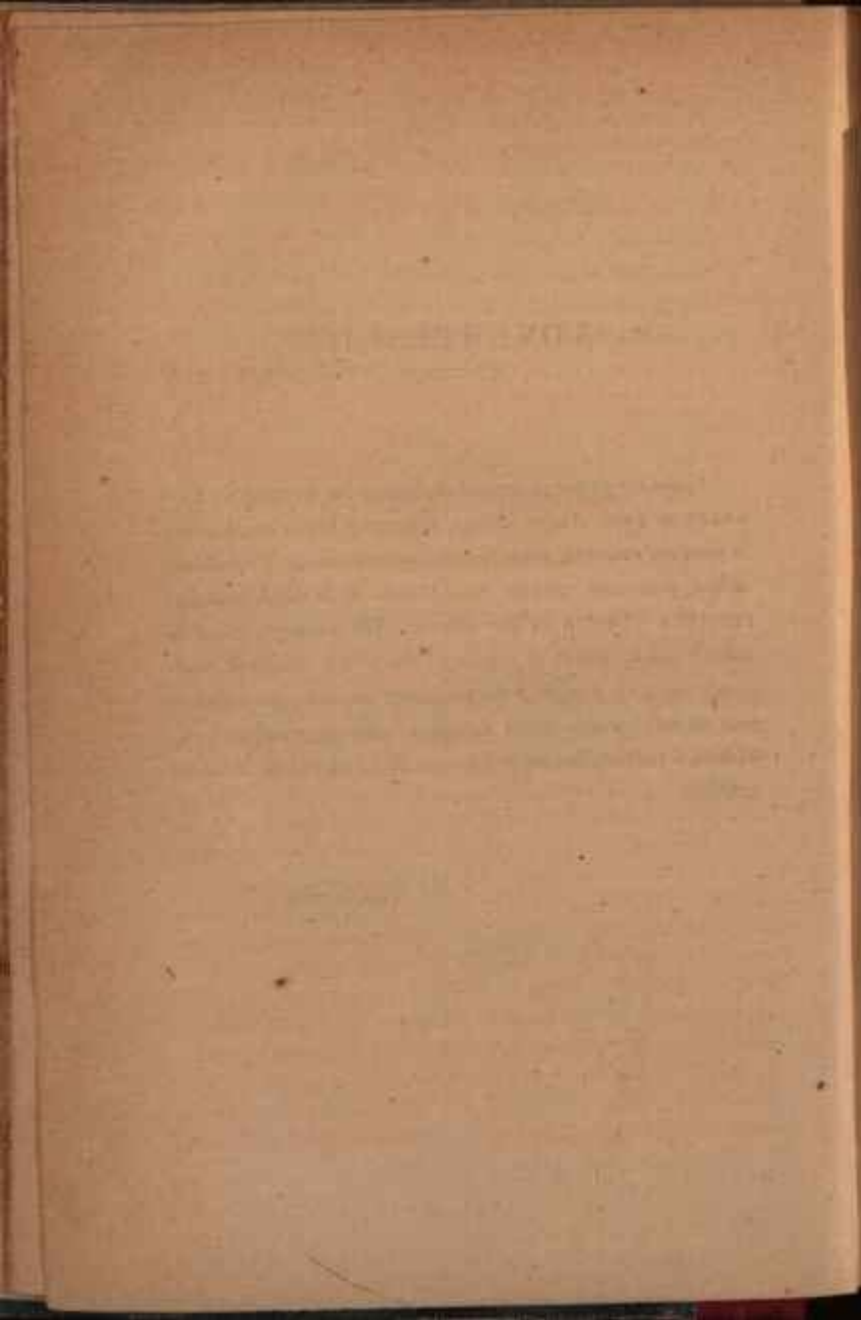
GASPAR CARRASCO,
Canónigo de la Metropolitana de Granada.

(1) El sabio anticuario inglés Carter se ocupa de esta lápida.

ADVERTENCIA.

Al intentar poner en lengua castellana las EPÍSTOLAS MORALES de Lucio Anneo Séneca, solamente hemos considerado la obra del eminente filósofo como monumento de la literatura latina, y con este carácter tiene cabida en la importante BIBLIOTECA CLÁSICA en que aparece. Sin embargo, como en todas estas Epístolas se proponen, discuten y resuelven cuestiones morales, cumple á nuestro deber declarar que rechazamos de todo corazón todas aquellas ideas y principios que directa ó indirectamente se opongan á la pureza de la moral católica.

EL TRADUCTOR.



EPÍSTOLAS MORALES.

EPÍSTOLA PRIMERA.

DEL USO DEL TIEMPO.

De tal manera debes obrar, querido Lucilio, que seas dueño de tí mismo, y recoge y conserva el tiempo que acostumbran arrebatarte, sustraerte, ó que dejas perder. Persuádete de que te escribo cosas ciertas: nos arrebatan parte del tiempo, nos lo sustraen ó la dejamos perder. La peor de todas estas pérdidas es la que ocurre por negligencia propia; y, si atentamente lo consideras, verás que se emplea considerable parte de la vida en obrar mal, mayor aún en no hacer nada, y toda en hacer lo contrario de lo que se debía. ¿Quién me presentarás que dé su verdadero valor al tiempo? ¿que aprecie el día? ¿que comprenda que diariamente se acerca á la muerte? Nos engañamos al considerar que la muerte está lejos de nosotros, cuando su mayor parte ha pasado ya, porque todo el tiempo transcurrido pertenece á la muerte. Haz, pues, querido Lucilio, lo que me escribes que haces; emplea bien todas las horas, y menos necesitarás del porvenir, cuanto mejor trabajes en el presente. Mientras nos

detenemos, transcurre el tiempo. Todas las cosas nos son ajenas, querido Lucilio; solamente es nuestro el tiempo. De esta única cosa nos puso en posesión la naturaleza, pero es tan ligera y resbaladiza que nos la puede quitar cualquiera; y tal es la necedad de los hombres, que agradecen las bagatelas que se les conceden y por nada cuentan el tiempo que se les ha dado y que sin embargo tan grande cosa es que ni el más generoso podría pagar jamás. Me preguntarás tal vez qué hago yo que tales consejos te doy. Confesaré ingenuamente que obro como los que viven en el lujo, pero con economía: llevo cuenta de mis gastos. No puedo decir que no pierdo nada, pero diré cuánto y cómo pierdo; es decir, daré cuenta de mi pobreza. Ocúrreme como á los que han caído en estrechez sin culpa propia: todos les compadecen y ninguno les socorre; ¿qué importa? no contemplo pobre al que se contenta con lo que le queda. Te deseo, sin embargo, que conserves lo poco que tienes, y que comiences desde temprano; porque, como decían nuestros mayores, inútil es la economía cuando no queda ya nada. Lo que queda en el fondo no solamente es poco, sino que además es malo. Adiós.

EPÍSTOLA II.

DE LOS VIAJES Y DE LA LECTURA.

Por lo que me escribes y por lo que oigo, concibo buenas esperanzas de tí; no corres, no cambias frecuentemente de lugar. Esta agitación solamente es propia de ánimos enfermos. Creo que la primera señal de mente sólida es poder pararse y conmorar con-

sigo misma. Pero ten cuidado, no sea que la lectura de tantos autores y de todo género de libros tenga algo de vago é inestable. Conviene detenerse y nutrirse de ciertos ingenios si queremos obtener de ellos algo que se adhiera sólidamente á nuestro ánimo. El que está en todas partes, no está en ninguna. Los que viajan sin cesar, tienen muchos huéspedes y ningún amigo. Así ocurre necesariamente á los que no se fijan en ningún autor y pasan ligeramente por todas las materias. No aprovecha la comida, ni nutre al cuerpo si se toma y devuelve en seguida. Nada perjudica tanto á la curación como el continuo cambio de remedios. No se cicatriza la herida mientras se están ensayando en ella medicamentos; no arraiga el árbol que se trasplanta con frecuencia, ni existe nada tan saludable que aproveche con pasar solamente. La multitud de libros disipa. Cuando no se pueden leer todos los que se tienen, basta tener los que pueden leerse. Pero me dirás:—quiero leer en tanto éste, en tanto aquél.—De estómago cansado es querer probar de muchos manjares, que siendo varios y diversos perjudican y no alimentan. Lee siempre autores afamados, y si te ocurre leer otros, vuelve á los primeros. Atesora diariamente algo contra la muerte y demás miserias, y cuando hayas recorrido muchas cosas, elige una para digerirla bien aquel día. Esto hago yo, y me fijo siempre en algo de lo mucho que leo. He aquí lo que he encontrado hoy en Epicuro (porque suelo penetrar en el campo enemigo, no como tráfuga sino como explorador): «Cosa muy honesta es, dice, regocijada pobreza.» Pero si es regocijada, no es pobreza: porque no es pobre el que tiene poco, sino el que desea más de lo que tiene. ¿Qué importa poseer mucho dinero, granos, rebaños y rentas, si se ambiciona el bien de otro y si se estima

en mucho más lo que se desea tener que lo que se posee? ¿Preguntas cuál es el límite de la riqueza? El primero es tener lo necesario, y el segundo lo suficiente. Adiós.

EPÍSTOLA III.

DE LA ELECCIÓN DE AMIGOS.

Escribesme que has entregado cartas para mí á un tu amigo, y me encargas que nada le diga de lo que te ataÑe, porque así acostumbras á obrar con él. En una misma carta lo confiesas y niegas por amigo. De creer es que has usado la palabra según se acostumbra, y que le llamas amigo de la misma manera que llamamos hombres honrados á los que aspiran á las dignidades, y damos el nombre de señor al que encontramos si no recordamos al punto su nombre. ¡Pase por esto! pero si tienes un amigo en quien no confíes tanto como en tí mismo, ó te engañas profundamente, ó no conoces la fuerza de la verdadera amistad. Examina todas las cosas con tu amigo, pero ante todo examínale á él. Después de la amistad, todo se debe creer; antes, todo debe deliberarse. Gentes hay que, invirtiendo el orden y en contra de los preceptos de Teofrasto, examinan después de amar, y cesan de amar cuando han examinado. Medita largamente si debes recibir en amistad á alguno, y cuando hayas resuelto hacerlo, recíbele con el corazón abierto, y háblale con tanta confianza como á tí mismo. Vive, sin embargo, de tal manera que no hagas nada que no puedas decir á tus propios enemigos; pero, fuera de ciertas cosas que la costumbre ha hecho

secretas, debes comunicar á tu amigo todos tus pensamientos y todos tus cuidados. Le harás fiel si le consideras fiel. Inspira deseos de engañar el temor de ser engañado, y parece se concede el derecho de cometer falta á aquel que se supone capaz de cometerla. ¡Cómo! ¿he de contener mis palabras en presencia de mi amigo? ¿por qué no he de considerarme solo cuando estoy con él? Personas hay que cuentan á todo el mundo lo que solamente á los amigos debían confiar, y descargan lo que les oprime en los oídos del primero que encuentran; otros, por el contrario, se ocultarían de buen grado á sí mismos, y no se atreverían á descubrirse á sus mejores amigos, y en su interior encierran todos sus secretos. Necesario es evitar ambos extremos; porque tan vicioso es confiar en todos como no confiar en ninguno; pero el uno es más honesto, el otro más seguro. Igualmente reprenderías á quien se agita continuamente como á quien permaneciese en perpetuo reposo: porque, á decir verdad, la actividad que se agita tumultuosamente, no es otra cosa que comezón de espíritu inquieto; y el reposo que no puede soportar ninguna agitación, no es quietud sino flojedad y languidez. Graba en tu memoria esto que leí en Pomponio: «Personas hay que tanto se han hundido en la oscuridad que todo lo que es luz les parece turbación.» Estas dos cosas deben tomarse alternativamente: el trabajo cuando se ha descansado, el descanso después de trabajar. Consulta á la naturaleza y te dirá que ha hecho el día y la noche. Adiós.

EPISTOLA IV.

DEL MIEDO Á LA MUERTE.

Persevera como has comenzado, y apresúrate cuanto puedas á fin de que goces largo tiempo del placer de ver tu ánimo dulcificado y ordenado. Gozarás también mientras lo dulcificas y ordenas; pero es muy distinto placer el que brota de la contemplación de un ánimo espléndido y puro de toda mancha. Recuerdas, sin duda, el gozo que experimentaste cuando, abandonada la pretexto, vestiste la toga viril y te presentaron en el Foro; pues gozo mucho mayor te prometo cuando, desechada la debilidad de los niños, la filosofía te dé la fuerza de los hombres. Verdad es que no somos niños ya, pero aun retenemos algo de la puerilidad; y lo que es peor, tenemos la autoridad de los ancianos con los defectos de los niños, y de los niños de cuna: aquéllos se asustan de cosas leves, éstos de lo falso, y nosotros de las unas y de lo otro. Aplica esto ahora, y conocerás que hay ciertas cosas que son tanto menos de temer, cuanto que nos quitan muchos motivos de temor. Nunca es grande el mal cuando es el último que debe llegar. ¿Llega á tí la muerte? De temer sería sin duda si pudiese permanecer contigo; pero es indispensable que no llegue ó que pare.—Difícil es, me dirás, acostumbrar el ánimo al desprecio de la vida.—¿No ves que diariamente se la abandona por causas frívolas? Unos ahorca á la puerta de su amiga; otro se precipita desde el tejado, porque no puede soportar más tiempo á un amo indigesto; aquél se clava la espada en el vientre

por no volver al punto de donde se había escapado. ¿No crees que puede hacer la virtud lo que hace poderosa preocupación? No puede tener vida tranquila quien solamente piensa en prolongarla y cuenta entre sus bienes más grandes el número de cónsules que ha visto. Piensa con frecuencia en todo esto, para disponerte á abandonar libremente la vida que la mayor parte abrazan de la misma manera que abrazan las espinas y los abrojos aquellos á quienes arrastran las aguas de un torrente. Muchos fluctúan miserablemente entre el temor de la muerte y los disgustos de la vida; no quieren vivir y no saben morir. Regocija tu vida desechando el temor de que has de perderla. Ningún bien aprovecha á quien lo posee, si no está decidido á perderlo cuando sea necesario. Ahora bien: nada puede perderse con menos sentimiento, que aquello que no puede desearse después de perdido. Debes endurecerte contra todas las desgracias que puedan sobrevenir, hasta contra las más grandes. Un pupilo y su eunuco decidieron de la vida de Pompeyo; un Partho cruel y aislado, de la de Crasso. Cayo César obligó á Lépido á presentar la cerviz al tribuno Dextro, y dió la suya á Querea. La fortuna no ha colocado á nadie en situación que no pueda temer lo que le permitió hacer á los otros. Desconfía de la tranquilidad presente: el mar cambia en un momento, las naves se sumergen en el mismo punto en que poco antes habían encallado. Piensa que un ladrón ó un enemigo puede sorprenderte y degollarte; y por no recurrir á otro poder, no hay criado que no tenga tu vida y tu muerte en sus manos. Te aseguro que quien desprecia su vida es dueño de la tuya. Si recuerdas los ejemplos de los que han perecido por sorpresas ó por violencias domésticas, encontrarás que el odio de los criados ha hecho sucumbir á tantos como la cólera de los prin-

cipes. ¿Qué importa que sea poderoso aquel á quien temes, puesto que cualquiera lo es bastante para, hacer lo que temas? Tal vez si caes en manos de los enemigos, el vencedor te mandará á la muerte.—Pues á ella vas. ¿Por qué te engañas á tí mismo fingiendo no haber comprendido hasta el presente lo que estás haciendo tanto tiempo ya? Porque te aseguro que marchas á la muerte desde el día en que naciste. Necesario es, pues, alimentar nuestro espíritu con otras consideraciones, si queremos llegar plácidamente á esa última hora cuyo miedo perturba todas las demás.

Para poner fin á esta epístola, recibe lo que más me ha agradado hoy (y esto también lo he recogido en jardines ajenos): «La pobreza que está conforme con la ley de la naturaleza es grande opulencia.» ¿Sabes en qué consiste esta ley? En preservarnos del hambre, de la sed y del frío. Para evitar estas cosas no es necesario mostrarse asiduo á las puertas de los grandes, ni exponerse á su huraño desprecio ó á su negligente urbanidad: no es necesario surcar los mares ni seguir los ejércitos. Con facilidad se encuentra lo necesario; colocado está delante de nosotros; solamente se trabaja por lo superfluo; esto es lo que nos hace desgastar nuestras togas, lo que nos envejece en los campamentos y nos lleva á países extranjeros. Tenemos en las manos lo que nos basta. El que se acomoda á la pobreza es rico. Adiós.

EPÍSTOLA V.

DE LA OSTENTACIÓN DE LA FILOSOFÍA Y DE LA VERDADERA
FILOSOFÍA.

Alégrome y apruebo tu constancia en el estudio y el cuidado que pones en mejorar de día en día, prescindiendo de todo lo demás; no me limito á exhortarte, sino que te ruego continúes; pero te aconsejo que no imites á los que, por vanidad antes que por virtud, ostentan cosas extrañas, ya en sus ropas, ya en su manera de vivir. Evita todo lo que conduce á la ambición por extraviados caminos, como aspecto desagradable, largos cabellos, barba inculta, aversión al dinero y lecho colocado en el suelo. El solo nombre de filósofo llama ya bastante la atención, aunque lo lleve persona modesta; ¿qué será si nosotros mismos nos separamos de las costumbres de los demás hombres? Procuremos que nuestro exterior esté conforme con el pueblo y que el interior no se le parezca en nada. Que nuestra toga no sea espléndida ni sórdida. No tengamos platos de oro cincelado, pero no creamos que es prueba de temperancia privarnos de oro y plata en nuestra mesa. Procuremos solamente que nuestra vida sea mejor, pero no distinta de la del vulgo: no obrando así, alejaremos de nosotros á todos aquellos que queremos corregir, y conseguiremos que no nos imiten en nada por temor de verse obligados á imitarnos en todo. La filosofía atiende primeramente á formar el sentido común y á regular los deberes de la vida y de la sociedad, y de esta profesión nos separaremos si vivimos de otra

manera que los demás. Atendamos mucho á que lo que ha de hacernos admirables no nos torne en ridículos y odiosos. Cierto es que intentamos vivir según la naturaleza, pero es contra naturaleza atormentar al propio cuerpo, complacerse en las inmundicias y alimentarse con viandas no solamente pobres, sino repugnantes y horribles. De la misma manera que es lujo buscar las cosas delicadas, así es locura abstenerse de aquellas que son comunes y baratas. La filosofía nos obliga á la frugalidad y no al sufrimiento, y como puede existir frugalidad con alguna delicadeza, me parece bien este término medio. Mantengamos nuestra vida entre las buenas costumbres y las públicas; que todos la admiren y la conozcan.—¡Cómo! ¿haremos lo mismo que los demás? ¿no existirá ninguna diferencia entre nosotros y ellos?—¡Mucha! es necesario que se nos conozca como superiores á lo vulgar cuando se nos examine de cerca, y que aquel que entre en nuestra habitación admire nuestra persona más que nuestro menaje. Grande es aquel que usa platos de barro de la misma manera que los de plata, pero no es más pequeño aquel que de la misma manera usa la plata que el barro. De ánimo enfermo es no saber soportar las riquezas.

Para compartir contigo lo que he aprovechado hoy, te diré que he encontrado en nuestro Hecatón, que el fin de los deseos sirve de remedio al temor. «Cesará de temer, dice, si cesas de esperar.» Me dirás:—¿Cómo pueden reunirse cosas tan diversas?—Ya lo ves, querido Lucilio; aunque parecen separadas, encuéntranse reunidas. Así como la misma cadena reúne al cautivo y al soldado que lo guarda, así dos cosas que parecen tan diferentes caminan á la par. El temor sigue á la esperanza. No me admira, porque uno y otra proceden de un espíritu que está en suspenso y

aguardando un acontecimiento inseguro. La causa principal de esto consiste en que no fijamos nuestros pensamientos en las cosas que están presentes, sino que los extendemos á las que aun están alejadas. De esta manera la previsión, que es beneficio de la condición humana, se torna en perjuicio. Las bestias huyen del peligro que tienen á la vista; cuando lo han evitado, quedan en reposo; pero á nosotros nos atormenta lo futuro y lo pasado. Muchas de nuestras buenas cualidades nos perjudican; la memoria nos reproduce el tormento del temor, y la previsión lo anticipa. Nadie se aflige solamente por el mal presente. Adiós.

EPISTOLA VI.

DE LA VERDADERA AMISTAD.

Comprendo, querido Lucilio, que no solamente me mejoro, sino que me trasformo. No quiere decir esto que nada quede en mí que no necesite cambio. ¿Por qué no ha de haber mucho que deba corregirse, reformarse ó perfeccionarse? Prueba es de mejoramiento conocer los defectos que antes no conocíamos. Se felicita á algunos enfermos cuando comienzan á sentir el mal. Quisiera comunicarte este repentino cambio que se ha verificado en mí; creería entonces estar perfectamente seguro de la verdadera amistad que media entre nosotros, y que la esperanza, el temor ó el interés no podrían alterar: de esta amistad con la que los hombres mueren y por la que mueren. Te presentaré muchos que no carecieron de amigos, sino de amistad; pero esto no puede acontecer entre

quienes se asocian por idéntica inclinación para buscar la virtud. Mas ¿por qué no puede suceder? Porque saben bien que todo es común entre ellos, y principalmente las adversidades. No podrás comprender cuánto adelanto cada día.

Comunicame, dirás, esos medios tan eficaces que has encontrado.—Todo quiero trasmitírtelo, porque no gozo en aprender algo sino para enseñarlo á los demás; y nada me satisfará nunca, por grande y provechoso que sea, si no puedo saberlo más que para mí. Si se me ofreciese la sabiduría á condición de tenerla oculta y no comunicarla á nadie, la rechazaría. La posesión del bien no regocija si no se tiene compañero. Te enviaré, pues, los libros de que he obtenido estos medios y les pondré notas para que no pierdas el tiempo en buscar lo que contienen de bueno y puedas ver inmediatamente los pasajes que apruebo y admiro. Más te aprovecharía sin duda la viva voz y conversación que la lectura. Necesario es tener las cosas ante los ojos; primeramente porque los hombres suelen dar más crédito á la vista que al oído, y además porque el camino es más corto y eficaz por los ejemplos que por los preceptos. Cleanto no hubiese comprendido bien á Zenón si solamente le hubiera escuchado. Vivió con él, penetró en sus secretos y observó si vivía según sus máximas. Platón, Aristóteles y todos los filósofos que se dividieron en diferentes escuelas, aprendieron más de las costumbres que de la doctrina de Sócrates. No la enseñanza, sino el trato de Epicuro, formó los grandes hombres Metrodoro, Hermarco y Polieno. No te hablo de esta manera para que aproveches para tí solo, sino para que aproveches también para otro; así nos seremos útiles unos á otros.

Y ahora, para pagar la merced que te debo, voy á decirte lo que hoy me ha agradado en Hecatón. «¿Pre-

guntas, dice, qué he adelantado? ser amigo mío.» Mucho ha adelantado sin duda; ya nunca estará solo. Ten presente que este amigo lo es de todos. Adiós.

EPÍSTOLA VII.

DEBE HUIRSE DE LA MULTITUD.

Me preguntas qué es lo que principalmente debes evitar.—La multitud. En ella no te encontrarás seguro. Confieso mi debilidad. Nunca salgo como entré en ella; despierta algo de lo que tenía adormecido, vuelve algún pensamiento que había desterrado. Lo que ocurre á los enfermos debilitados desde mucho tiempo, que no podrían sacarse al exterior sin perjudicarles, nos sucede á nosotros, cuando nuestro ánimo se restablece de larga enfermedad. La conversación de muchos nos es dañosa. Encuéntrase siempre alguno que favorece el vicio, que nos lo imprime ó desliza. Cuanto mayor es la multitud á que nos mezclamos, más grande es el peligro. Pero nada es tan perjudicial á las buenas costumbres como detenerse mucho tiempo en los espectáculos públicos, porque el placer que se experimenta en ellos hace que se insinúe con mayor facilidad el vicio. ¿Qué quieres que te diga? Vuelvo más avaro, más ambicioso, más inhumano que era por haber estado entre los hombres. Por casualidad he asistido á un espectáculo á mediodía, en el que esperaba oír algunas buenas frases, contemplar juegos y diversiones para regocijar los ojos, contristados como estaban por la sangre humana que se acababa de derramar; mas, por el contrario, los combates que habían precedido eran actos

de misericordia. Ya no hay juegos, esto es verdadera matanza; los combatientes están desnudos, y no descargan golpe en vago. Muchos prefieren esto á los gladiadores diestros y por parejas. ¿Y por qué no han de preferirlo? No hay casco ni escudo para detener el hierro. ¿Para qué la coraza? ¿para qué la esgrima? Eso sólo sirve para retrasar la muerte. Por la mañana se expone á los hombres á los leones y á los osos; á mediodía se presentan á los espectadores los que han dado muerte á fieras de éstas, y se les hace combatir entre sí. Cuando uno derriba á su contrario, se le detiene para que otro le derribe á él. La lucha termina por el hierro ó por el fuego, y la suerte de los combatientes es siempre la muerte. Esto se realiza mientras está desocupada la arena.—Uno de esos había robado;

bien? merecía ser ahorcado. Otro era homicida; pues si mató, merecía castigo.—Pero tú, desgraciado, ¿qué has hecho? ¿quién te obliga á presenciar un espectáculo en que se grita: «Hiere, quema, mata? ¿Por qué va aquél con tanta timidez ante la espada? ¿por qué mata éste con tan escasa energía? ¿por qué muere con tan poca resolución?»—Azótanles para hacerles combatir, y como sus cuerpos están expuestos y desnudos, reciben mutuamente todos los golpes que descargan.—«Ha terminado el espectáculo, y se degüella á los hombres para que nada quede por hacer.»

¿Pero no comprendes que los malos ejemplos se vuelven en contra de aquellos que los dan? Dad gracias á los dioses inmortales porque enseñáis crueldad á quien no puede aprenderla. No se debe dejar en medio de tales espectáculos un alma tierna que no está confirmada en el bien: fácilmente se sigue el gusto de la multitud. Tal vez habrían cambiado de costumbres Sócrates, Catón y Lelio si hubiesen tratado á muchas personas con sentimientos opuestos á

los suyos; tan cierto es que nadie, especialmente cuando educamos nuestro espíritu, puede resistir la fuerza de los vicios cuando vienen tan acompañados. Un solo ejemplo de lujuria ó de avaricia hace mucho daño; un hombre delicado con quien comamos ordinariamente, puede hacernos caer en la molicie y enervarnos poco á poco; un vecino rico irrita nuestra codicia, y un compañero malvado comunica su veneno al espíritu cándido y sencillo: ¿qué crees que sucede á aquel á quien la multitud se empeña en pervertir? Necesario es que imites ú odies, y sin embargo es preciso evitar lo uno y lo otro, porque no te has de hacer igual á los malvados porque son muchos, ni hacerte enemigo del mayor número porque no se te parecen. Recógete, pues, en tí mismo tanto cuanto puedas; busca á aquellos que pueden hacerte mejor, y recibe también á aquellos á quienes puedas tú mejorar. Esto es recíproco: los hombres aprenden cuando enseñan. Sin embargo, no te has de exhibir por todas partes para hacer gala de tu ingenio y dar lecciones públicas. Te lo permitiría si tus sentimientos estuvieren acordes con los del pueblo; pero no hay nadie que pueda comprenderte, exceptuando tal vez uno ó dos, y á éstos tendrás que formarlos y hacerlos capaces de entenderte.—¿Para quién he aprendido todo esto?—No temas haber perdido el trabajo; lo has aprendido para tí.

Para que no me digas que hoy no he aprendido más que para mí mismo, te comunicaré tres bellas sentencias, que he encontrado casi sobre este asunto, una de las cuales pagará la deuda de este día, y las otras dos te las daré por adelantado. Demócrito dice: «Cuento un hombre solo por todo un pueblo, y á todo un pueblo por un hombre solo.» Bien hizo aquel, sea quienquiera (porque no se sabe quién es el autor), que res-

pondió con mucha oportunidad al que le preguntó para qué servía el exquisito refinamiento de su arte, en atención á que muy pocos podrían comprenderlo: «Me bastan pocos, me basta uno, me basta ninguno.» La tercera sentencia es admirable. Escribiendo Epicuro á un compañero suyo de estudio: «Las cosas que creo, dice, no son para todo el mundo; no son más que para tí solo, porque uno y otro somos recíprocamente teatro bastante grande.» Debes imprimir estas palabras en tu memoria, querido Lucilio, con objeto de que desprecies el agasajo de los aplausos que parten de considerable número de personas. Muchos te estiman. Pues bien: ¿existen en tí todas esas cosas que tanto te alaban y agradan á la muchedumbre? aprovechalas para mejorar tus bienes interiores. Adiós.

EPÍSTOLA VIII.

Á QUÉ TRABAJOS DEBE DEDICARSE EL SABIO.

Me dirás que te aconsejo evitar las reuniones, retirarte y contentarte con tu propia conciencia.—¿Dónde quedan aquellos vuestros preceptos que mandan perseverar en acción?—; Y bien! ¿Crees que permanezco siempre sentado? Solamente me he ocultado y cerrado mis puertas para ser útil á los demás; trabajo diariamente, dedico una parte de la noche al estudio, tengo abiertos sobre la labor mis ojos fatigados y cargados por las vigiliás, y no me entrego al sueño, sino que sucumbo á él. Heme retirado no solamente de los hombres, sino también de los negocios, especialmente de los míos. Trabajo para la posteridad, escribiendo aquello que puede serle útil: mando al papel consejos

saludables, como se hace con la composición de útiles medicamentos, cuyos efectos conozco por haberlos aplicado á mi propio mal, que si bien no se ha curado por completo, tampoco ha aumentado. Enseño á los demás el camino recto, que he conocido demasiado tarde y después de haberme fatigado errando de un lado para otro. Clamo á voces: «Evitad todo lo que agrada al vulgo, todo lo que concede la casualidad, y considerad sospechosos todos los dones de la fortuna. A los animales y á los peces se les engaña con apetitoso cebo, y ese cebo es un lazo. El que quiera vivir con seguridad, que evite cuanto pueda beneficios tan falaces, porque, engañados miserablemente en ellos, al creer que los cogemos, nos encontramos cogidos. Ese camino conduce á un principio, y el término de vida tan brillante es funesta caída. Además, no es posible detenerse cuando la felicidad comienza á empujarnos. Resistid ó retiraos; si obráis así, podrá la fortuna daros alguna sacudida, pero no os derribará. Observad este saludable método de vida, y no concedáis al cuerpo más que lo necesario para la salud. Indispensable es tratarlo con alguna dureza, no sea que no se someta bastante al espíritu: no comáis más que para matar el hambre, y no bebáis más que para apagar la sed: no busquéis en el traje otra cosa que el preservativo del frío, ni más en vuestra casa que lo indispensable para ponerlos al abrigo de las injurias del tiempo. Poco importa que la casa esté edificada con césped ó con variados mármoles; igualmente bien puede encontrarse el hombre bajo dorado techo que en una choza, y debéis despreciar la ostentación de embellecimientos superfluos. Pensad que en vosotros solamente es admirable el espíritu, que por ser grande, nada debe parecerle grande.»

Si alimento estos pensamientos y los trasmito á la

posteridad, ¿no te parece que hago cosa más provechosa que defender una causa, que poner mi sello en algún testamento y prestar mi voz y mi mano en el Senado á algún amigo que ambicionara un empleo? Créeme, aquellos á quienes se supone ociosos, son los que algunas veces hacen las cosas más grandes, tratando al mismo tiempo de las cosas divinas y humanas. Pero es necesario concluir y pagar, según costumbre, algo por esta epístola. Esto no será de lo mío, sino de Epicuro, de quien he leído hoy este pensamiento: «Es necesario servir á la filosofía para gozar de verdadera libertad.» No difiere ni retrasa la manumisión del que se entrega á ella: inmediatamente la concede, y por esta razón es ser libre servir á la filosofía. Tal vez me preguntarás por qué cito tantas sentencias de Epicuro con preferencia á las de los nuestros. Pero ¿qué te mueve á creer que estas sentencias de Epicuro no son públicas? ¡Cuántos poetas dicen cosas que han dicho ó dirán los filósofos! No hablo de los trágicos ni de nuestras obras romanas (éstas tienen cierta severidad, y se encuentran como término medio entre las comedias y las tragedias). ¡Cuántos hermosos versos se ponen en boca de los bufones! ¡Cuántas cosas de Publio deberían recitarse delante de los caballeros y no ante el populacho! Citaré un verso suyo que se refiere á la filosofía en la parte que tratamos, negando que lo fortuito deba contarse como nuestro.

«Ajeno es todo lo que por deseo obtenemos.»

Recuerdo haberte oído otro que me parece mejor y más conciso:

«No es tuyo lo que fortuna te dió.»

Tampoco quiero omitir otro tuyo, que también es muy expresivo:

Arrebatarse puede lo que se pudo dar.

Esto que es tuyo, no lo pongo en cuenta. Adiós.

EPÍSTOLA IX.

DE LA AMISTAD DE LOS SABIOS.

Deseas saber si Epicuro tiene razón al censurar en una epístola suya á los que dicen que el sabio se contenta consigo mismo, y por consiguiente que no necesita amigos. Esto lo opone Epicuro á Stílpon y á todos aquellos que pretenden que el bien supremo consiste en la impasibilidad. Caeremos en ambigüedad si traducimos la palabra *ἀπάθεια* por impaciencia, porque podrá entenderse lo contrario de lo que intentamos decir. Queremos significar á aquel á quien no ha afligido ningún mal, y parecerá que es aquel que no puede soportarlos. Considera, pues, si será mucho mejor decir, ánimo invulnerable, ó ánimo superior á todo padecimiento. Esta es la diferencia que existe entre ellos y nosotros. Nuestro sabio se sobrepone en verdad á todos los sufrimientos, pero los siente; aquéllos no sienten ninguno. Tenemos, sin embargo, de común con ellos, que nuestro sabio está contento consigo mismo, y sin embargo le agrada tener un amigo, un vecino, un compañero, aunque se baste á sí propio. Considera cuán satisfecho ha de estar consigo mismo, cuando debe contentarse con una parte sola, si una enfermedad ó un enemigo le hi-

ciese perder una mano. Si una desgracia le priva de un ojo, estará satisfecho con lo que le quede, y no estará menos contento con el cuerpo estropeado que lo estaba con el cuerpo completo. No desea lo que le falta, pero indudablemente se alegraría de que no le faltase nada. El sabio está contento consigo mismo, no porque no quiera tener amigos, sino porque le basta poder tenerlos; y al decir poder tenerlos, entiendo que sufre sin emoción la pérdida de un amigo, porque nunca estará sin amigo, ya que en su poder está reparar en seguida esta pérdida. Como Fidias si perdiese una estatua, en seguida construiría otra, así el que sabe contraer amistades puede sustituir fácilmente un amigo á otro que haya perdido. Preguntas cómo podrá hacerse tan pronto un amigo; te lo diré si convenimos en que esto sea el pago de lo que te debo por esta carta. Hecatón dice: «Te revelaré un secreto que hará que te amen sin hierbas ni sortilegios: Ama si quieres que te amen.» Grande placer es contraer nuevas amistades y gozar de las antiguas. Esta es próximamente la diferencia que existe entre el que siembra y el que siega. El filósofo Atalo acostumbraba decir: «Que le agradaba más hacer un amigo que haberlo hecho, como es más agradable á un pintor hacer un cuadro que haberlo hecho.» La misma solicitud que tiene por su obra da regocijo á la labor; porque cuando ha terminado goza en realidad del fruto de su trabajo, pero gozaba del arte mismo cuando trabajaba. La adolescencia de los hijos es más fructuosa, pero la infancia es más dulce.

Volvamos ahora á nuestro asunto. Aunque el sabio se contente consigo mismo, agrádale sin embargo tener un amigo, aunque no sea más que por ejercer la amistad y hacer que tan gran virtud no quede ociosa: no es esto por la razón que alega Epicuro en esta

epístola, á fin de tener un amigo al lado suyo cuando esté enfermo, un amigo que le asista en la cautividad y en la indigencia, sino con objeto de que haya una persona á quien pueda asistir en la dolencia y libertar de la cautividad. El que pensando en sí mismo contrae amistad, obra mal y concluirá como ha comenzado. Se ha hecho un amigo para que le asista en las cárceles, y por su parte, en cuanto oiga el ruido de la cadena, se retirará. Estas son las amistades que llama el vulgo temporales. El amigo que se elige por interés será agradable mientras sea útil. Por esta razón ves multitud de amigos alrededor de los afortunados, y soledad en torno de los desgraciados: de aquí resulta que los amigos se retiran cuando deben ser probados, y se ven tantos malos ejemplos de personas que abandonan á sus amigos por temor y otras que les hacen traición por soberbia. El que comenzó á ser amigo porque le convenía, no rehusará la utilidad que se le ofrezca á expensas de la amistad, si considera que existe alguna ventaja superior á la amistad misma. ¿Por qué me hice un amigo? para tener alguien por quien morir, á quien acompañar al destierro y defender de la muerte á expensas de mi propia vida. La amistad que tú me describes, tráfico es y no amistad; ese tráfico solamente atiende á sus conveniencias y al provecho que puede obtener. El amor tiene algo sin duda que se parece á la amistad, y podrías llamarle amistad insana. ¿Por ventura ama alguno por utilidad? ¿acaso por ambición, por gloria? El amor, esa pasión que consigo lleva el desprecio de todas las demás cosas, impulsa al espíritu á buscar la belleza, sin otro motivo que la esperanza de hacerse amar. ¿Y qué? ¿una causa mejor habrá de producir afectos torpes?—«No se trata, me dices ahora, de saber si debe desearse la amistad por ella misma ó por

cualquier otro motivo; porque si debemos desearla desinteresadamente, puede acercarse á ella el que está contento de sí mismo.» — ¿Cómo se acerca á ella? Como á cosa perfectamente bella, sin esperanza de provecho alguno y sin temor á las mudanzas de la fortuna. Rebaja la grandeza de la amistad quien la busca para su provecho. El sabio está contento consigo mismo.

Muchos, querido Lucilio, entienden mal estas últimas palabras, y quieren aislar de todas las cosas al sabio y encerrarlo en su piel, pero es necesario distinguir y conocer la fuerza y extensión de esta frase. El sabio está contento consigo mismo, no para vivir, sino para vivir felizmente; porque para aquello necesita muchas cosas, y para esto le basta tener espíritu firme y recto que desprecie la fortuna. Quiero darte también la distinción de Crisipo. Dice éste: «El sabio no carece de nada, y sin embargo necesita muchas cosas: por el contrario, el necio no necesita nada, porque de nada sabe usar, pero carece de todo.» Las manos, los ojos, y otras muchas cosas de uso cotidiano convienen al sabio, pero no les son indispensables, porque esta palabra implica necesidad, y el sabio no necesita nada. Dedúcese de esto que, á pesar de que el sabio esté contento consigo mismo, ha menester amigos, y quisiera tener muchos, aunque no para vivir contento, puesto que puede estarlo consigo mismo. El bien supremo no busca auxilios extraños, reina en sí y procede completamente de sí mismo; porque si en algo procediese del exterior, comenzaría á estar sujeto á la fortuna. ¿Pero quieres saber cuál será la vida del sabio si se encuentra abandonado, sin amigos, en estrecha prisión ó entre pueblos extranjeros, si se detiene en largo viaje ó se ve arrojado á playas desiertas? Su vida será

parecida á la de Júpiter, quien, cuando disuelto el mundo, confundidos los dioses en uno y la naturaleza deja de obrar por corto tiempo, encuentra su satisfacción en sus pensamientos. Así hace también el sabio; reconcéntrase en sí mismo, y se hace compañía. Mientras puede dirigir sus negocios según su gusto, está contento consigo mismo y no necesita á nadie; se casa y tiene hijos, aunque puede vivir contento sin esto. Sin embargo, si le fuese absolutamente necesario vivir solo, preferiría no vivir; comprométese en la amistad por pura inclinación y sin deseo de provecho, porque nos es grata la amistad, como nos son gratas otras muchas cosas, y amamos la compañía como odiamos la soledad: el mismo instinto que acerca el hombre al hombre, nos inspira el deseo de hacernos amigos; pero aunque el sabio quiera por extremo á sus amigos, aunque al compararlos con él los prefiera frecuentemente, su satisfacción la hará consistir en sí mismo, y dirá lo que Stilpón, de quien se burla Epicuro en una epístola. Este filósofo, después de la toma de su ciudad natal, después de la pérdida de su mujer y sus hijos, retirándose del incendio general, solo y contento, contestó á Demetrio Poliorcetes, que le preguntaba si no había perdido nada: «Llevo conmigo todos mis bienes.» He aquí el varón fuerte y generoso; éste triunfó del enemigo y de su victoria; porque al decir: no he perdido nada, le ha hecho dudar si le había vencido. Llevo conmigo todos mis bienes, es decir, la justicia, la virtud, la prudencia, la templanza y la hermosa resolución de no estimar como bien aquello que puede ser arrebatado. Admiramos algunos animales que pasan á través de las llamas sin quemarse; ¿es menos admirable este hombre que entre el hierro, el pillaje y el fuego se ha retirado sin experimentar pérdidas? Ya ves cómo es más fácil

vencer á un pueblo entero que á un hombre solo. El estoico habla lo mismo que Stilpón; de la misma manera que éste lleva consigo sus bienes en medio de ciudades incendiadas, porque estando contento de sí mismo, á esto limita su felicidad. Pero no creas que somos nosotros solos los que tenemos en boca palabras tan generosas. El mismo Epicuro, que reprende á Stilpón, ha dicho otras semejantes que aceptarás, si quieres, como pago, aunque no deba nada por hoy. «Si alguno, dice, no cree completos sus bienes, es miserable aunque posea toda la tierra.» O si lo prefieres (porque debemos fijarnos en el sentido y no en las palabras), el que no se cree feliz es miserable, aunque mande á todo el mundo. En fin, para que veas que estos sentimientos son comunes y que la naturaleza los dicta á toda clase de personas, encuéntranse en el poeta cómico:

Solamente es feliz el que cree serlo.

¿Qué importa el estado que tengas si te parece malo? ¿Qué importa que ese torpemente rico y aquel otro que tiene tantos criados, pero que tiene mayor número de amos, digan que son felices? ¿Lo serán acaso por ello? No debe atenderse á lo que dicen, sino á lo que sienten; no á lo que piensan un día, sino á lo que piensan continuamente. No temas que cosa tan grande venga á gentes indignas: solamente el sabio está contento consigo mismo; el necio está disgustado siempre. Adiós.

EPÍSTOLA X.

DE LA UTILIDAD DE LA SOLEDAD.

Ten por cierto que no cambio de opinión: huye de las muchedumbres, huye de los pocos, huye hasta de uno solo. No veo con quién puedas comunicar. Y mira hasta dónde llega mi pensamiento y el aprecio en que te tengo, que prefiero dejarte que creas en tí mismo. Dícese que Crates, que era discípulo de Stilpón, de quien acabo de hablar, habiendo encontrado un joven que paseaba aisladamente, le preguntó qué hacía tan solo. «Hablo conmigo mismo,» le contestó; á lo que replicó Crates: «Cuida mucho de no encontrarte en mala compañía.» Acompañamos al que llora ó al que se encuentra atemorizado, no sea que empleen mal la soledad, porque en estas circunstancias es cuando asaltan los malos pensamientos y se acarician proyectos perjudiciales para otro y para uno mismo; en estos casos se muestran las malas pasiones y brota al exterior todo lo que la venganza ó el temor hacían tener oculto; en fin, en estos momentos es cuando la temeridad toma vuelo, se irrita la avidez y se caldea la cólera: el que se encuentra en esta situación goza de la única ventaja que encierra la soledad; la de no confiar nada á nadie ni tener ningún testigo, puesto que se descubre y hace traición á sí mismo. Considera cuánto espero de tí, ó mejor dicho, cuanto me prometo (porque esperar se dice de un bien incierto): no encuentro á nadie con quien debas conversar más que contigo mismo. Repaso en mi memoria las cosas que has dicho con tanta energía y generosidad, me rego-

cijo y me digo á mí mismo: esto no procede de los labios, sino de lo íntimo del corazón; este hombre no es vulgar, sino que atiende á lo que es saludable. Habla y vive siempre lo mismo y cuida de que nada te rebaje; cuando das gracias á los dioses, por el buen resultado de tus plegarias, no temas dirigirles otras, sino por el contrario, pídeles además que te concedan el buen sentido y la salud del espíritu y del cuerpo. ¿Por qué no has de dirigirles con frecuencia esta súplica? Puedes rogar con audacia á Dios, siempre que no le pidas nada del bien ajeno.

Pero, según costumbre, acompañaré á esta carta un regalito: te remito lo que he leído en Atenodoro: «Cree que estarás libre de todo deseo, cuando hayas llegado al punto de no pedir á Dios nada que no puedas pedirle en público.» ¡Qué locos son los hombres de hoy! Dirigen á Dios plegarias vergonzosas; por eso las hacen en voz baja; si alguien aplica el oído, callan en el acto, y lo que no se atreven á decir á un hombre lo dicen á Dios. Cuida, pues, de que no haya que decirte: vive con los hombres como si Dios te mirase; habla con Dios como si los hombres te oyesen. Adiós.

EPÍSTOLA XI.

CUÁNTO VALE LA SABIDURÍA PARA CORREGIR LOS VICIOS.

He hablado con tu amigo, que me ha parecido de buena índole, y la conversación que me tuvo desde luego me ha hecho conocer su excelente corazón, ingenio y capacidad: porque, á pesar de que me ha hablado casualmente y sin preparación alguna, me ha dado, sin embargo, muestras de lo que podrá hacer

algún día. Cuando consiguió dominarse, apenas pudo contener el rubor que cubría su rostro: tan intenso era. Buena señal sin duda es ésta en un joven, que, á mi parecer, podrá muy bien perseverar en él después que se cure de todos sus defectos, por mucha seguridad y sabiduría que llegue á adquirir. No hay sabiduría que pueda librarnos de los defectos naturales del cuerpo y del espíritu: el arte suavizará, pero no destruirá lo que está fijo y es ingénito. Hombres hay muy resueltos que no podrían hablar en público sin bañarse en sudor como si estuviesen ya cansados y acalorados; otros existen á quienes tiemblan las rodillas cuando quieren hablar, y á algunos les castañetea los dientes, se les entorpece la lengua y balbucean sus labios. Nadie se corrige de esto por costumbre ni por arte; la naturaleza quiere dar á conocer su poder, y recuerda á los más robustos lo que tienen más débil; á estas debilidades pertenece el rubor, que sorprende también á los varones más graves. Verdad es que con más frecuencia aparece en los jóvenes, que tienen la sangre más caliente y el cutis más fino, pero no por esto deja de alcanzar también á la ancianidad. Los hay que nunca son tan temibles como cuando se ruborizan, como si hubiesen prescindido de toda vergüenza. Sila era violentísimo cuando se le coloreaba el rostro. Nada era tan fácil de conmover como el semblante de Pompeyo, que con frecuencia se ruborizaba en compañías particulares, y frecuentemente también en asambleas públicas. Recuerdo que Fabiano se ruborizó al comparecer como testigo ante el Senado, y este pudor le sirvió admirablemente. No le ocurrió esto por flaqueza de ánimo, sino por la novedad del asunto, que algunas veces hace que sin quedar el hombre cohibido se sienta, sin embargo, emocionado cuando la naturaleza está dispuesta para ello; porque

así como hay personas que tienen la sangre templada, otras hay que la tienen tan viva y sutil, que en el acto les sube al semblante. Como he dicho ya, esto no puede impedirlo ni la sabiduría más grande, porque de lo contrario sería dueña de la naturaleza. Lo que procede del nacimiento ó del temperamento, permanece después que el espíritu ha trabajado para reformarse, y tan imposible es arrojarlo como hacerlo brotar. Los cómicos, que imitan todas las pasiones, que expresan el temor y el terror, que representan la tristeza, se sirven de estos signos para expresar la vergüenza: inclinan la cabeza, debilitan la voz, fijan los ojos en el suelo, y sin embargo no se ruborizan, porque esto no puede provocarse ni impedirse. La sabiduría no puede permitir ni impedir nada contra este género de males, que son independientes y vienen y se retiran por sí mismos.

Tiempo es ya de cerrar esta epístola; pero deseo que te sea útil y saludable y la grabes profundamente en tu memoria: «Es necesario proponernos como modelo algún hombre honrado y tenerlo constantemente delante de los ojos, á fin de vivir como si estuviese presente y hacerlo todo como si nos contemplase.» Esto recomienda Epicuro, querido Lucilio; con razón nos ha dado el pedagogo y este observador, porque no se realizarían malas acciones si se tuviese un testigo cuando van á ejecutarse. Es muy conveniente que el espíritu se represente á una persona por la que sienta respeto, y cuya autoridad haga más eficaz aún el secreto. ¡Oh! ¡cuán feliz considero á aquel cuya mirada ó cuyo recuerdo puede contener el vicio de otro! ¡Dichoso también aquel que puede reverenciar á una persona de tal suerte que, al recordarla, se mantenga en el deber! El que puede ejercer este respeto merecerá muy pronto ser respetado. Proponte á Ca.

tón, y si te parece demasiado austero, toma á Lelio, que es carácter más dulce; elige en fin aquel cuya vida y discursos te hayan agradado más, y haciéndote un retrato de su espíritu y semblante, contémplo en toda ocasión, bien para consejo, bien para ejemplo. Repito que necesitamos un modelo al que se ajusten nuestras costumbres. Lo malo no lo corregirás sino con una regla. Adiós.

EPÍSTOLA XII.

DE LAS VENTAJAS DE LA ANCIANIDAD Y DE LA
DISPOSICIÓN Á LA MUERTE.

Á donde quiera que miro veo pruebas de mi avanzada edad. Fuí á mi casa de campo, y me quejaba del gasto que habían hecho para reparar el edificio: el mayordomo me dijo que no era culpa suya, sino que la casa era ya vieja. Yo edificué aquella casa. ¿Qué me sucederá si piedras de mi edad están ya estropeadas? Habiéndome disgustado con él, aproveché la primera ocasión para reprenderle. «Claramente se ve, le dije, que no se ha cuidado de estos plátanos; no tienen hojas, están llenos de nudos y torcidas todas sus ramas: mira cuán negro y feo está el pie; no sucedería eso si cavasen alrededor y se les regase.» Entonces me aseguró que hacía cuanto podía, sin omitir nada, pero que los árboles eran viejos; sin embargo, yo los planté y vi la primera hoja, dicho sea entre nosotros. Habiéndome vuelto entonces hacia la puerta exclamé: «¿Quién es aquel decrepito anciano? Bien han hecho en colocarle cerca de la puerta, porque yo le pondré muy pronto fuera de ella. ¿Dónde lo has en-

contrado? ¿qué placer puedes tener en traer aquí un muerto extranjero?» Y él me dijo: «¿No me conoces? Soy Felicio, á quien en otro tiempo entregabas las imágenes; soy el hijo de Filosiso, tu antiguo favorito.— Este hombre delira seguramente, replíqueme; ¿cómo ha de haber sido favorito mío? ¿No tiene dientes!»

Debo, pues, á mi casa de campo el servicio de haberme mostrado por todas partes señales de mi ancianidad; pero es necesario amar esta misma vejez, porque está llena de satisfacciones si sabemos aprovecharla. Las manzanas no son buenas hasta que empiezan á pasarse; la belleza de la infancia aparece á su fin. Los aficionados al vino saborean cuidadosamente el último trago que beben, el trago que les sumerge en la embriaguez dándole la última mano. Lo más exquisito de los placeres del hombre está reservado á su fin. La edad avanzada, pero que aun no es decrepita, es muy agradable, y hasta creo que el que ha llegado á la extremidad tiene sus placeres, ó al menos le sirve de placer el no necesitarlos ya. ¡Cuán dulce es verse librado de los movimientos impetuosos! «Desagradable es, dirás, tener siempre la muerte delante de los ojos;» pero los jóvenes deben tenerla tan presente como los ancianos, porque no se nos llama por turno, y además nadie es tan viejo que no pueda esperar vivir un día más. Ahora bien, un día es un grado de la vida que está compuesta de muchas partes y que contiene diferentes círculos, encerrados los más pequeños en los más grandes: uno hay que abraza y rodea todos los demás: éste se extiende desde el día del nacimiento al de la muerte; otro hay que limita la adolescencia; otro que encierra la infancia; después el año que contiene en sí todos los tiempos de la multiplicación de que se compone la vida. El mes tiene un círculo más pequeño; el del día lo es mucho más, pero éste

abrazaba también desde el principio al fin y va de Oriente á Occidente. Por esta razón, Heráclito, llamado el tenebroso á causa de la oscuridad de sus discursos, dice que un día se parece á todos los demás, lo cual lo interpretaron en diferentes sentidos. Dicen unos que se parece en horas, y no mienten, porque si el día es un tiempo de veinticuatro horas, necesario es que todos los días se le parezcan, porque la noche gana lo que pierde el día; otros dicen que un día es parecido á todos los tiempos, porque no hay nada en largo espacio de tiempo que no encuentres en un solo día, á saber, la luz y la noche y los cambios sucesivos del mundo. Esto se reconoce mejor en la noche, que en tanto es más corta, en tanto más larga, razón por la cual debía disponerse todo en un día como si debiera comprender todos los demás y ser el último de nuestra vida. Pacuvio, el que usaba de la Siria como de patrimonio propio, se hacía inhumar todos los días, porque embriagado con el vino del festín que había hecho preparar para celebrar sus funerales, le llevaban desde la mesa á su habitación, y entre los lamentos de un grupo de jóvenes prostituídos, se cantaba en música Βεβιωται Βεβιωται. Lo que aquel hizo por desenfreno, hagámoslo por razón, y cuando vayamos á acostarnos digamos alegremente:

He vivido. Recorrí la carrera que me deparó la fortuna. Si Dios da el día siguiente, recibámosle con alegría; aquel es feliz y sabe gozar de la vida, que espera el mañana sin inquietud. El que dice *he vivido*, diariamente gana.

Debo terminar ya esta carta. Pero, dirás, ¿vendrá sin algún regalo?—No temas, algo llevará consigo; pero ¿qué digo? llevará mucho. ¿Qué hay superior á este pensamiento que le encargo te lleve? «Malo es vivir en necesidad; pero no existe necesidad alguna

de vivir en necesidad.» ¿Por qué no existe? porque por todas partes se abren caminos cortos y fáciles á la libertad. Demos gracias á Dios porque no es posible retener á nadie en la vida; permitido está arrostrar la necesidad. Objetarás: Epicuro ha dicho eso: ¿por qué tomas lo que es de otro?—Tengo derecho á todas las verdades y continuaré citándote á Epicuro, para que aquellos que tienen en cuenta, no lo que se ha dicho, sino quien lo ha dicho, sepan que lo bueno es común. Adiós.

EPÍSTOLA XIII.

CUÁL DEBA SER LA FORTALEZA DEL SABIO.
NO TE PREOCUPES DE LO FUTURO.

Sé que tienes mucho valor. Antes de que te diese saludables consejos para contrarrestar las adversidades, confiabas bastante en tí mismo contra los reveses de la fortuna; más debes prometerte ahora, que luchas con la adversidad y que has experimentado tus fuerzas, de las que nadie puede estar seguro hasta después de haberse visto rodeado de dificultades por todas partes y muy cerca del peligro. De esta manera se prueba el valor que no ha de flaquear ante el poder ajeno. El atleta que no ha sido vencido todavía no puede llevar grandes bríos al combate; estos bríos solamente son propios de aquel que ha derramado su sangre y á quien han roto los dientes; que arrojado al suelo, ha sostenido á su enemigo sobre su cuerpo, y que sin desfallecer se levantó más valeroso que antes y volvió á la lucha lleno de esperanza. Continuando la comparación, la adversidad ha caído fre-

cuentemente sobre tí; pero lejos de rendirte, te has librado de ella, alzándote más animoso que antes, porque el valor cobra nuevas fuerzas cuando es atacado. Sin embargo, si te parece bien, recibe estos auxilios, de que podrás aprovecharte. Existen muchas más cosas, querido Lucilio, que nos causan miedo, que cosas que nos hacen daño, y muchas más veces estamos malos de aprensión que en realidad. No te hablo con la elevación estoica, sino en sentido más llano, porque decimos que todas las cosas que arrancan lágrimas y gemidos son leves y despreciables. Omitiendo todas esas grandes frases, pero ¡oh dioses! verdaderas, solamente te aconsejo que no padezcas prematuramente, porque lo que temes como muy cercano, tal vez no llegará jamás; y por lo menos es cierto que no ha llegado aún. Existen cosas que nos atormentan más de lo que deben, y otras que nos atormentan sin que deban atormentarnos. Aumentamos nuestro mal, lo hacemos ó lo prevenimos. No hablemos de lo primero, porque es cosa litigiosa, y acerca de él tenemos un proceso que no está sentenciado aún; porque lo que yo consideraré ligero, tú lo calificarás de insoportable. Sé que existen algunos que ríen bajo el látigo, y otros que lloran por un bofetón: después veremos si el valor de estas cosas consiste en su fuerza ó en nuestra debilidad. Solamente te pediré que cuando estén á tu lado tus amigos y te digan que eres desgraciado, reflexiones no sobre lo que oigas, sino sobre lo que sientas; que consultes tu paciencia y que te preguntes á tí mismo, que estás bien enterado de tus cosas: ¿qué ocurre y por qué me compadecen estos? ¿por qué tiemblan cuando se me acercan? ¿Temen que mi desgracia sea contagiosa y que se comunique á los demás? Interrógate á tí mismo: ¿Existe algo que sea tan peligroso? ¿No es más grande

el ruido que el mal? ¿Acaso no me atormento, no me entristezco sin razón y llamo mal á lo que no lo es?

¿De qué manera, dirás, he de conocer lo que es mal imaginario ó verdadero?—He aquí la regla. Nos atormentan cosas presentes ó futuras, ó las unas y las otras á la vez. Fácil es juzgar de las presentes: si tu cuerpo es libre, si estás sano, si no se le ha inferido daño. Veremos después lo referente á las cosas futuras; hoy no nos ocuparemos de ellas. Considera primeramente si existen conjeturas infalibles del mal que debe llegar; porque con frecuencia nos asaltan sospechas y nos engañan falsos rumores, que á veces pierden á los ejércitos y con mayor razón á los particulares. Así sucede, querido Lucilio. Instantáneamente nos rendimos á la opinión sin examinar si quiera las cosas que nos hacen temer, sino que temblamos y volvemos la espalda como los soldados que abandonan su campamento aterrados por el polvo que levantaron bestias que corrían, ó por una noticia falsa que se difunde sin que se sepa su autor. No sé por qué asustan más las cosas falsas que las verdaderas, á no ser porque éstas tienen su medida y su ser determinados, y que las que son inciertas dependen de nuestra imaginación, que quita ó añade según le parece. De aquí procede que no haya temores más peligrosos que los que se llaman pánicos; porque si los otros no tienen razón de ser, éstos carecen hasta de conocimiento. Examinemos detenidamente el asunto. ¿Es verosímil un mal futuro? De aquí no se deduce que sea verdadero. ¿Cuántas cosas que no se esperaban han sobrevenido? ¿y cuántas que se esperaban no se han realizado? Pero si aun no ha sobrevenido el mal, ¿de qué sirve anticiparlo? Demasiado te atormentará cuando llegue; entre tanto prométete

lo mejor. ¿Qué ganarás? Tiempo. Muchas cosas podrán sobrevenir que detendrán ó apartarán el peligro que se aproxima. Hanse visto gentes salvarse de un incendio; otras caer suavemente con las ruinas del edificio. ¿No se ha visto también algunas veces separar la espada del cuello que iba á herir, y al condenado sobrevivir á su verdugo? La fortuna adversa tiene tantas ligerezas como la favorable; quizá se realizará, quizá no se realizará; y mientras no se realiza, espera lo mejor. Con harta frecuencia y sin apariencia alguna de daño, el ánimo se forma ilusiones interpretando de modo siniestro una palabra ambigua, ó aumenta la injuria de una persona ofendida, considerando no hasta dónde llega su cólera, sino hasta dónde puede llegar. No habría ciertamente razón para amar la vida, y extraordinaria sería la miseria de los hombres si se hubiera de temer todo el mal que puede hacerse. Utiliza aquí tu prudencia, y arroja con vigoroso ánimo hasta el temor más fundado; y si no, corrige un defecto con otro, modera el temor con la esperanza. Por ciertas que sean las cosas que tememos, más cierto es aún que frecuentemente se dulcifican las que tememos, como se desvanecen las que esperamos. Examina, pues, tu temor y tu esperanza, y cuando veas incierto uno y otra, cree lo que más te agrade. Si tienes más motivos para temer, inclínate sin embargo al otro lado y cesa de atormentarte. Ten presente que la mayor parte de los hombres se mortifican y agitan aunque no les amenace mal alguno y sea cierto que no les ha de sobrevenir. Nadie se contiene una vez lanzado, ni cuida de regular su temor por lo que es efectivamente verdadero. Nadie dice: Es un impostor; lo ha inventado ó lo ha creído ligeramente. Cedemos á las primeras versiones, nos asustamos de lo dudoso como si fuese verdadero, no

tenemos circunspección, y de la sospecha pasamos rápidamente al temor.

Me avergüenza hablarte de esta manera y querer curarte con tan débiles remedios. Si alguno dijese: Quizá no se realizará esto; dí tú: ¿Y aunque se realizase? Veremos si se realiza, y tal vez sea en beneficio mío; en todo caso mi muerte honrará mi vida. La cicuta hizo grande á Sócrates; si quitás á Catón el puñal que le conservó la libertad, le cercenarás considerable parte de su gloria. Pero empleo demasiado tiempo en exhortarte, cuando solamente necesitas ser advertido. No fuerzo tu inclinación porque sé que has nacido para las cosas de que te hablo. Utilízalas, pues, para cultivar y aumentar los bellos talentos que posees. Mas no puedo terminar esta carta sin imprimirla el sello, es decir, confiarla algún pensamiento excelente para que te lo lleve. «El necio, además de sus defectos, tiene el de comenzar constantemente á vivir.» Considera lo que esto significa, mi buen Lucilio, y comprenderás cuán vergonzosa es la ligereza de esas personas que diariamente cambian de manera de vivir y que traman nuevos designios cuando se encuentran ya en sus últimos días. Representate cada hombre en particular: encontrarás ancianos que piensan aún en los honores, los cargos, tráfico y lejanos viajes; ¿y qué cosa existe más vergonzosa que un anciano que comienza á vivir? No declararí el autor de esta sentencia si no fuese de las más secretas y menos conocidas de Epicuro y de aquellas que me he permitido alabar y adoptar. Adiós.

EPÍSTOLA XIV.

CÓMO SE HA DE AMAR AL CUERPO.

Confieso que es natural en nosotros el amor á nuestro cuerpo; confieso que lo tenemos en tutela; no le niego indulgencia, pero sí niego que le seamos esclavos. A muchos servirá el que se hace esclavo de su cuerpo y por él teme con exceso y le dedica todos sus cuidados. Obremos, pues, como sabiendo que no debemos vivir para el cuerpo, pero que no podemos vivir sin él. Cuando se le ama demasiado, nos agita el temor, nos agobian los cuidados y estamos expuestos á mil disgustos. El que adora á su cuerpo, no aprecia lo honesto como debe. Convengo en que se le ha de cuidar, pero á condición de abandonarle al fuego, cuando así lo pidan la razón, la dignidad y la fe. Sin embargo, evitemos cuanto podamos no solamente los peligros, si que también las molestias, y procuremos ponernos en seguridad por los medios que estimemos más propios para garantírnos de las cosas que debemos temer, y que, si no me engaño, son de tres clases, á saber: pobreza, enfermedades y opresión de los poderosos; pero esta última es la que más nos mortifica, porque viene acompañada de ruido y tumulto. Las otras dos son males naturales que se deslizan suavemente y que no ofenden ojos ni oídos; pero la opresión vive con aparato, rodéanla espadas, hogueras, cadenas, y la sigue manada de fieras prontas á desgarrar las entrañas de aquellos que les arrojan. Imagina en este punto una cárcel con cruces, potros, garfios de hierro; un palo que atraviesa por medio el

cuerpo y sale por la boca; miembros despedazados por cuatro caballos; una túnica empapada en azufre, y todo lo demás que ha inventado la crueldad. No es, pues, extraño que se tema profundamente estas cosas cuyo aparato y variedad son tan terribles; porque así como el verdugo aumenta el horror del suplicio con el número de los instrumentos que expone á la vista del condenado (de suerte que esta espantosa exhibición abate muchas veces á aquel á quien la paciencia hubiese hecho resistir), así entre las cosas que obran sobre nuestros ánimos, aquellas tienen más fuerza que ostentan mayor aparato y exterioridad. Otros males hay que no son inferiores á éstos, quiero decir, el hambre y la sed, las úlceras interiores y la fiebre que abrasa las entrañas; pero están ocultos y nada ostentan que amenace y aterre; los otros males son como esos grandes ejércitos que vencen con su sola presencia y aparato.

Por esta razón debemos abstenernos de toda ofensa. A veces es el pueblo á quien debemos temer; á veces á aquellos que gozan favor en el Senado, si de esta manera está constituido el gobierno; en ocasiones el pueblo concede á particulares la autoridad que han de ejercer sobre el mismo pueblo. Difícil es tener á todos éstos por amigos, y mucho es ya no tenerles por enemigos. Por esta razón no debe atraerse el sabio el odio de los poderosos, sino que, por el contrario, debe evitarlo como un escollo. Cuando vas á Sicilia tienes que pasar el estrecho. Un piloto temerario no se cuidará de que sople viento del Mediodía (y sin embargo, este es el que agita el mar Sículo y forma remolinos); no se inclinará á la costa de la izquierda, y caminará hacia donde Caribdis remueve impetuosas olas. Otro, más prudente, preguntará á los que conocen aquellos parajes de dónde procede tan grande

agitación, qué señales dan el aire y las nubes, y tomará rumbo muy lejos de aquel punto, famoso por tantos naufragios. La misma conducta observa el sabio; evita los poderes que podrían dañarle, empleando precaución para no mostrar que los evita; porque nuestra seguridad depende en parte de no huir abiertamente, ya que se condena todo aquello de que se huye. Necesítase circunspección para ponerse á cubierto del vulgo. En primer lugar, no le pidamos nada que pueda suscitar debates y atraernos competidores. Además, no poseamos nada que pueda enriquecer á quien nos lo arrebate; que ni siquiera puedan recoger mucho botín despojándonos. Muy pocas personas hay que derramen sangre por derramarla, y se encuentran más codiciosos que enemigos: el ladrón deja pasar al que nada tiene que perder, y el pobre marcha en paz por camino lleno de soldados. Tres cosas hay que evitar además, según la antigua máxima: el odio, la envidia y el desprecio. La sabiduría solamente puede enseñar á conseguirlo, porque es muy difícil este temperamento: hay peligro de caer en desprecio al temer la envidia, y que al no querer alzarnos sobre los demás, les mostremos que pueden ponernos bajo sus pies; por otra parte, muchas personas están obligadas á temer porque existe motivo para que se les tema: aseguremonos por todas partes; no es menos peligroso ser despreciado que ser envidiado.

Necesario es refugiarse en la filosofía, cuyo estudio veneran no solamente los buenos, sino que también los que no son completamente malos. La elocuencia del foro y todo lo que sirve para persuadir á los pueblos, tiene siempre una parte contraria; pero la filosofía, que es tranquila y que solamente se ocupa de sus asuntos, jamás es despreciada, puesto que todas las artes y las ciencias le rinden homenaje, hasta en-

tre los peores. Nunca obtendrá tanto respeto el vicio, y la conjuración que trama contra la virtud jamás será bastante fuerte para impedir que el nombre de la filosofía continúe siendo venerable y sagrado; pero en último caso también la filosofía debe tratarse con modestia y prudencia.—¡Cómo! me dirás, ¿te parece que filosofaba modestamente Marco Catón cuando pretendía impedir con su consejo la guerra civil y se lanzaba entre dos príncipes armados y furiosos, y mientras unos se declaraban por Pompeyo y los otros por César, irritaba igualmente á los dos?—Dudarse podría que el sabio hiciese bien en encargarse del gobierno de la república en tiempos de confusión. ¿Qué pretendes, Marco Catón? Ahora no se trata de libertad; hace ya mucho tiempo que se perdió; solamente se pregunta si Pompeyo ó César poseerá la república. ¿Qué interés tienes en la contienda? Nada te atañe en esto. Quieren elegir amo. ¿Qué te importa cuál sea el vencedor? Sin duda, el que sucumba podría haber sido peor, pero no será mejor el que quede victorioso. He hablado de los últimos tiempos de Catón, pero en los anteriores no fueron más escuchados los consejos de aquel hombre tan sabio que quería evitar la ruina de la república: ¿qué otra cosa hacía que gritar y vociferar inútilmente cuando el pueblo le arrancaba del Foro, le sacaba cubierto de salivas y le arrastraba desde el Senado á la prisión? Pero después veremos si el sabio debe intervenir cuando no hay esperanzas de éxito: entretanto, te propongo por ejemplo aquellos grandes estoicos, que estando excluidos de los negocios públicos, se retiraron para dedicarse á la vida privada y dictar leyes á todos los hombres, sin ofender á los que tenían las riendas del poder. El sabio no va contra las costumbres establecidas, ni se atrae el odio del pueblo con la extrañeza de su conducta.—¿Cómo?

¿se encontrará realmente en seguridad el que siga este consejo?—Sobre esto no me atrevería á contestarte, como no podría asegurarse la salud al hombre sobrio, y sin embargo la sobriedad hace gozar de buena salud. A veces naufraga un buque en el puerto; pero ¿qué crees que sucede en alta mar? ¡Cuánto más expuesto se encontraría el que vive en reposo, si se lanzase á los negocios y conmociones! Algunas veces perecen los inocentes, ¿quién lo niega? Pero con más frecuencia los malos. No deja de ser buen esgrimidor el que ha recibido algunos golpes en la guarnición de la espada. En fin, el sabio considera en toda ocasión lo que emprende, y no lo que sobrevendrá. Somos dueños de nuestros intentos; la fortuna ordena los resultados, y á la verdad, jamas me someteré á sus juicios. Me dirás que decreta vejaciones y reveses, pero no se condena al ladrón al mismo tiempo que mata.

Ahora tiendes la mano para recibir la cotidiana merced. Quiero dártela en oro; y puesto que hablo de la posesión de este metal, necesario es que aprendas á servirte útilmente de él y con placer. «Aquel goza perfectamente de sus riquezas que para nada las necesita.» Me preguntarás el nombre del autor; aprecia mi bondad cuando así alabo pensamientos ajenos, de Epicuro, Metrodoro ó algún otro de aquella escuela. Mas ¿qué importa quien lo dijo? Lo dijo para todo el mundo. El que necesita las riquezas teme perderlas; ahora bien, el goce de una cosa que causa pena no satisface al propietario; constantemente quiere aumentarla, y mientras piensa en el aumento, no atiende á gozarla; ríndese cuentas á sí mismo; litiga, registra su diario, y de dueño se convierte en administrador. Adiós.

EPÍSTOLA XV.

DE LOS EJERCICIOS DEL CUERPO.

Costumbre fué de los antiguos, y aun se conservaba en mis tiempos, decir al comenzar las cartas: «Si estás bueno, todo va bien, yo estoy bueno.» Con igual razón podemos decir nosotros: «Si filosofas, todo va bien.» Porque en último caso, en esto está la salud, y sin ello el espíritu se encuentra enfermo. El cuerpo mismo, aunque sea robusto, solamente lo es á la manera de los furiosos y frenéticos. Por esta razón debes cuidar especialmente de conservar aquella salud; después atenderás á esta otra, que no te costará mucho trabajo, si quieres conservarte bien. Porque parece-me, querido Lucilio, que es necia ocupación y muy impropia de hombres de letras ejercitar los brazos, engrosar el cuello y robustecer los riñones: por mucho que engrueses y fortifiques tus miembros, nunca igualarás en peso y fuerza al buey; además de que la obesidad sofoca al espíritu y le hace pesado. Por esto debes oprimir cuanto puedas el cuerpo y dar latitud al espíritu. Los que se dedican á ejercicios violentos se entregan á muchas incomodidades, porque, en primer lugar, el exceso de trabajo agota los ánimos y hace al hombre incapaz de intensa aplicación y estudio serio, y además el peso de las viandas impide la sutileza. Ves también que los esclavos que enseñan estos ejercicios son gentes de mala vida, que no hacen otra cosa que beber y untarse de aceite, y creen haber empleado bien el día cuando han sudado mucho y bebido tanto vino como sudor han derramado.

Beber y sudar es vida de enfermo. Existen ejercicios cortos y tranquilos que desarrollan el cuerpo y no ocupan demasiado tiempo, cosa que debe tenerse muy en cuenta. Ejemplos, la carrera, los movimientos de manos cargadas de peso, el salto arriba ó á distancia, ó el llamado saliano, ó, hablando con más libertad, de batán: elige de estos ejercicios el que más te agrade, y el uso te lo hará fácil. Pero sea el que quiera el que elijas, vuelve pronto del cuerpo al espíritu y ejercítalo día y noche. Hacerlo así no cuesta mucho trabajo, porque ni el frío ni el calor, ni siquiera la ancianidad te impedirán cultivar un bien que mejora á medida que envejece. No significa esto que pretendas yo que estés continuamente fijo en un libro ó en tus tablillas; necesario es dar al espíritu algún descanso que le recree y no le enerve. Bueno es hacerse llevar en litera; esto da movimiento al cuerpo y no impide el estudio, porque en ella puedes leer, dictar, hablar y escuchar; tampoco impide nada de esto el paseo. Tampoco debes descuidar el ejercicio de la voz; pero no puedo aprobar que la eleves con ciertos tonos y que en seguida la bajes. Si además quieres aprender á caminar, llama á gentes de esas á quienes la necesidad ha obligado á inventar reglas para ello; encontrarás quienes compensen tus pasos, cuenten los bocados que comes, y que llevarán su audacia hasta donde les permita tu paciencia. Y qué, ¿empezarás á hablar gritando y haciendo esfuerzos? Es tan natural conmoverse poco á poco, que los mismos abogados no gritan hasta después de haber hablado moderadamente; nadie implora la fe de los Quirites desde los primeros momentos. Luego debes seguir el movimiento de tu espíritu, siendo en tanto enérgico, en tanto dulce, según se encuentren dispuestos tu voz y tu pulmón; mas cuando cobres aliento, cuida

de que tu voz baje suavemente, y que no decaiga de pronto, experimentando los efectos de la dirección que se le imprime, y no extinguiéndose de manera brusca é indocta, porque no se trata de ejercitar nuestra voz, sino de ejercitarnos con ella.

No te he librado de pocos cuidados al darte todos estos consejos, y quiero añadir á esta gracia un presente que no te desagradará. He aquí una máxima magnífica: «La vida de los necios es ingrata, tímida y agitada por el porvenir.» ¿Me preguntas quién ha dicho esto? El mismo que antes te nombré. Y ahora ¿cuál es á tu parecer esta vida de necios? ¿la de Baba y de Ixión? No, te lo aseguro; es la que llevamos nosotros, nosotros á quienes ciega avidez nos lleva á la investigación de multitud de cosas más propias para perjudicarnos que para satisfacernos, nosotros que ya estaríamos satisfechos si pudiese bastarnos algo, nosotros que no consideramos cuán dulce es no pedir nada y cuán magnífico vivir de lo necesario sin depender de la fortuna. Recuerda, querido Lucilio, los bienes que has adquirido, y en vez de considerar cuántas personas hay sobre tí, cuenta cuántas hay debajo. Si quieres ser grato á los dioses y á tu propia condición, piensa á cuántos te has adelantado. Mas ¿para qué has de pensar en los otros si te has adelantado á tí mismo? Establece un límite que no puedas traspasar aunque lo desees; algún día desaparecerán esos bienes tan peligrosos, mejores de esperar que de poseer. Si tuviesen algo de sólido, veríase al menos alguna persona satisfecha; pero no hacen otra cosa que irritar la sed del que los prueba, y el aparato del festín es lo que ordinariamente excita el apetito. ¿Por qué he de tener más agradecimiento á la fortuna que me da lo que flota en la inseguridad de los tiempos, que á mí mismo por no pedirlo? ¿Y cómo pedirlo á menos de

haber olvidado la fragilidad de las cosas humanas? ¿Trabajaré para economizar? ¡Este es el último día! ¡y si no lo es, está muy cerca del último! Adiós.

EPÍSTOLA XVI.

DE LA UTILIDAD DE LA FILOSOFÍA.

Sé, querido Lucilio, que estás convencido de que no es posible vivir felizmente, ni siquiera de manera tolerable, sin el estudio de la sabiduría; que la sabiduría perfecta hace dichosa la vida, y que hasta se dulcifica mucho en cuanto se empieza este estudio. Mas para robustecer este convencimiento é imprimirlo profundamente es necesario meditar con frecuencia en él. Más difícil es sin duda perseverar en una resolución buena que adoptarla, y debes fortalecer tu alma por medio de continuo estudio, hasta que hayas convertido en buena costumbre lo que hasta ahora no es más que buena voluntad. Veo lo mucho que has aprovechado, sin necesidad de que me lo digas con tantas palabras. Sé de dónde procede lo que me escribes, que no está disfrazado ni coloreado. Diré sin embargo lo que pienso: tengo esperanza de tí, pero no confianza: aconséjote que hagas lo mismo, porque no conviene que tan pronto confíes en tí mismo. Examínate, sondéate, observa ante todo si lo que has adelantado es en filosofía ó en costumbres. La filosofía no es artificioso aparato para mostrarlo al pueblo: fijase solamente en las cosas y no en las palabras: no nos dedicamos á ella para distraernos durante algún día, ó para entretener ocios. La filosofía forma el espíritu, ordena la vida, regula

las acciones, muestra lo que se debe hacer y lo que se debe evitar, empuña el timón y dirige la nave en los pasos peligrosos. Sin ella, nadie está seguro; á cada momento ocurren infinidad de cosas en que se necesita consejo, y ella es la que te lo dará. Pero dirá alguno:—¿Para qué me servirá la filosofía si existe un destino? Si Dios gobierna todas las cosas, ó si la casualidad domina, ¿para qué aprovecha? Si los acontecimientos ciertos no pueden cambiarse y no sabemos qué oponer á los inciertos, ¿de qué me servirá la filosofía si Dios ha prevenido mi designio y ordenado lo que he de hacer, ó si la fortuna no me da tiempo para deliberar?—Sea esto cierto en todo ó en parte, yo raciocino de esta manera, querido Lucilio: ora nos ligue el destino con inmutable necesidad, ora Dios, como árbitro del universo, ordene todas las cosas, ora el acaso lleve y guíe ciegamente todos los actos humanos, es cosa cierta que la filosofía nos ayudará siempre; nos exhortará para que nos sometamos voluntariamente á Dios, para resistir constantemente á la fortuna, para seguir los mandatos de la Providencia y para soportar los golpes del acaso. Pero en este momento solamente quiero examinar lo que está en nuestro poder, sea que nos gobierne la Providencia, que nos arrastre el destino, ó que repentinos accidentes se hagan dueños de nuestra libertad. Vuelvo, pues, al asunto, y te aconsejo que no dejes enfriar el impulso de tu ánimo; robustécele y haz que se convierta ese impulso en costumbre.

Pero si te conozco bien, desde el principio de esta carta estás considerando el fruto que podrá llevarte: examínala con atención y lo encontrarás. No te extrañe que todavía te haga regalos con bienes ajenos. Mas ¿por qué ajenos, si puedo apropiarme todo lo bueno que ha dicho otro, como esta sentencia de Epicuro:

«Si vives según la naturaleza, nunca serás pobre; si vives según la opinión, nunca serás rico?» La naturaleza pide poco, la opinión inmensidad de cosas. Aglomérense en tu casa todas las riquezas que han poseído considerable número de personas; que te dé la fortuna más dinero que cualquier otro poseyó jamás; que te vista de púrpura y te aloje en dorados palacios, pavimentados de mármol; en una palabra, que no solamente poseas las riquezas, sino que las huelles bajo tus pies; que á todo esto añada estatuas, pinturas y cuanto han hecho las artes para satisfacer al lujo; todo esto solamente te enseñará á desear más. Los deseos de la naturaleza son limitados; los que nacen de falsa opinión no saben dónde detenerse, porque el error no tiene término cierto. El que sigue el buen camino llega á su término; el que se extravía no lo alcanza jamás. Apártate, pues, de toda vanidad, y cuando quieras saber si lo que desees es según la naturaleza, contempla si puede detenerse en algún punto. Si habiendo avanzado mucho quiere todavía avanzar más, no será natural. Adiós.

EPÍSTOLA XVII.

DEBE ABRAZARSE SIN DILACIÓN LA FILOSOFÍA.

LA POBREZA ES UN BIEN.

Prescinde de todas las cosas si eres sabio, y principalmente para que lo seas más. Emprende á la carrera y con todas tus fuerzas el camino de la virtud. Si algo te coarta, arrójalo ó rómpelo.—Me detienen. dirás, los cuidados domésticos, y quiero ordenarlos de tal suerte que pueda vivir sin hacer nada, á fin de

que la pobreza no sea carga para mi ni yo para nadie. —Cuando así hablas, pareceme que no comprendes bastante la fuerza y extensión del bien que pretendes: conoces sin duda lo principal del asunto, cuán útil es la filosofía; pero aun no penetras en el detalle, y no consideras cuántos socorros obtenemos de ella en todas las ocasiones y de qué manera (usando las palabras de Cicerón) «nos asiste en los grandes trabajos y cuánto también en los pequeños.» Créeme, consúltala: ella te dirá que no te ocupes en contar tus bienes, porque con esto solo pretendes evitar la pobreza. ¿Mas para qué, si debemos desearla? A muchos que querían dedicarse á la filosofía se lo han impedido las riquezas: la pobreza, por el contrario, siempre es libre y tranquila. Cuando suena el clarín, sabe que no es por ella; si oye alarma, mira por dónde saldrá y no lo que llevará consigo. Si tiene que navegar, no hace ruido en el puerto, ni embaraza la playa con su equipaje; no se la ve rodeada de multitud de criados, para cuya alimentación apenas puede bastar la fertilidad de un país. Fácil cosa es saciar pocos vientres, cuando están bien ordenados y sólo piden que se les llene. Satisfacer el hambre cuesta poco, pero cuesta mucho satisfacer la inapetencia. A la pobreza basta calmar la necesidad apremiante.

¿Por qué has de rehusar su compañía, puesto que hasta el rico prudente la imita? Si quieres dedicarte al estudio, necesario es que seas pobre, ó al menos que te parezcas al que lo es; porque para estudiar con provecho se necesita la sobriedad, que es pobreza voluntaria. Abandona las excusas que dicen: «No tengo bastante todavía, y si puedo reunir tanto, entonces me dedicaré por completo á la filosofía.» Y sin embargo, nada hay que debas adquirir antes que lo que quieres dejar para lo último; por esto debes em-

pezar. «Quiero, dices, reunir antes lo necesario para vivir.» Aprende al mismo tiempo cómo debes reunir. Si algo te impide vivir bien, no te impedirá morir bien. Ni la pobreza ni la escasez deben separarnos de la filosofía, que bien merece que se sufra por ella el hambre que se sufriría en un asedio por no caer en manos de enemigo victorioso, puesto que promete perpetua libertad y exime de todo temor ante los hombres y ante Dios. Y á la verdad, á ella hay que llegar cuando es necesario morir de hambre. Si ejércitos enteros han experimentado carencia general de todo, han vivido de hierbas y raíces en horrible hambre, y esto (¿lo creerás?) por conquistar un reino para otro, ¿habrá alguno que no quiera soportar la pobreza á fin de librar su alma del furor de las pasiones? Nada existe, pues, que deba adquirirse antes, y podemos marchar sin provisiones para la conquista de la filosofía. Parece que dices:—Cuando lo tienes todo, quieres además la filosofía, que será la última ganancia de tu vida, y por decirlo así, suplemento.—Pero tú, si algo tienes, comienza á filosofar (¿quién te ha dicho que no tengas ya demasiado?). Si nada tienes, debes adquirir este bien antes que los otros—¡Pero careceré de lo necesario!—En primer lugar no te faltará, puesto que la naturaleza pide muy poco, y el sabio sabe acomodarse á ella. Pero si cae en extrema necesidad, en su mano tiene librarse de ella en seguida y no quedar como carga de sí mismo. Si tiene muy poco, se consolará, y sin cuidarse más que de lo necesario, atenderá plácidamente á su alimentación y vestido, burlándose del embarazo de los ricos y del azoramiento de los que corren en pos de las riquezas, diciéndose con rostro tranquilo y risueño: ¿Por qué difieres trabajar para tí? ¿esperarás beneficio de algún préstamo, ó de alguna mercancía comprada, ó que te nombre

heredero algún viejo rico, si puedes ser rico desde este momento? La sabiduría reemplaza todos los bienes, y hasta los otorga cuando hace despreciarlos. Pero esto es bueno para otros, te pareces tú más á los llamados ricos. Cierra la gaveta, tienes demasiado, y en todas partes se encuentra lo que basta.

Si no te hubiese acostumbrado mal, podría terminar aquí mi carta; pero como no se puede saludar al Rey de los Parthos sin llevarle algún regalo, tampoco puedo despedirme gratis de tí. ¿Qué te mandaré? Lo tomaré de Epicuro. «Muchas gentes hay que no encuentran el fin sino solamente el cambio de sus miserias en las riquezas que adquieren.» No me admira, porque el vicio no está en las cosas, sino en el ánimo, por cuya razón tanto agobian las riquezas como la pobreza. De la misma manera que importa poco que acuestes á un enfermo en lecho de oro ó de madera, porque en uno y en otro le acompaña la enfermedad; así importa poco que un ánimo enfermo se encuentre en medio de riquezas ó en la miseria, porque su mal le seguirá á todas partes. Adiós.

EPÍSTOLA XVIII.

DE LOS REGOCIJOS DEL SABIO.

Nos encontramos en diciembre, el mes en que la ciudad se enardece más y como de derecho en el desorden público; por todas partes se hace ruido y grandes preparativos como si las Saturnales fuesen otra cosa que días laborables. Existe sin embargo alguna diferencia, y pareceme que la señaló bien el que dijo que diciembre duraba antes un mes y ahora dura

todo el año. Si te tuviese aquí, con mucho gusto convendría contigo lo que debemos hacer; si habíamos de vivir como de ordinario, ó si, para no aparecer como enemigos de la costumbre, dejaríamos la toga y nos regocijaríamos como los demás. Porque ahora cambiamos de ropa en los días de diversión de la misma manera que se hacía antes cuando la república se encontraba contristada y conmovida. Si te conozco bien, obrarás como amigable componedor, que no quiere mostrarse en estos momentos ni enteramente conforme ni enteramente contrario al vulgo; á no ser quizá que debamos contenernos y privarnos de los placeres en la época en que todo el mundo se lanza á ellos. Nunca puede conocer tan bien su firmeza el espíritu como cuando nada encuentra que pueda arrastrarle ni inclinarle á la disolución. Necesaria es en verdad mucha fortaleza para permanecer seco y sobrio ante un pueblo ebrio y vomitando; así es que ha de tenerse grande temperancia para hacer lo mismo que los demás, pero de manera más decorosa, sin distinguirse ni ocultarse, ni mezclarse tampoco con toda clase de personas; porque puede festejarse el día sin traspasar los justos límites. Por lo demás, tanto deseo probar la firmeza de tu alma, que te aconsejo, según el precepto de grandes personajes, dediques algunos días en los cuales, contento con poca y malísima comida y miserablemente vestido, puedas decir: «¿Es esto lo que tanto temía?» Conveniente es prepararse en la tranquilidad para las cosas más desagradables, y durante los favores de la fortuna disponerse para sus injurias. El soldado, durante la paz, se ejercita en la carrera, lanza el dardo y se fatiga en trabajos inútiles para poder atender á lo necesario. Para no estremecerse en la ocasión, es indispensable ejercitarse de antemano. Esto han hecho

muchas personas importantes, que se han sometido á la escasez y pobreza voluntaria durante algunos días y aun meses, á fin de que nunca les sorprendiera lo que con tanta frecuencia habían practicado. No creas que pretendo obligarte solamente á que no comas bien, te alojes como los pobres y adoptes las falsas abstinencias que los ricos han inventado para curar su tedio; pretendo que no tengas mas que un jergón, un saco burdo y sórdido y duro pan: hazlo así tres ó cuatro días y algunas veces más, con objeto de que no sea esto un juego sino verdadera prueba. No puedes figurarte, querido Lucilio, cuán contento estarás cuando veas que por dos óbolos quedas saciado y que no necesitas los socorros de la fortuna, puesto que, á pesar de irritarse en contra tuya, no puede privarte de lo necesario. Pero no te figures entonces que has hecho algo extraordinario; porque no habrás realizado nada que muchos millares de esclavos y muchos millares de pobres no hagan todos los días. Solamente debes congratularte por haberlo hecho sin verte obligado á ello, y siempre te será tan fácil soportar todo esto como ensayarlo algunas veces. Ejercitémonos, pues, y para que la fortuna no nos coja de improviso, hagámonos familiar la pobreza. Seremos ricos con menos temor cuando sepamos que no es mal tan grande ser pobre. Epicuro, aquel gran maestro de la voluptuosidad, tenía días en que no se alimentaba más que á medias, para ver si esto podía disminuir la grande y perfecta voluptuosidad que buscaba, para apreciar cuánto disminuía y si merecía aquello atormentarse mucho: así lo dice en aquellas *Epístolas* que escribió á Polyceno, siendo magistrado Carino. En estas epístolas se alaba «de alimentarse con menos de un as, y que Metrodoro, que aun no era tan sobrio, lo gastaba entero.» ¿Podrás

creer que con tales comidas puede satisfacerse el apetito? Pues existe en ellas hasta voluptuosidad; no aquella voluptuosidad ligera y fugaz que necesita se la mantenga, sino satisfacción sólida y asegurada. No es cosa agradable beber agua y comer *polenta* (1) ó pan de cebada; pero satisfacción suma es contentarse con él y haberse reducido á cosas que la fortuna más adversa no puede arrebatar. A los criminales destinados al último suplicio se les alimenta mejor y con más esplendidez en la prisión. Pero ¡cuánta grandeza de alma existe en abrazar voluntariamente lo que ni siquiera se soportaría estando reducidos á la más desgraciada extremidad! esto es embotar los dardos de la fortuna. Empieza, pues, querido Lucilio, á seguir tan laudable costumbre, y elige algunos días para retirarte y familiarizarte con la indigencia; empieza á tener comercio con la pobreza.

«Atrévete á despreciar las riquezas para ser digno de Dios.»

Solamente es digno de Dios el que desprecia las riquezas. No te prohíbo que las poseas, pero quiero que las poseas sin inquietud; lo cual conseguirás si te persuades de que no dejarás de vivir dichoso sin ellas y si las consideras siempre como próximas á perderse.

Pero ya es tiempo de terminar.—Primero paga lo que debes, dirás tú.—Te remitiré á Epicuro, y él será quien pague. «El exceso de la cólera engendra la locura.» Debes saber cuán verdadera es esta sentencia, puesto que tienes criados y enemigos. Porque esta pasión, que así procede del amor como del odio, se exacerba contra toda clase de personas, lo mismo en

(1) Sémola de harina de maíz. Con el mismo nombre es hoy el alimento ordinario de los campesinos romanos.—N. del T.

medio de las diversiones que de las ocupaciones graves, por esta razón no debe atenderse tanto á la importancia de la causa que la produce como á la disposición del espíritu que la experimenta; de la misma manera que importa poco que el fuego sea grande, y sí mucho la materia sobre que cae, porque existen cosas tan sólidas que son impenetrables al fuego más activo, y otras, por el contrario, son tan inflamables, que basta una chispa para levantar inmensa hoguera. Así te digo, querido Lucilio, que el término de la cólera excesiva es el furor; es, pues, indispensable evitarla, no solamente atendiendo á la moderación, sino también para conservar la mente sana. Adiós.

EPÍSTOLA XIX.

CUÁLES SON LAS VENTAJAS DE LA TRANQUILIDAD.

Mucho me regocijo cuando recibo tus cartas, que me infunden esperanza, porque ya no prometen de tí, sino que responden. Continúa así, te lo pido y te lo ruego: ¿qué cosa mejor puedo pedir al amigo que aquello que impetraría para él? Exímete, si es posible, de las tareas de los negocios; demasiado tiempo hemos perdido ya; comencemos á recogernos en la vejez. ¿Quién podrá censurarnos? Si hemos vivido en alta mar, muramos en el puerto. No pretendo con esto que te hagas famoso en el ocio, puesto que no debe hacerse de él vanidad ni misterio; ni quiero tampoco impulsarte á la soledad y al retiro, exagerándote la corrupción de los hombres; procura solamente, si tu ociosidad es conocida, que no brille demasiado. Asunto propio es de los que pueden disponer de sí

mismos, deliberar si quieren pasar su vida en la oscuridad. Pero esto no te sucede á tí; tu talento, tus escritos y tantos amigos ilustres te han dado á conocer bastante, y aunque procurases ocultarte, el brillo de tus bellas acciones, siendo inseparable de tu persona, te descubriría en seguida. Sin embargo, puedes permanecer en tranquilidad sin que nadie te censurase ni experimentes remordimientos. ¿Qué abandonarás que pueda producirte pesares? ¿Clientes? A decir verdad, ni uno solo se adhiere á tu persona, sino á alguna ventaja que encuentra en tí. ¿Amigos? En otro tiempo se buscaba la amistad, ahora solamente se consulta el interés. Tal vez te borrarán de su testamento algunos ancianos cuando dejen de verte, y personas asiduas en tu casa marcharán á otra: imposible es que lo que mucho vale no cueste algo; pero considera si es mejor abandonarte tú mismo, ó abandonar algo que te pertenezca. ¡Pluguiese á Dios que hubieses permanecido en el estado de tu nacimiento y que la fortuna no te hubiera levantado tanto! Pero la prosperidad, gobiernos y magistraturas, con las esperanzas que les acompañan, te han impedido contemplar las dulzuras de vida apacible y tranquila; todavía obtendrás cargos más importantes, y éstos te atraerán otros; pero ¿cuál será el fin? ¿Qué esperas para descansar? ¿Conseguir todo lo que desees? Nunca llegará ese momento. Las causas que producen las pasiones forman un encadenamiento parecido á las que producen el destino; las unas toman origen en el fin de las otras. Te has entregado á un género de vida que te mantendrá cautivo siempre; sacude el yugo; mejor sería romperse el cuello de una vez que tenerlo siempre cargado. Si te encierras en la vida privada, todo te parecerá más pequeño, pero te satisfará completamente; mientras que ahora multitud de

cosas que se te ofrecen por todas partes no pueden contentarte. ¿Prefieres la abundancia que no llena á la escasez que sacia? La felicidad es ávida, y está expuesta á la codicia de los otros; y así como nada puede saciarte, tampoco saciarás tú á los demás. Me dirás: «¿cómo saldré?» De cualquier modo. Considera cuántas cosas has emprendido por adquirir honor y riquezas: necesario es emprender algo también para adquirir la tranquilidad, ó bien decidirse á terminar la vida en el movimiento de los negocios y en el tumulto de los cargos públicos, agitado por continuas oleadas que ni la agudeza de tu ingenio ni la dulzura de tu carácter podrían evitar. Mas ¿de qué sirve que quieras descansar? Tu fortuna no lo permite. ¿Qué sera, pues, si todavía la aumentas? Este aumento solamente servirá para multiplicar tus temores. Quiero recordarte en este punto una buena frase de Mecenas, cuya verdad justificó con su propia experiencia. «La mucha altura se asombra á sí misma.» Me preguntas en qué libro lo ha dicho: en el que se intitula *Prometeo*. Esto quiere decir: «La mucha elevación asombra:» ¿existe alguna grandeza en el mundo que merezca se pronuncien tan extrañas palabras? Aquél fué un hombre ingenioso que hubiese dejado sin duda grande ejemplo de elocuencia romana, si no le hubieran enervado las riquezas, ó mejor dicho, castrado. Igual suerte alcanzarás si no arrías velas y saltas á tiempo (como aquél intentó hacer demasiado tarde) á tierra firme.

Podría con esta sentencia de Mecenas dar por pagada mi deuda contigo; pero, si te conozco bien, me promoverías un pleito, no queriendo que te pague en moneda nueva, aunque de buena ley. Necesario es, pues, que tome otra de Epicuro. «Debes cuidar, dice, de aquellos con quienes tengas que comer y beber

antes de ver qué vas á beber y á comer, porque saciarse de viandas sin la compañía de un amigo, es vida de león ó de lobo.» Pero esto no te sucederá si no te retiras, porque verás comer á tu mesa todos aquellos á quienes el nomenclátor de tu casa elija entre la turba que acuda á saludarte. No es en una sala donde se encuentran amigos; no es en la mesa donde se les prueba. La mayor desgracia del hombre que tiene altos empleos y grandes bienes, es tener por amigos aquellos de quienes no lo es él, imaginando que los favores que les dispensa tienen bastante eficacia para granjearse su amistad, á pesar de que existen personas que aman tanto menos cuanto más tienen que agradecer. Si prestas una cantidad pequeña, te haces un deudor; si prestas una grande, te haces un enemigo.—¿Acaso no servirán los beneficios para crear amigos?—Sí, sirven para ello, si has sabido elegir personas dignas de recibirlos; si has dado con discernimiento, y no á la aventura. Así, pues, mientras ordenas tu conducta, sigue el consejo de los sabios, y atiende menos á lo que das que á quien lo recibe. Adiós.

EPÍSTOLA XX.

DE LA INCONSTANCIA DE LOS HOMBRES.

Mucho celebraré que estés bueno y juzgues que llegará un día en que te pertenezcas á tí mismo, porque será muy glorioso para mí poder librarte de esa situación en que fluctúas sin esperanza alguna de salir. Pero lo que más deseo y te ruego, querido Lucilio, es que hagas reposar la filosofía en el fondo de tu cora-

zón, y que reconozcas los progresos que has hecho, no por discursos y escritos estudiados, sino por la firmeza de tu ánimo y debilitación de tus pasiones. Comprueba tus palabras por los efectos; no se trata aquí del deber de un declamador que pretende aplauso, ni de el de un sofista que solamente pretende divertir á jóvenes desocupados, discurriendo agradablemente acerca de diferentes materias. La filosofía enseña á obrar, no á hablar; quiere que cada uno viva á la manera que prescribe, que estén en armonía nuestras palabras con nuestras acciones, y que en esto no haya diferencias. Una de las ventajas principales y elevada muestra de sabiduría es que las acciones concuerden con las palabras y se vea siempre al hombre igual consigo mismo. ¿Quién podrá conseguirlo? Pocos en verdad; sin embargo, existen algunos. Difícil es sin duda esto; así, pues, no digo que el sabio deba caminar siempre al mismo paso, pero sí por el mismo camino. Considera si tu traje corresponde á tu casa, si eres espléndido en tu persona y demasiado avaro en tu interior, si tu mesa es frugal y tus habitaciones lujosas. Imponte de una vez una regla, y obsérvala hasta el fin de tu vida. Existen algunos que se comprimen mucho dentro de su casa y se ensanchan cuando están fuera; esta desigualdad es un defecto que revela espíritu vacilante cuya conducta no es firme todavía. Pero quiero decirte de dónde procede esta inconstancia ó desigualdad, y esta diferencia entre las acciones y voluntades: consiste en que nadie se propone un fin determinado, y, si se propone alguno, no se detiene en él, sino que pasa por encima; lo abandona, vuelve á él, y algunas veces abraza lo que antes condenó.

Así, pues, prescindiendo de las antiguas definiciones de la sabiduría, me fijaré en ésta, que comprende

todas las condiciones de la vida humana. ¿Qué es la sabiduría? Querer siempre la misma cosa ó rechazarla siempre. No añado la condición, con tal de que la cosa que se quiere sea justa, porque no existe nada que pueda quererse siempre si no es justo. Así ves que la mayor parte de los hombres no saben lo que quieren hasta el momento en que lo quieren, y que nadie está seguro de lo que debe querer ó no querer. Diariamente se cambia de juicio y hasta se pasa al opuesto, y la vida en muchos es continua fluctuación. Termina, pues, lo que has comenzado; llegarás quizá al grado más alto, ó al menos á uno tan elevado que tú solo podrás conocer que no es el más alto aún.—Pero ¿qué será, me dirás, de este considerable número de familiares?—Cuando tú no les alimentes se alimentarán ellos mismos, y en cuanto á los demás, tu pobreza te hará conocer lo que nunca hubieses podido saber por tus beneficios; porque tus amigos verdaderos permanecerán á tu lado, y se retirarán los que no por tí, sino por tu riqueza te seguían. ¿No es por esto solo amable la pobreza cuando descubre los que son verdaderos amigos? ¡Oh! ¡Cuándo llegará el día en que nadie mienta en honor tuyo! Emplea todo tu pensamiento, todo tu cuidado, todos tus deseos, en encontrar en tí mismo tu satisfacción y tu honor: ¿puede haber felicidad que se acerque más á la de Dios? Colócate tan bajo que no puedas caer; y con objeto de que puedas conseguirlo, aplicaré la sentencia que debe terminar esta carta. Epicuro me la suministrará de buena voluntad, aunque tú me envidies: «Tus palabras tendrán seguramente más autoridad cuando las pronuncies en un lecho de paja y con burdo vestido, porque no solamente serán dichas, sino también probadas.» Por mi parte, con más gusto escucho á nuestro Demetrio cuando habla casi desnudo, tendido en un

jergón, porque entonces, más que preceptor, es testigo de la verdad.

¿Cómo? «¿No es posible despreciar las riquezas que se poseen?» ¿Por qué no? Creo que el hombre dotado de elevado espíritu, al verlas en derredor suyo é ignorando cómo han llegado á él, sonríe y oye decir que le pertenecen sin que él mismo lo sienta así. Mucho es ya no dejarse corromper por la compañía de las riquezas; grande es, en opinión mía, el que permanece pobre en medio de ellas; pero considero más seguro á aquel otro que es efectivamente pobre y nada posee.—Ignoro, me dirás, si el que supones podría soportar la pobreza si cayese en ella.—Y yo, que interpreto á Epicuro, ignoro si este otro, que es efectivamente pobre, podría despreciar las riquezas si llegase á tenerlas. Por esta razón es necesario examinar el ánimo del uno y del otro, y ver si el uno está satisfecho de su pobreza y si el otro es indiferente á sus riquezas; de otra manera, el jergón y la tela burda serían mala prueba de la virtud del hombre, puesto que es necesario saber si este hombre se acomoda á ese estado por necesidad ó por elección. En último caso, el hombre discreto no debe correr hacia estas cosas como excelentes, sino prepararse á ellas como fáciles de soportar. Fáciles son, en efecto, querido Lucilio, y hasta agradables cuando nos acercamos á ellas después de meditarlas mucho, porque allí encontramos la seguridad, sin la cual ningún estado puede satisfacernos. Por esta razón considero que es conveniente elegir algunos días para disponernos á la verdadera pobreza por la práctica de la pobreza voluntaria, como lo hicieron frecuentemente los grandes personajes que antes cité; cosa mucho más necesaria en este tiempo en que las delicias han producido tanta molicie que consideramos insoporta-

bles hasta las menores incomodidades. Sin embargo, mejor es excitar y despertar nuestro espíritu representándole que la naturaleza pide muy poca cosa para nuestra subsistencia. Nadie nace rico; al que viene á la luz se le ordena contentarse con un poco de leche y un poco de lienzo; y con tales principios, después no nos bastan reinos. Adiós.

EPÍSTOLA XXI.

DE LA VERDADERA GLORIA DEL FILÓSOFO.

¿Crees que solamente debes ocuparte de aquellos de quienes escribes? Mucho más debes cuidarte de tí mismo, puesto que de continuo te atormentas; no estás muy seguro de lo que desees; mejor sabes alabar la virtud que practicarla; ves claramente dónde reside la felicidad, pero no tienes valor para encaminarte á ella. Como no conoces quizá lo que te impide hacerlo, necesario es que te lo diga yo. Estimas en mucho lo que tendrías que abandonar, y al mismo tiempo que te representas la tranquilidad de que gozarías, te detiene sin duda el brillo de la vida que llevas, como si hubieses de caer en estado oscuro y sórdido. Te engañas, querido Lucilio; desde esta vida á aquélla se va subiendo. Tu existencia es diferente de aquélla, como el esplendor lo es de la luz; porque ésta ilumina por sí misma y el otro brilla con claridad prestada; pero como la vida que tú llevas solamente tiene resplandor reflejado, no es de extrañar que si alguno llega á colocarse entre los dos quede cubierta de sombra, mientras que la otra á que aspiras conserva siempre la claridad que le es

propia. Tus estudios te harán ciertamente ilustre y famoso. Quiero recordarte un ejemplo de Epicuro, quien, escribiendo á Idomeneo, hombre abrumado por grandes empleos y ministro de un príncipe demasiado absoluto, queriendo atraerle del brillante puesto que ocupaba á la práctica de una gloria verdadera y segura, le dijo: «Si realmente aprecias la gloria, mejor te la harán conocer mis cartas que las grandezas que buscas y te hacen buscar.» ¿Crees que miento? ¿Quién conocería hoy á Idomeneo si Epicuro no hubiese hablado de él en sus cartas? Todos los grandes, los sátrapas y hasta el mismo rey, de quien recibía su esplendor Idomeneo, están sepultados en el olvido. Las cartas de Cicerón no permiten que perezca el nombre de Ático; de nada le hubiera servido su yerno Agripa, ni Tiberio, padre de su yerno, ni su biznieto Druso César, para conservar su nombre, si Cicerón no lo hubiese hecho conocer á la posteridad. Después de nosotros se amontonarán siglos, y pocos ingenios permanecerán erguidos, pudiendo defenderse largo tiempo del olvido antes de caer en la condición de los demás. Lo que pudo prometer Epicuro á su amigo te lo prometo yo, querido Lucilio. Tengo algún favor con la posteridad; puedo elegir personas y hacerlas vivir tanto como yo; vuestro Virgilio prometió hacer dos inmortales, como lo hizo:

. «Afortunada pareja, si mis versos pueden conseguirlo, no moriréis jamás. Yo os haré durar tanto como el destino tenga sujeta Roma á los descendientes de Eneas.»

Todos aquellos á quienes la fortuna ha elevado y que han participado del poder de los soberanos, gozaron de influencia y sus casas fueron visitadas mientras vivieron sus señores, pero desapareció su memoria en cuanto dejaron de existir estos príncipes; por

el contrario, la estimación de los ingenios aumenta después de su muerte y pasa hasta á aquellos que tuvieron relación con ellos.

Pero con objeto de que no se me tache de haber citado á Idomeneo sin oportunidad en esta carta, la terminaré á su costa. Epicuro le escribió esta bella frase para disuadirle de enriquecer á Pythocles por los medios ordinarios, queriendo que emplease otros más seguros: «Si quieres, dice, hacer rico á Pythocles, no debes aumentar sus tesoros, sino disminuir su codicia.» Esta sentencia es demasiado clara para necesitar interpretación y demasiado extensa para ser comentada. Mas no creas que se ha dicho esto solamente para los ricos, porque podrás aplicarlo á cuantos te agrade. Si quieres hacer virtuoso á Pythocles, dirás que no se debe aumentar sus honores, sino disminuir esa misma codicia: si quieres que Pythocles viva en continua satisfacción, dirás también que no deben aumentarse sus voluptuosidades, sino disminuir sus deseos. En fin, si quieres que su vida sea larga, dirás que de nada sirve aumentar el número de sus años, sino que es necesario disminuir el de sus pasiones. No creas que estos sentimientos son peculiares á Epicuro, le son comunes con todo el mundo. En cuanto á mí, creo que debe hacerse en filosofía lo que se hace ordinariamente en el Senado: cuando un senador, discutiendo, ha dicho algo que me agrada, le ruego que divida su voto, y me adhiero á la parte que me place. Recuerdo con gusto importantes sentencias de Epicuro, para demostrar á aquellos que buscan en este escritor pretextos para excusar sus desórdenes, que deben vivir bien donde quiera que se encuentren. Cuando entren en sus jardines y vean esta inscripción: «Huésped, aquí serás bien alojado; el bien sumo aquí es la voluptuosidad,» encontrarán dis-

puesto al guardián de aquella casa para recibirlos; es humanitario, afable, ofrecerá la *polenta*, agua en abundancia y dirá en seguida: «¿Acaso no se os ha tratado bien? En estos jardines no se provoca el apetito, sino se le satisface; no se irrita la sed con bebidas deliciosas, sino que se le apaga con un remedio natural y que no cuesta nada. Con esta voluptuosidad he llegado á la vejez.» Solamente te hablo de aquellos deseos que no escuchan á la razón y que es necesario satisfacer concediéndoles algo, porque en cuanto á esos apetitos extraordinarios, que no son tan apremiantes y que pueden dulcificarse ó suprimirse, te diré que constituyen delicadezas que no son necesarias ni naturales, y por consiguiente, que nada les debes. Si algo les concedes, depende de tu voluntad. Pero el vientre no escucha mandatos; pide y grita, aunque no es acreedor molesto, con tal de que le otorgues lo que solamente le debes, y no todo lo que puedes. Adiós.

EPÍSTOLA XXII.

DE LOS CONSEJOS.—DEL ABANDONO DE LOS NEGOCIOS.

Comprendes que necesitas libertarte de esas ocupaciones brillantes y peligrosas, pero preguntas cómo podrás conseguirlo.—Cosas hay que no pueden enseñarse sino presentes. El médico no puede prescribir de lejos al enfermo las horas á que debe comer ó bañarse; necesita pulsarle. El proverbio antiguo dice que «el gladiador debe tomar consejo en la arena:» el semblante de su enemigo, el movimiento de su mano, la actitud de su cuerpo le advierten lo que

debe hacer. Puede muy bien ordenar y escribir lo que se debe y acostumbra hacer en general, y estas instrucciones tanto sirven para la posteridad como para las personas ausentes; pero es imposible advertir de lejos cuándo y de qué manera se debe obrar, siendo necesario aconsejarse de las circunstancias mismas. Tampoco basta estar presentes si no se vigila para espiar la ocasión. Obsérvala, pues, bien, y si se presenta, cógela y emplea todos tus esfuerzos para retirarte de los negocios. Sin embargo, oye, si te place, mi opinión sobre este asunto: creo que debes renunciar á la vida ó emprender otra vida; sin embargo, puedes tomar un camino medio, esto es, desatar suavemente antes que romper de brusca manera los lazos con que te has sujetado; pero si no puedes de otro modo, ábrete paso á la libertad. Nadie existe tan tímido que no prefiera caer de una vez á estar suspendido siempre. Entretanto, procura cuidadosamente no comprometerte más. Conténtate con los negocios que has abarcado, ó, para hablar á tu gusto, que has encontrado. No debes avanzar más; de otra manera no tendrás ya excusa y además harás ver que tu compromiso es voluntario. Falso es esto que continuamente se repite: «No he podido obrar de otro modo; aunque no hubiese querido hacerlo, la necesidad me habría obligado.» Nadie está obligado á correr tras la prosperidad, y algo es ya detenerse voluntariamente y no instar á la fortuna que nos arrastra.

¿Te ofenderás si, queriendo aconsejarte, acudo á otros más prudentes que yo y cuyo parecer acostumbro á tomar? Tengo aquí una carta de Epicuro á Idomeneo, referente á esta materia; ruégale «que se retire todo lo más pronto posible, antes de que intervenga alguna fuerza mayor que le prive de libertad.» Añade,

sin embargo, «que nada debe emprenderse sino en tiempo y ocasión propicios; pero es necesario salir, dice, en cuanto este tiempo llegue.» Ni siquiera permite al que medita su retirada que se duerma, y hácele esperar favorable éxito en medio de las mayores dificultades con tal de que no obre antes de tiempo, pero que sí lo haga con oportunidad. Tal vez preguntarás ahora el parecer de los estoicos; no hay para qué presentártelos como hombres temerarios, porque te aseguro que son más prudentes que atrevidos. Tal vez imaginarás que se les va á hacer hablar de esta suerte: «Es vergonzoso abandonar el cargo que se tiene; hazte dueño del empleo que has tomado. El varón fuerte no huye del trabajo; sino, al contrario, aumenta su valor por las mismas dificultades.» Indudablemente te hablarían de esta manera si se tratase de exhortarte á la perseverancia en ocasión en que el honor te obligase á hacer ó sufrir algo; no siendo así, el hombre honrado no debe consumirse en un trabajo que no es honesto, ni permanecer agitado solamente por la inclinación que tiene á los negocios. Si se encuentra comprometido en los grandes empleos, no imagines que desee sufrir siempre sus agitaciones; porque cuando haya reconocido los escollos y peligros de que se verá rodeado, dará un paso atrás, y sin volver la espalda se retirará suavemente y se pondrá en seguridad. Fácil es, querido Lucilio, evadirse de las ocupaciones, si desprecias las ventajas que las acompañan. Ordinariamente éstas son las que nos retrasan y detienen.—¡Cómo! me dirás, ¿abandonaré tan grandes esperanzas? ¿Me alejaré en el tiempo de la recolección? ¿Caminaré sin compañía? ¿Quedaré sin cortejo, sin escolta mi litera y vacío el atrio de mi casa?—He aquí lo que á los hombres cuesta trabajo abandonar; se quejan de la ambición como se queja-

rían de una amante; pero si penetras en el fondo de su pensamiento, no es tanto por odio como por pesar. Examina esas personas que deploran las cosas que han deseado ardientemente y que hablan con tanta indiferencia de aquellos bienes cuya pérdida más pequeña no podrían soportar; verás que se adhieren con complacencia á todo aquello que dicen serles oneroso. Así es, querido Lucilio; existen más esclavos voluntarios que forzosos. Pero veo claramente que deseas de veras la libertad y que intentas conseguirla. Pides consejo solamente con el objeto de poder obrar sin tener jamás que deplorarlo; ¿no te basta que te apruebe toda la cohorte de los estoicos? Los Zenón y los Crisippo te darán siempre consejos de moderación, sinceros y razonables; mas si te paras á ver lo que has de llevar contigo y qué acopio de dinero puedes hacer antes de retirarte, jamás te retirarás; nadie se salva á nado yendo cargado de ropas. Pasa, pues, á mejor vida con el favor de los dioses, que no te tratarán como á aquellos á quienes otorgan gracias que les son funestas, no habiendo podido negarles lo que les pedían con insistencia.

Imprimía ya el sello á esta carta y he necesitado abrirla para añadir á lo dicho el ordinario regalo, es decir, una sentencia tan elocuente como verdadera, tomada de Epicuro, porque con gusto honro el trabajo ajeno: «La mayor parte salen de la vida como si acabasen de entrar en ella.» Elige los que quieras, jóvenes, viejos, de mediana edad; verás que todos temen de la misma manera á la muerte é ignoran qué es la vida. Nadie posee nada de hecho, porque todo se confía al porvenir. Lo que más me agrada en esta sentencia es que se censura á los ancianos ser niños aún. «Nadie, dice Epicuro, sale de la vida de otra manera que entró en ella.» Esto es falso en nuestro sentido,

porque morimos peores que nacimos; esto es culpa nuestra, no debiendo imputarse á la naturaleza, que tendría razón para quejarse y decir:—¿Qué es esto? Te puse en el mundo sin deseos, sin temores, sin superstición, sin infidelidad y sin todos esos desórdenes que reinan entre vosotros; salid conforme entrasteis en él.—Aquel posee en verdad la sabiduría que puede morir con tanta tranquilidad como nació. Pero temblamos á la vista del peligro, nuestro valor decae, cambia nuestro color y ruedan por nuestras mejillas inútiles lágrimas. ¿Puede haber algo más vergonzoso que tener miedo cuando se atraviesa el dintel de la seguridad? Esto consiste en que no encontramos en nosotros al fin de la vida las buenas acciones que deberíamos haber realizado. En aquel momento no nos queda ya ni la menor parte de nuestro poderío, que ya ha pasado, se ha disipado. Nadie cuida de vivir bien, sino de vivir mucho tiempo, á pesar de que todos pueden vivir bien y nadie puede vivir mucho. Adiós.

EPÍSTOLA XXIII.

EN LA FILOSOFÍA EXISTEN VERDADEROS GOCES.

No creas que voy á escribirte que el invierno ha sido corto y benigno, que la primavera es mala y nos trae frío fuera de tiempo, ni otras cosas inútiles de los que solamente buscan palabras. Algo te escribiré en verdad que pueda serte útil y á mí también. ¿Y qué será esto sino exhortarte á la virtud? ¿Preguntas cuál es su fundamento? No te regocijes por cosas pequeñas. He dicho que este es su fundamento, y es su col-

mo. Ha llegado al grado más alto aquel que sabe de qué debe regocijarse y no hace depender su felicidad de poder ajeno. En situación inquieta é incierta se encuentra aquel que se conmueve por la esperanza de algún bien, aunque su adquisición sea fácil y su éxito seguro. Aprende ante todo, querido Lucilio, de qué debes regocijarte. Tal vez creerás que voy á cercenarte muchos goces por la sustracción que intento hacer de las cosas fortuitas y de todas las esperanzas de que nacen las satisfacciones más dulces de la vida; todo lo contrario; pretendo mantenerte en continua satisfacción. Más aún, quiero hacértela familiar y doméstica, y así sucederá si la llevas dentro de tí mismo. Los demás goces no llenan el pecho, deteniéndose en la frente porque son ligeros, á no ser que creas que basta reír para gozar. Mas necesitaré para esto tener espíritu libre, firme y superior á todo. Créeme, el verdadero gozo es cosa severa. ¿Crees acaso que se puede, con rostro abierto y, como dicen los delicados, con ojo alegre, despreciar la muerte, aceptar la pobreza, enfrenar la voluptuosidad y decidirse á soportar el dolor? El que revuelve estos pensamientos goza sin duda, pero su goce no es suave. Quiero ponerte en posesión de este gozo, que nunca te faltará cuando una vez hayas encontrado su manantial. Los metales comunes están cerca de la superficie de la tierra; los preciosos solamente en lo hondo, y aparecen á medida que se profundiza más. Las cosas que son agradables á la generalidad de los hombres solamente producen goce muy ligero, y en ningún fundamento descansa el bien que viene de fuera; éste de que te hablo y al que quiero llevarte es sólido y se hace conocer principalmente en el interior. Rúgote, querido Lucilio, que hagas lo que puede producirte la felicidad; no te fijas en las apa-

riencias exteriores ni en las promesas de otros, busca el verdadero bien y goza el tuyo.

Pero ¿qué significa *el tuyo*? Tú mismo y tu parte mejor; porque me confesarás que este cuerpecillo, aunque sin él nada puede hacerse, hay que considerarlo como más necesario que importante; nos proporciona placeres falsos, que duran poco, están sujetos al arrepentimiento, y si no se les trata con moderación, frecuentemente llevan al extremo opuesto. Porque es cosa cierta que la voluptuosidad se precipita por pendiente natural al dolor si no te contienen, y es difícil contenerse en lo que se cree bueno. Solamente la codicia del verdadero bien es segura. ¿Me preguntarás en qué consiste y qué lo produce? Te contestaré que la buena conciencia, rectas intenciones, honestos consejos, acciones virtuosas, desprecio de lo fortuito y un género de vida tranquilo y constantemente igual. Porque ¿es posible que aquellos que habiendo adoptado un designio, se lanzan voluntariamente á otro, ó son empujados por algún azar, permanezcan en estado cierto y tranquilo, puesto que siempre están suspensos y agitados? Pocos hay que se dirijan por consejo en sus costumbres y negocios; la mayor parte, á la manera de los objetos que flotan en los ríos, no van, se dejan llevar. Unos sobrenadan dulcemente en aguas tranquilas; otros marchan impulsados por blando movimiento; éstos, deteniéndose al fin la corriente, quedan en la orilla; aquéllos, arrastrados por rápidas aguas, van á parar al mar. Por esta razón es necesario decidir lo que queremos hacer, y perseverar en ello con constancia.

Pero he aquí el momento de pagar mi deuda. Puedo hacerlo con una frase de tu Epicuro: «Es molesto comenzar diariamente á vivir»; ó, si te parece que así se expresa mejor la idea: «Mal viven aquellos que siem-

pre están empezando á vivir.»—¿Por qué? preguntarás; porque esta frase necesita explicación.—Porque la vida es siempre imperfecta para ellos. No puede estar preparado á la muerte el que acaba de empezar á vivir. Debemos por tanto persuadirnos de que hemos vivido bastante; pero esto no lo comprende el que cree siempre que está comenzando la vida. No te parezca que este defecto se encuentra en pocos; es harto general. Algunos comienzan á vivir cuando es necesario cesar de vivir. Si crees esto extraordinario, añadiré otra cosa que te admirará más, y es que algunos cesaron de vivir antes de comenzar. Adiós.

EPÍSTOLA XXIV.

DEL MIEDO Á LO FUTURO: DE LA MUERTE.

Te encuentras apesadumbrado, según me escribes, por el resultado que tendrá el pleito que te ha promovido la mala voluntad de un enemigo; y crees que te aconsejaré que pienses en cosas más agradables y acaricies mejores esperanzas. ¿Qué necesidad hay de aumentar el mal, de apresurar las contrariedades que se experimentan y agitar lo presente con el miedo de lo futuro? Necedad es sin duda alguna hacerse desgraciado en el presente porque se haya de ser alguna vez; pero yo quiero llevarte á la tranquilidad por otro camino. Si quieres desechar toda inquietud, proponte como acaecido todo cuanto temes que te ha de acontecer, y por la magnitud de este mal ordena tu temor: entonces verás claramente que ó no es grande ó no durará mucho aquello que temes. Fácil cosa es aducir ejemplos para fortificarte, porque todas las

edades los suministran. En cualquier parte que fijas la memoria, ora sea en asuntos domésticos, ora en los extraños, encontrarás grandes almas por naturaleza ó por estudio. ¿Será peor para tí perder el pleito que ser desterrado? ¿que ser reducido á prisión? ¿Puede haber algo peor que ser quemado? ¿que perecer? Examina todo esto, recuerda cuántos lo han despreciado, y más fácil te será nombrarlos que elegirlos. Rutilio oyó su condenación sin decir otra cosa sino que se había administrado mal la justicia. Metelo soportó con constancia el destierro; Rutilio se sometió voluntariamente á él: el uno regresó por utilidad de la república: el otro se negó á volver, á pesar de los ruegos de Sila, á quien nada se negaba entonces. Sócrates discutía durante su prisión, y ofreciéndole la evasión, se negó, permaneciendo allí para quitar á los hombres el temor de los dos males más grandes: la muerte y la prisión. Mucio puso la mano en el fuego. Cosa acerba es ser quemado: ¿cuánto mayor será quemarse voluntariamente? Ves al hombre rudo, sin nociones ningunas contra la muerte y el dolor, y únicamente por el esfuerzo de pundonor militar, castigar en su persona la falta de una empresa abortada; contempla su mano que destila en el fuego delante del espectador, y no retira aquellos huesos desnudos hasta que quitan las ascuas. Podía haber hecho algo con más fortuna en aquellos campamentos, pero nada más enérgico. Ya ves cómo el valor es más diligente en prevenir las penas que la crueldad en irrogarlas. Más fácilmente perdonó Porsena á Mucio haber querido matarle, que se perdonó Mucio no haberle dado muerte.

Vulgares son, me dirás, estas fábulas en las escuelas. ¿Me citarás á Catón cuando me hables del desprecio á la muerte?—¿Por qué no he de citar aque-

lla última noche suya, en la que leía un libro de Platón teniendo una espada bajo la almohada? Estos dos instrumentos tuvo á mano en aquella noche suprema, el uno para querer morir, el otro para poder. Arreglados sus negocios de la manera que permitía su mal estado, creyó que debía obrar de manera que nadie tuviese la gloria de haber dado muerte ó haber salvado á Catón, y empuñando la espada, que hasta aquel día no se había manchado de sangre, dijo: «Nada has ganado ¡oh Fortuna! con haberte opuesto á todos mis designios; hasta ahora no he combatido por mi libertad, sino por la de mi patria, y lo que he hecho con tanta obstinación no ha sido por ser libre, sino por vivir entre libres; puesto que al presente se deploran todas estas cosas, hora es ya de poner á Catón en lugar seguro.» Dicho esto, se infirió mortal herida. Vendado por los médicos, encontróse con menos sangre y menos fuerzas, pero con ánimo igualmente entero, é indignado entonces más consigo mismo que contra el César, metió ambas manos en la herida, la desgarró, arrojando, más bien que exhalando, aquel espíritu generoso que nunca se humilló ante ningún poder.

No recojo estos ejemplos para ejercitar mi espíritu, sino para fortalecer el tuyo contra aquello que parece más terrible. Pero creo que con más facilidad te exhortaré si te muestro que además de estos grandes hombres que han despreciado el momento de exhalar el espíritu, se encuentran otros que, bien que débiles en otras cosas, igualaron en esto al ánimo de los más esforzados: testigo es aquel Cn. Scipión, suegro del gran Pompeyo, el cual, habiendo sido arrastrado á la costa de África por viento contrario, y viendo su nave en manos de sus enemigos, se atravesó con la espada, y á los que preguntaban dónde estaba el General, con-

testo: «El General está bien.» Esta sola frase le hizo igual á sus antepasados, y que no se interrumpiese la gloria de los Scipiones, fatal al África. Mucho fué vencer á Cartago, pero fué más vencer á la muerte. «El General, dijo, está bien.» ¿Podía morir mejor un general que mandaba á Catón? No quiero remitirte á las historias, ni recordarte los muchos que en los diferentes siglos han despreciado la muerte. Considera solamente el tiempo en que vivimos, al que se acusa de languidez y molicie, y encontrarás sin embargo personas de todas edades y condiciones que han abreviado sus desgracias por medio de la muerte. Créeme, querido Lucilio; no debe temerse á la muerte, porque es un gran beneficio. Oye, pues, con tranquilidad las amenazas de tu enemigo; y aunque tu conciencia te tranquiliza, sin embargo, como hay muchas cosas que se toman en consideración además del fondo de un negocio, espera que te hagan justicia, y decídetete á la vez á soportar la injusticia. Atiende ante todo á separar las cosas del tumulto que ellas mismas forman, y á considerarlas en sí mismas; verás entonces que no tienen de terribles más que el miedo que inspiran. Lo que ocurre á los niños nos ocurre á nosotros, que somos niños grandes; aquellos á quienes quieren y con los que acostumbran jugar, les causan miedo si se les presentan enmascarados. Necesario es ver las cosas al descubierto, como se ve á los hombres, y contemplarlas en su aspecto natural. ¿De qué sirve mostrarme los verdugos, espadas y hogueras que te rodean? Separa todo ese aparato con que espantas á los débiles. Esa es la muerte de que se burlaron poco ha mi criado y mi criada. ¿Para qué hablarme de látigos y potros? ¿Para qué hablarme de instrumentos y máquinas para atormentar por partes, y de otras mil herramientas para destrozar en detalle

al hombre? Separa todo eso que asusta; haz cesar los gemidos, lamentos, y el horror de los gritos entrecortados por el esfuerzo de la tortura: todo eso no es más que un dolor que despreciará un gotoso; que soporta el que padece del estómago en medio de las delicias de la mesa; que sufre la joven en su primer parto. Ligero sera si puedo soportarlo, breve si no puedo sufrirlo.

Recuerda lo que tantas veces has oído decir y que tantas veces has dicho tú mismo, y demuestra en la práctica si lo dijiste como debías y si como debías lo has dicho, porque es vergonzoso lo que de ordinario se nos censura, que hablamos como filósofos y no obramos como tales. ¡Qué! ¿no sabías aún que estás sujeto á la muerte, al destierro y al dolor? Así has nacido. Contemplemos todo lo que puede ocurrir como si debiese ocurrir; pero sé que ya habrás hecho lo que te aconsejo hacer. Mas te exhorto ahora á que no dejes caer tu ánimo en el pesar, para que no se encuentre blando y menos vigoroso cuando quieras levantarlo. Hazlo pasar de tu negocio particular al general; y dí que tienes un cuerpecillo mortal y frágil, al que puede atormentar, no solamente la persecución de un enemigo ó de un poder superior, sino que también las mismas voluptuosidades. Los festines producen indigestiones, el vino embota los nervios y ocasiona temblores, la lujuria debilita los pies, las manos y todas las coyunturas. ¿Llegaré á ser pobre? me encontraré entre muchos. ¿Desterrado? supondré que he nacido allí donde me manden. ¿Encarcelado? ¿qué importa? ¿estoy libre ahora? ligado estoy al cuerpo, que es naturalmente pesado. ¿Moriré? debes decir en este caso: ya no puedo estar enfermo, ni preso, ni morir otra vez. No soy tan inepto que repita aquí la cantilena epicúrea, para decir que es vano

temor el que se tiene á los infiernos; que no está ocupado Ixión en dar vueltas á una rueda, ni Sísifo en subir una piedra cuesta arriba, y que es imposible que las entrañas de una misma persona sean devoradas y renazcan todos los días. Nadie es tan niño que tema al Cervero, que se asuste de la oscuridad ni de esos fantasmas que aparecen con desnudos huesos. La muerte nos reduce á la nada ó nos trasporta á otro lugar; el estado de los trasladados es mejor, puesto que se encuentran aligerados de su carga. En cuanto á los reducidos á la nada, nada les queda, por cuya razón son igualmente incapaces de bien y de mal. Permite que te cite aquí un verso tuyo, después de decirte que lo has escrito no para los otros sino para tí mismo. Si es vergonzoso decir una cosa y sentir otra, ¿cuánto más lo será escribir de una manera y sentir de otra? Recuerdo haberte oído alguna vez raciocinar acerca de esto, que no caemos de repente en poder de la muerte, sino que vamos á ella poco á poco: morimos todos los días, porque todos los días perdemos parte de nuestra vida, que también disminuye cuando crecemos. El tiempo de la infancia desapareció; hemos pasado también el de la adolescencia y de la juventud; en una palabra, todo el tiempo que ha transcurrido hasta el día de ayer, está perdido para nosotros, y este mismo día en que nos encontramos está dividido entre la vida y la muerte. Así como la última gota no vacía la clepsydra, sino todas las que le precedieron, así también no es la última hora la que hace la muerte, sino la que la termina; entonces llegamos, pero hacía mucho tiempo que nos encaminábamos á ella. Cuando discurrías acerca de estas cosas con tu ordinaria elocuencia, siempre me parecías grande, pero nunca tan firme como cuando atribuíste estas palabras á la verdad:

«No viene de repente la muerte, pero se llama muerte la última que nos arrebatara.»

Prefiero que leas lo tuyo ó que leas mi carta, porque así verás que la muerte que tenemos no es la única que existe, sino solamente la última.

Veó lo que esperas; buscas qué añadiré á esta carta, si alguna frase generosa y atrevida pronunciada por algún varón eminente, ó algún consejo saludable: necesario es obtener el consejo del asunto mismo que tratamos. Epicuro censura de la misma manera á los que desean la muerte como á los que la temen. «Ridículo es, dice, buscar la muerte por disgusto de la vida, cuando la vida que se ha llevado obliga á buscar la muerte.» Y en otro lugar: «¿Hay algo más ridículo que desear la muerte cuando se ha tenido vida desgraciada por el temor de la muerte?» A lo que puede añadirse esto que viene á ser lo mismo: «Que la imprudencia, ó mejor dicho, la locura de los hombres es tal, que existen algunos á quienes el temor de la muerte lleva al fin á deseársela.» Cualquiera pensamiento de estos que medites, te dispondrá á soportar sin pena la vida ó la muerte: porque debemos cuidar de no amar demasiado la vida, ni odiarla demasiado; y cuando la razón nos obligue á abandonarla, no debe ser ligeramente y con precipitación. El hombre generoso y sabio no debe huir de la vida, sino salir de ella: sobre todo, es necesario cortar ese apasionado deseo de morir que se apoderó en otro tiempo del ánimo de muchas personas; porque es cosa cierta, querido Lucilio, que algunas veces se inclina ciegamente el alma al deseo de la muerte, de la misma manera que á otros objetos, y que esto ha ocurrido en tanto á varones esforzados y generosos y en tanto á débiles y pusilánimes. Aquéllos des-

preciaban la vida, á éstos les incomodaba: otros hay también que, cansados de hacer y ver siempre las mismas cosas, toman disgusto á la vida, sin cobrarla sin embargo aversión. A esto nos lleva insensiblemente la filosofía, cuando exclamamos: ¿Siempre lo mismo? Dormir, despertar, tener apetito, saciarlo, tener frío, tener calor: ninguna cosa tiene fin, sino que todas están entrelazadas en el orbe; huyen y vuelven. El día vence á la noche, la noche al día: el estío termina en el otoño, el otoño en el invierno, el invierno en la primavera. Todo pasa para volver después; ni veo ni hago nada nuevo: ¿no ha de producir hastío alguna vez todo esto? Por esta razón consideran algunos que si vivir mucho no es desagradable, al menos es superfluo. Adiós.

EPÍSTOLA XXV.

DE LOS PELIGROS DE LA INQUIETUD.—DE LOS GOCES
DE LA POBREZA.

Necesario es tratar de diferente manera lo perteneciente á nuestros dos amigos, porque hay que reformar los defectos del uno y destruir los del otro. Usaré de completa libertad, y no amaría al primero si no le ofendiese.—¿Cómo, dirás, piensas poner en tutela un pupilo de cuarenta años? Considera que se encuentra en edad dura é incapaz de reforma, porque solamente las cosas tiernas pueden enderezarse.—Ignoro si conseguiré algo; mas prefiero no triunfar á faltar á la amistad. No debe desesperarse además de curar á los enfermos crónicos, si corriges su intemperancia y les obligas á hacer y sufrir muchas cosas que pueden

desagradarles. No tengo mucha más confianza relativamente al otro, pero veo que aun se ruboriza de obrar mal. Alentarse debe este pudor, que mientras exista en él, lugar queda á la esperanza. Creo que deberá obrarse suavemente con aquel endurecido para que no desespere, y entiendo que no puede emprenderse su curación en tiempo más propicio que éste, en tanto que se encuentra tranquilo y parece corregido. No me engañará sin embargo esta interrupción que á tantos ha engañado; porque como sé que no están curados sus defectos, sino adormecidos solamente, espero que reaparecerán con mayor energía. Sea como quiera, emplearé mi tiempo en esto, y veré si puede hacerse algo ó no. En cuanto á tí, continúa siendo fuerte y generoso, y haz la maleta. Nada de lo que poseemos nos es necesario. Volvamos á la ley de la naturaleza; las riquezas están preparadas. Gratuito es lo que necesitamos, ó vale poco. La naturaleza solamente pide pan y agua; en cuanto á esto nadie es pobre, «y el que puede limitar así sus deseos puede disputar con el mismo Júpiter acerca de la felicidad,» como decía Epicuro, uno de cuyos consejos he de unir á esta carta: «Hazlo todo como si alguien te contemplase.» Muy útil es sin duda tener alguien al lado á quien consideres como presente á todas tus acciones, pero es mucho más honroso vivir como si te encontrases en presencia de un hombre probo. Contento quedaría si todo lo hicieses como si te contemplase alguien. La inquietud solamente nos inspira cosas malas. Cuando hayas adelantado lo bastante para tener respeto de tí mismo, podrás despedir al pedagogo; pero entre tanto, mantente bajo la autoridad de otro: y sea este Catón, Scipión, Lelio ó cualquiera cuya intervención pueda contener la licencia de los más desordenados. Cuando hayas he-

cho esto y comiences á tener consideración contigo mismo, te permitiré lo que aconseja Epicuro cuando dice: «Retírate dentro de tí mismo, sobre todo cuando necesites compañía.» Conviene que no seas semejante al vulgo, y por esta razón es peligroso que salgas de tí mismo: contempla á los demás; ninguno hay que no esté mejor con los otros que consigo mismo. «Retírate dentro de tí mismo, sobre todo cuando necesites compañía,» pero si eres varón bueno, pacífico y moderado: no siendo así, sal de tí, vé con los demás y no estarás peor acompañado. Adiós.

EPISTOLA XXVI.

ALABANZAS DE LA VEJEZ.

No ha mucho que te decía: me encuentro delante de la vejez, y ahora temo que ya la he dejado atrás. Este nombre no conviene ya á mi edad cansada, aunque no quebrantada. Cuéntame entre los decrepitos y que ya tocan á su fin. Te aseguro, sin embargo, que me congratulo de no sentir la vejez mas que en el cuerpo y no en el espíritu; tanto se debilitaron los vicios y todo lo que les sirve. El espíritu se encuentra vigoroso y se regocija de no tener ya tanto comercio con el cuerpo. Como se ve libre de mucha parte de su peso, se alegra, disputa conmigo que no es viejo y que aun se encuentra florido. Creámosle, y que goce de su felicidad.

Mas bueno será examinar qué deba á la sabiduría y qué á la edad en esta moderación de pasiones; y de examinar es también cuidadosamente qué pueda ha-

cer y qué no quiera hacer en el caso de poder hacerlo. Porque si hay algo que no pueda hacer, no lamento mi impotencia en atención á que no debemos quejarnos de que llegue á su fin lo que ha de tener término.—Sensible es en alto grado, dirás, verse disminuir y decrecer, y, por decirlo así, corroerse; porque no recibimos de improviso el impulso y caemos, sino que cada día nos quita algo de nuestras fuerzas.—¿Y qué cosa mejor puede ocurrirnos que resbalar suavemente hacia el fin por el desfallecimiento de la naturaleza? Y no porque sea grave mal ser arrojado bruscamente de la vida, pero siempre es más dulce salir de ella insensiblemente. En cuanto á mí, te aseguro que me observo y hablo como si hubiese de sufrir la prueba y como si estuviese próximo ese último día que debe juzgar de todos los otros. «Todo cuanto hasta ahora, me digo, hemos mostrado con palabras y acciones, nada es: talentos de espíritus ligeros y falaces: veré al morir cuanto haya aprovechado: por esta razón me preparo seriamente para aquel día, en que podré juzgar con lucidez si he tenido la virtud en los labios ó en el corazón, y si tantas palabras atrevidas como he pronunciado contra la fortuna eran producto de disimulo y vanidad. No te detenga lo que los hombres piensen de tí, que siempre es muy incierto y opuesto; tampoco te detengan tus estudios: examina toda tu vida y verás que solamente la muerte puede juzgar de tí. Lo repito; los estudios, discretas conversaciones y las sentencias tomadas de los sabios de la antigüedad, no son pruebas de las fuerzas del alma; á las veces hablan los más tímidos con grande atrevimiento; conoceráse por qué has obrado, cuando hayas exhalado el espíritu. Acepto la condición y no temo el juicio.»—Esto me digo á mí mismo, pero imagina que te lo digo á tí. ¿Eres joven? ¿qué importa? la

muerte no cuenta los años, ignoras dónde te espera; por esta razón debes esperarla en todas partes.

Deseaba concluir y ya iba á cerrar esta carta, pero recuerdo que es necesario pagar el porte. Aunque no te dijera de dónde tomo el préstamo, demasiado sabes de qué arca lo saco. Espera un poco aún; lo encontraré en mi biblioteca, pero me lo prestará Epicuro. «Considera qué es más cómodo, si esperar la muerte ó salir nosotros á su encuentro.» El sentido es claro: magnífica cosa es aprender á morir. Considerarás tal vez que es superfluo aprender una cosa que solamente puede utilizarse una vez: por esta razón debe pensarse en ello, porque siempre debe estudiarse aquello de que no estamos seguros de servirnos bien. Piensa en la muerte; quienquiera que te diga esto, te impulsa á pensar en la libertad. El que sabe morir, no sabe servir, y si no está por encima, al menos está más allá de todos los poderes. ¿Qué valen contra él todas las cadenas y cárceles si tiene siempre una puerta libre? Una cadena solamente nos sujeta; el amor á la vida, que no debe extinguirse, pero sí moderarse, con objeto de estar siempre dispuestos para, en caso necesario, hacer en el acto lo que hemos de hacer alguna vez. Adiós.

EPÍSTOLA XXVII.

SOLAMENTE EN LA VIRTUD EXISTE GOCE VERDADERO.

¡Tú me aconsejas! me dices. ¿Te has aconsejado ya tú mismo? ¿Te has corregido, y puedes dedicarte á corregir á los demás?—No soy tan presumido que, estando enfermo, pretenda curar á otros; pero en-

contrándome acostado en la misma enfermería, hablo contigo de la enfermedad que nos es común, y te comunico los remedios que empleo. Escúchame, pues, como si hablase conmigo mismo: te pongo al corriente de mi secreto y en presencia tuya me digo: Cuenta tus años y te avergonzarás de desear hoy lo mismo que cuando eras niño; procúrate la satisfacción de ver morir tus vicios antes que tú. Abandona los torpes placeres, que tan caros cuestan, que perjudican más como pasados que como venideros. Así como dejan inquietud los crímenes, aunque no se descubrieran cuando se cometieron, así también los placeres torpes dejan pesar cuando nos encontramos hartos de ellos. Estos placeres no son sólidos ni fieles, y te abandonarán aunque no te produjesen otro daño. Busca otro goce que tenga estabilidad; pero no existe ninguno fuera del que el alma encuentra en sí misma. Solamente la virtud puede dar goce sólido y perpetuo, y si se presenta algún obstáculo, es como las nubes que pasan por delante del sol, sin extinguir jamás la luz. ¿Cuándo conseguiremos este goce? No se cesa ciertamente de preguntarlo, pero nadie se apresura á adquirirlo. Mucho queda que trabajar, mucho se ha de velar, trabajo personal hay que emplear para conseguirlo, porque este negocio no se trata por intermediario: en otro género de estudios puede recibirse auxilio. Nuestro contemporáneo Calvino Sabino era muy rico, gozando de grande y seguro caudal. Nunca ví hombre feliz más inepto. Su memoria era tan mala que olvidaba en tanto el nombre de Ulises, en tanto el de Aquiles ó el de Príamo, aunque les conoció como conocemos á los maestros que nos enseñan. Nunca torpe nomenclátor estropeó más los nombres, que estropeaba él los de Troyanos y Griegos. Sin embargo, quería pasar por erudito, y

he aquí el medio que escogió: compró muy caros dos esclavos, uno para que aprendiese de memoria á Homero, el otro á Hesiodo: compró otros nueve, y á cada uno le hizo aprender un poema lírico. No te extrañe que le costasen mucho, porque no los encontró instruídos, sino que les hizo instruir. En cuanto tuvo formada esta compañía, comenzó á atormentar á los que comían á su mesa. Tenía á sus pies á los que le apuntaban los versos que quería citar, pero casi siempre quedaba á la mitad. Stantilio Quadrato, roedor de necios ricos, y por consiguiente burlón, y lo que va unido á estas dos cosas, sarcástico, le aconsejó que tuviese gramáticos para que consignasen sus palabras: pero habiéndole dicho Calvino que cada esclavo de aquellos le costaba dos mil escudos, le contestó: «Por menos dinero hubieses adquirido otras tantas bibliotecas.» Este hombre, sin embargo, tenía el capricho de creer que sabía todo lo que sabían sus esclavos. El mismo Stantilio le propuso que se ejercitase en la lucha, aunque le veía pálido, delgado y lánguido; y habiéndole contestado Sabino: «¿Cómo he de hacerlo si apenas puedo sostenerme?—No digas eso, te lo ruego, le replico; ¿no ves cuantos siervos robustos tienes?» El buen espíritu no se presta ni se compra, y hasta creo que si se pudiese vender, no tendría comprador; lo malo se compra todos los días.

Pero recibe lo que te debo, y adiós. «La pobreza que se acomoda á la ley de la naturaleza vale tanto como las riquezas.» Esto lo dice con frecuencia Epicuro, en tanto de una manera, en tanto de otra; pero nunca se dice demasiado lo que no se llega á aprender bien. Basta para algunos mostrarles los remedios, á otros hay que inculcárselos. Adiós.

EPÍSTOLA XXVIII.

LOS VIAJES SON INÚTILES PARA LA CURACIÓN DEL ALMA.

Crees que á tí solo ha sucedido, y te admiras como de cosa nueva, haber realizado largo viaje y recorrido muchos países sin desterrar la tristeza y tedio de tu ánimo. ¡Necesitas cambiar de espíritu y no de cielo! Aunque cruces los mares, y como dice Virgilio

.....se alejen tierras y ciudades,

tus pasiones te seguirán á todas partes. Sócrates contestó al que se le quejaba de la misma suerte: «¿Te asombras de que no te aprovechen los viajes cuando vas contigo mismo á todas partes?» La misma causa que te impulsó te oprime aún. ¿De qué te sirve cambiar de paraje? ¿de qué el conocimiento de comarcas y ciudades? Todo eso no es más que inútil agitación. ¿Preguntas por qué son vanas esas correrías? Porque huyes contigo mismo. Necesario es que alivies tu espíritu del peso que lleva; á no ser así, no encontrarás placer en ninguna parte. Imagina que te encuentras en el estado en que presenta nuestro Virgilio á la sacerdotisa agitada y llena de extraño espíritu.,

Pugnando por libertarse
del dios que en ella habita.

Caminas de un lado para otro para libertarte del peso, que la agitación te hace más incómodo. Así como la carga de una nave pesa menos cuando no se la mueve, así también sumerge más pronto el costado sobre que la arrojan, cuando no la mueven por igual. Todo

cuanto haces te es perjudicial, y hasta el movimiento te es contrario, porque mueves á un enfermo. Pero cuando te hayas curado de ese mal, todos los parajes te serán agradables. Aunque te relegasen al extremo del mundo ó te confinasen en el seno de la barbarie, te encontrarías bien donde quiera que establecieses tu morada: esto depende más del huésped que de la casa; por esta razón no debemos apasionarnos por ningún paraje. Necesario es vivir persuadidos de que no hemos nacido para quedar fijos en punto determinado: mi patria es todo el mundo. Si te penetras bien de esto, no te extrañará que habiéndote hecho partir de un punto el tedio, no te encuentres más satisfecho en otro; porque el primero no te hubiese desagradado si estuvieras persuadido de que perteneces á todos los países. Eso no es viajar, sino errar, vagar y cambiar solamente de paraje, puesto que no buscando otra cosa que vivir á gusto, puedes hacerlo en todas partes. ¿Existe algún punto tan agitado como el foro? y sin embargo, cuando es necesario vivir en él, se puede vivir tranquilamente. Pero el que pueda huir de su proximidad y vista debe hacerlo, porque así como hay parajes malsanos que pueden alterar la salud más robusta, así también hay cosas poco saludables que pueden corromper los espíritus que no están confirmados en la virtud. Difiero de las gentes que se lanzan en medio de las oleadas y gozan en los tumultos combatiendo diariamente con negocios y dificultades. El hombre prudente no elegirá esta vida, y preferirá vivir en paz á estar en guerra. De poco serviría dominar las propias pasiones, si después hubiese de continuar la lucha contra las de los demás. —Treinta tiranos, me diras, atacaron á Sócrates y no consiguieron doblegar su ánimo.—¿Pero qué importa el número de amos? la esclavitud es una sola, y el

que la ha vencido es libre en medio de una turba de señores.

Tiempo es ya de terminar, pero antes es necesario pagar el porte. «Principio de enmienda es el conocimiento del pecado.» Paréceme que Epicuro dijo esto con mucha razón, porque el que no sabe que peca, no puede corregirse; siendo necesario conocerse antes de enmendarse. Algunos se glorían de sus vicios. ¿Crees que podrán enmendarse aquellos que los consideran virtudes? Por esta razón te aconsejo te reprendas y veles sobre tí mismo. Sé primero acusador tuyo, después juez; pide perdón alguna vez, y alguna vez también castígate. Adiós.

EPÍSTOLA XXIX.

DE LA OPORTUNIDAD EN LOS CONSEJOS.

Me preguntas por nuestro amigo Marcelino y deseas saber qué hace. Pocas veces viene á mi casa, sin otra razón que la de no agradarle oír la verdad. De este peligro está libre, porque solamente debe decirse á aquel que quiere escucharla. Por esta razón se duda si podían Diógenes y los demás cínicos enseñar libremente á cuantos encontraban. ¿De qué serviría dirigirse á sordos y mudos?—¿Mas por qué, dirás, he de economizar mis palabras, siendo como son gratuitas? Ignoro si adelantaré algo con aquel á quien aconsejo; pero sé bien que aprovecharé á alguno si instruyo á muchos. Se debe cuidar de todos, y á fuerza de sondear algo se encontrará.—No creo, querido Lucilio, que deba hacer esto el varón prudente, porque se pierde su autoridad y no tiene bastante fuerza para

corregir á aquellos que previamente se hubiesen sometido á ella. El sagitario no debe dar alguna vez en el blanco, sino errarlo alguna vez. El arte no debe obrar por casualidad, y como la sabiduría es arte, debe tomar el camino seguro, y elegir aquellos que pueden aprovechar sus consejos, abandonando aquellos otros de quienes nada espera, aunque no ligeramente, sino después de emplear los últimos remedios que exige este caso extremo. Sin embargo, no desespero de nuestro amigo Marcelino, á quien aun puede salvarse si se le tiende prontamente la mano. Pero existe el peligro de que él arrastre al que se la tienda, á causa de la viveza de su espíritu, fuertemente inclinado ya al mal. Decidido estoy á correr este peligro, y me atreveré á mostrarle todos sus defectos. Hará sin duda lo que acostumbra, contando agudezas y cuentos capaces de hacer reir á los que tengan ganas de llorar. Se burlará primeramente de sí mismo, después de mí, y se adelantará á todo lo que habré de decirle. Examinará nuestras escuelas, y me mostrará filósofos pensionados por príncipes y entregados á mujeres y á la gula: me presentará á uno en la corte, á otro en el adulterio, aquel en la taberna; me citará á Aristón, el filósofo galante que no disertaba más que cuando le llevaban en litera, habiendo elegido este momento para enseñar su doctrina; por lo que contestó Scauro, cuando le preguntaron á qué escuela pertenecía: «Al menos no es peripatético:» y Julio Græcino, hombre distinguido, impulsado á decir lo que sentía: «No puedo decirlo, contestó, porque ignoro qué hace en ese pescante,» como si le hablasen de un auriga. Después me presentará una multitud de charlatanes que hubiesen hecho mejor en renunciar á la filosofía que en hablar de ella por dinero. Decidido estoy, sin embargo, á soportar todas sus injurias. Hágame reir,

tal vez yo le haré llorar, y si perseverase en reir, me consolaré, como en todas las desgracias, porque al menos su locura es regocijada. Pero esta clase de alegría no es duradera; observa á estas personas y verás que ríen y se afligen con exceso y casi al mismo tiempo. Me propongo interpelarle y hacerle ver que valía más cuando muchos le estimaban menos. Contendré sus vicios, si no se los arrancó por completo: le concederé intermitencias, y tal vez sanará si estas intermitencias llegasen á formar costumbre. En las enfermedades graves, la suspensión del mal es una manera de curación. Mientras me preparo contra él, tú, que ya tienes fuerzas, que conoces los progresos que has hecho y que mediante ellos puedes juzgar hasta dónde llegarás, ordena tus pasiones, levanta tu espíritu, mantente fuerte contra todo lo que inspira temor, y no cuentes el número de los que te parezcan formidables. ¿No tendrías por loco al que temiese encontrar un grupo de enemigos en paraje donde no pudiesen pasar mas que uno á uno? Cierto es que todos pueden amenazarte con la muerte, pero no todos pueden dártela; porque la naturaleza ha querido que uno solo pueda quitarte la vida, así como uno solo pudo dártela.

Si fueses generoso, me perdonarías la deuda de hoy; pero quiero pagarla y no guardar nada de lo que pertenece á otro. «Nunca quise adular al pueblo que no aprueba las cosas que yo sé ni yo sé las que él aprueba.»—¿Quién dice eso?—preguntarás como si ignorases que es Epicuro. Pero lo mismo te dirán los filósofos de todas las escuelas, peripatéticos, académicos, estoicos, cínicos. ¿Cómo ha de agradar al pueblo el que ama la virtud? El favor popular solamente por malos medios se adquiere. Necesario es que te hagas igual á él; á no ser así, no te reconocerá ni po-

drás agradecerle. Pero es mucho más importante que te conozcas á tí mismo que darte á conocer á los demás. El cariño de la gente baja solamente con bajas acciones puedes granjearlo. ¿De qué servirá esa filosofía que tan alto eleva y que se prefiere á todas las artes y á todos los bienes? Servirá para que cuides más de agradarte á tí mismo que de agradar al pueblo; para pesar y no contar los juicios cuando los examines; para que vivas sin miedo á los dioses ni á los hombres; para vencer las adversidades ó para terminarlas, En último caso, si te veo elevado por los votos del pueblo; si al entrar en el espectáculo te saludan aplausos y aclamaciones; si las mujeres y los niños cantan tus alabanzas por la ciudad, ¿cómo no he de compadecerte cuando sé por qué camino se consiguen esos favores? Adiós.

EPÍSTOLA XXX.

DEBE ESPERARSE LA MUERTE CON ÁNIMO TRANQUILO:
EJEMPLO DE BASSO.

El excelente Basso Aufidio, á quien ví poco ha, se encuentra muy cascado y hace cuanto puede para defenderse de la vejez; pero está ya tan agobiado bajo el peso de los años, que no creo pueda ya eruirse. Sabes que siempre tuvo cuerpo débil y enfermo, y que lo ha conservado, ó mejor dicho, remendado á fuerza de cuidados; pero ha decaído repentinamente. Así como en la nave que hace agua pueden obstruirse una grieta ó dos, pero si hay muchas no es posible salvarla, así también puede sostenerse

por algún tiempo la debilidad de un cuerpo decrepito; mas cuando empieza á derrumbarse, como sucede á los edificios viejos, y se cae por un lado mientras se apuntala el otro, tiempo es ya de ver por dónde se podrá salir. Nuestro amigo Basso tiene espíritu alegre, y esto por privilegio de la filosofía, que da fuerza al espíritu dentro de cuerpo enfermo, le conserva dichoso y contento en la proximidad de la muerte y capaz de sostenerse en medio del desfallecimiento. El buen piloto no deja de bogar cuando se han rasgado las velas; y cuando todo está destrozado reúne algunos restos del barco para continuar su carrera. Esto es lo que hace Basso; porque contempla la proximidad de su fin con tanta tranquilidad, que le censuraría si viese consideraba de igual manera el fin de otro. Cosa muy importante es, querido Lucilio, y que solamente se aprende con mucho tiempo y mucho trabajo, saber partir sin sentimiento, cuando está agotada la fuente de la vida y se ha llegado á la hora inevitable. Los demás géneros de muerte llevan consigo alguna esperanza: cesa la enfermedad, extinguese el incendio; la caída de un edificio puede dejar sin daño en el suelo á aquellos á quienes debía aplastar; el mar suele arrojar incólumes á la playa á aquellos á quienes había sepultado en sus olas; el soldado retiene algunas veces la espada en el momento en que iba á atravesar á su enemigo; pero la vejez no deja esperanza á aquel á quien lleva á la muerte, porque nada puede oponerse á ella. Verdad es que no hay género de muerte que sea más dulce, como tampoco lo hay más largo. Al contemplar á nuestro amigo Basso, parece que se ha acostado en la tumba, que sobrevive á sí mismo y presencia indiferente su disolución. Porque nos dice muchas cosas de la muerte y procura persuadirnos de que, si

hay algo desagradable en este asunto, «no debe imputarse á la muerte, sino al que muere, y que no se experimenta más daño al morir que después de morir. Tan loco es el que teme lo que no ha de suceder como el que teme lo que no ha de sentir. ¿Es posible suponer que se sentirá una cosa que hará que no pueda sentirse nada? Luego tan exenta de mal está la muerte, dice, que hasta excluye el temor si se la toma como es.»

Bien sé que todas estas cosas se han dicho muchas veces ya, y se dirán muchas más aún; pero cuando las he leído ó escuchado de labios de los que discurrían sobre ellas, censurando el temor de un mal del que se encontraban muy lejanos, no me han impresionado como cuando he oído á este anciano hablar de la muerte que tan cerca tiene. Te diré francamente que creo mucho más fuerte al que se encuentra en la agonía que al que está cerca de la muerte; porque cuando se muestra desnuda, inspira hasta á los más débiles la resolución de sufrir lo que no pueden evitar. Por esta razón vemos que el gladiador que nos pareció tímido en el combate, se entrega al enemigo que le derribó y presenta la garganta á la espada. Pero la muerte que está cerca y que se adelanta paso á paso, pide estudiada firmeza de corazón, firmeza que es muy rara y solamente se encuentra en el sabio. Por esta razón escuchaba con gusto al anciano hablando de la muerte, cuya naturaleza conocía tanto mejor cuanto más de cerca la contemplaba. Creo que darías tú más fe á quien resucitase y te asegurara por experiencia propia que no existe ningún mal en la muerte; puedes sin embargo conocer la turbación que produce la proximidad de la muerte cuando hablan los que se encontraron cerca de ella, que la vieron venir y la recibie-

ron. Entre éstos se encuentra Basso, que no quiere que nos engañemos, y dice que tan poca razón hay para temer la muerte como para temer la vejez; porque así como la vejez sucede á la edad viril, así la muerte sucede á la vejez. Parece que no ha vivido el que no quiere morir, porque solamente con la condición de morir se le ha concedido la vida. Demencia es, por tanto, asustarse de la muerte, puesto que no debe asustar lo incierto, y lo cierto debe esperarse. La muerte es igual para todos y necesariamente inevitable. ¿Quién puede quejarse de una ley que á nadie exceptúa? La igualdad es parte principal de la equidad. Pero es inútil defender aquí la causa de la naturaleza, que no ha querido tengamos ley diferente de la suya. Todo lo que hizo lo deshace, todo lo que deshace lo hace otra vez. Pero si la vejez disuelve y sin violencia saca de la vida, aquel á quien esto sucede ¿no debería dar gracias á los dioses por haberle llevado al descanso tan necesario y grato después de tan largo trabajo? Ves que algunos desean la muerte con más ahinco que otros piden la vida. Ignoro si muestra más valor el que pide la muerte ó el que la espera con tranquilidad; porque á lo primero se suele llegar por movimiento de ira y despecho, y lo otro no puede hacerse sino por deliberación segura y tranquila. Los hay que, encolerizados, corren á la muerte, pero no que la reciban con regocijado semblante, excepto el que desde antiguo se ha preparado á ella. Confieso que por muchas razones he visitado con frecuencia á este hombre que tan querido me es, pero principalmente con objeto de ver si le encontraba siempre lo mismo, y si el vigor del espíritu no disminuía con las fuerzas del cuerpo; mas, por el contrario, veíasele aumentar como se ve aumentar la alegría de los jinetes cuando corren la séptima carre-

ra y se ven cerca del premio. Siguiendo la opinión de Epicuro, decía: «En primer lugar, que estaba persuadido de que en los últimos momentos no se experimenta ningún dolor; que si lo experimentaba, se consolaría pensando que sería corto, puesto que los grandes dolores no pueden ser largos. En último caso, que si la separación del alma y el cuerpo se verifica con dolor, de gran alivio le serviría pensar que no podría experimentar otro; pero que sabía que el alma de los ancianos está en el borde de los labios y se desprende del cuerpo sin mucha violencia; que así como el fuego que prende en materia sólida no se extingue sino con mucha agua y á veces con la destrucción del objeto, así también el que no encuentra alimento, por sí mismo desaparece.» Confiésote, querido Lucilio, que oigo con gusto estas cosas, no porque sean nuevas para mí, sino porque me encuentro cerca de experimentarlas. ¿Qué? ¿No he visto á muchos arrancarse la vida? Muchos he visto ciertamente y les he respetado, pero respeto más á aquellos que, sin aborrecer la vida, marchan dulcemente á la muerte y la reciben sin haberla llamado. Decía además «que por culpa nuestra nos turba la muerte cuando la creemos cerca; porque ¿de quién no está cerca si puede llegar en todo lugar y en todo momento? Cuando contemplamos, dice, alguna causa que puede acarrearlos la muerte, consideremos cuántas otras hay que están más cerca de nosotros y á las que no tememos.» Uno amenazaba á su enemigo con la muerte; se le adelantó un cólico y no le dejó nada que hacer. En fin, si queremos examinar las causas de nuestros temores, las encontraremos contrarias á las que creemos. No tememos la muerte, sino la idea de la muerte, porque siempre la tenemos igualmente cerca. Si se hubiese de temer la muerte, habría

que temerla sin cesar, porque ¿qué tiempo está exceptuado para ella?

Pero debo temer que aborrezcas más que á la muerte epístolas tan largas, por cuya razón concluyo. Tú, sin embargo, para no temer nunca á la muerte, no la olvides jamás. Adiós.

EPÍSTOLA XXXI.

DEL DESPRECIO Á LA ESTIMACIÓN DEL VULGO.

Reconozco á mi querido Lucilio: comienza á ser como prometió. Continúa ese impulso del ánimo que te lleva á lo bueno despreciando la opinión popular. No pido que llegues á ser más grande ni mejor de lo que te habías propuesto. Los cimientos que has echado ocupan mucho lugar; edifica lo que te propusiste y realiza tus buenas resoluciones. Serás completamente sabio si te tapas los oídos, no como Ulises mandó hacer á sus compañeros, sino con algo más fuerte y espeso; porque la voz que aquéllos temían era dulce en verdad, pero no pública, y la que tú has de temer no parte de un punto solo, sino de todos los ángulos de la tierra. No te detengas, pues, en ninguna comarca, ni tampoco en esas ciudades que te serán sospechosas de molicie y desorden; hazte sordo á la voz de tus mejores amigos. Con buena intención, desean éstos cosas muy malas, y, para ser feliz, ruego á los dioses que no ocurran las cosas que desean tus amigos. Los dones de que quieren colmarte no son bienes, porque no existe más que un bien que forma la felicidad de la vida, á saber: confiar en sí mismo; pero únicamente se puede conseguirlo no temiendo

el trabajo y poniéndolo en el número de las cosas que no son buenas ni malas. Porque es imposible que una misma cosa sea en tanto buena y en tanto mala, en tanto suave y agradable, en tanto desagradable. El trabajo en sí mismo no es bueno; ¿qué tiene de bueno? El no temerlo. Así es que haría mal en censurar á los que trabajan; por el contrario, admiro á los que se ocupan de cosas honestas, y les aprecio tanto más, cuanto más perseveran; y les gritó: Tened valor; y, si podéis, haced la carrera de un solo aliento. El trabajo alimenta á las almas generosas. No es de esperar que arregles tus deseos y aspiraciones por los que formaron en otros tiempos tus padres, y después de haber entrado en los grandes negocios, sería vergonzoso para tí importunar á los dioses con tus súplicas. ¿Qué necesidad tienes de ellas? Hazte feliz por tí mismo, y lo serás con tal de que te persuadas que no existe nada bueno sin virtud, y que el vicio acompaña siempre á lo malo. Así como no hay nada brillante sin luz, ni nada oscuro sin tinieblas, nada caliente sin fuego y nada frío sin aire, así las cosas son honestas ó torpes según estén unidos con la virtud ó con el vicio.

¿En qué consiste, pues, el bien? En el conocimiento de las cosas. ¿Y el mal? En no conocerlas. De esto resulta que el hombre prudente y precavido las acepta ó las rechaza según los tiempos; pero las acepta sin admiración y las rechaza sin temor cuando tiene ánimo fuerte y generoso. No creo que tu ánimo se encuentre abatido, pero no basta no rechazar el trabajo, menester es buscarlo.—Pero ¿cuál es, dirás, el trabajo frívolo y superfluo?—El producido por humildes causas. Este no es absolutamente malo y algo de laudable tiene, lo mismo que aquel que se emplea en cosas bellas, porque demuestra la paciencia de un espíritu que se levanta contra las dificultades, y se dice: ¿por

qué cesas? ¡no es viril temer la fatiga! Necesario es que el hombre vaya aquí y allá y perfeccione su virtud en la igualdad de su vida, lo cual no puede hacerse sin conocimiento perfecto de las cosas y sin el arte que nos enseña todo lo concerniente á los dioses y á los hombres. Este es el bien sumo; si lo posees, comienzas á ser compañero de los dioses y no suplicante suyo.—¿Cómo, dirás, puede llegarse á ese punto?—No es necesario atravesar el Apenino ni el Olimpo, los desiertos de Candavia, ni los peligros de Scila y Caribdis, los cuales sin embargo has arrostrado con ocasión de un empleo poco importante; el sendero es seguro y fácil, y la naturaleza te ha provisto de todo lo necesario para recorrerlo. Si no desprecias lo que te ha dado, podrás caminar á la par con Dios; pero no será el dinero lo que te haga igual á él, ni los suntuosos trajes, porque Dios está completamente desnudo: ni tampoco la reputación extendida por los pueblos: nadie conoce á Dios; hasta muchos hay que hablan mal de él impunemente; tampoco la multitud de criados que lleven tu litera por caminos y ciudades. Dios omnipotente y grande lleva todas las cosas en la mano. Tampoco la belleza ni la fuerza del cuerpo podrían hacerte feliz, porque están sujetas á la vejez. Necesario es, pues, buscar algo que no se corrompa, y á lo que nada se oponga. ¿Que será esto? El espíritu, pero ha de ser recto, bueno y animoso. ¿Y de qué otra manera has de llamarlo sino Dios alojado en cuerpo humano? Este espíritu puede encontrarse en un caballero romano lo mismo que en un liberto ó en un esclavo. ¿Qué es un caballero romano, un liberto ó un esclavo? Nombres nacidos de la ambición ó de la injusticia. Posible es elevarse al cielo desde el rincón más ignorado de la tierra: ¡elévate pues!

.....y forma en ti
imagen digna de Dios.

No lo realizarás con oro ni con plata, porque con estas materias no se puede hacer retrato que se le parezca; recuerda que los dioses eran de barro cuando tan propicios se mostraban. Adiós.

EPÍSTOLA XXXII.

EXHORTA Á LA FILOSOFÍA.

Pregunto por tí, y de todos los que vienen de esas regiones inquiero qué haces, dónde y con quién habitas. No puedes engañarme, porque estoy á tu lado. Vive, pues, como persuadido de que puedo oírte y hasta ver todas tus acciones. ¿Preguntas qué me agrada más de todo cuanto oigo de tí? que no sé nada, porque la mayor parte de aquellos á quienes pregunto ignoran lo que haces. Saludable es no hablar con personas que tienen sentimientos é inclinaciones contrarias á los nuestros. Confío, sin embargo, en que no podrían cambiarte y que permanecerás firme en tu propósito á pesar de las sollicitaciones de la multitud que te rodea. ¿Qué ocurre, pues? no temo que te perviertan, pero temo que te extravíen: porque, á la verdad, hacen mucho daño al que distraen, en vista de que la vida es muy corta y que nosotros la acertamos más con nuestra inconstancia, que nos hace vivir de una manera y después de otra; así es que rasgamos nuestra vida y la hacemos pedazos. Apresurate, pues, querido Lucilio, y piensa cuánto te acelerarías si tuvieses á tus alcances al enemigo y temieses que la caballería atacase á los fugitivos.

Esto es, sin embargo, lo que sucede; te persiguen, acelérate, sálvate, ponte en lugar seguro, y en seguida considera que es bella cosa terminar la vida antes de la muerte y ver deslizarse después el resto de los días con tranquilidad, porque la vida más larga no es la más dichosa. ¡Oh, cuándo verás el tiempo en que estés convencido de que ya no necesitas tiempo. y en el que, sin cuidarte del mañana, permanezcas tranquilo y en plena saciedad de vida! ¿Quieres saber qué es lo que hace á los hombres tan ávidos de lo futuro? Que ninguno es dueño de sí mismo. Bien sé que tus padres te desearon cosas harto diferentes de éstas, por cuya razón hago yo por tí votos muy contrarios; deséote desprecio generoso de todas las cosas cuya abundancia quisieron para tí; sus deseos arruinarían á muchos para enriquecerte, porque lo que te darían, necesario sería quitarlo á otros. Quiero únicamente que te poseas, y que tu espíritu, después de larga agitación de vagos pensamientos, se detenga al fin y permanezca fijo; que estés satisfecho de tí mismo, y que, conociendo los verdaderos bienes (que basta conocer para poseer), no necesitas prolongar tu edad. Aquel, en fin, es superior á todas las necesidades y se encuentra franco y libre, que vive después de terminar su vida. Adiós.

EPISTOLA XXXIII.

DE LAS SENTENCIAS FILOSÓFICAS.

Deseas que, como en las anteriores, inserte en estas cartas algunas sentencias de nuestros escritores famosos. No se entretuvieron aquéllos en floreos, y en todas ocasiones es viril su estilo: conviene que sepas

que hay desigualdad desde el momento que el eminente se hace notar. No extraña ver un árbol grande cuando todos los de la selva son iguales. De estas sentencias están llenos los versos y las historias. Así es que no quiero que creas pertenecen á Epicuro, sino á todos, y particularmente á nosotros. Pero se notan más en este autor porque son raras en él é inesperadas, sorprendiendo que un hombre que hace profesión de molicie diga algo enérgico. De esta manera juzgan casi todos; para mí Epicuro es fuerte, aunque muy encubierto. El valor, habilidad é inclinación á la guerra se encuentra de la misma manera en los Persas que en los pueblos que llevan las calzas remangadas. No debes pedirme sentencias raras y escogidas, porque entre nosotros es común lo que entre otros es raro. Así es que no tenemos muestra para engañar al comprador que no ha de encontrar nada cuando éntre en la tienda. Permitímosle tomar ejemplares y cuanto quiera. ¿Crees que pensamos separar algunas sentencias del gran número que poseemos? ¿á quién se las asignamos? ¿á Zenón, á Cleanto, á Crysippo, á Panæcio ó á Posidonio? Nosotros no tenemos tutor, cada cual goza de sus derechos. Entre los demás, cuanto dicen Hermaco ó Metrodoro se refiere al jefe de la escuela. Cuanto se trata entre ellos está bajo los auspicios y autoridad del maestro. Repito que no podemos, aunque lo intentemos, elegir nada entre tan considerable copia de cosas iguales.

Es de pobres contar el rebaño.

En cualquier parte que fijas la vista, encontrarás siempre algo que podría admirarse si el resto no fuese igual.

Debes, por tanto, desechar la idea de que puedes saborear en extracto el genio de aquellos eminentes

varones; necesario es leerlos por completo, examinarlos por todos lados. Sus obras, que llevan el carácter de su ingenio, están de tal manera tejidas que nada podrías entresacar sin destruirlas; consiento en que estudies cada miembro separadamente, con tal de que los consideres en el mismo conjunto. No se reputa bella una mujer por tener la pierna ó el brazo bien formados, sino cuando, sin considerar ninguna de sus partes, se forma buena idea de todo su cuerpo. Sin embargo, si así lo deseas, obraré generosamente contigo y te daré á manos llenas. Existen muchas cosas buenas derramadas en nuestros libros, y no hay más que coger, sin necesidad de elegir, porque no caen gota á gota, sino con abundancia y sin intermisión. No dudo que serían muy útiles á los que están aprendiendo aún, porque se retiene con más facilidad lo concreto y medido á manera de verso. Por esta razón hacemos aprender sentencias á los niños y lo que los Griegos llaman *chrias* (apotelesmas), porque su espíritu se agobia fácilmente y no puede seguir adelante. Pero es vergonzoso para un hombre buscar sentencias, aprender frases que son comunes y no darse á conocer más que por su memoria. Aliméntese por sí mismo, que diga y no recite, porque no está bien que un anciano ó un hombre avanzado en edad hable de memoria. Zenón dijo esto, ¿y tú? Cleanto esto otro, ¿y tú? ¿Hasta cuando te ha de guiar otro? Habla por tí mismo, dí algo que te sea propio. Esto me hace creer que esas personas que siempre son intérpretes y nunca autores y que se cubren con la sombra de otro, no tienen valor, puesto que nunca se atreven á hacer lo que por tanto tiempo han estudiado. No aprenden más que para ejercitar la memoria. Una cosa es recordar y otra saber; recordares conservar lo que se ha confiado á la memo-

ria; saber, por el contrario, es apropiarse una cosa, no necesitar ya auxilio ni mirar al maestro. Esto dice Zenón, esto Cleanto. Diferénciate algo del libro, ¿por ventura estás aprendiendo aún? Ya es tiempo de que enseñes. ¿Qué necesidad tengo de escuchar lo que puedo leer cuando quiera?—Mucho hace la viva voz, me dirás.—Pero no aquella que se limita á repetir las palabras de otro como haría un escribiente. Añade á esto que todos los que se ponen en tutela de ciertos autores les siguen en opiniones que ya no se aceptan y en otras que aun no están establecidas. Nunca se descubriría nada si nos contentásemos con lo que ya se ha encontrado. Además el que sigue á otro nada encuentra y ni siquiera busca.—¿Cómo? ¿no seguiré las huellas de los antiguos?—Me serviré de su camino, pero si encuentro otro más corto lo tomaré. Todos aquellos que discutieron cuestiones antes que nosotros, no son nuestros maestros, sino nuestros guías. La verdad está expuesta ante todos; ninguno se ha apoderado de ella, y mucho queda aún para los que vengan detrás. Adiós.

EPÍSTOLA XXXIV.

ALABANZA Y EXHORTACIÓN Á LA PERSEVERANCIA.

Me siento mejor, me congratulo y adquiero nuevo calor á pesar de mi vejez, siempre que veo por tus cartas y conducta cuánto te excedes á tí mismo, después de haber excedido desde hace mucho tiempo á los demás. Si el hortelano se deleita viendo el fruto del árbol que plantó, y el pastor el del rebaño que guía; si no hay nadie que no se interese por el des-

arrollo del niño de que cuida, ¿qué crees sucederá á los que han cultivado espíritus y que los formaron en tierna edad cuando les ven llegados rápidamente á la madurez? Te declaro cosa mía, porque eres mi obra. En cuanto conocí tu buena índole, te eché mano, te exhorté, te impulsé y no te dejé adelantar con lentitud. En seguida te excité como lo hago todavía; pero corriendo ya, te exhorto y tú me exhortas á mí.—¿Qué otra cosa deseas? me dirás.—Confieso que esto ya es mucho. Porque en las obras del espíritu sucede como en las demás, que se tienen medio terminadas cuando se han comenzado bien: por esta razón es mucha parte de bondad querer ser bueno. ¿Pero sabes á quien llamo bueno? al absolutamente perfecto, al que ni necesidad ni fuerza alguna podrían hacer malo. Así serás tú si perseveras y consigues que todas tus palabras y acciones estén conformes como acuñadas en el mismo molde. El espíritu no es completamente recto cuando son discordantes sus acciones. Adiós.

EPISTOLA XXXV.

LA AMISTAD NO EXISTE MÁS QUE ENTRE LOS BUENOS.

Cuando te ruego con tanta obstinación que te dediques al estudio, trabajo para mí. Quiero tener un amigo, y no puedo conseguirlo si no continuas perfeccionándote como has comenzado: ahora me quieres, pero no eres amigo mío.—¡Cómo! ¿son cosas diferentes estas?—Sí, y hasta desemejantes. El que es amigo, ama; pero no siempre el que ama es amigo. Así es que la amistad siempre aprovecha; y, por el

contrario, el amor suele ser perjudicial. Aunque no existiese otra razón, progresa en el estudio de la sabiduría, á fin de que aprendas á amar. Apresúrate, pues, mientras este prevecho es para mí, no sea que aprendas para otro. Por mi parte empiezo á recoger el fruto, cuando me figuro que estamos unidos ya por sentimientos, y que recobraré en tu edad, aunque no muy distante de la mía, el vigor que los años me han quitado. Pero quiero gozar de este bien en realidad. Gozo recibimos de aquellos á quienes amamos, aunque se encuentren ausentes, pero pasa con rapidez. Mas el placer que nos produce su presencia y conversación tiene algo de vivo y animado, especialmente si es persona que posee las cualidades que deseamos. Haz de manera que reciba rico regalo en tí mismo cuando vengas aquí; y para que te apresures, recuerda que eres mortal y yo viejo. Ven en seguida á mí, pero antes debes estar en tí mismo; progresa y cuida ante todo de ser constante. Cuando quieras experimentar si has aprovechado, considera si quieres hoy lo mismo que querías ayer: el cambio de deseo es señal de espíritu flotante que vaga aquí y allá á merced del viento. Lo que está fijo y bien fundado no se mueve jamás. Esta firmeza se encuentra completa en el sabio, pero no es tan grande el que no es tan perfecto.—¿En qué se diferencian?—Este se mueve, vacila aunque no cambia de puesto; aquél no se conmueve jamás. Adiós.

EPISTOLA XXXVI.

VENTAJAS DE LA TRANQUILIDAD: DE LA OPINIÓN DEL
VULGO: DEL DESPRECIO Á LA MUERTE.

Exhorta á tu amigo para que desprecie profundamente á aquellos que le censuran haberse entregado al reposo y preferido la tranquilidad á las dignidades que ha abandonado cuando podía subir más. Diariamente les hará ver lo bien que ha obrado. Aquellos á quienes se envidia, no subsisten mucho tiempo; unos caen, otros son aplastados. La prosperidad es inquieta y turbulenta: atormentase, se agita el cerebro y no de una sola manera. Inspira á unos deseo de autoridad, á otros inclinación á los placeres; hincha á éstos, ablanda y enerva á aquéllos.—¿La soportan bien algunos?—Sí, como hay quienes soportan bien el vino. La muchedumbre que rodea á alguno no debe persuadirte que sea feliz, porque acuden á él como á un lago, cuyas aguas enturbian y agotan al fin.—Llámanle holgazán y frívolo.—No ignoras que hay gentes que dicen y firman cosas contrarias. Antes le llamaban feliz: ¿lo era en efecto? No me fijo siquiera en que no faltaban quienes le encontrasen carácter demasiado rudo y tétrico. Ariston decía «que prefería un joven grave á otro alegre y amable; que el vino áspero cuando es nuevo se hace bueno con el tiempo, pero el que es agradable desde el principio no puede conservarse.» No te cuides de que le llamen triste y enemigo de su adelanto; esa melancolía será un bien en su edad madura, con tal de que continúe amando la virtud, y aplicándose al estudio, no de esas cosas

que basta conocer superficialmente, sino de las que conviene sondear. Este es el tiempo de aprender.— ¡Cómo! ¿hay alguno que no sea de aprender?—No, pero así como es honesto estudiar en todo tiempo, no lo es hacerse instruir en toda edad. Ridículo sería ver á un anciano estudiando el alfabeto. El joven debe aprender y el viejo aprovechar lo aprendido. Cosa utilísima harás para tí si á tu amigo lo haces perfecto. Existen beneficios tan útiles para hacerse como para recibirse, no como aquellos que están bajo el poder de la fortuna. En último caso ya no es libre, puesto que ha dado su palabra. Menos vergonzoso es faltar al acreedor que no responder á la esperanza que se le dió. Para pagar sus deudas necesita el comerciante próspera navegación; el labrador la fertilidad de la tierra y el favor del cielo; pero para lo otro basta la voluntad, sobre la que no tiene ningún poder la fortuna. Dispóngala de suerte que pueda adquirir esa tranquilidad y revestirla de ese espíritu que ignora si ha perdido ó ha ganado; que permanece inmóvil cualquiera que sea el giro que tomen los negocios; que se encuentra siempre superior á los bienes que le llegan y no desciende cuando la fortuna los recobra ó le quita una parte; que dispararía flechas desde la infancia entre los Parthos y lanzaría venablos desde la niñez si hubiese nacido en Germania; que hubiese aprendido á montar á caballo y á combatir cuerpo á cuerpo si hubiese vivido en tiempo de nuestras abuelos: cosas son estas que las costumbres del país obligan á saber.

¿Qué es, pues, lo que debe aprender? A despreciar la muerte, que es excelente defensa contra todo linaje de ataques y de enemigos. Porque nadie duda que la muerte no tenga en sí algo de terrible que asusta á los hombres en quienes la naturaleza puso el amor á

la vida; de no ser así, inútil sería prepararse y animarse á una cosa que haríamos por instinto, como cuidamos de la propia conservación. Nadie aprende á fin de poder, en caso de necesidad, descansar en un lecho de rosas; sino que se endurece para que la fe no ceda á los tormentos, y, en caso necesario, poder permanecer toda la noche en la trinchera, hasta de pie y herido sin apoyarse en las armas para que no le sorprenda el sueño. La muerte no lleva consigo ninguna molestia, porque es necesario que lo que produce molestias tenga existencia. Si tanto deseo tienes de vivir, piensa que no perece nada de lo que vemos desaparecer de nuestra vista, sino que vuelve al seno de la naturaleza para salir muy pronto. Todo concluye, pero nada perece. La muerte que tanto tememos y rechazamos hace cesar la vida, pero no la quita; día llegará en que nos pondrá de nuevo en el mundo, al que muchos no querrían volver si recordaran haber estado ya en él. Pero muy pronto te demostraré que todo lo que parece perecer no hace más que cambiar. Puede uno marcharse sin pesar, cuando se marcha para volver. Considera las vicisitudes de las cosas, y verás que nada se aniquila en el mundo, sino que cae y se levanta sucesivamente. Márchase el estío y otro año le trae; pasa el invierno, pero los meses le traerán también; la noche oculta el sol, pero el día la disipará en seguida. Todo el curso de las estrellas no es otra cosa que paso y regreso que se hace alternativamente por los mismos caminos; una parte del cielo se levanta continuamente y otra baja. Terminaré añadiendo que los niños y los locos no temen la muerte y que es vergonzoso no adquirir por la razón la seguridad que da la demencia. Adiós.

EPÍSTOLA XXXVII.

DE LA FORTALEZA SOMETIDA Á LA FILOSOFÍA.

Grave compromiso has tomado sobre tí al prometer ser bueno. Lo has jurado. Se burlaría de tí quien te dijera que es cosa fácil y cómoda: no quiero que te engañen. Ese honrado juramento que has hecho no es diferente, en cuanto á las palabras, de ese otro tan torpe que prestan los que se venden para los espectáculos, y beben y comen lo que poco después han de pagar con su sangre. Se les hace jurar que soportarán, á pesar suyo, el látigo y el hierro, y á tí se te pide que todo lo soportes voluntariamente. A aquéllos se les permite rendir las armas y pedir gracia al pueblo, pero á tí se te prohíbe, y has de morir de pie y victorioso. ¿De qué sirve, pues, ganar algunos días ó algunos años? nacemos sin misión.— ¿De qué manera me libertaré? preguntarás.—No podrás evitar la necesidad, pero la dominarás. Necesario es que te abras camino, y la filosofía te lo mostrará: síguele si quieres salvarte, vivir feliz y sobre todo libre, que no podrías serlo de otra manera. El vicio es cosa baja, abyecta, sérdida, servil, sujeta á muchas pasiones crueles. La sabiduría te libertará de esos déspotas molestos que á veces reinan sucesivamente y á veces juntos. Solamente existe un camino para llegar á ella, y como es recto, no puedes extraviarte; marcha, pues, con seguridad. Si quieres que todas las cosas te estén sometidas, sometete tú primeramente á la razón: las regirás si la razón te rige; ésta te enseñará lo que debes emprender y cómo podrás

ejecutarlo; nada harás por casualidad. No me citarás ninguno que sepa cómo ha comenzado á querer lo que quiere; impulsóle el instinto y no la razón. La fortuna nos encuentra con tanta frecuencia como nosotros á ella. Vergonzoso es dejarse arrastrar y no guiarse, y en medio de la corriente de los negocios preguntarse repentinamente con estupor: ¿Cómo he llegado aquí? Adiós.

EPÍSTOLA XXXVIII.

ALABA LOS DISCURSOS BREVES.

Con razón deseas que sea frecuente nuestro comercio epistolar. Mucho aprovecha el discurso que se vierte poco á poco en el alma, mientras que las discusiones que se hacen con grande aparato, en presencia del pueblo, producen demasiado ruido y tienen poca familiaridad. Cierto es que la filosofía aconseja bien; pero nadie da consejos á gritos. Sin embargo, oportuno es á veces usar de esa manera de arengar cuando se trata de impulsar á una persona que se encuentra indecisa aún; pero cuando solamente se trata de instruir y no de obligar á aprender, pareceme que deben emplearse palabras más suaves, á fin de que penetren y arraiguen con facilidad, no necesitándose muchas para ser eficaces; de la misma manera que la semilla, que, si bien pequeña, arrojada á terreno adecuado, aumenta su fuerza y produce asombrosamente. Lo mismo hace la razón: es pequeña en apariencia, pero crece en la acción. Dícense pocas palabras, pero si las recibe bien el ánimo, germinan y fructifican. Repito que lo mismo sucede á los maestros que á las se-

millas: con pocos preceptos hacen mucho, con tal que, como ya he dicho, los reciba mente idónea que los haga suyos. Esta producirá á su vez y devolverá más que recibió. Adiós.

EPÍSTOLA XXXIX.

DE LOS INCONVENIENTES DE LAS GRANDES FORTUNAS.

Te enviaré los comentarios que me pides y cuidaré de hacerlos todo lo más breves y ordenados que pueda; pero considera si te sería más útil un discurso á la manera ordinaria que lo que ahora llaman un resumen y á lo que llamaban sumario cuando se hablaba latín. Esto último es más conveniente para los que aprenden, y lo primero para el que sabe ya; aquéllo enseña, ésto exhorta. Pero no te cuides de lo que debas pedirme, ya que intento darte lo uno y lo otro, procurando ser claro, como de costumbre, porque es cosa cierta que no se nos entiende bien cuando necesitamos explicar. Has abandonado autores cuyos escritos me parecen muy confusos, y de ello te vencerás si coges el catálogo de los filósofos. Esto te servirá de emulación, porque al ver cuántos han trabajado para tí, entrarás en deseos de pertenecer al mismo número. Propio es del alma generosa dejarse llevar fácilmente á cosas honestas. Ningún varón de ánimo elevado desciende á lo bajo y sórdido, antes se inclina á las cosas sublimes y á ellas se adhiere. Como la llama sube en línea recta y no puede arrastrarse ni reposar, así nuestro ánimo está en movimiento, y tanto mayor será su ímpetu cuanto fuese más vehemente. Pero feliz aquel que sepa emplear

bien esta vehemencia, porque puede colocarse fuera del poder de la fortuna, moderándose en la prosperidad, consolándose en las adversidades y despreciando muchas cosas que todo el mundo admira. Propio es de ánimo superior despreciar las grandes riquezas y preferir las medianas á las excesivas; porque las unas son útiles siempre, y las otras pueden ser perjudiciales demasiado grandes. No de otra manera arroja por tierra los granos la abundancia y se desgajan las ramas demasiado cargadas de frutos, ni llega á madurez la excesiva fecundidad. Así sucede á los que no pueden sobrellevar el exceso de su prosperidad y se sirven de ella, no solamente en perjuicio de otro, si que también en propio daño. ¿Existen para algunos enemigos más crueles que sus propios placeres? La intemperancia de éstos solamente la podrás excusar por la razón de que expían con sufrimientos el daño que se procuraron. Bien merecen el castigo. La avidez pasa á ser exceso en cuanto se extiende más allá de los límites naturales. La naturaleza lo tiene ordenado todo y á todo puso término; lo superfluo, lo que nace del vicio, no reconoce fin. Midense las cosas necesarias por la utilidad que producen, pero ¿qué medidas tomarás para las superfluas? Esas gentes de tal manera se sumergen en los placeres, que habiéndose formado costumbre, ya no pueden prescindir de ellos, siendo tan desgraciados que lo que antes les era superfluo se ha convertido en necesario. Por esta razón digo que son esclavos y no gozan de los placeres, teniendo por sus males una manera de amor que es el peor de todos los males. La desdicha llega á su colmo cuando no solamente deleitan las cosas torpes, sino que complacen, y no existe remedio para el mal cuando los vicios se convierten en costumbres. Adiós.

EPÍSTOLA XL.

DE CÓMO DEBE SER LA ELOCUCENCIA DE LOS FILÓSOFOS.

Te agradezco que me escribas con frecuencia, porque me visitas de la manera que es posible: así es que nunca recibo tus cartas sin que inmediatamente estemos el uno en presencia del otro. Si apreciamos los retratos de nuestros amigos, porque los traen á nuestra memoria, y encantan con fingido placer el disgusto que nos produce su ausencia, ¡cuánto más debemos apreciar las cartas que nos traen rasgos y señales verdaderas! Porque lo más dulce que tiene su presencia, lo consigna en sus cartas la mano del amigo.

Dicesme que has oído que, habiendo desembarcado en otro tiempo el filósofo Serapión en la comarca donde te encuentras, pronunciaba grandes discursos, precipitando excesivamente las palabras, porque se agolpaban tantas cosas á su mente, que no podía reproducirlas una voz sola. No apruebo esa manera en un filósofo, cuya palabra debe ser tan reposada como su vida; lo apresurado y precipitado siempre carece de orden. En Homero, la palabra impetuosa que se derrama espesa como la nieve, se atribuye al orador, y al anciano se concede la que es dulce y suave como la miel. Ten por cierto que la elocuencia rápida y abundante más conviene al que quiere sorprender á sus oyentes, que al que trata algún asunto importante y hace profesión de enseñar á los demás. Por mi parte no la quiero ni muy lenta ni muy brusca, porque no gusto de que me enoje ni de que me atur-

da. La excesiva lentitud quita la atención al auditorio y le cansa por su pesadez: sin embargo, mejor se imprime lo que se espera que lo que pasa rápidamente. En fin, si los maestros deben dar preceptos á sus discípulos, lo que escapa no se da en realidad. Añade á esto que el discurso que busca la verdad debe ser sencillo y sin adornos. Los que se pronuncian en público nada tienen de verdaderos; su objeto es conmover á la multitud y arrebatarse la creencia de un pueblo ignorante; no soportando examen porque se desvanecerían. ¿Cómo han de moderar á los demás los que no pueden moderarse á sí mismos? ¿Cómo, si lo que se dice para reformar las costumbres debe pasar al corazón? Los remedios no aprovechan si no permanecen algún tiempo en el cuerpo. Además, esos discursos son ordinariamente pomposos y vanos, produciendo más ruido que provecho. Necesito dulcificar lo que me espanta, suavizar lo que me irrita, examinar lo que me engaña, curarme, en fin, de la lujuria y avaricia. ¿Puede hacerse instantáneamente algo de esto? ¿Qué médico cura de paso á los enfermos? Además, ese ruido de palabras pronunciadas rápidamente y sin elección, no acaricia el oído; y así como basta ver una sola vez algunas cosas que se creían imposibles, basta también oír un solo discurso de estos verbosos oradores. ¿Qué se puede aprender ó imitar? ¿qué se puede juzgar siquiera de esas personas que hablan con tanta precipitación y que no pueden contenerse? De la misma manera que los que corren cuesta abajo no pueden detenerse y el impulso del cuerpo les lleva más lejos de lo que querían, así esta rapidez de dicción, una vez en movimiento, no puede calmarse; ni tampoco honra á la filosofía, que debe cimentar sus palabras y no arrojarlas al aire, procediendo en todo con orden y medida.—¿Cómo! ¿no se enardecerá ja-

mas el filósofo?—¿Por qué no? pero conservará su gravedad, que ordinariamente se pierde en la violencia y arrebató. Deseo que el discurso tenga energía, con tal que sea moderado; que sea una corriente continua y no un torrente. No podría soportar á un orador que se anunciase con tanta prontitud y precipitación. ¿Cómo podría seguirle el juez, especialmente cuando le arrebatasen la vanidad ó la verbosidad? No debe, pues, precipitarse, y solamente debe dar aquello que los oídos pueden recibir.

Bien harás en no escuchar á aquellos que cuidan más de hablar mucho que de hablar bien: antes sigue la manera de P. Vicinio, si te ves obligado á hablar.—¿Cómo?—Preguntándose un día cómo hablaba P. Vicinio, contestó Aselio: «Arrastrándosa.» Porque Geminio Varo había dicho antes: «No sé cómo llamáis orador á ese hombre que no puede decir tres palabras seguidas.» Viéndole otro ordenar sus palabras y pronunciarlas como si las dictase, le dijo: «Habla, ó no hables jamás.» Pero esta lentitud es preferible á la rapidez de Haterio, que me parece muy contraria al buen juicio: era éste el orador más famoso de su época; jamás vacilaba ni se detenía, sino que pronunciaba el discurso de un solo aliento desde el principio hasta el fin. Confieso, sin embargo, que hay maneras que convienen más á un pueblo que á otro. Los griegos podían tolerar esta licencia; nosotros, cuando escribimos, ponemos los puntos entre las palabras. Nuestro Cicerón, padre de la elocuencia romana, caminaba á pasos regulares. El lenguaje romano es fastuoso, se aprecia y quiere ser bien apreciado. Fabio varón insigne por su probidad, por su ciencia, y (lo que pongo en tercer lugar) por su elocuencia, hablaba fácilmente y no con rapidez, de manera que podía llamarse afuente y no precipitado. No exijo

esta facilidad, pero la deseo á todo varón prudente para que su discurso pase sin tropiezo, importando menos que sea fácil que bien pronunciado. Pero lo que más me impulsa á inspirarte aversión hacia este defecto es que no podrías caer en él sin perder todo rubor. Porque es necesario no tener frente ni escucharse, para hablar con tal rapidez, y decir cosas que después se querría no haber dicho. Repito que este defecto te llevaría á la impudencia. Necesítase además ejercicio diario, y que se estudien más que las materias las palabras: pero aunque las tuvieses á tu disposición y afluyesen á tus labios sin ningún esfuerzo de parte tuya, aun deberías moderarlas, porque no es menos propio del varón prudente hablar con reposo que caminar con modestia. El resumen de todo esto es el siguiente: habla con lentitud. Adiós.

EPISTOLA XLI.

DIOS RESIDE EN EL VARÓN JUSTO.

Cosa excelente haces y muy útil para tí, si, como me escribes, perseveras en el camino de la virtud; y necio sería pedir lo que por tí mismo puedes obtener. No es necesario alzar las manos al cielo ni rogar al guardián que nos deje acercarnos al ídolo para hablarle al oído; Dios está cerca de tí, contigo, dentro de ti mismo. Sí, Lucilio, dentro de nosotros reside un espíritu sagrado, observador y guardador del bien y del mal que hacemos y que nos trata según le hemos tratado. Sin Dios ningún varón es justo. ¿Puede alguien, sin el socorro de Dios, hacerse superior al poder de la fortuna? Da consejos saludables y levanta-

dos. Un Dios habita sin duda en cada varón bueno; pero ¿quién es este Dios? Nadie puede decirlo.

Si pasas por un bosque poblado de añosos árboles extraordinariamente altos, cuyas entrelazadas ramas te roban la vista del cielo, la inmensa extensión del bosque, el silencio de aquel paraje y aquella sombra tan grande y tan densa en medio del campo, te hacen conocer que existe un Dios. Si ves una gruta abierta sin arte y por mano de la naturaleza, que con piedras resquebrajadas y corroídas sostiene como suspendida una montaña, en el acto te invade cierto sentimiento religioso. Siéntese veneración por el nacimiento de los ríos; álzanse altares en los puntos donde algunos manantiales surgen bruscamente del suelo; tribútase culto á las fuentes de aguas calientes; existen estanques consagrados á causa de la oscuridad y profundidad de sus aguas. Si ves un hombre intrépido en los peligros, invencible á los placeres, dichoso en la desgracia, tranquilo en medio de la tempestad, que contempla á los hombres por debajo de él y á los dioses á su lado, ¿no te inspirará alguna veneración? ¿No dirás: Esto es demasiado grande y demasiado levantado para que pueda encontrarse en cuerpo tan pequeño? Fuerza divina ha recibido de lo alto, y un poder completamente celestial es el que hace obrar á esta alma tan moderada, que tan ligeramente pasa sobre todas las cosas, considerándolas inferiores á ella y despreciando aquellas que tenemos ó que deseamos. Cosa tan grande no podría existir sin la asistencia de alguna divinidad. De esta manera está el alma unida por su parte mejor con el principio de donde procede. Así como los rayos del sol tocan la tierra sin separarse del punto de donde parten, así también esta alma grande y sagrada, mandada aquí bajo para que nos muestre más de cerca las cosas divinas, conversa

sin duda con nosotros, pero continúa unida con el punto de su origen, depende de él, mira á él y á él aspira, permaneciendo con nosotros como nuestra cosa mejor. Pero ¿cuál es esta grande alma? La que brilla por sus propias virtudes.

¿Hay algo más necio que alabar á uno por cosas ajenas, ó admirarle por lo que en un momento puede pasar á manos de otro? El freno de oro no hace mejor al caballo. El león salvaje y feroz es más hermoso que aquel otro que se deja dorar las melenas después de haber sido reducido por el cansancio á soportar adornos; porque el primero, con su ferocidad natural y erizado pelo; éste cuya belleza consiste en hacer temblar á cuantos le miran, es preferible al otro amansado y de otra manera adornado. Nadie debe gloriarse más que de lo suyo propio. Admiramos la vid cargada de fruto, cuyo peso doblega los puntales que la sostienen; ¿la preferiríamos á otra que tuviese las hojas y los racimos dorados? La fertilidad es la virtud propia de la vid; en el hombre no se debe celebrar más que aquello que le es propio. Tiene elegante servidumbre, muchas tierras y considerables rentas; nada de esto está en él, sino alrededor de él; alabad lo que no se le puede dar ni quitar, que es el propio bien del hombre.—¿Preguntas cuál es este bien?—Te diré que un alma en la que la razón es perfecta. Porque el hombre es animal racional, y su bien llega al grado más alto cuando ha cumplido el fin para que ha nacido. Pero ¿qué exige de él esta razón? Una cosa facilísima: vivir según su naturaleza; pero el error común la hace difícil, porque nos empujamos unos á otros en el vicio: ¿de qué manera podremos retener á los que la multitud arrastra y nadie detiene? Adiós.

EPÍSTOLA XLII.

SON MUY POCOS LOS VARONES JUSTOS.

¿Te ha convencido ése ya de que es varón justo? No comprendo cómo haya podido hacerse en tan poco tiempo. ¿Sabes de qué *varón justo* quiero hablar? De aquel á quien comúnmente se nombra de esta manera, y no de aquel otro tan raro como el fénix y que solamente se ve una vez cada quinientos años, aunque no es de admirar que las grandes cosas no se engendren más que por intervalos. La casualidad produce con frecuencia las medianas y comunes; la escasez distingue siempre las que son excelentes. Ese hombre se asombra seguramente aún del estado que supone haber adquirido, y si supiera lo que es un varón justo creería que no lo es todavía y tal vez desesperaría de serlo alguna vez.—«Desprecia á los malvados.»—También lo hacen así los malvados, cuyo mayor pesar es verse condenados por sus compañeros y por ellos mismos.—«Tiene aversión á los que, rápidamente elevados, usan con insolencia de su poder.»—Lo mismo haría él si pudiese. La debilidad encubre los vicios de multitud de hombres que no serían menos violentos si tuviesen la fuerza en su mano que aquellos cuya prosperidad pone al descubierto sus defectos. Solamente les faltan medios para mostrar su injusticia. Por la misma razón puede manejarse á la serpiente más venenosa cuando está aterida por el frío; el veneno está allí, pero se encuentra entorpecido. Lo que impide que la mayor parte no lleven su crueldad, su ambición y su avidez tan lejos

como los peores malvados, es que no se los permite su fortuna. Verás en ellos las mismas inclinaciones si les das igual poder. Recordarás que cuando me dijiste que tenías á uno á tu devoción, te contesté que era ligero y volátil, y que le sujetabas no por el pie, sino por el extremo del ala; me equivoqué, sin embargo, porque era de una pluma sola que arrojó y echó á volar. Sabes qué malas pasadas te jugó después, cuántas cosas emprendió contra tí y que sin duda habrán caído sobre él. No consideraba que corría á su ruina al querer perder á los demás y que sucumbiría bajo el peso de las cosas que pedía, aunque no las juzgase inútiles.

Considerar debemos, por consiguiente, en los designios que aceptamos con ardimiento, que en ocasiones no ha de resultar ninguna ventaja para nosotros y tal vez nos perjudicarán. Porque existen cosas que nos son inútiles, otras que no merecen la pena de adquirirlas; pero no examinamos estas últimas, y creemos que adquirimos de balde lo que nos cuesta muy caro. Revélase nuestro escaso discernimiento en que solamente creemos comprar aquello que pagamos con dinero, y consideramos gratuito lo que pagamos con nuestro cuidado y nuestro trabajo. Lo que no querríamos comprar si hubiésemos de dar por ello nuestra casa ó una hermosa alquería, estamos dispuestos á adquirirlo con trabajo y peligro y con la pérdida de nuestro honor, de nuestro tiempo y de nuestra libertad. ¡Tan cierto es que lo que menos se aprecia es el propio trabajo! Hagamos, pues, en todos nuestros asuntos lo que acostumbramos hacer cuando entramos en la tienda de algún mercader; veamos cuánto vale lo que queremos adquirir. Frecuentemente sucede que pagamos muy caro lo que, al parecer, nada cuesta. Podría señalarte muchas co-

sas que nos han quitado la libertad después de haberlas adquirido ó aceptado; aun seríamos dueños de nosotros mismos si no lo fuésemos de las tales cosas.

Reflexiona sobre todo esto cuando se presente ocasión de lucrar ó de sufrir alguna pérdida. ¿Es perecedero este bien? Sí, puesto que fué adventicio, y tan fácilmente puedes vivir sin él como viviste antes de poseerlo. Si lo has poseído mucho tiempo, lo pierdes cuando ya estás saciado; si no hace mucho tiempo, lo pierdes cuando aun no te has acostumbrado. ¿Tienes escasa fortuna? tendrás menos cuidados. ¿Tienes escaso favor? tendrás menos envidiosos. Considera las cosas cuya pérdida nos arranca lágrimas y perturba; verás que lo que nos aflige no es tanto lo que perdemos como lo que creemos haber perdido. Nadie siente las pérdidas más que en la imaginación. El que es dueño de sí mismo nada puede perder; pero ¿hay muchos que sean dueños de sí mismos? Adiós.

EPÍSTOLA XLIII.

DE PRUDENTES ES VIVIR COMO SI SE ESTUVIESE
EN PÚBLICO.

¿Preguntas cómo he podido enterarme de tu propósito; quién haya podido decirme lo que no has dicho á nadie?—El rumor público, que sabe muchas cosas.—¿Cómo! dirás, ¿tanto vale mi nombre que puede excitar ese rumor?—No debes medirte en este lugar, sino en ese donde te encuentras. Todo lo que excede en grandeza á lo que te rodea no es grande más que allí donde excede, porque la grandeza no es limitada, y la comparación la sube ó la baja. El barco que pare-

cería grande en un río sería muy pequeño en plena mar; el timón que sería grande para una nave, sería muy pequeño para otra. Eres grande en la provincia donde mandas, aunque te hagas humilde; pregúntase, y se sabe lo que haces, cómo cenas, cómo duernes. Esto debe obligarte á vivir con mucho cuidado. Tendrás razón para estimarte dichoso cuando puedas vivir en público y que tu casa no te sirva más que para preservarte de la intemperie, pero no para ocultarte; aunque casi todos creen que las casas se edifican antes para la ocultación de los vicios que para la seguridad de los que las habitan. Te diré una cosa para que juzgues nuestras corrompidas costumbres: difícilmente encontrarás quien pueda vivir con la puerta abierta. Establécense porteros, no por lujo, sino por precaución. Vivimos de tal manera que nos sorprende quien nos ve de repente. Mas ¿de qué sirve ocultarse y evitar los ojos y los oídos de los hombres? La buena conciencia no teme al público; la conciencia mala se encuentra turbada y recelosa hasta en la soledad. Si tus acciones son honestas, que todo el mundo las vea; si son torpes, ¿qué importa que nadie las sepa si tú las conoces? ¡Pobre de tí si desprecias tal testigo! Adiós.

EPISTOLA XLIV.

EN LA FILOSOFÍA EXISTE LA VERDADERA NOBLEZA.

Todavía te empequeñeces delante de mí, y dices que la naturaleza primero, y después la fortuna, te han tratado con poco favor; cuando la verdad es que puedes salir cuando quieras de lo vulgar y elevarte al grado más alto de felicidad. Cosa excelente es en

la filosofía no tener en cuenta la extracción. Si nos remontamos al primer origen, veremos que todos los hombres proceden de los dioses. Tú eres caballero romano; tu mérito te ha elevado á esta dignidad. No todos tienen como tú puesto señalado en los espectáculos; no todos tienen entrada en el Senado; hasta á los mismos que toman parte en los trabajos y peligros de la guerra se les alista de un modo bastante desdeñoso: pero la virtud está patente para todos, y ante ella todos somos nobles. Tampoco elige ni rechaza á nadie la filosofía, brillando igualmente para todos. Sócrates no era patricio; Cleanto sacaba agua y regaba los jardines; Platón no era noble, pero la filosofía le ennobleció. ¿Por qué no has de esperar que llegarás un día á ser como ellos? Todos estos grandes varones serán tus mayores, si te muestras digno de ellos, y te mostrarás en efecto, si te persuades de que nadie puede aventajarte en nobleza. Porque todos tenemos igual número de predecesores, y no existe nadie hoy cuyo origen no se remonte más allá de la memoria. Platón dice: «No hay rey que no descienda de un esclavo, ni esclavo que no descienda de reyes.» El tiempo, con sus continuos cambios, confunde las extracciones, y la fortuna las sube ó las baja según su capricho. ¿A quién puede llamarse noble? A aquel que naturalmente se inclina á la virtud. Solamente á éste se le debe considerar así: si, por el contrario, te fijas en la antigüedad, no encontrarás á nadie antes de cuyo origen no existiese nada. Desde el origen del mundo, larga serie de generaciones, unas ilustres y otras oscuras, nos han traído hasta este día. Un atrio lleno de retratos ahumados no hace al hombre noble. Nadie ha vivido para honrarnos á nosotros, y lo que antes de nosotros se hizo no nos pertenece. La disposición del alma hace noble al

hombre, puesto que, desde cualquier condición en que se encuentre, puede elevarse hasta hacerse superior á la fortuna. Supón que no eres caballero romano sino solamente liberto; tendrás la ventaja de ser el único libre entre muchos nobles.—¿De qué manera? preguntarás.—Si no distingues los bienes de los males, según la opinión vulgar. Necesario es considerar no el origen sino el fin. Si se encuentra algo que pueda hacer feliz la vida, derecho tiene á que se le cuente entre los bienes, porque no puede degenerar en mal. ¿En qué consiste el error cuando todos buscan la felicidad en la vida? En que confunden los medios con el fin, y huyen de esa felicidad cuando creen perseguirla. Porque, á pesar de que consiste en tranquilidad sólida é inmutable firmeza, amontonan sin embargo objetos de inquietud, y, no pudiendo soportar la carga, la arrastran por el difícil camino de la existencia. De esta manera se alejan siempre del reposo que anhelan, y cuanto más trabajan, más obstáculos levantan y más retroceden. Sucédeles lo mismo que á los que corren en un laberinto; su misma velocidad les confunde. Adiós.

EPISTOLA XLV.

DE LA INÚTIL SUTILEZA DE LOS DIALÉCTICOS.

Te quejas de no tener bastantes libros. Más importa tenerlos buenos que tener muchos; porque la lectura de un libro especial es provechosa, y la de muchos solamente agradable. El que quiere llegar al fin que se propone debe seguir un camino solo y no emprender muchos, porque esto antes sería extraviarse que

adelantar.—Preferiría, dirás, que me dieras libros y no consejos.—Dispuesto estoy á mandarte cuantos tengo, hasta vaciar el granero. También iría con mucho gusto á tu lado, y emprendería el viaje, no obstante mi vejez, sin temor al fabuloso estrecho, ni á Scila ni á Caribdis, si supiesé que había de terminar pronto el tiempo de tu misión. Haría el viaje en barco y hasta á nado con tal de poder abrazarte, y para apreciar por tu conversación cuánto se ha fortalecido tu ánimo.

Por lo demás, no presumo ser elocuente porque me pidas mis libros, como no presumiría ser bello porque me pidieses mi retrato. Sé que esto se hace por bondad y no por estimación, y si es por estimación, te ha llevado á ella tu bondad. Pero sean los que quieran mis libros, ruégote los leas como procedentes de un hombre que busca obstinadamente la verdad, que aun no ha encontrado; porque no me he sujetado á nadie, ni me autorizo con ningún nombre: y no porque no respete mucho el juicio de esos eminentes varones, pero también reivindico algo para el mío. Porque nos dejaron por buscar muchas cosas que no encontraron, y posible es que hubiesen encontrado lo necesario, á no distraerse con las inútiles. Perdieron mucho tiempo en disertaciones de palabras y en caprichosas discusiones que solamente consisten en vanas sutilezas. Formamos dificultades, elegimos palabras ambiguas, y en seguida nos damos la solución. ¿Tanto tiempo nos sobra? ¿sabemos ya vivir? ¿sabemos morir? Debemos aplicar todo nuestro talento á ponernos en condición de que no nos engañen las cosas: las palabras no importan nada. ¿Qué me importa que distingas entre palabras ambiguas que á nadie embrazaron jamás sino en la discusión? Las cosas son las que engañan: distinguelas: confundimos el bien con

el mal; deseamos lo contrario de lo que deseábamos antes; combaten nuestros deseos, y unos con otros nuestros juicios. ¡Cuánto se parece la adulación á la amistad! No solamente la imita, sino que la excede y baja al corazón por los oídos, que le están abiertos siempre, haciéndose agradable hasta cuando hiere. Aprende á distinguir estas falsas semejanzas. Se me acerca un enemigo adulator bajo la apariencia de verdadero amigo; deslízanse los vicios bajo el nombre de virtudes; la temeridad se encubre con el nombre de fortaleza; la pereza con el de moderación, y la timidez se disfraza de prudencia. En estas cosas es muy peligroso equivocarse, y necesario es imprimir en ellas señales seguras. Después de todo, el hombre á quien se preguntase *si tenía cuernos*, no sería tan necio que se tocase la frente, ni tan estúpido que ignore que no tiene aquello que le atribuyes por la sutileza de un argumento. Estas cosas engañan inocentemente como los cubiletes y piedrecitas de los prestidigitadores, en los que el engaño mismo deleita; pero muéstrame cómo se hace esto, y en el acto pierdo el deseo de hacerlo. Lo mismo digo de los argumentos capciosos: ¿de qué otra manera he de llamar á esos sofismas? No reporta ningún bien saberlos, ni tampoco ningún mal ignorarlos. Si quieres distinguir la ambigüedad de las palabras, muéstranos que no es dichoso aquel á quien llama así el pueblo porque tiene mucho dinero; sino aquel otro que lleva dentro de sí todos sus bienes, que tiene alma grande y elevada, que desprecia todo lo que el mundo admira, que no ve á nadie por el que quisiera cambiarse, que no estima al hombre más que por las cualidades que le hacen digno de este nombre, que no tiene otro maestro que la naturaleza, que se conforma con sus leyes y que vive como ella ordena, á quien el poderoso nada puede quitar, que

convierte el mal en bien, firme en sus juicios, inmutable, intrépido, á quien la violencia puede conmover pero no turbar; en fin, aquel á quien la fortuna, después de descargarle los golpes más rudos, solamente puede causar pequeña herida, y esto rara vez. Porque los dardos con los que derriba á la generalidad de los hombres, rebotan en él como el granizo que cae sobre los techos se rompe y se funde sin causar daño á los que están debajo. ¿Por qué me arguyes con lo que tú mismo llamas *pseudomenon* (mentiras), de que tantos libros se han compuesto? Vivo como todos, y en esta vida encuentro mucha falsedad; argúyeme, y si eres bastante sutil, convénceme, muéstrame el camino de la verdad. Esta vida vulgar considera necesarias las cosas cuya mayor parte son superfluas; aquellas mismas que no lo son, nada tienen que pueda contribuir á labrar la felicidad del hombre. Porque de ser necesaria una cosa no se sigue inmediatamente que sea buena. Rebajáramos mucho el nombre de *bueno* si lo diésemos al pan ó á la *polenta*, ó á todas las cosas sin las cuales no se puede vivir. Pero lo que es bueno siempre es necesario, aunque lo necesario no sea bueno al mismo tiempo, en vista de que hay cosas vilísimas que son sin embargo necesarias. No creo exista nadie que desconozca tanto la dignidad del bien, que quiera rebajarlo hasta á cosas que solamente pueden servir un día. ¡Cómo! ¿no preferirías aplicar tus cuidados á hacer que todos conociesen que se emplea demasiado tiempo en adquirir lo que es verdaderamente superfluo, y que muchos han pasado su vida buscando medios para pasarla? Considera á los hombres en conjunto ó en detalle: ni uno solo verás cuya vida mire al mañana. ¿Preguntas qué mal hay en esto? Que no viven, sino que piensan cómo han de vivir, y todo lo aplazan. Aunque nos detuviésemos á

considerarlo todo, no por eso dejaría de correr la vida; pero porque no pensamos hacerlo así, transcurre como cosa extraña, y poco á poco se consume en el último día. Mas para no exceder los límites de una carta, que no debe cansar la mano izquierda del que la lee, dejaré para otro día este litigio con los dialécticos demasiado sutiles y dispuestos á decir: esto no es esto, esto no es aquello. Adiós.

EPISTOLA XLVI.

JUZGA Y ALABA EL LIBRO DE LUCILIO, CONSIDERADO
FILOSÓFICO.

Recibí el libro que me habías prometido, y lo abrí para hojearlo, proponiéndome leerlo después cómodamente. Tanto me agradó, que continué leyendo, y para que comprendas la estimación que de él he hecho, te diré que me pareció corto, á pesar de que por el volumen podría creerse que no es de tu tiempo ni del mío, pudiendo creérsele obra de Tito Livio ó de Epicuro; y tanto fué el encanto que me produjo, que sin demora le leí entero. Acercábase la noche, sentía el hambre, amenazábame la lluvia, y sin embargo lo leí hasta el fin, proporcionándome no solamente placer, sino regocijo. ¡Cuánto ingenio y cuánta energía! Y diría también cuánta impetuosidad, si el autor se detuviese algunas veces y se elevara en seguida por intervalos. Pero su carácter no es impetuoso, sino ordenado, y su estilo enérgico y recogido, mezclando diestramente y con oportunidad lo dulce y lo delicado. Grande y recto se muestra, pero debo decirte que algo contribuye á ello la materia que trata. Por

esta razón debe elegirse siempre asunto amplio y fuerte, para que pueda llenar y conmover el espíritu del autor. Te escribiré con más extensión acerca de tu libro cuando le haya leído más despacio, porque en este momento no podría juzgarle más que como si je hubiese oído leer y no como habiéndole leído por mí mismo. Déjame examinarle y te diré la verdad. ¡Oh, qué feliz eres no teniendo nada por lo que hayan de mentirte desde lejos, á no ser que quitada la causa, se mienta aún por costumbre! Adiós.

EPÍSTOLA XLVII.

DEBE TRATARSE CON INDULGENCIA Á LOS CRIADOS.

He sabido con agrado, por los que vienen de tu parte, que vives familiarmente con tus criados: esto es propio de hombre prudente y sabio como tú. ¿Son siervos? también son hombres. ¿Son siervos? También son comensales. ¿Son siervos? también son amigos humildes. ¿Son siervos? también son compañeros, si consideras que estamos sujetos á los caprichos de la fortuna. Por esta razón río de aquellos que sostienen ser cosa indigna comer con el propio criado. ¿Por qué? porque la soberbia ha establecido que cuando come el señor le rodee una turba de sirvientes en pie. Mientras se rellena el vientre echándole más carga de la que puede soportar, los desgraciados criados no se atreverían á desplegar los labios. Impónese silencio á palos; si alguno tose, estornuda ó bosteza, se le castiga en el acto. Permanecen toda la noche sin comer ni hablar, impulsándoles esto á que hablen mal de sus amos en vista de que no pueden ha-

blar en su presencia. En otro tiempo, cuando no se les cerraba la boca, y se les permitía hablar en presencia del señor y departir con él, se exponían libremente á todos los peligros y daban su cabeza por salvar la de su amo; hablaban durante la comida, pero callaban en la tortura. Después el orgullo hace emplear este proverbio: «Tantos criados, tantos enemigos.» No son ellos enemigos nuestros, pero nosotros hacemos que lo sean. No hablo de la inhumanidad que desplegamos con ellos tratándoles como bestias y no como hombres. Diré solamente que cuando estamos en la mesa, uno pisa los esputos; otro, encorvado, recoge lo que los borrachos han arrojado al suelo; otro trincha aves delicadas, encontrando diestramente las articulaciones de alas y muslos. Desgraciado es el que solamente vive para trincar viandas, pero más desgraciado es el que enseña este oficio para la voluptuosidad que el que lo aprende por necesidad. Otro que sirve el vino, ataviado á guisa de mujer, lucha con su edad, y procura fingir juventud afeitándose y arrancándose el bello. Oblígase á este desgraciado á velar toda la noche y repartirla entre la brutalidad y embriaguez del señor. Otro, que tiene el encargo de observar á los convidados, permanece allí en pie para ver quiénes habrán adulado, hablado y bebido mejor, para convidarlos al día siguiente. Añade á esto los cocineros, que conocen perfectamente el paladar del señor, lo que puede excitarle apetito, lo que le regocija la vista, aquello de que comienza á cansarse, lo que se le debe dar de nuevo para que no caiga en inapetencia, en fin lo que comerá bien aquel día. Mucho se guardaría el señor de recibir en su mesa á estos criados, y creería mancillada su nobleza si hubiese comido con un sirviente. Los dioses son justos con estas gentes cuando les dan

amos que han sido siervos suyos. Ví al de Calixto, que en otro tiempo le puso el cartel, sacándole á la venta entre sus esclavos inútiles, permanecer de pie á su puerta, mientras hacía pasar á los demás. Este siervo, que había sido colocado en la primera categoría por la que empieza sus anuncios el pregonero, le devolvió el desprecio no considerándole digno de entrar en su casa. ¡El amo vendió á Calixto, pero Calixto le castigó bien! ¿No piensas que ese á quien llamas esclavo procede del mismo origen que tú, goza del mismo cielo, respira el mismo aire, vive y muere lo mismo que tú? Tan pronto puedes verle libre como puede él verte esclavo. En la derrota de Varo ¡a cuántos derribó la fortuna de aquellos jóvenes de nobles familias que se alistaron para merecer el grado de senador, haciendo al uno pastor, al otro portero! Desprecia ahora á quien se encuentra reducido á una condición en la que tú mismo puedes encontrarte. No quiero penetrar en un campo que sería demasiado vasto y tratar del uso que debe hacerse de los criados, con los que nos mostramos ciertamente demasiado arrogantes, injuriosos y crueles. Sin embargo, diré brevemente mis preceptos: «Vive con tu inferior como querías vivir con tu superior.» «Siempre que pienses en tu autoridad sobre el inferior, piensa también que la misma tiene sobre tí tu superior.»—Pero, dirás, yo no tengo señor.—Eres joven aún y tal vez lo tendrás algún día. ¿Ignoras á qué edad fueron esclavos Hécubo, Creso, la madre de Darío, Platón, y Diógenes? Vive afablemente con tu siervo, habla, departe y come con él.

Al oírme exclamarán contra mí todos los orgullosos: ¡Nada hay más bajo ni más indigno!—Sin embargo, nada sería tan fácil como sorprenderles besando las manos de los esclavos de otros. ¿No ves que los

antiguos, para evitar todo motivo de odio contra los amos y de desprecio á los esclavos, llamaron al señor *padre de familia*, y á los siervos (como se usa aún en los teatros) familiares? Establecieron también un día de fiesta, durante el cual los siervos comían con los amos, recibían los honores y disponían de todas las cosas, considerando su casa como pequeña república.—¡Cómo! ¿deberé sentar á mi mesa á todos mis siervos?—No, de la misma manera que no admites á todos los libres; pero no deben excluirse porque desempeñen oficios humildes, como el de muletero ó carretero, porque se les debe apreciar por sus costumbres y no por sus oficios. Cada cual forma sus costumbres según le place, y solamente el azar da los oficios. Se sentarán á tu mesa los unos, porque son dignos de ello, y los otros para que lo sean. Si han adquirido algo de rudo en el trato con sus iguales, lo perderán comiendo con personas más elevadas. No has de buscar amigos solamente en la corte ó en el foro, querido Lucilio, porque si miras con cuidado, los encontrarás también en tu propia casa. A veces queda sin empleo alguna materia buena; examínala y experimentalala. Mal haría el que quisiese comprar un caballo en no examinarlo y no mirar más que la silla y la brida; y necio sería también el que juzgase de un hombre por su traje ó condición, que es una manera de toga que le reviste. Es esclavo, pero tal vez libre por la grandeza de su alma. Es esclavo, ¿será este el único á quien perjudique este nombre? Porque ¿quién no lo es? Uno es esclavo de las mujeres, otro del dinero, otro de la ambición y todos del temor. Te presentaré un consular que es esclavo de una vieja; otro, muy opulento, que lo es de una criada: mostraréte también jóvenes muy ilustres criados de mímicos, y ninguna esclavitud es más vergonzosa

que la voluntaria. Que tales orgullosos no te impidan ser afable siempre con tus siervos y que uses dulcemente de tu autoridad, haciendo que te honren y no que te teman.

Tal vez me objetarán que quiero poner en libertad á los esclavos y degradar á los señores de su autoridad, cuando digo: «Haz que te honren y no que te teman.» Diráse: «Les honrarán como los clientes y los que se presentan á saludar.»—Quien dijese esto no consideraría que, contentándose Dios con ser honrado y amado, esto debe bastar á los señores, porque el amor es incompatible con el temor. Creo que obras perfectísimamente evitando que te teman tus siervos y en no corregirlos más que con la palabra. Muchas cosas pueden corregirse con palabras; lo que nos extraña no siempre nos ofende. Pero la molicie nos ha dado carácter tan violento que nos encoleriza todo aquello que no se hace á nuestro gusto. Obramos como los reyes, que, sin tener en cuenta su poder y la debilidad de los demás, se irritan y vengan como si se les hubiese ofendido, cuando la misma grandeza de su rango les libra de este peligro. No ignoran esto, pero se quejan para tener pretexto de inferir la injuria que pretenden haber recibido. No quiero entretenerte más, porque no necesitas de exhortaciones. Los que tienen buenas costumbres viven contentos y constantes; los malos son volubles, y con frecuencia cambian, aunque no para mejorar. Adiós.

EPISTOLA XLVIII.

DE LA INUTILIDAD DE LAS DISCUSIONES DE LOS
SOFISTAS.

Después contestaré á tu carta que recibí en el camino y que es tan larga como el camino mismo. Ahora necesito recogerme y pensar en lo que he de aconsejarte. Porque si tú, que me pides consejo, has meditado mucho antes de pedírmelo, ¿con cuánta más razón habré yo de pensar en ello, puesto que se necesita más tiempo para resolver una cuestión que para proponerla, y especialmente cuando luchan intereses opuestos y hasta contrarios? Hablaré, sin embargo, como Epicuro, y diré que lo que te es útil me lo es también, y no sería amigo tuyo si no considerase como mío todo lo que te pertenece. La amistad establece entre nosotros solidaridad en todo; los éxitos buenos ó malos no son para uno solo; vivimos en comunidad. No puede estimarse dichoso el que solamente se considera á sí mismo y todo lo refiere á su interés; necesario es que vivas para otro si quieres vivir para tí. Esta santa sociedad, que á todos nos reúne y que nos muestra que existe un derecho común á todas las naciones, debe observarse religiosamente, tanto más, cuanto que sirve para mantener la amistad de que te hablaba. El que tenga muchas cosas comunes con otro hombre las tendrá todas con su amigo.

Preferiría, querido Lucilio, que esos varones que tan sutiles son me instruyesen de mis deberes para con mi amigo ó para con otro hombre, á que me dije-

sen de cuántas maneras se puede llamar el amigo y cuántas significaciones puede recibir la palabra hombre. La sabiduría y la imbecilidad siguen caminos diferentes; ¿cuál debo emprender? ¿qué partido me aconsejas tomar? La sabiduría considera á todos los hombres como amigos; la imbecilidad ni siquiera considera como hombres á sus amigos: aquélla se hace amigos para servirles; ésta se hace amigos para que le sirvan. Tú quitas su verdadero sentido á las palabras y te entretienes en suprimir sílabas, como si no sabiendo proponer cuestiones sutiles ni deducir falsa consecuencia de un principio verdadero, no pudiese distinguir lo que debo huir de lo que debo desear. Avergüenzame que en la vejez tratemos con tanta ligereza asunto tan grave. «Ratón (*mus*) es una sílaba; es así que el ratón roe el queso, luego la sílaba roe el queso.» Supón que no puedo desenredar esto; ¿qué daño ó qué molestia puede sobrevenirme? ¿Podrá temerse que no coja sílabas en la ratonera ó que las sílabas me roan el queso si no tengo cuidado? Tal vez sea más sutil este otro argumento: «Ratón (*mus*) es una sílaba; es así que las sílabas no roen el queso, luego el ratón no roe el queso.» ¡Oh pueriles necedades! ¿para esto fruncimos las cejas? ¿para esto dejamos crecer la barba? ¿esto enseñamos con semblante pálido y macilento?

¿Quieres saber lo que promete la filosofía á todo el género humano? ¡Buen consejo! El uno invoca la muerte, al otro agobia la pobreza, atormentan á aquél sus riquezas ó las ajenas, éste se revuelve contra su mala fortuna, aquél quisiera verse libre de las molestias que trae consigo la prosperidad, quién se queja de los hombres, quién de los dioses. ¿Por qué me propones estas bagatelas? No tenemos tiempo para divagar: has prometido socorros á los náufragos, á los cautivos,

á los enfermos, á los pobres y á los que están próximos á presentar la cabeza al verdugo: ¿por qué te extravías? ¿á dónde caminas? Ese con quien juegas tiembla. Si tienes más elocuencia que los demás, empléala en aliviar á los desgraciados que ven acercarse la muerte. Por todas partes te tienden las manos; los que están perdidos ó en peligro de perderse imploran tu auxilio; te ruegan los saques de su deplorable situación, y que para separarles de su mal camino les muestres la antorcha de la verdad. Enséñales lo que la naturaleza ha hecho necesario y lo que es superfluo, cuán fáciles de cumplir son sus leyes y cuán agradable y libre la vida de los que las cumplen; y, por el contrario, cuán grande es el pesar y la pena de los que atienden más á la opinión que á la naturaleza; en una palabra, lo que puede extinguir ó calmar sus pasiones. ¡Ojalá fuesen solamente inútiles esas discusiones, pero son perjudiciales! Cuando quieras te lo demostraré, y que se debilita y altera el carácter más generoso cuando se entrega á estas argucias. Avergüenzame decir cómo preparan á los que tienen que combatir contra la fortuna y qué armas les dan. ¿Se camina así al sumo bien? En estos no se encuentran más que excepciones y sutilezas, que serían hasta infames en un pleiteante. ¿Qué otra cosa hacéis cuando engañáis á sabiendas á quien argüís haciéndole creer que queda convencido por las formas? Pero de la misma manera que el pretor, así la filosofía restablece en su primitivo estado á aquellos á quienes habéis sorprendido. ¿Por qué después de haberme prometido solemnemente que obrarías de manera que no me deslumbrase el brillo del oro ni los reflejos de una espada y que despreciaría constantemente todo lo que desea ó teme la generalidad de los hombres, te reduces ahora á los elementos de la

gramática? ¿Qué dices? ¿se camina así al cielo? La filosofía me prometió hacerme semejante á Dios. A esto se me invitó, para esto vine, cumple tu palabra.

Por esta razón, querido Lucilio, debes desprenderte de esas excepciones y prescripciones de los sofistas. La bondad debe ser franca y clara. Aunque nos quedase mucho tiempo que vivir, habríamos de emplearlo cuidadosamente para aprender lo necesario; y ahora que tan poco nos queda, ¿no es locura emplearlo en aprender cosas inútiles? Adiós.

EPÍSTOLA XLIX.

DE LA BREVEDAD DE LA VIDA, POR LO CUAL DEBEMOS
• ABSTENERNOS DE LO INÚTIL.

Creo, querido Lucilio, que es mucha negligencia no recordar á un amigo, si las circunstancias de algún país no lo trae á la memoria: los parajes en que hemos conversado con personas queridas excitan algunas veces el deseo de verlas de nuevo, porque el recuerdo no estaba extinguido, sino solamente apagado; de la misma manera que el dolor del que llora á un muerto, aunque mitigado ya por el tiempo, despierta á la vista de un criado suyo, ó de su ropa, ó de su casa. No puedes figurarte cuánto ha renovado mi pesar de no verte el aspecto de la Campania, y principalmente de Nápoles, donde he visto á tus amigos pompeyanos. Sin embargo, siempre estás presente á mis ojos en el estado en que te encontrabas cuando me separé de tí. Aun te veo bañado en lágrimas y cediendo á los impulsos de tu cariño, que tratabas de contener. Paréceme que hace muy poco que dejé de verte.

Pero ¿de qué no podrá decirse este *muy poco*? Si lo recuerdas, verás que hace muy poco me encontraba yo, niño aún, en la escuela de Soción el filósofo; muy poco hace que hablaba en el Foro, muy poco que dejé de hacerlo y muy poco que no me encuentro en estado de poder hacerlo. Infinita es la velocidad del tiempo, y se nota mejor cuando se mira hacia atrás, porque el presente escapa á los que quieren considerarlo: tan rápida es su fuga. ¿Quieres saber la razón de esto? Consiste en que todos los tiempos pasados se reúnen en el mismo punto, se les considera en conjunto y en seguida desaparecen en el olvido. Además, en cosa tan breve no puede haber largos intervalos. Nuestra vida no dura más que un momento, y todavía menos de un momento; pero la naturaleza, dividiendo este momento, le ha dado apariencia de mayor duración. Hizo la infancia, la adolescencia, la edad viril, y del que cae en la ancianidad ha hecho la ancianidad misma. ¡Cuántos grados ha puesto en tan corto espacio! Poco hace me encontraba en tu compañía, y sin embargo este *poco* forma buena parte de nuestra vida, que siendo tan corta no puede tener fin muy lejano. Antes no me parecía que pasaba con tanta rapidez el tiempo; ahora reconozco que su precipitación es increíble, sea porque siento acercarse mi fin, sea que empiezo á cuidarme del tiempo que pierdo y á contarlo.

Esto es lo que más indigna contra los que prodigan en cosas sutiles la mayor parte del tiempo que no bastaría para las necesarias, aunque se emplease completamente en ellas. Decía Cicerón que aunque duplicasen el tiempo de su vida, no tendría bastante para leer los poetas líricos. Otro tanto puede decirse de los autores de la dialéctica, pero los que son graves y serios intentan hacer algo importante; los otros

no hacen otra cosa que charlar. No digo que no se les mire, pero mirarles solamente, y que se les salude desde lejos á fin de que no nos engañen haciéndonos creer que tienen algo de bueno que no conocen todos. ¿Por qué obstinarse en una cuestión cuando se muestra más ingenio dejándola que resolviéndola? El que se encuentra tranquilo y puede partir con comodidad tiene tiempo para ordenar su equipaje; pero cuando se tiene al enemigo á la espalda y es necesario escapar apresuradamente, se abandonan por necesidad muchas cosas, que en tiempo de paz se hubieran recogido con cuidado. No tengo tiempo para dilucidar palabras ambiguas ni para demostrar en estas bagatelas la sutileza de mi ingenio. «¡Cuántos corren armados á las murallas, cuántas espadas brillan en las puertas!» Necesario es que me prepare á oír sin temor el estrépito de guerra que estalla por todos lados. Por loco me tendrían si mientras las mujeres y los ancianos llevan piedras para reparar la brecha; mientras la juventud permanece sobre las armas, esperando ó pidiendo la orden para hacer una salida; mientras avanzan los enemigos para forzar la entrada, y la tierra, horadada de minas, tiembla bajo los pies, permaneciese sentado y propusiera cuestiones de esta naturaleza: Lo que no has perdido lo tienes; es así que nos has perdido cuernos, luego tienes cuernos. Con igual razón podrías decir que había perdido el seso si me ocupase de estos delirios, ahora que me encuentro sitiado y que no tengo muralla que me separe del enemigo; al contrario, todo lo que puede dañarme está dentro de mí. No tengo tiempo para ocuparme de estas bagatelas; negocio hartó más importante llevo entre manos. ¿Qué haré? La muerte me va al alcance, me abandona la vida; dáme un medio para que no huya de la muerte ni la vida huya de mí. Inspírame

valor para dominar las dificultades, y paciencia para soportar los males inevitables; prolonga la brevedad de mis días; hazme ver que la felicidad de la vida no consiste en su duración, sino en su empleo; que suele suceder, que sucede con frecuencia, que el que ha vivido mucho, ha vivido muy poco. Dime cuando vaya á acostarme: Quizá no te levantarás jamás. Dime cuando me levante: Quizá no te acostarás otra vez. Cuando salga de casa: Quizá no regresarás. Y cuando vuelva: Quizá no saldrás ya más. Te equivocas si crees que navegando se está más cerca de la muerte; igualmente cerca se está en cualquier parte. Verdad es que en ninguna se encuentra tan próxima, pero igualmente próxima está en todas. Disipa estas tinieblas y más fácilmente me enseñarás las cosas para que estoy preparado. La naturaleza nos ha hecho dóciles y nos ha dado una razón imperfecta, pero que puede perfeccionarse. Háblame de justicia, de piedad, de sobriedad y de continencia. De esta manera, si no me extravías, llegaré fácilmente á donde quiero ir. Porque, como dice el Trágico: «La palabra de verdad es sencilla;» por lo tanto no conviene complicarla, no habiendo nada que convenga menos al alma que se propone grandes designios que la astuta sutileza. Adiós.

EPISTOLA L.

MUCHOS NO CONOCEN SUS PROPIOS VICIOS; CUANDO SE CONOCEN, NO DEBE DESESPERARSE DE LA CURACIÓN.

He recibido tu carta muchos meses después que me la remitiste, por cuya razón juzgué superfluo preguntar al que me la trajo en qué te ocupas, porque

habría de tener buena memoria para recordarlo: sin embargo, creo que en la actualidad vives de manera que puedo saber lo que haces en cualquier punto que estés. Porque ¿qué otra cosa has de hacer sino mejorar de día en día, corregir algunos errores y reconocer que los defectos que imputas á las cosas proceden de tí mismo? Existen defectos que atribuimos á determinados parajes ó á determinados tiempos, pero que nos acompañarán á cualquier parte donde vayamos. Sabes que Harpastés, que es la loca de mi esposa, ha quedado en casa como carga hereditaria, porque tengo naturalmente profunda aversión á esta clase de monstruos. Si deseo tener un loco para que me divierta, no necesito buscarlo lejos de mí; río de mí mismo. Esta loca ha perdido repentinamente la vista, y quiero referirte á este propósito una cosa que te costará trabajo creer, y que sin embargo es verdadera. Ignora que es ciega, cree que la casa es oscura, y ruega á su guardián que la lleve á otra. Este defecto, que nos hace reír, nos es común con esta loca. Nadie cree ser avaro ni ambicioso. Los ciegos toman un guía; pero nosotros queremos marchar sin guía, diciendo: No soy ambicioso, pero nadie puede vivir de otra manera en Roma; no soy pródigo, pero la ciudad obliga á muchos gastos. No es culpa mía si soy iracundo y tengo vida desarreglada; la juventud lo exige.

¿Por qué nos engañamos de esta manera? Nuestro daño no está fuera de nosotros, sino dentro, en el fondo de nuestro pecho: y nuestra curación es tanto más difícil, cuanto que ni siquiera conocemos que estamos enfermos. Aunque comenzásemos desde luego á hacernos curar, ¿cuánto tiempo se necesitaría para remediar tantas enfermedades é indisposiciones? Pero ni siquiera buscamos médico, que sin duda en-

contraría menos dificultades si se le llamase al principio de la enfermedad: el alma tierna aún seguiría al que le mostrase el camino recto. Solamente es difícil volver al terreno de la naturaleza á aquellos que lo han abandonado por completo. Nos avergüenza aprender á ser virtuosos; y á fe mía que si es vergonzoso buscar maestro para esto, debemos desesperar de que beneficio tan grande nos lo conceda la casualidad. Necesario es conseguirlo por el trabajo, y, á decir verdad, ni siquiera es grande este trabajo, si cuidamos, como ya he dicho, de formar y arreglar nuestras costumbres antes de que se endurezcan en el mal. Y aunque lo estuviesen no desesperaría, porque no existe nada que no pueda dominarse con seria aplicación y constante trabajo. Enderézanse las encinas torcidas; pónense rectas por medio del calor las vigas encorvadas y se les da nueva forma para hacerlas servir según nuestro deseo. ¿Cuanto más fácil será corregir nuestra alma, que es más obediente que los mismos líquidos? ¿Qué otra cosa es que un espíritu dispuesto de cierta manera? Ahora bien; cosa clara es que el espíritu es tanto más flexible cuanto más tenue es que cualquier otra materia. Por esta razón, querido Lucilio, no debe desesperarse, aunque veas á uno muy avanzado en el vicio y dominado por las pasiones desde muy antiguo. Nunca se anticipa la perfección á los defectos; desgraciadamente, á todos nos dominan alguna vez. Necesitamos olvidar los vicios y aprender las virtudes; pero lo que más debe animarnos para reformar nuestras costumbres, es que éste bien tan grande, una vez adquirido, se conserva siempre. La virtud no se olvida jamás; los vicios que le son contrarios brotan en tierra extraña, de la que con facilidad se les puede arrancar, porque solamente arraigan con fuerza y de modo perma-

nente los que brotan en su terreno natural. La virtud está conforme con nuestra naturaleza: los vicios le son contrarios y enemigos. Pero así como las virtudes cuando entran en el alma no salen ya y es fácil conservarlas, así es también difícil dar los primeros pasos para adquirirlas; porque el espíritu débil y lánguido teme ordinariamente aquello que no ha experimentado. Por esta razón es necesario obligarse á empezar. En último caso, la medicina no es amarga, y tanto más agrada, cuanto más va sanando. Los demás remedios solamente causan placer después de la curación; pero la filosofía es á la vez saludable y dulce. Adiós.

EPÍSTOLA LI.

EL SABIO DEBE ELEGIR LUGAR CONVENIENTE PARA VIVIR.

De la misma manera que todos los que se encuentran en ese paraje, querido Lucilio, ves el Etna, ese nobilísimo monte de Sicilia, monte que ignoro por qué llaman único Messala y Valgio (en ambos autores lo he leído), cuando existen otros muchos altos y bajos que arrojan fuego: sin embargo, esto se ve con más frecuencia en los elevados, á causa de que el fuego se dirige naturalmente á lo alto. Por mi parte, estoy tan satisfecho de Baias como puedo estarlo, habiendo partido al día siguiente de llegar, porque la permanencia en este punto es peligrosa á causa de ciertas circunstancias naturales que la molicie ha hecho célebres.

¡Cómo! ¿habremos de odiar un sitio especial?—No, pero así como determinado traje sienta mejor que

otro al varón grave, y que sin tener aversión á ningún color, elegirá el más conveniente á la persona modesta, así también existen parajes que el sabio debe evitar como enemigos de las buenas costumbres. Por esta razón, el que quiera vivir retirado no habitará en Canopo, á pesar de que esta ciudad no impide á nadie tener ordenada vida. Tampoco irá á Baias, porque esta es la mansión de los vicios. Aquí es donde la impureza se permite mayores licencias, como si la localidad obligara á la disolución. Por esta razón debemos elegir punto tan conveniente para las buenas costumbres como para la salud corporal. Así como no querría habitar entre patíbulos, así tampoco debo habitar entre tabernas. ¿Acaso es necesario ver á cada momento borrachos corriendo por la ribera, comilonas de barqueros, cánticos que resuenan por todas partes, y todos los excesos que el desorden más desenfrenado puede ostentar en público? Debemos cuidar de alejar de nosotros todo lo que puede inclinarnos al vicio y endurecer nuestra alma, y ocultarle los cebos que le presentan las pasiones. Anníbal perdió su energía en una invernada, y este grande hombre á quien no pudieron domar las nieves ni dificultades de los Alpes, fué derrotado por las delicias de Capua. Venció con las armas, y le vencieron los vicios. Obligados estamos á hacer la guerra como él, y guerra en la que no haya tregua ni reposo. Hemos de combatir contra los placeres, que, como ves, se han apoderado de los caracteres más enérgicos. Si se considera la importancia de esta empresa, veráse que no puede obrarse blandamente. ¿Qué he de hacer en esos baños templados? ¿qué en esos sudatorios en que el vapor seco enerva las fuerzas? No sudemos más que á fuerza de trabajo. Si hacemos lo que Anníbal, si nos entregamos á la molicie durante una suspensión de

armas ó de negocios, no habría nadie que no censurase con razón tal conducta, que sería peligrosa para quien hubiese consumado la derrota de sus enemigos, y con mucha más razón para quien solamente la hubiese comenzado. Menos debemos permitirnos nosotros que los que seguían las banderas púnicas: corremos más peligro al ceder, y nos costará más trabajo mantenernos firmes. La fortuna me hace la guerra, y no quiero obedecerla ni soportar el yugo que quiere imponerme; más aún: quiero sacudirlo, y para esto necesitase mayor energía. No debemos ser delicados, porque si cedo al placer, tendré que ceder en seguida al dolor, al trabajo y á la pobreza: la ambición y la cólera querrán tener en mí la misma autoridad, y quedará repartido ó, más bien, despedazado entre mil pasiones diferentes. Se me propone la libertad, que he de adquirir por el trabajo. ¿Preguntas qué libertad es ésta? No estar sujeto á nada, ni á las necesidades ni á los accidentes, y combatir frente á frente á la fortuna. Cuando vea que tiene mayor fuerza, haré que la pierda toda. ¿Habré de soportarla cuando tengo en mi mano la muerte?

Conveniente es que el que piensa de esta manera elija paraje honrado y sano; porque es cosa cierta que un sitio demasiado delicioso enerva el valor, y que las condiciones de un país pueden corromper ó disminuir las fuerzas. El caballo que se ha endurecido los cascos en caminos ásperos, anda bien en todos los terrenos; pero el que ha engordado en frescos prados se estropea en seguida: el soldado más robusto procede de las montañas; los débiles nacen en las ciudades y en nuestras casas. Ningún trabajo rehusan las manos que pasan del arado á las armas: el delicado y muelle cede en cuanto se ve cubierto de polvo. La educación austera robustece el ánimo y le hace capaz

de grandes empresas. Más honroso era para Scipión vivir en Linterna que en Baias durante su destierro, porque su caída no debió ser tan blanda. Aquellos que, por el destino del pueblo romano, fueron los primeros en apoderarse del mando supremo, es decir, Mario, Pompeyo y César, hicieron construir palacios en el territorio de Baias, pero en la cumbre de las montañas. Aquel emplazamiento parecía tener algo de militar para descubrir fácilmente todos los alrededores. Si consideras el plano y la estructura, verás que son fortalezas y no casas. ¿Crees que Catón se detuvo jamás en su casa de campo para contar las mujeres licenciosas que paseaban por el agua, para ver tantas barcas pintadas de diferentes colores, y las rosas que flotaban, en el lago, ó para escuchar las sórdidas canciones que entonaban todas las noches? ¿No hubiese preferido dormir en el campamento á pasar una noche de esta manera? ¿Qué varón fuerte no preferiría que le despertase el clarín más bien que una sinfonía?

Pero ya he hablado bastante contra Baias, aunque nunca se habla demasiado contra los vicios. Ruégote, querido Lucilio, que les hagas guerra sin tregua ni fin, porque tampoco tienen ellos fin ni tregua. Arroja de tí todo lo que te corroe el corazón, y si no puedes de otra manera, arráncate el mismo corazón. Expulsa de tí las voluptuosidades, y tenlas tanto horror porque de la misma manera que los ladrones á quienes los egipcios llaman Philetas, nos abrazan para estrangularnos. Adiós.

EPÍSTOLA LII.

AUXILIO NECESITAN LOS QUE BÚSCAN LA SABIDURIA:
DEBE ELEGIRSE BUEN GUIA.

¿Qué es, querido Lucilio, lo que nos tira de un lado cuando queremos ir á otro, y que nos hace avanzar cuando queremos retroceder? ¿qué es lo que lucha con nuestro ánimo y no nos permite querer una cosa con firmeza? Siempre nos encontramos flotando entre diversos pensamientos; nada queremos libre, absolutamente y en todo tiempo.—Esta es la necedad, dirás, que en nada es constante y á la que nada agrada mucho tiempo.—Pero ¿cuándo y cómo podremos librarnos de ella? Nadie tiene valor para desprenderse solo; necesario es que alguien le tienda la mano y le saque. Epicuro dice que algunos se han dirigido solos en busca de la sabiduría, y que ellos mismos se allanaron el camino: á éstos les alaba mucho, porque todo lo debieron á su impulso, y por sí mismos adelantaron; otros necesitan auxilio, y no podrían progresar si no les precediese alguno, pero saben bien seguir: dice que Metrodoro pertenece á estos últimos. Porque si bien tuvo grande ingenio, no pertenecía á la categoría primera, de la misma manera que nosotros, que podemos estimarnos muy felices si obtenemos puesto en la segunda: ni debe menospreciarse á quien puede salvarse por socorro ajeno, porque ya es mucho querer salvarse. Además de éstos, existen otros que tampoco deben ser despreciados, á quienes puede impulsarse y llevarse por fuerza á la virtud. Pero no basta llevarles; es necesario, por de-

cirlo así, violentarles, y éstos forman la tercera clase. Si quieres un ejemplo, Epicuro te presentará á Hermaco. Felicita al uno y admira al otro, porque si bien los dos llegaron al mismo fin, es sin embargo más glorioso haber hecho lo mismo en materia más difícil. Supón que se edifican dos casas con igual altura é idéntica magnificencia, una sobre terreno firme y sólido en el que la edificación se elevó en poco tiempo; la otra en terreno movedizo y pantanoso, en el que no se encontró suelo firme para echar los cimientos hasta después de mucho trabajo: en la una se ve toda la edificación, pero una parte de la otra y la más difícil queda oculta. De la misma manera hay espíritus vivos y prontos, y otros necesitan que se les modele á mano, como suele decirse, para darles los primeros fundamentos. Por esta razón digo que son más felices los que no han encontrado dificultades en ellos mismos, y estos otros merecen más alabanza por haber llegado á la sabiduría dominando la melicia de su carácter. Conviene que sepas que pertenecemos á esta segunda clase, que caminamos por sitios ásperos; combatamos, pues, é invoquemos el auxilio de otro.

¿De quién? me preguntarás.—De éste ó de aquél. Pero tú dirígete á los primeros, que nada tienen que hacer y que pueden ayudarnos, sean antiguos ó modernos. En cuanto á éstos, evitemos en lo posible á esos grandes habladores que no enseñan más que lugares comunes y carecen de sinceridad; elijamos á aquellos que enseñan con el ejemplo, que muestran lo que debe hacerse practicándolo ellos mismos, que nunca hacen lo que una vez reprobaron. Elige, pues, auxiliar á quien admires más viéndolo que oyéndolo. No entiendo por esto prohibirte que vayas á oír á los que acostumbran á dar entrada al pueblo y á discutir en público, no por vanidad, sino con el propósito

de enmendarse á sí propios al corregir á los demás. ¿Puede haber algo más vergonzoso para la filosofía que buscar el aplauso público? ¿Se entretiene el enfermo en alabar al médico mientras le amputa? Callad, escuchad, dejaos vendar; en vano lanzaréis exclamaciones; las tomaré por lamentos que se os escapan cuando tocan vuestra llaga. ¿Queréis demostrar que la grandeza de las cosas os conmueve y hace activos? ¡Sea así! ¿Por qué no he de permitir que raciocinéis acerca de lo que os parezca mejor? Pitágoras obligaba á sus discípulos á cinco años de silencio. ¿Creéis que les permitiría hablar y pronunciar elogios desde el primer día? ¿Qué locura la del filósofo que se regocija de los aplausos que le tributan los ignorantes después de oírle! ¿Qué satisfacción puede recibir de las alabanzas de gentes á quienes no puede alabar él? En otro tiempo discutía Fabiano delante del pueblo, y se le escuchaba con modestia: verdad es que algunas veces brotaban exclamaciones, pero las arrancaba la sublimidad del pensamiento y no la fluidez del discurso ni la suave cadencia de los períodos. Sin embargo, algunas veces pueden tributarse elogios, pero deben diferenciarse los aplausos del teatro de los de las escuelas. Si se observa bien, todas las cosas tienen señales que las dan á conocer, y pueden juzgarse las costumbres de una persona por sus menores acciones. Conócese al impúdico por su porte, por el movimiento de sus manos y de sus ojos, por tocarse con el dedo de cierta manera la cabeza, algunas veces por una respuesta sola. Conócese al malvado por la risa, al loco por el semblante y actitud, porque todos éstos ostentan caracteres particulares que les descubren. Conocerás lo que vale un filósofo por la índole de las alabanzas que le tributan. Verás en derredor suyo manos que baten palmas mientras habla, y más

arriba multitud que le contempla y admira. Pero si observas con cuidado, verás que no le aplauden sino que se burlan de él. Dejemos estas exclamaciones para las artes que se proponen agradar al pueblo, y hagamos reverenciar la filosofía. Sin embargo, conveniente es permitir algunas veces á los jóvenes seguir los impulsos de su espíritu, pero esto solamente cuando no puedan ya guardar silencio. Esta clase de alabanza sirve para enardecer al auditorio y animar la juventud, á la que debe conmoverse más con la dignidad de la materia que con el artificio de las palabras. De otra manera les sería perjudicial la elocuencia, porque la buscarían por ella misma y no por lo que enseñase. No diré más por ahora, porque sería demasiado largo; exigiría discurso aparte, saber cómo debe hablarse al pueblo y cómo debe el pueblo escuchar. Seguramente se hace mucho daño á la filosofía cuando se la prostituye en público; pero se enseñará alguna vez en los gabinetes cuando tenga no mercaderes sino ministros. Adiós.

EPÍSTOLA LIII.

MUCHOS IGNORAN SUS PROPIOS VICIOS: LA FILOSOFÍA SE
LOS MUESTRA Y SANA.

¿Que no se me puede persuadir después de haberme hecho consentir en embarcarme? Tranquilo estaba el mar cuando me embarqué, pero el aire aparecía cargado de negras nubes, que de ordinario se resuelven en viento ó lluvia; mas aunque el tiempo era incierto, creí poder escapar en vista de la poca distancia que media entre Nápoles y Puzzola. Así fué que,

para llegar más pronto, me dirigí en línea recta á Nésida, evitando de esta manera las ensenadas y rodeos. Cuando hube avanzado bastante para que me fuese igual seguir ó retroceder, desapareció la calma que me había impulsado: no estaba formada aún la tempestad, pero el mar comenzaba á agitarse y el oleaje era más fuerte. Rogué al piloto que me desembarcase en cualquier parte; pero me contestó que aquellas riberas eran difíciles y malas, y que con tiempo grueso nada temía tanto como la tierra. Encontrábame tan mareado que no pensaba en el peligro, experimentando grandes náuseas causadas por bilis removida que no podía arrojar. Insté al marinero y le obligué, quisiera ó no, á llevarme á la orilla; no esperé que hiciese nada de lo que dice Virgilio, que «dirigiese la proa á tierra» ó que «arrojase el ancla al mar,» sino que, recordando lo que había hecho en otro tiempo, me lancé al agua envuelto en una manta lanuda, cual si quisiese tomar un baño frío. ¡Cuánto padecí atravesando arrecifes, buscando ó abriéndome camino! Bien comprendí entonces que los marineros tienen razón al temer la tierra, porque sufrí de un modo indecible hasta el extremo de no poder sostenerme. No creo que el mar fuese tan contrario á Ulises porque en todas partes naufragara; al menos podía vomitar. En cuanto á mí, si vuelvo á embarcarme, que no llegue en veinte años al término de mi viaje.

Cuando se me tranquilizó algo el estómago, cuyas náuseas, como sabes, desaparecen con el mar, y después de aliviar el cuerpo con una unción, comencé á pensar conmigo mismo cuán fácilmente olvidamos nuestros defectos, hasta los corporales, que se presentan á cada momento, y con más razón los del alma, que son más grandes á medida que permanecen más ocultos. Una ligera emoción puede engañarnos; pero

si aumenta y la enardece la fiebre, no hay quien, por duro y paciente que sea, que no la confiese. Duelen los pies, se sienten pinchazos en las articulaciones; disimulamos aún y decimos que tenemos una torcedura ó que nos hemos dislocado en algún ejercicio violento: hasta este instante el mal es dudoso, y buscamos su nombre; pero cuando ha bajado á los talones, necesario es confesar la gota. Lo contrario ocurre con las enfermedades del alma: cuanto mayores son, menos se sienten. No te extrañe esto, querido Lucilio, porque el que duerme ligeramente, sueña algunas veces, y durmiendo imagina dormir en efecto; pero el sueño profundo de tal manera sumerge al alma, que queda sin conciencia. ¿Por qué no confiesa nadie sus defectos? Porque aun le dominan. Necesario es estar despierto para referir los sueños, y señal es de espíritu sano confesar sus faltas. Despertemos, pues, para que podamos conocer nuestros errores; pero solamente puede despertarnos la filosofía; ella sola puede disipar nuestro profundo sueño. ¡Dedícate completamente á ella! ¡eres digno de ella, y ella digna de tí! Abrazaos recíprocamente, y rechaza con energía tu afición á las demás cosas. No debe filosofarse en vano. Si te encontrases enfermo, abandonarías el cuidado de la casa, olvidarías los negocios del foro y no querrías ir á defender un pleito por nadie; solamente pensarías en curarte. Y qué, ¿no harás ahora lo mismo? Abandona todas esas ocupaciones y dedícate á la reforma de tus costumbres, cosa que no se puede conseguir mientras se está entregado á los negocios.

La filosofía ejerce su imperio: da el tiempo y no lo recibe. Su obra no puede dejarse para realizarla con comodidad. Es señora que está siempre presente y manda. Alejandro contestó á una ciudad que quería abandonarle la mitad de su territorio y de todos sus

bienes: «He venido al Asia no para recibir lo que queráis darme, sino para que conservaseis lo que quiera dejaros.» La filosofía dice lo mismo de todo: «No quiero el tiempo que pueda sobraros, sino que tendréis el que yo os conceda.» Dedícale, pues, todos tus cuidados, adhiérete á ella, cortejala y pon mucha distancia entre tí y el resto de los hombres. Marcharás muy delante de ellos, y seguirás más de cerca á los Dioses.—¿Quieres saber la diferencia que media entre ellos y tú?—Que aquellos vivirán más tiempo. Pero el sabio está tan contento con la duración de su vida como Dios de su eternidad, y propio es de buen obrero encerrarlo todo en poco espacio. Y algo hay en que el sabio tiene ventaja sobre Dios, y es que posee la sabiduría por adquisición, y Dios solamente la posee por naturaleza. ¡Gran cosa es tener la debilidad del hombre y la tranquilidad de Dios! Increíble es la fuerza de la filosofía contra los reveses de la fortuna. Robusta y sólida, ningún dardo puede clavarse en ella; rechaza los golpes ligeros con desnudo pecho, y devuelve los otros contra los mismos que los lanzan. Adiós.

EPÍSTOLA LIV.

PADECE ASMA; ESTÁ MUY CERCA DE LA MUERTE
Y COMPLETAMENTE PREPARADO PARA ELLA.

Mucho tiempo me había dejado descansar la enfermedad, pero de repente me invadió de nuevo.—¿Qué enfermedad?—preguntarás, y con razón, sin duda porque ninguna me es desconocida. Una, sin embargo, existe, á la que estoy más sujeto y á la que no

sé por qué he de llamar con nombre griego, cuando basta decir difícil respiración. El ataque es corto; su ímpetu, parecido al del huracán, pasa en una hora. ¿Quién tardaría más en espirar? Creo haber padecido todas las enfermedades, hasta las más peligrosas, pero ninguna me parece tan penosa como ésta; porque padecer las otras, cualesquiera que sean, no pasa de estar enfermo, pero tener ésta es morir. Por esta razón la llaman los médicos *meditación de la muerte*. Esta falta de respiración realiza al fin lo que tantas veces ha ensayado.

¿Crees, acaso, que te escribo contento porque he escapado de ella? Si considerase este alivio como curación completa, sería tan ridículo como el que creyese haber ganado el pleito por haber obtenido un aplazamiento. Durante mi ahogo no dejé de consolarme con pensamientos dulces y fuertes. ¿Qué es esto? me decía; la muerte me pone á prueba con harta frecuencia; que haga lo que quiera; mucho tiempo hace que la conozco.—¿Cuándo? preguntarás; antes de nacer, porque no existir es estar muerto: ahora ya sé cómo es: lo mismo será después de mí que ha sido antes de mí. Si existe algun dolor después de partir de este mundo, necesario es que haya existido alguno antes de venir á él. Pero nada sentíamos entonces. Díme: ¿no sería grande necedad suponer que una lucerna vale menos después de apagada que antes de encenderla? Lo mismo sucede con nosotros; se nos enciende, y después se nos apaga. Confieso que en este intervalo padecemos algo; pero antes y después nada debemos temer. Nuestro error, si no me engaño, querido Lucilio, consiste en que consideramos únicamente que la muerte nos seguirá, sin representarnos que nos seguirá de la misma manera que nos ha precedido. Todo lo que fué antes de nos-

otros equivale á muerte. ¿Qué importa no empezar ó concluir, puesto que lo uno y lo otro se reduce al mismo estado, es decir, á no ser?

Entreteníame con estas reflexiones (tácitas, por supuesto, porque no podía hablar); pero habiendo degenerado el ahogo en dificultad de respiración, me dejó más tranquilo, calmó, y al fin desapareció. Pero aunque ha cesado, todavía no tengo libre la respiración, sino que siento algo que la dificulta y entorpece. Que haga lo que quiera, con tal de que no me ahogue. Pero te aseguro que no temblaré cuando me vea en la extremidad; preparado estoy ya, y no me cuido del día en que llegue. Alabarse debe é imitarse solamente á aquel que no siente morir cuando tenía placer en vivir. ¿Que mérito tiene salir cuando se nos expulsa? Existe, sin embargo, en que, si bien se me arroja, salgo como voluntariamente. Por esta razón no es jamás expulsado el sabio, porque *ser expulsado* es salir fuera del lugar que no se quería abandonar. El sabio no hace nada á pesar suyo; se libra de la necesidad porque quiere lo que ella le obligaría á querer. Adiós.

EPÍSTOLA LV.

DE LA QUINTA DE VATIA: DE LA OCIOSIDAD BUENA
Y MALA.

He hecho que me paseen en litera, y vuelvo tan cansado como si hubiese caminado tanto como he permanecido sentado. Trabajo es ser llevado tan largo tiempo, y tal vez tanto mayor cuanto que es contra la naturaleza, que nos ha dado los pies para marchar y los

ojos para ver. Pero la molicie nos ha debilitado, y nos encontramos incapaces de hacer lo que por mucho tiempo no hemos querido hacer. Necesario me era algún ejercicio para disipar la bilis que se me había derramado por la garganta y para aliviar la fatigosa respiración: el paseo me ha probado bien, y esto me ha impulsado á que me llevasen más lejos, considerando por otra parte la belleza de la playa que se extiende desde Cumas á la casa de Servilio Vatia, como una lengua de tierra, porque la encierra por un lado el mar, y un lago por el otro. El terreno estaba más duro que de ordinario, á causa de una tempestad que había descargado poco antes. Porque, como sabes, las olas, cuando son precipitadas y fuertes, nivelan la orilla, que es desigual en tiempo de prolongadas calmas, que disipan la humedad que traba la arena. Según costumbre, comencé á mirar en derredor buscando algo de que sacar provecho, fijando los ojos en una quinta que perteneció en otro tiempo á Vatia. Este hombre, rico y pretoriano, conocido solamente por su ociosidad, se retiró a esta quinta en su vejez, y por esto sólo se le consideraba feliz; de suerte que, cuando veían perecer á los amigos de Asinio Galo, ó á los que habian odiado ó querido á Seyano (porque fué igualmente peligroso haberle servido ú ofendido), todos exclamaban: «¡Oh Vatia, tú solo sabes vivir!» Pero este sabía ocultarse, vivir no.

Mucha diferencia existe entre el ocio y la pereza. Nunca pasé por delante de esta casa, cuando vivía Vatia, sin decir: «Aquí yace Vatia.» Esto demuestra, querido Lucilio, que la filosofía tiene algo tan sagrado y venerable, que se respeta hasta aquello que falsamente se le parece. Engañado el vulgo por la apariencia, cree que el hombre ocioso, por este hecho, está contento, tranquilo y que vive para sí mismo,

aunque estas cosas solamente puede conseguirlas el sabio. Este sabe vivir bien, y como nada le preocupa, vive para sí, que es lo primero de todo. El que huye del mundo y de los negocios, que se separa de la sociedad de los hombres á causa del fracaso de sus ambiciones, que no puede soportar la felicidad ajena y se oculta por miedo, como animal tímido y perezoso, no vive para sí, sino, lo que es altamente vergonzoso, para el vientre, para el sueño y para la impureza. Aunque no se viva para nadie, no se sigue que se viva para sí mismo; pero tan bella cosa es la constancia y perseverar firmemente en la resolución tomada, que hasta la pereza, cuando es perseverante, adquiere autoridad.

De la quinta nada puedo decirte de cierto, porque solamente he visto el exterior, lo que puede ver todo el mundo. Existen dos grutas de iguales dimensiones abiertas á mano á mucho coste, una de las cuales no recibe nunca la luz del sol, mientras que ilumina la otra hasta que se pone. Vese un arroyo que corre en forma de canal entre dos filas de plátanos y que desagua en el mar y en el lago Aquerusio: este arroyo suministra abundante pescado, porque no se pesca mientras el mar está tranquilo, recurriéndose á él en cuanto se agita. Lo más cómodo de esta quinta es que tiene á Baias entre sus muros y que goza de sus delicias sin participar de sus molestias. Creo que es morada á propósito para todo el año, porque está expuesta al favonio, recibiendo tan bien como se lo roba á Baias. Con razón eligió Vatia este paraje para encerrar en él su ociosidad arraigada y vieja ya.

Verdad es que la disposición del paraje no contribuye mucho á la tranquilidad, siendo el carácter lo que da el gusto á todas las cosas. He visto apesadumbrados en alegres y amenas quintas, y atareados en

la soledad. No digas, por consiguiente, que te impide estar á gusto el no encontrarte en la Campania. ¿Por qué no estás en ella? Manda hasta aquí tus pensamientos. Podemos conversar con nuestros amigos ausentes, tantas veces y por tanto tiempo como queramos; y hasta puede decirse que gozamos más ampliamente de este placer cuanto más alejados estamos. Su presencia embota nuestro apetito, y porque hablamos y paseamos frecuentemente con ellos, no pensamos ya en ellos cuando nos separamos. No debemos, pues, inquietarnos por la ausencia de nuestros amigos, puesto que no hay nadie que no se aleje cuando quiera aun cuando se encuentre presente. Considera en primer lugar las noches que pasamos sin su compañía; después la diferencia de ocupaciones, los estudios particulares, los paseos á nuestros campos, y verás que los viajes de nuestros amigos nos roban muy poco tiempo. Los amigos debemos tenerlos en el alma, que nunca está ausente y que todos los días ve lo que desea. Así, pues, estudia conmigo, come conmigo y pasea conmigo. En paraje muy angosto viviríamos, si no pudiésemos mandar nuestros pensamientos á donde quisiéramos. Te veo, querido Lucilio, te oigo y de tal manera estoy contigo, que cuando comienzo á escribirte dudo si voy á mandarte una esquila ó una carta. Adiós.

EPÍSTOLA LVI.

EN TODAS PARTES PUEDE ESTAR TRANQUILO EL SABIO
Y DEDICARSE AL ESTUDIO; Y AL CONTRARIO, EL MALO
ESTÁ AGITADO EN TODAS PARTES.

Perezca yo si tan necesario es el silencio, como dicen, para estudiar. Habito sobre un baño, y por todos lados llega hasta mí el ruido. Imagina todos los géneros de voces que pueden mortificar el oído: cuando se ejercitan los más robustos arrojando el plomo con que cargan las manos, oigo sus gemidos, y cuando recobran aliento, oigo también sus silbidos y respiración anhelante: si algún bañero torpe no sabe frotar bien, oigo los golpes de su mano sonar diferentemente sobre los hombros, según que la pone abierta ó cerrada. Si ocurre que el que guarda las esponjas engrasadas no encuentra justa la cuenta, el ruido es mayor. Añade á esto los barrenderos cuando se les sorprende en algún robo, y los que se divierten en gritar en el baño. Añade también los que hacen sonar el agua arrojándose de golpe en la balsa. Además de todas estas gentes que al menos no tienen voz desagradable, representate un barbero que, para hacerse notar, lanza un grito cascado y penetrante, sin callar hasta que hace gritar á otro al arriancarle los pelos de las axilas. Óyense además los ruidos de los pasteleros, de los asadores y de los taberneros, que pregonan sus mercancías con gritos diferentes.

Dirás que soy de hierro y que estoy sordo si conservo firme la cabeza en medio de esta algarabía, en vista de que nuestro Crisippo se moría de aburrimiento al

oir las salutations de los que diariamente acudían á verle. Pero, á fe mía, me cuido tan poco de estos ruidos como de las olas que braman ó del agua que arrojan de lo alto. Aunque se dice que algunos pueblos, no pudiendo soportar el ruido de las cataratas del Nilo, llevaron sus ciudades á otras partes, paréceme que la voz interrumpe más que el ruido, porque distrae el ánimo, mientras que éste solamente hiera ó llena el oído. Entre los ruidos que no me distraen, cuento el de los carruajes que pasan por la calle, el del herrador que habita en mi casa, el del cerrajero vecino y de ese otro que vive cerca de la plaza, donde los jóvenes se ejercen en la carrera, cuando prueba sus trompetas y sus flautas y grita más bien que canta. El ruido que cesa algunas veces me parece más importuno que el que continúa siempre. Pero de tal manera me he endurecido con todo esto, que oiría gritar á un cómitre para obligar á remar bien á los forzados, sin que me causara impresión. Obligo á mi espíritu á prestarse atención y á no distraerse en cosas exteriores. Hagan por fuera cuanto ruido quieran con tal de que no exciten tumulto dentro de mi la avidez y el temor, la avaricia y la lujuria. Porque ¿de qué sirve el silencio exterior si las pasiones se agitan en el interior?

La noche era plácida y tranquila.

Esto es falso, porque no existe más reposo que el establecido por la razón. La noche reproduce nuestros pesares en vez de expulsarlos y no hace más que cambiar nuestros cuidados. Ordinariamente los que duermen se encuentran tan agitados por los sueños como lo han estado durante sus vigiliás. La verdadera tranquilidad solamente se encuentra en la buena conciencia. Considera á aquel que impone silencio á

toda la casa con objeto de poder dormir; todos callan y los que deben acercarse tienen en alto el pie y lo posan suavemente en el suelo. Vuélvese de un lado y de otro buscando un poco de sueño en medio de sus inquietudes, y se queja de que alguno se ha movido, cuando todos están quietos. ¿Qué causa crees que produce esto? Su espíritu que hace ruido. Necesario es calmarle, necesario es detener sus movimientos. No creas que ese hombre está tranquilo porque lo veas muellemente tendido en el lecho. Muchas veces el reposo causa inquietud; por esta razón es necesario hacer algo, ocuparnos en algún ejercicio honesto, siempre que la ociosidad, que de sí misma se cansa, nos impulse á cualquier acción mala. Los buenos generales hacen trabajar á sus soldados llevándoles á largas expediciones cuando no encuentran bastante obediencia. A los que tienen ocupaciones no les queda tiempo para pensar en placeres: no hay remedio más seguro que la ocupación para dominar los vicios, que nacen de la ociosidad. Créese frecuentemente que nos hemos retirado por disgusto de los negocios públicos ó por no poder seguir habitando en paraje desagradable y triste; pero este retiro á que nos han llevado el temor y el tedio despierta algunas veces nuestra ambición, que no estaba extinguida, sino fatigada y despechada por malos éxitos. Lo mismo digo de la ostentación: algunas veces parece que la hemos abandonado, pero nos solicita aún después que hemos hecho abiertamente profesión de frugalidad; y en medio de la economía busca con tanto más ardor cuanto se crea más oculta, aquellas comodidades que había abandonado pero no reprobado. Menos peligrosos son los vicios cuando se manifiestan. Las enfermedades mismas tienden á su curación cuando su malicia sale al exterior. Debes saber que

la avaricia, la ambición y las demás pasiones del espíritu humano son muy temibles cuando se detienen cual si estuviesen dominadas ó corregidas. Parecemos tranquilos y no lo estamos. Porque si nos hemos retirado de buena fe, si hemos renunciado de buen grado á la pompa y ostentación, como decía antes, nada turbará nuestra soledad; no habrá voz humana ni canto de ave que pueda interrumpir pensamientos que serán buenos, sólidos y arreglados. Prueba es de espíritu ligero y poco recogido, aplicar el oído en cuanto se escucha algún rumor. Preciso es que tenga interiormente algún cuidado, algún temor que le haga tan curioso, como dice Virgilio: «Y yo, que no me movían los dardos arrojados, ni que me rodeasen las falanges de los Griegos, tiemblo ahora al escuchar un ruido, por el que llevo y por la que me sigue.»

Aquel es verdaderamente sabio que no se altera ante los dardos que se le arrojan, que no teme á las lanzas cruzadas, ni se asombra ante las ruinas de la ciudad minada; pero el que teme perder sus riquezas, que se espanta ante cualquier encuentro, que toma una voz sola por tremendo clamor, y que se abate al menor ruido, es un necio que carece de experiencia. Sus talegos le hacen temblar. Cualquiera que elijas los ricos que llevan y hacen llevar en derredor suyo entre cosas preciosas, le verás temiendo siempre. Ten por seguro que gozarás de completa tranquilidad cuando no te afecten todos esos gritos, y que no habrá voz dulce ó amenazadora que produzca sobresalto á tu alma.—¿Cómo? ¿no es mejor estar libre de esta molestia?—Desde luego, y por esta razón quiero irme de aquí; pero me alegro de haber hecho esta prueba y de haberme sometido á este ejercicio. ¿A qué sufrir por más tiempo cuando Ulises encontró para sus compañeros remedio tan fácil contra las Sirenas? Adiós.

EPÍSTOLA LVII.

LOS MOVIMIENTOS REPENTINOS DEL ALMA NO ESTÁN
BAJO EL DOMINIO DEL SABIO.

Queriendo regresar de Baias a Nápoles, creí fácilmente que el mar estaba alborotado, para no embarcarme por segunda vez; pero tan encharcado estaba todo el camino, que podía creer venía navegando. Durante todo el día sufrí la suerte de los atletas, porque después de bien rociados, tuvimos abundante polvo en la gruta napolitana. Esta manera de prisión es extraordinariamente larga, y su entrada tan oscura, que se ve, no á través de las tinieblas, sino las tinieblas mismas. Además, aunque hubiese alguna luz en aquel paraje, la ahogaría el polvo, que siendo tan molesto en campo raso, mucho más lo es en una cueva, donde elevándose como torbellino y no pudiendo salir por ninguna abertura, cae sobre los que le remueven. Así, pues, hemos sufrido á la vez dos molestias muy diferentes, teniendo en el mismo día y en el mismo camino lodo y polvo.

Aquella oscuridad, sin embargo, me dió ocasión de meditar, porque sentía conmovido mi ánimo, aunque sin miedo, por el horror y novedad de cosa tan extraordinaria. No te hablo ahora de mí, que estoy muy lejos de la medianía y más aún de la perfección; pero te aseguro que un hombre resuelto, sobre quien la fortuna no tiene poder, habría quedado impresionado y habría cambiado de color. Porque hay cosas, querido Lucilio, que no puede impedir el valor, siendo este el medio por el cual advierte la naturaleza al sabio su

mortalidad. Así es que le verás fruncir el ceño al encontrar un objeto desagradable, estremecerse ante los accidentes imprevistos, y turbarse cuando desde escarpada altura contempla un abismo. No es el miedo la causa de todo esto, sino una disposición natural que no puede corregir la razón. De esto depende que hay hombres valerosos dispuestos siempre á derramar su sangre, y no pueden ver la de otros: unos se desvanecen al ver vendar una herida cuando es reciente y sangra aún; otros cuando es antigua y está en supuración, y los hay también que se asustan más del reflejo de la espada que de la estocada. Experimentaba, pues, como te he dicho, cierta emoción exenta sin embargo de temor. Pero en cuanto volvimos á la luz sentimos alegría, que estábamos lejos de esperar. Entonces comencé á raciocinar en mi interior de esta manera: hácese mal en temer más ó menos ciertas cosas, puesto que todas se reducen al mismo fin. Porque ¿qué importa que sea una montaña ó una torre la la que aplaste á alguno? Sin embargo encontrarás quien tema más las ruinas de esta última, aunque igualmente mortales sean las unas que las otras: tan cierto es que el miedo considera menos el efecto que la manera con que llega.

¿Crees que hablo como los estoicos, que suponen que el alma del hombre aplastado bajo tan enorme peso, no encontrando salida, se disipa en seguida en el cuerpo? Nada tan lejos de mí; creo que los que tal dicen se engañan groseramente. De la misma manera que no se puede oprimir la llama (aunque se retira en el acto del que la excita); así como el aire no queda herido ni agujereado por el golpe que recibe, porque se extiende en derredor del objeto dejándole espacio; así el alma, que es sustancia muy sutil, no puede quedar retenida ni comprimida en el cuerpo,

sino que por virtud de su misma sutileza pasa á través de todo lo que la oprime. De la misma manera también que el rayo, después de haber llenado de relámpagos y destruído una casa entera, sale por el agujero más pequeño; así el alma, que es más sutil que el fuego, escapa á través de todas las partes del cuerpo. Por esta razón se pregunta si puede ser inmortal. Pero ten por cierto que si el alma sobrevive al cuerpo, no muriendo con él, no puede perecer de ninguna manera: lo inmortal lo es sin excepción alguna, y nada puede dañar á lo eterno. Adiós.

EPÍSTOLA LVIII.

EXPLICA CÓMO DIVIDIÓ PLATÓN TODAS LAS COSAS QUE EXISTEN.

Nunca he conocido como hoy nuestra pobreza, mejor dicho, nuestra escasez de palabras. Cuando casualmente hablábamos de Platón, encontráronse mil cosas que necesitaban nombre, y que sin embargo no lo tenían; otras que lo tuvieron en otro tiempo, pero que lo habían perdido por nuestra negligencia. ¿Es posible ser negligente en la indigencia? Existe una mosca que pica á las ovejas y las hace correr por las montañas: los Griegos la llaman *æstros*, y los latinos antiguos la llamaban *asilus*. Debes creer á Virgilio:

Cerca del monte Alburno y del bosque de Siler
Vense nubes de insectos cuyo nombre es *asilo*
Entre los romanos, *æstrum* entre los griegos;
A cuyo áspero rumor, aterrados huyen por las selvas
Los rebaños.....

Creo que quiso decir que esta palabra estaba fuera de uso. Y para no mantenerte en duda, diré que en otro tiempo se usaban algunas palabras simples como *cernere ferro*.

Stupet ipse Latinus
Ingentes, genitos diversis partibus orbis,
Inter se coiisse viros, et cernere ferro...

á lo que hoy llamamos *decernere*, habiéndose perdido el uso de la palabra simple. Los antiguos decían también *si jusso* en vez de *si jussero*. El mismo Virgilio lo prueba:

Cætera, qua jusso, mecum manus inferat arma.

No hago ahora esta investigación para demostrarte cuánto tiempo he perdido con los gramáticos, sino para hacerte conocer cuántas palabras hay en Ennio y Atlio que son viejas, puesto que también se encuentran en Virgilio al que se lee diariamente, que están fuera de uso.

Pero dirás: ¿qué objeto tiene este preámbulo? No te lo ocultaré; tiene por objeto poder pronunciar la palabra *Essentia* sin lastimar tus oídos; por más que también la diría aunque hubieras de incomodarte. Autor de esta palabra es Cicerón, y lo creo buena garantía; pero si quieres otro más reciente, citaré á Fabiano, elegante y discreto orador que habla con la propiedad que exige hoy nuestra delicadeza. Porque ¿qué otro medio hay, querido Lucilio, para poder traducir de otra manera la palabra griega tan necesaria *oúcia*, que contiene la naturaleza y fundamento de todas las cosas? Permíteme, pues, que la use, á condición de que te prometa yo no abusar de la libertad que me concedas; y tal vez me contentaré con haberla obtenido. Pero ¿de qué me servirá tu indulgencia, si no he

de poder expresar en verdadero latín lo que me lleva á censurar nuestra lengua?

Más condenarás aún las pobrezaas romanas cuando sepas que existe una sílaba griega que no puedo traducir. ¿Quieres saber cuál es? τό ὄν: dirás que estoy ciego cuando no veo que puedo traducirla así: *Lo que es*. Pero encuentro mucha diferencia, porque me veo obligado á poner un verbo por un nombre: sin embargo, siendo necesario, diré: «Lo que es.» Nuestro amigo, que es muy erudito, me decía hoy que Platón daba á esta palabra seis significaciones diferentes. Todas ellas te las explicaré después que te haya mostrado que en el orden de las cosas existe lo que se llama género. Primeramente necesitamos buscar este género de que dependen todas las especies, que comprende todas las cosas, y del que proceden todas las divisiones. Lo encontraremos si procedemos remontando hasta llegar á lo primero. El hombre es una especie, como dice Aristóteles; el caballo es una especie; el perro es también una especie; luego hay que buscar algo común á estas especies, y que como un lazo las reuna á todas y las mantenga bajo su poder. ¿Qué es esto? Animal. Luego animal comienza á ser el género de lo que he nombrado, á saber: hombre, caballo y perro. Pero hay cosas que tienen alma y no son animales; porque algunos pretenden que los árboles y plantas tienen alma, por lo que decimos que viven y mueren. Luego las cosas animadas tendrán un rango superior, puesto que los animales y plantas están contenidos en esta forma. Otras cosas existen que no tienen alma, como las piedras; luego hay algo inferior á las cosas animadas, esto es, el cuerpo. Ahora dividiré los cuerpos en animados é inanimados, porque hay cosas superiores al cuerpo, puesto que decimos cosas corporales y otras incorporeales. Pero

¿cuál es el principio de que deducimos todo esto? El que con tanta impropiedad hemos llamado «Lo que es.» De esta manera lo dividiremos en especies, y diremos: «Lo que es,» es corporal ó incorporeal. Este es el género primero, el más antiguo y el más general: los otros son géneros también, pero subalternos; como el hombre es un género porque contiene en sí muchas especies de naciones, Griegos, Romanos, Parthos; y de colores, blancos, negros rojos; y también los particulares, Catón, Cicerón, Lucrecio. Así, pues, en cuanto contiene muchas cosas en sí, es género; en cuanto está contenido en otro, es especie. El género, «Lo que es,» como general, no tiene superior, es el principio de todas las cosas, todo está debajo de él.

Los estoicos quieren sobreponer á éste otro género más universal, del cual trataré en cuanto haya demostrado que este género de que acabo de hablar, con razón se coloca el primero, porque encierra y comprende todas las cosas. Divido, pues, lo que es, en especies; en corporal y en incorporeal; no existe tercero. ¿Cómo dividiré el cuerpo? Digo: O es animado ó inanimado. ¿Cómo dividiré en seguida lo animado? Digo: Hay cosas que tienen espíritu y alma, y otras que no tienen más que alma. O bien de esta manera: Hay cosas que tienen movimiento, que caminan, que avanzan, y otras que están adheridas á la tierra, se alimentan por las raíces y crecen. ¿En qué especies dividiré además los animales? Digo: O son mortales ó inmortales. Este es el primer género según el sentir de algunos estoicos. Expondré la razón por qué lo creen así. Hay, dicen, cosas que existen en la naturaleza, y otras que no existen en ella. Entre las que no tienen existencia están los centauros, los gigantes y todo lo que produce la imaginación, dándole forma aunque no tenga sustancia.

Ahora vuelvo á lo que te he prometido; es á saber: cómo Platón divide en seis clases todas las cosas que existen en la naturaleza. Ese primer sér que llamamos «lo que es,» no es visible, ni tangible, ni cae bajo el imperio de ningún sentido; porque lo calificado como género solamente existe por el pensamiento, como al hombre en general no lo ven los ojos, sino al particular, como Cicerón, Catón. No se ve el animal, pero se imagina. Vese, sin embargo, su especie: como el caballo y el perro. El segundo de los seres lo coloca Platón en un grado eminente, que se sobrepone á todas las cosas: dice que es el sér por excelencia, como comúnmente se dice el poeta; porque si bien conviene este nombre á todos los que hacen versos, entre los Griegos denota especialmente á Homero. Pero ¿qué sér es éste? Dios, que es más grande y poderoso que todas las cosas. El tercer género es el de las cosas que propiamente son. Estas son innumerables, pero no perceptibles á nuestros ojos.—¿Preguntas cuáles son?—Objetos propios de Platón, á los que llama Ideas, de las que están hechas todas las cosas y sobre las que se forman todas; estas son inmortales, inmutables é inviolables. Escucha ahora lo que es Idea, al menos como lo entiende Platón. «Idea es un ejemplar eterno de todas las cosas que se hacen en la naturaleza.» Explicaré esta definición para hacerla más clara. Quiero hacer tu retrato, te tengo por modelo de mi pintura, y mi talento saca algún rasgo que pongo en mi obra. Así, pues, ese semblante que me instruye y que intento imitar, es una idea. La naturaleza tiene infinidad de estos modelos, sobre los que forma todo lo que debe producir, y sobre ellos están formados hombres, peces, árboles. El cuarto género es εἶδος. Conviene que atiendas para comprender qué es este εἶδος, y que atribuyas á Platon, y no á

mí, la dificultad que encuentres en él; pero las cosas sutiles siempre cuestan trabajo. Servíame poco la del retrato que hacía un pintor. Cuando quería con sus colores representar á Virgilio, le miraba, el rostro de Virgilio era la idea del pintor y el modelo de su obra. Lo que ha obtenido de ese rostro y ha puesto en su obra es el εἶδος. ¿Quieres saber qué diferencia se encuentra? El uno es el modelo y el otro la figura obtenida de ese modelo y aplicada á la obra. El obrero imita al uno y hace el otro. La estatua tiene una cabeza, ésta es εἶδος. El modelo tiene también una cabeza sobre la que, fijando el artífice los ojos, ha formado la estatua; esto es lo que llama Idea. Εἶδος está en la obra, y la Idea fuera de la obra, y no solamente fuera de la obra, sino también antes de la obra. El quinto género es el de las cosas que comúnmente existen; éstas comienzan á pertenecernos: comprende en ellas los hombres, las bestias y todas las demás cosas. El sexto género es el de aquellas que cuasi son, como el vacío, como el tiempo.

Platón no pone lo que vemos y tocamos en el número de las cosas que son verdaderamente, porque cambian y están en continuo crecimiento ó decrecimiento. Ninguno de nosotros es el mismo en la vejez que en la juventud; ni el mismo hoy que ayer. Nuestros cuerpos pesan como los ríos; lo que ves huye con el tiempo, y nada permanece constante. Yo mismo, mientras digo que todas las cosas cambian, he cambiado ya. Esto entiende Heráclito cuando dice: «No nos bañamos dos veces en el mismo río.» El nombre del río permanece, pero el agua pasa. Esto se nota más en los ríos que en el hombre, pero no por eso pasamos menos de prisa; razón por la que admiro nuestra demencia por amar tanto cosa tan fugaz como el cuerpo, y por tamer tanto morir un día, cuando cada

momento hace morir en nosotros el estado anterior. ¿Por qué has de temer que suceda un día lo que diariamente sucede? Hablo solamente del hombre, que es materia frágil y caduca, sujeta á toda clase de accidentes; pero el mundo, que es cosa eterna y que no puede destruirse, cambia también y no puede permanecer en el mismo estado. Aunque tenga en sí todas las cosas que ha tenido en todo tiempo, las tiene de otra manera que las ha tenido; su orden cambia.

¿Para qué me servirá esta sutileza? dirás.—Si me lo preguntas, te diré: Para nada. Pero lo mismo que el grabador que ha tenido largo tiempo fija la vista en su obra, la separa para descansar y recrearla, debemos dar algún asueto á nuestro espíritu y reponerlo con alguna distracción; pero esta distracción no debe ser estéril, porque si bien la consideras, te suministrará asunto de que puedas obtener algún provecho. Así acostumbro á hacerlo yo, querido Lucilo, porque no me separo tanto de la filosofía, que no trate de obtener algo que pueda hacérmela útil. ¿Quieres saber qué obtendré de las cosas de que acabamos de tratar, que tan lejos están de la reforma de las costumbres? ¿De qué manera pueden hacerme mejor las ideas de Platón? ¿Qué sacaré de ellas para reprimir mis pasiones? Lo que el mismo Platón dice, que todo lo que cae bajo el imperio de los sentidos, que nos encanta y enardece en su persecución, no se cuenta en el número de las cosas que existen verdaderamente. Es, pues, imaginario todo esto, y revestido solamente de apariencias que duran determinado tiempo. Nada es permanente y sólido, y, sin embargo, lo deseamos como si hubiese de durar siempre, ó como si hubiésemos de poseerlo siempre. Imbéciles y ligeros somos; en todo nos detenemos. Dirijamos nuestro espíritu á las cosas eternas, elevémonos á la contemplación y

admiración de esos ejemplares y esas formas de todos los seres, y Dios en medio de ellas, preservando de la muerte á lo que no pudo hacer inmortal por impedirlo la materia, y reparando por su ciencia los defectos de las cosas que ha creado. Porque todo lo que se ve en el mundo, subsiste, no porque es eterno, sino porque lo conserva el cuidado del que lo gobierna. Las cosas inmortales no necesitan protección; las mortales las mantiene el autor que las hizo, y que con su virtud sostiene la fragilidad de su materia. Despreciémoslas á todas, puesto que no son tan preciosas que no se dude si existen efectivamente. Reflexionemos de esta manera: Si Dios, por su providencia, conserva el mundo, que es mortal como nosotros, nosotros podemos también con la nuestra prolongar la duración de este frágil cuerpo, cercenándole los apetitos que llevan á la muerte á la mayor parte de los hombres. Platón, de quien hablábamos poco ha, llegó á la vejez por la temperancia. Tenía naturalmente el cuerpo muy robusto, como lo atestigua su nombre, que expresaba la anchura de su pecho; pero los viajes por mar y los peligros que había corrido, disminuyeron mucho sus fuerzas. Sin embargo, la sobriedad, el uso moderado de todas las cosas que excitan nuestros deseos, y el cuidado que tuvo por su conservación, le llevaron á dilatada vejez á pesar de muchos obstáculos. Porque creo sabes murió á la edad de ochenta y un años, precisamente en igual día que había nacido. Por esta razón, los magos, que entonces se encontraban en Atenas, le ofrecieron sacrificios después de su muerte, creyendo que era superior á la condición de los hombres por haber cumplido el número más perfecto de todos, viviendo nueve veces nueve años. No creo que se hubiese cuidado mucho del sacrificio, ni de que hubiesen faltado algunos días á la cuenta. La

frugalidad puede prolongar la vida, que es cosa, á mi parecer, que no debe desearse ni rechazarse. Dulce es vivir largo tiempo consigo mismo, cuando se ha conseguido hacer agradable este goce.

Diremos nuestra opinión sobre este asunto, á saber, si debe evitarse la extrema vejez y adelantar el fin, sin esperar á que llegue. El que espera cobardemente la muerte no se diferencia del que la teme; y es ser demasiado beodo beber después del vino las heces. Pero la cuestión está en saber si esta última parte de la vida constituye las heces ó lo más puro, especialmente cuando el cuerpo no está gastado y el espíritu y los sentidos prestan su concurso ordinario á las funciones del alma. Porque hay mucha diferencia entre larga vida y larga muerte. Mas si el cuerpo queda inútil para todos los usos, ¿por qué no libertar al alma, que padece en su compañía y anticipadamente, por temor de no poder hacerlo cuando llegue el momento de realizarlo? Además, como hay más peligro en vivir miserablemente que en morir pronto, considero necio al que no quiere privarse de algunos días para librarse de tan grande inconveniente. Pocos son los que han llegado á la muerte por larga vejez sin alteración y detrimento; pero son muchos los que han conservado la vida sin poder usarla. ¿Por qué has de juzgar crueldad quitar una parte de ella cuando ha de terminar un día? No me escuches con repugnancia, como si el asunto se refriese á tí en adelante; pero observa lo que voy á decir. Por mi parte, no huiré de la vejez, con tal que me conserve todo entero, es decir, toda mi parte mejor; pero si empieza á debilitarse mi espíritu, á alterarse sus funciones, si solamente me deja un alma destituida de razón, abandonaré esta casa al verla arruinada y amenazando desplomarse. Mientras una enfermedad pueda curarse y no ataque á mi es-

píritu, no me haré violencia, ni tampoco para liberarme del dolor, porque es cobardía morir de esta manera; pero si sé que he de sufrir perpetuamente, abandonaré la vida, no á causa del dolor, sino á causa de los impedimentos que me produciría en las acciones de la vida. Imbécil y cobarde es el que muere por el temor de sufrir, y necio el que vive para sufrir. Pero avanzo mucho en esta materia, que suministraría para discurrir un día entero. ¿Cómo podría poner fin á su vida el que no puede ponerlo á una carta? Adiós, pues; esto lo leerás con más gusto que mis discursos sobre la muerte. Adiós.

EPÍSTOLA LIX.

DIFERENCIA ENTRE LA VOLUPTUOSIDAD Y EL REGOCIJO:
DE LA IMBECILIDAD HUMANA.

He leído tu carta con mucha voluptuosidad: permíteme que emplee términos ordinarios y no les des la significación estoica. Creemos que la voluptuosidad es un vicio. Sea así, pero acostumbramos á emplear esta palabra para expresar la alegría de nuestro espíritu. Sé también que la voluptuosidad (si tomamos la palabra según el rigor de nuestras máximas) es cosa torpe, y que el regocijo es propio del hombre sabio, porque es la elevación de un alma segura de sus propios bienes y de sus propias fuerzas. Sin embargo, con frecuencia decimos que hemos experimentado mucho regocijo por el consulado de nuestro amigo, por su matrimonio ó por el parto de su esposa; aunque estas cosas, lejos de ser objeto de regocijo, sean ordinariamente el principio del pesar y de la

tristeza. Pero el carácter propio del regocijo es la constancia y no pasar al lado opuesto. Así, pues, cuando nuestro Virgilio dice «y los malos regocijos del alma,» dice perfectamente verdad, pero no habla con exactitud, porque no hay regocijos malos. Dió este nombre á las voluptuosidades, y expresó muy bien lo que quería decir; es á saber, que los hombres se regocijan de su propio mal. Sin embargo, no he dicho sin razón que he leído tu carta con mucha voluptuosidad; porque, á pesar de que el ignorante se regocije por justa causa, no dejo de llamar á este movimiento que no puede contener, y que muy pronto se dirigirá á otro objeto, con el nombre de voluptuosidad, movida por la opinión de falso bien, sin discernimiento ni medida.

Pero volviendo á nuestro asunto, oye lo que me ha deleitado en tu carta. Tienes dominio sobre las palabras, y el discurso te lleva más lejos de lo que quieres ir. Muchos hay que, encontrando una palabra bella, escriben lo que no querían escribir. Esto no te sucede jamás, porque todo está bien enlazado y es pertinente al asunto. Dices todo lo que quieres y dejas comprender más de lo que dices; lo cual revela una cosa más grande y demuestra que no hay vacío ni hinchazón en tu espíritu. Encuentro, sin embargo, metáforas; pero no son desagradables ni demasiado atrevidas, puesto que ya son conocidas. Veo también imágenes, y si se nos quisiese prohibir su uso y dejarlo solamente á los poetas, se demostraría no haber leído los autores antiguos. Éstos no buscaban aplausos por medio de la elocuencia, hablaban con sencillez y solamente para hacerse comprender; sin embargo, sus escritos están llenos de comparaciones, que yo considero necesarias, no por la razón que las hace tan familiares á los poetas, sino con objeto de que, ayudando

á nuestra debilidad, hagan ver la cosa como presente al auditorio.

Cuanto más leo á Sextio, hombre vehemente, que filosofaba en lengua griega á la manera romana, más admiro una comparación que hace de un ejército que marcha en cuadro ordenado para hacer frente por todos lados al enemigo.—Que haga lo mismo el sabio, dice; que derrame sus virtudes por todas partes con objeto de que, en cualquiera que le ataquen, esté dispuesta la defensa y se ejecuten sin confusión las órdenes de mando.—Dice además que lo que se practica por los grandes capitanes que disponen sus soldados de suerte que oigan al mismo tiempo la orden que se les dirige, nos es tanto más necesario, cuanto que en la guerra se teme muchas veces sin razón al enemigo, y que el camino que se creía más sospechoso suele ser el más seguro. La imbecilidad no está tranquila jamás, teme de arriba y de abajo, combáténla los dos flancos, ve peligros delante y detrás, tiembla en toda ocasión, siempre está sin defensa y hasta tiene miedo del socorro. Pero el sabio está preparado para todos los ataques, y cuando la pobreza, la pérdida de sus deudos, el desprecio y el dolor le ataquen, no retrocederá; al contrario, avanzará sin temor y combatirá gallardamente en medio de sus desgracias. Muchas cosas nos ligan; muchas nos debilitan; mucho tiempo hemos permanecido en el vicio; difícil es limpiarnos, porque, más que manchados, estamos infectados.

Mas para no pasar de una imagen á otra, preguntaré una cosa que en mí mismo considero muchas veces: ¿Por qué permanecemos con tanta obstinación en el error? En primer lugar, porque no lo rechazamos con energía ni buscamos la verdad con todas nuestras fuerzas. Además, no prestamos bastante fe á las cosas que los sabios han encontrado; no queremos

profundizar tan hermosos conocimientos, contentándonos con pasar ligeramente sobre ellos. Pero ¿cómo podrá fortalecerse contra el vicio aquel que no trabaja en ello más tiempo que el que no ocupa en el vicio? Ninguno de nosotros ha penetrado en su fondo; solamente hemos tocado la superficie, y creemos que es bastante, quizá demasiado, haber concedido algunas horas á la filosofía entre nuestras otras ocupaciones. El mayor obstáculo que encontramos es que, si alguien nos llama varones probos, prudentes y justos, le creemos en seguida y nos complacemos de nosotros mismos. No nos satisface mediana alabanza; todo lo que nos ofrece la adulación más procaz lo recibimos como si lo mereciésemos. Cuando se dice que somos perfectamente buenos y sabios, damos razón á quien lo dice, aunque sabemos muy bien que es falso; y tanto amor nos profesamos, que queremos se nos alabe por cosas completamente contrarias á las que hacemos. Si somos crueles, avaros ó lujuriosos, agrádanos que nos llamen benignos, generosos y castos. De aquí procede que no queremos corregirnos, porque nos creemos muy buenos. Cuando Alejandro recorría la India, arruinando pueblos apenas conocidos de sus vecinos, fué herido de un flechazo al reconocer el lado débil de una plaza que tenía sitiada. No dejó de continuar; pero, como habiéndose estancado la sangre, aumentaba el dolor de la herida, y la pierna, que colgaba del caballo, comenzó á hincharse, tuvo que detenerse y dijo: «Todos dicen que soy hijo de Júpiter; pero esta herida me hace ver claramente que soy hombre.» Hagamos lo mismo, cada cual según su condición. Cuando se nos acerquen aduladores á infatuarnos, digámosles:—Me decís que soy prudente; veo, sin embargo, que deseo muchas cosas que no me son útiles y que podrían perjudicarme si las tuviese;

ignoro aún cuánto debo beber y comer, ni cuál es la fuerza de mi estómago, y sin embargo los animales conocen la fuerza del suyo en cuanto se encuentran saciados.

Pero voy á enseñarte cómo podrás conocer que no eres sabio. Es sabio aquel que, lleno de gozo, tranquilo y seguro, vive como los Dioses. Ahora examínate. Si nunca te domina la tristeza ni te inquietan las esperanzas; si tu alma se encuentra día y noche en el mismo estado, elevada y satisfecha de sí misma, ten por seguro que has llegado al grado más alto de la felicidad humana. Mas si buscas voluptuosidades por todas partes, ten por cierto que estás tan lejos de la sabiduría como del regocijo. Deseas intensamente conseguirlo, pero no creas que puedes llegar á alcanzarlo en compañía de las riquezas: lo buscas entre los honores, es decir, entre los cuidados; y lo que deseas para obtener satisfacción, es la causa ordinaria de todos los disgustos. Todos pretenden el regocijo, pero ninguno sabe de dónde ha de obtener el que es permanente y sólido. Uno cree encontrarlo en el lujo y los festines; otro en la ambición y en la multitud de clientes que le siguen; éste en la amante; aquél en la ostentación de sus conocimientos literarios que de nada curan. Todos estos placeres fugaces y engañosos producen el efecto de la embriaguez, que trueca la alegría de una hora en pesar que dura mucho tiempo; ó bien como el aplauso y favor populares que se conquistan con mucho trabajo y después se pagan con muchos pesares. Considera que es efecto de la sabiduría tener regocijo igual siempre. El espíritu del sabio está lo mismo que el mundo sobre la luna; siempre hace allí buen tiempo. Razón tienes para desear la sabiduría, puesto que el sabio nunca carece de regocijo. Pero este gozo no brota más que

en el alma que está segura de poseer la virtud. Solamente el hombre fuerte, justo y moderado puede poseer la alegría.—¡Cómo! dirás, ¿los necios y malos no se regocijan jamás?—No de otra manera que los leones cuando han encontrado una presa. Cuando se hallan cansados de beber y de desórdenes, cuando han pasado la noche entre el vino, cuando comienzan á devolver los manjares con que rellenaron el estómago, recitan melancólicamente este verso de Virgilio:

Pasamos la noche en falsos' placeres ..

Los lujuriosos pasan la noche en falsos goces, como si fuese la última de su vida. Mas la alegría que acompaña á los Dioses y á los que les imitan, no se interrumpe jamás ni cesa; cesaría si se tomase de otra parte, por cuya razón no es una gracia que procede de nadie ni depende de otro. Lo que no dió la fortuna no puede quitarlo. Adiós.

EPÍSTOLA LX.

DEBE DESPRECIARSE LO QUE DESEA EL VULGO.

Me quejo, grito y me incomodo al ver que deseas aún lo que tu nodriza, tu preceptor y tu madre te deseaban. ¿No comprendes todavía cuánto mal te desearon? ¡Oh, cuán perjudiciales nos son los votos de los nuestros! y tanto más, cuanto mayor ha sido el éxito. Ya no me admira que todos los males nos sigan desde la infancia; crecemos entre las imprecaciones de nuestros padres. ¡Plegue á los Dioses recibir de nosotros algún día culto desinteresado! ¿Les pediremos siempre algo como si nouviésemos con qué ali-

mentarnos? ¿Tendremos siempre los campos llenos de nuestros trigos y pueblos enteros ocupados en recolectarlos? ¿Veránse siempre numerosas naves cargadas de grano venir de diferentes mares para la provisión de una sola mesa? Aliméntase un toro en un prado pequeño; un bosque basta para muchos elefantes, y se necesita la tierra y el mar para alimentar á un solo hombre. ¡Cómo! ¿al darnos la naturaleza un cuerpo tan pequeño, nos ha dotado de estómago tan insaciable que sobrepuje la avidez de los animales más grandes y más glotones? ¿De ninguna manera! ¿Qué crees que necesita la naturaleza? Con muy poco se contenta. No es el hambre la que nos obliga á tanto gasto, sino la ambición. Por esta razón, como dice Salustio, debe colocarse en el número de las bestias y no en el de los hombres á aquellos que son esclavos de su vientre; y á algunos ni siquiera en el número de las bestias, sino en el de los muertos. Vive el que se ocupa de muchas cosas; vive el que usa de la vida; pero los que se ocultan y se entregan á la ociosidad, puede decirse que están en su casa como en la tumba. En la fachada puede ponerse en mármol esta inscripción: «Se adelantaron á su muerte.» Adiós.

EPÍSTOLA LXI.

ESTÁ PREPARADO PARA LA MUERTE.

No deseamos ya lo que en otro tiempo deseábamos. Por mi parte, procuro no apetecer ahora que soy viejo lo que deseaba cuando era joven. En esto empleo los días y las noches; mi trabajo y mi pensamiento se dirigen á poner fin á mis desórdenes pasados. Procuro

que un solo día me sirva de toda la vida. No lo considero, á fe mía, como el último, pero lo contemplo como si pudiera serlo. Mi disposición de ánimo al escribirte esta carta es como si la muerte hubiese de llamarme mientras estoy escribiendo. Dispuesto estoy, y gozo de la vida precisamente porque no me cuido de abandonarla. Antes de ser viejo pensaba en vivir bien; ahora que lo soy pienso en morir bien, y morir bien es morir sin pesar. Cuida de no hacer nunca nada en contra de tu voluntad; porque lo que ha de ser ocurrirá infaliblemente, y la necesidad se hace sentir al que resiste, no al que consiente. Por esta razón digo que sometiéndose voluntariamente á lo mandado, se evita lo más rudo que hay en la obediencia, que es hacer lo que no se quiere. El que hace lo que se le manda, no es desgraciado, sino el que lo hace contra su voluntad. Dispongamos, pues, nuestro espíritu á aceptar voluntariamente lo que suceda, y, sobre todo, á que no nos entristezca la idea nuestro fin. Necesario es hacer nuestros preparativos para la muerte antes que para la vida. Provisiones para la vida existen muchas, y esto es lo que excita nuestra avidez, porque nos parece y nos parecerá siempre que nos falta algo. Ni los días ni los años hacen que nos convenzamos de que hemos vivido bastante, sino el espíritu. En cuanto á mí, caro Lucilio, he vivido bastante, y, espero satisfecho la muerte. Adiós.

EPÍSTOLA LXII.

DEL USO DEL TIEMPO.

Faltan á la verdad los que dicen que la multitud de sus ocupaciones les impide estudiar: fingen y abultan negocios, y voluntariamente se ocupan. En cuanto á mí, querido Lucilio, siempre tengo tiempo, y en cualquier parte donde me encuentre siempre soy dueño de mí mismo, porque no me entrego á los negocios, sino que solamente me presto á ellos, y no busco ocasiones de perder el tiempo. En cualquier parte donde me detengo doy pasto á mis pensamientos y agito en mi mente algo provechoso. En compañía de mis amigos no estoy, sin embargo, ausente de mí mismo, ni permanezco con aquellos con quienes me reúne ocasión de tiempo y de negocios, sino que mi espíritu está con algún varón eminente, en cualquier lugar y siglo en que haya vivido. Llevo conmigo á Demetrio, el hombre mejor que ha existido; y abandonando á todos los que van vestidos de púrpura, hablo con éste casi desnudo, y lo admiro. ¿Por qué no he de admirarle? veo que nada le falta. Se puede despreciar todo, pero no se puede tener todo. El camino más corto para poseer riquezas es despreciarlas. Pero nuestro Demetrio vive de tal manera que no solamente parece que desprecia todas las riquezas, sino que las abandona á los demás. Adiós.

EPÍSTOLA LXIII.

NO DEBE LLORARSE INMODERADAMENTE Á LOS AMIGOS.

Estás disgustado por la muerte de tu amigo Flaco, y te aconsejo que no lo estés más de lo razonable. No me atrevo á exigirte que no lo estés nada, aunque sé bien que esto es lo mejor. Pero ¿quién es capaz de tal firmeza sino aquel que se ha hecho superior á los reveses de la fortuna? Afectaríale sin duda la desgracia, pero en esto quedaría todo. En cuanto á nosotros, podemos excusar nuestras lágrimas, con tal de que no sean excesivas y de que procuremos contenerlas; porque no es decoroso tener los ojos secos, ni tampoco llorar demasiado. Bueno es verter algunas lágrimas, pero no deshacerse en llanto. No creas que soy severo contigo, cuando el primero de los poetas griegos no permite llorar á un amigo más de un día, habiendo dicho que Níobe cuidó de comer. ¿Quiéres saber de qué proceden esas lamentaciones y llantos inmoderados? De que queremos demostrar con lágrimas el pesar que tenemos y manifestar más dolor del que sentimos en nuestro pecho. ¡Oh! ¡pobre necesidad! ¡Cree honrarse mostrando aflicción! — ¡Cómo! dirás, ¿he de olvidar en el acto á mi amigo?—El recuerdo que conservarás de él no será largo si no dura más que tu dolor. Porque por disgustado que te encuentres, cosa cierta es que el más pequeño motivo que por casualidad se presente es capaz de moverte á risa. Para esto no es necesario el trascurso del tiempo que mitiga todas las penas y seca las fuentes más fecundas de lágrimas. Cesa solamente de persistir en esa

actitud, y en el acto desaparecerá ese fantasma de tristeza. Ahora custodias tu dolor, que no dejará de mitigarse por grande que sea tu cuidado y que terminará tanto más pronto cuanto más violento sea. Hagamos de manera que nos sea agradable siempre el recuerdo de los amigos que hayamos perdido. No se piensa voluntariamente en un asunto que produce sentimiento; pero si es imposible recordar sin pesar el nombre de aquellos á quienes amamos en vida, hagamos que este pesar no esté exento de placer. Nuestro Attalo decía en otro tiempo: «El recuerdo que tenemos de nuestros amigos después de su muerte, nos agrada sobre poco más ó menos como ciertas manzanas agridulces ó como el sabor amargoso en el vino demasiado viejo; cuando pasa algún tiempo, la amargura se disipa y el placer queda puro.» Si hemos de creerle: «Es saborear miel y ácido pensar que nuestros amigos están sanos é incólumes, pero el recuerdo de los que han muerto no produce satisfacción que no esté mezclada de acritud. Y, ¿podrá decirse que las cosas agrias no son buenas para el estómago?» Por mi parte, no pienso como él. El recuerdo de los amigos que he perdido me es siempre agradable y dulce; porque los he tenido sabiendo bien que había de perderlos, y los he perdido como si los tuviese aún.

Obra en esta ocasión, querido Lucilio, como conviene á tu buen juicio; no interpretes mal el tributo que rindes á la naturaleza. Te lo quitó, pero también te lo dió. Deberíamos gozar con avidez de nuestros amigos porque ignoramos cuándo hemos de perderlos. Pensemos cuántas veces les hemos dejado con ocasión de viajes, cuántos días hemos pasado sin verlos viviendo en el mismo sitio que ellos, y veremos que hemos perdido más tiempo fuera de su compañía.

mientras vivieron, que perderemos ahora que han muerto. ¿Podrás soportar á los que lloran amargamente la muerte de sus amigos después de haberlos descuidado durante su vida, ni les aman hasta que los pierden? Por esta razón lanzan sollozos temiendo se dude de su cariño, del que cuidan muy tarde de dar señales. Además, si tenemos otros amigos, les ofendemos manifestando que no valen bastante para consolarnos del que nos arrebató la muerte. Si no los tenemos, más debemos quejarnos de nosotros mismos que de la fortuna, porque ella nos ha quitado un amigo solo, y nosotros no hemos cuidado de adquirir otros. Por otra parte, puede creerse que el que amó á uno solo, no ha amado á ninguno. Aquel que viéndose despojado de su ropa prefiriese quejarse á buscar algo con que cubrirse los hombros y preservarse del frío, ¿no te parecería necio en alto grado? Ha muerto el que amabas; busca otro á quien puedas amar, porque mejor es reemplazar á un amigo, que llorarlo eternamente. Bien sé que lo que voy á decir es cosa vulgar; no dejaré sin embargo de decirlo, aunque todo el mundo lo haya dicho. El tiempo extingue el dolor que no pudo curar la razón. Sin embargo, indigno sería de un hombre prudente terminar el dolor por haberse cansado de él. Te aconsejo que abandones el pesar antes de que él te abandone, y dejes de hacer lo que no podrías prolongar mucho tiempo aunque quisieses. Los antiguos concedían á la mujer un año para llorar, no para que llorasen tanto tiempo, sino por temor de que llorasen más. Para los hombres no existe término, porque no lo hay honroso para ellos. Entre todas esas mujercillas á las que no, podía retirarse de la ardiente pira ni separar del cadáver de su marido, ¿podrás presentarme una sola cuyas lágrimas durasen un mes entero?

Créeme; nada hay que canse tan pronto como la tristeza. Verdad es que cuando es reciente se procura consolarla, pero se ridiculiza la que es demasiado larga; y esto no sin razón, porque ó es fingida ó irracional.

Estas cosas te escribo yo que he llorado con tanto exceso á mi querido amigo Annæo Sereno, y que, con mucho pesar mío, me colocan entre los que han sido dominados por el dolor. Ahora condeno mi equivocación, en vista de que procedía de que nunca había pensado que pudiese morir antes que yo. Consideraba solamente que era joven y mucho menor que yo, como si la muerte observase algún orden para llevarnos á la tumba. Recordemos, pues, que nosotros y nuestros amigos somos mortales. Entonces debí decir:—Más joven que yo es Sereno, pero ¿qué importa? Puede morir antes que yo, aunque debe morir después.—Por no haber hecho esta reflexión la fortuna me abatió de pronto, encontrándome desprevenido. Ahora considero que todas las cosas están sujetas á la muerte, sin distinción de edad ni tiempo; todo lo que puede acontecer alguna vez, puede acontecer hoy. Pensemos, caro Lucilio, que iremos muy pronto á donde nos quejamos de que haya ido nuestro amigo, y tal vez (si lo que nos dicen los sabios es cierto y existe algún lugar donde se nos reciba) el que creemos perdido no ha hecho más que precedernos. Adiós.

EPÍSTOLA LXIV.

ALABANZA Á Q. SEXTIO Y Á LOS SABIOS ANTIGUOS.

Ayer estuviste con nosotros. Podrías quejarte si solamente ayer hubieses estado; esto me ha hecho decir con nosotros, porque conmigo lo estás siempre. Vinieron algunos amigos que aumentaron el humo de mi cocina, no como las de los glotones, que asustan á los vigilantes nocturnos, pero lo bastante, sin embargo, para dar á conocer que habían llegado huéspedes. Tuvimos diferentes conversaciones, como ocurre entre los que comen juntos, que pasan de un asunto á otro sin agotar jamás ninguno. Al fin leímos el libro de Q. Sextio padre, varón notable, si has de creerme, y de la escuela estoica, aunque no completamente conforme con ella. ¡Oh Dioses, qué vigor, qué fuerza y energía! No encontrarás esto en todos los filósofos, cuyos escritos solamente tienen de grande el nombre, siendo todo lo demás débil y lánguido. Enseñan, discuten y disputan, pero no inspiran valor, porque carecen de él. Cuando leas á Sextio, dirás sin duda:—Es animado, vigoroso, libre y superior al hombre; me despide siempre lleno de profunda confianza.—Por mi parte, te aseguro que en cualquier disposición que me encuentre cuando le leo, desafiaría voluntariamente todos los reveses, y exclamaría. ¿Por qué cesas, Fortuna? ¡acométeme! En una palabra, me identifico con aquel que el poeta presenta buscando ocasión de experimentarse y mostrar su valor: «Quisiera encontrar espumoso jabalí, ó que bajase del monte terrible león.» De la misma manera

quisiera encontrar yo algún obstáculo para dominarlo, ó cualquiera otra contrariedad para ejercitar mi paciencia: porque Sextio tiene además de bueno que te muestra la grandeza del soberano bien, sin quitarte la esperanza de llegar á conseguirlo. Te hace ver que está en punto muy elevado, pero que no es inaccesible á los que quieren encaminarse á él. De esta manera excita á la vez la virtud, admiración por su belleza y esperanza de conseguirla. Ciertamente concedo mucho tiempo á la contemplación de la sabiduría, considerándola casi lo mismo que al mundo, al que diariamente contemplo como si acabase de entrar en él.

Reverencio los inventos de la sabiduría y á los que los han descubierto, y los uso como herencia común; es trabajo hecho para mí, es un bien que me pertenece. Pero imitemos al buen padre de familia; aumentemos la herencia que se nos ha dejado, con objeto de que el patrimonio sea mayor en manos de nuestros sucesores. Mucho trabajo queda aún, y mucho quedará siempre. Los que vengan después de mil siglos podran aumentarlo todavía; y aunque los antiguos lo hubiesen descubierto todo, siempre es en cierto modo nuevo saber usar y aplicar lo que los otros descubrieron. Supón que nos han dejado remedios para curar los ojos; no es necesario que vaya yo á buscar otros, pero es indispensable saber aplicarlos, según la naturaleza del mal y la oportunidad del momento: el uno mitiga el escozor; el otro calma la inflamación de los párpados; aquél destierra la fluxión; éste fortalece la vista: necesario es que prepares estos remedios, que regules la dosis y que la apliques con oportunidad. Pero nosotros hemos de investigar cuándo y cómo hemos de aplicarlos. Los que nos precedieron hicieron mucho, pero no terminaron. Debe-

mos, sin embargo, admirarlos y reverenciarlos como Dioses. ¿Por qué no hemos de guardar los retratos de aquellos grandes hombres y honrar el día de su nacimiento con objeto de excitarnos á la virtud? No les nombremos jamás sin elogiarlos, porque el respeto que debo á mis preceptores lo debo también á estos maestros del género humano que nos descubrieron las fuentes de tan grandes cosas. Si encuentro un pretor, un cónsul, ¿no le tributaré los honores debidos á su rango? ¿no me bajaré del caballo, no me descubriré la cabeza, no me separaré del camino? ¡Cómo! Cuando los dos Catones, el sabio Lelio, Sócrates, Platón, Zenón y Cleantho se presenten á mi espíritu, ¿les recibiré sin tributarles particular reverencia? Por mi parte, les reverencio extraordinariamente, y ante tan grandes nombres me levanto siempre. Adiós.

EPÍSTOLA LXV.

OPINIONES DE PLATÓN, ARISTÓTELES Y LOS ESTOICOS ACERCA DE LA CAUSA.—ESTAS MEDITACIONES LEVANTAN EL ESPÍRITU Á LAS COSAS SUBLIMES.

Ayer compartí el día con mi enfermedad, que se apropió la mañana dejándome la tarde, en la que comencé á ensayar en la lectura las fuerzas de mi espíritu, y viendo que la recibía bien, le permití algo más, y me puse á escribir con más atención ciertamente que cuando trabajo en alguna materia difícil y no quiero quedar vencido. Pero llegaron algunos amigos que me obligaron á abandonarlo todo, reprendiéndome como á un enfermo que hubiese cometido algún exceso. De manera que, en vez de escribir, tuve que al-

ternar en la conversación que entablamos en seguida. De ésta, solamente te comunicaré la que se refiere á la discusión que traemos, de la que te nombramos árbitro, y en la que tal vez encontrarás más dificultades de las que presumes. Las opiniones son tres.

Nuestros estoicos, como sabes, dicen que «existen dos cosas en la naturaleza, de las que todo procede, á saber: causa y materia.» La materia es inerte siempre y está preparada para todo, quedando inútil si nadie la mueve. La causa, esto es, la inteligencia, da forma á la materia y la mueve como quiere, realizando diferentes obras. Debe existir, por consiguiente, de qué hacer las cosas y quien las haga; esto es la causa, aquello la materia. Todo arte es imitación de la naturaleza, y por esta razón lo que he dicho de sus obras en general, puede aplicarse á lo que los hombres hacen en particular. En una estatua, por ejemplo, tenemos la materia dispuesta á recibir la forma que le da el artífice y el artífice que dió forma á esta materia. Así, pues, en una estatua el bronce es la materia, el artífice es la causa. Lo mismo sucede en todas las cosas: están compuestas de lo que se hacen y del que las hace. Los estoicos no admiten más que una causa, el que hace. Aristóteles cree que la causa puede considerarse de tres maneras. La primera causa, dice, es la materia, sin la cual nada puede hacerse; la segunda, es el artífice; la tercera, la forma que se da á la obra como á la estatua; esto es lo que él llama *idos*. Existe además, dice, la cuarta, que se une con las otras, y es el propósito de toda la obra. Explicaré esto. El bronce es la primera causa de la estatua, que nunca hubiese existido si antes no existiera de qué cincelarla ó fundirla. La segunda causa es el artífice, porque el bronce nunca hubiese sido modelado y convertido en estatua si manos hábiles no lo tra-

bajaran. La tercera causa es la forma, porque esta estatua no se llamaría Doryphoros ó Diadumenos, si no se le hubiese dado uno de estos semblantes. La cuarta causa es el propósito que se tuvo al hacerla, porque sin él no se hubiese hecho la estatua. Pero ¿qué es este propósito? Lo que impulsó al artífice para hacerla; el dinero, si trabajó para venderla; la gloria, si trabajó por su fama; la religión, si pensó donarla para adornar algún templo: es, pues, una causa por la que se hizo una cosa. Porque ¿no crees que debe contarse entre las causas de una obra aquella sin la cual la obra no se hubiese hecho? A todas estas causas, Platón añade la quinta, que llama idea; y es el modelo que sirve al artífice para hacer lo que pensaba hacer. Poco importa que este modelo esté en el exterior para contemplarlo, ó en el interior para reflexionar sobre la imaginación que ha concebido. Dios contiene en sí todos estos modelos con el número y la manera de todas las cosas que ha de hacer. Lleno está de todas esas figuras que el mismo Platón llama ideas inmortales, inmutables, infatigables. Así es que los hombres perecen; pero la humanidad, que es el modelo por que están formados, subsiste y nada padece, mientras que los hombres en particular enferman y terminan en la muerte. Existen, pues, cinco causas en opinión de Platón: de qué, por quién, cómo, sobre qué y por qué; en fin, lo que proviene de todas estas causas. Como en la estatua de que hablábamos, de qué, es el bronce; por quién, es el artífice; cómo, es la forma que se le da; sobre qué, es el modelo que imita el artífice; por qué, es la intención del artífice; lo que proviene de todo esto, es la estatua. El mundo, según Platón, tiene todas estas causas: Dios es el artífice; de qué está hecho, la materia; la forma es el orden y disposición que la

dió; el modelo es el entendimiento de Dios, sobre el que hizo esta grande obra; la causa por qué la hizo, su bondad. Es bueno, y todo lo ha hecho bueno; porque el que es bueno no tiene repugnancia á lo bueno; por esta razón lo hizo lo mejor que pudo.

Ahora sentencia como juez, y decide quién te parece ha dicho cosas más verosímiles, no ciertas, porque éstas son tan superiores á nosotros como la verdad misma. Diré, sin embargo, que esta multitud de causas que introducen Platón y Aristóteles comprenden demasiado ó muy poco; porque si toman por causas de lo que se ha hecho las cosas sin las cuales no se hubiese hecho, dijeron muy poco; debían contar también el tiempo, puesto que nada puede hacerse sin él. Debían añadir el espacio, puesto que no puede hacerse una cosa sin espacio donde colocarla. Pudieron añadir movimiento, porque nada se hace sin él, nada se destruye, ningún arte puede ejercerse, ninguna mutación puede realizarse. Pero nosotros buscamos ahora una causa primera y general, que debe ser simple, puesto que simple es la materia. Preguntamos qué causa es esta; una inteligencia que obra; las que acabo de enumerar no son propiamente causas, sino que dependen de una, á saber, de la que obra. ¿Dices que la forma es una causa? el artífice es quien la da á la obra de la cual es parte y no causa. El modelo no es tampoco causa sino instrumento necesario á la causa, como el cincel y la lima son necesarios al artífice, porque sin ellos nada podría realizar el arte, y sin embargo no son partes ó causas del arte. El propósito del artífice, dicen, es una causa; si es causa, no lo es eficiente, sino solamente accesorio. Ahora bien; todas estas causas son innumerables y nosotros buscamos una que sea general. Cuando dicen que el mundo y toda esta perfecta obra que

vemos es esta causa, olvidan su ordinaria sutileza, porque hay mucha diferencia entre la obra y la causa de la obra.

En fin, da tu opinión ó (lo que es más fácil en estas materias) di que no ves bastante claro aún y mándanos volver.—Pero me dirás, ¿qué placer tienes en perder el tiempo en cuestiones que no podrían curarte del más pequeño defecto?—Pienso primeramente en lo que podría producir la tranquilidad de mi alma, y después de examinarme bien, contemplo este grande universo. No creas que este tiempo es perdido, porque estas meditaciones, con tal de que no se dividan y reduzcan á cuestiones frívolas, elevan y satisfacen al espíritu, el cual, sintiéndose oprimido por la materia, anhela remontarse y volver al punto de su origen. El cuerpo le es un suplicio y un peso que le mantiene sujeto, si la filosofía no acude á auxiliarle descubriéndole los secretos de la naturaleza y haciéndole remontar de la tierra á las cosas divinas. De esta manera recobra libertad, y escapando de su guarda, va á recrearse á los cielos. De la misma manera que los artífices, después de trabajar largo tiempo en una obra delicada en paraje oscuro, van á pasear en plena luz en una plaza pública, con objeto de regocijar su fatigada vista; así el espíritu que está encerrado en esta oscura y triste prisión, remonta el vuelo cuando puede, y va á descansar en la contemplación de las cosas de la naturaleza. El sabio y el que aspira á la sabiduría, aunque esté sujeto á su cuerpo, no deja de desprenderse algunas veces por la parte mejor y remontar á lo sublime sus pensamientos; cree, como obligado por juramento, que el tiempo que habita aquí bajo se le concede de gracia, y sin tener amor ni repugnancia á la vida, se acomoda á las cosas de la tierra, aunque sabe que se le

reservan otras mejores en otra parte. ¿Me prohibes contemplar lo que hay en el universo, y separándome del gran conjunto encerrarme en la parte que habito? ¿No podré investigar cuáles son los principios de todas las cosas? ¿quién las ha formado? ¿quién ha separado y puesto en orden lo que antes estaba confundido en materia bruta é inerte? ¿No habré de investigar quién es el arquitecto del universo? ¿Cómo tan vasta extensión se encuentra tan bien ordenada? ¿Quién ha reunido lo que estaba disperso y distinguido lo que estaba mezclado? ¿Quién ha dado figuras diferentes á las cosas que estaban ocultas bajo la deformidad de la materia? ¿De dónde procede esta inmensa luz, si del fuego ó de algo más brillante que el fuego? ¿No he de investigar estas cosas? ¿no he de averiguar á dónde iré á parar? ¿si habré de ver una sola vez ó muchas veces todo esto? ¿á donde iré desde aquí? ¿á dónde será recibida el alma al quedar libre de la servidumbre del cuerpo? ¿Quieres impedirme que me remonte al cielo? es decir ¿quieres obligarme á vivir con la cabeza inclinada á la tierra? Soy grande, á muy grandes cosas estoy destinado para hacerme esclavo de mi cuerpo, y no lo considero más que como una prisión que me encierra. Por esta razón lo presento á la fortuna para detener sus golpes, y no dejó pasar ni uno solo contra mí en quien no hay otra cosa susceptible de injuria más que este miserable domicilio; el alma que lo habita es libre. Nunca me someterá esta carne al temor ni al disimulo indigno del hombre. Jamás pronunciaré una mentira en favor suyo; romperé nuestra sociedad cuando me parezca oportuno, y á pesar de que estamos unidos nunca habrá igualdad entre nosotros, y toda la autoridad será del alma. El desprecio del cuerpo es la verdadera libertad. Mas, volviendo á nuestro asunto,

lo que más sirve á esta libertad es la contemplación de que ha poco hablaba, esto es, que todo está compuesto de Dios y de la materia; que Dios gobierna todos los seres que están repartidos en derredor suyo y le siguen como á señor y guía. Ahora bien; Dios, que obra sobre la materia, es más poderoso que la materia que recibe la acción de Dios. El rango que Dios tiene en el mundo, debe tener el alma en el cuerpo; la materia es para Dios lo que el cuerpo es para el hombre. Necesario es, pues, que el inferior obedezca al superior; que nos mantengamos firmes contra los reveses; que no temamos las injurias, las violencias, la prisión ni la pobreza. La muerte no es otra cosa que el fin ó el tránsito. No temo dejar de ser, porque es igual á si nunca hubiese sido; ni tampoco pasar, porque nunca estaré alojado en mansión tan estrecha. Adiós.

EPÍSTOLA LXVI.

TODOS LOS BIENES SON IGUALES; TODAS LAS VIRTUDES
SON IGUALES.

Después de muchos años he visto á mi condiscípulo Clarano: creo que no necesitarás que añada que es viejo, pero conserva aún espíritu sano y vigoroso que lucha contra las enfermedades de su cuerpo. No hizo bien la naturaleza en alojar tan mal espíritu tan bello, á no ser que lo hiciese para demostrarnos que ingenio fuerte y plácido puede estar rodeado de defectuosa caja. Ha dominado sin embargo todos los obstáculos, y por el desprecio que tiene de sí mismo ha aprendido á despreciar todas las cosas.

Creo que se engañó el que dijo: «La belleza hace siempre más amable la virtud»; porque ésta no necesita adorno, teniendo en sí misma su mejor ornamento, consagrando, por decirlo así, su cuerpo. Cuando comencé á contemplar á nuestro Clarano, me pareció hermoso y tan recto de cuerpo como de espíritu. Un grande hombre puede salir de una mala casa, y una grande alma puede encontrarse en cuerpo pequeño y deforme; lo que me hace creer que la naturaleza produce tales personas, para demostrar que la virtud puede brotar en todas partes. Si le hubiese sido posible producir las almas completamente desnudas, así lo habría hecho sin duda; pero ha hecho mucho más, porque ha puesto en el mundo á muchos impedidos por sus cuerpos, pero que no por ello dejan de obrar. Parece que Clarano ha sido formado expresamente para hacernos comprender que no padece el alma por la deformidad del cuerpo, sino que el cuerpo recibe esplendor de la belleza del alma.

Aunque hemos pasado muy pocos días juntos, hemos tenido sin embargo muchas conversaciones, que pondré por escrito y te remitire después. El primer día discutimos cómo pueden ser iguales los bienes siendo triple su condición. Pretenden algunos, como nuestros filósofos que los hay de primer orden, como la alegría, la paz y la salud de la patria: otros de segundo orden, unidos á algo desagradable, como la paciencia en los tormentos, la resignación en dolorosa enfermedad. Deseamos absolutamente aquéllos, pero no pedimos estos más que en ocasiones y cuando los necesitamos. Existen además bienes de tercer orden, como porte modesto y ordenado, aspecto de honradez, actitudes y modales de hombre juicioso. ¿Cómo pueden ser iguales estas cosas cuando deseamos las unas y tememos las otras? Para distinguirlas, nece-

sario es referirlas al primer bien, y considerar lo que es. Este consistió en un alma que sólo atiende á la verdad, que sabe lo que se debe querer y lo que se debe evitar; que estima las cosas según su valor y no según su reputación; que contemplando todo el universo considera atentamente todo lo que pasa en él; que vela sobre sus pensamientos y sobre sus acciones, igualmente fuerte y grande, invencible al dolor y al placer, igual en la adversa y favorable fortuna; que es superior á todos los reveses; en la que la belleza está acompañada de la gracia y la salud del vigor; firme, valerosa, que no se abate ante la violencia, que ni se levanta ni se baja por nada que ocurra. Así es la virtud; tal es su semblante si la contemplas de una sola mirada cuando se muestra desnuda. Pero existen muchas especies que se extienden á todos los estados y acciones de la vida, sin que por esto sea más grande ó más pequeña. El sumo bien no puede decrecer, ni marchar hacia atrás la virtud; pero tiene diferentes cualidades según la naturaleza de las acciones que ejerce; imprime su aspecto y su carácter á todo lo que toca; levanta las acciones y las amistades particulares; honra las familias enteras cuando es habitual en ellas; todo lo que toca se hace amable, brillante y maravilloso. Por esta razón su fuerza y grandeza no pueden remontar más, puesto que la extrema grandeza es incapaz de aumento. Así es que no encontrarás nada que sea más recto que lo recto, ni nada más templado que lo templado.

Toda virtud tiene modo y medida. La constancia no puede progresar más, como tampoco la verdad, la confianza y la buena fe. ¿Qué podría añadirse á lo que es perfecto? Nada, ó no era perfecto. Lo mismo sucede en la virtud, á la que necesariamente faltaría algo si algo se le pudiese añadir. Lo honesto no puede reci-

bir aumento, porque es el término y fin de cuanto acabo de decir. ¿No está en la misma línea lo decoroso, justo y legítimo? Todo esto está encerrado en ciertos límites que no pueden ensancharse. Señal de imperfección es ser susceptible de aumento; el bien, de cualquier clase que sea, se reduce siempre á iguales terminos. El bien público y el particular están entrelazados, y no pueden separarse, á fe mía, como es inseparable lo honesto y deseable. Las virtudes son, pues, tan parecidas entre sí, como sus acciones y los hombres que las producen. Las virtudes de las plantas y animales, que son mortales, frágiles, inciertas y caducas, en tanto se elevan y en tanto descienden, por lo que no pueden estimarse en el mismo precio. Pero una sola regla mide las virtudes humanas, porque solamente existe una razón que sea recta y sencilla. Nada hay más divino que lo divino, ni más celestial que lo celestial. Las cosas humanas suben, bajan, aumentan, disminuyen, se llenan, se vacían, y estos cambios producen la desigualdad que se ve en ellas. Las cosas divinas tienen igual condición y naturaleza. Ahora bien; esta razón de que hablo no es otra cosa que una porción de la divinidad encerrada en el cuerpo humano. Si la razón es divina, y nada hay bueno sin la razón, preciso es que lo bueno sea divino: es así que no hay diferencia entre las cosas divinas, luego tampoco entre las buenas. Así ves que la alegría y fortaleza en los tormentos son dos virtudes iguales, porque en la una y en la otra se encuentra la misma grandeza de alma, tranquila y remisa en ésta, rígida y obstinada en aquélla. ¿Cómo no crees que sea igual el valor en el que ataca atrevidamente una plaza, y en el que la defiende con intrepidez y constancia? Si Scipión es glorioso por haber cercado á Numancia y haberla estrechado tanto que obligó á

los sitiados, á quienes no pudo vencer, á darse muerte ellos mismos, los Numantinos lo son también, que sabiendo perfectamente que nada hay cerrado cuando queda abierto el paso de la muerte, espiraron abrazados á la libertad. De la misma manera son iguales todas las demás, como la tranquilidad, la sinceridad, la libertad, la constancia, la paciencia, la perseverancia, porque una sola virtud les sirve de apoyo y mantiene el ánimo recto é invariable.

¡Cómo! ¿no hay diferencia entre la alegría y la paciencia invencible en los dolores?—No, en cuanto á la virtud; pero sí mucha en cuanto al asunto en que la una y la otra se emplean; porque de una parte se ve la recreación del espíritu, que es natural, y de la otra el dolor, que es contrario á la naturaleza. Muy diferentes, en verdad, son estos medios, pero la virtud es igual; no cambia con la materia; lo que es difícil y desagradable no la hace menor, como tampoco la hace mejor lo que es agradable y alegre; necesario es, pues, que estos dos bienes sean iguales. Dos sabios se comportarían igualmente el uno en la alegría, el otro en el sufrimiento. Dos cosas que no pueden ser mejores son iguales. Si lo que es extraño á la virtud pudiese aumentarla ó disminuirla, no podría ser buena y honesta á la vez una misma cosa, y establecido esto, no podría haber nada honesto en el mundo. ¿Por qué? Lo diré: porque nada es honesto cuando se hace por coacción, contra la propia voluntad. Todo lo honesto es voluntario; hazlo con pereza, repugnancia, irresolución y temor, y la acción pierde en seguida su parte mejor, que es realizarla con placer. Lo que no es libre no es honesto. El que teme no es libre. Todo lo honesto es seguro y tranquilo. Si alguien rehusa una cosa, si se queja, si se encuentra algún mal en ella, en seguida penetran

en el alma turbación y discordia; la apariencia de justicia la solicita de una parte, el temor del mal la repele de la otra. Por esta razón, el que quiere hacer algo virtuoso, si encuentra obstáculos no debe considerarlos como males, sino solamente como incomodidades. Lo honesto no es nunca impuesto ni obligado; es puro y sin mezcla alguna de mal.

Sé que se me podrá decir en este punto: Intentas persuadirme de que es igual regocijarse ó sufrir la tortura y cansar la crueldad de los verdugos. Podría contestar: Epicuro dice que el sabio, si fuese quemado en el toro de Phalaris, exclamaría: «El tormento es dulce: no llega hasta mí.» ¿Os extrañará que diga que es igual sentarse á la mesa del festín ó estar de pie en la indigencia, cuando se sufre con valor, en vista de que Epicuro dice, lo que es más increíble, que es dulce ser atormentado? Pero yo digo que existe mucha diferencia entre la alegría y el dolor. Si se me concede la elección, cierto es que aceptaré la una y rechazaré el otro; aquélla es conforme con la naturaleza; éste contrario. Cuando se les considera de este modo, vese ~~la~~ gran distancia que los separa; pero cuando se les relaciona con la virtud son iguales, y tanto da caminar por parajes deliciosos como áridos y agrestes. Ningún valor tienen el dolor, los reveses, ni género alguno de aflicciones, porque la virtud los domina y disipa con su grandeza, como la claridad del sol ofusca las luces pequeñas; y las incomodidades, cuando se encuentran con la virtud, desaparecen como la lluvia que cae en el mar.

Para que te convenzas de que así és, necesario es que creas que el varón bueno marchará siempre apresuradamente hacia todo lo que es honesto, y perseverará en su designio aunque traten de detenerlo verdugos, llamas y tormentos, considerando antes lo

que debe hacer que lo que haya de sufrir, abrazando la cosa honesta como abrazaría al varón honrado, y contemplándola como provechosa, segura y favorable. La cosa honesta, aunque triste y desagradable, tendrá para él el mismo lugar que el hombre honrado, aunque sea pobre, proscrito y enfermo. Pon de una parte un varón bueno, colmado de riquezas, y de otra un hombre que carezca de todos los bienes exteriores, pero que posea todas las cosas en sí, y verás que los dos son igualmente buenos, aunque su fortuna sea tan desigual. Necesario es, como ya he dicho, juzgar de las cosas como de los hombres. La virtud es igualmente laudable en un cuerpo vigoroso y libre que en otro enfermo y cautivo. Sin embargo, tu virtud no merecerá más honor si la fortuna te ha conservado el cuerpo íntegro, que si te encuentras estropeado de algún miembro; otra cosa sería apreciar al señor por el traje de su criado; porque todas las cosas que están sometidas al poder del azar, son serviles, caducas y perecederas, como el dinero, el cuerpo y los honores. Por el contrario, las obras de la virtud son libres é inmutables, y no aumenta su valor cuando la fortuna las favorece, ni mengua cuando la desgracia las persigue. Lo que es la amistad para los hombres es el deseo para las cosas. Creo que no amarás más al varón bueno rico que pobre, fuerte y robusto que débil y enfermo. Por la misma razón no debes desear más una cosa agradable y dulce que otra desagradable y laboriosa. No siendo así, de dos hombres igualmente virtuosos, amarás más al que esté limpio y perfumado, que al harapiento y empolvado; avanzarás aún y distinguirás al sano é íntegro de todos sus miembros, con perjuicio del enfermo y estropeado; y tan delicado llegarás á ser, que de dos hombres igualmente justos y prudentes, preferirás el que lleve el

pelo bien rizado y peinado al que tenga la cabeza calva. Cuando es igual la virtud entre dos hombres, no debe considerarse ya lo que sea desigual entre ellos: lo principal es ella; lo demás es accesorio. ¿Qué padre sería tan injusto que amase más al hijo bien constituido que al valetudinario, al de elevada estatura que al de cuerpo pequeño? Las fieras no distinguen entre sus cachorros, alimentándoles de la misma manera, y lo mismo hacen las aves. Con igual apresuramiento se retiró Ulises á las rocas de Ithaco, que Agamenón á la famosa ciudad de Micenas: porque nadie ama á su patria porque sea grande, sino porque es su patria.—¿A qué se dirige todo esto?—A que comprendas que la virtud contempla todos sus actos como hijos suyos, y que los ama de la misma manera, aunque algo más los más difíciles; y así como el padre profesa más ternura á aquel hijo cuya enfermedad excita su compasión, así también la virtud, aunque ama igualmente sus obras, tiene especial cuidado con aquellos que ve afligidos y perseguidos.—¿Por qué no es más grande un bien que otro?—Porque no hay nada más apto que lo apto, ni más plano que lo plano; no podrás decir: esto es más igual que aquello; luego tampoco que haya nada más honesto que lo honesto.

Si la naturaleza de todas las virtudes es igual, los tres géneros de bienes son también iguales. Por esta razón digo que es igual gozar con moderación que sufrir con moderación, porque la alegría no es superior á la fortaleza que devora el gemido bajo la tortura. El primero es un bien que excita nuestros deseos; el segundo es un bien que merece nuestra admiración. Sin embargo, los dos son iguales, porque el dolor que se experimenta queda como envuelto en el mayor bien que resulta. El que los considera des-

iguales no quiere considerar la virtud, sino solamente las cosas exteriores. Los bienes verdaderos tienen todos igual peso y medida; los falsos tienen mucho de vanos. De aquí procede que lo que parece á la vista grande y bello, no sea lo mismo cuando se le pesa.

Cierto es, querido Lucilio, que todo lo que recomienda la razón es sólido é inmutable, afirma el ánimo y lo eleva á una altura de que no desciende jamás. Pero lo que aprueba y cree bueno la opinión del vulgo, sólo sirve para hinchar á los que se contentan con poco. Las cosas que el vulgo considera como males, ponen espanto en el ánimo, de la misma manera que la imaginación del peligro agita á las bestias. Sin razón, pues, se dilata ó se estrecha el alma, porque nada hay en todo esto que sea digno de alegría ó de temor. Así, pues, solamente la razón es firme é inmutable en sus sentimientos, porque manda y no obedece á los sentidos. La razón es igual á la razón, como una cosa recta á una cosa recta; luego la virtud es igual á la virtud, porque no es otra cosa que la recta razón. Todas las virtudes son razones; si son razones, son rectas; si son rectas, son iguales. Como es la razón son las acciones; luego todas son iguales, porque siendo iguales á la razón, son iguales entre sí. Entiendo que son iguales entre sí en cuanto son justas y honestas, pudiendo ser, por otra parte, muy diferentes, según la diversidad de la materia, que unas veces será más amplia, otras más restringida; en tanto más importante, en tanto mas común; que atenderá en ocasiones á lo general, y en ocasiones á lo particular. Pero lo que hay de bueno en todo esto es igual, como todos los varones honrados lo son entre sí, no obstante la diferencia de edad; siendo uno más joven, otro más viejo; de cuerpo, siendo uno arrogante, otro deforme; de fortuna, siendo uno rico,

otro pobre; el uno en favor y conocido de grandes y pequeños; el otro humilde y desconocido casi de todos. Sin embargo, son iguales en cuanto los dos son honrados.

Los sentidos no juzgan de los bienes ni de los males, ni conocen lo útil é inútil: no deciden sino sobre la materia presente, y como no penetran en lo porvenir ni reflexionan sobre lo pasado, no prevén los acontecimientos. De esto, sin embargo, depende el orden de las cosas y la uniformidad de la vida que tiende a la perfección. Solamente la razón sabe juzgar de los bienes y de los males: no aprecia las cosas ajenas y externas, y en cuanto á aquellas que no son buenas ni malas, las tiene en muy poco, encerrando todos los bienes en el alma. Existen sin duda bienes principales que se proponen con designio formado, como la victoria, hijos buenos, la salud de la patria: otros subalternos, que solamente se presentan en la adversidad, como soportar con paciencia el destierro ó grave enfermedad: los hay también que ocupan el puesto medio, que no son conformes ni contrarios á la naturaleza, como marchar con modestia, sentarse con gracia; porque no es menos natural estar sentado, que de pie ó marchar. Los primeros y segundos son bienes diferentes, porque está conforme con la naturaleza regocijarse por la buena conducta de los hijos y por la salud de la patria; y contra la naturaleza sufrir los tormentos, soportar la sed sin quejarse cuando abrasa la fiebre.—¡Cómo! ¿existe algún bien contra la naturaleza?—Ninguno; pero el objeto en que este bien se encuentra es algunas veces contrario á la naturaleza. Es sin embargo conforme con la naturaleza conservar la firmeza del alma entre todos los sufrimientos. Y para explicarme en breves palabras, digo que la materia del bien es algunas veces

contra la naturaleza, però el bien jamás lo es, porque va acompañado de la razón, que sigue siempre á la naturaleza. ¿Qué es, pues, la razón? Una imitación de la naturaleza. ¿Cuál es el soberano bien del hombre? Conducirse según la voluntad de la naturaleza.

Me dirás que una paz que nunca fué turbada es más dichosa que la que ha costado mucha sangre; que una salud que nunca se alteró es más ventajosa que la que se ha restablecido á fuerza de medicamentos, después de larga y peligrosa enfermedad: de la misma manera es mayor bien regocijarse que verse reducido á sufrir el filo de los cuchillos y los tormentos del fuego.—De ninguna manera. Las cosas fortuitas tienen muchas diferencias entre sí cuando se las considera por la utilidad de los que las reciben. Los buenos no tienen otro propósito que el de acomodarse á la naturaleza: esto es igual en todos. Cuando se aprueba una proposición presentada en el Senado, no podría decirse: éste la aprueba más que aquél; porque todos la aprueban de la misma manera. Otro tanto digo de las virtudes: todas siguen á la naturaleza. Uno muere joven, otro viejo, alguno en la infancia cuando apenas ha visto la luz. Todos eran igualmente mortales; y aunque la muerte haya permitido que uno avanzase en edad, ha arrebatado los otros dos; al uno en medio de su flor, al otro en el día de su nacimiento. Este muere comiendo, aquél durmiendo, el otro en los brazos de su amante. Opón á todos éstos los que han perecido bajo el hierro, por mordedura de serpientes, por repentinos derrumbamientos ó por largas convulsiones que les hicieron padecer durante mucho tiempo. Convengo en que puede decirse que el fin de los unos es mejor, y peor el de los otros; pero la muerte es igual en todos; viene por diferentes caminos, pero llega al mismo punto. No hay

muerte que sea más grande ni más pequeña. Solamente tiene una medida: la de terminar la vida. Lo mismo digo de todos los bienes. Este consiste en placeres purísimos, aquél en objetos tristes y desagradables. Este hombre ha usado bien de los favores de la fortuna: aquel otro ha sabido domar la violencia y la malicia. Los dos son igualmente buenos, aunque el primero haya marchado por camino llano y el otro haya pasado por encima de rocas y guijarros. Todos los bienes tienen el mismo fin: son buenos, son laudables, siguen la virtud y la razón. La virtud hace igual todo lo que lleva su carácter.

No debe admirarte que profese estas máximas. El mismo Epicuro dice que existen dos especies de bienes que forman el soberano bien: cuerpo sin dolor y alma tranquila. Estos bienes no aumentan jamás, porque están completos. Porque ¿qué podría añadirse á lo que está completo? Si el cuerpo no experimenta dolor, ¿qué puede añadirse á esta carencia de sufrimiento? Si el alma está tranquila y segura, ¿qué puede añadirse á esta tranquilidad? Así como la atmósfera limpia y despejada de toda nube no puede recibir mayor claridad, así también el hombre que cuida de su cuerpo y de su alma, para formar su felicidad, se encuentra en estado perfecto y en el colmo de sus deseos, cuando su alma está tranquila y su cuerpo sin dolor. Si llega alguna satisfacción del exterior, no aumenta su felicidad, sino que, por decirlo así, la sazona, la alegra; porque el bien absoluto que tanto desea la naturaleza se reduce á la paz del cuerpo y del alma. Te daré además otra división de los bienes, según Epicuro, muy parecida á la nuestra. Dice éste que existen bienes á los cuales daría preferencia, como el reposo del cuerpo sin ninguna incomodidad, y la paz del espíritu satisfecho de sus

propios bienes. Existen otros que aprueba y celebra, de los cuales, sin embargo, prescindiría voluntariamente, como la paciencia en los dolores y enfermedades de que hablé antes. Epicuro en el último y más afortunado día de su existencia experimentó dolores violentísimos en la vejiga y en el vientre, que tenía ulcerado, y sin embargo, decía que aquel día le parecía feliz; lo que nadie tiene derecho á decir si no está en posesión del soberano bien. Luego, según Epicuro, existen bienes de los que se prescindiría voluntariamente y que sin embargo es necesario aceptar y comparar con los más grandes cuando la razón lo exige. Así, pues, no puedes negar que lo que puso fin á vida tan dichosa y celebró Epicuro con sus últimas palabras, no sea un bien muy grande.

Permíteme, querido Lucilio, que diga algo más atrevido. Si pudiesen existir unos bienes más grandes que otros, preferiría los tristes y severos á los suaves y delicados. Más honor resulta de dominar las cosas difíciles, que en guiar las favorables. Bien sé que una misma fuerza de espíritu nos hace usar bien de la prosperidad y soportar constantemente la adversidad. El soldado que ha permanecido valerosamente en la trinchera sin que le haya atacado el enemigo, puede ser tan animoso como otro que, después de tener cortados los jarretes, combatió de rodillas y no abandonó las armas. Pero solamente á los que vuelven del combate llenos de sangre, se les dice: ¡Creced constantemente en valor! Yo también aprecio en más los bienes laboriosos que consisten en la acción y que luchan constantemente con la fortuna. ¿No he de preferir la mano de Mucio quemada y mutilada, á la del hombre más animoso sana y entera? Aquél permaneció de pie despreciando el fuego de sus enemigos, y contempló la mano que goteaba sobre las

ascuas, hasta que Porsena, que gozaba en sus padecimientos, envidioso de su gloria, le hizo quitar el fuego á pesar suyo. ¿Por qué no he de colocar este bien en el primer grado, y no he de preferirle á esos otros tranquilos é ignorados de los reveses de la fortuna, con tanta mayor razón, cuanto que es más raro vencer al enemigo con mano abrasada que con armada mano?—¿Cómo! me dirás, ¿desearías un bien como ese?—¿Por qué no? Nadie puede hacer una cosa si no tiene energía para desearla. ¿Haré mejor en dar mis pies á lavar á un sodomita y mis manos á una mujerzuela ó á un eunuco para que los suavice? ¿Por qué no he de considerar mucho más feliz á Mucio que puso su mano en el fuego como si la hubiese presentado á alguno para que se la lavase? Bien reparó el golpe que había errado, porque puso fin á la guerra aunque manco y desarmado, y con aquella mano quemada venció dos reyes. Adiós.

EPÍSTOLA LXVII.

TODO BIEN ES DESEABLE.

Comenzando por lo más vulgar, te diré que ya había entrado la primavera; pero al inclinarse al estío, se enfrió cuando debía calentarse. No se debe confiar aún, porque frecuentemente vuelve el invierno. Para demostrarte que todavía es incierto el tiempo, te diré que no me expongo al aire libre, y que no me preservo tampoco del frío.—Eso es no tener frío ni calor, me dirás.—Así es, en efecto, querido Lucilio; bastante es ya tener el frío propio de mi edad, que apenas puedo deshelar en medio del estío, por lo que

paso acostado la mayor parte del tiempo. Gracias doy á la vejez que de esta manera me ha sujetado al lecho. ¿Por qué no he de agradecersele cuando no puedo ya hacer lo que no debería desear? Me entretengo la mayor parte del tiempo con mis libros; si alguna vez recibo cartas tuyas, me parece que estoy contigo, y cuando te escribo, imagino que respondo á tus palabras. Por esta razón quiero que discutamos la cuestión que me propones, y que juntos examinemos lo que se refiere á ella.

Preguntas si todo bien es deseable. «Si es un bien, dices, sufrir la tortura, el fuego y las enfermedades con paciencia y valor, síguese que estas cosas son deseables. No veo, sin embargo, ninguno que haya cumplido el voto de ser azotado, atormentado por la gota ó estirado en el potro.»—Distingue todas estas cosas, querido Lucilio, y encontrarás en ellas lo que hay de deseable. Por mi parte, mucho me alegraré de escapar á los tormentos; pero si me veo obligado á sufrirlos, desearé portarme como hombre animoso y de valor. Desearía que nunca hubiese guerra; pero si estallase, desearía poder soportar con generosidad los golpes, el hambre y todas las calamidades que acompañan á la guerra. No soy tan loco que desee enfermedades; pero si sobrevienen, desearía no hacer nada por intemperancia ó por molicie. Así, pues, no son las molestias lo que debe desearse, sino la virtud que hace soportar suavemente las molestias. Algunos de los nuestros creen que no se debe rechazar ni desear la paciencia en las adversidades, porque solamente debe ser objeto de nuestros deseos el bien puro y tranquilo. No pienso como ellos. ¿Por qué? En primer lugar, porque es imposible que una cosa sea buena y que no sea deseable. En segundo lugar, si la virtud es deseable y no hay bien sin virtud, síguese

que todo bien es deseable. En fin, si no es deseable la paciencia en los tormentos, preguntaré: ¿no debe desearse la fortaleza? Ahora bien, ésta desprecia y desafía los peligros, que su función más bella y más admirable es no ceder al fuego, resistir las heridas, arrostrar los dardos y hasta presentar el pecho para recibirlos. Si es deseable la fortaleza, también lo es la paciencia en los tormentos, que es una parte de la fortaleza.

Distingue, pues, todo esto, como te digo, y no podrás engañarte. Lo que debe desearse no es sufrir los tormentos, sino sufrirlos con fortaleza. Solamente deseo con energía aquello que es virtud.—¿Quién deseó jamás otra cosa?—Hay deseos limitados, que son los formados por particulares, y otros generales cuando comprenden otros muchos deseos. Por ejemplo, deseo llevar honesta vida; pero la vida honesta consta de muchas acciones diferentes; en ella se encuentra el tonel de Régulo, la herida que Catón desgarró con sus propias manos, el destierro de Rutilio, la envenenada copa de Sócrates que le traslada de la prisión al cielo. Así, pues, cuando he deseado la vida honesta, he deseado al mismo tiempo todas las cosas sin las cuales es imposible á veces vivir sin honor.

..... ¡Oh afortunados aquellos
Que, defendiendo los troyanos muros,
A vista de sus padres perecieron!

¿Qué importa que desees esto á alguno, ó que confíes que es deseable? Decio se sacrificó por la república, y, lanzando su caballo, fué á buscar la muerte en medio de sus enemigos. El hijo en seguida, imitando el valor de su padre, después de pronunciar algunas palabras consagradas á esta acción, familiares ya en su familia, se lanzó contra una falange que tenía enfrente, pensando solamente que aquella muerte era

deseable. Después de esto, ¿podrás dudar que sea cosa excelente morir con gloria realizando alguna acción virtuosa?

El que soporta animosamente los tormentos ejercita todas las virtudes, aunque la paciencia brilla más particularmente. Encuéntrase en primer lugar la fortaleza, de la que solamente son ramas la paciencia, la mansedumbre y tolerancia: existe allí también la prudencia, sin la que no podría tomarse buen consejo, y que persuade á soportar pacientemente lo que no puede evitarse. Vése también la constancia, que por nada se quebranta y que permanece firme en su propósito, á pesar de los esfuerzos de la violencia: en fin, todas las virtudes que son inseparables se encuentran allí: cuanto se hace de honesto, una sola virtud lo hace, pero por consejo de todas. Ahora bien, lo que está aprobado por todas las virtudes, aunque parezca hecho por una sola, es deseable.

¿Cómo! ¿crees que solamente deben desearse aquellas cosas que vienen entre los placeres y el reposo y que se reciben con muestras de regocijo? Ten entendido que hay placeres acompañados de tristeza, y fiestas que se celebran, no con aplausos, sino solamente con veneraciones públicas. ¿No crees que fué esto lo que hizo desear á Régulo el regreso á Cartago? Penetra en los sentimientos de un hombre generoso, y sepárate un poco de las opiniones vulgares; ten la idea que debes tener de virtud tan bella y magnífica, que no debe honrarse presentándola flores, sino derramando sudor y sangre. Contempla á Catón, que lleva sus manos, puras siempre, sobre su venerable pecho, y rasga sus heridas que no le parecen bastante profundas. ¿A cuál de los dos dirás: Te compadezco ó te alabo? Esto me hace recordar á nuestro Demetrio, que dice que una vida tranquila no agitada por la

fortuna es un mar muerto. No tener nada que excite nada que ponga á prueba la firmeza del alma y permanecer en perpetuo ocio, antes es languidez que tranquilidad. Attalo el estoico decía de ordinario: «Prefiero que la fortuna me mantenga en sus campamentos más bien que en las delicias.» Sufro, pero con firmeza. Bien está. Muero, pero con firmeza. Bien está. Escucha á Epicuro, que añade: «Y esto es dulce.» Por mi parte, no emplearé términos tan delicados para expresar una cosa honesta y tan austera. Me quemán, verdad es, pero permanezco invencible. ¿Por qué no hemos de desear no ser quemados, pero sí ser invencibles? Nada existe superior á la virtud, nada más hermoso; bueno y deseable es cuanto se hace por mandato suyo. Adiós.

EPISTOLA LXVIII.

RECOMIENDA EL DESCANSO Y ENSEÑA CÓMO DEBE SER ESTE.

Apruebo tu resolución: escóndete en el descanso, pero esconde el descanso también. Si no puedes hacerlo siguiendo las máximas de los estoicos, puedes al menos conseguirlo siguiendo su ejemplo; pero también podrás siguiendo sus máximas, como te lo demostraré cuando quieras. No empleamos al sabio en el gobierno de toda clase de repúblicas, ni sin descanso ni fin; y cuando le hemos dado una república digna de él, es decir, el mundo, no lo consideramos fuera de ella si descansa. Al contrario, creemos que ha pasado de un rincón pequeño á espacios más dilatados, y que habiéndose elevado al cielo, reconoce que estaba sentado muy bajo, cuando ha subido al

tribunal. Te revelo lo siguiente: nunca se encuentra tan activo el sabio, como cuando se presentan ante él las cosas divinas y humanas.

Vuelvo ahora al consejo que te he dado. Es necesario ocultar tu descanso y que no se diga que te retiras para dedicarte á la filosofía, sino más bien por indisposición ó por cansancio. Necia satisfacción es en verdad gloriarse del ocio. Existen algunos animales que borran sus rastros alrededor de su madriguera por temor de que los encuentren: lo mismo debes hacer, porque no careces de gentes que irán á buscarte y que te seguirán á todas partes. Se pasa por delante de lo que está en público, pero se busca cuidadosamente lo que se oculta; el ladrón apetece más lo que está cerrado y sellado. Parece de poco precio lo que se expone, y de lo abierto no hace caso el malhechor. Así es también el espíritu del pueblo y de todos los ignorantes, que desean penetrar los secretos ajenos. Por esta razón es muy bueno no hacer nada por vanidad. Ahora bien, manera de vanidad es mantenerse demasiado oculto y afectar retraimiento y soledad. Este, dicen, se ha ocultado en Tarento; aquél se ha encerrado en Nápoles; aquel otro no ha cruzado el umbral de su puerta desde muchos años. Convoca á todo el mundo quien hace hablar de su retiro.

Cuando te retires, que no sea para hablar de tí, sino para hablar contigo mismo. Pero ¿qué has de decirte? lo que los hombres dicen con mucho gusto unos de otros. Háblate mal de tí mismo. Acostúmbrate á decir la verdad y á escucharla. Pero fíjate más especialmente en lo que encuentras imperfecto en tí mismo. Cada cual conoce los defectos de su cuerpo: por esta razón unos alivian el estómago por medio del vómito; otros le entretienen comiendo poco y con frecuencia; aquél se purga y alivia con el ayuno. Los que padecen

gota se abstienen del vino y del baño, y descuidando todo lo demás, atienden principalmente al mal que les molesta. También hay en nuestra alma ciertas partes que son como manantiales de imperfecciones, de las que hay que cuidar con mucha atención. ¿Qué haré durante mi descanso? Curar mi llaga. Si tuviese un pie hinchado, una mano contusa y negra, ó bien los nervios de una pierna secos y contraídos, me permitirías retirarme á cualquier punto y cuidar mi mal. Padezco una enfermedad mucho más grande y que no podría mostrarte: es una aglomeración de malos humores y un tumor interior. No quiero que me alabes; no quiero que digas: «¡Oh varón grande, despreció todas las cosas, y después de condenar los errores de la humana vida, huyó!» Solamente me he condenado á mí mismo, y no debes venir á disfrutar de mi conversación. Te engañas si esperas algún auxilio de aquí. En este sitio no habita un médico, sino un enfermo. Prefiero que digas cuando hayas salido: Creía que este hombre era dichoso y sabio; abría los oídos, pero me he engañado. Nada he visto ni oído que me agradase; nada que me haya producido deseo de volver. Si esto piensas, si esto dices, algo he ganado, porque prefiero que mi retiro te inspire compasión y no deseo.

Me dirás: «Oh Séneca, ¿me recomiendas tú el ocio? ¿tú hablas como los epicúreos?»—Te recomiendo el ocio, pero un ocio en que hagas cosas mejores que las que has dejado. Porque agasajar á los grandes, llevar cuenta de los viejos sin hijos, adquirir fama en el foro, son cosas sujetas á la envidia, y, á decir verdad, poco honrosas. Aquél es más apreciado que yo entre los forenses; aquel otro está más considerado por sus cargos y pensiones; á éste le sigue mayor número de clientes. Yo no podría pretender tanto favor ni

tan considerable séquito; pero me cuido muy poco de que los hombres me sean superiores con tal de serlo yo á la fortuna. Pluguiese á los Dioses que hubieses tomado hace mucho tiempo esa resolución, y que no hubiésemos esperado, para hablar de la felicidad de la vida, cuando estamos ya cerca de la muerte. No lo demoremos más, puesto que conocemos hoy por experiencia, como antes hubiésemos conocido por la razón, que hay en el mundo muchas cosas superfluas y ridiculas. Hagamos lo que hacen ordinariamente los que parten demasiado tarde. Apresurémonos con objeto de ganar tiempo. Muy á propósito es nuestra edad para este estudio, habiendo pasado ya sus hervores; ha abandonado los vicios que el ardor de la juventud hacía incorregibles y poco falta para que se apaguen por completo.—Pero dirás, ¿para qué te servirá lo que aprendas en el momento en que es necesario partir?—Para partir mejorado. Sin embargo, no creas que existe época más á propósito para adquirir la sabiduría, que ésta en que el espíritu, habiéndose dulcificado por diferentes pruebas y en la agitación de los negocios, viene á recibir avisos saludables con pasiones dóciles y mitigadas. Este es el mejor tiempo para recibir tan gran bien: el que en la vejez llega á la sabiduría, la alcanza por los años. Adiós.

EPÍSTOLA LXIX.

LOS VIAJES FRECUENTES PERJUDICAN Á LA SABIDURIA.

No apruebo que cambies con tanta frecuencia de lugar y que no hagas otra cosa que pasar de un punto á otro. Todos esos viajes indican falta de fijeza en tu

espíritu, y no podrás establecer tu reposo si no cesas de vagar y de mirar en derredor. Si quieres fijar tu espíritu, necesario es que fijas primeramente tu cuerpo, y verás que el remedio te aprovecha si lo empleas con constancia. No debes abandonar la tranquilidad que has elegido, ni interrumpir ese método de vida tan opuesto al que llevabas antes. Da tiempo á tus ojos para que se desprendan de lo que antes les agradaba, y á tus oídos para que se acostumbren á mejores conversaciones. Cuantas veces vayas al campo, no dejarás de encontrar algo que despierte tu pasión. Pero así como el que quiere libertarse del amor debe evitar todo lo que puede recordarle la persona amada (porque nada se renueva tan fácilmente como esta pasión); así el que quiere olvidar las cosas que ha deseado con ardor, debe apartar los ojos y los oídos de los objetos que ha abandonado. El afecto cambia fácilmente de dirección, porque hacia cualquier lado que se dirija, verá siempre alguna utilidad presente á la ocupación que quiera tomar. Así es que no hay defecto que no tenga algo que lo recompense. La avaricia promete dinero; la lujuria, muchos y variados placeres; la ambición, empleos, favor, autoridad y todo lo que la acompaña. Así ves que los vicios te solicitan por la recompensa; pero es necesario vivir sin desear tales mercedes. Si apenas puede conseguirse en el trascurso de un siglo entero reducir y sujetar los vicios que se han fortalecido con larga licencia, ¿qué podremos hacer durante el poco tiempo que vivimos, si solamente trabajamos por intervalos? Necesarias son vigiliass y constante aplicación para que una cosa, cualquiera que sea, se lleve á estado perfecto. Si has de creermme, tomarás la muerte por asunto de tus meditacioness y ejercicios, con objeto de que puedas esperarla sin temor, y, si necesario fuese, prevenirla. Poco im-

porta que ella venga á nosotros ó que nosotros vayamos á ella. Persuádete de que esto que con tanta frecuencia dicen los necios: «Bella cosa es morir de la propia muerte,» es completamente falso. Piensa también que nadie muere hasta que le llega su hora. Nada pierdes de tu tiempo, porque ajeno es el que dejas. Adiós.

EPÍSTOLA LXX.

PUEDE DESEARSE LA MUERTE CUANDO ES MÁS
VENTAJOSA QUE LA VIDA.

Después de mucho tiempo he visitado á tus amigos los Pompeyanos. Habláronme mucho de mi juventud y me representaron tan bien lo que allí hice, que me parecía que acababa de hacerlo y que me encontraba en estado de hacerlo todavía. Navegamos en la vida, querido Lucilio, y de la misma manera que en el mar, como dice nuestro Virgilio,

.....Las tierras y ciudades retroceden,

así también, en la rápida carrera del tiempo, vemos retroceder primeramente la infancia; después, la juventud; más adelante, ese intervalo que lleva á la vejez; en seguida los mejores años de esa misma vejez, y al fin vemos ese término en que concluye todo el género humano. Insensatos somos cuando le consideramos como un escollo, siendo un puerto que nunca debemos huir, y que algunas veces podemos desear. Los que arriban á él en sus primeros años, no deben quejarse más que el piloto que muy pronto hubiese terminado su carrera. Porque, como sabes,

hay vientos débiles que nos retienen en el mar, haciendo enojosa la calma, y otros impetuosos que nos llevan con rapidez á donde deseamos. Considera que lo mismo sucede con nosotros: la vida lleva velozmente á algunos á donde todos deben llegar; á otros los adelgaza y conduce escuálidos hasta la vejez, que, como sabes, no siempre es deseable; porque no es beneficio vivir, sino vivir bien. Por esta razón el sabio vive lo que debe y no lo que puede. Considera lo que hará, dónde, de qué manera y con qué personas vivirá. Antes contempla cómo será honesta la vida, que cómo será larga. Si ocurren muchas cosas desagradables que turban su reposo, se despide y no espera la extremidad. En seguida que le es sospechosa la fortuna, observa diligentemente si es tiempo de abandonar la vida. Cree que es indiferente que sea él mismo ú otro el autor de su fin; y si es más pronto ó más tarde, no se aflige como si hubiese de experimentar considerable pérdida. No puede perderse mucha agua de la que se recibe á gotas. No importa morir más tarde ó más temprano, pero importa morir bien ó mal: y morir bien es evitar el peligro de vivir mal. Por esta razón creo afeminada la contestación de aquel Rhodiano, que, encerrado en una fosa donde un tirano le hacía morir como á bestia salvaje, dijo al que le aconsejaba que no comiese: «El hombre puede esperarlo todo mientras vive.» Aunque esto fuese verdad, no debe comprarse la vida á precio tan elevado. Nada hay, por grande y seguro que sea, que quisiera comprar por una acción que diese vergonzoso testimonio de mi debilidad. ¿Habré de pensar más bien que la fortuna lo puede todo en el hombre que vive, y que nada puede en aquel que sabe morir?

Alguna vez, sin embargo, aunque la muerte sea inminente y esté pronunciada la sentencia, el sabio

no prestará sus propias manos al suplicio; porque es locura matarse por temor de morir. ¡Ya viene el que ha de matarte: espera! ¿Por qué has de prevenirle? ¿Por qué has de encargarte de oficio tan cruel? ¿Envidias á tu verdugo, ó quieres ahorrarle el trabajo? Sócrates podía terminar su vida por el ayuno y morir por hambre, y no por veneno. Pasó sin embargo treinta días en prisión esperando la muerte; no porque pensase que no hay nada que no pueda suceder, y que pudiesen ocurrir muchos cambios en tan largo período, sino para cumplir las leyes y por dedicar Sócrates moribundo á la conversación de sus amigos. ¿Qué podía haber más ridículo que despreciar la muerte y temer al veneno? Druso Libón era un joven tan necio como noble, que tenía pretensiones más altas que ninguno de su época, y que no hubiese tenido en otro siglo. Después de llevarle enfermo en litera desde el Senado á su casa, como si hubiesen hecho sus funerales, pero sin grande aparato (porque todos los suyos le habían abandonado cobardemente, aunque todavía no estaba condenado), consultó si debía darse la muerte ó esperarla. Scribonia, mujer de talento, le dijo: «¿Qué satisfacción puedes tener en desempeñar el papel de otro?» No quedó persuadido, se dió la muerte, y tuvo razón, porque si hubiese vivido tres ó cuatro días más, hubiese desempeñado el papel de otro; dejando su muerte en poder de sus enemigos.

Por estas razones no podrías decidir en general si es mejor prevenir la muerte, ó esperarla cuando se nos impone por fuerza extraña; porque existen muchas razones que pueden inclinar á una ú otra parte. Pero si una muerte viene acompañada de tormentos, y otra es más dulce y fácil, ¿por qué no elegir la última? Así como querría elegir la mejor nave para em-

barcarme, la casa más cómoda para alojarme, también elegiría la muerte más dulce para abandonar la vida. Además, tan incierto como es que la vida más larga sea la mejor, así es de cierto que la muerte más larga es la peor. En nada debemos satisfacer tanto á nuestro espíritu como en la elección de muerte; que salga por donde quiera, por el hierro, por la cuerda ó por el veneno: ¡apresúrese y rompa los lazos de su esclavitud! Si debemos satisfacer á los demás en la manera de vivir, á nadie debemos satisfacer mas que á nosotros mismos en la manera de morir. La muerte que nos agrada, es la mejor.

¡Qué neciamente se piensa! Uno dirá que nuestro poca fortaleza; otro, que demasiada temeridad, y alguno también, que había un género de muerte más animoso.—¿Te dignarás pensar qué has de resolver en un asunto al que no llega el rumor de las opiniones de los hombres? Considera únicamente que has de ponerte muy pronto fuera del poder de la fortuna, aunque muchos habrá que hablarán mal de tu acción, hasta entre los que profesan la filosofía; dirán que nadie debe arrancarse la vida, que no está permitido ser homicida de sí mismo, y que se debe esperar el fin que nos ha señalado la naturaleza. Pero los que dicen esto, no consideran que cierran el camino á la libertad. La ley eterna no hizo nada mejor que haber dado muchas salidas á la vida, no habiéndole dado mas que una entrada. ¿Quieres que espere que los dolores de una enfermedad ó la crueldad de un enemigo me consuman enteramente, cuando puedo libramme de todos los tormentos y de todas las adversidades? No podemos quejarnos de la vida por una razón, y es, porque á nadie retiene á pesar suyo. Excelente es la condición del hombre, porque nadie es desgraciado mas que por su culpa. ¿Te agrada vivir? Vive.

¿No te agrada? Puedes volver al punto de donde saliste. Muchas veces te has hecho extraer sangre para aliviarte un dolor de cabeza; para debilitar el cuerpo se abre la vena; no es necesario hacerse ancha herida en el pecho; un punzón basta para abrir el camino de esa gran libertad, y este descanso sólo cuesta un momento.

¿Qué es lo que nos hace tan tímidos é indolentes? Que nadie piensa en que llegará un día en que sea necesario salir de aquí. De la misma manera que no se abandona una casa, aunque sea incómoda, cuando nos hemos acostumbrado á ella por larga permanencia. ¿Quieres ser libre en lo que se refiere á tu cuerpo? Vive en él como seguro de que has de abandonarlo. Recuerda que un día tendrás que abandonar su compañía, y tendrás más resolución cuando llegue la hora de partir. ¿Mas cómo pensar en el fin cuando se desean tantas cosas sin fin? Sin embargo, en nada es tan necesaria la meditación, pudiendo ser inútiles y superfluos todos sus demás ejercicios. Estaremos preparados contra la pobreza, pero conservaremos las riquezas. Seremos constantes en el desprecio del dolor, pero la buena salud de nuestro cuerpo dejará sin ejercicio esta virtud. Estaremos decididos á soportar con paciencia la pérdida de nuestros amigos, pero la fortuna hará que vivan más que nosotros. Solamente existe esta virtud, cuyo uso nos será necesario un día.

No imagines que solamente los esclarecidos varones de la antigüedad supieron romper los lazos de la esclavitud humana; que solamente un Catón pudo arrancarse con sus propias manos la vida que el puñal no le había arrebatado. Personas hay de la última condición que, por esfuerzo de su valor, se han puesto en plena libertad, y viendo que no pueden morir có-

modamente, ni elegir á su gusto instrumento para quitarse la vida, han aprovechado lo primero que han encontrado, y de cosas que por su naturaleza eran inofensivas, han hecho armas. Hace poco tiempo, en el paraje destinado para las luchas de fieras, un Germano, que estaba destinado al combate de la mañana siguiente, se retiró so pretexto de descargar el vientre, porque no iba á otro sitio sin guarda, y habiendo cogido una esponja atada á un palo que servía para limpiar aquel sitio, se la sepultó de tal manera en la boca, que se obstruyó el paso de la respiración y se asfixió en el acto. Convengo en que fué á arrostrar la muerte con bastante suciedad; pero ¿qué hay más necio que echarla de delicado cuando se trata de morir? ¡Oh varón animoso, cuán merecedor era de elegir su destino! ¡Con cuánto valor se hubiese servido del puñal, ó se hubiese precipitado en un abismo, ó desde lo alto de una roca! Viéndose abandonado por todas partes, supo encontrar manera é instrumento para su muerte, á fin de que sepas que para morir no hay otra dificultad que la de quererlo. Que cada cual hable á su gusto de acción tan valerosa, con tal que se confiese que la muerte más sucia es preferible á la esclavitud más brillante. Habiendo empezado á servirme de esta clase de ejemplos, continuaré con ellos, para que cada cual se anime, viendo que hombres de la clase más miserable han despreciado la muerte. Creemos que los Catones, los Scipiones y tantos otros de quienes ordinariamente se nos habla con tan grande encomio, están fuera de toda imitación. Pero yo quiero demostrar que esta virtud era tan familiar á los miserables á quienes se obligaba á combatir con las fieras, como á aquellos grandes capitanes que mandaban durante nuestras guerras civiles. Hace poco tiempo que otro, á quien los guardias llevaban en una

carreta para combatir en el espectáculo de la mañana, fingiendo dormir, dejó caer la cabeza hasta que la cogieron los rayos de la rueda, y permaneció firme en el asiento, hasta que la vuelta de la rueda le quebró el cuello, salvándole del suplicio el mismo vehículo que le llevaba á él.

Nada puede detener al que quiere salir ó escapar. La naturaleza nos guarda en paraje abierto; cuando la necesidad lo imponga, busca salida cómoda. Si encuentras muchas á tu disposición, elige la que consideres más á propósito para procurarte el descanso. Pero si la ocasión te parece difícil, emplea la primera que se presente, como si fuese la mejor, aunque sea extraordinaria é inuadita. No falta ingenio para morir al que no le falta valor. ¿No ves cómo los esclavos de condición más baja, cuando les apremia el temor del sufrimiento, aguzan el ingenio y burlan la vigilancia de atentos guardianes? Varón notable es aquel que no solamente se condena á muerte, sino que sabe dársela. Te he prometido muchos ejemplos de la misma clase. En la segunda naumaquia, un bárbaro se clavó en la garganta la misma lanza que le habían dado para combatir á los adversarios que se le presentaran. «¿Por qué, dijo, no me he de librar de tanto tormento é ignominia? ¿Por qué he de esperar la muerte estando armado?» Este espectáculo fué tanto más bello, cuanto es más honesto aprender á morir que á matar. ¡Cómo! ¿los que por larga meditación, y por la razón que es dueña de todas las cosas, se han preparado y fortalecido contra estos accidentes, tendrán menos resolución que esos viles y malvados? Esta razón nos muestra que la muerte viene por diferentes caminos, pero que llega á un mismo punto. Ahora bien; poco importa el camino seguido, cuando se ha llegado al término. La misma razón

nos aconseja que, si podemos, muramos sin dolor; si no, que hagamos cuanto podamos y aceptemos con valor lo que encontremos para darnos la muerte. Vergonzoso es vivir de lo robado, pero, al contrario, es glorioso morir de lo que cae bajo la mano. Adiós

EPÍSTOLA LXXI.

EL SUMO BIEN CONSISTE EN LO HONESTO.—TODOS
LOS BIENES SON IGUALES.

Frecuentemente me consultas acerca de tus asuntos, sin atender á que nos separa vasto mar. Dependiendo la mayor eficacia del consejo de la oportunidad del momento, ocurrirá necesariamente que un parecer contrario será mejor que el que te doy á la hora que llegue. El consejo debe ajustarse á la naturaleza de los negocios; pero como éstos ruedan y no marchan, necesario es también que los consejos se tomen en el día y mejor aún en el acto. Voy á demostrarte cómo deben tomarse. Cuando quieras saber lo que debes evitar ó desear, refiérelo al bien sumo y al propósito de vida que has abrazado; porque todas nuestras acciones deben estar conformes con él. No puede conducirse bien en particular quien primeramente no se ha propuesto un fin general. Nunca hará nadie, aunque tenga preparados los colores, un retrato parecido si primeramente no sabe lo que quiere pintar. Faltamos en una cosa, y es, que todos pensamos bastante en las partes de la vida, pero nadie delibera jamás en el conjunto. El arquero debe saber lo que quiere herir, y en seguida apuntar bien la flecha y disponer la mano. Nuestros consejos se extra-

vían porque no tienen objeto cierto, y no hay viento bueno, cuando no se sabe á qué puerto se quiere llegar. Mucho imperio, en verdad, ha de tener el azar en nuestra conducta, puesto que vivimos á la aventura. Ocurre que algunos saben cosas que creían ignorar. Así como sucede algunas veces que llamamos á los que están con nosotros, así también desconocemos el sumo bien que tenemos á nuestro lado. Puedes, sin embargo, aprender á conocerlo, sin grandes rodeos de palabras. Necesario es, por decirlo así, mostrártelo con el dedo; porque ¿de qué sirve dividirlo en tantas ramas, puesto que puede decirse de una vez: «El sumo bien es lo que es honesto,» y lo que te admirará más: «Un solo bien existe, lo que es honesto,» los demás son bienes falsos y bastardos? Si te persuades de esta verdad, y te apasionas por la virtud (amarla es poco), todo lo que ella acompañe te parecerá afortunado y favorable, cualquiera que sea la opinión que tengan los demás; y si cayeres bajo la tortura, permanecerás más firme que el que te la aplique; y si enfermaras, ni cederás á la enfermedad ni maldecirás la fortuna. En fin, todo lo que parezca un mal á los ojos de los otros, se dulcificará y se convertirá en bien para tí, si haciéndote superior á ello, estás plenamente persuadido de que no hay bien que no sea honesto, y que todas las incomodidades tienen derecho á llamarse bienes cuando la virtud las hace honestas. Muchos creen que prometemos más de lo que puede recibir la condición humana. Razón tienen, si no consideran más que el cuerpo. Que contemplen el alma, y medirán al hombre por Dios mismo.

Levanta tu ánimo, oh varón óptimo Lucilio, y deja estas sutilezas á esos filósofos que reducen cosa tan grande á la inteligencia de algunas sílabas, sin considerar que fatigan y rebajan la mente de sus oyentes

enseñándoles cosas tan pequeñas y tan bajas; imita á aquellos que las encontraron y no á estos que enseñan de tal manera, que harán creer que la filosofía es más difícil que grande. Sócrates, que encerró toda la filosofía en la moral, dice que la sabiduría más grande consiste en distinguir los bienes de los males. Sigue, pues, á aquéllos, si tengo algún crédito contigo, y para que seas dichoso, consiente hasta que te tengan por necio. Permite que te dirijan injurias: seguro es que no sufrirás si te acompaña la virtud. Si quieres ser feliz y de buena fe varón bueno, tolera que te desprecien. Pero nadie puede llegar á esto si no está persuadido de que todos los bienes son iguales; porque no hay bien que no sea honesto, y lo que es honesto es igual en todos los objetos que se encuentre.

¡Cómo! ¿no hay diferencia entre la admisión y repulsa de Catón á la pretura? ¿entre que sea vencedor ó vencido en la batalla de Farsalia? Ese bien de permanecer invencible después de la derrota de su partido, ¿era igual al bien de volver vencedor á su país para darle la paz?—¿Por qué no ha de ser igual? Una misma virtud es la que domina la mala fortuna y regula la buena; y esta virtud no puede hacerse mayor ó menor, porque no puede cambiar de dimensión.—Pero Cn. Pompeyo perderá su ejército; todos aquellos grandes hombres que le servían de pretexto para atestiguar que defendía los intereses de la república, y aquella vanguardia formada de senadores armados perecerá en un solo combate, y la ruina de tan grande Imperio resonará en todo el Universo; caerá sobre Egipto, sobre África y sobre España, y ni siquiera esta desgraciada república quedará tranquila después de arruinada.—¡Suceda lo que quiera! que no pueda salvarse! Juba por el conocimiento del país ni por el valor de sus leales súbditos; que los habitantes de

Utica, cansados de las desgracias de la guerra, faltan á la fe jurada; que Scipión se vea abandonado de la fortuna que había acompañado siempre á los de su nombre en África; hace mucho tiempo que Catón ha decidido que nada le arredre.—Sin embargo, queda vencido.—Enuméralo entre sus desgracias, y ten por cierto que no lamentará más haber sido vencido que no haber obtenido la pretura. El día en que fué excluido, jugó; en la noche en que había de perecer, leyó. Tan poco se cuidó de perder la vida como la pretura, estando decidido á soportar todo lo que ocurriese. ¿Por qué había de atormentarle aquel cambio de la república, sabiendo que nada está exento de vicisitudes, ni el cielo ni la tierra, ni tampoco el conjunto de este grande Universo, aunque esté dirigido por la mano de Dios? No permanecerá siempre el mismo orden, llegará día en que cambie de rumbo. Tiempo limitado tiene para su principio, su progreso y su fin. Todo lo que vemos girar sobre nuestra cabeza y esta base tan sólida que sostiene nuestros pies, se alteran diariamente, y al fin dejará de existir. Nada hay que no tenga su vejez. La naturaleza lleva todas las cosas al mismo lugar, pero con intervalos desiguales. Lo que existe hoy no existirá mañana; no será aniquilado, pero será destruído. Consideramos esta destrucción como aniquilamiento, porque solamente contemplamos lo que tenemos cerca y porque nuestro espíritu, que está encerrado en la materia, no puede mirar más lejos; á no ser así, y si estuviese convencido de que todo muere y revive alternativamente, que lo hecho se deshace y después se rehace, y que en esto se ocupa perpetuamente la industria de Dios, consideraría su fin y el de los suyos con menos temor. Por esta razón, representándose todos los siglos, dirá Catón: «Todo el género humano que existe y ha de

existir, está condenado á muerte.» Algún día se preguntará qué se hicieron de aquellas grandes ciudades que gozaron del poder soberano y tantas maravillas que hoy encantan en los países extranjeros; porque es cierto que todo esto perecerá, sea por la guerra, sea por la paz, que ordinariamente degenera en inercia, ó por el lujo que consume las mayores riquezas. Todas estas campiñas tan fértiles quedarán sumergidas algún día por repentina inundación del mar, ó quedarán convertidas en profundos abismos, por abrirse la tierra que las cubre. ¿Por qué he de indignarme y dolerme si precedo en algunos momentos al destino de todo el Universo? El espíritu superior debe obedecer á Dios y sufrir sin repugnancia todo lo que ordena la ley general. Porque ó pasará á mejor vida, habitando en lugar más claro y tranquilo, en compañía de las cosas divinas, ó al menos, sin experimentar ninguna incomodidad, volverá al seno de la naturaleza y marchará á unirse á la masa de donde salió. Así ves que, á juicio de M. Catón, una vida honesta no es mayor bien que una muerte honesta; porque la virtud no crece ni disminuye. «La verdad y la virtud son una misma cosa,» dice Sócrates; porque así como no crece la verdad, tampoco crece la virtud; tiene todas sus dimensiones y está completa.

No te extrañe, pues, que todos los bienes sean iguales, sea que lleguen por elección nuestra, sea por cualquier otro accidente; porque si no admities esta igualdad y colocas la fortaleza en los tormentos en el rango de los bienes menores, pronto la contarás entre los males. Dirás que Sócrates era desgraciado en la prisión, lo mismo que Catón cuando desgarraba sus heridas con más valor que se las había hecho. Lo mismo dirás de Régulo, al verle tan cruelmente tratado por haber cumplido su palabra hasta á sus ene-

migos. Sin embargo, todavía no se ha atrevido á decir esto ninguno de esos delicados, porque comprenden que no era desgraciado, aunque no lo consideran dichoso. Los académicos confiesan que se puede ser dichoso en medio de los tormentos, pero no completamente y de todo punto. Esto no puede admitirse, porque el que es dichoso se encuentra en la plenitud del bien, y no ve otro bien superior, con tal de que le acompañe la virtud, que le hará fuerte en las adversidades, encontrándose sano y entero, aunque le arranquen los miembros. Sí, lo repito, sano y entero, porque hablo de una virtud valerosa y sublime que se exalta cuando se la excita. No dudes que la sabiduría te inspire el mismo valor que ostentan los jóvenes que desprecian todos los peligros cuando les impulsa el deseo de gloria, y que no te persuada de que no hay otro bien que lo que es honesto. Cosa es ésta que no puede aflojarse ni estirarse, de la misma manera que la regla que se aplica á todo lo que se quiere que sea recto: por poco que la cambies deja de ser recta. Lo mismo digo de la virtud; es recta, no se doblega; es rígida, y no sería posible hacerla más; juzga de todas las cosas y ninguna juzga de ella. Si no se puede hacerla más recta, dedúcese que las cosas que hace no son más rectas unas que otras, porque para estarle conformes necesario es que sean iguales entre sí.

¡Cómo! dirás, ¿son cosas iguales sentarse al banquete ó estar en el potro?—¿Te parece extraño esto? Mucho te sorprenderá que te diga que es un mal sentarse al banquete y un bien estar en el potro, si lo primero se hace con deshonor y lo segundo con honor. No son ellas mismas, sino la virtud, la que hace estas cosas buenas ó malas. Donde quiera que ésta se encuentren, todo tiene igual precio y medida. Van á saltarme á los ojos aquellos que juzgan á todos por sí

mismos, porque digo que hay igualdad de bienes entre el que soporta con fortaleza las adversidades y el que se conduce con prudencia en la prosperidad, entre el que triunfa y el que va encadenado delante del carro del vencedor sin perder la firmeza de su ánimo; porque no creen que nadie haría lo que ellos no podrían hacer, juzgando así de la virtud de otros por su debilidad. ¿Por qué os admira que sea un bien ser agarrado, herido, muerto, quemado? Algunas veces se está bien así. La sobriedad es molesta para el glotón, y el trabajo un suplicio para el perezoso. El indolente compadece al hombre activo, y el holgazán al que ama el estudio. De esta manera, todo lo que es superior á nuestras fuerzas nos parece duro é insoportable, sin reflexionar que existen muchos para quienes el suplicio mayor sería no beber vino ó levantarse temprano. Esto no es difícil por su propia naturaleza, pero nosotros somos indolentes y delicados. Se necesita espíritu elevado para juzgar de las cosas altas; no siendo así, les atribuiremos nuestros propios defectos. Por esta razón, la vara recta metida en el agua parece torcida ó quebrada; tan importante es considerar no solamente lo que se mira, sino de qué manera se mira; nuestro espíritu se deslumbra cuando mira con firmeza la verdad. Decía un joven de talento y sin preocupaciones: «Seguro estoy de que creerá que el hombre que soporta valerosamente el peso de las adversidades es más dichoso que el que está sujeto á la fortuna. No es cosa rara no vacilar en el reposo, pero sí admira ver elevarse un hombre donde todos se rebajan y mantenerse de pie donde todos caen por tierra. ¿Qué mal hay en los tormentos y en todo lo que llamamos adversidad? En mi opinión, cuando llega, el alma se encoge, se doblega y cae bajo el peso. Pero nada de todo esto puede ocurrir al sabio, que perma-

nece de pie por grande que sea la carga que se le imponga; nada amengua su valor; no rechaza nada por desagradable que sea. Nunca se queja de que haya caído sobre él lo que pudo caer sobre otro, porque conoce sus fuerzas y sabe que son suficientes para la carga.

No pretendo separar al sabio del número de los hombres, ni quitarle el sentimiento del dolor, dejándole como duro peñasco. Bien sé que está formado por dos partes: una irracional, que siente los tormentos, el fuego y los dolores; la otra racional, que es firme en su resolución, intrépida é inflexible. En esta parte reside el soberano bien del hombre, que cuando no está completamente posesionado del alma, ésta permanece incierta y flotante, pero cuando llega á ser perfecto y completo, el alma descansa sobre base firme é inmutable. Por esta razón, el que ha emprendido el camino de la virtud y quiere llegar al grado más alto, cuando se acerque á la perfección que no ha alcanzado aún, se detendrá alguna vez, aflojará sus esfuerzos, tanto más, cuanto que no habrá vencido todas las dificultades, y se encuentra todavía en un paso resbaladizo y dudoso; pero el que es dichoso y cuya virtud es perfecta, nunca se encuentra tan satisfecho de sí mismo como cuando está experimentado. Si se presenta alguna acción peligrosa en la que pueda adquirirse honor, la aceptará y abrazará, prefiriendo oír: Es bueno, á que digan: Es feliz.

Llego ahora al punto en que me esperas, con objeto de que no creas que la virtud de que hablo es superior á las fuerzas de la naturaleza. El sabio temblará, sentirá dolores, palidecerá, porque todos estos movimientos pertenecen al cuerpo. ¿Dónde está, pues, el origen de la miseria y del verdadero mal? En esto: cuando el alma, turbada por todas estas cosas, se ve

obligada á confesar que es esclava del cuerpo y á lamentar su debilidad. Cosa cierta es que el sabio puede vencer á la fortuna con su virtud; pero hay muchos que hacen profesión de sabiduría y se espantan á veces con harta ligereza. Mal hacemos en este punto al exigir lo mismo al que solamente está iniciado en la sabiduría y al que ya está consumado en ella. Me exhorto á hacer las cosas que alabo, pero no me persuado; y si me persuadiese, carezco todavía de la experiencia y ejercicio necesarios para arrostrar todos los peligros. Así como la lana toma ciertos tintes á la primera vez y no toma los otros hasta después de empapada y recocida varias veces, así sucede con las ciencias que pueden practicarse en cuanto se las aprende. Mas en cuanto á ésta, á menos de descender y de permanecer largo tiempo en el fondo del alma, no puede darla su color, sino que la humedece solamente, sin producir en ella los efectos que se esperaban. En poco tiempo y con pocas palabras puede enseñarse que hay un solo bien, que es la virtud, la cual tiene su asiento en nuestra parte mejor, que es la razón. ¿En qué consiste, pues, esta virtud? En el discernimiento justo y seguro que da movimiento al alma y que la hace ver al desnudo todas las vanas apariencias que excitan nuestras pasiones. Teniendo este discernimiento, se convendrá en que todas las cosas que proceden de la virtud son buenas é iguales entre sí. Los bienes corporales lo son relativamente al cuerpo, pero no lo son universalmente. Algún valor tienen sin duda, pero jamás les acompañará ninguna dignidad. Por esta razón son muy desiguales entre sí, siendo unos más grandes y otros más pequeños. Confesaremos también que existen grandes diferencias entre los que cultivan la sabiduría. Algunos han avanzado ya tanto, que se atreven á mirar á la

fortuna, aunque no con fijeza, porque les deslumbra-
ría su resplandor; pero otros, que han remontado ya
al grado más alto, la miran con confianza y frente á
frente. Cuando las cosas son imperfectas, necesaria-
mente se inclinan, decaen y al fin ruedan por tierra.
Decaerán sin duda si no se progresa, porque en cuanto
nos paramos, es necesario retroceder, ni se vuelve á
encontrar el sitio donde nos quedamos.

Perseveremos, pues, y progreseemos, porque nos
queda más camino por recorrer que el que hemos re-
corrido. Sin embargo, grande adelanto es ya querer
adelantar. Por mi parte puedo responder que lo deseo,
y que lo deseo con todo mi corazón. Veo en tí que
marchas, y que tienes fuerte inclinación á las cosas
bellas. Apresurémonos; para esto nos será útil la vida;
de otra manera no será más que un retraso vergon-
zoso, del que podrán censurarnos por permanecer en-
tre inmundicia. Hagamos de manera que el tiempo
que nos quede sea completamente nuestro; pero esto
no puede conseguirse si primeramente no somos
dueños de nosotros mismos. ¿Cuándo llegará el día
en que me vea en estado de despreciar la buena y
mala fortuna? ¿Cuándo llegará el día en que habiendo
sometido todas mis pasiones pueda decir: He ven-
cido? ¿Quieres saber á quién habré vencido?—No será
á los Persas, ni á los Medos, ni á los pueblos más be-
licosos que hay más allá de los Dacios, sino á la ava-
ricia, la ambición, el miedo á la muerte, que venció
á los que vencieron las naciones. Adiós.

EPÍSTOLA LXXII.

DEBE ABANDONARSE TODO PARA ABRAZAR LA FILOSOFÍA.

Sabía lo que me preguntas, y hubiese contestado cumplidamente, pero lo había olvidado: hace tanto tiempo que no ejerzo la memoria, que difícilmente me sigue. Veo que me ha sucedido lo que á los libros viejos cuyas hojas se pegan; por esta razón es necesario desplegar nuestro espíritu, y remover de tiempo en tiempo lo que hemos depositado en él, á fin de tenerlo dispuesto cuando lo necesitemos. Mas como esto pide mucho cuidado y aplicación, hay que dejarlo para otro tiempo; y será en cuanto pueda tener permanencia larga en algún punto; porque hay cosas que pueden escribirse en un carruaje, y otras que reclaman el lecho, reposo y retiro. No quiere decir esto que no haya que hacer algo hasta en los días mismos en que estamos ocupados, porque siempre nos sobrevendrán nuevas ocupaciones. Las sembramos, y una sola nos produce muchas; además de que estamos acostumbrados á proponernos plazos, diciendo: «Cuando haya terminado este negocio, me dedicaré completamente;» ó, «si puedo arreglar este desagradable asunto, me entregaré decididamente al estudio.»—No debes esperar para filosofar á tener tiempo; debe abandonarse toda ocupación para dedicarse á esta ciencia, para la que no basta todo nuestro tiempo, aunque le empleásemos desde la infancia hasta el término de la más dilatada vejez. No hay gran diferencia en este estudio entre descansar y cesar; porque no permaneces en lo que acabas de dejar, sino

que retrocedes á donde empezaste, como la cuerda estirada cuando se rompe.

Necesario es resistir á las ocupaciones, y alejarlas de nosotros más bien que desarrollarlas. No hay tiempo que no sea á propósito para estudio tñ saludable; pero la mayor parte no estudian las cosas que deben estudiarse.—Ocurrirá algo que lo impida:—no estorbará esto al sabio que se mantiene alegre y en libertad de espíritu en medio de todas las contrariedades. Los que no han llegado aún á tanta perfección, suelen experimentar interrupciones en su regocijo; el del sabio no se interrumpe jamás por nada que pueda ocurrir, sino que siempre es igual y tranquilo en todo tiempo y lugar; porque no depende de otro, ni espera favor de la fortuna ni de los hombres. La felicidad para él es doméstica; nace en él, y no sale de él, como no ha entrado. Algunas veces sobrevienen accidentes de fuera que le recuerdan que es mortal; pero son tan ligeros, que apenas rozan su piel. Puede, repito, experimentar algunas molestias, pero lo que constituye su bien principal permanece fijo é inmutable. Las molestias de que hablo son como esas pústulas y erupciones que sobrevienen á un cuerpo robusto, y que no producen ningún daño interior. Existe tanta diferencia entre el que posee la sabiduría y el que la persigue, como entre el hombre robusto y el que se levanta de larga y peligrosa enfermedad, que se cree sano cuando ya no experimenta mas que leves accesos. Este, si no tiene gran cuidado, sufrirá languideces é insensiblemente recaerá en su mal; pero el sabio no podrá recaer en su enfermedad, ni caer tampoco en ninguna otra. La salud del cuerpo dura tiempo limitado; y el médico que la ha devuelto no puede conservarla: frecuentemente se le llama otra vez para ver al que había curado. El espíritu del sabio sana de

una vez para siempre. Te diré cómo puedes conocer que está sano: si está contento de sí mismo; si tiene confianza; si sabe que todo lo que los hombres desean con ardor, que los favores que se piden y conceden en el mundo, no pueden contribuir á la verdadera felicidad. Porque una cosa que puede aumentar, no es perfecta; aquella que puede disminuir, no es perpetua: el que quiere tener alegría constante, ha de buscarla dentro de sí mismo. Todo lo que el común de los hombres busca con tanto apresuramiento, desaparece aquí y allá, porque la fortuna no da nada en propiedad. Y no es que estos bienes exteriores no puedan producir algunas satisfacciones, estando conducidos y regulados por la razón, que da sabor á las cosas que no lo tienen, cuando se usan con avidez.

Attalo usaba ordinariamente esta comparación: «Algunas veces habréis visto á un perro que recibe en la boca los pedazos de pan ó de carne que le arroja su dueño; en el acto los traga enteros, con objeto de abrir de nuevo la boca para recibir otros. Lo mismo nos sucede á nosotros cuando devoramos sin saborearlo aquello que la fortuna nos envía después de haberlo esperado mucho tiempo, y quedamos atentos y con la boca abierta para coger otro tanto.» No obra de esta manera el sabio, porque siempre está lleno, y si recibe algún bien, lo acepta y guarda sin emoción, gozando continuamente de alegría completa, permanente y suya. El que está lejos de la perfección, aunque haya hecho ya algunos progresos y tenga buenos propósitos, está sujeto aún á diferentes sacudidas que le llevan arriba y abajo, en tanto hacia el cielo, en tanto hacia la tierra. Los ignorantes, que no tienen ninguna experiencia, vacilan á cada momento, y caen al fin en el inmenso caos de que habla Epicuro. Existe además una tercera clase: los

que están muy cerca de la sabiduría, y todavía no han llegado á ella, pero la tienen delante de los ojos, y pueden, por decirlo así, cogerla de la mano. Estos no vacilan ni se deslizan: no se encuentran todavía en tierra, pero están ya en el puerto. Luego, si existe tanta diferencia entre los primeros y los últimos, y hasta los que están en medio se encuentran aún agitados, en peligro de recaer y de verse en peor estado que tenían antes, no nos carguemos de negocios; rechacémosles, porque si una vez entran, traerán muchos en pos. Detengámosles desde el principio. Su comienzo no será mejor que su fin. Adiós.

EPÍSTOLA LXXIII.

SIN RAZÓN SE ACUSA Á LOS FILÓSOFOS DE REBELDES.

Error es en mi opinión creer que los dedicados á la filosofía son rebeldes á las leyes, refractarios á los magistrados y que desprecian á los reyes y á cuantos toman parte en la administración de la cosa pública. Por el contrario, no los veo más sumisos ni más obedientes, y esto con razón, porque nadie tiene más interés en la tranquilidad pública que aquellos que más han de gozar en ella. Así es que honrarán como á sus propios padres á los autores de bien tan grande, y mucho más sin duda que los inquietos y agitadores, que por muchas mercedes que reciban de los príncipes, creen que aun se les deben más, creciendo su avidez á medida que se trata de saciarla. El que piensa en recibir más, olvida lo recibido, y el mayor defecto de la avidez es su constante ingratitud. Añade á esto que todos los que intervienen en la cosa pública

miran más á los que tienen delante que á los que hay detrás, y que uno solo que les preceda les causa más pesar que placer el considerable número de los que no se han adelantado. El mal de la ambición consiste en que nunca mira á la espalda. Es inconstante y ligera, de la misma manera que todas las avideces, porque comienza por el fin. Pero el hombre íntegro y sincero que abandona la corte, el foro y los negocios públicos para dedicarse á cosas mejores, ama á aquellos por cuyos cuidados goza de tranquilidad y les tributa gratitud, reconociendo que les debe tan gran ventaja aunque no piensen en ella. Así como respeta á sus maestros, á cuya enseñanza debe haberse despojado de los vicios, así respeta también á aquellos por cuya protección puede ejercer las virtudes.—A otros muchos protege el rey con su poder.—¿Quién lo niega? Pero así como entre los muchos navegantes que llegan al puerto, los que han traído cosas más preciosas se creen más obligados á Neptuno, y el mercader cumple su voto con más satisfacción que el pasajero; así como entre los mismos mercaderes los que traen perfumes y drogas que se venden á precio de oro, presentan ofrendas más ricas que los que traen géneros comunes y artículos propios solamente para servir de lastre á la nave, así también el beneficio de la paz, aunque se extienda á todos, lo aprecian mejor aquellos que mejor lo usan. Muchos togados hay á quienes la paz da más trabajo que la guerra. ¿Crees que los que se sirven de la paz para entregarse al vino, á la lubricidad y todos los vicios, le deben tanto como el que la emplea en acciones virtuosas, si no crees que el sabio sea tan injusto que no agradezca en particular los favores que son generales? Mucho debo al sol y á la luna aunque no brillan para mí solo. Debo bendecir las estaciones del año y al Dios que las gobierna,

aunque sé que tan hermoso orden no se ha establecido solamente para mi satisfacción. La necia avaricia de los hombres distingue la posesión de la propiedad y considera suyo solamente lo que posee en particular. Pero el sabio no considera suyo mas que lo que tiene en común con todo el género humano: y nada habría común si cada particular poseyese una parte, siendo cierto que la menor porción en una cosa que es común basta para establecer sociedad. Necesario es considerar, por otra parte, que estos grandes y verdaderos bienes no se reparten, en el sentido de que cada uno recibe una porción, sino que cada cual los recibe enteros. En las liberalidades de los principes, en los funerales de los grandes y en otras ocasiones parecidas distribúyense á mano las viandas y se fraccionan por partes; pero en los bienes indivisibles, la paz y la libertad se dan enteros, tanto en particular como en general. Por esta razón el sabio venera al que le hace gozar de estos bienes, que le exime de llevar las armas, hacer centinela, vigilar en las murallas y pagar tantos impuestos como engendra la guerra, y en seguida da gracias á los que gobiernan. Una de las máximas principales del sabio es recibir bien los beneficios y devolverlos bien; algunas veces confesarlos es devolverlos, y confesará siempre que está obligado á aquel que por su prudencia y buena administración le hace gozar de perfecta tranquilidad y le hace dueño de su tiempo, sin llamarle á las ocupaciones públicas.

¡Oh, Melibeo, Dios nos concedió este descanso!
Y por eso será siempre mi Dios...

Si tan obligados estamos al autor de esta tranquilidad, cuya principal ventaja es:

Permitir que el rebaño pазca donde quiera
Y en la flauta entone yo lo que me agrade,

¿cuánto apreciaremos el descanso de que se goza en compañía de los Dioses?

Dígote, querido Lucilio, que quiero llevarte al cielo por breve camino. Sextio acostumbraba á decir que el varón virtuoso es tanto como Júpiter. Júpiter, en verdad, puede hacer muchas mercedes á los hombres, pero entre los hombres virtuosos el más rico no es mejor que el otro; de la misma manera que entre dos pilotos, igualmente expertos en la navegación, no dirás que es más hábil el que tiene nave más hermosa. ¿En qué es superior Júpiter al varón virtuoso? En serlo más tiempo. No se estima en menos el sabio por tener encerradas sus virtudes en espacio más estrecho. Así como de dos sabios el que muere más anciano no es más dichoso que el otro cuya virtud no brilló largo tiempo, de la misma manera Dios tiene sobre el sabio la ventaja de la duración, pero no la de la felicidad. No por ser más larga es más grande la virtud. Verdad es que todo pertenece á Júpiter, pero ha dado la posesión á los demás. Su único goce es el goce de todos. No experimenta menos satisfacción el sabio al ver en manos de todos aquellos bienes que apetecen; no los estima menos que Jupiter, pero le lleva la ventaja de que Júpiter no puede usarlos y el sabio no quiere. Creemos, pues, á Sextio, que nos enseña tan excelente camino, y exclama: «Por aquí se va al cielo: por la frugalidad, por la temperancia, por la fortaleza.» Los Dioses no desdeñan ni odian á nadie. Reciben á todos, y hasta ayudan al que quiere subir, ¿Te admira que el hombre vaya hacia los Dioses? Dios viene á los hombres, y, lo que es más, habita con ellos. El alma no puede ser buena si Dios no ha-

bita en ella. Existen semillas divinas sembradas en el corazón de los hombres, que bien cultivadas producen frutos iguales, pero descuidadas pierden su virtud, como arrojadas á terreno estéril y pantanoso, y en vez de grano producen hierbas dañinas. Adiós.

EPISTOLA LXXIV.

NO HAY OTRO BIEN QUE LO HONESTO.

Tu carta me ha deleitado y hecho salir de la languidez en que estaba; también ha despertado mi memoria, que comienza á ser tardía y perezosa. ¿Por qué no crees, querido Lucilio, que es gran medio para vivir dichoso creer que no hay otro bien que lo honesto? Cosa cierta es que el hombre que encierra todos los bienes en lo honesto es dichoso en su alma, y que el que imagina que existen otros bienes se pone bajo el poder de la fortuna y el arbitrio ajeno. En tanto se afligirá por haber perdido sus hijos; en tanto tendrá pesares por verles enfermos; en tanto se entristecerá por su mala conducta y las afrentas que reciban. Verás á éste apasionado por la mujer del otro, y á aquél celoso de la suya. Alguno se atormentará por no haber alcanzado el cargo que ambicionaba; y otro se quejará de lo que agobian los honores. Pero lo que hace mayor número de desgraciados es el temor de la muerte que nos amenaza y que puede venir por todas partes. Por esta razón miran á un lado y á otro, y al menor ruido vuelven la cabeza como si se encontrasen en país enemigo. Y á la verdad, si no se destierra este temor con la razón, vivirán en continuo sobresalto. Otros se presentarán

que habrán sido desterrados y despojados de todos sus bienes; otros que serán pobres en medio de sus riquezas, que es la pobreza más desagradable; otros habrán naufragado; algunos habrá á quienes el odio ó la envidia, que es peligroso escollo para el hombre honrado, habrá derribado cuando menos lo esperaban, como el huracán que se desata durante la calma, ó como el rayo cuyo fragor hace estremecer hasta los parajes inmediatos. Y así como en este caso el que está cerca del fuego no se estremece menos que el herido por él, así también en los accidentes causados por la violencia, la desgracia de uno pone espanto en los demás, que no sufren menos viéndose expuestos á sufrir otro tanto. Todos se conmueven al ver ocurrir repentinamente una desgracia á otro. Las aves huyen al oír el silbido de la honda, y nosotros temblamos no solamente al golpe, sino ante el ruido que le precede.

Imposible es que nadie sea feliz si no se cura de esta debilidad; porque solamente es dichoso el intrépido, y no se vive con tranquilidad en medio de la desconfianza. El que se entrega á cosas que dependen de la casualidad, se prepara muchos motivos de inquietud y turbación. Un solo camino hay para ponerse en seguridad: despreciar los bienes de la fortuna y colocar toda la felicidad en la virtud. El que cree que hay algo mejor ú otro bien en el mundo, presenta voluntariamente la mano para recibir lo que la fortuna quiera darle. Supón que la fortuna hace juegos públicos, y que arroja entre los espectadores riquezas, honores y mercedes: una parte se rompe entre las manos de los que se los disputan; otra se reparte de mala fe entre los que estaban asociados; otra costó muy cara á los que la recibieron; otra cae sobre los que no pensaban en ella; alguna se escapa por el excesivo ardor en cogerla, y otra, en fin, la

arrancan de las manos del que la había cogido con demasiada avidez. De todos los que han aprovechado el pillaje, ni uno solo se regocija por largo tiempo. De aquí procede que los más astutos, cuando ven llevar esta clase de presentes, abandonan el teatro, convencidos de que lo que vale poco suele costar algunas veces muy caro. No se viene á las manos con el que se retira; no se golpea al que se marcha, y solamente se combate en derredor del botín. Otro tanto nos sucede diariamente con los dones que distribuye la fortuna: nos excitamos, nos apresuramos, quisiéramos tener más de dos manos; miramos en tanto al uno, en tanto al otro; parécenos que lo que deseamos tarda mucho en llegar, aunque sepamos que solamente pueden recibirlo muy pocos entre infinito número. Quisiéramos saltar al aire cuando cae. Experimentamos secreto placer en haber conseguido algo que los otros han perdido, y por escaso provecho sufrimos muchas incomodidades. Retirémonos, pues, de estos juegos, dejemos espacio á los que se arrojan sobre las distribuciones, y dejémosles mirar en suspenso esos bienes que están en el aire.

El que quiere ser dichoso, necesario es que crea que no existe otro bien que lo honesto; porque si cree que existe otro bien, piensa mal de la Providencia, puesto que ocurren muchas desgracias á los varones buenos, y cuanto nos da es poco en sí y de poca duración si se compara con todo el universo. De aquí resulta que seamos intérpretes ingratos de las gracias divinas. Nos quejamos de que rara vez recibimos bienes, de que son demasiado pequeños, de que son perecederos y que perecerán seguramente. Deploramos la vida y tememos la muerte; siempre somos irresolutos, y no podría satisfacernos ni el estado más feliz. Procede este defecto de que aun estamos aleja-

dos de ese bien supremo é infinito en que la voluntad debe pararse, puesto que nada hay más allá de lo infinito. ¿Quieres saber por qué no necesita nada la virtud? Porque se contenta con lo presente, y no desea lo que está por venir. Todo es grande para ella porque todo le basta. Abandona este convencimiento, y ya no hay piedad ni fe, porque para ponerle en práctica es necesario soportar muchas de esas cosas que llaman males y consumir muchas de las que se colocan en la categoría de bienes. También desaparecerá el valor, porque debe desplegarse en el peligro, y la magnanimidad, porque no puede brillar sino hollando todo lo que apetece el vulgo; desaparece el favor y la gratitud, que consideraremos como trabajo si existe algo que nos sea más precioso que el cumplimiento de nuestro deber.

Mas prescindiendo de todo esto, ó lo que llaman bien no lo es, ó el hombre es más dichoso que Dios, que no tiene el uso de las riquezas, de la opulencia, de la voluptuosidad, ni de nada de lo que forma el placer humano. Luego debe deducirse lo que es increíble, que Dios carece de bienes, ó aquello de que carece no son verdaderos bienes. Añade á esto que la mayor parte de estos pretendidos bienes se encuentran más amplios y completos en los animales que en el hombre. Comen con más avidez y apetito; no se cansan tan pronto de la unión con la hembra; tienen fuerzas mayores y menos sujetas á enfermedades. Siguese, pues, que son más felices que los hombres, y muy principalmente porque viven sin malicia ni engaño, sus voluptuosidades son más grandes y más fáciles y no les ocasionan temores ni arrepentimientos. Considera, pues, si puede considerarse bien aquello que el hombre tiene y Dios no goza. Demos cabida en nuestra alma al bien soberano: envilece-

riase sin duda si, de la mejor parte que tenemos, le trasladásemos á la peor, es decir, á los sentidos, que los brutos tienen más sutiles y delicados. No es en la carne donde debemos poner nuestra felicidad.

Los bienes que la razón nos da son sólidos y perpetuos, no pudiendo perecer, ni decrecer ó disminuir; los demás no son bienes sino por opinión; llevan el nombre de verdaderos bienes, pero no tienen sus propiedades. Llámeseles comodidades, ó, como se dice en nuestra lengua, *productos*; consideremos que no son más que accesorios y no partes de nosotros mismos; permitamos que habiten en nosotros, pero sin que olvidemos que están fuera de nosotros; pongámosles en el número de las cosas más bajas que no merecen se les dispense honor. ¿Hay algo más necio que alabarse por un trabajo que no se ha hecho? Que todas estas cosas nos sigan, pero que no se nos adhieran, para que al desprenderse no nos causen herida. Utilicémoslas modestamente y sin vanidad como depósito que hemos de devolver algún día. No se goza por mucho tiempo cuando se goza inconsideradamente, porque la prosperidad desaparece por sí misma si no se la contiene. Esos bienes inconstantes y ligeros en que se apoya la abandonan muy pronto; pero aunque la acompañasen siempre, no sería más que para entristecerla. Pocos hay cuya felicidad termine suavemente; los demás se derrumban entre las ruinas de las cosas que les sostenían, y aquello mismo que les había levantado, sirve para precipitarlos. Necesario es, por tanto, usar con moderación. El desorden disipa fácilmente las riquezas, y las mayores no duran mucho tiempo, si la razón no cuida de ellas y las dirige. Prueba de esto encontrarás en la desgracia de tantas ciudades que fueron precipitadas del grado más elevado de su dominación y perdieron por el lujo lo

que la virtud les había dado. Necesario es prevenirse contra estos reveses; pero como no hay parapeto que pueda resistir contra la fortuna, fortifiquémonos interiormente, y si esta parte queda segura, podrá atacarse al hombre, pero no hacerle prisionero. ¿Quieres saber en qué consiste esta fortificación? En que no se indigne jamás por nada que le suceda; que considere que los acontecimientos que parecen perjudicar sirven para la conservación del universo, y que pueden contarse entre las cosas que forman el conjunto y variedad del mundo. Queramos todo lo que Dios quiera; agradezcámosle no poder ser abatidos por las adversidades, tener la fortuna bajo nuestros pies y saber dulcificar por la razón, que es más fuerte que todas las cosas, las desgracias, los dolores y las injurias. Amemos la razón: su amor nos servirá de escudo para sostener los combates más rudos. Las bestias salvajes, que la razón no podría domesticar á causa de su ferocidad natural, impulsadas por el amor de sus hijos se arrojan á través de los dardos. Algunas veces los jóvenes animosos para alcanzar gloria pasan entre espadas y hogueras. Vense algunos que corren á la muerte por objetos que solamente tienen sombra de virtud; pero como la razón tiene más fuerza y constancia que todo esto, dominará también y con más vigor el temor y el peligro.

Nada ganas, dirán, con negar que existe otro bien que lo honesto, y eso no te pondrá á cubierto de los reveses de la fortuna. Confiesas que es un bien tener hijos piadosos, habitar en una ciudad morigerada, tener virtuosos padres. Pero si asedian la ciudad, si mueren tus hijos, si tus padres caen prisioneros de guerra, te conmoverán estas desgracias. Voy á remitirme á lo que se acostumbra contestar por nosotros;

después diré lo que creo que puede añadirse. Cosas hay cuya condición es no abandonarnos sin dejar en lugar suyo un pesar, como la salud alterada nos deja la enfermedad. Cuando perdemos los ojos quedamos ciegos; cuando nos cortan una pierna quedamos débiles y cojos. No resultan iguales inconvenientes en los ejemplos que antes propuse, porque por perder un amigo, no me son todos infieles; por perder hijos buenos, no los reemplaza en seguida la impiedad, y además no pierdo el amigo ni los hijos, solamente pierdo sus cuerpos. Mas el bien no puede perderse si no se trueca en mal, cosa que no soporta la naturaleza, porque la virtud y todo lo que ella produce está libre de todo cambio. Además, si has perdido amigos ó hijos, de que estabas contento, medios hay para reemplazarlos.—¿Preguntas de qué manera puedes conseguirlos buenos?—Por la virtud. Por la virtud, que no permite que nada quede vacío en su presencia, puesto que llena nuestra alma, y que sirviéndonos tanto, nos quita el pesar de lo que hemos perdido. La virtud es el origen y la fuerza de todos los bienes. ¿Qué importa que el agua de un arroyo se agote ó se pierda si el manantial queda intacto? Por la misma razón que no dirás que un hombre es más justo, más moderado, más prudente, más honesto por haber conservado ó perdido sus hijos, tampoco debes decir que su condición sea mejor. Lo mismo acontece con los amigos: su número mayor ó menor no los hace más prudentes, más honrados, y por tanto ni más felices ni más desgraciados. Mientras la virtud permanece íntegra, no hay desgracia que sea sensible.

¡Cómo! ¿el hombre que se ve rodeado de muchos amigos é hijos no es más feliz que otro?—¿Por qué ha de serlo? El bien soberano no puede aumentar ni disminuir, sino que siempre permanece en el mismo es-

tado. De cualquier manera que obre la fortuna con ese hombre, ora prolongando sus días, ora abreviándolos, la medida del bien sumo permanece igual, aunque sea diferente la de sus años. Cuando trazas dos círculos, uno grande y otro pequeño, la figura no es diferente, solamente hay una circunferencia, y aunque el uno permanezca visible y se borre el otro ó quede cubierto de polvo, siempre podrá asegurarse que los dos tuvieron la misma figura. Lo recto y justo no se aprecia por la magnitud, ni por el número, ni por el tiempo; no puede prolongarse ni acortarse. Reduce, si quieres, la vida honrada de cien años al espacio de un día; no por eso dejará de ser honrada. Algunas veces se extiende la virtud; gobierna reinos, ciudades y provincias; dicta leyes; regula los deberes entre los amigos, los hijos y los parientes: otras veces se encierra en límites más estrechos, y se ejercita la pobreza, el destierro y la pérdida de los hijos; sin embargo, nada pierde de su grandeza, aunque del colmo de los honores descienda á la vida privada, que cambie la púrpura por el sayal, que de gobernar un estado pase á ordenar pobre casa, y, en fin, que arrojada de la tierra no tenga otro refugio que dentro de ella misma. Nada de esto debilita su valor, su prudencia ni su justicia. Por esta razón se encuentra siempre igualmente feliz; porque su felicidad, que es estable, grande y tranquila y que procede del conocimiento de las cosas divinas y humanas, reside en el fondo del alma.

He aquí ahora lo que yo quería contestar. El sabio no se aflige por la pérdida de sus amigos é hijos, porque soporta su muerte con tanta resolución como espera la suya, no sintiendo más ésta que deplora aquélla. Como la virtud consiste en perfecta relación, todas sus acciones tienen lazo de correspondencia con

ella. Pero esta correspondencia faltaría si el alma, que debe ser elevada, se dejase abatir por el dolor, estando segura de que lo que se hace con temor, pena ó tedio no es bueno; mientras que lo bueno siempre es seguro, libre y activo.—¡Cómo! ¿No se encontrará en este estado el hombre sujeto á cualquiera turbación? ¿no cambiará su color? ¿no se inmutará su semblante? ¿no experimentará algún estremecimiento ni alguna de esas emociones que la naturaleza excita sin el consentimiento de la razón?—Confieso que sí; pero también permanecerá persuadido siempre de que todas estas pérdidas no son un mal y que nada encierran que sea capaz de quebrantar un espíritu fuerte. Cuanto haya que hacer, lo hará con ánimo atrevido y resuelto, porque solamente los necios hacen las cosas á su pesar y tienen el cuerpo en un lado y el corazón en otro, dejándose solicitar así por movimientos contrarios. Como se ven despreciados por acciones de las que esperaban gloria, no encuentran ya satisfacción en hacer lo que consideraban glorioso. Si tienen alguna desgracia, no están menos atormentados mientras la esperan que si ya hubiese sobrevenido, y el temor les hace sufrir de antemano lo que están temiendo sufrir. Así como hay señales que preceden á las enfermedades del cuerpo, ora debilidad de nervios, ora cansancio sin haber trabajado, bostezos ó estremecimientos que corren por los miembros; de la misma manera hay males que consumen al espíritu débil antes de abatirle; el espíritu se les adelanta con vanas reflexiones y cae antes que debiera caer. Pero ¿qué hay más insensato que atormentarse por el porvenir, anticipar las desgracias, acercárselas en vez de alejarlas, si no es posible rechazarlas? ¿Quieres saber por qué no debe preocuparse nadie de lo porvenir? Que te digan que dentro de cincuenta años te

someterán á cualquier suplicio; no te atormentarás desde este momento, á no ser que quieras saltar por encima de tan largo período y arrojarte insensatamente en una aflicción que no debe llegar hasta mucho tiempo después. Lo mismo hemos de decir de esos espíritus que se quejan en sus enfermedades y buscan ocasiones para afligirse. Los males pasados les producen tristeza, pero el pasado está tan ausente como lo futuro; ni el uno ni el otro sentimos, y no debe haber dolor allí donde no hay sentimiento. Adiós.

EPISTOLA LXXV.

LA FILOSOFIA NO DEBE ATENDER Á LAS PALABRAS SINO
Á LAS IDEAS.

Te quejas del estilo descuidado de mis cartas.— ¿Quién habla con atildamiento, sino el presumido? Te escribo lo mismo que te hablaría si nos encontrásemos sentados ó paseando; con descuido y sencillamente, deseando que mis cartas no tengan nada rebuscado ni fingido. A ser posible, preferiría mostrarte mis sentimientos, á comunicártelos por escrito, y si tuviese que exponerlos delante de tí, no alzaría la voz, no agitaría los pies ni las manos, y dejaría todo esto para los oradores. Bastárame hacerte oír lo que pienso, pero ni muy alto ni muy bajo, y procuraría persuadirte de que no digo nada que no esté en mi corazón lo mismo que en mis labios. No besa lo mismo el hombre á sus hijos que á su amante; sin embargo, este beso no es tan indiferente que no revele cariño. No aprobaría tampoco á fe mía que se tratasen

cosas tan elevadas con palabras secas y rastreras: la filosofía no renuncia á las bellezas del lenguaje, pero no debe cuidarse excesivamente de ellas. No nos propongamos otra cosa que decir lo que pensamos y pensar lo que decimos. Que nuestra vida esté conforme con nuestras palabras. El hombre cumple su promesa si aparece igual cuando se le ve que cuando se le oye, y conoceremos lo que es y lo que vale, cuando hayamos visto si es siempre igual. No busquemos tanto el deleite como el fruto en nuestros discursos. Si las palabras bellas se presentan espontáneamente, ó no cuestan trabajo, empleémoslas para hacer comprender las materias agradables, pero no para gloriarnos nosotros mismos. Todas las demás ciencias son para el entendimiento, ésta es para los asuntos del alma. El enfermo no se cuida de que el médico hable bien, sino de que sepa curar bien. Sin embargo, si ocurre que al curarle discurre agradablemente acerca de los medicamentos que necesita, le escuchará con gusto, pero no se regocijará por tener un médico que hable bien. Esto es lo mismo que si un piloto experimentado tiene hermosa figura. Podrías decir á ese médico: ¿por qué diviertes mi oído? ¿por qué quieres seducirme? Ahora se trata de otra cosa; de aplicarme el hierro y el fuego, ó de prescribir la dieta. Te he llamado para esto; tienes que tratar un mal inveterado, grave y molesto, y tienes que trabajar tanto como en tiempo de peste. También te diría yo: ¿te diviertes en las palabras? Si crees saber bastantes cosas, diviértete, regocijate en hora buena. Pero ¿cuándo imprimirás tan profundamente en tu alma lo que hayas aprendido que no se borre jamás? ¿Cuándo harás la prueba? Porque no basta haber fijado en la memoria estos bellos conocimientos como tantos otros; necesario es además ponerlos en práctica,

puesto que somos felices ejerciéndolos y no adquiriéndolos.

¡Cómo! ¿no existen grados en ellos? ¿se llega de pronto á la sabiduría?—No, según creo; porque el que empieza, se encuentra aún en el número de los ignorantes, aunque ya medie mucha distancia entre ellos; existiendo también una muy grande entre los que empiezan. Ordinariamente se les divide en tres clases: los primeros son aquellos que no han llegado aún á la sabiduría, encontrándose cerca de ella, pero lo que está cerca, todavía está fuera.—¿Preguntas quiénes son éstos?—Los que han abandonado sus vicios y malas inclinaciones; los que han aprendido lo que deben abrazar, pero aun no han experimentado sus fuerzas, y no utilizan su ventaja: encuéntranse sin embargo fuera de peligro de recaer ó retroceder, pero no lo conocen, y, como creo haberte dicho en una de mis cartas, no saben que son sabios; encuéntranse ya en posesión de sus bienes, pero no se atreven á confiar en ellos. Algunos dicen que están curados en verdad de las enfermedades del alma, pero no de la afecciones que les mantienen todavía en la pendiente del vicio, del que nadie puede creerse libre hasta que lo ha arrojado por completo; lo cual no se consigue si antes la sabiduría no ha ocupado su puesto.

Frecuentemente te he señalado la diferencia que hay entre las enfermedades y las afecciones del alma, pero he de recordártela otra vez. Las enfermedades son vicios inveterados y endurecidos, como la avaricia y la ambición desmedida, que, habiéndose apoderado del alma son sus perpetuos verdugos. Para decirlo de una vez, esta enfermedad es una opinión desarreglada que hace desear ardientemente cosas que no lo merecían; ó si lo prefieres, es desmedida avidez

por lo que no debe buscarse con apresuramiento, ó que no debe buscarse de ninguna manera; ó bien, en fin, es elevado aprecio de las cosas de que debe hacerse poco caso, ó que deben despreciarse. Los afectos son movimientos desordenados, repentinos y violentos, que siendo frecuentes y no habiéndolos corregido, degeneran en enfermedad, como la flu-
xión que no es duradera produce la tos, y cuando continúa mucho tiempo produce al fin la tisis. De aquí que los que han avanzado mucho y se acercan á la perfección, están libres de las enfermedades del alma, pero se encuentran sujetos aún á los afectos.—El segundo orden comprende á los que se han curado de las enfermedades y afectos del alma, pero su salud no está muy firme aún, porque pueden recaer.—El tercero incluye á los que se han libertado de muchos y grandes vicios, pero no de todos. Uno se liberta de la avaricia, pero aun está sujeto á la cólera. Otro ha abandonado la lujuria, pero continúa siendo ambicioso; aquél no desea ya, pero teme todavía; muéstrase fuerte en ocasiones y cobarde en otras; desprecia la muerte y teme el dolor.

Meditemos algo en este orden. Honroso será para nosotros si se nos admite en él. Para entrar en el segundo, se necesita haber nacido muy afortunado y dedicarse al estudio con extraordinaria aplicación. Pero en último caso, el tercer orden no es despreciable. Considera cuántas maldades se cometen ante tus ojos, y que no hay crimen tan enorme del que nuestra época no ofrezca ejemplo. Contempla cómo progresa la maldad de día en día, los desórdenes que se realizan, tanto pública como privadamente, y conocerás que no es poca fortuna si no pertenecemos al número de los malvados.—Pero dirás: yo quiero remontar á otro orden superior.—Así lo deseo para tí y

para mí, pero es cosa que no me atrevería á prometerme; porque estamos preocupados y queremos seguir la virtud estando dominados por el vicio. Avergüénzame en verdad decirlo: solamente pensamos en la virtud cuando no tenemos otra cosa que hacer. Pero ¿qué recompensa nos espera si podemos despojarnos de una vez de esas ocupaciones y de esos embarazosos males á que estamos adheridos? Ya no habrá avidez que nos arrastre, ni temor que nos inquiete. No nos agitarán terrores, ni nos corromperá la voluptuosidad. No temeremos la proximidad de la muerte ni la cólera de los Dioses. Conoceremos entonces que la cólera no es un mal, y que los Dioses no pueden ser malos; que es imperfección hacer daño, como también poder sufrirlo; que si pasamos un día de este paraje lleno de miserias á aquellas hermosas y sublimes moradas, encontraremos esperándonos en ellas tranquilidad de espíritu y libertad exacta de toda clase de errores.—Preguntas, ¿qué es esto?—No temer á los hombres ni á los Dioses; no querer cosas torpes ni pequeñas, y tener completo dominio sobre las pasiones. Bien inestimable es ser de sí mismo. Adiós.

EPÍSTOLA LXXVI.

HASTA EN LA VEJEZ PUEDE APRENDERSE. — PRUEBA DE
NUEVO QUE NO HAY OTRO BIEN QUE LO HONESTO.

Me declaras enemistad si no te digo lo que diariamente hago. Mira qué sencillamente obro contigo: no quiero ocultarte que escucho á los filósofos, y hace cinco días que asisto á la escuela, y oigo al que ex-

plica á las ocho.—¡A buena edad! dirás.—¿Por qué no? ¿Qué insensatez mayor que la de no querer aprender porque hace mucho tiempo que no se ha aprendido nada? ¡Cómo! ¿quieres que haga lo mismo que hacen los jóvenes y los que no cuidan más que de su adorno? Bien escapo en verdad si no se dirige otra reconvencción á mi vejez. En esta escuela se recibe á toda edad. Pasemos en ella el resto de nuestros días: asistamos á ella con tanta asiduidad como si fuésemos jóvenes todavía. ¡Cómo! ¿tan viejo como soy concurriría al teatro, haríame llevar al circo, presentaría todos los combates de gladiadores, y me avergonzaria de escuchar las lecciones de un filósofo? Mientras somos ignorantes, ó, como dice el proverbio, mientras vivimos, es ocasión de aprender. Nada conviene mejor con esta máxima: Mientras se vive, es necesario aprender á vivir. También enseño yo algo allí.—¿Preguntas qué enseño?—Que el hombre, por viejo que sea, debe aprender. Por lo demás, me avergüenza la conducta de la mayor parte de los hombres. Para asistir á esta escuela, establecida en casa de Metronacto, hay que pasar, como sabes, por delante del teatro de los Napolitanos, lleno siempre de gente que asiste para oír á los flautistas y juzgar de su habilidad: ahora se presentan en él un flautista griego y un trompeta que atraen numeroso concurso. Pero este otro sitio donde se busca al hombre virtuoso, en que se aprende á serlo, está casi desierto, y hasta llaman necios y holgazanes á los que lo frecuentan, como gentes incapaces de hacer nada bueno. Por mi parte no me incomodaré si me censuran por tal motivo; porque deben escucharse fríamente las necedades de los ignorantes y despreciar el desprecio cuando quiere adquirirse la virtud.

Animo, pues, querido Lucilio; trabaja para que no

te suceda como á mí, que voy á la escuela siendo viejo. Tanto más obligado te encuentras á ello, cuanto que has emprendido una cosa que apenas podrás aprender aunque llegues á la extrema vejez.—¿Avanzaré mucho en ella?—Mientras te apliques. ¿Qué esperas? Nadie ha llegado á sabio por casualidad. Podrás adquirir dinero sin trabajo. Tal vez recibirás honores y empleos sin que los pretendas; mas no conseguirás jamás la virtud sino á costa de mucha fatiga y laboriosidad. Pero ¡bien haya el trabajo, con que se adquiere toda clase de bienes! Porque no hay otro bien que lo honesto, y no encontrarás nada sólido ni seguro en lo que aprecia la opinión de los hombres.

Te diré por qué no existe otro bien que lo honesto; y como crees que no cumplí lo ofrecido en mi última carta y que antes ensalcé que probé la proposición, resumiré en pocas palabras lo que dije. Cada cosa tiene su bien propio que le es peculiar: estimase la vid por su fecundidad, el vino por su sabor, el ciervo por su carrera, el caballo por su robusto lomo, porque es á propósito para llevar carga. Se atiende á la nariz del perro si ha de olfatear á las fieras; á su ligereza, si las ha de cazar; á su atrevimiento, si las ha de combatir y derribar. En una palabra, lo mejor que hay en cada cosa es aquello para que ha nacido y lo que hace apreciarla. ¿Qué es lo mejor que hay en el hombre? La razón, puesto que por ella es superior á los animales y se acerca á los Dioses. La razón, pues, es el bien propio del hombre; sus demás cualidades le son comunes con las bestias y con las plantas. Es fuerte, el león lo es también; es hermoso, también lo es el pavo real; es ligero, y también el caballo. No quiero decir que les sea inferior en estas cosas, porque no busco lo que sea mayor en él, sino lo que le sea peculiar. ¿Tiene cuerpo? también los árboles tienen. ¿Tiene apetitos y

movimientos voluntarios? las bestias y los gusanillos los tienen igualmente. ¿Tiene voz? más clara la tienen los perros; las águilas más penetrante; los bueyes más fuerte; los ruiñeñores más dulce y flexible. Pero, en fin, ¿qué tiene de peculiar el hombre? La razón. Esta es la que hace completa su felicidad, cuando es recta y perfecta. Así, pues, una cosa que ha llegado á la perfección del bien que hay en ella, es digna de alabanza, por haber llenado el fin para que la formó la naturaleza. Esta razón perfecta se llama *virtud*, ó lo que es igual: *lo que es honesto*. Así, pues, el bien que hay en el hombre es lo que pertenece al hombre solamente; porque ahora no preguntamos: ¿qué es el bien? sino ¿cuál es el bien del hombre? Si el hombre no tiene otro que la razón, cierto es que ésta es su único y solo bien, que vale más que todos los demás. Cuando se ve á un hombre, si es malvado, se le censura en el acto; pero si es honrado, se le aprueba. Es, pues, una cosa peculiar y propia del hombre que se le censure ó se le apruebe.

No dudas que esto sea un bien, pero dudas que sea el soio bien. Si un hombre reconocido por malvado poseyese todos los demás bienes, salud, riqueza, nobleza, considerable número de clientes, le despreciarías seguramente. Si, por el contrario, ves otro desprovisto de dinero, de nobleza y de clientes, pero reputado como bueno, lo aprobarás. Luego éste es el único bien del hombre, puesto que se aprecia al que lo posee aunque esté destituído de los demás, y al que no lo posee, se le desprecia y rechaza aunque goce de todos los bienes del mundo. No se dice que es buena una nave cuando está pintada de brillantes colores, y tiene dorado ó plateado el espolón, las cámaras decoradas con marfil y cargada con los tesoros y equipajes de un príncipe, sino cuando es sólida

y bien construída, no hace agua, resiste los golpes de mar, se gobierna con facilidad, es ligera y se comporta bien ante el viento. No dirás que una espada es buena porque penda de un cinturón dorado, ó porque la vaina esté guarnecida de piedras preciosas, sino por tener afilado corte y aguzada punta. No se pregunta si una regla es hermosa, sino recta. Todas las cosas se estiman por su relación con el fin que les es propio. Así, pues, no se considera en el hombre cuántas tierras tiene, rentas y clientes, si come sentado en ricos tapices, si bebe en trasparente cristal, sino solamente si es bueno. Ahora bien; es bueno si su razón es recta y conforme con la voluntad de su naturaleza. Esto es lo que se llama virtud; esto es lo honesto y el único bien del hombre; porque, como solamente la razón hace perfecto al hombre, solamente la razón perfecta le hace dichoso. De aquí que llamemos bien á todo lo que procede de la virtud, es decir, todas sus acciones. Pero ella es de tal manera bien, que no hay bien sin ella. Si todo el bien reside en el alma, síguese que todo lo que la afirma y ensalza es un bien. Pero es indudable que la virtud da al alma más fuerza, elevación y amplitud, porque las cosas que agradan á los sentidos la rebajan y corrompen, y cuando parece que quieren elevarla, la precipitan en el orgullo y la vanidad: luego el alma no tiene otro bien que aquello que la hace mejor. La consideración de lo que es honesto y de lo que no lo es, forma toda la regla de nuestra vida; por ella nos decidimos á obrar ó no obrar. Voy á explicarte lo que esto es. El hombre honrado hará siempre lo que cree poder hacer con honor, aunque parezca difícil, y hasta cuando le sea perjudicial y peligroso. Por el contrario, no hará jamás lo que no considere honesto, aunque deba producirle dinero, placer ó autoridad.

El temor no le apartará de una empresa honesta, como la esperanza no le comprometerá en una mala acción. Si, pues, el hombre honrado regula sus acciones por estos dos motivos: seguir lo que es honesto y huir de lo que no lo es, no hay otro bien que la virtud ni otro mal que el vicio; y si solamente la virtud es inalterable y permanece conforme consigo misma, cierto es que no hay otro bien que la virtud, puesto que nada puede hacerla cambiar. La sabiduría no puede trasformarse ni trocarse en error.

He dicho, si lo recuerdas, que muchos hombres en otro tiempo despreciaron por capricho cosas que comúnmente se desean ó se temen. Se vió á uno poner la mano en el fuego; á otro reir en la tortura; á aquél no derramar ni una lágrima por la muerte de sus hijos; á éste caminar tranquilo al suplicio; en fin, ¡cuántos buscan el peligro para satisfacer su amor, su cólera ó su avaricia! Si esto puede hacer cierta obstinación de ánimo, excitado por algún estímulo, ¿qué no podrá hacer la virtud, que no obra por capricho y cuya fuerza siempre es igual? Síguese de aquí que lo que algunas veces desprecian los necios y siempre los sabios, no es bueno ni malo, y que solamente el bien de la virtud marcha valerosamente entre la buena y mala fortuna, despreciando igualmente la una y la otra.

Si alguna vez te dejases seducir por la opinión de que existe otro bien que lo honesto, destruirías á la vez todas las virtudes, porque no podrá ya adquirirse confiadamente nada que esté fuera de ella; lo cual repugna á la razón, de la que procede la virtud, y á la verdad, que siempre es compañera de la razón. Ahora bien; toda opinión contraria á la virtud es falsa; además, necesario es que concedas que el varón bueno reverencia cumplidamente á los Dioses. Por

esta razón soportará resignadamente cuanto le ocurra, sabiendo que la ley divina, que gobierna todas las cosas, lo ha ordenado así. Si así lo hace, no creerá que existe otro bien que lo honesto, en lo que están comprendidos todos los deberes, la obediencia á los Dioses, no exaltarse por accidentes imprevistos, no deplorar su desgracia, someterse al destino, hacer lo que éste ordena. Si existiese otro bien que lo honesto, nos atormentaría insaciable deseo de la vida y de todas las cosas que la hacen cómoda, lo que sería insostenible y llegaría hasta lo infinito. No existe otro bien que lo honesto, que siempre es ordenado.

Ya he dicho que la condición del hombre sería más feliz que la de los Dioses, si el oro, los honores y otras cosas que no pueden usar los Dioses fuesen verdaderos bienes. Añade ahora, que si las almas subsisten después de la disolución de los cuerpos, se encontrarán sin duda en estado más feliz que antes. Pero si los bienes de que gozamos por medio del cuerpo fueran verdaderos bienes, nos encontraríamos en peor condición después de abandonarle, y se deduciría que la prisión sería más ventajosa que la libertad, lo cual es contrario á toda razón. También he dicho que si lo que es común al hombre y á los animales fuese un bien, seguiríase que los animales son capaces de verdadera felicidad, lo cual es absolutamente imposible. Necesario es sufrir todas las cosas por lo honesto, lo cual no sería necesario si hubiese otro bien que la virtud.

Aunque he tratado esta materia con más extensión en la carta anterior, la he condensado y resumido en esta. Esta opinión no te parecerá nunca cierta, á no ser que eleves tu espíritu y que no te preguntes si, en el caso de tener que morir por la patria y salvar la vida de tus conciudadanos perdiendo la tuya, darías

sin pesar tu cabeza. Si puedes hacerlo, preciso es confesar que no existe otro bien, puesto que todo lo dejas por conseguirlo. Considera qué fuerza tiene lo honesto: mueres por la república en cuanto te resuelves á ello, aunque no lo ejecutes en el acto. Algunas veces una bella acción produce regocijo por algún tiempo, y aunque el fruto que produce no pase á los muertos que la realizaron, gozárónle de antemano: porque cuando un hombre honrado y valeroso se convence de que la libertad de su patria y la salvación de un país entero es el precio de su muerte, no es posible dudar que no le sea placer muy dulce su sacrificio y que no saboree desde luego las consecuencias de su acción. Aquel mismo que se vea privado de la alegría que da la ejecución de una grande empresa, cuando consigue buen resultado, no dejará de caminar con premura á la muerte, contentándose con haber realizado lo que el honor y la piedad exigían de él. Proponle ahora lo que podría hacerle desistir. Dile: Pronto olvidarán lo que haces; favorecerás á gentes que no agradecen; te contestará: Eso no tiene nada de común con mi acción; la considero en sí misma, y estoy convencido de que es honesta. Por eso voy á donde me llama.

Así, pues, existe un solo bien, que siente tanto el hombre de elevada virtud, como cualquier otro que sea generoso y digno. Los demás son de poco momento y mudables; de lo que resulta que se les posea con inquietud, aunque la fortuna los haya otorgado á manos llenas: son naturalmente pesados, fatigan á sus dueños, y algunas veces los agobian. Todos los que ves vistiendo púrpura, no son más dichosos que los que llevan en las comedias el cetro y manto real: pasan delante del público calzado el coturno; pero en cuanto salen del teatro se les descalza y vuelven á su

primera estatura. No encontrarás ni uno solo de los que la riqueza y los honores han colocado sobre los demás, que sea grande realmente. ¿Por qué te parecen grandes? Porque añades la medida de la base á la de la estatua. Un enano será siempre pequeño aunque se le coloque en la cima de una montaña; y un coloso será siempre grande, aunque le bajen al fondo de un pozo. He aquí nuestro error y lo que ordinariamente nos engaña: no estimamos la persona sola, sino que apreciamos también sus trajes y comitiva. Pero cuando quieras saber el verdadero valor de alguno, contéplale desnudo; despójale de sus riquezas, de sus cargos y de los demás favores con que le ha adornado la fortuna; hasta prescinde del cuerpo y considera su alma; contéplala como es, y si es grande por sí misma ó por lo que ha recibido de otro. Si mira sin temblar las espadas dirigidas contra él; si cree que le es indiferente entregar el espíritu por la boca ó por la garganta, asegura que es dichoso. Dilo también si no pierde la firmeza cuando oiga la sentencia de su muerte ó le enteren de alguna de esas desgracias que pueden causar el acaso ó la tiranía, como la prisión, el destierro y todas las demás cosas que turban con vanos temores la imaginación de los hombres, y si dice:

..... Acostumbrado estoy á los trabajos,
Oh Virgen, no veré nuevos semblantes;
Los he visto y en mi ánimo vencido.

«Lo que hoy me adviertes, hace mucho tiempo que me lo advertí yo mismo y prepararé al hombre para todo lo humano.» Cierto es que el golpe no es tan rudo cuando se ha previsto; pero los necios que se abandonan á merced de la fortuna, siempre quedan sorprendidos y asombrados cuando se presenta el mal; de

aquí resulta que, para éstos, la mayor parte del mal consiste en la novedad, lo cual se reconoce en que lo soportan con paciencia cuando se acostumbran á él. Por esta razón el sabio se hace familiares los males que están por venir, y suaviza por efecto de larga meditación los que los otros no podrían aminorar sino por largo sufrimiento. Algunas veces oímos decir á los ignorantes: «No sabía que podía ocurrirme esto.» El sabio nada ignora de lo que le puede ocurrir, y sea lo que quiera lo que le ocurra, dice: «Lo sabía.» Adiós.

EPÍSTOLA LXXVII.

DE LAS NAVES ALEJANDRINAS.—DE LA MUERTE
DE MARCELINO.

Repentinamente se nos han presentado hoy las naves de Alejandría, que, acostumbran á venir delante para anunciar la llegada de la flota, por lo que se las llama *mensajeras* (*tabellarias*). Su vista siempre es agradable á la Campania. Todos los habitantes de Puzzola acuden al puerto, y reconocen las naves de Alejandría por la forma de su jarcia, entre infinidad de otras: solamente ellas pueden llevar la vela que se coloca en lo más alto del barco, siendo cosa cierta que la parte superior es la que le imprime rapidez, por cuya razón, cuando es demasiado fuerte el viento se baja la entena, porque no es tan violento cuando hiere por bajo. En cuanto llegaron á la isla de Capri y á ese cabo desde cuya cumbre

Centempla Palas el proceloso mar,

obligan á todos los demás barcos á no desplegar más

que una sola vela, pero dejan el foque á los de Alejandría como insignia.

Al ver aquella multitud que acudía á la orilla del mar, satisfecho quedé de mi indolencia, que me impidió ir á buscar diligentemente las cartas que esperaba y mostrar apresuramiento por enterarme del estado de los asuntos que tengo en aquel país; porque hace mucho tiempo que no hay ganancia ni pérdida para mí. Aunque no fuese viejo no debería sentir esto, mucho menos ahora, puesto que tengo más viático que camino que recorrer, principalmente cuando nada me obliga á recorrerlo hasta el fin. Incompleto será el viaje si no llegas al término propuesto; pero la vida será perfecta si es honrada; tus años serán completos si los terminas bien, y algunas veces se les puede terminar con valor aunque no sea por causas importantes, puesto que tampoco lo son las que nos retienen en la vida.

Tulio Marcelino, á quien conociste, era un joven amable que envejeció temprano: viéndose dominado por larga y molesta enfermedad que no era incurable, pero que le hacía esclavo de los médicos, reunió á muchos amigos suyos para deliberar si debería adelantar su muerte. Cada cual opinaba según la índole de su carácter: el tímido le daba el consejo que él mismo hubiese tomado; el adulador le decía lo que podía agradarle. Un estoico amigo nuestro, hombre amable, y, para darle el título que merece, varón fuerte y grande, le habló, en opinión mía, admirablemente. «No te atormentes, querido Marcelino, como si tuvieses que deliberar acerca de asunto muy grave. No es tan gran cosa vivir, puesto que todos tus criados y todos los animales viven como tú, pero es mucho morir con prudencia y valor. Piensa cuánto tiempo hace que repites lo mismo, que comes, que

duermes, que gozas de los placeres voluptuosos; estás recorriendo un circulo. El hombre disgustado de la vida puede decidirse á morir con tanta facilidad como el más fuerte ó el más miserable. No necesitaba Marcelino que le excitasen, sino solamente que le ayudasen; sus criados no querían obedecerle. Nuestro amigo comenzó á quitarles el miedo, diciéndoles que los criados no corrían peligro más que cuando no había seguridad acerca de si la muerte de su amo había sido voluntaria, y que en aquel caso no serían menos culpables por impedirle morir, que si le matasen. En seguida dijo á Marcelino que los deberes de humanidad exigían que al morir se dejase algo á aquellos que nos habían asistido con sus servicios, de la misma manera que después de la comida se distribuyen las viandas que quedan entre los que las han servido. Marcelino era generoso y regalaba con facilidad; así, pues, dió cierta cantidad de dinero á cada criado, y viéndoles llorar, trató de consolarles. No necesitó emplear el hierro; permaneció tres días sin comer, é hizo poner un lecho en su habitación; en seguida llevaron un baño, en el que permaneció bastante tiempo haciendo verter en él con frecuencia agua caliente. Por este medio perdió poco á poco las fuerzas, no sin cierto placer, decía, como el que acompaña á ligero desvanecimiento; de lo cual tengo alguna experiencia, porque en algunas ocasiones me he encontrado en esa situación.

Te refiero esto porque tal vez no te desagradará, viendo que el fin de tu amigo fué tan agradable y tranquilo; porque á pesar de haberse dado la muerte, partió tan dulcemente, que puede decirse se sustrajo á la vida. Pero no quiero que este ejemplo sea completamente inútil. La necesidad obliga con frecuencia á recurrir á ejemplos de esta naturaleza, porque

muchas veces deberíamos morir y no queremos; frecuentemente también morimos y no querríamos morir. Todos saben que debemos morir algún día, y, sin embargo, no hay nadie que no retroceda, que no tiemble y que no llore al acercarse la muerte. ¿No dirías que era loco el que se afligiese por no haber nacido mil años antes? Pues no considero menos loco al que llora porque dentro de mil años no vivirá. Las dos cosas son iguales; no existirás ya, no has existido antes; estos dos tiempos no te pertenecen; estás encerrado en un punto, y si pudieses extenderlo, ¿qué extensión le darías? ¿Por qué lloras? ¿qué deseas? ¡pierdes el trabajo!

Las súplicas no cambian el decreto del hado. Es invariable, terminante; está establecido por decreto eterno: irás á donde van todas las cosas. ¿Por qué te asombras? Has nacido bajo esta ley: tu padre, tu madre, tus antepasados la obedecieron, y de la misma manera todos los que vivieron antes que tú, no quedando exentos tampoco los que vengan después. Existe un orden invencible é invariable que envuelve y arrastra todas las cosas. ¡Cuántos te seguirán después de tu muerte! ¡Cuántos te acompañarán! Creo que mostrarías más fortaleza si vieses morir muchos contigo, pero en el momento en que temes morir, mueren de diferentes maneras multitud de hombres y de animales. ¿No pensabas que alguna vez llegarás adonde te diriges todos los días? No hay camino que no tenga término.

¿Crees que voy á citarte ejemplos de grandes personajes de la antigüedad? no quiero hablar más que de niños. Dícese que un joven lacedemonio, caído prisionero, exclamaba en su lengua dórica: «¡No seré esclavo!» Cumplió su promesa, porque cuando le mandaron algo degradante é indecoroso (llevar una

vasija inmunda), se estrelló la cabeza contra una pared. ¿Puede ser nadie esclavo teniendo tan cerca la libertad? ¿No preferirías que tu hijo muriese de esta manera, á verle envejecer en la inercia? ¿Por qué temer, si morir con fortaleza es hasta pueril? En último caso, lo que no quieres hacer tendrás que hacerlo por fuerza; haz, pues, por tu propia voluntad lo que han de obligarte á hacer. ¿No tendrás tanto valor como un niño para decir: «¡no seré esclavo!» ¡Desgraciado! ¿no eres esclavo de los hombres, de los negocios y de tu vida? Porque la vida es una esclavitud cuando no se tiene valor para terminarla. ¿Qué puedes esperar aún? Has agotado todos los placeres que te encadenaban; ya no los hay nuevos para tí, ni tampoco que no te produzcan disgusto: conoces el sabor del vino y de la ambrosía, ¿qué importa que pasen aún ciento ó mil ánforas á tu vientre? Siempre es lo mismo. Conoces el sabor de las ostras y demás platos apetitosos; el lujo, en fin, nada ha reservado desconocido para tus últimos años, y sin embargo estas son las cosas de que te causa pena separarte. ¿Qué otras cosas podrán existir que pueda dolerte abandonar? ¿amigos? ¿patria? ¿los estimas tanto que por ellos demores la cena? Con placer apagarías el sol si te fuese posible, porque ¿qué has hecho que merezca verse á la luz del día? Confiesa que no es por amor del Senado, de los negocios ni de las cosas de la naturaleza por lo que tardas en decidirte á morir: te disgusta dejar la carnicería en la que nada dejas. ¿Temes la muerte? y, sin embargo, con tanto atrevimiento la desafías en medio del desorden. Quieres vivir y temes morir: pero la vida que llevas ¿no es muerte? Pasando por la vía Latina un prisionero anciano, de luenga barba, rogó á César mandase matarle, y le contestó: «¿Aún crees vivir?» Esto debería decirse á aquellos á quienes sería

útil la muerte: ¿Temes morir? ¿acaso vives?—Pero yo quiero vivir, dirá alguno, porque hago muchas cosas honestas; abandono con dolor los deberes que cumplo con fidelidad.—¿Y no sabes que es deber de la vida morir? No abandonarás ninguno, porque no te han impuesto número que debas completar. Tu vida será bastante larga, porque, si atiendes á la duración del Universo, las de Néstor y Statilia serían muy cortas, á pesar de que ésta mandó grabar en su sepulcro que había vivido noventa y nueve años. Ya ves cómo se gloria una vieja de haber vivido mucho: ¿quién la hubiera soportado si cumple el siglo entero? Lo mismo es nuestra vida que una comedia; no se atiende á si es larga, sino á si la han representado bien. Concluye donde quieras, con tal de que pongas buen final. Adiós.

EPÍSTOLA LXXVIII.

NO DEBEN TEMERSE LAS ENFERMEDADES.

He sabido que padeces fluxiones frecuentes, seguidas de cortas convulsiones, y lo siento tanto más, cuanto que conozco por experiencia esa clase de enfermedades. Al principio las desprecié, porque la juventud me hacía soportar las molestias y resistir fuertemente las enfermedades; pero más adelante tuve que ceder á ellas, llegando al punto de parecer que se deshacía mi cuerpo. Cuando me ví reducido á extrema delgadez, con frecuencia tuve conatos de darme la muerte; pero la avanzada edad de mi padre, que me quería mucho, me contuvo, considerando que tenía tanta razón para sentirme, como yo para querer

morir. Esto me hizo consentir en continuar viviendo, porque algunas veces se necesita valor para tal resolución. Te diré lo que me alivió, después de decirte que los pensamientos á que me entregaba me sirvieron de medicina; tan cierto es que los ejercicios honestos sirven de remedios, y que lo que fortalece al ánimo es útil al cuerpo. El estudio, pues, fué lo que me curó, y doy gracias á la filosofía, que me devolvió la salud; deudor le soy de la vida. También mis amigos contribuyeron mucho á mi curación con sus consuelos, asiduidades y conversaciones. Necesario es que sepas, querido Lucilio, que no hay nada que tanto alivie á un enfermo y que le quite tan fácilmente el pensamiento y temor de la muerte como las visitas y asistencia de sus amigos. Imaginaba yo que no moriría porque les dejaba en la vida; que si no vivía con ellos, viviría al menos en su recuerdo; que no exhalaría el espíritu, sino que solamente lo depositaría en sus manos. Esto me hizo decidir á ayudarme y tener paciencia; porque sería desgracia muy grande, habiendo abandonado el pensamiento de morir, no tomar aún la resolución de vivir.

Emplea, pues, estos remedios; después ordenará el médico tus paseos y ejercicios; te dirá que no debes permanecer ocioso, aunque la enfermedad te incline á ello; que es necesario leer en alta voz para ejercitar la respiración, que no es libre; que te es conveniente navegar para mecer suavemente las vísceras; prescribirá lo que has de comer; cuándo habrás de beber vino para recobrar fuerzas; cuándo habrás de dejarlo para que no te irrite la tos. Por mi parte, solamente puedo darte un remedio, que servirá para tu enfermedad presente y para todas las que puedan invadirte durante tu vida. Desprecia la muerte. Nada hay triste cuando no se teme.

Tres cosas desagradables encontramos en las enfermedades: el temor de la muerte, los dolores del cuerpo y la suspensión de los placeres. Bastante hemos hablado de la muerte, y solamente añadiré que este temor no procede de la enfermedad, sino de la naturaleza. A muchos la enfermedad les ha retrasado la muerte, y se han salvado porque se creía que iban á morir. Morirás porque vives, no porque estás enfermo. ¿Estarás en salvo si te curas? no; habrás escapado de la enfermedad, pero no de la muerte. Vengamos á la otra molestia. La enfermedad produce agudos dolores; pero algunos intervalos los hacen tolerables, porque cuando el dolor llega á su parte más acerba, alcanza á su fin. No se puede sufrir mucho por largo tiempo; la cariñosa naturaleza ha dispuesto que el dolor fuese tolerable ó corto. Los dolores más agudos se experimentan en las partes más delgadas del cuerpo; de lo que resulta que los nervios, las coyunturas y todo lo menos carnosó sufre extraordinariamente cuando se deposita en ellos el humor dañino. Mas estas partes se entumescen en seguida y pierden la sensibilidad por el mismo exceso del dolor; sea que los espíritus, no teniendo paso ya, se alteran y pierden ese vigor que da la sensibilidad, ó que el humor corrompido, no teniendo ya vía para descargarse, se concentra en sí mismo y hace insensibles las partes que ha ocupado. Por esta razón la gota de los pies y de las manos y los dolores de las vértebras se calman cuando se adormecen las partes doloridas. De todos estos males, solamente nos atormentan las primeras punzadas, pero se embotan por la duración y terminan por el entumecimiento. El dolor de muelas, de ojos y de oídos, no menos, á fe mía, que el de cabeza, es el mayor de todos, porque se forma en partes que son muy estrechas; pero cuanto más violento es, más

pronto cambia, degenerando en estupor. Así, pues, en los dolores agudos puede tenerse el consuelo de que se hacen insensibles á manera que son más sensibles. Lo peor que los ignorantes tienen en sus enfermedades es que están demasiado apegados á su cuerpo y no tienen costumbre de buscar satisfacción en el espíritu, mientras el hombre sabio y prudente sabe separar su espíritu de su cuerpo, y conversa más frecuentemente con esta parte divina, no teniendo más comercio con la otra, que es inferior y que se queja sin cesar, que el que la necesidad impone.—Pero es molesto, dirás, estar privado de todos los placeres, abstenerse de comer y beber cuando se tiene hambre y sed.—Esto nos es difícil al principio; pero con el tiempo sentimos disgusto por las mismas cosas que nos inspiraban avidez, quedando debilitados y abatidos los órganos que la producían. De aquí procede que no puede soportarse lo que antes se deseaba, y que al fin se pierde toda clase de apetitos. Ahora bien: no es incómodo verse privado de una cosa que que ya se desea. Añade que no existe dolor sin intermisión ó sin remisión y que no pueda prevenirse ó moderarse con algunos remedios; porque todos los males, y principalmente los que nos son familiares, tienen síntomas que los anuncian. Tolerables son todos, si desprecias lo que puede sobrevenir.

Cuida de no hacer más graves tus enfermedades con inútiles quejas. El dolor no será más grande con tal de que no aumente la imaginación. Por el contrario, si tienes valor y te dices:—Esto no es nada; ó, en todo caso: Esto es poca cosa, tengamos paciencia,—cesará muy pronto, y hasta lo dulcificarás pensando que es fácil de soportar. Todo depende de la imaginación, que mide no solamente la ambición, sino también el lujo y la avaricia. Ella mide también nuestras aflic-

ciones, porque no somos desgraciados sino en cuanto creemos serlo. Por lo demás, necesario es prescindir de esas quejas inútiles por dolores pasados, y de las frases: «¡Jamás padeció tanto nadie! ¡qué tormento y qué dolores he experimentado! ¡nadie creía que pudiese convalecer! ¡cuántas veces me han llorado mis parientes y me han abandonado los médicos! ¡los que sufren el tormento no padecen tanto!» Concedo que todo esto sea verdad, pero ya no lo es. ¿De qué sirve recordar los males pasados y ser desgraciado porque se fué antes? Nadie es verídico en estos asuntos, y todos aumentan el mal que padecieron. El relato que de él se hace produce cierto placer, porque es natural regocijarse del fin de su dolor. Necesario es, pues, prescindir de dos cosas: el temor del porvenir, y el recuerdo de los males pasados; éstos ya no nos afectan, aquél no nos alcanza todavía. El que se encuentre comprometido en estas dificultades, que diga:

..... Quizá me agradará recordarlo en adelante.

Que emplee todo su ánimo en combatir el dolor. Será vencido si cede, vencerá si resiste. Esto es lo que hacen hoy la mayor parte; llaman sobre sí la ruina que debieran alejar. Considera que lo que pesa, se inclina é impulsa, persigue y concluye por abrumar, si se empieza á ceder; pero si se resiste con firmeza, se rechaza. Contempla los golpes que se acostumbran los atletas á recibir en la cara y en el cuerpo por el deseo de gloria: lo sufren no por el combate, sino para saber combatir; y hasta el ensayo mismo les es un tormento. Tratemos, pues, de dominar lo mismo toda clase de dificultades; nuestra recompensa no será una corona, una palma ó una trompeta que impunga silencio para oír las alabanzas que se nos dirijan, sino la virtud, la constancia y una tranquilidad de espí-

ritu que durará siempre si conseguimos una vez vencer á la fortuna.

¡Sufro agudo dolor!—¡Cómo! ¿no has de sufrirlo si lo soportas con valor mujeril? El dolor es como el enemigo en la guerra, que derriba al que le cede y no se defiende.—¡Pero es muy grave!—¡Cómo! ¿somos fuertes para no soportar más que lo leve? ¿qué prefieres, que la enfermedad sea larga ó sea corta y violenta? Si es larga, tendrá intervalos que te permitirán reponerte, y después de mucho tiempo tendrá que abandonarte; si es corta, sucederá una de estas dos cosas: llegará muy pronto su fin, ó el tuyo. ¿Qué importa que sea ella ó yo quien desaparezca, puesto que de una ú otra manera dejaré de padecer? Bueno será también prescindir del dolor y distraer el espíritu con otros pensamientos. Reflexiona sobre lo que has hecho de bueno y virtuoso en la vida; considera tus actos mejores. Que recuerde tu memoria las grandes acciones que en otro tiempo has admirado; los hombres generosos que han triunfado del dolor se presentarán á tu mente: verás á aquel que no cesaba de leer mientras le cortaban las venas de las piernas, y aquel otro que no cesaba de reír aunque el verdugo, irritado, hacía mas cruel el suplicio. ¡Cómo! si se ha vencido el dolor riendo, ¿no se le podrá vencer raciocinando? Dí ahora cuanto te plazca de tus fluxiones, de esa tos continua que te hace arrojar sangre, de la fiebre y de la sed que te abrasan las entrañas, de los dolores que te dislocan las coyunturas y te retuercen los miembros; nada es eso comparado con la llama, con las ascuas, con las planchas enrojecidas que se aplican sobre las llagas cuando están hinchadas para renovar el dolor. Sin embargo, algunos han sufrido esto sin quejarse, más aún, sin pedir momento de descanso, sin querer contestar al juez que los interrogaba; y

más todavía, que han reído alegremente. Después de esto, ¿no te burlarás del dolor?

Pero, dirás, la enfermedad no me permite hacer nada, y me incapacita para todas mis ocupaciones.— Tu enfermedad está en el cuerpo y no en el espíritu; podrá sin duda entorpecer las piernas á un caminante, y las manos á un operario; pero si te has acostumbrado á ejercitar tu espíritu, aconsejarás, enseñarás, escucharás, aprenderás, harás preguntas, recordarás. ¡Cómo! ¿Crees que no haces nada cuando soportas tu mal con paciencia? Demuestras que puedes vencerle, ó al menos que puedes sobrellevarle. Yo te aseguro que la virtud no pierde su actividad aun acostada en el lecho. No es solamente en las armas y batallas donde puede juzgarse del valor vigoroso é intrépido; hasta en el traje se conoce al varón animoso. Tienes en qué ocuparte: lucha con la enfermedad; si nada se lleva, si nada le concedes, darás relevante prueba de tu fortaleza.—¡Oh, qué grande ocasión de gloria sería si nos contemplasen de cerca en nuestras enfermedades!—¡Sé tú mismo tu censor! ¡concédete tú mismo la alabanza que mereces!

Además de esto, hay dos motivos de placer. Bien sé que la enfermedad impide los del cuerpo, pero no los suprime por completo; al contrario, á decir verdad, los excita. Más agrada beber cuando se experimenta mucha sed, y comer cuando se tiene hambre. Saboréase con grande avidez lo que se consigue después de larga abstinencia. En cuanto á los placeres del espíritu, que sin duda son más intensos y sólidos que los del cuerpo, no hay médico que los prohíba al enfermo. El que los aprecia y sabe aprovecharlos, desprecia los deleites de los sentidos. ¡Oh, desgraciado enfermo! ¿Por qué? ¿porque no bebe vino con nieve? ¿porque no refresca de nuevo el vino que tiene

en el vaso, rompiendo hielo encima? ¿porque no se abren en su mesa ostras frescas de Lucrina y en el momento de la comida no se oye confuso rumor de cocineros que sirven los manjares en las cacerolas con sus mismos hornillos? porque temiendo que la carne se enfríe, y que los paladares, estragados por el desorden, no la encuentren bastante caliente, el lujo ha inventado que la mesa sea continuación de la cocina. ¡Desgraciado enfermo! no comerá más que lo que pueda digerir, no verá un jabalí tendido delante de él, rechazado ya de la mesa como manjar demasiado común. No le presentarán en una bandeja pechugas de aves, que no se sirven enteras por no dar empacho. ¿Qué daño le hacen? Cenarás como enfermo para que más adelante cenes como sano.

Pero fácilmente nos acostumbraremos á los caldos, aguas calientes y todo lo que parece insoportable á los delicados y entregados al lujo y que están más enfermos de alma que de cuerpo, con tal de que no tengamos horror á la muerte. Y no lo tendremos, en efecto, si conocemos cuál es el fin de los buenos y de los malvados. Por este medio no experimentaremos cansancio de la vida ni temor de la muerte. Porque la vida no puede desagradar al hombre que se ocupa en la contemplación de tantas cosas tan bellas y tan altas, sino al que languidece en la holganza. Si examinamos la naturaleza de todas las cosas, la verdad nos mantendrá siempre activos, porque solamente el error y la mentira concluyen por producir disgusto. Por el contrario, si viene la muerte, si nos llama, aunque sea antes de tiempo, y nos detiene en medio del camino, el provecho que habíamos de obtener, hace tiempo que lo hemos obtenido. Conocemos la mayor parte de la naturaleza; sabemos que el tiempo no aumenta la virtud, y que siempre se encuentra corta la

vida cuando se la mide por los falsos placeres, que son infinitos.

Consuélate con estos pensamientos, y con la esperanza de que, mientras nos escribimos, se presentará ocasión de vernos. Por corto que sea el tiempo, lo haremos largo con nuestra habilidad en emplearlo; porque, como dice Posidonio, el día del sabio es más largo que toda la vida del ignorante. Entre tanto continúa firme en tu resolución de no ceder á las desgracias, ni confiar en la fortuna. Considera sus cambios y caprichos como si hubiese de hacer por tí todo lo que puede hacer. Lo que se espera durante mucho tiempo, es ligero cuando llega. Adiós.

EPISTOLA LXXIX.

DE CARIBDIS, SCILA Y EL ETNA.—LOS SABIOS SON IGUALES
ENTRE SÍ.

Espero cartas tuyas para saber qué has visto de nuevo al dar vuelta á Sicilia, y especialmente lo que hay de cierto en cuanto á Caribdis, porque sé bien que Scila es un peñasco que no temen mucho los navegantes. En cuanto á Caribdis, desearía saber si justifica las fábulas de que es objeto. Si has observado con atención (como merece el asunto), díme, si procede de todos los vientos ó de uno solo el remolino de las aguas; si es verdad que lo que absorbe, después de descender profundamente, se encuentra al fin en la playa cerca de Taormino. Si me enteraras de todo esto, te suplicaría que, por deferencia á mí, visitases el Etna, que dicen se consume y rebaja poco á poco,

como lo demuestra el que los navegantes lo descubrieran antes desde mucho más lejos que ahora. Esto puede proceder no tanto del rebajamiento de la montaña como de la disminución del fuego, que se eleva con menos violencia y extensión, apareciendo por tanto el humo menos denso á la luz del día. Una y otra cosa me parecen bastante creíbles, que una montaña constantemente devorada por el fuego disminuya, y que un fuego que no se alimenta de sí mismo, sino que se engendra en algún abismo subterráneo, tomando su alimentación de otra cosa que la montaña, que solamente le suministra paso, no permanezca en el mismo estado. En Lycia existe una región muy conocida, que los habitantes del país llaman Ephestión. La tierra está allí agujereada en muchos puntos, y rodeada de un fuego que no hace daño á nadie; así es que los campos están floridos y llenos de pastos, porque las llamas solamente tienen luz débil que alumbra y no quema.

Pero volvamos al asunto, y dejemos esto, sobre lo que meditemos cuando me hayas dicho cuánto dista la abertura de la montaña de esas nieves que no temen la proximidad del fuego y que ni el verano disuelve. No debes imputarme el trabajo que te tomes en esta ocasión, porque seguro estoy de que, por satisfacer tu propia curiosidad, lo habrías realizado, y para describirnos ese Etna tan famoso por los escritos de todos los poetas, puesto que Virgilio, que parecía haber agotado la materia, no pudo impedir que la tratase también Ovidio, y que después de estos dos grandes poetas, Severo Cornelio lo describiese también. Todos consiguieron completamente su objeto; y los primeros, en mi opinión, lejos de haber limitado, han hecho ver lo que podía decirse; porque hay mucha diferencia entre trabajar sobre un asunto ago-

tado y otro que solamente está bosquejado; éste se ensancha todos los días, y las primeras invenciones no perjudican á las últimas. Además, la situación de los últimos que llegan es más ventajosa, porque encuentran dispuestas las palabras, que, si se cambiasen, producirían ideas nuevas. Tienen derecho á servirse de ellas porque son del dominio público, y los jurisconsultos dicen que lo público no puede pasar á propiedad particular por ninguna posesión. Ó no te conozco, ó el Etna te trae la saliva á la boca. Deseando estás decir algo grande y que no sea inferior á lo que han dicho los demás. Bien sé que tu modestia no te permite esperar más, y que tanto reverencias á los antiguos, que contendrías el vuelo de tu espíritu por temor de sobrepujarles.

Entre otras cosas, tiene de bueno la sabiduría que nadie puede adelantarse á otro sino por el mismo camino: cuando se llega al final, todo es igual: imposible es aumentar los conocimientos; allí todos estacionan. ¿Aumenta su magnitud el sol? ¿Prolonga su carrera la luna? El mar no aumenta, el mundo permanece siempre igual: las cosas que han llegado al colmo de su grandeza, no aumentan. Todos los que sean sabios, iguales serán. Cada uno tendrá sus especiales dotes; uno será más activo, otro más afable; uno más fecundo, otro más elocuente; pero aquello que hace al hombre feliz será igual en todos. No sé si tu Etna podrá conmoverse y caer, ni si la actividad de continuo fuego puede consumir la cumbre de esa montaña que en el mar se descubre desde tan lejos; pero sé muy bien que no hay fuego ni ruina que pueda aminorar la virtud. Esta es la única grandeza que no puede avanzar ni retroceder. En grandeza es inmutable como la de las cosas celestes. ¡Procuremos conseguirla! Mucho hemos hecho ya; pero si he de decir la verdad, no

hemos hecho mucho, porque no es ser bueno, ser mejor que los malvados. ¿Podrá nadie gloriarse de tener buenos ojos porque ve luz turbia ó entrevé la claridad entre densa niebla? El que se contenta por haber salido de las tinieblas, no goza por completo del placer de la claridad. Nuestra alma tendrá razón para regocijarse cuando, habiendo salido de las tinieblas que le rodean, vea todas las cosas no á través de un velo, sino descubiertas y en plena luz, y cuando, habiendo vuelto á su patria, haya recobrado el puesto que le corresponde por su nacimiento. Su origen la llama á lo alto; y subirá antes de salir de su prisión, si se libra de los vicios y, pura y ligera, se eleva á la contemplación de las cosas divinas.

Esto es lo que debemos hacer, querido Lucilio; en esto debemos emplear toda nuestra energía. Aunque pocos lo sepan, aunque ninguno lo vea, la gloria que acompaña á la virtud, como si fuese su sombra, nos acompañará hasta á pesar nuestro. Pero así como la sombra precede algunas veces y otras sigue, de la misma manera la gloria nos precede en ocasiones y en ocasiones nos sigue, haciéndose tanto más grande cuanto es más tardía, porque la envidia ha desaparecido. ¿Cuánto tiempo pasó por loco Demócrito? Dificil fué la propagación de la fama de Sócrates. ¿Cuánto tiempo desconoció Roma á Catón? Lo rechazó, y no lo conoció hasta que lo hubo perdido. La virtud de Rutilio hubiese permanecido oculta sin la injusticia que se le hizo; la persecución le hizo brillar. ¿No dió gracias á su destino, y abrazó gustoso su destierro? Hablo de los que la fortuna hizo famosos por sus desgracias. Pero ¿cuántos hay cuya ciencia y virtud no se conocieron hasta después de su muerte? ¿Cuántos á quienes la gloria, que les abandonó en vida, ha sacado de los sepulcros para hacerlos personajes ilus-

tres? Hoy ves que tanto los ignorantes como los sabios admiran á Epicuro; vivía en Atenas, y sin embargo no le conocían allí. Esto explica por qué, mucho después de la muerte de Metrodoro, hablando en una carta con cierta ternura de la amistad que les unió, dice al final que entre las satisfacciones que habían gozado juntos, habían tenido la fortuna de que la Gracia, que era tan sabia, lejos de conocerlos, ni siquiera había oído hablar de ellos. ¿Ha impedido esto que se descubriese á este grande hombre cuando ya no existía? ¿No ha brillado su doctrina? Metrodoro dice también en una carta que Epicuro y él no brillaron en el mundo, pero que espera tendrán mucha fama después de su muerte, y también los que siguiesen sus huellas.

La virtud no se oculta, y si se oculta, esto no la perjudica; llegando siempre un tiempo que la pone de manifiesto y la venga de la malignidad del siglo. El hombre que no mira mas que á los de su tiempo, ha nacido para pocos. Detrás de nosotros vendrán infinidad de pueblos y de años; á éstos es necesario mirar. Aunque nuestros contemporáneos callen acerca de nosotros por envidia, otros vendrán que sin favor ni pasión nos harán justicia. Si la virtud puede obtener alguna recompensa de la gloria, no quedará frustrada; porque, á pesar de que lo que se diga de nosotros después de la muerte ya no nos afecte, la posteridad no dejará de honrarnos y de hablar frecuentemente de nosotros sin que lo oigamos. No se encontrará á nadie á quien la virtud no haya recompensado en vida ó en muerte, con tal de que la haya seguido de buena fe, y que sin adornarse ni disfrazarse haya permanecido igual siendo sorprendido que prevenido. De nada sirve el disimulo; á muy pocos engaña un rostro pintado. La verdad siempre

es en todas partes igual consigo misma. Las falsas apariencias nada tienen de sólido y cierto. La mentira es tenue, y á través suyo se ve, si miras con atención. Adiós.

EPÍSTOLA LXXX.

DE LA VENTAJA DE LA POBREZA.

Hoy soy libre, pero no lo debo á mí mismo, sino al espectáculo de la esferomaquia, que se ha llevado á todos los importunos. Nadie entra en mi casa; nadie me distrae de mis pensamientos, y esto los hace más sólidos y atrevidos. No oigo llamar con tanta frecuencia á mi puerta; no hay necesidad de levantar la cortina; puedo caminar solo, como el que marcha sin guía por el sendero que se ha trazado. ¿No sigo á los que pasaron primero? Sí, pero me permito añadir algo mío, cambiar y dejar lo que encuentro conveniente. Acepto sus opiniones, pero no soy esclavo de ellas.

Mucho he dicho cuando me proponía un día de silencio y soledad. Llegan aquí los gritos que lanzan en la plaza, donde se ejercitan en la carrera; no arrastran mi espíritu, pero le obligan á reflexionar que hay muchos que ejercitan el cuerpo y pocos que ejercitan la mente; que se corre tumultuosamente á los espectáculos, en los que no hay seguridad ni provecho, mientras permanecen desiertas y abandonadas las escuelas donde se enseñan la virtud y las buenas costumbres; y que el alma de esas gentes cuyos brazos y hombros se admiran, no está en armonía con las fuerzas de su cuerpo. En mí mismo considero además que si el ejercicio puede reducir al cuerpo á sufrir

los puñetazos y coces de los que se presenten y á pasar un día entero al sol, cubierto de sangre y de polvo, más fácil es fortalecer el espíritu de manera que sufra los reveses de la fortuna sin temblar, y que viéndose abatido y hollado conserve energía para levantarse. El cuerpo necesita muchas cosas para fortalecerse, pero el espíritu se robustece, alimenta y ejercita en sí mismo. Necesario es que el cuerpo coma y beba mucho, que se frote con aceite, que continuamente se ejercite; pero la virtud se adquiere sin hacer ningún gasto. Tienes, pues, en tí mismo cuanto puede hacerte virtuoso. ¿Qué necesitas para ello? Solamente querer serlo. Pero ¿qué cosa mejor puedes desear que libertarte de la esclavitud, que es insoportable á todo el mundo y de la que hasta los esclavos más desgraciados, nacidos en tan miserable condición, tratan de librarse por todos los medios posibles? Para ello dan todo cuanto han economizado á fuerza de ayunos. ¿No querrás, pues, adquirir la libertad á cualquier precio cuando crees haber nacido libre? ¿Por qué miras al arca? No se puede comprar la libertad, y en vano emplean esta palabra en los contratos, porque los que la venden no la tienen, y por consiguiente ni los que la compran. Tú mismo tienes que dártela; tienes que pedírtela á tí mismo. Comienza por desprenderte del temor á la muerte, que es el primer yugo que se nos impone; deshazte en seguida del temor á la pobreza, y para comprender que no es un mal, compara el semblante del pobre y el del rico. Verás que el primero ríe con más frecuencia y con mayor franqueza; no tiene cuidados en el corazón; si le ocurre algún pesar, pasa pronto como ligera nube. Pero los llamados felices, sólo tienen alegría aparente, ó profunda tristeza que se revela en medio de los placeres, y que es tanto más desagradable cuanto

que están obligados, con sobrada frecuencia, á mantenerla oculta y aparentar satisfacción, mientras sufren mil contrariedades que les roen el corazón. No podría representar mejor los diversos estados de la vida humana y los desairados personajes que representamos en ella, que por esta comparación que con frecuencia empleo: El cómico que, marchando con altivez por la escena y mirando al cielo, dice:

Mando en Grecia, el hado me concede
Todo el país que rodean los mares,
Desde Helesponto al istmo de Corinto,

y no es más que un siervo que recibe cinco medidas de grano y cinco dineros. Y aquel otro que, tan soberbio y altanero, exclama:

¡Detente, Menelao, ó caerás bajo mi diestra!

es un desgraciado que recibe un salario y duerme en un desván. Lo mismo puedes decir de todos esos delicados que pasan en carrozas y literas sobre la cabeza de los demás hombres: su felicidad es fingida; despójales de sus adornos y te burlarás de ellos. Cuando quieres comprar un caballo, mandas quitarle la silla; haces desnudar al esclavo para ver si tiene defectos, ¿y quieres juzgar al hombre ostentosamente vestido? Mercaderes de esclavos existen que acostumbran á ocultar en ellos todo lo que pueda herir la vista, por lo que desconfían de los adornos los compradores: ¿verdad que si les vieses una pierna ó un brazo vendados mandarías quitarles la venda y querrias ver descubierto todo su cuerpo? ¿Ves ese Rey de los Scitas ó de los Sármatas que lleva la diadema en la frente? Si quieres conocerle bien y saber su verdadero precio, despójale de esa venda y encontrarás debajo muchos

vicios. Pero, ¿á qué hablar de los demás? Si quieres apreciarte tú mismo, prescinde de tu dinero, casas y dignidad, y en seguida mírate por dentro: no te conformes con lo que digan de tí los demás. Adiós.

EPÍSTOLA LXXXI.

¿DEBEMOS SER AGRADECIDOS CON AQUEL QUE DESPUÉS
DE FAVORECER PERJUDICA?

Te quejas de haber encontrado un ingrato. Si es el primero, debes dar gracias á la fortuna ó á tu prudencia; pero en esta ocasión la prudencia solamente te servirá para no dispensar beneficios, si por evitar la ingratitud nunca favoreces á nadie, y por temor de que el beneficio perezca entre manos ajenas le dejaras perecer en las tuyas. Mejor es que no lo agradezcan que omitirlo. No se deja de sembrar después de mala recolección, y frecuentemente ocurre que la fertilidad de un año recompensa la esterilidad del anterior. Tan grande es el placer que se experimenta al encontrar un hombre agradecido, que se debe arriesgar hacer un ingrato. Nadie tiene tan segura mano para dispensar beneficios que no se equivoque con frecuencia; pierda en muchos, y en alguno acertará. Embárcanse otra vez después de naufragar, y no deja de prestarse después de la bancarrota. Pronto se dejaría de hacerlo todo si se hubiere de abandonar aquello en que no se logra buen éxito; pero, todo lo contrario, esto debe impulsar á mayor actividad, porque para llevar á buen término una cosa incierta, necesario es intentarla muchas veces.

Mucho he discurrido ya acerca de esta materia en

los libros de los Beneficios, y mejor será tratar otra cuestión, que, á lo que creo, todavía no está bien deslindada. Pregunto, pues, si el que me ha favorecido y después perjudicado, me libra del agradecimiento que le debía, por cierta manera de compensación. Añade á esto, si quieres, que me ha hecho más daño que favor. Si consultas á un juez rígido, dirá que, á pesar de que la ofensa es mayor, debe olvidarse el exceso en razón del beneficio. Cierto es que ha perjudicado más que favorecido, pero había favorecido antes de ofender. Además, claro es y no es necesario advertirlo, que debe tenerse en cuenta si favoreció voluntariamente y si se vió obligado á perjudicar; porque el beneficio y la ofensa estriban en la voluntad. Algunas veces no se desea favorecer, pero induce á ello el decoro, la oportunidad ó la esperanza de recompensa. Debemos recibir las cosas con el mismo ánimo que se nos dan, y no considerar el valor del regalo, sino el de la voluntad. Pero dejemos estas consideraciones. Convenimos en que fué un beneficio y en que lo que le sobrepujó fué una injuria; el varón virtuoso se engañará voluntariamente aumentando el beneficio y disminuyendo la injuria. Otro juez más benigno, como quiero serlo yo, dirá que es necesario olvidar la injuria y recordar el beneficio. Bien sé que es deber de la justicia dar á cada uno lo que le pertenece; al beneficio, la gratitud; á la injuria, la pena del Talión, ó al menos el resentimiento. Pero esto se entiende cuando uno te ha favorecido y otro perjudicado; porque si es la misma persona, el beneficio borra la injuria: añade á esto que, si debe perdonarse al que nunca nos favoreció, algo más que el perdón debemos al que nos ofendió después de favorecernos. No estimo las dos cosas en el mismo precio; todo lo contrario, doy mucho más valor al beneficio que á

la ofensa. No todos saben agradecer un favor. El ignorante, el rudo ó el hombre vulgar podrá pagar un beneficio recibido, especialmente el primero, pero no conoce la obligación que le queda; solamente el sabio conoce el precio en que han de estimarse los favores. El ignorante de que antes hablaba, aun teniendo buena voluntad, no devolverá tanto como debe, ó lo devolverá en tiempo y lugar inoportunos: dará á la aventura y no sabrá mostrar su agradecimiento en sazón.

Existen palabras admirablemente propias para expresar ciertas cosas, y el antiguo lenguaje nos las da á conocer con señales eficaces que marcan lo que debemos hacer. Ordinariamente se dice: *Ille illi gratiam retuli*. El verbo *referre* quiere decir que se devuelve voluntariamente lo que se debe á aquel á quien se debe. No decimos devolvió graciosamente: se devuelve á petición del interesado, se devuelve de mala voluntad, se devuelve en todo lugar y por mano de mediador. Tampoco decimos: restituyó el beneficio, lo pagó: no nos agrada ninguna palabra que se tome del vocabulario de las deudas. Restituir es llevar á aquel de quien se recibió: esta palabra significa relación voluntaria, y el que la emplea se califica á sí mismo. Solamente el sabio puede desquitarse y poner justo precio á todas las cosas; tendrá en cuenta el placer que haya recibido, el tiempo, el lugar y la manera. Por esta razón decimos que solamente el sabio puede agradecer bien el beneficio, como solamente él sabe dispensarlo, porque le es más fácil dar que á otros recibir.

Podrá decir alguno que establezco cosas contrarias á la opinión común, lo que los Griegos llaman para-dojas, y que si es cierto que solamente el sabio conoce bien la manera de agradecer un beneficio, tampoco

sabrá nadie más que el sabio pagar las deudas al acreedor, y al mercader el precio de lo que ha vendido. Pero con objeto de que no se nos atribuya esto á nosotros, ten entendido que lo mismo sostiene Epicuro: al menos Metrodoro dice «que solamente el sabio sabe dispensar un beneficio.» En seguida se admira cuando decimos que «solamente el sabio sabe amar y merece el nombre de amigo:» como si no fuese acción de amor y amistad otorgar un beneficio, de lo que muchos más son capaces que de la verdadera amistad. Asómbrese también de que digamos que solamente en el sabio se encuentra la fe, como si él mismo no le dijese. ¿Acaso es buena fe no querer devolver un beneficio? Cesa, pues, de desacreditarnos como si dijésemos cosas increíbles. Convénzanse de que solamente el sabio posee en realidad la virtud, y que el vulgo solamente tiene la sombra ó la apariencia. Cierto es que solamente el sabio conoce el medio de pagar un beneficio; pero que los demás lo paguen como puedan y demuestren que más carecen de ciencia que de voluntad, porque á nadie se enseña á querer. El sabio examinará todas las cosas, porque el tiempo, el lugar y el motivo pueden hacer el mismo beneficio más ó menos importante. Mil dineros dados en determinado momento producen más bien que todo el dinero que se hubiese dado á manos llenas en otra ocasión; porque hay diferencia entre dar y socorrer, aumentar y salvar: frecuentemente lo que se da es muy poco, pero el resultado es muy grande. ¿Qué distinción encuentras entre recibir de otro para dar, ó retirar de otro para continuar dando?

Pero sin volver á dificultades que ya hemos examinado detenidamente, si se quiere comparar un beneficio con una injuria, el hombre honrado, guardando la equidad, debe inclinarse siempre al beneficio. En

estos casos debe atender principalmente á la calidad de las personas. Me has dispensado favor en la persona de un criado; me has conservado un hijo, pero me has quitado á mi padre. En seguida tendrá en cuenta todas las demás circunstancias, como se hace siempre que se comparan dos cosas, y si existe poca diferencia entre ellas, disimulará; si la diferencia fuese notable, perdonará si puede hacerlo sin ofender la piedad ni la fe, es decir, si la injuria le ofende á él solo. Lo principal consiste en esto: será fácil para conmutar; preferirá que se le exija más de lo que debe; sentirá desquitar un beneficio por la compensación de una injuria, y se encontrará más inclinado á considerarse deudor que libre. Defecto es desear recibir un favor más bien que hacerlo. Así como se paga con más gusto que se pide prestado, así también debe gustar más librarse de una obligación que cargarse con ella. Se engañan los ingratos al creer que al acreedor debe devolverse más de lo que prestó, y que el beneficio debe ser gratuito. A aquellos se paga tanto más cuanto más se tarda en pagar; y en lo tocante al beneficio, es ingrato el que lo paga sin usura. Esto debe tenerse en cuenta cuando se compara lo recibido con lo pagado.

Necesario es hacer todo lo posible para aumentar nuestra gratitud. Ésta es un bien que nos pertenece, y de diferente manera que la justicia que, en opinión vulgar, solamente atañe al interés de otro. La mejor parte del beneficio la recibe su autor, que se hace bien á sí mismo á la vez que lo hace á otro. No entiendo decir que se favorezca después de haber sido favorecido, que se proteja después de haber recibido protección, para que aproveche el buen ejemplo, así como el malo perjudica ordinariamente á su autor, y no se compadece á la persona que al injuriar enseña el ca-

mino para que le injurien; sino que entiendo se favorezca sin otro propósito, porque todas las virtudes tienen su recompensa en ellas mismas. No se las ejercita por el premio; el premio de la buena acción está en haberla realizado. No seré agradecido para inclinar á otro á que me dispense favores fácilmente, viendo que sé agradecerlos, sino para realizar una acción que considero hermosa y agradable. No seré agradecido por la ventaja que encuentre, sino porque experimento placer en ello; y para demostrarlo, si no puedo ser agradecido sin parecer ingrato, si no puedo devolver un beneficio sin que se crea que infero una injuria, animosamente seguiré lo que manda la virtud con detrimento de mi reputación. Porque, en mi opinión, nadie puede tener en tanta estima la virtud que aquel que, por conservar su conciencia, perdiese su reputación de hombre honrado. He tenido razón para decir que la gratitud te es más ventajosa que al bienhechor; porque éste solamente recibe lo que dió, lo cual es harto vulgar y comun, pero tú realizas una acción que pertenece á un alma que se encuentra en estado feliz al mostrarse agradecida. Si el vicio hace á los hombres desgraciados, si la virtud forma toda su felicidad y el agradecimiento es una virtud, por una cosa vulgar que has hecho, consigues otra que es de valor inestimable: la conciencia de la gratitud, que, no se forma más que en espíritu dichoso y verdaderamente divino.

A la disposición contraria acompañan siempre desgracias é infelicidades. No hay ingrato que no llegue á ser miserable; pero no le concedo plazo, lo es ya. Evitemos, pues, ser ingratos, no por interés de otro, sino por el nuestro. Lo menos dañoso de una mala acción recae sobre otros, pero lo peor y, por decirlo así, lo más espeso queda en nosotros para atormen-

tarnos. Esto es lo que hizo decir á Attalo que «la malicia bebe la mayor parte de su ponzoña.» Las serpientes que arrojan sobre otro su veneno no sufren menoscabo. Este veneno no es así, sino que es pernicioso á quien lo lleva. El ingrato se inquieta y atermenta, y como tiene que devolver los favores recibidos, los odia y menosprecia. Por el contrario, exagera y aumenta las injurias. Pero ¿quién hay más desgraciado que el hombre que olvida los beneficios y recuerda las ofensas? La sabiduría, teniendo opuesta conducta, pregona siempre los favores que recibe; se los hace grandes y se complace en hablar con frecuencia de ellos. Los ingratos no tienen más que un solo placer, que es muy corto: el del momento en que reciben el beneficio; mientras que el sabio se regocija por mucho tiempo y durante toda la vida. Su satisfacción no es recibir, sino haber recibido, siendo por tanto perpetua é inmortal. Si se le ofende, no pára mientes en ello; hasta lo olvida, no por negligencia, sino voluntariamente. Nunca pone las cosas en el extremo peor; no imputa á nadie los reveses, y cree que ocurren más bien por culpa de la fortuna que de los hombres. No interpreta torcidamente las palabras ni los gestos; al contrario, suaviza con favorable explicación lo que podría haber de extraño, y no recuerda la ofensa mas que el beneficio. Fijase cuanto le es posible en las primeras y mejores impresiones que encuentra en su memoria, y no cambia de voluntad para con las personas que le han favorecido, como no le hayan perjudicado mucho, hasta el punto de aparecer claramente notable diferencia. Y todavía se muestra en este caso, después de la injuria recibida, lo mismo que estaba antes del beneficio; porque cuando la ofensa no sobrepuja al beneficio, todavía le queda amistad. Así como el criminal es absuelto cuando el número de votos es

igual, y en las cosas dudosas la humanidad pide que nos inclinemos á lo más favorable; así el sabio, cuando la injuria es igual al favor, ve que ha pagado, pero no quería haberlo conseguido por aquel medio, y se parece á los que quieren pagar sus deudas después de un arreglo.

Nadie puede ser verdaderamente agradecido á no ser que desprecie todo lo que hace enloquecer al vulgo. Algunas veces para pagar un favor tendrás que ir al destierro, derramar tu sangre, perder tu caudal, sufrir algún menoscabo en tu honor y ver tu reputación expuesta á falsos rumores: ¡tan cierto es que la gratitud cuesta cara! Nada hay que apreciemos tanto como un beneficio mientras lo solicitamos, ni que apreciemos menos después de recibido. ¿Quieres saber lo que nos hace olvidar un favor? El deseo de recibir otro: no pensamos ya en el que hemos obtenido, sino en el que queremos recibir. Del camino de la virtud nos separan la riqueza, los honores, la autoridad y todas las cosas que no tienen otro valor que el que les damos. No sabemos apreciarlas en lo que valen, porque escuchamos más el ruido vulgar que la voz de la naturaleza. Nos atraen por nuestra costumbre de admirarlas. No se las estima porque sean deseables, sino que se las desea porque se las estima; y así como el error de los particulares formó en otro tiempo el error general, así hoy el error general forma el de los particulares. Pero ya que en esto seguimos la opinión común, sigámosla también en este otro punto, es decir, que nada hay tan honesto como la gratitud. En alta voz lo proclaman así todas las ciudades y naciones, hasta las más bárbaras, y en ello están de acuerdo los justos con los malvados. Encontrarás unos que amarán los placeres, otros que preferirán el trabajo; uno dirá que el dolor es grave

mal, otro sostendrá que ni siquiera es una incomodidad: éste dirá que no se puede ser feliz sin riquezas, aquél asegurará que las riquezas son causa de la pérdida del género humano, y que no hay hombre tan rico como aquel á quien la fortuna nada podría dar. En medio de tan diferentes opiniones, todos, de común acuerdo, te dirán que es necesario devolver el favor: en esto convienen hasta los más discordes, y sin embargo no dejamos de devolver injurias por beneficios; ocurriendo principalmente cuando el favor es tan grande, que no se podría devolver. De esto resulta que es peligroso favorecer demasiado á una persona, porque avergonzándose de no poder pagar, quisiera, para libertarse, que el que le favorece no viviera. Guarda lo que has recibido; no lo pido; no lo exijo. No existe odio más pernicioso que la vergüenza de la ingratitud. Adiós.

EPÍSTOLA LXXXII.

CONTRA LA MOLICIE: DESPUÉS CONTRA LAS ARGUCIAS
DE LOS DIALECTICOS.

Comienzo á no inquietarme por tí.—¿Qué fiador tengo? preguntarás.—El que nunca ha engañado á nadie; esto es, tu espíritu, que se ha apasionado de la virtud. Tu mejor parte se encuentra en seguridad. Bien sé que la fortuna puede perjudicarte; pero lo más importante es que no te perjudiques tú mismo. Prosigue tu camino y continúa esa vida tranquila que has comenzado, con tal que no haya molicie en ella. Preferible es estar mal; y toma esta palabra en el sentido que acostumbra á darle el pueblo, es decir,

vivir con molestias y trabajos. Cuando se habla de la vida de personas que no se quieren, dicese ordinariamente: «Vive con molicie,» para dar á entender que no tiene energía, porque el espíritu se afemina insensiblemente con el reposo, y se blande en la ociosidad. ¿No sería mejor para el hombre enérgico endurecerse en el trabajo? Además, los delicados temen siempre la muerte, á pesar de que su vida se parece mucho á ella; pero media grande diferencia entre descansar y sepultarse.—¡Cómo! me dirás, ¿no es mejor descansar de cualquier manera que sea, que estar continuamente agitado por el vértigo de los negocios?—Igualmente peligroso es que los nervios se esfuercen como que se aflojen, y creo que tan está muerto el que yace entre perfumes como el sumergido en el lodo. El reposo sin el estudio es una manera de muerte que deposita al hombre vivo en la tumba. Porque, en último caso, ¿de qué sirve que nos retiremos si nuestras inquietudes pasan los mares con nosotros? ¿Qué antro tan oculto existe donde no pueda entrar el temor de la muerte? ¿Qué vida tan segura y tranquila que no se vea turbada por el dolor? Donde quiera que te ocultes, irán á alarmarte los males de la vida humana, porque hay muchas cosas en derredor nuestro que nos seducen ó que nos alteran; y otras muchas dentro de nosotros mismos que se revelan hasta en medio de la soledad.

Debemos fortalecernos con la filosofía: ésta es un muro inexpugnable que la fortuna con todas sus máquinas no puede derribar. El que abandona los negocios se pone fuera de todo ataque; su elevación le garantiza, y ve caer á sus pies los dardos que le disparan. La fortuna no tiene tan largas las manos como pensamos, y solamente coge á los que se le acercan demasiado. Retirémonos, pues, lo más lejos que po-

damos; mas para esto necesitamos el conocimiento de nosotros mismos y el de la naturaleza. Necesitamos saber dónde hemos de ir, de dónde venimos; conocer lo bueno, lo malo, lo que debe buscarse, lo que se debe evitar; qué es esta razón que forma el discernimiento de las cosas que deben desearse ó rechazarse, que dulcifica el temor y modera la avidez. Hay quienes creen que pueden conseguir todo esto sin el auxilio de la filosofía; pero cuando les pone á prueba alguna desgracia, vense obligados á confesar su debilidad, pero demasiado tarde. Cuando el verdugo les coge la mano, cuando la muerte se presenta á ellos, desaparece su constancia y su firmeza. Podría decirseles:—Fácilmente provocabas al mal lejano; aquí tienes el dolor que decías era tolerable; aquí tienes la muerte, contra la cual hablabas con tanto valor; óyense crujir los látigos, lanza reflejos la espada;

Ahora se necesita firme corazón, Encas.

Esta firmeza la conseguirás por medio de continua meditación; por el ejercicio del espíritu y no por la elección de palabras, y por grave preparación para la muerte. No imagines que esas vanas cavilaciones con las que se intenta demostrar que la muerte no es un mal, pueden hacerte más resuelto. No puedo menos, querido Lucilio, de burlarme en este punto de las necedades de los Griegos, que aun no he olvidado aunque profundamente las desapruebo. He aquí el argumento que hacía Zenón: «No hay mal que sea glorioso; es así que la muerte es gloriosa, luego la muerte no es un mal.» Me has dispensado un gran beneficio; ya no temo nada: después de esto, dispuesto estoy á entregar mi cabeza. Pero ¿es que no quieres hablar con más seriedad? ¿Pretendes hacer reir á un hombre que va á morir? A fe mía, no sé de-

cirte quién sería más necio, si el que quisiese desterrar el temor de la muerte por este argumento, ó el que buscase en él la solución, como si mereciese el trabajo. El mismo Zenón hace un argumento opuesto á éste, sacándolo de que colocamos la muerte entre las cosas indiferentes que los Griegos llaman ἀδιάφορα, y dice: «Nada indiferente es glorioso: es así que la muerte es gloriosa, luego no es indiferente.» Ya ves la falacia del argumento. La muerte en sí misma no es gloriosa, pero es glorioso morir con valor; y cuando dice que no hay cosa indiferente que sea gloriosa, lo concedo, pero digo al mismo tiempo que nada hay glorioso que no descanse sobre cosas indiferentes; y he aquí cómo: llamo cosas indiferentes á las que no son buenas ni malas, como la enfermedad, el dolor, la pobreza, el destierro, la muerte; nada de esto es glorioso por sí mismo, pero nada hay que lo sea sin esto. No se alaba la pobreza, sino al que no se doblega en ella, al que no se deja abatir. No se alaba la pobreza, sino al que en ella no se aflige. No se alaba el dolor, sino á aquel á quien el dolor nada puede arrancar. No se alaba la muerte, sino á aquel que muere sin turbarse. Ni honestas ni gloriosas son estas cosas por sí mismas, pero la virtud las hace tales cuando las toma por objeto de su ejercicio. Encuéntranse en terreno neutral, y depende de la virtud ó del vicio llevarlas á un lado ó á otro. La muerte que fué gloriosa en Catón, fué repugnante y vergonzosa en Bruto; hablo de aquel Bruto que, con objeto de prorrogar su muerte, se retiró para descargar el vientre. Y cuando le llamaron y le mandaron tender el cuello, exclamó: «¡Ojalá viviese tan fácilmente como lo tenderé!» y por poco añade ¡bajo Antonio! ¡Qué locura es huir cuando no se puede retroceder! ¡Oh! ¡cómo merecía aquel hombre que le abandonasen á vida infame!

Pero había empezado á decir: Suponiendo que la muerte no sea un bien ni un mal, Catón, sin embargo, la hizo gloriosa y Bruto repugnante. Todo lo que en sí mismo no tiene esplendor, la virtud se la da cuando se le une. Decimos que una habitación es clara, y sin embargo es oscura de noche; el día le da la claridad, la noche se la quita. Así también todas las cosas que llamamos indiferentes, como las riquezas, la salud, la belleza, los honores, el mando, y por el contrario, la muerte, el destierro, la enfermedad, los dolores y todas las que tememos más ó menos, reciben el nombre de bien ó de mal según el uso que de ellas hace la virtud ó el vicio. El hierro, por sí mismo no es caliente ni frío; si se pone en el fuego, se calienta; si se sumerge en el agua, se enfria. La muerte es honesta por lo honesto, es decir, por la virtud, y por el ánimo que desprecia todo lo exterior.

Muchas diferencias existen además, querido Lucilio, entre las cosas que llamamos *medias* ó indiferentes. La muerte, por ejemplo, no es indiferente de la misma manera que llevar los cabellos largos ó cortos, porque se encuentra en el número de aquellas cosas en que no son malas, pero que tienen todas las apariencias de tales. La naturaleza ha grabado en el fondo de nuestro corazón amor á nosotros mismos y deseo de conservación: tememos la destrucción, porque parece que nos arrebatara un bien muy grande y que nos priva de las comodidades á que estamos acostumbrados. Lo que nos inspira más horror á la muerte, es que conocemos los parajes que habitamos, y que nada pueden decirnos de aquellos adonde hemos de ir. Ahora bien; fácilmente concebimos aversión por lo desconocido, y á esto debe añadirse el temor natural á las tinieblas, á que creemos ha de conducir la muerte. De manera que aunque la muerte

sea indiferente por sí misma, no pertenece al número de aquellas cosas que fácilmente pueden despreciarse. Necesario es acostumbrar el espíritu por medio de continuo ejercicio á contemplar su presencia y su aproximación. Deberíase despreciar mucho más la muerte de lo que se desprecia, pero se nos ha hecho creer demasiado de ella. Todos los ingenios se han empeñado en afearla; han hecho de ella retratos espantosos, nos han dejado descripciones terribles de esas prisiones infernales, y de aquellas tenebrosas regiones en las que el feroz portero del Orco,

Tendido entre huesos, en antros oscuros,
Con eternos lamentos aterra las sombras.

Pero cuando te persuadas de que todo esto es fábula, y que los muertos nada tienen que temer, surgirá otro miedo, porque tememos igualmente permanecer en parajes subterráneos que no existir. ¿No es acción gloriosa y que reclama toda la energía del espíritu humano morir sin temor ni pesar en medio de tantas falsas creencias á las que desde muy antiguo estamos acostumbrados? Jamás se hará esto si se cree que la muerte es un mal: podrá hacerse si se cree que la muerte es indiferente. Nuestra naturaleza no se inclina fácilmente á lo que le parece rudo y desagradable, sino que se acerca con lentitud y contrariada. Ahora bien; la acción obligada no es gloriosa, puesto que la virtud no hace nada por fuerza. Añade que para hacer algo glorioso se necesita reconcentrar en ello toda la atención y voluntad del espíritu, sin encontrar la menor repugnancia. Cuando se acude al mal, es para evitar un mal mayor, ó para obtener un bien que merece se le pague soportando el mal. En esta ocasión nos encontramos luchando entre dos impulsos opuestos; el uno nos lleva á realizar lo que

hemos decidido; el otro nos retira representándonos las dificultades y peligros que existen; de modo que quedamos en suspenso. Donde existe esto, no hay que buscar gloria; porque la virtud comienza y acaba de una sola vez lo que se propone; la dificultad no la detiene jamás, y atrevidamente puede decírsela:

No cedas á los males, continúa sin temor;
¡Tu fortuna te ayuda!

No iremos contra los males si creemos que verdaderamente lo son. Necesario es rechazar esta idea, que es capaz de contener nuestro ímpetu y retenernos cuando es necesario caminar de prisa.

Los nuestros quieren que el argumento de Zenón sea verdadero, y falso el que se le opone. Por mi parte, no reduzco esta materia á las leyes de la dialéctica ni á esos artificios tan desacreditados; todo lo contrario; opino que debían destruirse toda esa clase de argumentos que hacen conceder lo contrario de lo que se cree por medio de preguntas que demuestran puede ser sorprendido el interrogado. Necesario es proceder con más sinceridad para encontrar la verdad, y con más energía para rechazar el temor. Si yo intentara desenredar y esclarecer todo lo que confundieron, sería para convencer, no para engañar. ¿Cómo exhorta un general á los soldados que van á combatir y á sacrificar sus vidas por la salvación de sus esposas é hijos? Te presentaré el ejemplo de los Fabios, que llevaron á su casa todas las guerras de la república. Te mostraré á aquellos Lacedemonios destinados á defender el paso de las Termópilas, sin esperanza de vencer ni de escapar; tan segura era allí su muerte. ¿Qué les hubieses dicho para exhortarles á recibir en sus brazos las ruinas de su nación y á abandonar antes la vida que su puesto? ¿Les hubieses di-

cho que una cosa mala no es gloriosa; que la muerte es gloriosa, luego no es cosa mala? ¡Bella arenga! Después de esto, ¿hay alguien que tema arrojar-se entre los enemigos y que no quiera morir combatiendo? Pero Leonidas les habló de muy distinta manera. «Comed, dijo, compañeros, como si hubieseis de cenar en el otro mundo.» No por esto comieron más inquietos, no se les cayeron los manjares de las manos, no se les quedaron entre los dientes; alegremente acudieron á aquella comida y á aquella cena. ¿Qué dirás de aquel capitán romano que, enviando algunos soldados á través del ejército para apoderarse de un puesto importante, les habló de esta manera: «Necesario es ir allá, compañeros, pero no es tan necesario volver.» Ya ves cuán sencilla é imperiosa es la virtud. ¿Serán tus sutilezas las que hayan hecho más valeroso al hombre? Todo lo contrario; esas sutilezas ablandan el corazón, lo encogen y lo rebajan á bagatelas espinosas, cuando es necesario levantarlo y llevarlo á cosas grandes. No es á trescientos soldados sino á todo el mundo á quien hay que quitar el temor de la muerte. ¿Cómo harás ver que morir no es un mal? ¿Cómo destruirás una opinión secular y en la que nos imbuimos desde la infancia? ¿Qué auxilio encontrarás? ¿Por qué razonamiento podrás enardecerles para que se lancen á los peligros? ¿Con qué elocuencia destruirás ese temor tan universal? ¿Por qué fuerza de espíritu podrás convencer al género humano penetrado de lo contrario de lo que dices? ¿Me diriges palabras capciosas y quieres cogerme por la consecuencia de preguntillas? Necesítanse armas muy fuertes para vencer grandes monstruos. En vano se atacó con flechas y piedras á la terrible serpiente que asolaba el África y á la que temían las legiones romanas más que al mismo enemigo. La serpiente era invul-

nerable; y porque la dureza de su piel, que respondía á la magnitud de su cuerpo, rechazaba el hierro y cuanto se le arrojaba, fué necesario aplastarla con piedras de molino. ¿Y arrojarás pajillas contra la muerte? ¿Esperarás al león con una lezna? Agudo es, sin duda, lo que dices, pero nada es tan agudo como una arista. La misma sutileza de muchas cosas las hace inútiles é ineficaces. Adiós.

EPÍSTOLA LXXXIII.

DIOS EXAMINA NUESTRAS ALMAS.—VUELVE SOBRE LAS ARGUCIAS DE LOS ESTOICOS, PRINCIPALMENTE ACERCA DE LA EMBRIAGUEZ.

Quieres que te dé cuenta de lo que hago al día y todos los días. Buena opinión tienes de mí si crees que no hago nada que quiera ocultarte. Verdad es que debemos arreglar nuestra vida como si todo el mundo la viese, y nuestros pensamientos como si se pudiese penetrar en el fondo de nuestro corazón. ¡Y posible es! ¿De qué sirve guardar secreto ante los hombres, puesto que Dios conoce todas las cosas, está presente en nuestra alma é interviene en medio de nuestros pensamientos? Digo interviene, porque algunas veces se retira. Con gusto satisfaré tus deseos; te diré lo que hago y de la manera que lo hago. Con este propósito quiero observarme en todas mis acciones, y, lo que es más útil, examinarlas detenidamente todos los días. La falta de examen de nuestra vida es lo que nos hace peores. Algunas veces pensamos en lo que queremos hacer, pero nunca en lo que hemos hecho. Y sin embargo, el consejo de lo futuro se obtiene

del pasado. Todo lo que puedo decirte por el momento es que el día ha sido completamente mío. Nada de él me han quitado; lo he empleado, en tanto en el lecho, en tanto leyendo, dedicando muy poco al ejercicio del cuerpo. Gracias á mi vejez, esto no me cuesta mucho, porque me canso en cuanto me muevo un poco; pero los más fuertes también se cansan al fin. ¿Quieres saber quiénes son mis compañeros? uno me basta, Carino, que, como sabes, es joven amabilísimo, aunque pronto va á cambiar, por lo que ya estoy buscando otro que sea más joven. Dice que los dos tenemos la misma enfermedad, porque se le caen los dientes y á mí también. Trabajo me cuesta alcanzarle cuando corre, y dentro de pocos días ya no podré seguirle; ya ves cuánto aprovecha el ejercicio diario. Dos que siguen caminos opuestos, pronto se encuentran muy alejados; él sube á la vez que yo bajo, y sabes que el uno lo hace con mucha más rapidez que el otro. Pero me engaño, porque á mi edad ya no se baja, se cae. ¿Quieres saber el resultado de nuestro certamen de hoy? Lo que pocas veces ocurre á los corredores: hemos llegado á la vez al término de la carrera. Después de haberme ejercitado de esta manera, ó, mejor dicho, cansado, me he bañado en agua fría, que así la llamo cuando no es caliente. Yo, que en otro tiempo era tan gran bañista; que en las kalendas de enero me lanzaba á los canales; que comenzaba el año sumergiéndome en la fuente Virgen, como siempre que tenía que leer, escribir ó decir algo nuevo, me reduje primero al agua del Tíber y después á la de esta bañadera que, cuando me encuentro fuerte dejo calentar al sol. En seguida cómo pan seco y cómo sin mesa, por lo que no necesito lavarme las manos. Duermo muy poco; ya conoces mi costumbre, mi sueño es muy corto y casi somnolencia. Bástame no estar des-

pierto completamente. Algunas veces conozco que he dormido, otras me parece haberlo hecho.—He aquí los gritos del Circo que se alzan de pronto y que llegan á herir mis oídos, sin hacerme perder el hilo de mis pensamientos, sin distraerme siquiera; soporto fácilmente el ruido; esas voces confusas no me impresionan más que las olas que chocan, los árboles agitados por el viento y todas las demás cosas que resuenan inconscientemente.

Mas te diré lo que pensaba. Continuaba una reflexión que hice ayer. ¿En qué pensaron aquellos antiguos que tan sabios eran, para dejarnos, en los asuntos más importantes, pruebas tan débiles y oscuras, que, aunque fundadas en la verdad, tienen sin embargo todas las apariencias de la mentira? Zenón, grande hombre, fundador de esta fuerte y santa escuela, queriendo separarnos de la embriaguez y demostrar que el hombre honrado no se embriaga, hace este argumento: Nadie confía sus secretos á un ébrio, pero se le confían al hombre de bien; luego el hombre de bien no es ébrio. Considera cómo puede ridiculizarse este razonamiento por medio de otro semejante, porque basta presentar uno entre muchos: Nadie confía sus secretos á un hombre dormido; se le confían al hombre de bien; luego el hombre de bien no duerme. Posidonio defiende á nuestro Zenón y presenta una observación que no creo admisible. Dice que la palabra ébrio se entiende en dos sentidos: uno cuando el hombre se encuentra repleto de vino y ha perdido el conocimiento; otro cuando tiene costumbre de embriagarse y está sujeto á este vicio; que Zenón habla de este último, del que tiene costumbre de embriagarse, y no del que está embriagado de hecho, al que no se confiaría un secreto que el vino le haría descubrir. Sostengo que esto es falso, porque la primera

proposición solamente puede entenderse del que está ébrio en efecto, y no del que puede estarlo; y convendrás en que existe grandísima diferencia entre el ébrio y el que acostumbra á embriagarse. Puede suceder que el ébrio no lo haya estado jamás, y por tanto no está sujeto á este vicio, y que el que se embriaga no lo esté frecuentemente. Así es que entiendo la palabra ébrio por lo que significa ordinariamente, con tanta más razón cuanto que la emplea un hombre muy exacto y que examina el valor de las palabras. Además, si Zenón la entendió de esa manera y quiso que la entendiésemos como él, puede decirse que quiso engañarnos á todos con la ambigüedad de las palabras, cosa que no debe hacerse cuando se busca la verdad. Pero concedo que las entendiase en el sentido que dice Posidonio; la consecuencia que se deduce es falsa; á saber: que no se confía un secreto á quien tiene costumbre de embriagarse. Calcula á cuántos soldados, que no siempre son sobrios, confía un general, un tribuno, un centurión, órdenes que conviene guardar secretas. En la conjuración que se tramó contra Cayo César (me refiero al que, venciendo á Pompeyo, se hizo dueño de la república) tanto confiaron en Tulio Cimbro como en C. Cassio. Este no había bebido nunca mas que agua, y Tulio Cimbro era muy aficionado al vino y muy hablador, lo que le llevó á decir, burlándose de sí mismo: «¿Cómo soportaré un amo cuando no puedo soportar el vino?» Recuerde cada cual ahora cuántos han sabido guardar secretos sin poder soportar el vino: no quiero aducir más que un ejemplo que se presenta á mi mente, con objeto de que no se pierda su recuerdo:—la vida debe instruirse con grandes ejemplos, y no siempre hemos de buscarlos en la antigüedad.—Cuando L. Pisón fué nombrado gobernador de Roma por haber

estado bebiendo dos días enteros, tanto se acostumbró á ello, que pasaba á la mesa la mayor parte del día y de la noche, y dormía hasta la hora sexta, que era su amanecer. Sin embargo, llenaba perfectamente los deberes de su cargo. Augusto le dió órdenes secretas cuando le honró con el gobierno de la Thracia, que sometió por completo. Tiberio después, yendo á la Campania y dejando los asuntos de Roma en un estado que le inquietaba y entristecía, en mi opinión porque le había ido bien con la borrachez de Pisón confió el gobierno de la ciudad á Cosso, varón prudente y moderado, pero que de tal manera se entregaba al vino, que habiendo asistido un día al Senado después de un festín, tan profundamente se durmió que tuvieron que llevarle á su casa sin poder despertarle. Tiberio, sin embargo, le escribió muchas cartas de su puño acerca de cosas que no confiaba ni á sus ministros, y no se sabe que revelase jamás el secreto de ningún negocio público ni privado. Dejemos hablar á todos esos que dicen que el espíritu no es dueño de sí mismo cuando le manda el vino; que, así como el mosto en los toneles rompe muchas veces los cercos, y por la fuerza de su calor hace subir á la superficie todo lo que había en el fondo, así también cuando hierva en el hombre, saca y pone en evidencia lo que tenía más oculto. Los que están repletos de vino ni pueden retener la comida ni sus secretos, y tan fácilmente descubren sus negocios como los ajenos.— Pero á pesar de que esto se ve ordinariamente, ocurrenos á veces tomar consejos en ocasiones importantes, de personas que conocemos como aficionadas al vino. Falso es, pues, lo que se dice en defensa de Zenón, esto es, que no se confían secretos al que tiene costumbre de embriagarse. ¿No es mejor condenar francamente la borrachez y descubrir sus defectos? Las

gentes vulgares podrían precaverse, y mucho más los prudentes que se limitan á apagar la sed, y que, en ocasión de alegría algún tanto exagerada, se contendrán en los límites necesarios para conservar la razón. Después veremos si el sabio puede tûrbarse por el exceso del vino y obrar como los ébrios. Entretanto, ¿qué necesidad hay de silogismos para demostrar que el hombre de bien no debe embriagarse? Dí solamente que es indigno beber más de lo que se puede y no conocer la cabida del propio estómago; que en la embriaguez se hacen cosas que avergüenzan cuando ya ha pasado. Dí que no es otra cosa que una locura voluntaria. ¿No es cierto que si la embriaguez durase muchos días no dudarías que fuese verdadera demencia? Recuerda el ejemplo de Alejandro de Macedonia, que mató á su fiel y querido Clito en una orgía y que quiso matarse después de reconocer la enormidad de su crimen, como seguramente merecía. No hay defecto que la embriaguez no descubra y aumente, porque quita la vergüenza que se opone á todos los malos designios. Muchos hay que se abstienen de las cosas prohibidas, antes por vergüenza que por deliberación. Cuando el calor del vino se ha apoderado ya del espíritu, echa al exterior todo lo malo que hay en él, porque la embriaguez no forma el vicio, sino que lo descubre. En esta ocasión es cuando el voluptuoso concede á sus sentidos todo cuanto piden, sin esperar la comodidad del sitio; entonces es cuando el impúdico publica sus excesos; entonces es cuando el petulante no contiene la lengua, ni las manos; el insolente se hace más agresivo, más cruel el violento y peor el envidioso; en fin, entonces es cuando todos los vicios aparecen y se muestran abiertamente. Añade á esto que el ébrio no se conoce, no habla, balbucea, tiene extraviados los ojos, vacilantes los pies, aturdida la

cabeza y cree que gira en torno la habitación, como si un torbellino agitase la casa. Cuando el vino bebido hincha los intestinos, produce dolores de estómago y cólicos, y sin embargo es más soportable cuando conserva su fuerza que cuando se corrompe con el sueño, porque en vez de la embriaguez queda digusto general. Considera qué de desórdenes ha producido la embriaguez cuando se ha hecho pública. Ha entregado naciones atrevidas y belicosas en manos de sus enemigos; ha abierto la puerta de ciudades que se habían defendido valerosamente durante muchos años; ha sometido al yugo otros pueblos apasionados y celosos de su libertad; ha domado, sin combatir, gentes invencibles en batalla. Alejandro, de quien antes hablé, después de tantos viajes, de tantos combates; después de atravesar tantos ríos y mares desconocidos, no obstante las crudezas de muchos inviernos, volvió sano y salvo; pero los excesos de la bebida y aquella fatal copa de Hércules le llevaron á la tumba. ¿Qué gloria resulta de tener un vientre que contenga mucho? Cuando hayas alcanzado la palma y tus compañeros, durmiendo ó vomitando por el suelo, no puedan competir contigo; cuando seas el único que permanezca en pie, habiendo vencido á los demás con admirable firmeza, y confiesen que nadie puede resistir tanto vino como tú, ¿no será cierto que un tonel contiene más? ¿Qué otra cosa perdió á Marco Antonio, varón insigne y de notable ingenio, que la borrachez y el amor de Cleopatra, que no era menos peligroso que el amor del vino? Hizole tomar las costumbres y vicios extranjeros; le puso las armas en la mano contra la república; le hizo inferior á sus enemigos, y tan cruel, que cuando le llevaban á la mesa las cabezas de los principales ciudadanos y entre las viandas que le servían con regia

magnificencia reconocía el rostro y las manos de los que había proscrito, repleto de vino como estaba, no dejaba de mostrarse sediento de sangre. Intolerable era lo que hacía ébrio ¿cuánto más intolerable lo que era causa de la embriaguez? Así como las enfermedades largas debilitan los ojos hasta el punto de no poder soportar el menor rayo de sol, así la borrachez debilita de tal suerte nuestra razón, que, no perteneciéndonos frecuentemente, los vicios arraigados durante este frenesí conservan su fuerza después que se ha disipado la del vino que los producía.

Dí, pues, por qué no debe embriagarse el sabio; haz ver las deformidades é incomodidades de este vicio por sus efectos y no por tus raciocinios, lo cual es muy fácil. Prueba que todas esas cosas que llamamos voluptuosidades son suplicios cuando traspasan los límites de la razón; porque si pretendes hacernos creer que el sabio puede embriagarse sin aturdirse ni perder su ordinaria compostura, lícito te será decir que puede tomar veneno sin morir, opio sin adormecerse, eléboro sin vomitar; pero si vacilan sus pies, balbucea su lengua, ¿de qué sirve decir que está ébrio en parte y en parte no lo está? Adiós.

EPÍSTOLA LXXXIV.

SE DEBE LEER Y ESCRIBIR ALTERNATIVAMENTE: QUÉ FRUTO HEMOS DE OBTENER DE NUESTRAS LECTURAS.

Creo que estos cortos viajes que hago para desterrar la pereza son tan convenientes para mi salud como para el estudio. En cuanto á mi salud, ya lo ves, porque mi amor á las letras ha hecho que descui-

de los ejercicios del cuerpo, y no puedo ya tenerlos sin auxilio ajeno. Cómo aprovechen á mis estudios, voy á decírtelo. No he abandonado la lectura: creo que me es necesaria, en primer lugar para no confiar enteramente en mis opiniones, y además para que, en vista de lo que los demás han encontrado, pueda juzgar y descubrir algo á mi vez; además la lectura alimenta al espíritu, y cuando se encuentra fatigado del estudio, la lectura le da descanso por medio del estudio mismo. Mas no conviene escribir siempre, ni leer siempre; lo primero sería fatigoso y agotaría nuestras fuerzas, y lo último las aflojaría. Necesario es hacerlo alternativamente, templar lo uno con lo otro, de manera que la pluma forme un cuerpo de lo que la lectura ha recogido en diferentes parajes. Debemos imitar en esto á las abejas que vuelan por todas partes para libar en las flores lo que es conveniente para hacer la miel; en seguida lo llevan á las colmenas y lo depositan en los panales, y como dice nuestro Virgilio:

..... Liban la miel

Y depositan el dulce néctar en celdillas.

Ignórase si el jugo que extraen de las flores se convierte en miel inmediatamente después, ó si es la mezcla y propiedad de su aliento lo que le hace pasar á este estado. Algunos sostienen que no tienen las abejas la destreza de hacer miel, sino solamente de amasarla. Dicese que en las Indias se encuentra miel en las hojas de una caña, sea que proceda del rocío ó de un humor dulce y craso que produce esta planta; que tenemos hierbas que poseen la misma virtud, pero menos manifiesta, que sabe alterar este insecto criado para ello. Otros creen que preparan las partes más delicadas que extraen de las hojas y de las flores, cam-

biándolas en miel por una disposición que les es natural, y que, como una levadura, reúne en un todo cosas que son diferentes.

Mas para no apartarnos de nuestro asunto, debemos, repito, imitar á las abejas y poner por separado lo que hemos recogido en diferentes lecturas, porque de esta manera se conservará mejor; después reunir estos diferentes jugos y darles por nuestro trabajo un sabor compuesto de todo ello, de manera que, si bien se note que está tomado de otra parte, véase sin embargo que no es la misma cosa. Esto es lo que la naturaleza hace diariamente en nuestro cuerpo: los alimentos que tomamos no son más que carga incómoda mientras permanecen conservando sus cualidades en nuestro estómago; pero en cuanto se alteran y cambian, se convierten en fuerza y sangre. Hagamos lo mismo con lo que sirve de alimento á nuestro espíritu, y no dejemos que permanezca entero y ajeno lo que recibamos. Cozámolo, porque de no hacerlo así pasará á nuestra memoria, pero no á nuestro entendimiento. Adoptemos estas convicciones y hagámoslas nuestras, á fin de que de muchas cosas se forme una sola, como de muchos números no se forma más que uno cuando se reúnen varios sumandos. Pero ocultemos cuidadosamente lo que hayamos tomado de otro, y no presentemos mas que lo nuestro. Si en tus obras se reconoce algún rasgo de un autor que particularmente aprecias, que sea semejanza de hijo y no retrato, porque el retrato es cosa muerta.

¡Cómo! ¿no se conocerá de quién imito el estilo, la argumentación, los pensamientos? Creo que algunas veces no podrá conocerse si lo hace un hombre hábil que imprime su sello á todo lo que ha tomado de diferentes partes, de manera que forme un todo. ¿No

ves de cuántas voces se forma un coro? Sin embargo, no forman más que un conjunto: una es alta, otra baja, otra media; hay hombres y mujeres; únense flautas; pueden oírse muy bien todas estas voces á la vez, pero no se puede distinguirlas. Hablo de los coros que conocieron los antiguos filósofos, porque hoy se presentan más cantores en nuestros banquetes, que espectadores antes en los teatros: cuando todas las avenidas están rodeadas de cantores, el bajo del teatro ocupado por trompetas y las galerías por flautas y demás instrumentos, se forma grato conjunto con tan diferentes sonidos. Así quiero que sea nuestra alma; que tenga muchos conocimientos, preceptos y ejemplos de los pasados siglos, y que todo conspire al mismo fin.

Pero me dirás: ¿cómo puede conseguirse esto?—Vigilando continuamente sobre nuestra conducta, y no haciendo nada sin el consejo de la razón. Esta te dirá, si quieres escucharla: «Abandona esas cosas tras de las que todos corren; abandona esas riquezas con el peligro y trabajo de poseerías; abandona las volup- tuosidades del cuerpo y del espíritu, que no hacen más que blandear y enervar; abandona la ambición, que no es más que hinchazón, vanidad y humo. Esta no tiene límites; los que se le adelantan son ocasión de pesar; los que la siguen, de recelo: atorméntanla dos envidias, porque sabes qué miseria tan grande es ser envidioso y envidiadó. ¿Ves las casas de los grandes y sus puertas, en las que se golpean por ser los primeros en saludarles? Muchas indignidades han de sufrirse para entrar, y más aún cuando se ha entrado. Huye de esas anchas escaleras y de esos elevados vestíbulos, porque no podrías marchar con seguridad por parajes tan altos y resbaladizos. Encamínate más bien hacia la sabiduría para obtener bienes más amplios y

tranquilos. Los que brillan ante los ojos de los hombres y sólo son grandes por comparación con cosas más bajas, no se adquieren sino á costa de trabajo y dificultad, porque el camino que conduce á los honores es áspero y tortuoso; pero si quieres subir á esta eminencia, á la que no puede acercarse la fortuna, verás á tus pies cosas que se creían infinitamente elevadas, y además de esto llegarás á la cumbre por camino llano.» Adiós.

EPÍSTOLA LXXXV.

EL SABIO SOLAMENTE DEBE EXPERIMENTAR AFECTOS
MODERADOS.

Te había perdonado y omitido las dificultades que quedaban por explicar, contento con darte algunas muestras de los razonamientos que hacen los nuestros para demostrar que solamente la virtud puede hacer la vida completamente feliz. Pero quieres que reuna todos los argumentos que se han propuesto en favor de nuestra doctrina, y para hacerlo no basta una carta, necesitase un libro. Muchas veces he dicho que no me agradan estos argumentos, porque verdaderamente me avergüenza presentarme en un combate que emprendo en interés de los Dioses y de los hombres, armado con una lezna.

«El hombre prudente es templado; el que es templado es constante; el que es constante no experimenta turbaciones; el que no experimenta turbaciones no siente tristeza; el que no siente tristeza es feliz, luego el hombre prudente es feliz, y la prudencia basta para labrar la felicidad de la vida.» Algunos

peripatéticos dicen, para contestar á este argumento, que la palabra constante, sin turbación, sin tristeza, deben entenderse cuando las turbaciones son raras y pequeñas, y no en absoluto, y lo mismo relativamente á la tristeza; es decir, que no nos abandone-mos á ella con demasiada intensidad, porque no sería hombre quien estuviese exento de tristeza; que el sabio no queda abatido por la tristeza, pero sí afectado. Otras razones alegan además conformes con la opinión de su escuela, que no suprime estas pasiones, sino que las modera. Pero, ¿qué ganaría el sabio con ser un poco más fuerte que los imbéciles, algo más alegre que los más tristes, algo más moderado que los más disolutos, y algo más elevado que los más abyec-tos? Igual sería esto á si un andarín admirase su ve-locidad comparándola con la de los enfermos.

«Sobre los mares, sobre las mieses hubiese corrido
Sin doblar las espigas, sin mojar las plantas.»

La velocidad debe considerarse en sí misma, y no con relación á los lentos. ¿Llamarás sano al que tiene ligera fiebre? Por no estar muy enfermo, no puede decirse que se goza de buena salud.

El sabio, dicen, es imperturbable; como decimos de ciertas frutas que no tienen hueso, aunque lo tengan en efecto, pero á causa de que lo tienen más pequeño que las otras. Esto es falso. No entiendo que en el hombre virtuoso existan en pequeña escala los vicios, sino que carece en absoluto de ellos; si tuviese algu-nos, por pequeños que fuesen, crecerían, y entre tanto le incomodarían; una catarata grande ciega, una pequeña enturbia la vista. Si admites algunas pasiones en el sabio, debilitada la razón, será sin duda arrastrada por su violencia, en vista de que le das á combatir no una pasión sola, sino un grupo de

pasiones. El número, aunque sea de hombres débiles, vence al varón más esforzado. Ama el dinero, pero medianamente; tiene ambición, pero no es violenta; se encoleriza, pero se calma en seguida; es inconstante y variable, pero no cambia á cada momento; es libidinoso, pero no hasta la demencia. Pues mejor es, sin duda, tener un vicio claro y completo que tener un poco de cada uno. Además, no ha de considerarse si la pasión es fuerte; porque en cualquier grado que se encuentre no se deja guiar, no recibe consejo, de la misma manera que los animales, sean salvajes ó domésticos, que, por su naturaleza, son incapaces de escuchar la razón. Los tigres y leones nunca pierden su ferocidad natural; algunas veces la abandonan, y la recobran cuando menos se espera. Jamás se aman-san de buena fe los vicios, porque si al fin la razón domina, no arraigarán, pero si arraigan á pesar suyo, á pesar suyo los conservarán. Mas fácil es impedirles nacer que impedirles crecer.

Falsa es, por consiguiente, é inútil esta medianía en las pasiones, y ha de considerarse de la misma manera que si dijésemos que se debe estar medianamente loco ó medianamente enfermo. Este temperamento pertenece exclusivamente á la virtud, siendo incapaz de él el vicio; y es por tanto mucho más fácil arrancarle que regirle. ¿Crees acaso que en esos vicios inveterados que llamamos enfermedades del alma, como la avaricia, la crueldad, la ira, la impiedad, existe alguna moderación? Luego las pasiones son inmoderadas también, puesto que de ellas se pasa á los otros. Además, si das cabida á la tristeza, al temor, á la avidez y demás pasiones desordenadas, ya no tendrás potestad sobre ellas. ¿Por qué? Porque los objetos que las excitan están fuera de tí y las hacen crecer á medida de su grandeza. Así, pues, el temor

será tanto más grande, cuanto más atentamente ó más de cerca se mire su objeto; más ardiente el deseo, cuanto más importante ó magnífica parezca la cosa deseada. Si no podemos impedir que existan pasiones dentro de nosotros, tampoco podremos impedir que se fortalezcan; habiéndolas permitido brotar, preciso será sufrir que se desarrollen según la magnitud de las causas que las hayan producido. Añade que, á pesar de que sean pequeñas al principio, no dejarán de extenderse con el tiempo, siendo propio de las cosas malas no guardar medida. Las enfermedades, por pequeñas que sean al principio, no dejan de hacerse grandes con el tiempo: algunas veces hasta es bastante ligero acceso de fiebre para abatir un cuerpo valetudinario. ¡Pero qué demencia imaginar que podemos trazar límites á cosas cuyo principio está fuera de nuestro poder! ¡Tendré más fuerza para impedir su fin que he tenido para evitar su nacimiento, si es verdad que es más fácil impedir la entrada á quien lo intenta que hacerle salir cuando ya ha entrado?

Algunos emplean esta distinción: Un hombre puede ser templado y prudente por la disposición de su alma; no lo será sin embargo por los acontecimientos, porque no sentirá interiormente emoción de tristeza ni de temor, pero sobrevendrán de fuera objetos que le causarán turbación y pesar. Esto es lo que se llama no ser iracundo, pero irritarse algunas veces; ó más bien, no tener el vicio de la timidez, pero tener la pasión. Si admites la pasión, el temor frecuente degenerará en timidez; y la cólera, encontrando entrada en tu alma, destruirá muy pronto tu inclinación á la paz y á la dulzura. Además, si no estás exento de temor y se tiene en cuenta lo que procede del exterior, cuando se trate de pasar por en medio del fuego y de los dardos en defensa de la patria, de

las leyes y de la libertad, el cuerpo avanzará lentamente, pero el espíritu pensará en la retirada, que es una especie de contradicción en que el sabio no cae jamás.

Necesario es, por otra parte, cuidar de no confundir dos cosas que deben probarse separadamente: la primera, que no hay otro bien que lo honesto; la segunda, que solamente la virtud puede hacer dichosa la vida. Si es cierto que no existe otro bien que lo honesto, todos conceden que la virtud basta por sí misma para vivir felizmente. Pero, aunque la virtud sola puede hacer feliz al hombre, no se sigue que no exista otro bien que lo honesto. Xenócrates y Speusippo dicen que solamente puede producir la felicidad la virtud, pero no están de acuerdo en que no exista otro bien que lo honesto. Epicuro dice también que el que posee la virtud es dichoso, pero que no basta esto solo para vivir felizmente; porque es necesario añadir el placer que procede de la virtud y que no es la virtud misma; distinción inepta, porque el mismo autor dice en otro lugar que no hay virtud que no vaya acompañada de cierto placer. Así, pues, la virtud basta por sí misma, puesto que siempre va acompañada de [placer y no se separa de él aunque se encuentre sola. Así, pues, es absurdo decir que será dichoso el que posea la virtud solamente, pero que no lo será por completo. No veo cómo puede ser esto; porque la felicidad es un bien perfecto al que nada puede añadirse. Siendo esto así, la felicidad debe ser perfecta y completa. Si es cierto que nada hay más grande ni mejor que los Dióses, siendo la vida feliz completamente divina, síguese que es el grado más eminente á que puede llegar. Además, si la vida feliz nada necesita, y toda vida feliz es perfecta, será á la vez feliz y perfectamente feliz. ¿Puedes dudar

que la vida feliz sea el soberano bien? Es, pues, soberanamente feliz, puesto que es el soberano bien. Así como nada puede añadirse al colmo de una medida, porque nada hay superior, así tampoco puede añadirse nada á la vida feliz, que es el colmo de todos los bienes. Si haces á uno más feliz que á otro, estableces infinidad de grados en el bien soberano, aunque nada tenga superior á él. Y si uno es menos feliz que otro, síguese que el primero deseará pasar á un estado más feliz que el suyo; y sin embargo, el hombre feliz no encuentra nada superior á su condición. Una y otra cosa son increíbles; que haya algo en el mundo que el hombre feliz desee más que su estado, ó que no desee lo que es mejor que lo que posee. Porque, á medida que tiene más conocimientos, se dedicará con más ardor á la conquista de un bien que estimará mayor que los demás. ¿Y cómo será feliz el que aun puede y hasta debe desear?

Diré en qué consiste y de qué procede este error. Ignoran que existe una sola vida feliz, y que su cualidad y no su grandeza la colocan en su supremo estado. De aquí procede que sea indiferente su duración ancha ó estrecha, repartida en muchos parajes ó encerrada en su rincón de la tierra. Cuando se la estima por el número, la medida y las partes, se le quita lo que tiene de más excelente. ¿Qué es lo más grande en la vida feliz? Su plenitud. Creo que el fin de comer y beber es la saciedad. Pero éste come más que aquél; ¿qué importa, puesto que los dos quedan saciados? Uno bebe más que otro; ¿qué importa, puesto que los dos quedan sin sed? ¿Este ha vivido más que aquél? Poco importa, puesto que la diferencia de sus años no ha impedido que el uno sea tan feliz como el otro. El que llamas menos feliz, no es feliz en realidad, porque este estado no admite disminución.

«El fuerte no siente temor; el que no teme no se entristece; el que no se entristece es feliz.» Este es nuestro argumento, y así se intenta contestarlo. Dícese que pretendemos hacer pasar por máxima indudable una proposición falsa, al menos controvertible: que el fuerte no siente temor.—¿Cómo, dicen, el hombre fuerte no temerá los males inminentes? Esto es propio de la demencia y no de la fortaleza. Podrá moderar su temor, pero no eximirse de él.—Los que raciocinan de esta manera caen siempre en el mismo error, y toman los defectos cuando son pequeños ó menores que los otros, por virtudes; porque el que teme rara vez ó menos que los otros no está libre de defecto, aunque padece menos.—Pero juzgo demente al que no teme los males inminentes.—Cierto es lo que dices, si lo que le amenaza es realmente un mal; pero si sabe que no es un mal y que solamente debe llamarse así lo que no es honesto, debe contemplar el peligro con firmeza, y despreciar todo lo que los otros temen. Por el contrario, si solamente un loco no teme el mal, dedúcese que se temerá tanto más, cuanto mayor juicio se tenga.—Pero según tu opinión, dirán, el fuerte debe exponerse á los peligros.—De ninguna manera; los evitará, pero no los temerá; la precaución le es permitida, pero no el temor.—¿Cómo! replicará, ¿no temerá la muerte, las cadenas, los fuegos y todos los reveses de la fortuna?—No, porque sabe muy bien que todas estas cosas no son males en realidad, sino solamente en apariencia, considerándolos como vanos terrores del espíritu humano. Representadle el cautiverio, los azotes, las ligaduras, la pobreza, la dislaceración de los miembros por el suplicio ó por enfermedad, y todo cuanto puedas imaginar de más espantoso; todo ello lo colocará en el número de los terrores pánicos, que sola-

mente intimidan á los espíritus débiles. ¿Puedes considerar como mal lo que algunas veces abrazamos voluntariamente?

¿Quieres saber lo que es el mal? Ceder á los accidentes que llevan el nombre de mal, someterles la propia libertad por la cual todo debe sufrirse. Pero no debe hablarse de libertad si no despreciamos todas las cosas que nos hacen esclavos. No se dudaría tanto acerca de los deberes del hombre animoso, si se supiese lo que es fortaleza. No es ésta la temeridad inconsiderada, loco amor á los peligros y deseo de aquellas cosas que todos temen, sino justo discernimiento de lo que es mal y de lo que no lo es. La fortaleza cuida mucho de su conservación y no deja de sufrir dulcemente las cosas que solamente en apariencia son malas.—¡Cómo! si se pone al varón fuerte el puñal á la garganta; si se le hiere en tanto en un lado, en tanto en otro; si ve sus vísceras descubiertas; si para hacerle más sensibles los tormentos se renuevan por intervalos; si se le arranca de nuevo sangre caliente de sus heridas, ya secas, ¿dirás que ese hombre no teme ni siente dolor?—No digo que no experimente dolor, porque la virtud no quita la sensibilidad; pero no teme, y en medio de los dolores contempla tranquilo sus heridas. ¿Sabes en qué estado se encuentra su espíritu? En el que se encontraba al exhortar á sus amigos á la paciencia en las enfermedades.

Lo que es malo, perjudica; lo que perjudica, nos hace peores; el dolor y la pobreza no nos hacen peores, luego no son males.—Respóndese que es falsa la primera proposición, porque lo que perjudica á una cosa no siempre la hace peor. Por ejemplo, la tempestad y el huracán son perjudiciales al piloto, y, sin embargo, no le hacen peor.—Algunos estoicos repli-

can que la tempestad y el huracán hacen peor al piloto, en cuanto destruyen sus designios y le impiden seguir el rumbo que se había propuesto. Pero no por esto es peor piloto, sino más desgraciado. A lo que dicen los peripatéticos: la pobreza, el dolor y otras cosas semejantes hacen peor al sabio; porque, sin quitarle la virtud, le impedirán las operaciones. Esto sería cierto si las condiciones del piloto y del sabio fuesen iguales. Éste, en la regla de su vida, se propone hacer bien todo lo que debe hacer; pero el piloto ha decidido llevar su nave al puerto. Las artes son ministros que deben hacer lo que prometen; la sabiduría es su soberana y directora; las artes sirven á la vida, la sabiduría las gobierna. Por mi parte, creo que debe responderse de otra manera, y decir que la tempestad en nada disminuye el arte del piloto ni su ejercicio; que no se ha propuesto hacer tu viaje feliz, sino servirte bien y gobernar la nave según las reglas de su oficio, mostrándose mejor su destreza á medida que encuentre mayores obstáculos. El piloto que puede decir: «Neptuno, tú no sumergirás esta nave sino recta,» sabe bien su arte; la tempestad no impide que cumpla con su deber, pero impide el éxito.—¡Cómo! dirás, ¿lo que aleja del puerto al piloto, lo que hace inútiles sus esfuerzos, que le hace volver al punto de partida, que retrasa y desmantela su nave, no le es perjudicial?—Sí, le es perjudicial como viajero, pero no como piloto; y muy lejos de perjudicar á su arte, lo levanta y le da mayor brillo; porque todos son pilotos con mar tranquila, como generalmente se dice; los contratiempos afectan á la navegación, pero no al que la dirige. El piloto tiene dos cualidades: la de pasajero, como todos los que van embarcados en la nave, y la de piloto, que le es especial. La tempestad le molesta en

calidad de pasajero, pero no como piloto. Además, su ciencia de piloto es el bien de todos aquellos á quienes conduce, como la ciencia del médico es el bien de todos aquellos á quienes asiste. La sabiduría es un bien común, que no sirve menos á los que la escuchan que al que la posee. Concedo que se diga que la tempestad perjudica al piloto en el sentido de que le impide prestar el servicio prometido. Pero la pobreza, el dolor y las demás tempestades de la vida no perjudican al sabio, porque solamente le impiden obrar con relación á otro. Siempre está ocupado consigo mismo, principalmente cuando la fortuna le es contraria. En este caso ejerce el oficio propio de la sabiduría, que ya hemos dicho le es común con toda la humanidad.

Además, no deja de ser útil á los demás, aunque él mismo se encuentre necesitado; porque si en este estado no enseña cómo debe gobernarse una república, mostrará al menos cómo debemos gobernarnos en la pobreza; su acción se extiende á todas las situaciones de la vida. Nada hay en el mundo que no caiga bajo su jurisdicción, porque obra sobre aquello mismo que le impide obrar en otra cosa. Dispuesto está para todos los acontecimientos, sabiendo dirigir los buenos y vencer los malos; y como su único objeto es la virtud, no tiene en cuenta la materia que ha de servirle de ejercicio, sino que considera la virtud en sí misma. De aquí que la pobreza, el dolor y todo lo que ordinariamente consterna á los ignorantes, no interrumpe sus funciones. ¿Crees que le incomodan los males? De ninguna manera; usa de ellos. Fidias sabía hacer estatuas de bronce lo mismo que de marfil; si le hubieras presentado mármol ú otra materia más común, hubiese hecho una obra maestra. De la misma manera dará á conocer el sabio su virtud en cualquier

condición que se encuentre, en la riqueza ó en la pobreza, en su patria ó en el destierro, capitán ó soldado, sano ó enfermo. En cualquier situación que se encuentre hará algo notable. Existen domadores de animales terribles, que después de hacerles perder su ferocidad, los domestican y les hacen vivir en su compañía. Verás al dueño de un león meterle la mano en la boca, al domador de un tigre besarle repetidas veces, y á algún etiope hacer que un elefante se arrodille ó marche por una cuerda. De la misma manera doma los males el sabio, y en cuanto llegan á él, dolores, pobreza, ignominia, prisión, destierro y demás cosas que nos causan horror, quedan mansas. Adiós.

EPÍSTOLA LXXXVI.

DE LA QUINTA DEL AFRICANO Y DE SU BAÑO: DEL MODO
DE TRASPLANTAR ÁRBOLES

Te escribo desde la quinta de Scipión el Africano, después de venerar sus manes y su altar, que creo es el sepulcro de aquel grande hombre. En cuanto á su alma, persuadido estoy de que ha vuelto al cielo, de donde vino, no por haber mandado poderosos ejércitos (porque Cambises el Furioso, cuya temeridad fué tan afortunada, hizo lo mismo), sino por su insigne moderación y por su piedad, que brilló más cuando se retiró de su patria que cuando la defendió. Debien-do dejar á Roma Scipión ó perder Roma la libertad: «No quiero, dijo, faltar á las leyes; no pretendo privilegios en contra de mis conciudadanos; dichoso soy con que mi patria goce del bien que la he procurado. He sido la causa de su libertad, también seré su ejem-

plo. Me ausento, ya que le soy más sospechoso que útil.» ¿Quién no admirará un alma tan elevada, que voluntariamente se destierra para aliviar de pesada carga á la ciudad? Porque las cosas habían llegado á tal punto, que Scipión había de triunfar de la libertad ó la libertad de Scipión: ni lo uno ni lo otro era justo, por lo cual se sometió á las leyes y se retiró á Liter-num, para hacer ver que la república arrojaba al mismo que había arrojado á Anníbal.

He visto esta casa construída con piedras de sillería, con un bosque rodeado de tapia y con dos torres en los extremos: tiene una cisterna debajo del edificio y los jardines, que podría bastar á un ejército; un baño estrecho y mal iluminado, como los construían en los tiempos antiguos, porque nuestros mayores no creían que pudiesen ser calientes si no eran oscuros. Agrádame considerar la manera de vivir de Scipión, con relación á la nuestra. En este rincón, aquel gran capitán, terror de Cartago, al que Roma debe no haber sido tomada más que una vez, venía á lavarse al regresar de los trabajos rústicos, porque labraba la tierra, como se hacía en aquellos tiempos. Habitaba bajo este pobre techo, caminaba sobre este desaseado pavimento. ¿Quién se contentaría hoy con tales baños? Pobre y miserable se creería el que en las paredes del baño no viese piedras de mármol, combinadas con otras de Numidia talladas en círculo; si en derredor no contemplase un zócalo de otras piedras de diferentes colores, artísticamente trabajadas, que forman como una pintura; si la bóveda no desaparece detrás del cristal; si las bañaderas en que se entra después de sudar bien, no tienen los bordes de piedra de Thasius, que en otro tiempo solamente se veía en los templos, y si los grifos que derraman el agua no son de plata. Y solamente hablo de los baños del pue-

blo; ¿qué será cuando me ocupe de los de los libertos, y cómo diré cuántas estatuas tienen, cuántas columnas que nada sostienen y que están colocadas solamente por adorno y magnificencia? ¿Qué cantidad de agua cae de una grada á otra á manera de cascada, con sorprendente ruido? Hemos llegado á tal punto de delicadeza, que no queremos pisar más que piedras preciosas. En este baño de Scipión, en vez de ventanas, no hay más que hendiduras en la pared que, sin quitar fuerza al edificio, dejan penetrar la luz. Mas ahora, si los baños no están preparados de manera que reciban el sol todo el día por grandísimas ventanas, si no se recibe el aire al mismo tiempo que el agua, y si desde la bañadera no se ve el campo y el mar, dicese que son grutas. Así, pues, las cosas que produjeron general admiración en sus tiempos, no pasan de antiguallas cuando place al lujo inventar alguna novedad y olvidar lo que había introducido. En otro tiempo existían pocos baños, y éstos sin ningún adorno; porque ¿para qué enriquecer una cosa que solamente ha de costar un cuadrante y que se inventó para la salud y no para el placer? No se renovaba ocultamente el agua, y la templada no brotaba de una fuente. Tampoco se cuidaban de que fuese muy clara, porque solamente servía para lavarse. Pero ¡oh dioses! ¡cuánto agradaba entrar en aquellos baños oscuros, blanqueados con yeso, sabiendo que Catón, Fabio Máximo ó alguno de los Cornelios había sumergido en ellos las manos para apreciar el calor! Porque entonces los ediles, por nobles que fuesen tenían obligación de vigilar en estos parajes públicos, con objeto de que los conservasen limpios y de mantener el agua á temperatura cómoda y saludable, no como la de hoy, que es tan caliente, que, para castigar al esclavo que ha cometido alguna maldad, bas-

taría sumergirle en ella. Por mi parte no podría distinguir si el baño es templado ó abrasador; pero nuestros contemporáneos se burlan de la rústica sencillez de Scipión, que no sabía iluminar sus baños con grandes ventanas, porque no se asaba á plena luz, ni hacía la digestión en el baño. ¡Oh desgraciado, dicen, no sabía vivir! Verdad es que se lavaba en agua turbia, que era casi barro en cuanto llovía un poco; no esperaba que reposase, siéndole esto casi indiferente, porque iba á quitarse el polvo y el sudor y no á perfumarse. ¿No crees que éstos dirán además: Por esta parte no envidio á Scipión; cosa de desterrado era sin duda bañarse de esa manera: diré también además que no se bañaba todos los días, porque, según reflejen los que escribieron los usos y costumbres de nuestros mayores, se lavaban diariamente los brazos y piernas para quitarse las manchas recibidas en el trabajo; pero en cuanto al resto del cuerpo, solamente se lavaban una vez por semana. Algunos dirán á esto: ¿Tan sucios eran? ¿A qué crees que oían? ¡A soldados, á trabajadores, á hombres! Desde que los baños están tan limpios, los hombres son más sucios. Así, pues, cuando Horacio Flacco describe al infame entregado á toda clase de delicias, dice: «Rufilo huele á pastelillos.» Si Rufilo viviese hoy y no tuviese otro perfume, le confudirían seguramente con aquel Gorgonio que el mismo Horacio le opone. Poca cosa es perfumarse, si no se renueva dos ó tres veces al día por temor de que se disipe. ¿Qué dirás si los ves envanecerse como si el perfume fuese cosa natural en ellos?

Si te parece esto demasiado triste, culpa á la quinta en que me encuentro. Aquí he aprendido de Ægialo, dignísimo padre de familia y actual poseedor de estos campos, que un árbol, por viejo que sea, siempre

puede trasplantarse. Necesario es que sepamos este secreto nosotros los viejos, que solamente para utilidad de otros plantamos olivos. Puedo decir que he visto huertos de árboles frutales de tres ó cuatro años, trasplantados de esta manera, que producían frutos al otoño siguiente; tú también encontrarás abrigo bajo este árbol,

Cuya sombra gozarán los nietos,

como dice nuestro Virgilio, que ha dicho otras cosas con más gracia que verdad, y que ha cuidado más de deleitar al lector que de instruir al labrador. Omitiendo otros muchos ejemplos para fijarme solamente en el que he tenido que condenar hoy, diré:

El mijo y el haba sembrar debes en marzo.

Considera si tiene razón al decir que debe sembrarse al mismo tiempo las habas y el mijo y en la estación de primavera. Te escribo á fines de junio, y he visto en el mismo día coger habas y sembrar mijo.

Vuelvo á los olivos, que he visto trasplantar de dos maneras. Cógense retoños de árboles grandes, córtanles las ramas á un pie del tronco, y lo mismo las raíces, dejándoles la maestra, que meten en estiércol bien podrido y después en el hoyo. En seguida echan tierra por encima, la aprietan y comprimen pisando en derredor; porque, según dicen, no hay nada mejor para impedir que penetren el frío y el aire, que movería al árbol. De esta manera, al brotar las raíces, pueden crecer cómodamente sin movimientos que las arrancarían, siendo tiernas aún y no pudiendo sostenerse por sí mismas. Pero se rae un poco de la corteza antes de plantarlos, porque del punto raspado brotan nuevas raíces. No es necesario que el tallo salga más de tres ó cuatro pies fuera de tierra, para

que las ramas broten desde abajo y no quede el árbol seco y árido como los olivos viejos. La otra manera de trasplantar consiste en coger ramas algo robustas, que no tegan la corteza dura, y plantarlas como acabo de decir. No crecen tan pronto, pero son frondosos y bellos como procedentes de planta nueva. He visto trasplantar también una parra vieja. Necesario es conservar, si es posible, hasta las menores raicillas cuando se le arranca, descortezarla y tenderla para que el mismo cuerpo eche raíces. Las he visto plantadas en febrero y cerca de marzo, que han brotado perfectamente. Pero dicen que estos árboles de largo tronco necesitan se les riegue con agua de cisterna. Si esto es cierto, tenemos la lluvia en nuestra mano. No quiero enseñarte más, por temor de que así como *Ægialo* ha encontrado en mí un contradictor, encuentre yo otro en tí. Adiós.

EPÍSTOLA LXXXVII.

DE LA FRUGALIDAD Y LUJO.—¿SON UN BIEN LAS RIQUEZAS?

He naufragado antes de embarcarme: no te diré cómo ha sucedido esto, por temor de que lo coloques entre las paradojas estoicas; y no porque ninguna de ellas sea falsa, ni tan extraña que lo parezca á primera vista, como te demostraré cuando quieras y tal vez cuando no quieras. Entre tanto, te diré que he aprendido en mi viaje que tenemos muchas cosas superfluas, y que fácilmente podríamos despreciarlas por la razón, puesto que algunas veces las perdemos sin notarlo. Hace dos días que estamos juntos Máximo y yo, con todas la satisfacciones posibles y sin más

criados que los que ha podido traer un carruaje, ni más equipaje que lo puesto. Mi colchón está en el suelo, y yo sobre el colchón. De los dos mantos, uno sirve de cobertor y otro de tapiz. Nada hay que suprimir en la comida; la preparan en menos de media hora. Pero como nunca carezco de higos, así tampoco de tablillas. Cuando tengo pan, me sirven de carne; cuando no tengo carne, me sirven de pan. Todos los días me traen el año nuevo, que procuro hacer dichoso por medio de buenos pensamientos y el estudio de la fortaleza, que nunca es tan grande como cuando se despoja de cosas extrañas, ni tan tranquila como cuando destierra el temor, ni tan rica como cuando sofoca la avidez. He venido en un carro de campo; las mulas no comen más que lo que encuentran por el camino; el muletero marcha descalzo, y no por calor. Trabajo me cuesta decidirme á confesar que éste es mi vehículo; aun tengo el rubor de bien obrar, porque á pesar mío me avergüenzo cuando encuentro un carruaje mejor que el mío. Esto demuestra de un modo seguro que aun no estoy muy firme en los sentimientos que ensalzo y reverencio. El que se avergüenza de tener un carro malo, se envanece-ría de poseer una carroza. Aun no he avanzado mucho, puesto que no me atrevo á mostrar mi frugalidad y me preocupo de lo que dirán los transeuntes.

Debería decir á todos los hombres, en contra de lo que generalmente piensan: «Sois locos, os engañáis, admiráis las cosas superfluas, no estimáis á nadie por su propio mérito. Contáis muy bien lo que cada cual posee. Si vais á prestar dinero ó á dispensar favor á alguno (porque no se hace esto sin pensarlo antes bien), decís:—Tiene muchos bienes, pero debe mucho; posee una casa hermosa, pero la ha comprado con dinero ajeno; nadie tiene servidumbre mejor,

pero no paga sus deudas; nada le quedaría si pagase á sus acreedores.—De la misma manera deberíais pensar acerca de todo lo demás y considerar lo que cada cual tiene realmente propio.» Creéis que ese hombre es rico porque tiene vajilla de oro que lleva al campo, porque labra en todas las provincias, porque tiene grueso registro de rentas y posee más tierras suburbanas de las que se necesitarían para excitar envidia en los desiertos de la Pulla. Pues cuando hayas dicho todo esto, es pobre.—¿Por qué?—Porque debe.—¿Cuánto? preguntarás.— Todo lo que tiene. A no ser que encontréis diferencia entre deber á un hombre y deber á la fortuna. ¿Para qué le sirven sus mulas tan gordas y tan iguales? ¿para qué sus doradas carrozas?

Cubiertos los caballos con bordados mantos,
Adornado su cuello con colleras de oro,
Y freno de oro oprimen con los dientes.

Todo esto no hace mejores al dueño ni á los caballos. Catón el Censor (cuyo nacimiento no fué menos provechoso á la república que el de Scipión) habiendo combatido el uno contra los vicios y el otro contra los enemigos) montaba ordinariamente un caballo castrado, colocando en él un saco donde llevaba sus efectos. ¡Qué placer hubiese experimentado al encontrar alguno de nuestros lujosos en brillante carroza, con correos y Númeridas que limpian el polvo delante de él! Este parecería, sin duda, más limpio y mejor acompañado que Catón, pero con todo este aparato hubieseis encontrado un hombre tan abrumado de deudas, que tal vez pensaría en alistarse entre los gladiadores. Glorioso era aquel siglo en que un general que había obtenido los honores del triunfo y la dignidad de censor, en el que un Catón se con-

tentaba con un caballo, y no completo, porque su maleta, colocada detrás de la silla, ocupaba parte de él. ¿No preferirás aquel caballo, que el mismo Catón cuidaba, á todos los trotones asturianos (1) y de andadura?

Bien sé que este asunto me llevaría demasiado lejos, si no me detuviese después de decirte que el que inventó el nombre de equipaje (*impedimenta*) sospechó sin duda que llegaría tiempo como el nuestro en que sería enormemente embarazoso. Ahora quiero proponerte algunos argumentos, con los que probamos que la virtud basta para hacer la vida feliz. Lo bueno hace á los hombres buenos; porque lo que hay de bueno en la música hace los buenos músicos: las cosas fortuitas no hacen á los hombres buenos; por consiguiente, las cosas fortuitas no son buenas. Los peripatéticos contestan que la primera proposición es falsa, porque lo bueno no hace siempre buenos á los hombres. En la música puede haber algo bueno, como la cuerda, la flauta ó cualquier otro instrumento á propósito para la armonía, pero nada de esto hace al músico. Nosotros les contestamos que no comprenden estas palabras: «Lo que hay bueno en la música;» porque no es el instrumento el que opera este efecto, sino el arte mismo, en el que, si se encuentra algo bueno, hará bueno al músico. En dos sentidos se dice lo que es bueno en el arte de la música: uno cuando sirve á la acción del músico; otro cuando sirve al arte. La cuerda, la flauta y los otros instrumentos afectan á la acción y no al arte, porque sin ellos, el músico no deja de conocer la música, pero tal vez no podría utilizarla. No sucede así en el hombre, porque

(1) Los Romanos apreciaban mucho los caballos de Asturias.

todo lo que le es bueno, debe serlo igualmente á su vida.

Lo que puede conseguir el último de los hombres no debe considerarse como bien. El que tiene tráfico infame puede enriquecerse, y también el lanista, luego las riquezas no son bienes.—También es eso falso, contestan; porque en el arte del gramático, del médico y del piloto, vemos que los bienes caen en manos de gente de baja estofa.—Convengo; pero estas artes no hacen profesión de magnanimidad; no levantan el espíritu y no le inspiran desprecio á todo lo fortuito y que depende de la casualidad. La virtud, por el contrario, realza el brillo del hombre y le coloca sobre todo lo que la generalidad adora, y no experimenta deseo ni temor por todas aquellas cosas que el vulgo llama bienes ó males. Quelidón, uno de los elegantes de Cleopatra, poseía grandes bienes. En los últimos tiempos, Natal, cuya lengua era tan impura como dañina, en cuya boca padecían todas las mujeres, tuvo muchas herencias en vida y muchos herederos en la muerte. ¡Cómo! ¿deshonró él las riquezas ó las riquezas le deshonraron? ¡Tan cierto es que algunas veces caen en manos de personas como en una cloaca! La virtud pertenece á un orden superior, y su estimación se funda en su propio valor. Jamás considerará como bienes las riquezas, de cualquier manera que las adquiera. Ahora bien; la profesión de médico ó de piloto no prohíbe el aprecio y admiración de las riquezas; así es que, sin ser virtuoso, se puede abrazar estas profesiones, como se abrazaría la de cocinero. Pero no llamarás hombre vulgar al que posee una cosa que no es vulgar. Generalmente somos como lo que poseemos. El canasto no vale lo que contiene, y hasta se da por añadidura. Nadie aprecia el saco lleno como saco, sino por lo

que encierra. Lo mismo sucede con los que aparecen opulentos: no son más que accesorios de sus riquezas. ¿De dónde crees que procede la grandeza del sabio? De la de su alma. Ciertó es, por consiguiente, que lo que pueden tener las personas más viles no debe llamarse bien. Por esta razón no diré jamás que la indolencia es un bien, puesto que se encuentra en la pulga y en la cigarra. Tampoco diré que sea un bien permanecer constantemente en reposo y no tener nada que nos moleste. ¿Hay alguien en el mundo que esté más en reposo que el gusano?

¿Quieres saber qué es lo que hace al sabio? Lo que le hace Dios. Porque hay que convenir en que es algo de divino, celestial y magnífico. El verdadero bien nunca es tan común, ni puede conseguirlo cualquiera.

Lo que una tierra pide otra lo rechaza.
Este suelo es bueno para el trigo, aquél para la vid;
Aquí crece la hierba, allá maiz y lino;
Los árboles y frutas más fácilmente allá.
En este paraje el azafrán del Tmolus.
La India da el marfil, incienso los Sabeos,
Los Chalybes el hierro.....

Todas estas cosas están distribuídas por climas, á fin de que las necesidades recíprocas de los hombres hagan necesario el comercio entre ellos. El soberano bien tiene también terreno propio, que no es el que produce el marfil y el hierro. ¿Quieres saber cuál es? ¡El alma! Si ésta no es pura y santa, no puede comprender á Dios.

El bien no procede del mal; las riquezas proceden de la avaricia, por consiguiente las riquezas no son verdaderos bienes.—No es cierto, replican, que el bien no proceda del mal, porque del robo y del sacrilegio procede algunas veces dinero, y la razón por la que

se considera malo el sacrilegio es que produce más daño que provecho, yendo ordinariamente acompañado el provecho que reporta de temores, inquietudes y trabajo de cuerpo y espíritu.—El que dice esto, se ve obligado á confesar que, como el sacrilegio es malo á causa de que produce muchos males, es en alguna manera bueno, porque produce algún bien. ¿Y puede haber cosa más horrible que colocar el sacrilegio, el robo y el adulterio en el número de los bienes? Y sin embargo, así aparece según esta opinión. ¡Cuántos vemos que no se avergüenzan de sus robos, que se glorían de sus adulterios! Porque se castigan los sacrilegios pequeños y se llevan en triunfo los grandes. Además, si el sacrilegio es bueno de alguna manera, también será honesto y podrá llamársele buena acción, lo cual no puede ocurrir ni á los mayores malvados. Por consiguiente, el bien no puede proceder del mal. Porque si dicen que el sacrilegio no es malo sino porque produce mucho mal, perdónale el castigo, prométele la impunidad y nada le impedirá ser entonces completamente bueno, y sin embargo el mayor suplicio del crimen se encuentra en él mismo. Te engañas si crees que el malvado no recibe castigo hasta que está encadenado en manos del verdugo; lo está en cuanto comete el crimen, y frecuentemente al cometerlo. Ya ves que el bien no puede proceder del mal, ni más ni menos que el higo del olivo. La planta responde á la semilla; lo que es bueno no puede degenerar. Así como lo honesto no procede de lo infame, así también lo bueno no procede de lo malo; porque lo bueno y lo honesto son la misma cosa.—Algunos de los nuestros contestan de esta manera: Supongamos que el dinero sea un bien, de cualquiera parte que proceda; el dinero que procede del sacrilegio no tiene nada del sacrilegio. Esto lo hará com-

prender mejor. En el mismo vaso hay oro y una víbora: si sacas el oro porque hay una víbora, el vaso no te da el oro porque hay una víbora, sino que te da el oro teniendo una víbora. De la misma manera se recibe el provecho del sacrilegio no porque el sacrilegio por sí es infame y criminal, sino porque contiene provecho en él: como en el vaso lo malo no es el oro, sino la víbora, así en el sacrilegio lo malo no es el provecho, sino el crimen. A esto se replica que estas dos cosas no tienen nada semejante, porque puedo tomar el oro sin la víbora, pero no podría obtener aquel otro provecho sin cometer el sacrilegio, porque lo uno es inseparable de lo otro.

Lo que no podemos adquirir sin mucho mal no es bueno; experimentamos mucho mal por adquirir riquezas; luego las riquezas no son buenas. Contéstase que esta proposición puede entenderse de dos maneras: primera, que si experimentamos mucho mal por adquirir riquezas, lo mismo sucede cuando queremos adquirir la virtud. El que va á estudiar á país extranjero puede naufragar ó caer en manos de piratas. Segunda, que si lo que no puede adquirirse sin mucho mal no es bueno, es proposición de la que no se deduce que las riquezas ó los placeres causen absolutamente el mal; ó bien, si las riquezas nos hacen caer en él, lejos de ser buenas son absolutamente malas, y sin embargo te limitas á decir que no son buenas. Confieras además que tienen algún empleo, y las colocas entre las comodidades de la vida; pero por la misma razón no son cómodas, puesto que por su empleo sufrimos muchas incomodidades. Otros contestan de esta manera. Es abuso imputar á las riquezas las incomodidades que experimentamos. Las riquezas no hacen daño á nadie. Si nos sobreviene algún mal, es por imprudencia propia ó por malicia ajena. La

espada no mata por sí misma á nadie, sino que es solamente instrumento del que quiere matar á otro. De la misma manera las riquezas no te ocasionan ningún daño, aunque te lo hagan á causa de tus riquezas. Creo que Posidonio raciocina mejor cuando dice que las riquezas causan el mal, no porque ellas mismas lo produzcan, sino porque dan ocasión á hacerlo. Porque existe una causa eficiente ó próxima del mal, y otra antecedente y más lejana, que es la que atribuimos á las riquezas, porque animan el valor, producen el orgullo, atraen la envidia y nos hacen tan insensatos, que algunas veces afectamos poseerlas aunque sean peligrosas. Pero el verdadero bien no debe tener defecto; es puro, no corrompe el espíritu, lo levanta y lo ensancha, pero no le hincha. El verdadero bien, da seguridad; las riquezas, osadía; el verdadero bien, inspira generosidad; las riquezas, insolencia, que solamente es falsa generosidad.—De la manera que hablas de las riquezas, dirás; dedúcese que, lejos de ser buenas, son verdaderamente malas.—Lo serían en efecto si, como ya he dicho, produjesen el mal por sí mismas; si tuviesen en sí la causa eficiente del mal, mientras que sólo contienen causa precedente, que no deja de conmover y alterar la avidez. Las riquezas tienen una apariencia que se asemeja tanto al bien, que la mayor parte se engañan; de la misma manera que la virtud parece contener la causa precedente de la envidia que nunca deja de perseguir al sabio y hombre honrado. Pero nada tiene en sí que dé lugar á esta causa; al contrario, su brillo ante los ojos de los hombres puede llevarles al amor y admiración de su belleza. Posidonio dice que debe argüirse de este modo: Lo que no da al alma ninguna grandeza, seguridad ni firmeza, no es un bien; es así que las riquezas, la salud y cosas seme-

jantes nada de esto la dan; luego no son bienes. Esfuerza más aún el argumento. Lo que no da al alma grandeza, seguridad ni firmeza, y que, por el contrario, la da insolencia, vanidad y orgullo, es malo; las cosas fortuitas dan todo esto; luego son malas, y esta razón, dice, hace ver que tampoco constituyen comodidades. La naturaleza de las comodidades es diferente de la de los bienes. Puede llamarse cómoda una cosa cuando es más útil que desagradable; mas para ser buena debe ser completamente pura y no tener en sí nada perjudicial, porque lo que es más útil que perjudicial no es bien, sino lo que es completamente útil. Por otra parte, las comodidades pueden extenderse á toda clase de personas y hasta á los animales; pueden encontrarse incomodidades mixtas, pero llamamos cómoda á una cosa cuando lo es en su mayor parte. El verdadero bien solamente pertenece al sabio, y no puede tener mezcla. ¡Ten valor! un solo nudo queda, pero es un nudo gordiano. De lo malo no puede hacerse nada bueno; de muchas pobreza puede hacerse una riqueza; luego la riqueza no es buena.—Este argumento no lo conocen los nuestros; pertenece á los peripatéticos, que lo proponen y contestan á la vez. Posidonio dice que este sofisma, que tanto ruido ha hecho en las escuelas de la dialéctica, lo refuta de esta manera Antipater: La palabra pobreza no dice nada de positivo, sino más bien algo negativo, que los Griegos llaman κατά στέρησιν, por lo cual se le da este nombre no por tener, sino por no tener. Por esta razón, así como no podría llenarse nada con muchos vacíos, tampoco podría hacer un rico con muchas pobreza; necesitase algo más sólido y real. Entiendes, dice, la pobreza de otra manera que debes. La pobreza no consiste en poseer poco, sino en no tener muchas cosas; no se es pobre relativamente

á lo que se tiene, sino en cuanto á lo que no se tiene. Mejor se me comprendería si la palabra ἀντιπαρζία fuese latina. Así la llama Antipater. Por mi parte diría que ser pobre es poseer poco. Algún día que tengamos tiempo para ello examinaremos la sustancia de las riquezas y de la pobreza; entonces veremos si no sería mejor dulcificar el rigor de la pobreza y abatir el orgullo de las riquezas, que disputar acerca del nombre, como si la cosa estuviese ya juzgada. Supongamos que se nos llama á una asamblea en la que se propone una ley para exterminar las riquezas: ¿nos atreveríamos á presentar estos argumentos para la afirmativa ó para la negativa? ¿no nos esforzaríamos en argüir diciendo que el pueblo romano tuvo en su pobreza el fundamento de su poder y debe temer las riquezas, recordando que las encontró en las naciones vencidas; que éstas introdujeron la intrigas, corrupciones y sediciones en esta ciudad antes tan santa y morigerada; que el lujo despliega con excesivo fausto el botín que se recogió en los pueblos extranjeros; que si un pueblo solo pudo despojar á todas esas naciones, más fácil es que todas esas naciones puedan despojar á un pueblo solo?—De esta manera se debe persuadir, con razones sólidas, y no con argucias. Si podemos, hablemos con fortaleza, y si no podemos, hablemos al menos con claridad. Adiós.

EPISTOLA LXXXVIII.

LAS ARTES LIBERALES NO PUEDEN HACER AL HOMBRE
BUENO NI LLEVAN Á LA VIRTUD.

Deseas saber mi opinión acerca de las artes liberales. No puedo considerar ni poner en el número de las cosas buenas lo que no tiene otro objeto que el lucro. Oficios meritorios son y algunas veces útiles si preparan el espíritu, con tal de que no le detengan, porque no debe aplicarse á ellos más que durante aquel tiempo en que no es capaz de cosas más elevadas; ensayos son y no obras. Comprendes que se las ha llamado artes liberales porque son dignas del hombre libre, pero solamente existe un arte que debe llamarse liberal, y que hace al hombre libre: el estudio de la sabiduría, que es tan elevado y noble, que todas las demás ocupaciones son bajas y pueriles en comparación suya. ¿Crees que puede haber algo bueno en esos ejercicios cuyos maestros conoces como infames y malvados? Estas cosas no deberíamos aprenderlas, sino haberlas aprendido.

Algunas veces se pregunta si las artes liberales pueden hacer bueno al hombre. Lejos de hacerlo, ni siquiera lo intentan ni se cuidan de ello. El gramático se fija en la dicción: cuando quiere ensancharse, pasa á la historia, y toca sus últimos límites cuando llega á la poesía. ¿Qué hay en todo esto que enseñe el camino de la virtud? El número de sílabas, la elección de palabras, la tradición de las fábulas y la medida de los versos ¿son remedios contra el temor, la avaricia y la liviandad? Pasemos ahora á la

geometría y á la música; no encontrarás en ellas reglas que impidan temer ó desear; y quien esto ignore, en vano sabrá lo otro.

Necesario es ver si sus maestros enseñan ó no la virtud. Si no la enseñan, no cuidan de darla; si la enseñan, son filósofos. Si quieres convencerte de que no tienen escuela para la virtud, observa cuánta diferencia hay entre sus lecciones; lo cual no sucedería si enseñaran una misma cosa. Quizá tratarán de persuadirte de que su Homero fué filósofo, pero con razones que te convencerán de lo contrario; porque en tanto le hacen estoico despreciando los placeres, no amando más que la virtud y prefiriéndola á la inmortalidad; en tanto epicúreo, celebrando el bienestar del pueblo que goza de la paz y pasa la vida entre canciones y festines; en tanto peripatético, estableciendo tres categorías de bienes; en tanto académico, creyendo que nada hay de cierto. Vese por esto que no pertenecía á ninguna escuela, puesto que sustentaba las opiniones de todas, siendo éstas contrarias. Concedámosles que Homero fué filósofo: luego era sabio antes de ocuparse en hacer versos. Necesario es conocer qué cosas le hicieron sabio. Poco importa saber quién era más viejo, si Homero ó Hesiodo; si Hécubo era más joven que Elena, y por qué se marchitó tan pronto su semblante. ¿De qué sirve investigar la edad de Patroclo y de Aquiles? Más interés tienes en saber dónde estuvo Ulises extraviado tanto tiempo, que en evitar tus propios extravíos. No he tenido tiempo para averiguar si fué entre Italia y Sicilia, ó si la tempestad le llevó á países desconocidos, porque no es probable estuviese tanto tiempo vagando en tan pequeño espacio. La tempestad de nuestras pasiones nos atormenta todos los días; nuestra malicia nos compromete en todas las desgracias de Ulises. No faltan be-

llezas que soliciten nuestros ojos, ni tampoco nos faltan enemigos. Por una parte vemos monstruos espantosos sedientos de sangre humana; por otra escuchamos dulces acentos que encantan nuestros oídos. Enséñame cómo debo amar á mi patria, á mi esposa y á mi padre, y cómo debo exponerme á todos los peligros para cumplir con deber tan honesto. ¿Á qué investigar si Penélope fué impúdica, si engañó á los hombres de su tiempo, si presentía que Ulises no estaba lejos antes de reconocerle? Enséñame en qué consiste el pudor, las ventajas que trae, si radica en el cuerpo ó en el espíritu.

Pasemos á la música. Me enseñarás cómo concuerdan las voces agudas y las graves, de la misma manera que las cuerdas que tienen distintos sonidos producen agradable armonía; pero mejor es que me enseñes á concordar mis pasiones y no discrepen mis deseos. Me enseñarás cuáles son los tonos lúgubres; mejor será que me enseñes á no lanzar un suspiro en las mayores adversidades.

La geometría enseña á medir grandes espacios de terreno: que me enseñe á medir solamente lo que necesito para vivir. La aritmética me enseña á contar y á prestar mano á la avaricia: que me enseñe más bien que todas esas cuentas no sirven para nada; que por tener bienes que cansan á los que llevan el registro, no es más feliz; que tenemos muchas cosas superfluas, y que seríamos desgraciados si se nos obligase á contar por nosotros mismos todo lo que poseemos. ¿De qué me sirve saber dividir un campo en muchas parcelas, si no sé compartirlo con mi hermano? ¿De qué me sirve saber reducir rápidamente todos los pies de un trozo de terreno, comprender sus fracciones, si me entristece que un vecino penetre algo en mi heredad? Me enseñarás cómo evitaré per-

der un solo pie de terreno, y yo quiero aprender á perder la finca entera sin apesadumbrarme.—Me quitas, dices, una propiedad que procedía de mi padre y de mi abuelo.—¡Y bien! ¿Sabes á quién pertenecía antes que á tu abuelo? ¿Puedes decir, no á qué hombre, sino á qué pueblo pertenecía? Has llegado como colono y no como señor.—¿Colono? ¿de quién?—De tu heredero, si eres bastante feliz para dejársela. Los jurisconsultos dicen que no puede prescribir por dilatado goce lo que es de dominio público; lo que posees es público; pertenece á todo el género humano. ¡Oh hermosa ciencia! Sabes medir las superficies redondas y reducir al cuadrado toda clase de figuras. Conoces la distancia que media entre las estrellas; nada hay que no puedas medir; si tan buen geómetra eres, mide el espíritu humano; dínos cómo es de grande ó de pequeño. Conoces la línea recta; ¿de qué sirve, si no conoces la rectitud de las cosas de la vida?

Ahora me dirijo á los que se glorían de conocer todos los movimientos del cielo:

Dónde comienza y acaba Saturno su carrera,
Cuántas vueltas da en su órbita Mercurio.

¿Para qué me servirá saber esto? Para inquietarme cuando Saturno y Marte estén en oposición, ó cuando Mercurio, en su ocaso, esté á la vista de Saturno. Prefiero aprender que en cualquier situación que se encuentren, siempre son favorables y no cambian de naturaleza; que el destino les hace retroceder incesantemente y volver en ciertas estaciones en virtud de orden inmutable y eterno; que ponen en acción las causas naturales, ó que hacen conocer sus efectos. Pero sea que produzcan todo lo que ocurre en el mundo, ¿de qué me servirá el conocimiento de una cosa que no puedo cambiar? sea que la anuncien solamen-

te, ¿qué ganaré con prevenir lo que no puedo evitar?
Que lo sepas ó no, necesariamente ha de suceder.

Observa el ocaso para que no te seduzca
La serenidad de engañosa noche.

¡Excelente precaución para no ser sorprendido! Pero ¿no podrá engañarte él mañana, puesto que nos engañamos cuando nos ocurre algo que no esperábamos? Por mi parte, ignoro lo que sucederá, pero sé bien lo que puede suceder. No desespero de nada, lo espero todo. Si la fortuna me quita algo, lo llevo con paciencia. Me engaña la hora de tregua, y si no la tengo me engaño también; porque, como sé que todo puede suceder, sé también que todo puede dejar de suceder. Espero el bien preparado para recibir el mal.

Necesario es que me excuses si me separo de la opinión común y no cuento entre las artes liberales la pintura, la escultura, el tallado de mármol y demás ministros del lujo. Excluyo también á los luchadores y todos los ejercicios que huelen á aceite y á polvo; no siendo así, tendríamos que admitir los perfumistas, cocineros y todas esas gentes cuya industria no tiene otro objeto que nuestros placeres. ¿Qué hay, díme, de liberal en lo que puede servir á esos glotonnes que vomitan en ayunas y cuyo cuerpo está tan craso y reluciente como débil y torpe su espíritu? ¿Crees que estas cosas pueden ser estudios liberales para la juventud de hoy, cuando nuestros antepasados no enseñaban á sus hijos más que lo que podían aprender de pie, como lanzar el dardo, montar á caballo, manejar el palo, esgrimir las armas? Pero ni estas ni aquellas artes enseñan nada para mantener la virtud. Porque ¿de qué sirve regir bien un caballo y moderar su marcha, si nos dejamos arrastrar por pasiones desenfrenadas. ¿De qué sirve vencer á todos

los rivales en la lucha, ó á puñetazos, si nos vence la cólera?

¡Cómo! ¿De nada nos sirven las artes liberales?—De mucho para algunas cosas, de nada para la virtud. Los oficios que consisten en trabajo manual son muy útiles porque traen comodidades á la vida, pero en nada afectan á la virtud. ¿Por qué enseñamos entonces las artes liberales á nuestros hijos? No porque puedan estas artes dar por sí mismas la virtud, sino porque preparan el alma para recibirla. Así como el primer conocimiento que adquieren de las letras del alfabeto no les enseña las artes liberales, sino que les dispone para aprenderlas; así también las artes liberales no enseñan la virtud, pero preparan el alma para ella. Posidonio dice que hay cuatro géneros de artes: unas mecánicas y vulgares; otras para el placer; las hay para la instrucción de la juventud, y, en fin, liberales: las mecánicas pertenecen á los artesanos que trabajan para las necesidades y comodidades de la vida, y en las que no se busca honra ni brillo. Las artes destinadas al placer no tienen otro objeto que la satisfacción de los ojos y los oídos. En éstas puedes incluir los maquinistas, que hacen levantarse y marchar cuerpos artificiales, que elevan suavemente asientos en el aire y te proporcionan otros placeres sorprendentes, haciéndote ver en tanto juntas las cosas que se separan, y otras que estaban separadas acercándose y reuniéndose, y otras además que, estando más elevadas, bajan poco á poco y se retiran por sí mismas. Esto impresiona los ojos del pueblo, que admira todo lo que ve de nuevo porque no conoce la causa. Las artes que pertenecen á la instrucción de la juventud tienen algo de honesto, y son las que los Griegos llaman *ἐγκυκλιους* y nosotros liberales. Pero, á decir verdad, no hay más ciencias

liberales ó, mejor dicho, libres, que aquellas que se ocupan de la virtud.

Así como hay, dice, una parte de la filosofía que es natural, otra moral y otra lógica ó racional, así todas las artes liberales pretenden encontrar aquí un lugar propio. Cuando se llega á las cuestiones naturales, nos fijamos en las decisiones de la geometría; ésta es, pues, una de sus partes, puesto que la ayuda. Pero se contesta que muchas cosas nos ayudan y que sin embargo no son partes nuestras, y que si lo fuesen, no podrían ayudarnos. Las viandas ayudan al cuerpo del hombre, y sin embargo no son parte suya. Convenimos en que la geometría nos presta algunos servicios y que es necesaria á la filosofía, como lo es para ella el obrero que le suministra los instrumentos; pero así como éste no es miembro de la geometría, tampoco lo es ésta de la filosofía. Además, cada una tiene su objeto y fin particulares. El filósofo investiga y conoce los principios de las cosas naturales. El geómetra se limita á computar el número y la medida. El filósofo conoce la composición de los cuerpos celestes, su naturaleza é influencias. El matemático sabe, por sus cálculos, las vueltas y giros que describen, sus elevaciones y declinaciones, y por qué parece que algunas veces se detienen, aunque las cosas celestes no se detengan jamás. El filósofo sabe también lo que produce la representación de un objeto en el espejo. El geómetra dirá la distancia que debe mediar entre el objeto y la representación, y de qué manera cada forma de espejo representará el objeto. El filósofo demostrará que el sol es grande. El matemático te dirá su magnitud; pero como procede por uso y rutina, necesitará que le concedas algunos principios. No hay arte absoluto cuyo fundamento sea precario. La filosofía no pide nada á otro, siendo

suya toda su obra. Las matemáticas, por decirlo así, son superficiales; construyen sobre fundamento ajeno y toman prestados principios para avanzar. Si por sí mismas pudieran llegar á la verdad y comprender la naturaleza del Universo, diría que son grandemente útiles para examinar las cosas celestes y por este medio dar entrada á nuestro espíritu en otros conocimientos.

Solamente la ciencia del bien y del mal puede poner al alma en estado de perfección, y esta ciencia solamente se encuentra en la filosofía, porque ella sola trata del bien y del mal. Conviene contemplar todas las virtudes separadamente. La fortaleza, que desprecia los peligros y que afronta esas cosas terribles que abaten el espíritu de los hombres, ¿se robustece por las artes liberales? Indudablemente el huésped más santo que puede albergar el espíritu humano es la fe, porque no hay necesidad ni utilidad tan grande que pueda corromperla ó inducirla á engañar. Quema, dice; hiere; mata, si quieres; nada revelaré, y cuanto mayor sea tu crueldad en atormentarme para arrancarme mi secreto, con mayor cuidado lo guardaré. ¿Pueden las artes liberales inspirar tales resoluciones? La temperancia manda sobre las voluptuosidades; destierra unas, admite otras, reduciéndolas á los términos de la razón. Jamás se acerca á ellas por ellas mismas, sino por fin más levantado. Sabe que la mejor regla para el uso de las cosas que nos son agradables es tomar de ellas lo que permite la razón y no según nuestro deseo. Al prohibirnos la humanidad la avaricia y desprecio de nuestros semejantes, nos hace amables y asequibles para todos, tanto en las palabras como en las acciones; toma parte en el mal ajeno, y de todos los bienes que posee estima principalmente aquel con que puede favorecer

á alguno. ¿Proceden estas bellas cualidades de las artes liberales? Ni más ni menos que la sencillez, la modestia y la frugalidad; ni más ni menos que la clemencia, que economiza la sangre de otro como la propia y que sabe que un hombre no debe ser pródigo de la vida de otro hombre.

Me dirás: si convienes en que no se podría llegar á la virtud sin las artes liberales ¿cómo no confiesas que de algo le sirven?--No dirás lo mismo de la comida, aunque sin ella no pueda llegarse á la virtud; y sin embargo, la comida nada tiene que ver con la virtud. La madera en nada contribuye á la existencia de las naves, y sin embargo, no se construye la nave sin madera. No imagines, digo yo, que una cosa sin la cual no puede hacerse otra, ayuda á hacerla. Puede decirse también que sin las artes liberales es posible llegar á la sabiduría, porque si bien hay que aprender la virtud, no se aprende por ella. ¿Por qué he de creer que un hombre no es virtuoso si no es sabio, puesto que la sabiduría no consiste en la ciencia? La sabiduría penetra en el fondo de las cosas y no queda en la superficie de las palabras, y hasta llego á dudar si será mejor que la memoria no retenga nada en que pueda apoyarse. La sabiduría es grande y espaciosa, y necesita espacio libre. Tiene que tratar de cosas divinas y humanas, del pasado y del porvenir, de lo eterno y de lo perecedero, y del tiempo, que, como sabes, es materia sobre la que se agitan tantas cuestiones. Porque, en primer lugar, se pregunta si el tiempo por sí mismo es algo, si ha habido algo antes del tiempo, si comenzó con el mundo, y si porque existía algo antes del mundo le precedió el tiempo. Otras muchas cuestiones se agitan acerca del alma: ¿de dónde es? ¿qué es? ¿cuándo comienza á ser? ¿cuándo concluye? ¿pasa de un lugar á otro? ¿cam-

bia de morada y toma otras muchas formas? ¿no queda encerrada mas que una vez, y cuando sale pasea libremente por el Universo? ¿es cuerpo ó no? ¿qué hará cuando no pueda hacer nada por nuestra mediación? ¿cómo usará de su libertad cuando se vea libre de esta prisión? ¿olvidará las cosas pasadas y comenzará á conocerse cuando, separada del cuerpo, se retire al cielo? A cualquier parte de las cosas divinas ó humanas que atiendas, las materias que se han de investigar y saber son tan numerosas que son capaces de cansarte. Para alojar convenientemente tantas cosas y tan grandes, es necesario arrojar de la memoria todo lo que en ella hay de inútil y superfluo. La virtud no quiere estar estrecha. Necesario es que todo lo demás salga y que le quede el espacio libre.

«Pero deleita tener conocimientos en muchas artes.»—Sí, mas no debe retenerse sino lo necesario. Si censurarías á la persona que comprase muchos muebles preciosos, más bien para adornar que para servirse de ellos, ¿qué pensarás del que carga su espíritu con muchos conocimientos que le son inútiles? Manera de intemperancia es saber más de lo necesario. Añade que esta especie de aplicación á las artes liberales no hace otra cosa que importunos, charlatanes, indiscretos y presuntuosos, que descuidan aprender lo que les es útil, porque han aprendido lo que les es inútil. Dicese que el gramático Dédimo compuso cuatro mil volúmenes; desgraciado le consideraría yo si hubiese leído solamente tanta cosa inútil. En estos libros se discute de qué país era Homero, quién era verdaderamente la madre de Eneas; si Anacreonte era más aficionado á las mujeres que al vino; si Safo era mujer pública, y otras muchas inutilidades que era mejor haber olvidado que aprender. Pero si examinamos á los de nuestra escuela, te

mostraré muchas cosas que debían suprimirse. Mucho tiempo se pierde, en verdad, y muchos oyentes se cansan antes de que se exclame: ¡Oh, qué hombre tan sabio! Contentémonos con este título que hace menos ruido: ¡Oh, qué hombre tan bueno! ¿No es esto mejor? ¿Necesitaré registrar los anales de todas las naciones; investigar quién fué el primero que hizo versos; contar el intervalo que medió entre Orfeo y Homero, aunque no tenga los fastos de aquel tiempo; corregir las correcciones de Aristarco que criticó los poemas de otro; que consuma toda mi vida detrás de las sílabas? ¿Habré de permanecer constantemente entre el polvo de la geometría? ¿Habré de olvidar aquel saludable precepto que manda aprovechar el tiempo, y que para aprender las cosas inútiles es necesario que ignore las necesarias? El gramático Appión, que en tiempo de C. César paseó por toda la Grecia, y en muchas ciudades se le honró con el nombre de Homero, decía que Homero, después de terminar la *Iliada* y la *Odisea*, añadió á su obra un principio que comprendía toda la guerra de Troya. Como prueba de esto, citaba el primer verso, en el que expresamente había colocado dos letras que contenían el número de sus libros.—Cosas así sabe el que quiere saber mucho.

Cuenta ahora cuánto tiempo te robarán las enfermedades, cuánto dedicarás á los asuntos públicos y domésticos, cuánto al sueño y á las demás necesidades de la vida; mide, en fin, la duración de tus días, y verás que no bastan para tantas ocupaciones: hablo de las artes liberales. Los filósofos mismos ¡cuánto superfluo tienen! ¡cuántas cosas fuera de uso! También se entretienen en la distinción de sílabas, en la propiedad de las conjunciones y preposiciones por no sé qué rivalidad con gramáticos y geómetras, de

manera que han trasladado á su ciencia todo lo inútil de las ciencias de éstos. De aquí resulta que hoy saben hablar mejor que vivir. Ruégote que consideres cuán perniciosa es la excesiva sutileza y cuán contraria á la verdad. Protágoras dice que puede discutirse de todas las cosas y también de ésta, que puede discutirse de todo; Nausiphanes, que de lo que parece ser, no hay nada cuyo ser sea más cierto que el no ser. Parménides, que generalmente una sola cosa existe de todo cuanto vemos. Zenón Eleates corta todas las dificultades diciendo que no existe nada. Estas son, sobre poco más ó menos, las opiniones de los Pirrónicos, de los Megáricos, de los Erétricos y de los Académicos, que han introducido la nueva ciencia del no saber. Creo yo que todas estas cosas deben colocarse en el número de las inútiles que enseñan las artes liberales. Todos aquéllos me dan una ciencia que para nada puede servirme. Los unos no nos esclarecen para investigar la verdad, y los otros nos sacan los ojos. Si creo á Protágoras, no existe otra cosa en el mundo que la duda; si á Nausiphanes, lo único que hay cierto es que nada es cierto; si á Parménides, solamente existe una cosa; si á Zenón, no existe nada absolutamente. ¿Qué somos nosotros pues? ¿Qué son todas esas cosas que nos rodean, que nos alimentan y sostienen? ¿Todo cuanto hay en la naturaleza será solamente vana y engañosa sombra? No puedo decirte fácilmente cuál de ellos me irrita más, si los que quieren que no sepamos nada, ó los que ni siquiera nos dejan ignorar. Adiós.

EPISTOLA LXXXIX.

DIVISIÓN DE LA FILOSOFÍA: DEL LUJO Y AVARICIA DE
SU TIEMPO.

Me pides una cosa útil y hasta necesaria para el que pretende la sabiduría: que divida la filosofía y que distribuya su cuerpo en varios miembros, porque se conoce mejor el todo por sus partes. Desearía yo que, así como la faz del universo se presenta completa á nuestros ojos, nos fuese igualmente fácil contemplar de una sola mirada toda la filosofía. Este espectáculo, que tiene mucha relación con el del universo, arrebataría de admiración á todos los hombres y les haría abandonar lo que les parece grande porque no conocen lo que lo es en realidad. Pero ya que esto no puede hacerse, habremos de considerarla de la misma manera que consideramos los secretos del universo. Ciertó es que el espíritu del sabio comprende toda su extensión y con tanta rapidez como descubren nuestros ojos el cielo. Pero en cuanto á nosotros, que necesitamos desentrañar las materias, no alcanzando muy lejos nuestra vista, necesitamos contemplar cada cosa separadamente, no siendo capaces de comprenderlas en conjunto. Haré, pues, lo que desees, y dividiré la filosofía en partes, no en trozos, siendo más útil dividirla en miembros que repartirla en menudos fragmentos; porque tan difícil es comprender lo demasiado pequeño como lo demasiado grande. Divídese un pueblo en tribus, en centurias un ejército. Cuando una cosa llega á excesiva grandeza, se la conoce mejor por partes, con tal, como ya

he dicho, que no sean infinitas ni demasiado pequeñas. Igual inconveniente existe en dividir demasiado como en no dividir, y es producir confusión reducir una cosa á polvo.

Diré primeramente en qué se diferencia la sabiduría de la filosofía. La sabiduría es el bien más completo del espíritu humano. La filosofía es el amor é investigación de la sabiduría. Esta enseña el camino para llegar á la otra, mostrando bien este nombre de filosofía lo que ella es. Algunos han dicho, para definir la sabiduría, que es la ciencia de las cosas divinas y humanas; otros, que es la ciencia de las cosas divinas y humanas y de sus causas. Paréceme superflua esta adición, porque las causas son parte de las cosas. Otras muchas definiciones se han dado, llamándola unas veces estudio de la virtud; otras, estudio para la reforma del alma; y algunas, investigación amorosa de la recta razón. Pero sea de esto lo que quiera, parece que concuerdan todos en que hay diferencia entre la filosofía y la sabiduría, siendo imposible que el que desea sea lo mismo deseado. Así como distinguimos entre la avaricia y el dinero, deseando la una, siendo el otro deseado, distinguimos también entre la filosofía y la sabiduría, porque ésta es el efecto y recompensa de aquélla. La sabiduría es lo que los Griegos llaman σοφία, palabra que usaron en otro tiempo los Romanos, como usan hoy la de filosofía. Vese esto en las comedias antiguas y sobre la tumba de Dossenno, que ostenta esta inscripción:

Detente, peregrino, y lee la sophia de Dossenno.

Algunos de nuestra escuela han creído que aunque la filosofía sea un estudio de la virtud, en el que la una la busca y la otra es buscada, no se puede, sin embargo, separarlas, porque no puede haber filosofía

sin virtud, ni virtud sin filosofía. Si la filosofía es un estudio de la virtud, es por medio de la virtud misma; porque si la virtud no puede existir sin el amor de sí misma, el amor de la virtud no puede existir tampoco sin la virtud misma. No sucede en esto como en el tiro al blanco; el arquero está en un lado y la mira en el opuesto; ni como los caminos que conducen á las ciudades y que están fuera. Llégase á la virtud por la virtud misma; luego es cierto que la virtud y la filosofía están estrechamente ligadas.

La mayor y mejor parte de los autores dividen la filosofía en tres partes: moral, natural y racional. La primera regula la voluntad, la segunda investiga los secretos de la naturaleza; y la tercera examina la propiedad y relación de las palabras con la forma de los argumentos, para impedir que lo falso pase por verdadero. Otros la han dividido en mayor ó menor número de partes. Algunos peripatéticos añadieron la cuarta, que es la política, porque exige particular ejercicio y se ocupa de otra materia. Otros han añadido una parte más, que los Griegos llaman *οἶκονομικὴν*, y que consiste en la ciencia de gobernar bien una familia. Otros, en fin, han querido separar aquello que trata de los diferentes géneros de vida. Pero todo esto se encuentra comprendido en la moral. Los epicúreos no admitieron más que dos partes en la filosofía, la natural y la moral, rechazando de esta manera la racional. Pero como se vieron obligados á distinguir lo que era ambiguo, y á descubrir lo falso oculto bajo las apariencias de verdadero, introdujeron una tercera parte que llamaron del Juicio y Regla, que reemplaza á la racional. Los Cirenaicos suprimieron la natural y la racional, y se contentaron con la moral; pero, á ejemplo de los otros, restablecieron lo que habían suprimido; porque al dividir la

moral en cinco partes, hay una que trata de lo que se debe huir ó desear, otra de las pasiones, la tercera de las acciones, la cuarta de las causas, y la quinta de los argumentos. Las causas pertenecen á la natural, los argumentos á la racional, y las acciones á la moral. Aristón, de Chío, cree que la natural y la racional son superfluas y hasta contrarias. Solamente dejó la moral y ésta cercenada, suprimiendo el tratado de las advertencias, diciendo que este era asunto de pedagogo y no de filósofo, como si el filósofo fuera otra cosa que el pedagogo del género humano.

Puesto que la filosofía se divide en tres partes, hablemos primeramente de la moral, que se ha subdividido en otras tres. La primera, que considera el mérito de cada cosa y que le da el que le pertenece, tiene grandísima utilidad. ¿Qué hay más necesario que dar su verdadero valor á cada cosa? La segunda trata de las pasiones; la tercera de las acciones. Porque es necesario saber primeramente lo que vale una cosa; en segundo lugar, desear con orden y moderación; y en tercero, ordenar el deseo con la acción, de tal manera, que nunca caigas en contradicción contigo mismo. Si una de estas condiciones falta, todo queda en desorden. Porque, ¿de qué sirve conocer el valor de las cosas si las deseas con excesiva vehemencia? ¿De qué sirve haber ordenado los deseos y haberse hecho dueño de las pasiones, si cuando se llega á la acción se toman mal las medidas, bien sea con relación al tiempo, bien sea con relación al lugar y á la materia? Porque son cualidades muy diferentes conocer el mérito de las cosas, aprovechar bien las ocasiones, y moderar la vehemencia á fin de dirigirse y no precipitarse hacia una empresa. Todo está ordenado cuando la ocasión sigue al ímpetu, que es más lento ó más rápido según el objeto que se pretende.

La filosofía natural se divide en cosas corporales é incorpóreas, teniendo cada una de estas partes diferentes grados; primeramente las cosas que engendran, y después las engendradas. Los elementos son engendrados, y el tratado que habla de ellos es simple, en opinión de algunos; los otros se dividen en la materia, en la causa que mueve todas las cosas, y en los elementos. Quédanos por dividir la filosofía racional. Todo discurso es continuo, ó bien está entrecortado de preguntas y respuestas: al primero se le llama *διαλεκτικήν* y al segundo *ρήτορικὴν*. El retórico cuida de las palabras, de su sentido y de su orden. *Διαλεκτική* se divide en dos partes, palabras y significaciones, es decir, en el asunto que se trata y en las palabras con que se expresa. De aquí procede un encadenamiento de subdivisiones que es muy enojoso, por lo que termino en este punto.

Basta tocar los principios de las cosas;

de otra manera, si quisiera subdividir las divisiones, haría un libro.

No significa esto, querido Lucilio, que intente disuadirte de leerlo todo, con tal de que relaciones lo que leas con la regla de tus costumbres. Despierta lo que languidece en tí, sujeta lo que se ha aflojado, doma lo que exista de rebelde, y sé el perseguidor, no solamente de tus pasiones, sino de las ajenas. Cuando te pregunten: ¿Hasta cuándo dirás lo mismo? contesta que lo dirás mientras tengas los mismos defectos. Queréis que el remedio cese antes que el mal; esto es lo que me obliga á hablar, y porque lo rechazáis, persistiré. Señal es de que la medicina aprovecha cuando el cuerpo, insensible antes, se queja ahora en cuanto le tocan. Hasta á los que no quieran oirme, les diré: No tendréis siempre aduladores á vuestro lado,

y porque no queréis escuchar la verdad en secreto, necesario es decíroslo en público. ¿No cesaréis nunca de ensanchar los límites de vuestra heredad? Un país que en otro tiempo alimentaba á todo un pueblo, es demasiado pequeño para un señor. No os contentáis con labrar provincias enteras; queréis además que los ríos más caudalosos pasen por vuestras tierras, y que los que sirven de fronteras á naciones importantes, os pertenezcan desde el nacimiento á la desembocadura. Y todo esto os parecería muy poco si vuestras posesiones no rodeasen los mares; si no tuvieseis receptores que manden como reyes más allá del Adriático, del Jónico y del Egeo; si no tuvieseis islas que en otro tiempo fueron morada de muchos grandes capitanes, cuyo oficio, sin embargo, no desempeñáis. Ensanchaos todo cuanto queráis. Que lo que en otro tiempo formaba un reino, no sea más que una granja vuestra; tomad todo lo que podáis, más quedará aún que no habréis tomado.—Ahora hablo con vosotros, los que extendéis vuestro lujo tanto como aquellos su avaricia. Decidme, ¿no ha de haber lago en el que no tengáis una casa, ni río que no esté bordeado de vuestras quintas? En todas partes donde se encuentran manantiales de agua caliente, hacéis construir casas de recreo. En cuanto el mar forma ensenada ó recodo en alguna parte, os acomete el deseo de edificar allí, y no queriendo otro terreno que el que suministra la industria, hacéis retroceder las aguas para echar los cimientos. Deseo que por todas partes se vea el brillo de vuestros edificios, en tanto sobre las montañas para descubrir grande extensión de tierra y de mar, en tanto en la llanura, en la que alzáis torres á la altura de las montañas; después que hayáis construido muchas quintas y grandes palacios, solamente tendréis que alojar un cuerpo, y muy pequeño. ¿De qué

sirven todas esas cámaras, puesto que dormís en una sola? Los parajes que no habitáis no os pertenecen. En fin, me dirijo á vosotros los glotones, que hacéis registrar la tierra y el mar para satisfacer vuestro estómago, que hacéis guerra á todos los animales, con anzuelos, lazos y redes, sin darles tregua como no os encontréis hartos. ¿No tomáis muy poco, cansados ya del placer, de esas viandas que han pasado por tantas manos antes de que os las sirvan? ¡Cuán poco puede recibir vuestro estómago relleno, nauseabundo de esa bestia cazada con tanto peligro, y de esas ostras que de tan lejos han llegado! ¡Desgraciados, que no conocéis que vuestra avidez es mayor que vuestro vientre! Diles todo esto, querido Lucilio, á fin de que, al decirlo, lo oigas tú también; escríbelo, para que puedes leerlo después de haberlo escrito; refiere todas las cosas á la corrección de las costumbres y dominio de las pasiones. Estudia, no para saber más que los otros, sino para ser mejor. Adiós.

EPÍSTOLA XC.

ALABANZA Á LA FILOSOFÍA: EN ELLA SOLA DEBE FIJAR
SU ATENCIÓN EL ESPÍRITU.

¿Quién puede dudar, querido Lucilio, que la vida sea un don de los Dioses inmortales y que la vida virtuosa sea un favor de la filosofía? Por esta razón la vida de los virtuosos y de los sabios es preferible á la vida vulgar. Más deberíamos á la filosofía que á los Dioses, si los Dioses mismos no fuesen autores de la filosofía y no nos hubiesen hecho á todos capaces de adquirirla: porque si esto fuese común, si todos hu-

biésemos nacido prudentes, la sabiduría hubiese perdido su mayor ventaja, y habría quedado en el número de las cosas fortuitas. Lo más precioso y magnífico en ella es que no procede de la casualidad, y que cada cual la recibe de sí mismo sin debérsela á nadie. ¿Cómo habría de admirarse la filosofía si pudiese darse por gratificación? Todo su esfuerzo se dirige á investigar la verdad de las cosas divinas y humanas. La justicia, la piedad, la religión y todas las demás virtudes que se encuentran ligadas y reunidas, no la abandonan jamás; ella es la que ha establecido el culto de los Dioses y la amistad entre los hombres; la que nos ha enseñado que los Dioses son dueños del mundo y que los hombres deben vivir en él en comunidad, cosa que se observó durante algunos siglos, hasta que la avaricia, rompiendo esta sociedad, hizo pobres á los que eran más ricos, porque al querer tener propiedad particular, perdieron la general. Los primeros hombres y los que les siguieron no estaban aún corrompidos, y obedecían sencillamente á la naturaleza, que les servía de regla y de ley; dejábanse gobernar por el que consideraban más honrado, porque es natural que el mando esté en manos del que vale más. Los animales toman por guía al mayor ó más fuerte de ellos. No verás al toro débil ó pequeño marchar á la cabeza del rebaño, sino a que sobresale por la alzada y robustez. Entre los elefantes, el más grande guía á los demás; entre los hombres, vale más el mejor. Elegían, pues, para el mando, atendiendo á la bondad de las cualidades del alma, y aquellos pueblos vivían felices y contentos, porque para ser el más poderoso era necesario ser el mejor. Aquel puede todo lo que quiere, que piensa que no puede más que lo que debe.

Posidonio cree por esta razón que los sabios eran

los reyes en aquel tiempo que llaman siglo de oro. Impedían las violencias y defendían á los débiles de la opresión de los fuertes. Persuadían ó disuadían, según los casos, y enseñaban lo útil y lo inútil. Con su prudencia proveían á las necesidades de aquellos que les estaban sometidos; les preservaban de los peligros con su valor, y con su liberalidad les colmaban de bienes. Mandar no era entonces reinar, sino ejercer un cargo. Jamás volvían su fuerza contra aquellos de quienes la habían recibido, y nadie intentaba ni tenía motivo para dañar; porque si se sabía mandar bien, también se sabía obedecer, y la amenaza más fuerte que hacía el príncipe á los que no eran bastante sumisos, era abandonar el mando. Pero después que, sobreponiéndose los vicios, cambiaron los reinos en tiranías, necesitáronse leyes, que al principio las dieron los sabios. Solón las dió á los Atenienses, y se le contó entre los sabios de su tiempo, los cuales, en número de siete, se distinguían de los demás. Si Licurgo hubiese vivido en el mismo siglo, hubiera sido el octavo. Las leyes de Zeleuco y de Charondas gozan de mucha fama. No aprendieron el derecho en la tribuna ni por medio de consultas, sino en la silenciosa escuela de Pitágoras, sirviéndose después de él para la organización de la Sicilia, que entonces estaba floreciente, y de las ciudades que los Griegos poseían en Italia.

Hasta aquí pienso como Posidonio, pero no podría concederle que la filosofía haya inventado todos esos oficios que son necesarios para las comodidades de la vida; esto sería conceder demasiado honor á las artes mecánicas. «Como vió, dice, á los primeros hombres dispersos por todos lados, unos en cabañas, otros en los troncos huecos de los árboles, en las cuevas de las rocas, les enseñó á construir casas.» Por mi parte creo

que la filosofía se cuidó tanto de esas casas que tienen piso sobre piso hasta abrumar las ciudades, como de los viveros en que encierran los peces y los alimentan según su especie, para que las tempestades no perjudiquen á la gula y el lujo tenga sus puertos donde pescar con cualquier tiempo. ¡Cómo! ¿la filosofía ha enseñado al hombre á construir llaves y cerraduras? ¿No era esto llamar la avaricia? ¿Puedes creer que haya introducido esas bóvedas suspendidas, tan peligrosas, cuando era más seguro cobijarse en parajes contruídos por la naturaleza? Créeme; aquel siglo tan afortunado no tenía ἀρχιτέκτονας. La invención de la viga cuadrada y de la sierra con que se corta vinieron con el lujo.

Al principio con cuñas se hendía el tronco.

No se construían aún sillas para los festines; ni se veía llevar en carros, que hacen retemblar las calles, pinos y abetos para formar dorados techos. Postes ahorquillados, clavados en los extremos, sostenían una cabaña cubierta de ramas y follaje muy espeso, colocado en pendiente para que corriesen las aguas de las lluvias; dentro de ella se encontraban en seguridad. La libertad se abrigaba bajo techo de paja, como ahora la esclavitud bajo el oro y el mármol. Tampoco concedo á Posidonio que los sabios inventasen las herramientas de los artesanos; porque de concederlo, podría decir también que ellos inventaron: «Que se comenzase á usar lazos y redes, y á rodear con perros los bosques.» Estas cosas las produjo la industria de los hombres, y no la sabiduría. Tampoco convengo en que encontrase el cobre y el hierro por haber visto en el incendio de una selva que corrían por la tierra venas de metal fundido. Todo esto lo han encontrado los que se ocupaban de ello. Ni

menos me parece que sea cuestión tan difícil como dice Posidonio averiguar qué se usó primero, si la tenaza ó el martillo. Ambas cosas las inventó alguno que tenía agudo ingenio, pero no grande y elevado talento; y de la misma manera todas aquellas cosas que han de buscarse con la espalda encorvada y los ojos fijos en el suelo. El sabio vivió siempre con sencillez. ¿Cómo no, si ves que en nuestro mismo siglo vive de esta manera?

Pero dime, te ruego, ¿á quién admiras más, á Diógenes ó á Dédalo? ¿Cuál te parece más sabio, el que inventó la sierra, ó aquel que vivía dichoso dentro de un tonel, y que viendo un día beber agua á un niño en el hueco de la mano, sacó la copa que llevaba, y la rompió, diciendo: «Necio de mí, que he llevado tanto tiempo este objeto superfluo?» En fin, ¿á quién consideras hoy más sabio? ¿al que ha encontrado la manera de hacer subir el agua á inmensas alturas por medio de tubos ocultos, de vaciar y llenar en un momento los canales, de ajustar los artesonados de las cámaras de manera que tomen nueva forma cuando se quiera, y que cambien tantas veces como los servicios; ó el que enseña á los demás y á sí mismo que la naturaleza no nos ha ordenado nada duro ni difícil, que podemos vivir sin marmolistas, vestirnos sin recurrir al comercio del país de donde vienen las sedas, poseer todo lo que nos es necesario si nos contentamos con lo que la tierra ha dejado al descubierto, y que de esta manera tan poca falta nos hará el cocinero como el soldado? Ciertamente eran sabios, ó estaban muy cerca de serlo, aquellos hombres que tan poco se cuidaban de las necesidades del cuerpo. Poco cuidado exigen las cosas necesarias, y mucho trabajo lo delicado. No se necesitan artesanos cuando se sigue á la naturaleza, que no quiso nos

ocupásemos de lo necesario, proveyéndonos de ello.—Pero es intolerable el frío al cuerpo desnudo.—¡Cómo! ¿no bastan para preservarte de él las pieles de los animales? ¿No hay pueblos que se cubren con cortezas de árboles, y otros que se visten con plumas de aves? La mayor parte de los Scitas de hoy, ¿no van cubiertos con pieles de zorro y de marta, suaves al tacto é impenetrables al viento?—Necesitamos frescas sombras para preservarnos de los ardores del sol del estío.—¡Cómo! ¿aquella antigua gente no hacía agujeros en determinados parajes, que la injuria del tiempo y otros accidentes trasformó después en grutas? ¡Cómo! ¿no tejian zarzos de mimbre que cubrían de barro, poniéndoles techo de paja y musgo, pasando á su abrigo cómodamente el invierno, corriendo la lluvia por donde había más declive? ¡Cómo! ¿los vecinos de las sirtes no habitan debajo de tierra? Esta, abrasadora como es, constituye su único abrigo contra el extraordinario calor de aquel país.

No nos ha sido tan enemiga la naturaleza, que habiendo hecho la vida cómoda á todos los animales, haya querido que solamente el hombre no pudiese vivir sin tantos oficios y tantos artífices; no nos ha obligado á todo esto, ni tampoco á buscar con trabajo nuestro sustento. Todo lo hemos encontrado preparado al venir al mundo, pero el disgusto de la facilidad nos lo ha hecho todo difícil. Las casas, los vestidos, las viandas y demás necesidades del cuerpo, que constituyen ahora nuestra principal ocupación, se encontraban en todas partes en los primeros tiempos; nada costaban estas cosas y se adquirían sin trabajo, porque nadie tomaba más de lo necesario. Nosotros las hemos encarecido, hemos puesto el precio y hemos hecho difícil su adquisición. La naturaleza nos suministra por sí misma todo lo que nos pide. El lujo,

contrario á ella, la excita contra ella misma todos los días, y creciendo de siglo en siglo presta auxilio á los vicios. Comenzó por desear cosas superfluas, después cosas contrarias, y al fin sometió el alma á los placeres del cuerpo. Todos esos oficios que tanto ruido hacen en las ciudades y que tan temprano nos despiertan, no trabajan más que para el servicio del cuerpo; lo que no se le daba en otro tiempo más que como á esclavo, se le prepara hoy como á señor. El es quien abrió todas esas tiendas de bordadores, perfumistas, plateros y las escuelas de baile y canto. Ya no es moda regular los deseos por la necesidad: miserable y rudo es el que se contenta con lo necesario.

Increible es, querido Lucilio, cuánta influencia tiene la dulzura de las palabras para alejar á los hombres más grandes del conocimiento de la verdad. Posidonio (uno de los que, á mi juicio, más han merecido de la filosofía), después de describir cómo se obtiene el hilo, cómo se tuerce, cómo se estira el tejido por medio de pesos que se le sujetan, cómo aprieta la trama el peine que pasa con la lanzadera, dice que los sabios inventaron el telar, no recordando que después se encontró un método más ingenioso. «Entre dos capas de hilos en el telar tendidos, corriendo la lanzadera, entrelaza la trama y en seguida el peine aprieta el tejido.» Se hubiese visto las telas de nuestros tiempos, estos tenues velos que no pueden cubrir el cuerpo ni garantizar el pudor, habría quedado muy sorprendido. En seguida habla de la labranza, y describe las dos primeras labores que se dan á la tierra para blandearla y que el grano arraigue fácilmente, y las hierbas que se arrancan para que no ahoguen la semilla. También cree que todo esto procede de la invención de los sabios, como si los labradores no encontrasen diariamente algo nuevo para aumen-

tar la fertilidad de las tierras. Después de atribuirles todos estos oficios, les da también el de molinero, porque refiere que, siguiendo las huellas de la naturaleza, comenzaron á hacer pan; que observaron que los dientes, al encontrarse, trituraban por su dureza los alimentos que se ponían en la boca; que la lengua les llevaba lo que había escapado, y que, humedecido todo por la saliva, bajaba fácilmente por la garganta al estómago, donde cocía como en una vasija, incorporándose al fin con nuestra sustancia. Con este ejemplo colocaron dos piedras duras, una sobre otra, como los dientes, y haciendo girar la de encima sobre la de debajo, que estaba fija, pulverizaron el grano que estaba entre ellas, reduciéndolo á harina; añadieron agua á aquella harina, y moviéndola y removiéndola formaron una pasta, que primeramente cocieron entre cenizas calientes, después sobre ladrillos calientes, discurriendo más adelante construir hornos con ellos, dándoles diferentes formas para caldearlos según conviniese. Poco falta para que atribuya también á los sabios el oficio de zapateros. Convento en que la razón ha encontrado todo esto, pero no la razón principal y sublime. Son sencillamente invenciones del hombre y no de aquellos que llamamos sabios, de la misma manera que los barcos que nos sirven para cruzar los mares y los ríos por medio de las velas que recogen el viento y del timón sujeto á la popa para dirigir la marcha. El ejemplo vino de los peces, que se dirigen con la cola, cuyo movimiento les lleva rápidamente de un lado á otro. El sabio, dice Posidonio, es autor de todas estas invenciones; pero porque le eran muy inferiores, dejó su ejercicio á los que valían menos que él. Por mi parte, creo que todos estos oficios no han tenido otros inventores que los que los han practicado hasta hoy. ¿No se han in-

ventado en nuestros días cosas nuevas, como el uso de los vidrios que transmiten la luz por un cuerpo trasparente, los baños colgados y los tubos ocultos en las paredes para calentar por igual las habitaciones? ¿Qué diré de los mármoles que brillan en los templos y las casas, de esas masas de piedras redondas y pulimentadas que forman pórticos capaces de cobijar un pueblo entero? ¿Qué diré de esos signos que transcriben una arenga, por rápidamente que se pronuncie, de manera que la diligencia de la mano iguala á la prontitud de la lengua? Pues todas estas invenciones pertenecen á nuestros desgraciados esclavos. La sabiduría tiene más alto su asiento, siendo maestra del alma y no de las manos. ¿Quieres saber de qué se ocupa y qué ha hecho? No es el baile ni la flauta ó la trompeta, en las que el aire, al pasar ó al salir, forma sonido; ni las armas, ni las murallas, ni la guerra; diríjese á lo útil, favorece la paz y llama á la concordia á todo el género humano. Tampoco inventa, repito, las herramientas que usa el artífice. ¿Por qué has de rebajarla tanto? Ves que gobierna la vida y que los oficios que sirven á la vida están bajo su dominio. Su objeto es la felicidad; á ella nos conduce, nos abre el camino, nos da á conocer lo que es malo realmente, destierra la vanidad y la reemplaza con sólida grandeza, muestra la diferencia que existe entre el ilustre y el orgulloso, y hace ver lo que es del mundo y lo que le pertenece á ella. Enseña quiénes son los Dioses, los infiernos, los lares y los genios; cuál es la naturaleza de las almas inmortales, que ocupan el segundo lugar después de los Dioses, su mansión, sus ocupaciones, sus deseos y su poder. He aquí cómo somos iniciados, no por haber entrado en un secreto particular, sino en el templo de los Dioses, que es el mundo, del que muestra todos los aspectos

é imágenes á los ojos de nuestro espíritu, siendo demasiado débiles los de nuestro cuerpo para contemplarles. Después de esto, vuelve á las cosas principales. Habla del espíritu eterno que anima el Universo y de la virtud de las semillas, que dan la misma figura á todo lo que es de la misma especie. En seguida investiga la naturaleza del alma, su origen, su asiento, su duración y cómo está repartida en los miembros. De las cosas corporales pasa á las intelectuales, y examina la verdad, sus conjeturas y hasta las dudas que se presentan relativas á la vida y á la muerte, porque en la una y en la otra está confundido lo verdadero con lo falso.

El sabio, repito, no ha abandonado ni descuidado las artes y los oficios, como cree Posidonio; ni siquiera se ha fijado en ellos; porque ¿habría considerado digno de su invención lo que no consideraba digno de perpetuo uso? No se habría fijado en una cosa para abandonarla en seguida. Dice que Anacarsis inventó la rueda del alfarero, con cuyas vueltas se forma la vasija de barro. Y porque Homero habla de una rueda de alfarero, pretende que el verso es apócrifo para salvar su fábula. No contradigo que Anacarsis fuese el inventor; pero si fué él, convengo en que un sabio inventó la tal rueda, pero no como sabio, porque muchas cosas hacen los sabios en calidad de hombres y no como sabios. Supongamos que un sabio sea buen corredor; adelantaría á todos sus rivales por corredor, no por sabio. Quisiera mostrar á Posidonio algún vidriero, que con el soplo solamente, da al vidrio giros y formas que la mano más diestra no podría imitar; y sin embargo esto se ha inventado cuando ya no hay sabios. Dice también que «Demócrito es el inventor de las arcadas, en las que piedras curvas, que se inclinan hacia abajo, quedan sujetas por la clave

central.» Puedo asegurar que esto es falso, porque seguramente existían antes de Demócrito puentes y puertas, cuya parte superior ordinariamente es un arco. Pero olvídense decir que Demócrito encontró la manera de pulimentar el marfil, de convertir guijarros recocidos en esmeraldas, y que por este método se da todavía hoy el color que se quiere á las piedras que pueden cocer. Aunque estas cosas las inventase el sabio, no lo hizo en su calidad de sabio, siendo cierto que hace muchas cosas que las harían como él personas sin ingenio, pero á veces con más destreza y experiencia.

¿Quieres saber qué han investigado los sabios y qué han dado á luz? Primeramente el conocimiento de la naturaleza, tal como es en verdad, no contemplándola como los animales, con ojos que no pueden penetrar en las cosas divinas. En segundo lugar, han dado leyes á la vida humana, que han extendido generalmente á todas las cosas. Nos han llevado al conocimiento de los Dioses y á la obediencia que les debemos; nos han enseñado que es necesario recibir todo lo que sucede como si se nos estuviese mandado. Nos han prohibido aceptar las opiniones falsas; nos han mostrado el justo valor de las cosas, han condenado los placeres sujetos al arrepentimiento, y honrado los bienes que nunca producen hastío, mostrando á todos que es grande felicidad no necesitar nunca placeres, y alto poder el de reinar sobre sí mismo. No hablo de esa filosofía que ha arrojado de la patria al ciudadano y del mundo á los Dioses, y ha unido la virtud al placer, sino de aquella que no reconoce otro bien que lo honesto, que no puede corromperse por los favores de los hombres, como tampoco por los dones de la fortuna, y cuyo mayor valor consiste en no poder adquirirse por precio.

No creo que esta filosofía existiese en aquel siglo rudo en que aun no se conocían los oficios y en el que no se apreciaba la utilidad de las cosas mas que por el uso que de ellas se hacía, ni que en aquella edad dichosa en que eran patentes á todos los dones de la naturaleza, antes de que la avaricia y el lujo hubiesen corrompido la sociedad de los mortales para hacerla correr al pillaje, se encontrasen hombres sabios, aunque hiciesen lo que hacen los sabios. No podría colocarse la condición de los hombres en estado más ventajoso del que tenía entonces; y aunque Dios nos permitiese reformar el mundo y dar leyes á todas las naciones, no daríamos otras que las que observaban en aquellos tiempos en que aun no se labraba la tierra «y se consideraba injusto al que separaba un campo, siendo los bienes comunes y la tierra fecunda para dar mieses á todos». ¿Qué felicidad mayor que la de aquellos hombres? Gozaban en común de los bienes de la naturaleza, que les servía de madre y cuya protección bastaba para asegurar la posesión de las riquezas públicas. ¿No puedo decir que eran completamente ricos, puesto que no se encontraba ningún pobre? Pero la avaricia vino á turbar aquel hermoso orden, y queriendo separar y apropiarse algo, lo colocó todo en poder ajeno, hasta el punto que, reducida la vasta extensión á pequeño espacio, introdujo la pobreza, perdiéndolo todo por desear demasiado. Por mucho que hagamos para remediar esta pérdida, aunque unamos un terreno á otro, bien por compra, bien por usupación á nuestro vecino; aunque extendamos nuestro dominio á una provincia entera y llamemos alquería á la propiedad que empleamos muchos días en recorrer, jamás volveremos á donde estábamos. Tenemos mucho, y entonces lo teníamos todo. La misma tierra era más fértil cuando no la la-

braban, y se mostraba generosa con los pueblos que nada le arrebatában con injusticia. Si la naturaleza producía algo en secreto, tanto se gozaba en mostrarlo como en enseñarlo. Nunca tenía uno demasiado ni otro poco, porque todo se repartía como entre hermanos. El más fuerte no había puesto la mano sobre el más débil; el avaro no había ocultado lo que podía servir á los necesitados; lo mismo se cuidaba de otro que de sí mismo. No se oía ruido de armas; no se derramaba sangre humana, y solamente se perseguía las fieras. Los que se retiraban á los bosques para resguardarse de los rayos del sol, ó á chozas cubiertas de paja para garantirse de la lluvia y el frío, pasaban plácidamente las noches, mientras que á nosotros nos agita constantemente la ansiedad, que nos hace encontrar espinas en nuestros lechos de púrpura, cuando ellos encontraban tranquilo sueño sobre la dura tierra. No se cobijaban bajo dorados y cincelados techos, pero acostados á la intemperie veían marchar las estrellas y moverse suavemente esta inmensa máquina, que es el espectáculo más hermoso de la noche; teniendo siempre á la vista hermoso palacio y gozando en ver bajar los astros al horizonte, y otros surgir y levantarse por el cielo. ¿No era mejor contemplar todas estas maravillas, que estar encerrados como nosotros en nuestras casas, pintadas y decoradas, en las que temblamos y estamos prontos á huir al menor ruido que hace el techo ó la tabla de algún cuadro? No existían casas grandes como ciudades, pero el aire circulaba libremente. Tenían sombra en los árboles y rocas, y se construían con sus propias manos cabañas al lado de las fuentes, que corrían espontáneamente por prados hermosos sin cultura. Mansiones eran aquellas como la naturaleza pide, en las que podían habitar tranquilamente, li-

bres del temor que hoy nos inspiran nuestras casas.

Pero aunque su vida fuese inocente, no puede decirse que fuesen sabios, porque este nombre se aplica á la más grande de las ocupaciones. No negaré fueran grandes almas, porque recientemente habian salido de las manos de los Dioses, estando convencido de que el mundo en su juventud producía las cosas mejores que han sido después. Pero aunque su naturaleza fuese más fuerte y más apta para el trabajo, su ingenio, sin embargo, no estaba aún aguzado. La naturaleza no da la virtud, teniendo que mediar el arte para hacernos virtuosos. Aquellos hombres no iban en busca del oro y la plata, ni de las piedras preciosas en el fondo de la tierra, y lejos de dejar que un hombre matase á otro sin ira ni odio, y solamente por el recreo de los espectadores, hasta á los animales perdonaban. No llevaban trajes de diferentes colores, ni se labraba el oro, que aun no había salido de las minas. ¿Qué más? eran inocentes por la ignorancia del mal. Ahora bien, son cosas diferentes ignorar el mal y no querer obrar mal. Faltábales la justicia, la prudencia, la temperancia y la fortaleza; pero su vida austera y ruda tenía algo en el exterior que se parecía á estas virtudes. No debe creerse que la virtud mora en el alma que no esté instruída y dispuesta á la perfección por continuo ejercicio. Nacemos sin ella, pero nacemos para ella; y hasta en el mejor, antes de instruirse, existe la materia de la virtud, pero no la virtud. Adiós.

EPÍSTOLA XCI.

DEL INCENDIO DE LYÓN: REFLEXIONES SOBRE LA MUERTE.

Nuestro amigo Liberal está muy triste por la noticia del incendio que ha destruído la colonia lugdunense. Esta desgracia es capaz de afectar al indiferente, y mucho más á quien ama profundamente á su país. Oblígale esto á recurrir á la fortaleza de que se habia provisto contra las adversidades que podian sobrevenirle. Pero no me admiro que no hubiese previsto una desgracia tan inopinada y casi inaudita, puesto que no tiene ejemplo. Porque se han visto ciudades maltratadas por el fuego, pero no enteramente destruídas y perdidas. Hasta en aquellas mismas que el enemigo quiere quemar, nunca se enciende tan bien el fuego que no se extinga en algunos puntos; y suponiendo que lo prendan de nuevo, nunca causa un estrago tan general que nada deje al hierro por destruir. Los terremotos no son ordinariamente tan violentos que derriben una ciudad entera; y jamás se vió tan grande incendio que no dejase materiales para otro. Una sola noche ha destruído palacios capaces de embellecer otras tantas ciudades; y en medio de la paz ha sobrevenido lo que no se hubiese temido entre los estragos de la guerra más terrible. ¿Quién lo creerá? Reinando la paz y la tranquilidad en toda la tierra, se pregunta qué ha sido de Lyón, la ciudad que honraba las Galias. En las calamidades públicas, la fortuna deja ordinariamente tiempo para temer lo que puede sobrevenir; y las grandes cosas no perecen sino con grande espacio de

tiempo; pero este incendio ha hecho ver que lo que era por la tarde una gran ciudad, no era nada á la mañana siguiente, porque ha desaparecido en menos tiempo que empleo yo en referírtelo. Todo esto abate el valor de nuestro amigo Liberal, que por otra parte es muy firme y resuelto. Lo que no se esperaba es más difícil de soportar, porque la sorpresa hace las aflicciones más graves, y puede decirse que los sentimientos de la mayor parte de los hombres se miden por sus sorpresas.

Por esta razón debemos preverlo todo, y considerar, no lo que de ordinario ocurre, sino todo lo que puede ocurrir. ¿Qué hay que la fortuna no pueda quitar al más poderoso cuando le plazca? ¿Qué hay tan brillante que no pueda apagar? ¿Qué le es arduo, qué difícil? No siempre viene por el mismo camino: en tanto nos combate con nuestras propias manos, en tanto se contenta con sus propias fuerzas; nos suscita desgracias cuyo autor no vemos; se sirve de todas las ocasiones, y hace brotar nuestros dolores de nuestros mismos placeres. Asáltanos la guerra en medio de la paz, y el socorro que habíamos pedido para nuestra seguridad se convierte en objeto de nuestra desconfianza; del amigo se hace un enemigo, del compañero un adversario. Los hermosos días del estío nos traen tempestades que son más temibles que todos los hielos del invierno. Experimentamos perjuicios sin tener enemigos, y aunque no hubiese otro motivo, el exceso de nuestra felicidad viene á ser causa de nuestra ruina. El más sobrio cae enfermo, y el más robusto tísico; el más inocente es condenado, y el más oculto arrastrado por una sedición. La fortuna elige á veces medios completamente nuevos para hacer sentir su poder á aquellos que la habían olvidado. En un solo día destruye lo que el trabajo de los hombres

y el favor de Dios había construído en largos años. Mucho tiempo concedió á los males para llegar, el que dijo que basta un día, una hora, un momento para derribar el imperio más grande del mundo. Consuelo sería para nuestra debilidad que las cosas pudiesen restablecerse tan pronto como quedan destruídas; pero sucede lo contrario: el desarrollo es lento y rápida la ruina. Nada público ni particular existe que permanezca siempre en el mismo estado; las ciudades tienen sus destinos lo mismo que los hombres. Asáltanos el terror en medio de la tranquilidad; el mal, sin habernos amenazado, nos sorprende á veces por el lado que menos temíamos. Vense reinos que no habían podido destruir las guerras intestinas ni las extranjerías, perderse por sí mismos. ¿Cuántas ciudades existen que hayan sido completamente felices?

Necesario es pensar que todo puede suceder, y resignarse á sufrirlo todo; destierros, suplicios, enfermedades, naufragios. Considera que una desgracia puede quitarte tu patria, ó quitarte á tí de ella, relegarte á algún país desierto y formar una soledad del paraje mismo donde nos ahogaba la multitud. Considera la condición de los hombres, y contempla, no los acontecimientos ordinarios, sino los más desagradables, con objeto de que no te sorprendan como nuevos ni te agobien cuando sobrevengan. Es necesario contemplar la fortuna revestida de todo su poder. ¿Cuántas veces se han visto ciudades en Asia y en Acaia destruídas por un solo terremoto? ¿Cuántas en Siria, Macedonia y Chipre? ¿Cuántas, en fin, la isla de Paphos se ha derrumbado sobre sí misma? Frecuentemente recibimos noticias de ciudades destruídas por completo, y nosotros que recibimos estas noticias, ¿qué parte formamos del universo? Seamos fuertes contra esas desgracias, porque muchas veces ocurre que el

ruido es mayor que el mal. He aquí quemada la ciudad que tan rica era, ornamento de toda la provincia, aunque construída en montaña poco elevada. El tiempo destruirá también todas las que hoy son tan fuertes y magníficas. ¿No ves que hasta los cimientos de las grandes ciudades de la Acaia están completamente destruídos, y que no ha quedado ni el menor vestigio que demuestre su antigua existencia? El tiempo no destruye solamente las obras de los hombres, rebaja también la cumbre de las montañas, y sepulta bajo tierra regiones enteras. Parajes existen cubiertos de agua, que en otro tiempo distaban mucho del mar; el fuego ha destruído collados en los que brillaba, y ha rebajado hasta el nivel de la playa alturas que regocijaban al navegante. Siendo maltratadas de esta manera las obras de la naturaleza, no debemos quejarnos de la destrucción de las ciudades. Nada permanece en pie, sino para caer algún día. Todas las cosas han de tener fin, sea que los vientos subterráneos rompan las cavernas que los encierran, sea que impetuosos torrentes destruyan cuanto se oponga á su carrera, sea que la violencia de las llamas se abra paso rompiendo la trabazón de la tierra, sea que el tiempo, al que nada resiste, las mine insensiblemente, ó la inclemencia del cielo obligue á los pueblos á abandonar sus moradas, que se destruyen en seguida por la corrupción. Largo sería enumerar todos los caminos que siguen los hados; pero una cosa sé, y es que las obras de los mortales están condenadas á la muerte, y que vivimos entre lo que ha de perecer.

Con esto consuelo á nuestro amigo Liberal, que tiene obstinado amor á su patria, que es posible se levante algún día más bella que antes. Con frecuencia una desgracia es causa de gran fortuna, y muchas cosas han caído que han sido restablecidas des-

pués con ventaja. Timagenes, el enemigo de la felicidad de Roma, decía que lamentaba los incendios que ocurrían en ella, porque estaba convencido de que construirían más adelante mejores edificios que los destruídos. Seguro estoy de que en aquella ciudad cada cual se esforzará en reconstruir casas más espaciosas y sólidas que las perdidas. ¡Ojalá sea por mucho tiempo y bajo destino más favorable! porque solamente hace cien años que se estableció aquella colonia, y no es este período la duración más larga de la vida del hombre. La bondad de su asiento la había hecho muy populosa, aunque había experimentado rudas sacudidas en tan corto espacio de tiempo.

Formemos, pues, nuestro espíritu en el conocimiento de nuestra condición, y preparémonos á la paciencia, sabiendo que todo puede acometerlo la fortuna, que no tiene menos poder sobre los imperios que sobre los emperadores, ni sobre las ciudades que sobre sus habitantes. No debemos indignarnos por esto, puesto que son las leyes de este mundo en que tenemos que vivir. ¿Te agrada? Vive. ¿No te agrada? Sal de él por donde quieras. Podrías indignarte si existiese algún mandato relativamente á tí; pero si es una necesidad general, que lo mismo obliga á los grandes que á los pequeños, reconcíliate con el destino, que dispone absolutamente de todo. No debe indignarte la desigualdad de las tumbas, puesto que la ceniza de unos es igual á la de otros. Si nuestro nacimiento es diferente, nuestra muerte siempre es igual. Lo mismo digo de las ciudades que de sus habitantes. Roma fue tomada lo mismo que Ardea. El fundador de las leyes de la humanidad no distinguió nuestro nacimiento ni nuestro nombre más que por el tiempo que vivimos. Pero cuando llegamos al fin:

«¡Márchate, dice, ambición; no hay más que una ley para todos los que viven sobre la tierra!» La necesidad de sufrir no admite privilegio; no está más sujeto á ella uno que otro, ni más seguro de lo que ocurrirá mañana. Alejandro de Macedonia comenzaba á aprender la geometría, ¡infeliz! que había de darle á conocer cuán pequeña era la tierra, de la que sin embargo solamente había ocupado escasa parte: y le llamo infeliz porque supo muy pronto que indebidamente le habían dado el nombre de grande, porque ¿quién puede serlo en tan pequeño espacio? Lo que le enseñaban era sutil y exigía más aplicación que la de aquel insensato que mandaba todos sus pensamientos más allá de los mares.

«Enséñame cosas más fáciles,» dijo á su maestro. Y el maestro contestó: «Estas son igualmente difíciles para todos. Imagina que la naturaleza te dice:—Las cosas de que te quejas son iguales para todos; no puedo yo hacerlas más fáciles, pero tú puedes dulcificarlas si quieres.» ¿Cómo? Con la paciencia. Necesario es que sufras el dolor, el hambre, la sed, la vejez; y si permaneces más tiempo sobre la tierra, no puedes evitar la enfermedad, perder muchas cosas y al fin perder la vida. Pero no has de escuchar lo que te digan, porque de todos estos males que te nombro ninguno lo es en realidad, ninguno es duro é insoportable, y solamente se temen porque se cede al sentimiento vulgar. Temes la muerte como temes que hablen mal de tí. ¿Y no es locura temer las palabras? A este propósito decía Demetrio «que el mismo caso hacía de las voces de los necios que de los ruidos del vientre. ¿Qué me importa que resuenen por arriba ó por abajo?» ¿Qué insensatez temer que nos difamen los infames! Como no hay razón para temer las palabras, tampoco la hay para temer las

otras cosas que no temerías si á ello no te impulsara la opinión general. Si el falso rumor no puede perjudicar al hombre honrado, tampoco debe hacerte formar mal juicio de la muerte. Mucho tiempo hace que se la odia, pero ninguno de los que la acusan la ha experimentado aún, y puede calificarse de temeraria la condenación de cosa que no se conoce. Sabes, sin embargo, que es útil para muchos, que les libra de dolores y de la escasez, y á otros exime de cuidados y suplicios. No estamos bajo el poder de nadie mientras tenemos la muerte en nuestro poder. Adiós.

EPÍSTOLA XCII.

RECHAZA Á LOS EPICÚREOS.—LA VOLUPTUOSIDAD NO
CONTRIBUYE Á LA FELICIDAD.

Creo que estamos de acuerdo en considerar que solamente por las comodidades del cuerpo se buscan los bienes exteriores, y que no se cuida del cuerpo sino por consideración al alma; que el alma tiene partes inferiores que sirven al movimiento y á la alimentación y que contiene en sí lo racional y lo irracional, dependiendo éste de aquél, al que se refiere todo como á principio independiente. La razón divina está sobre todas las cosas y á nadie se sujeta, siendo igual la nuestra, que brotó de aquélla. Si convenimos en esto, necesario es que convengamos también en que nuestra felicidad consiste en poseer una razón perfecta. Ella sola es la que sostiene la fortaleza que resiste á la fortuna y que sostiene al que la conserva, en cualquier estado que se encuentre. No existe otro bien que aquel que no puede disminuir, ni otro hombre feliz que aquel que no puede descender

y se mantiene erguido, apoyado en sus propias fuerzas; porque el que se sostiene en otro, puede caer. Si pensamos de otra manera, comenzaremos á apreciar las cosas exteriores. ¿Y quién querrá formar cimiento en la fortuna y querer lo que no está en él? ¿Qué es la vida feliz? Seguridad y tranquilidad perpetuas. Conseguiremosla por la magnanimidad y la constancia, que no abandona los conocimientos una vez formados. ¿Y cómo llegaremos á ello? Conociendo claramente la verdad, observando orden y decoro en todas las acciones realizadas con espíritu de dulzura y equidad, que sólo atiende á la razón y que por todas partes hará brotar amor al mismo tiempo que admiración. Finalmente, para decirlo en breves palabras, el alma del sabio debe ser cual convendría á Dios. ¿Qué puede desear un hombre que posee todo lo que es honesto? porque si lo que no es honesto puede contribuir de alguna manera á su felicidad, puede decirse que forma parte de la felicidad misma, puesto que sin ella no podría existir. ¿Y qué hay más necio y más torpe que hacer consistir la felicidad del alma racional en cosas irracionales?

Sin embargo, hay quien cree que el soberano bien puede aumentar como si no estuviese entero y completo cuando le es adversa la fortuna. Antipater, uno de los principales autores de esta opinión, dice que: «algo deben estimarse los bienes exteriores, aunque poco.» ¿Cómo considerarías á aquel que no contentándose con la luz del día encendiese una lamparilla? ¿Qué importancia puede tener una centella ante la luz del sol? Si no te contentas con lo honesto, necesario es que quieras añadirle lo que los Griegos llaman *ἀοχλησιαν* ó la voluptuosidad. La primera de estas dos cosas se encuentra en cierto modo en aquella, porque el espíritu, exento de cuidados, contempla libremente el

universo, y nada puede separarle de la consideración de la naturaleza: la otra, la voluptuosidad, es el bien de los animales, y sería reunir lo irracional con lo racional, lo deshonesto con lo honesto. El regocijo del cuerpo ¿puede realzar el mérito de la vida? ¿Dirás que el alma está contenta cuando lo esté el paladar? ¿Pondrás en el rango, no diré de grandes personajes, pero ni siquiera de los hombres ordinarios, aquellos que fundan su felicidad en los manjares, la música y los perfumes? Necesario es borrarles del número de estos hermosos animales que tienen el segundo lugar después de los Dioses, y contar entre los brutos esas bestias que solamente han nacido para pastar. La parte irracional del alma se divide en otras dos. La primera es fuerte, violenta y con grandes pasiones; la otra es débil, lánguida é inclinada á las voluptuosidades. Se ha descuidado á aquella enérgica y más digna del varón esforzado, y se ha creído que la otra, vil y abyecta como es, era más necesaria para la vida feliz. Hasta se le ha sometido la razón, y por este medio se ha hecho la felicidad del animal más noble, vil é innoble. En seguida se ha formado un cuerpo monstruoso con miembros diferentes y mal ajustados, y como dice nuestro Virgilio, hablando de Scila: «Su semblante es humano, y hasta la cintura tiene la belleza de la virgen; lo demás cubierto de escamas, vientre de lobo y cola de delfín.» Ya ves que se ha unido á esta Scila miembros de animales salvajes, horribles y veloces; ¿pero de qué monstruos han compuesto la sabiduría? La parte principal del hombre es la virtud, añadiéndosele una carne inútil y frágil que sólo sirve, como dice Posidonio, para recibir los alimentos. Esta virtud, completamente divina, concluye en lubricidad; porque han unido un animal cobarde y perezoso á estas partes superiores que son venera-

bles y celestiales. Verdad es que aquel reposo de que el alma gozaba antes nada le daba, pero alejaba todos los obstáculos que podían estorbarla. La voluptuosidad, por el contrario, ablanda por sí misma y enerva todas las fuerzas. ¿Dónde puede encontrarse reunión de cuerpos tan diferentes? Únese lo inerte á lo animoso, lo risible á lo severo, y lo intemperante y hasta incestuoso á lo más santo.

¡Cómo! dirás, si la salud, el reposo y la calma no pueden perjudicar á la virtud ¿por qué no las deseas?— ¿Por qué no he de desearlas? Las desearé, no como bienes, sino como cosas conformes con la naturaleza, y que tomo en lo que valen. ¿Qué bien encontraré en todo eso? El de haber elegido á propósito, porque cuando tomo traje según mi condición, cuando marcho ó ceno como debo, el traje, la marcha y la cena no son bienes, pero la intención que tengo de guardar el decoro en toda ocasión es verdadero bien. Añadiré más: debe desearse traje decente, porque el hombre, por naturaleza, es animal pulcro y elegante. Así, pues, el bien no consiste en el traje, sino en la elección del traje, porque la honestidad está en la acción y no en la materia. Lo que dije del traje, lo digo también del cuerpo con el que la naturaleza ha envuelto al alma como con un traje. ¿Quién apreció jamás el traje por el arca? La vaina no hace ni buena ni mala la espada, y lo mismo digo del cuerpo. Si depende de mi elección, tomaré la salud y las fuerzas; el bien que resultará de esto, procederá de mi elección, no de lo elegido.

Confiesan que el sabio es feliz; pero pretenden que no puede llegar al soberano bien si no goza de las comodidades naturales. Así, pues, el hombre virtuoso no puede ser miserable, pero no puede ser completamente feliz si está destituido de los bienes de la na-

turalaleza, como la salud y energía del cuerpo.—Concedes lo que parece más increíble, que un hombre no sea desgraciado en medio de intensos y continuos dolores; y niegas lo más fácil, esto es, que sea feliz. Porque si la virtud tiene el poder de impedir que un hombre sea miserable, también tendrá el de hacerle completamente feliz, puesto que media menos distancia entre el feliz y el muy feliz, que entre el desgraciado y el feliz. ¡Cómo! lo que habrá sacado á un hombre de la miseria para colocarle en el número de los dichosos, ¿no podrá añadir lo que le falta para ser muy feliz? ¿Perderá su fuerza cuando no le quede más que un paso que dar? Existen en la vida comodidades é incomodidades; las unas y las otras están fuera de nosotros; y si el hombre bueno no es desgraciado aunque le abrumen todas las incomodidades, ¿por qué no ha de ser muy feliz aunque le falten algunas comodidades? Así como el peso de las incomodidades no le reduce á la condición de los desgraciados, de la misma manera la falta de algunas comodidades no le hará rebajar de una felicidad entera y perfecta: encontrarse, pues, tan completamente feliz careciendo de todas las comodidades, como no será desgraciado en medio de todas ellas. ¿No podría quitársele su bien si se pudiese disminuirle? Antes decía que una lucecilla no puede aumentar la claridad del sol, porque su esplendor ofusca toda otra luz.—Pero contesta: «Hay cosas que forman obstáculo al sol.»—Sin embargo, su fuerza y su luz permanen enteras; y aunque exista un cuerpo interpuesto que nos impida verle, no por eso deja de obrar y proseguir su carrera. Cuando luce entre nubes no tiene menos luz ni velocidad que en el tiempo más sereno; porque media mucha diferencia entre entorpecer solamente é impedir. De esta manera no perjudica á la virtud aquello que se le

opone. No es menor porque brille menos: tal vez no la vemos nosotros en todo su esplendor ni en toda su extensión; sin embargo, permanece igual, y como el sol oscurecido, ejerce en secreto la actividad de su poder. Por esta razón conocemos que las calamidades, los reveses y desgracias son ante la virtud lo que las nubes ante el sol.

Si alguien dice que el sabio, cuyo cuerpo no es robusto, no es feliz ni desgraciado, se engaña, porque coloca en el mismo rango la virtud y las cosas fortuitas, dando igual importancia á lo honesto y á lo que no lo es. ¿Hay algo más indigno y odioso que comparar lo venerando con lo despreciable? La fe, la justicia, la piedad, la fortaleza y la prudencia son virtudes que deben reverenciarse. Por el contrario, la fuerza del cuerpo y de los brazos, la belleza de los dientes son cosas muy poco importantes y que se encuentran muy completas en personas de baja condición. Además, si el sabio, cuyo cuerpo es endeble, no es feliz ni desgraciado, y se le deja en un estado medio, no debe huir ni desear la vida que tiene. ¿Y qué cosa más absurda que decir que no debe desearse la vida del sabio? ¿Y quién creará que existe una vida que no se debe huir ni desear? Por otra parte, si las incomodidades del cuerpo no hacen al hombre desgraciado, permiten que sea feliz; porque lo que no tiene bastante fuerza para arrojarlos á un estado peor, tampoco la tiene para levantarnos á uno mejor. —«Conocemos el frío y el calor, replican, y lo templado está entre los dos: si uno es feliz y otro desgraciado, alguno no será ni feliz ni desgraciado.»— Quiero destruir esta comparación que nos oponen. Si á lo templado añado frío, se hará frío; si añado caliente, se hará caliente. Pero en cuanto al hombre que no es feliz ni miserable, en vano se añadirán mise-

rias, porque no será más desgraciado; según concebéis; luego la comparación carece de paridad. En fin, presento un hombre que no es feliz ni desgraciado: quiero que quede ciego, no es desgraciado; que caiga enfermo, no es desgraciado; que le atormenten intensos y continuos dolores, no es desgraciado. Puesto que tantos males no han podido hacerle desgraciado, tampoco podrán arrebatarle la felicidad. Si el sabio, siendo feliz, no puede ser desgraciado, como confesáis, no puede dejar de ser feliz. ¿Cómo queréis que el que ha comenzado á rodar se detenga en algún punto? Lo que le impide caer más abajo, le retiene en lo alto. ¿Cómo! ¿el curso de la vida feliz no puede quedar interrumpido? Ni siquiera retenido ni alterado; lo cual hace que la virtud baste por sí misma para hacer la vida completa.—¿Cómo! dirán, ¿el sabio que ha vivido largo tiempo sin que le molesten los dolores, no es más feliz que otro que ha luchado repetidas veces con la adversidad?—Respóndeme. ¿Por ventura es mejor y más honesto? Si no lo es, tampoco es más feliz. Necesitábase que su vida fuese más recta para que fuese más feliz; pero si no puede ser más recta, tampoco puede ser más feliz. La virtud no puede recibir aumento, ni por consiguiente la vida feliz que procede de la virtud. Esta virtud es un bien tan grande, que no toma en consideración esas pequeñeces de la brevedad de la vida, del dolor y de las incomodidades del cuerpo; porque en cuanto á la voluptuosidad, ni siquiera es digna de que la mire. ¿Qué es lo principal en la virtud? No cuidarse del porvenir ni contar sus días. El goce de los bienes eternos que la acompañan se encuentra completo en cualquier espacio de tiempo.

Esto parece increíble y superior á la naturaleza, porque medimos su poder por nuestra debilidad, y damos á nuestros defectos el nombre de virtudes.

Pero, ¿no parece tan increíble que un hombre pueda exclamar en medio de los mayores tormentos: «¡Soy feliz!?» Pues estas palabras se han oído en la escuela misma de la voluptuosidad. «He aquí el último y mejor día de mi vida,» decia Epicuro, atormentado como estaba por una retención de orina y una úlcera incurable en los intestinos. ¿Por qué no han de creer los amantes de la virtud cosas de las que han dado ejemplos aquellos en quienes imperó la voluptuosidad? Estos, aunque degenerados y muelles, defienden que el sabio, en medio de las aflicciones y dolores, no es desgraciado ni feliz, lo que no solamente es increíble, sino hasta inverosímil. Si á la virtud se la arroja de su trono, no veo por qué no ha de caer hasta el suelo. Debe hacer al hombre feliz, y si no puede conseguirlo, no evitará que sea desgraciado. Mientras la virtud está en pie ha de vencer ó ser vencida.—«La virtud y la felicidad, replican, pertenecen únicamente á los Dioses inmortales; nosotros sólo tenemos la sombra y la apariencia: nos acercamos á ella, pero no llegamos.»—La razón es común á los Dioses y á los hombres. Es perfecta en los Dioses, y podría serlo en los hombres; pero la corrupción de nuestras costumbres nos quita la esperanza de conseguir tal perfección. Verdad es que el hombre que no esté firme en el bien, aquel cuyo juicio es incierto y vacilante, que busca la satisfacción de los ojos y oídos, y que desea la salud é integridad del cuerpo durante el curso de larga vida; este hombre, que pertenece á orden inferior, puede vivir honradamente y sin merecer censura. Sin embargo, como es imperfecto, tiene debilidades que le inclinan al mal; esta inclinación le aleja del bien; no es, por consiguiente, bueno, aunque procura serlo. Pero aquel á quien falta algo de lo bueno, es malo. Sin embargo, es semejante á los Dioses en

que «en el fondo de su corazón está la virtud presente.» Dirígete al cielo recordando su origen, y que es laudable esfuerzo remontar al lugar de que hemos descendido. ¿Por qué no ha de creerse que existe en él algo divino, puesto que es una parte de Dios? Este gran conjunto que nos contiene y rodea es uno, es Dios, y nosotros somos compañeros y miembros suyos; nuestra alma es capaz de recibirlo y de elevarse hasta él, si no la retuviese el vicio. Así como la actitud de nuestro cuerpo es recta y mira al cielo, así también nuestra alma tiene iguales impulsos y se extiende tan lejos como le agrada. La naturaleza la ha formado para que tenga los mismos sentimientos que los Dioses, y para emplear sus fuerzas en toda la extensión de su actividad; porque le hubiese sido muy difícil subir al cielo si hubiera necesitado auxilio ajeno. Dirígete á él cuando marcha animosamente por el camino que la naturaleza le ha trazado, despreciando los bienes exteriores, y considerando el oro y la plata como objetos dignos de la prisión en que están encerrados, sin que le afecte su brillo que deslumbra á los ignorantes y que les impide mirar al cielo desde que la avaricia desenterró estos metales. Sabe, repito, que las verdaderas riquezas no existen en los puntos donde están amontonadas, y que es mejor llenar el alma que el arca. Necesario es hacerla dueña de todas las cosas, y ponerla en posesión de las cosas de la naturaleza, de manera que el oriente y el occidente sean los únicos términos de su dominio; en fin, que poseyendo el universo á la manera de los Dioses, considere de alto abajo á esos ricos ávidos, que no experimentan tanta satisfacción por los bienes que poseen, como tristeza y envidia por los que ven en manos de otros. Cuando se encuentra en situación tan elevada, considera su cuerpo como una carga necesaria, y le

cuida, no por amor, puesto que no piensa someterse al que debe estarle sometido. Nunca es libre el que está sujeto á su cuerpo, porque sin mencionar otros amos que se atrae al servirle, su mismo imperio es molesto. En tanto lo abandona libremente, en tanto sale de él con valor, no cuidándose de lo que sobrevendrá después. Así como no nos cuidamos de los cabellos que nos cortan, así tampoco esta alma, completamente divina, al salir del cuerpo, no se cuida de lo que será de él, que lo entierren ó lo quemen, que lo devoren las fieras, que lo desgarran las aves ó que «lo arrojen como presa á los perros marinos.» Tan poco se cuida de él como el niño de la túnica que trae al nacer. ¿Qué le importa? ¿Es creíble que la que no temió la violencia durante la vida, la tema después de la muerte? Dice: no temo los garfios, ni que arrastren y desgarran ignominiosamente mi cuerpo; esto no parecerá horrible más que á los que lo vean. No pido á nadie que acompañe mis restos ni cuide de mis funerales. La naturaleza ha dispuesto que nadie quede sin sepultura. El tiempo sepulta á los que abandonan en los campos. Mecenas dice elegantemente: «No me cuido de la tumba; la naturaleza sepulta á los abandonados.» Imagina que fué un soldado quien dijo estas hermosas palabras, porque tenía grande y viril ingenio, si no le hubiese enervado en la molicie. Adiós.

EPÍSTOLA XCIII.

NO SE HA DE MEDIR LA VIDA POR SU DURACIÓN, SINO POR
SUS ACTOS.

En la carta que me escribes acerca de la muerte del filósofo Metronacto, lamentando que no haya vivido lo que podía y debía vivir, he echado de menos la equidad que tienes en todas tus acciones y negocios, y que te ha faltado como á los otros en esta ocasión. Encuéntranse muchos que son equitativos con los hombres, y pocos que lo sean con los Dioses. Diariamente nos quejamos del destino. ¿Por qué fué arrebatado aquél en medio de su carrera? ¿Por qué no muere este otro? ¿Por qué se prolonga la vejez, tan gravosa para el que la tiene y para los demás? Ruégote me digas qué te parece más razonable, que tú obedezcas á la naturaleza ó que la naturaleza te obedezca á tí. ¿Qué te importa partir un poco antes de un lugar de donde al fin has de partir? Nuestro cuidado no ha de ser vivir mucho tiempo, sino vivir bastante; porque lo primero depende del destino, y lo segundo de nuestra conducta. Siempre es larga la vida cuando es completa. Ahora bien, es completa cuando el alma ha adquirido el bien á que estaba destinada y se ha hecho dueña de su conducta. ¿De qué sirven á aquel hombre los ochenta años que ha pasado en la holganza? No ha vivido ese tiempo; se ha limitado á permanecer en la vida; no ha muerto tarde, sino despacio. Ha vivido ochenta años, pero necesario es ver desde qué día cuentas el tiempo de su muerte. Por el contrario, este otro ha muerto muy joven, pero ha cumplido

todos los deberes del buen ciudadano, del buen hijo y del buen amigo, habiendo llenado todas las obligaciones. Aunque su edad no es avanzada, su vida está completa. El primero ha vivido ochenta años; dí mejor, ha durado ochenta años; á no ser que digas que ha vivido como se dice que viven los árboles. Ruégote, querido Lucilio, hagamos de manera que nuestra vida sea como las cosas preciosas, que tienen más peso que extensión; midámosla por las acciones y no por el tiempo. ¿Quieres saber en qué difiere ese hombre vigoroso que ha ascendido al sumo bien, después de haber experimentado todas las desgracias de la condición humana, de aquel otro cargado de muchos años? El uno vive después de su muerte, el otro está muerto antes de morir. Honremos, pues, y contemos en el número de los dichosos al que ha empleado bien el poco tiempo que se le ha concedido, porque ha reconocido y seguido la luz de la verdad. Hase distinguido del vulgo y ha mostrado su fortaleza durante su vida. Algunas veces gozó de buenos días; algunas también, como suele acontecer, se nubló el brillo de su estrella. ¿Por qué quieres saber cuánto ha vivido? Lo bastante para pasar á la posteridad y hacer estimable su memoria.

No rechazaría yo larga vida, aunque no crea que sería menos feliz siendo corta; porque no cuento con el último día que el amor de la vida podría prometerme, convencido como estoy de que no hay ninguno que no pueda ser el último. ¿Por qué me preguntas si soy joven aún y cuántos años puedo tener? Poco importa; tengo los míos. Así como un hombre puede ser bien proporcionado con escasa estatura, puede encontrarse vida perfecta con mediana duración. La edad debe colocarse en el número de las cosas extrañas. No depende de mí vivir mucho tiempo, pero

sí depende de mí ser hombre honrado mientras viva. Pídemme solamente que no pase mis días en la oscuridad y que ocupe mi vida sin dejar que se deslice inútilmente.

¿Quieres saber cuál es la mayor extensión de la vida? Vivir hasta haber adquirido la sabiduría. El que ha llegado á ella, puede decir que ha llegado, no á un fin dilatado, sino al máximo. Gloríese confiadamente; que dé gracias á los Dioses, y se congratule y agradezca á la naturaleza haber existido. Puede hacerlo con razón, porque ha devuelto la vida mejor que la ha recibido: mostró el ejemplo del hombre honrado é hizo ver su dignidad y grandeza. Si se hubiese prolongado el término de su vida hubiera sido sin duda igual al pasado. ¡Cuán poco vivimos! y sin embargo queremos tener el conocimiento de todas las cosas. Sabemos cuáles son los principios que tanto elevan á la naturaleza; cómo ordena el mundo; cómo regula las estaciones y los años; cómo ha reunido todo lo que estaba disperso, haciendo de ella misma su propio fin. Sabemos que los astros giran por el impulso que les es natural, y que exceptuando la tierra todas las cosas van arrastradas en continuo movimiento. Sabemos cómo se adelanta la luna al sol, y por qué, siendo más lenta, le deja á la espalda, aunque aquél sea mucho más rápido; cómo recibe y pierde en seguida la luz; lo que hace la noche y lo que vuelve á traer el día. Mas es necesario subir al cielo, desde donde se verán todas estas cosas más de cerca. Esta esperanza, dice el sabio, y el convencimiento de que tengo abierto el camino para volver á la compañía de los Dioses, no me hará partir con mayor decisión; he merecido el honor de ser admitido allí; he estado ya entre ellos, dirigiéndoles frecuentemente mis pensamientos y recibiendo los que ellos me han enviado.

Pero aunque se me arrebatase de este mundo sin que quedase nada de mí; aunque nada restase del hombre después de su muerte, no saldría de este mundo con menos resolución, aunque no hubiese de pasar á ningún otro.—¿Pero no ha vivido tanto como podía vivir!—¿No sabes que hay libros muy pequeños que son sin embargo útiles y muy estimables? Sabes que no se hace caso de los anales de Tanusio, y cómo se les llama. Personas hay cuya vida es tan larga como estos anales. ¿Crees que un gladiador es más dichoso porque le maten al final, y no en medio del espectáculo, y que puede encontrarse alguno tan apasionado de la vida que prefiriese ser degollado en el espoliario que perecer en la arena? Pasamos los unos delante de los otros con intervalos muy cortos. La muerte no perdona á nadie; el que mata sigue muy de cerca al que mató. Un momento es este que tanto nos preocupa. ¿Qué importa el tiempo que evites lo que no puedes evitar? Adiós.

EPÍSTOLA XCIV.

¿SON ÚTILES LOS PRECEPTOS ESPECIALES DE LA FILOSOFÍA?

Algunos no estiman de la filosofía más que aquella parte que trata de los deberes de cada uno en particular, sin instruir á todos en general: la que prescribe al marido cómo ha de considerar á su esposa; al padre cómo ha de educar á sus hijos; al amo cómo ha de tratar á los criados, y abandonan las demás partes considerándolas inútiles; como si se pudiese ordenar la vida en detalle sin considerarla en conjunto. El estoico Aristón opina de otra manera; porque dice que

esta parte es ligera y superficial, pues no penetra en el corazón, pero que la que no está cargada de preceptos es grandemente útil, siendo las máximas de la filosofía las reglas infalibles del soberano bien, bastando recordarlas para saber lo que debe hacerse en toda ocasión: de la misma manera que el que aprende á tirar con el arco apunta recto al objeto que se propone, y coloca la mano para despedir bien la flecha, y cuando ha adquirido esta destreza por medio del ejercicio, se sirve de él en cualquier punto que le agrada (porque no ha aprendido á herir esto ó aquello, sino á lo que quisiere); así también, el que está instruído en todos los géneros de la vida, no necesita preceptos particulares para vivir como debe con su esposa y con sus hijos. Cleantho confiesa que esta parte es útil, pero dice que no tiene fuerza si no brota de su origen, y si no conoce los axiomas y verdades principales de la filosofía.

De aquí nacen dos cuestiones, á saber: si esta parte es útil ó inútil, y si ella sola basta para hacer al hombre honrado; es decir, si es superflua ó si hace superfluas á todas las demás. Los que sostienen que esta parte es superflua, discurren de esta manera: Cuando existe algún obstáculo que impide la vista, es necesario quitarlo; no haciéndolo, se perdería el tiempo diciendo: «Marcha así; extiende la mano de este lado.» De la misma manera, cuando existen algunas tinieblas en el espíritu, que le impiden conocer con claridad su deber y su aplicación, poco importa que se diga: «Vivirás de este modo, con tu padre y con tu esposa;» porque los preceptos de nada servirán mientras el espíritu esté ofuscado por el error; pero si se disipa, veremos con claridad lo que á cada cual debemos. Proceder de otra manera es decir al enfermo lo que debe hacer cuando esté sano, y no curarlo; ó al

pobre, que obre como el rico. ¿Cómo podrá hacerlo si continúa siendo pobre? Y al hambriento, lo que le convendrá cuando se encuentre harto. ¡Quítale primero el hambre que le roe hasta la médula! Lo mismo te diré de todos los vicios, que es necesario exterminar antes de dar preceptos cuya ejecución hace siempre imposible la presencia de aquéllos. Si no arrojas las falsas opiniones que nos preocupan, el avaro no comprenderá nunca cómo debe usarse el dinero, ni el cobarde cómo deben despreciarse los peligros. Previamente ha de demostrarse que el dinero no es bueno ni malo, y que todos los ricos son desgraciados; que las cosas que todos temen, no son tan temibles como se dice, incluso el dolor, incluso la muerte; que en la muerte, que por sí misma es inevitable, existe el consuelo de que no vuelve jamás; que en el dolor, puede conservarse la fortaleza de espíritu, que sabe dulcificar por la razón lo que sufre con energía; que el dolor tiene de bueno, que si es grande, no dura, y si dura, no es grande; que es necesario soportar con valor todo lo que la necesidad nos ordena. Cuando por estos axiomas hayas hecho conocer á alguno cuál es su condición, y que la felicidad consiste en vivir según la naturaleza y no según la voluptuosidad; cuando le hayas inspirado el amor á la virtud como el único bien que debe buscar, y el odio al vicio como el único mal que debe huir, todo lo demás, como las riquezas, los honores, la salud, la fuerza, el poderio, siendo cosas indiferentes que no deben contarse entre los bienes ni entre los males, no necesitará maestro que le diga á cada momento: «¡Marcha, come de esta manera! Esto es propio del hombre, esto de la mujer: tal cosa al casado, tal otra al célibe.» Los que hacen diligentemente estas advertencias, no sabrían cumplirlas. El pedagogo las

hace á su discípulo, la abuela á su nieto, y el profesor más iracundo enseña que nadie debe encolerizarse. Si entras en las escuelas, verás que las cuestiones que con mayor gravedad debaten los filósofos son lecciones de niños. ¿Quieres enseñar cosas evidentes ó dudosas? Si son evidentes, no es necesario enseñarlas; si son dudosas, no te creerán. Es, por consiguiente, inútil enseñar nada. De esta manera debe obrarse: si enseñas una cosa que sea oscura y ambigua, es necesario apoyarla en pruebas. Si das pruebas, éstas valen más que lo que enseñas, y bastan por sí mismas. Vive así con tu amigo, así con tu compatriota, de esta manera con tu compañero.—¿Por qué?—Porque es justo. Esto me lo enseña la justicia. Conozco que la equidad es apetecible por sí misma; que no debe ejercerse por temor ni por interés, y que toda consideración contraria á esta virtud es injusta. Cuando me encuentro imbuído y persuadido de esto, ¿para qué necesito preceptos que instruyan al hombre de lo que sabe? De nada sirve dar preceptos al que los conoce, y de muy poco al que no los conoce; porque tiene que aprender, no solamente lo que enseñan, sino la razón por que lo enseñan. ¿Son necesarios estos preceptos á los que están persuadidos de la naturaleza de los bienes y de los males, ó á los que no están persuadidos? Estos no te escucharán, porque tienen los oídos llenos de las opiniones contrarias; los otros, que conocen perfectamente lo que se debe apetecer y lo que debe evitarse, saben lo que deben hacer sin que tú se lo digas. Por consiguiente, puede suprimirse esta parte de la filosofía.

De dos fuentes proceden nuestras faltas: ó existe en nuestra alma malicia contraída por malas opiniones, ó tiene inclinación á contraerla, que la corrompe y arrastra en la primera ocasión. Debemos, pues, cu-

rarla, si está enferma y poseída del vicio; ó si tiene inclinación al mal, prevenir los efectos de sus malas inclinaciones. Ahora bien; las reglas de la filosofía hacen lo uno y lo otro; luego de nada sirven los preceptos particulares.

Además, si fuese necesario dar preceptos á cada uno, jamás se terminaría; porque sería necesario darlos de una manera al mercader, de otra al labrador, de otra al negociante, de otra al cortesano, de otra al que quiere tener amistad con sus iguales, y de otra al amante de sus inferiores. En el matrimonio, debes preceptuar cómo debe vivir el hombre si se casa con una virgen ó con una viuda; cómo con la mujer que le lleva considerables bienes; cómo con la que nada le haya llevado. ¿No establecerás diferencia entre la mujer estéril y la fecunda, entre la vieja y la joven, entre la madre y la madrastra? Imposible es abarcar todas las especies que pueden presentarse, y, sin embargo, cada una pide conducta especial. Ahora bien; las reglas de la filosofía son cortas, y lo comprenden todo en general: añade que los preceptos de la sabiduría deben ser seguros y limitados; los vagos é indefinidos no le pertenecen, porque conoce la extensión y los límites de todas las cosas. Necesario es, pues, suprimir la parte preceptiva, puesto que no puede dar á todos lo que promete á pocos, y la sabiduría se extiende á todo el mundo. Entre la locura pública y la que tratan los médicos no existe más diferencia, que aquélla procede de falsas opiniones y ésta de enfermedad. La primera es una enfermedad del alma; la segunda, enfermedad del cuerpo. Si alguien quisiera enseñar á un demente cómo debe hablar, cómo debe andar, cómo debe comportarse en público y en particular, sería más loco que aquel á quien diese lecciones: primeramente debe curar la bilis negra y remo-

ver la causa de la demencia. Lo mismo debe hacerse con el furor del alma: necesario es calmarla; de no hacerlo así, se perderán las palabras del que enseña.

Todo esto dice Ariston, al que contestaremos por partes.—Primeramente, en cuanto á lo que sostiene «que cuando algo incomoda al ojo y le impide ver, es necesario quitarlo,» concedo que el ojo no necesita preceptos para ver, sino medios para limpiar la vista y quitar los obstáculos que entorpecen la visión; por este medio se restablece la facultad de ver, que procede de la naturaleza. Pero la naturaleza no enseña lo que cada cual debe hacer en su condición. Además, aquel á quien han batido las cataratas, no puede devolver en seguida á otro la vista que ha recobrado; pero al que retiran del vicio puede al mismo tiempo retirar á otros. El ojo no necesita exhortación ni consejo para conocer los colores; distingue lo blanco de lo negro sin que nadie se lo advierta. El alma, por el contrario, no puede sin muchos preceptos saber lo que puede hacer en la vida: además, el médico, después de haber curado los ojos, da todavía consejos y precauciones: no debes, dice, exponerte de pronto á intensa luz; es necesario comenzar por parajes oscuros, después pasar á otros más claros y acostumbrarse poco á poco á sopotar la plena luz. No se debe estudiar después de comer, ni hacer trabajar á los ojos cuando se encuentran húmedos é hinchados; es necesario evitar que el viento y el frío hieran el rostro, y otras muchas cosas que no son menos necesarias que los medicamentos, porque la medicina une el consejo á los remedios.

Dice en segundo lugar, que «el error es la causa de todos los vicios; los preceptos no lo quitan, puesto que no combaten las falsas opiniones que hemos concebido acerca de los bienes y de los males.» Concedo

que los preceptos por sí mismos no tienen bastante fuerza para destruir la falsa persuasión que domine en el alma; pero no se deduce de esto que no puedan servir unidos á otros remedios. Porque, en primer lugar, refrescan la memoria, puesto que hacen considerar claramente y en detalle las cosas que sólo ves confusamente cuando las miras en conjunto. No siendo así, podría decirse que todas las exhortaciones y consuelos son inútiles; pero no lo son, y por consiguiente tampoco los preceptos.—Dice en seguida que «es necesidad decir al enfermo lo que debe hacer, como si se encontrase bueno; y que es necesario curarle antes, con lo cual de nada sirven los preceptos.» ¡Cómo! ¿los sanos y los enfermos no tienen algo común acerca de lo cual puede aconsejarse? Por ejemplo, no comer con glotonería, no fatigarse.—«Pero, replica, cura la avaricia, y ya no tendrás que aconsejar ni al rico ni al pobre, habiendo desaparecido la avidez del uno y del otro.» ¡Cómo! ¿No son cosas diferentes no desear el dinero y no saber usarlo bien? Los avaros lo desean sin medida, y los que no lo son pueden no conocer su buen uso.—Dice también: «quita los errores y serán inútiles los preceptos.» Esto es falso, porque supón que la avaricia se haya debilitado, se haya refrenado la temeridad que haya despertado la pereza; necesario es todavía que aprendamos lo que debemos hacer y de qué manera debemos obrar cuando nos veamos libres del vicio.—«Pero, dice, los consejos no producirán impresión sobre los vicios endurecidos.» Contesto que, aunque la medicina no cure las enfermedades incurables, no deja de recurrirse á ella, unos para curarse, otros para aliviarse. La filosofía misma con todas sus fuerzas no podría desarraigar un vicio inveterado en el alma; pero si no puede curarlo todo, no se deduce que no

pueda curar nada.—Añade: «¿de qué sirve enseñar lo que es evidente?» De mucho, porque algunas veces sabemos una cosa, pero no reflexionamos en ella. En este caso los preceptos advierten y no enseñan, limitándose á despertar la memoria y á impedir que olvide. Con frecuencia pasamos sin considerar cosas que están expuestas ante nuestros ojos. Frecuentemente también nuestro espíritu no quiere fijarse en ellas. Conveniente es, por tanto, hacerle ver lo que conoce muy bien, y esta advertencia es una especie de exhortación. Repetiré aquí lo que dijo un día Calvo á Vatinió: «Sabes que se ha realizado una gran cábala y todos saben que lo sabes.» Sabes que debe observarse religiosamente la amistad, pero no la observas: sabes que es vicio exigir castidad á la esposa propia y corromper la ajena; que así como esta no debe tener comercio con un adúltero, tampoco debes tenerlo tú con una concubina, y sin embargo lo tienes. Por esta razón, es necesario recordarte de tiempo en tiempo estas verdades, porque no basta conservarlas en depósito, sino que es necesario tenerlas á mano. Lo que nos es saludable debe manejarse con frecuencia con objeto de que nos sea familiar y lo tengamos preparado: añade que por este medio lo que estaba manifiesto se hace más patente aún.—Dice también: «si los preceptos son dudosos, debes dar las pruebas; luego éstas y no los preceptos serán útiles.» ¿Pero no se acude frecuentemente á la autoridad sola sin pruebas, como se recurre á la decisión de los jurisconsultos aunque no den razones? Además, estos preceptos tienen por sí mismos mucho peso, especialmente si se ponen en verso ó se forman sentencias en prosa, como estas dos de Catón: «Compra lo necesario y no lo superfluo.» «Lo superfluo es caro aunque cueste poco.» Estos oráculos de la antigüedad ú otros

semejantes: «¡Economiza el tiempo! ¡Conócete á tí mismo!» «Y cuando alguno te dirija estos versos pedirás la razón?»

El olvido remedia las injurias:
La fortuna ayuda á los audaces.
Y al holgazán todo le estorba.

Estas sentencias no necesitan demostración, porque penetran en el alma y producen sus frutos por la sola fuerza de la naturaleza, existiendo como existen en todas las almas semillas de virtud que brotan por la exhortación. Así como se enciende la centella con pequeño soplo, así se alza la virtud en cuanto se la toca. Además, tenemos en el espíritu algunos conocimientos que no siempre están presentes, pero que comenzamos á recordarlos en cuanto se nos habla de ellos. También hay cosas dispersas en diferentes lugares, que la mente, falta de ejercicio, no podría enlazar. Necesario es, pues, reunir las para que tengan más fuerza y el espíritu pueda recibir mayor alivio. Y si los preceptos de nada sirven, debe suprimirse toda instrucción y contentarnos con la naturaleza sola. Los que raciocinan de esta manera no ven que uno tiene espíritu activo y sublime, otro tardío y estúpido, y que los preceptos, manteniendo las fuerzas del entendimiento, le dan nuevos conocimientos, por cuyo medio corrige sus errores.

«Pero si alguno no conoce las máximas generales, ¿de qué le servirán los preceptos particulares estando sumido en el vicio?» Le servirán para salir de él, porque su índole natural no se ha extinguido, sino solamente oscurecido, hallándose como oprimida, y pelea contra la maldad; y si encuentra algún apoyo por el socorro de los preceptos, se restablece, con tal de que la corrupción no le haya viciado por completo,

porque en este caso no le restablecerán todos los esfuerzos de la filosofía. ¿Qué otra diferencia existe entre los preceptos y los axiomas de la filosofía, sino que aquéllos son generales y éstos particulares? Unos y otros suministran consejos y advertencias, en conjunto aquéllos, éstos en detalle. — «Si alguno, dice, tiene buenas y honestas máximas, no necesita preceptos.» Lo niego, porque á pesar de que conozca lo que debe hacer, no sabe aún cómo debe hacerlo, porque no nos impide tanto la pasión hacer el bien, como encontrar la manera de hacer bien lo que cada cosa exige. Algunas veces se encuentra nuestra alma muy bien dispuesta, pero es perezosa y no tiene bastante experiencia para conocer el procedimiento que debe seguir, y esto es lo que nos enseñan los preceptos. Añade que, «si quitas las opiniones falsas que se han introducido relativamente á los bienes y á los males, y estableces las que son verdaderas, nada tendrán que hacer los preceptos.» Confieso que es buen medio para ordenar el espíritu, pero no basta, porque aun demostrando con buenos argumentos cuáles son los bienes y cuáles los males, los preceptos no dejan de tener su aplicación particular. La prudencia y la justicia solamente consisten en deberes, y estos deberes los guían y regulan los preceptos. Además nuestro conocimiento de los bienes y de los males se reconoce por el ejercicio de los deberes á que nos llevan los preceptos, unos y otros tienden al mismo fin y no pueden preceder los unos sin que los otros les sigan. Este orden que guardan entre sí, demuestra que las máximas marchan siempre delante. — «Pero los preceptos son infinitos.» — Falso, porque en lo que se refiere á las cosas importantes ó necesarias no son infinitos. Tienen sí algunas leves diferencias, que se refieren al tiempo, al

lugar y á las personas, pero hasta á éstas se dan preceptos generales. — «Nadie, dice, cura la demencia con preceptos, ni por consiguiente el vicio.» Estas cosas no son iguales, porque al curar la demencia, devuelves la salud; pero al desterrar las falsas opiniones, no las sustituye en el acto el discernimiento de las cosas que deben realizarse; y aunque así sucediese, los preceptos servirían para corroborar tus buenos sentimientos acerca de lo bueno y de lo malo. También es falso que los preceptos no sirven de nada acerca de los dementes; porque, á pesar de que estos preceptos no produzcan ningún fin separadamente, es cierto que contribuyen á la curación de los dementes. Refiérome á los que tienen extraviada la razón y no á los completamente enajenados.

«Las leyes, dice además, no nos hacen hacer lo que debemos; ¿y qué otra cosa son que preceptos amenazadores?» En primer lugar, porque amenazan no persuaden; los preceptos, por el contrario, no obligan á nadie, y sin embargo persuaden. Las leyes te separan del crimen; los preceptos exhortan al deber; añade que las leyes son útiles para las buenas costumbres cuando exhortan á la vez que mandan. En este punto disiento de Posidonio y no apruebo los prólogos que van al frente de las leyes de Platón; porque la ley debe ser corta, con objeto de que el pueblo pueda retenerla fácilmente como oráculo descendido del cielo. Que mande y no discuta. Nada me parece más frío y más inepto que una ley con preámbulo. Manda; dí lo que quieres que haga; no se trata de aprender, sino de obedecer. Provechosas son, sin duda, puesto que ves que las ciudades que tienen malas leyes ordinariamente tienen malas costumbres. — «Pero no son útiles para todos.» — Tampoco lo es la filosofía, y sin embargo no es menos necesaria para

formar el espíritu; porque ¿qué otra cosa es que la ley de la vida? Pero aunque las leyes no sirviesen de nada, no se deduciría que fuesen inútiles los preceptos; no siendo así, podrías decir lo mismo de los consuelos, exhortaciones, alabanzas, reprensiones, que son maneras de precepto que llevan el alma á la perfección. Nada hay en verdad que inspire sentimientos tan honrados ni que tanto levante al espíritu que se inclina al mal como la conversación de los varones probos. Manera de precepto es que desciende suavemente al alma considerar y escuchar frecuentemente al varón honrado. El aspecto solamente del sabio nos agrada, y hasta su silencio puede instruirnos, no siendo tan fácil decir cómo aprovecha como conocer que ha aprovechado. «Existen, dice Phedón, animalillos que pican sin que se les sienta: tan delicada y sutil es su acción. Por la hinchazón se conoce la picadura, pero ni en la misma hinchazón aparece ninguna señal.» Así ocurre con el trato frecuente de los sabios. No se sabe cómo ni cuándo aprovecha, pero se conoce bien que ha aprovechado. Me preguntarás que á qué conduce todo esto. A hacerte comprender que los buenos preceptos, cuando se les encuentra frecuentemente, como suele decirse, son tan útiles como los buenos ejemplos. Pitágoras dice que los que entran en los templos y contemplan de cerca las imágenes de los Dioses ú oyen la respuesta de algún oráculo cambian de disposición de ánimo. ¿Puede dudarse que hasta á los ignorantes afectan sensiblemente ciertos preceptos, como estas frases cortas y significativas:

.....Nada es excesivo.

Ningún lucro basta al avaro.

Espera de otro lo que á otro haces.

De tal manera convence esto, que nadie osaría dudar

ni preguntar por qué: tanta fuerza tiene la verdad para imponerse hasta sin dar la razón. Si puede el respeto refrescar el ánimo y contener los vicios, ¿por qué no han de tener los preceptos el mismo poder? Si la reprensión causa vergüenza, ¿por qué no ha de producir el mismo resultado la advertencia dada en forma de precepto? Con más eficacia y mejor se le debía recibir, puesto que la razón lo sostiene, y hace ver lo bueno que debe realizarse, con el provecho que puede resultar. Si el mandato puede ser útil, la amonestación puede serlo también. Divídese la virtud en dos partes: la contemplación de la verdad y la acción. La instrucción nos hace aptos para la contemplación; la amonestación nos lleva á la acción. Al ejercer la virtud, la buena acción realizada hace conocer al mismo tiempo su mérito; si el que la emprende necesita que se le persuada, también necesitará que se le amoneste. Luego si la buena acción es necesaria á la virtud y la amonestación es causa de la buena acción, la amonestación será también necesaria á la virtud. Dos cosas hay que fortifican grandemente nuestro espíritu: la fe en la verdad y la confianza que se tiene en ella; las advertencias producen lo uno y lo otro, porque tienen influencia sobre nosotros y el alma concibe hermosos sentimientos y se llena de confianza; luego las amonestaciones no son inútiles. M. Agripa, varón esforzado y el único, entre todos los que conquistaron fama y poderío en las guerras civiles, á quien el pueblo consideraba dichoso, decía con frecuencia que debía mucho á la siguiente sentencia: «La concordia engrandece las cosas pequeñas, y la discordia abate las grandes;» que ella le había hecho buen hermano y buen amigo. Si estas sentencias, recibidas familiarmente en el alma, son capaces de instruirla y de formarla, ¿por qué no ha

de tener igual poder la parte de la filosofía que sólo consta de tales sentencias? Toda la filosofía consiste en enseñanza y acción, porque es necesario aprender y después practicar lo aprendido. Siendo esto así, fácil es comprender que, además de los decretos de la sabiduría, los preceptos son útiles además, sirviendo como de leyes para refrenar nuestros apetitos.

«La filosofía, según Ariston, se divide en ciencia y hábito; porque por haber aprendido y saber lo que debe hacerse y lo que se debe evitar, no se es sabio, si el alma no se transforma por lo aprendido. Ahora bien: esta parte tercera participa de las máximas generales y de la costumbre, por lo que es inútil á la virtud, bastándola las otras dos.» Siendo esto así, el consuelo sería superfluo, como también la exhortación, la persuasión y hasta la argumentación, porque en gran parte se enlazan. Pero aunque todas estas cosas dependen del buen hábito del alma, el buen hábito del alma las forma, y de ellas se forma. Además, lo que alegas solamente pertenece al hombre perfecto que ha llegado ya al colmo de la felicidad, que se alcanza muy tarde, siendo conveniente mostrar el camino al que comienza á corregirse y á adelantar. Todo esto puede hacerlo la sabiduría por sí sola cuando llega al punto en que el alma no puede ya conmoverse ni dirigirse á otro término que á la virtud; pero las almas más débiles necesitan que otro marche delante y les diga: «Debes hacer esto, debes evitar aquello.» Además, si espera que llegue el tiempo en que conoce por sí misma el bien que debe realizar, errará entre tanto, y el error le impedirá llegar á ese grado de felicidad que consiste en la satisfacción de sí mismo. Necesario es, pues, guiarla hasta que comience á poder guiarse. Los niños aprenden por reglas; se les lleva los dedos dirigiéndoles por el

rasgo de las letras que se han dibujado; dáseles en seguida un modelo para que lo imiten, y reforman por él su letra. De esta manera se ayuda á nuestro espíritu cuando se le instruye por reglas.

Estas son las razones que se alegan para demostrar que la parte de la filosofía que se refiere á los preceptos, no es inútil. En seguida se pregunta si basta ella sola para hacer al hombre sabio. Esta cuestión la trataremos en su día. Sin embargo, prescindiendo de los argumentos, ¿no se ve que necesitamos se nos den preceptos contrarios á las enseñanzas del pueblo? El pueblo no dice ni una palabra que no nos perjudique; sus votos é imprecaciones nos son igualmente dañosos, porque éstas nos producen falsos temores y aquéllos, formando para nosotros buenos deseos, nos dan malas lecciones, puesto que nos inclinan á bienes inciertos y muy lejanos, cuando podemos encontrar la felicidad en nosotros mismos. No nos dejan, repito, caminar en línea recta; nos arrastran al mal nuestros parientes, y nuestros mismos criados nos impulsan, las faltas no son ya personales, se comunican los errores propios y se reciben los ajenos. De aquí resulta que los vicios de un pueblo entero se encuentran en un individuo, porque el pueblo se los ha inspirado. Se aprende el mal y en seguida se enseña, y reuniendo lo peor que cada cual sabía, se ha formado esta grande corrupción que vemos hoy. Conveniente es tener alguno que nos tire alguna vez de la oreja, que arroje las opiniones vulgares y se oponga á lo que el pueblo aprueba. Es un error creer que los vicios nacen con nosotros; vienen después, se nos ingieren. Corrijamos, pues, con frecuentes advertencias esas opiniones que tanto ruido hacen en nuestros oídos, y convenzámonos de que la naturaleza no nos ha dado ninguna inclinación hacia el vicio. La naturaleza nos

ha hecho nacer inocentes y libres, y nada ha expuesto ante nuestros ojos que pueda irritar nuestra avaricia; por el contrario, ha puesto el oro y la plata debajo de nuestros pies con objeto de que hollemos lo que frecuentemente es causa de la opresión que sufrimos. Ha levantado nuestro semblante hacia el cielo, á fin de que, mirando á lo alto, veamos sus maravillas y magnificencia: la salida y ocaso de las estrellas; el rápido movimiento del universo, que nos descubre durante el día las bellezas de la tierra, y las del cielo por la noche; el curso de los astros, que parece lento si se le compara con el todo, y muy rápido si se consideran los grandes espacios que atraviesan con velocidad siempre igual; los eclipses del sol y de la luna, cuando se encuentran opuestos, y tantas otras cosas admirables, ora procedan de orden regular ó de causa fortuita, como esos grandes rastros de fuego que se ven por la noche; los relámpagos que brotan en el cielo sin producir ruido ni estrago; las columnas, las vigas y otras figuras inflamadas. La naturaleza ha colocado todo esto sobre nosotros, pero ha ocultado bajo la tierra la plata y el oro, como también el hierro de que nos servimos contra nosotros mismos por el amor de aquellos dos metales. La naturaleza juzgó que no estaban bien en nuestras manos, pero nosotros los sacamos á luz para hacerlos causa de nuestras rivalidades é instrumentos de todas nuestras desgracias, después de quitarles de encima la masa de tierra que los cubría. Nos hemos entregado al poder de la fortuna, y no nos avergonzamos de colocar entre nosotros en el grado más alto aquello que ocupaba el más bajo. ¿Quieres saber cuán falso es el brillo que deslumbra tus ojos? Nada hay más sucio ni más tosco que estos metales mientras están sepultados en el barro. Cuando se les extrae de profundas y oscuras minas y se les se-

para de sus adherencias, nada hay más deforme. En fin, si consideras los obreros cuyas manos purgan esta especie de tierra estéril y fea, verás cuán sucios y enlodados se encuentran; y sin embargo, la suciedad se adhiere más al espíritu que al cuerpo, y los que poseen estos metales son ordinariamente más repugnantes que el obrero.

Necesario es, pues, que tengamos á nuestro lado persona discreta que nos amoneste y que entre el tumulto de la mentira haga llegar á nuestro oído alguna palabra de verdad. ¿Pero cuál ha de ser esta palabra? La que puede ser útil al hombre aturdido por el ruido importuno que por todas partes hace la ambición, y que dirá: «No debes envidiar á esos que el vulgo llama grandes y felices: el aplauso popular no debe turbar tu alma y hacerla perder su fortaleza y buen orden; no debe disgustarte de tu tranquilidad ese que ves vestido de púrpura y precedido de haces, ni que consideres más dichoso á aquel ante quien despejan el camino, que al otro á quien hacen retirar. Si quieres ejercer autoridad que te sea útil y que no moleste á nadie, expulsa tus vicios.» Encuéntranse muchos que queman ciudades, que derriban fortalezas que el tiempo no podía destruir y que no se habían podido conquistar en edades anteriores, que derrumban las murallas más altas con arietes y otras máquinas; encuéntranse muchos, repito, que ponen en fuga y derrotan grandes ejércitos, y que manchados con la sangre de los pueblos que han subyugado, avanzan hasta los mares más remotos; pero son esclavos de la ambición, antes que dueños de sus enemigos. Nadie les resiste cuando se presentan, como ellos no han resistido al orgullo y á la crueldad cuando á ellos les atacaron, siendo atormentados al mismo tiempo que atormentaban á los otros. El infeliz Ale-

jandro estaba poseído por rabiosa pasión de arruinar pueblos, y este furor le llevaba á países extranjeros y tierras desconocidas. ¿Crees que este Príncipe fué prudente cuando después de saquear la Grecia, donde aprendió el latrocinio, robó á cada uno lo mejor que tenía, obligó á someterse á Lacedemonia y á guardar silencio á Atenas? No contento con la ruina de tantas ciudades que Filipo había conquistado ó comprado, marchó á destruir otras en otros países, y paseó sus armas por toda la tierra, no pudiendo saciar su crueldad y causando, como las fieras, más estragos de los necesarios para calmar su hambre. Ya había reunido muchos reinos en uno solo. Los Griegos y los Persas tenían el mismo señor; los súbditos de Darío, libres por su muerte, se habían sometido á su imperio, y sin embargo, quiere violentar la naturaleza y pasar más allá de los mares y del sol saliente, disgustado de limitar sus conquistas á los rastros que Hércules y Baco habían dejado de sus victorias. Quiere correr porque no puede detenerse, de la misma manera que la piedra, que lanzada hacia abajo, no cesa de rodar hasta que llega al fondo. Ni la virtud ni la razón hicieron emprender á Cn. Pompeyo guerras extranjeras é intestinas; pero el deseo de falsa grandeza le llevó, en tanto á España para combatir á Sertorio, en tanto al mar para perseguir á los piratas. Estos eran los pretextos que daba para continuar en el mando. ¿Qué piensas que le atrajo en África al Septentrión contra Mitrídates, á la Armenia y á todas las regiones del Asia? Inmensa ambición de elevarse, no creyéndose bastante grande cuando á todos asombraba su grandeza. ¿Qué fué lo que produjo la desgracia de C. César y al mismo tiempo la de la república? La gloria, la ambición y desenfrenado deseo de colocarse sobre los demás. No pudo soportar ni una sola persona de-

lante de él, aunque Roma soportaba dos sobre ella. ¿Qué dices de C. Mario, que solamente una vez fué cónsul, porque las demás usurpó el consulado? ¿Cree-rás que por motivos de virtud se comprometió en tantos peligros cuando combatía contra los Teutones y los Cimbrios ó perseguía á Yugurta en los desiertos de Africa? Mario guiaba á su ejército y la ambición á Mario. Estos conquistadores agitaban el mundo, y ellos mismos estaban agitados como esos torbellinos que hacen girar á todo lo que encuentran y ellos mismos giran también, corriendo con tanta mayor impetuosidad cuanto menos capaces son de detenerse. De aquí procede que después de haber causado daño á muchas gentes, experimentan al fin la violencia de que se habían servido contra los otros. No creas que se puede ser feliz por la desgracia ajena.

Necesario es olvidar todos estos ejemplos que se nos ponen delante de los ojos y se nos deslizan en los oídos, y vaciar nuestro pecho de las malas enseñanzas recibidas. Necesario es restablecer la virtud en el lugar que se la ha usurpado, á fin de que destruya la mentira, que nos agrada mucho más que la verdad; que nos separe del vulgo, al que concedemos demasiado crédito, y que nos ponga en posesión de las opiniones sanas, porque es propio de la sabiduría recobrar su carácter natural y volver al punto de donde la había arrojado el error público. Principio de curación es haber abandonado los maestros de la locura y alejarse de todas esas gentes que recíprocamente se perjudican. A fin de que comprendas la verdad con que hablo, considera cómo cada cual vive de distinta manera en particular que en público. Creo que la soledad no inspira inocencia, y que los campos no enseñan frugalidad; pero los vicios cesan en cuanto no tienen espectadores, siendo su fin principal exhibirse

y que los contemplen. ¿Quién viste púrpura para que nadie la vea? ¿Quién se hace servir en vajilla de oro cuando come solo? ¿Y quién habiéndose acostado en el campo á la sombra de un árbol, querría colocar allí sus mejores muebles? Nadie es espléndido para satisfacer sus ojos ó los de algunos familiares, sino que se despliega lujo y aparato según el número y calidad de los que lo contemplan: de esta manera, los testigos y admiradores de nuestra ostentación son los que nos provocan á hacerla. Impide que se la hagamos ver y al mismo tiempo impedirás que deseemos tenerla: la ambición, el lujo y el orgullo solamente piden teatro; ocúltalos y los curarás. Así, pues, si nos encontramos envueltos en el tumulto de las ciudades, tengamos á nuestro lado alguien que nos aconseje y que rebaje la estimación en que se tienen las grandes heredades por medio de las alabanzas que tribute al que posee poco y aprecia el bien por la necesidad del uso; que alabe el reposo del estudio y el placer que se experimenta en retirarse de las ocupaciones extrañas para ceñirse al deber, contra la oposición de los que ponen tan alto el poder de los grandes y el favor popular; que haga conocer que esos hombres felices en opinión vulgar, tiemblan en la cumbre de su grandeza, que les asombra, y que piensan de su condición de muy distinta manera que los demás; porque lo que se considera elevación, les parece un precipicio que les turba y espanta cuantas veces contemplan la profundidad del puesto que ocupan. Cuando consideran las diferentes maneras con que pueden caer de su elevado asiento, lo que con tanta pasión buscaron les intimida, y su felicidad, que á todos les hace molestos, llega á serles insoportable: entonces desean el reposo y la libertad, odian el esplendor, y piensan en su retiro cuando su prosperidad dura aún; entonces filosofan

por temor, y con vacilante fortuna toman resoluciones saludables; porque, como si la buena fortuna y sana razón fuesen incompatibles, la adversidad restablece la razón que la prosperidad nos había quitado. Adiós.

EPÍSTOLA XCV.

LOS PRECEPTOS SOLOS NO ENGENDRAN LA VIRTUD:
NECESARIAS SON LAS MÁXIMAS GENERALES.

Deseas que te hable hoy de lo que había dejado para otro día, y que te diga «si la parte de la filosofía concerniente á los preceptos y á la que los Griegos llaman *πράξεις*», basta para la perfección de la sabiduría.» Sé que no te disgustarías porque me excusase de hacerlo; pero te confirmo mi promesa con mayor eficacia todavía, y no quiero que quede sin efecto la palabra que te he dado. Recuerda que no debes pedir aquello que no quieras recibir; porque frecuentemente pedimos con instancia lo que rechazaríamos si se nos ofreciese. Hágase esto por ligereza ó adulación, deberían castigarnos dándonos lo que pedimos. Preséntase uno con larga historia escrita en menudas letras, plegada cuidadosamente, y, después de leerla casi entera, dirá: «Cesaré de leer si queréis.» Contéstase: «¡Lee! ¡lee!» y esto lo dicen los que quisieran que ya hubiese terminado. Algunas veces también pedimos una cosa y decimos otra. Tampoco hablamos con verdad cuando rogamos á los Dioses, por cuya razón no nos escuchan, y compadecen nuestra debilidad. En cuanto á mí, no la tendré contigo y me vengaré de tí con una larga carta, y si la lees á pesar

tuyo, di: «Yo lo he querido.» Compárate con esos maridos que se casan, después de prolijas investigaciones, con mujer que los desespera; con esos avaros á quienes atormentan las riquezas que han amontonado con grandes trabajos; con esos ambiciosos á quienes los honores conseguidos á fuerza de industria fatigan con mil importunidades, y con aquellos, en fin, que son autores de sus propias desgracias.

Comenzaré sin más preámbulo. «La vida feliz, dicen, consiste en las acciones virtuosas: es así que los preceptos llevan á las acciones virtuosas; luego bastan para hacer la vida feliz.» -Pero estos preceptos no conducen siempre á las acciones virtuosas, sino solamente cuando el espíritu es dócil y no está prevenido con malas opiniones. Además, aunque se obre bien, no se sabe que se obra bien, porque si no se está instruído de antemano y dirigido por la sana razón, no se sabría observar todas las circunstancias necesarias y conocer el momento, con quién y cómo se debe obrar. Por esta razón no se dirige á las cosas honestas con voluntad firme é invariable, sino que mira en derredor y vacila.—«Si las acciones honestas, dicen, proceden de los preceptos, los preceptos bastan para hacer la vida feliz: es así que lo primero es cierto; luego lo segundo también.» A esto contestamos que las acciones honestas proceden tanto de los preceptos como de las máximas.—«Si las otras artes se contentan con sus preceptos, replican, la sabiduría debe contentarse también con los suyos, porque es el arte que dirige la vida: es así que se forma al piloto diciéndole: mueve así el timón, inclina de este modo la vela, toma de esta manera el buen viento, evita de esta otra el contrario, recíbelo así cuando no es favorable ni contrario, formando también otros artificios los preceptos; luego lo mismo

pueden hacer los que enseñan el arte de vivir bien.» Todas estas artes solamente se aplican á ciertos instrumentos que sirven á la vida y no á toda la vida en general; así es que pueden impedir las y retrasarlas muchas cosas, como la esperanza, el deseo, el temor. Pero el arte que entiende guiar la vida no puede distraerse de su intento por nada que ocurra, puesto que sabe quitar las dificultades y separar los obstáculos. ¿Quieres saber cuán diferente de las otras es esta arte? En las otras se excusa más fácilmente una falta voluntaria que si ocurriese por casualidad: en ésta es gran delito faltar voluntariamente: por ejemplo, un gramático no se avergonzará de cometer un solecismo, si lo hace de intento, pero se avergonzará si lo hace por ignorancia. El médico que no conoce que su enfermo va á morir, falta más, relativamente, á su arte que si mostrara no conocerlo. Pero en el arte de vivir bien, las faltas voluntarias son las más vergonzosas; añade que la mayor parte de las artes, y especialmente las más liberales, tienen no solamente sus preceptos, sino también sus reglas generales. Por esta razón, en la medicina existe una escuela de Hipócrates, otra de Asclepiades y otra además de Themison. Además, no existe ciencia contemplativa sin máximas generales, que los Griegos llaman *δογματά*, y nosotros axiomas, como encontrarás en la geometría y astronomía. Ahora bien; la filosofía es contemplativa y activa, pasa de la especulación á la acción, y te engaña si crees que solamente propone ocupaciones vulgares. A objeto mucho más alto aspira. Examinó todo el mundo, dice; no puedo detenerme en compañía de los hombres para persuadirles ó disuadirles de mis consejos: llamada estoy á cosas más grandes y elevadas. «Examinó en primer lugar los Dioses, los elementos, la grandeza de los cielos, sus movimien-

tos; de dónde crea y mantiene la naturaleza todas las cosas, su fin y su regreso,» como dice Lucrecio. Dedúcese, pues, que siendo contemplativa la filosofía, debe tener sus máximas generales. ¡Cómo! Bien se sabe que nadie hará rectamente las cosas si la razón no le ha enseñado á llenar debidamente sus deberes, lo cual no sucederá al que no tenga otra regla que los preceptos recibidos; porque lo que se da por fragmentos siempre es débil y, por decirlo así, no podría arraigar. Pero las máximas establecen y conservan nuestra tranquilidad, abrazan toda la vida y la naturaleza de las cosas. La misma diferencia existe entre las máximas y preceptos de la filosofía que entre los elementos y los cuerpos: éstos dependen de aquéllos, y aquéllos son causa de éstos y de todas las demás cosas.

«La sabiduría de los antiguos, dicen, enseñaba solamente lo que se debe hacer ó no hacer, y entonces eran los hombres mucho mejores; porque desde que se han hecho doctos han cesado de ser buenos, habiéndose trocado su virtud sencilla é ingenua en ciencia oscura y sutil, que enseña á disputar y no á vivir.»—Convengo en que la sabiduría de los antiguos fué, como dices, ruda y grosera, como todas las demás artes cuya delicadeza ha ido aumentando con el tiempo; pero como el vicio no se había desarrollado tanto, no eran necesarios aún remedios enérgicos. Una medicina sencilla puede curar males pequeños; pero ahora se necesita que los preservativos sean tanto más fuertes cuanto más peligroso es el contagio del mal. En otro tiempo la medicina consistía solamente en el conocimiento de algunas hierbas propias para contener la sangre ó cicatrizar las llagas, y después ha llegado á la multiplicidad de remedios que tenemos. No debe extrañar si tenía menos ocupación cuando los cuerpos eran aún fuertes y robustos

y se alimentaban con manjares comunes, sin artificio ni disfraz; pero desde que se rebuscan, más para irritar el apetito que para saciarle, y se han inventado multitud de condimentos para excitar la glotonería, lo que antes era satisfacción del apetito es hoy carga de estómagos repletos. De esto procede la palidez del rostro; el temblor de los nervios debilitados por el vino, y la delgadez de todo el cuerpo, al que las crupezas perjudican más que el hambre. De esto procede también la debilidad de los pies, la perpetua vacilación, que se parece á la marcha de los ebrios, fluxiones generales é hinchazones de estómago por haberle cargado más de lo que podía soportar. De aquí nacen también las efusiones de bilis, el color amarillento, la sequedad de los miembros, el endurecimiento de las articulaciones, el retorcimiento de los dedos y el entumecimiento y temblor de los nervios. ¿Qué diré de los vértigos? ¿Qué de las enfermedades de los ojos y oídos, y de las úlceras que se forman en el interior de las partes por donde se descarga el cuerpo? Innumerables son además los géneros de fiebres, violentas unas, otras lánguidas, y otras que producen estremecimiento y horrible temblor de todos los miembros. En fin, difícil sería nombrar todas las enfermedades que vienen como castigo de la lujuria. Los primeros hombres estaban libres de estos males, porque, no habiéndose entregado á los placeres, se mandaban á sí mismos y de sí mismos se servían. Endurecían su cuerpo con el honrado trabajo, y cuando estaban cansados de correr, de cazar ó de labrar la tierra, comían manjares que no hubiesen agradado al paladar á no haberlos sazonado el apetito. Por esta razón no necesitaban tantos medicamentos, ni tantas drogas, ni tantas cajas. Sus enfermedades, que procedían de causas ligeras, no podían menos de ser leves; pero

hoy la multitud de manjares produce la multitud de enfermedades, y no es posible enumerar cuántas cosas hace pasar por la boca de un solo hombre esta insaciable glotonería que agota la tierra y los mares. Necesario es que tantas cosas diversas combatan entre sí, y sus opuestas cualidades hagan difíciles las digestiones. No debe, pues, extrañar si las diferentes viandas engendran diferentes enfermedades, y si materias que tienen contraria naturaleza, encontrándose oprimidas en el mismo lugar, rebosan algunas veces al exterior. Así es que puede decirse que padecemos tantas enfermedades como clases de viandas comemos. El más grande de los médicos y autor de esta ciencia ha dicho que «las mujeres ni pierden el cabello ni padecen de los pies,» y sin embargo ahora las encontramos calvas y gotosas. No ocurre esto porque haya cambiado el temperamento de las mujeres, sino su manera de vivir, porque al imitar la licencia de los hombres han contraído también sus enfermedades. Velan y beben como ellos, y hasta les retan al aceite y al vino; llevan la crápula tan lejos como ellos, y miden por el vómito el vino que han bebido en la orgía. Comen también nieve para apagar el ardor del estómago. En la impureza ni siquiera quieren ceder la acción que no les pertenece. ¡Que los Dioses y las Diosas las confundan por haber abierto el camino al crimen que invierte el orden de la naturaleza! ¿No es asombroso que el médico más grande del mundo y el más versado en el conocimiento de la naturaleza aparezca mentiroso, encontrándose hoy tantas mujeres calvas y gotosas? Por sus desórdenes han perdido el privilegio de su sexo, y por haber perdido el pudor de mujeres, han quedado sujetas á las enfermedades de los hombres. En otro tiempo no recetaban los médicos con tanta frecuencia carne y vino

para fortalecer el pulso, ni dulcificaban la sangre, ni curaban largas enfermedades con baños y sudores. No ponían ligaduras en los brazos y piernas para atraer á las extremidades la fuerza del mal arraigado en el cuerpo; ni tampoco necesitaban discurrir tantos remedios, siendo pocas las enfermedades. Pero hoy, ¿cuántas enfermedades hay y padecimientos? Estas son las usuras que pagamos por tantos placeres como hemos saboreado con exceso y sin medida. ¿Te extraña que existan tantas enfermedades? Cuenta el número de cocineros. Cesan todos los estudios. Los profesores de las artes liberales tienen muy pocos oyentes; las escuelas de Retórica y de Filosofía están casi desiertas, pero muy llenas las cocinas de los prodigos. ¿Cuántos jóvenes ves ocupados en ellas? No hablo de esos desgraciados niños reservados para otros usos en la cámara después del festín. Nada digo de esos rebaños de jóvenes, agrupados según su país, por la igualdad de color, por identidad de bozo y de cabello, separando los rizados de los que no lo son. Paso en silencio todos esos pasteleros y panaderos, y los que sirven la mesa en cuanto se da la señal. ¡Oh Dioses! ¿Cuántas gentes ocupadas para el vientre de un hombre solo! ¿No crees que esas setas, á las que llamo voluptuoso veneno, engendren incomodidades secretas aunque su malicia no aparezca desde luego? ¿No crees que en estío la nieve fundida produzca durezas en el hígado? ¿No crees que las ostras, cuya carne es babosa y está alimentada con cieno, no nos dejen alguna pesadez? ¿Que esa salsa tan rara, llamada *garum*, que se hace de sangre podrida y de algunos peces malos, no perjudique á los intestinos con su salada acritud? ¿Consideras que esa podredumbre, que se toma hirviendo, puede extinguirse sin perjudicar al estómago? ¿Cuánto disgusto no se tiene

de sí mismo cuando vuelven á la boca las crudezas é indigestiones! Porque es necesario que sepas que esta clase de alimentos se pudren y no se digieren. Esto me hace recordar aquel plato célebre en el que un pródigo, que corría á su ruina, puso todo lo que los más espléndidos y disipados acostumbraban á comer en un día: había en él madre-perlas y barbos sin espinas, con ostras mezcladas con cangrejos de mar. Cásanse de comer cada cosa separadamente, se las mezcla y confunde, haciéndose en la mesa lo que debe hacerse en el estómago. Pronto veremos que se servirán las viandas masticadas ya. ¿No se parece ya algo á esto, que el cocinero quite las escamas y los huesos, no dejando nada que hacer á los dientes? Sería demasiado trabajo comer de tantos platos; pónganse todos en una vasija y con la misma salsa. ¿Por qué he de llevar la mano á una cosa sola? Prefiero que haya muchas juntas, y que lo que pudiera dividirse en muchos platos se reuna en uno solo. Los que dicen que estas profusiones se hacen por vanidad y por adquirir reputación, deben saber que se cuidan menos del aparato que de la estimación de los conoedores que saben lo que valen las cosas. Colócase junto y en la misma salsa todo lo que antes se servía separadamente. Se mezclan y cuecen juntas las ostras con los cangrejos de mar y los erizos, y las madre-perlas con los barbos, y todo esto se confunde y mezcla como las materias que se devuelven por el vómito. De todas estas viandas mezcladas así, nacen multitud de enfermedades, diferentes y complicadas, contra las que ha tenido que armarse la medicina con muchas especies de remedios y de métodos.

Lo mismo digo relativamente á la filosofía. En otro tiempo era más sencilla cuando los vicios eran más ligeros y fáciles de curar. Pero hoy necesita emplear

todas sus fuerzas contra la alteración tan general de toda la moral. ¡Y si se pudiese corregir el mal por este remedio! Pero los crímenes no son ya particulares, se han hecho públicos. Se castiga el homicidio que alguno comete, ¿y qué se dirá de las guerras y matanzas que llamamos gloriosas porque destruyen naciones enteras? Verdad es que la avaricia y la crueldad no tienen límites, pero son menos perniciosas y menos bárbaras cuando se ejercen como de oculto, por mano de algunos particulares. Cométense crímenes por decreto del Senado ó plebiscitos, y se manda al público lo que se prohíbe á particulares. Lo que se castigaría con la muerte si se hiciese en secreto, recibe alabanzas cuando se hace en público. ¿No es vergonzoso que los hombres, cuyo carácter se formó tan dulce, se complazcan en derramar sangre de unos y otros? ¿Que promuevan guerras y las trasmitan á sus sucesores, viendo que los animales viven en paz? Estos desbordamientos tan poderosos y tan extensos han hecho la filosofía más larga y más difícil, y ha necesitado reunir tanta fuerza como han adquirido sus enemigos. Fácil era reprender á los que se excedían algo en la bebida ó á los que buscaban viandas delicadas. No era penoso restituir á la sobriedad á los que no se habían separado mucho de ella. «Ahora se necesitan manos diestras y rápidas.» Por todas partes se busca la voluptuosidad; no hay vicio que se contenga en sus límites. La profusión se convierte en avaricia; hase olvidado la honradez natural, y nada parece vergonzoso con tal de que sea útil. Al hombre, á esta cosa sagrada que se llama hombre, se le mata por recreo y diversión: en otro tiempo se vacilaba en enseñarle á atacar y defenderse; pero hoy se le exhibe ante el pueblo inerme y desnudo, porque es bello espectáculo verle morir.

En esta corrupción de costumbres necesitase un remedio más enérgico que antes para curar un mal tan inveterado; necesitanse máximas generales, con objeto de desarraigar la creencia en los errores. Si a éstas unimos los preceptos, los consuelos y exhortaciones, las haremos eficaces; no haciéndolo así, de nada servirán. Si queremos favorecer y sacar del vicio á los sumergidos en él, necesitamos enseñarles el bien y el mal. Sabrán entonces que todas las cosas, exceptuando la virtud, cambian de nombre, y que en tanto son buenas como malas. Como en la guerra el primer vínculo del soldado es el juramento que presta de seguir su enseña y no desertar, después de lo cual obedece fácilmente todo lo que se le manda; así es necesario primeramente deslizar la virtud en el corazón de aquellos que se quiere llevar á la vida feliz, con objeto de que la amen y reverencien con cierta superstición, que gocen en ella y sin ella no quieran vivir.

¡Cómo! ¿no se ha visto llegar algunos á ser varones virtuosos sin estas enseñanzas tan sutiles, y que han hecho grandes progresos en la virtud observando solamente los preceptos?—Lo concedo, pero debe atribuirse esto á su buen carácter, que no ha aprovechado los saludables avisos que se les daban. Así como los Dioses no han aprendido jamás la virtud, porque les es esencial, y el ser buenos es inherente á su naturaleza; así también hay hombres de carácter tan excelente que aprenden en poco tiempo las cosas que de ordinario se enseñan, y abrazan el bien en cuanto oyen hablar de él. Estas almas están ávidas de virtud y son fecundas por sí mismas; pero en cuanto á los espíritus inébiles y obtusos ó que están embotados por las malas costumbres, necesitase quitarles el moho. En último caso, como por las máximas de la

filosofía se lleva más pronto á la perfección á aquellos que se inclinan al bien, sacándoles de las falsas opiniones, quiero hacerte ver cuán necesarias son estas máximas. Todos estamos imbuídos de ciertas persuasiones que nos hacen perezosos en ciertas cosas é impetuosos en otras. ¿Cómo retener esta impetuosidad, cómo despertar esta pereza á no ser que se destruyan las causas que las engendran, que son la falsa admiración y el falso temor? Mientras estas pasiones nos poseen, en vano te dirán: «Debes favorecer á tus padres, á tus hijos, á tus amigos, á tus huéspedes.» La avaricia te retendrá aunque quisieras hacerlo. Sabrás perfectamente que se debe combatir por la patria; el temor te retendrá. Sabrás que es necesario sudar hasta la última gota por el servicio de los amigos; la molicie te impedirá hacerlo. Sabrás que no puede inferirse mayor injuria á la esposa que mantener una concubina, y la incontinencia te impulsará á este desorden. Es, pues, inútil dar preceptos, si antes no se quitan los obstáculos que pueden detener la ejecución, como lo sería entregar armas ó ponerlas al lado del que no quisiese tocarlas. Indispensable es, por tanto, libertar el alma antes de darla preceptos. Supongamos que un hombre hace lo que debe; no lo hará siempre, ni lo hará de la misma manera, porque no sabrá por qué lo hace; podrá tener algo bueno por azar y por rutina, pero no tendrá la regla á mano para dirigir su acción y saber si es recta. El que es bueno por casualidad, no puede asegurar que lo será siempre.

Además, los preceptos te enseñarán tal vez á hacer lo que debes, pero no á hacerlo como debes, sin lo cual no podrían conducirte á la virtud. Dirás: «Hago lo que debo.» Lo concedo; pero eso es muy poco, porque el mérito no consiste tanto en la acción como en la manera de ejecutarla. ¿Qué hay más criminal que

comerse en una sola cena la renta anual de un caballero romano? ¿Qué hay que merezca más la nota del censor que los gastos locos que se conceden, según el lenguaje de los disolutos, á su inclinación al placer? Y sin embargo, varones muy frugales gastaron millones en un festín dado en honor de los Dioses. De esta manera se ve que el mismo gasto se condena cuando se hace por el placer, y no se censura cuando se hace por la razón: porque en estas ocasiones se atiende más al legítimo objeto del gasto que al placer de la buena mesa. Habían enviado á Tiberio un barbo prodigiosamente grande (¿por qué no he de decir su peso para desesperación de los glotonos?), dicese que pesaba cincuenta libras, y mandó que le llevasen á vender al mercado. «Amigos míos, dijo, mucho me engañaré si no lo compran Apicio ú Octavio.» El caso ocurrió mejor aún que se esperaba; disputáronse y lo pujaron. Venció Octavio, y lo alabaron sus compañeros por haber comprado en cerca de dos mil sextercios un pescado que había vendido César y que Apicio no se había atrevido á comprar. Este gasto era vergonzoso, pero no lo fué en el primero que compró el pescado para regalárselo á Tiberio. No quisiera excusarle, pero al fin le había parecido tan hermoso que lo consideró digno de ofrecerlo al César. Al que cuida á su amigo enfermo, le alabo; pero si lo hace por la esperanza de algún legado, es un buitres que espera un cadáver.

Una misma acción en tanto es honesta y en tanto deshonestas; necesítase saber por qué y cómo se ha realizado. Ahora bien; todas las cosas merecerán aprobación si nos adherimos á la honestidad y creemos que no existe otro bien en el mundo. Todo lo demás sólo es bien durante un día; necesario es, pues, abrazar una opinión ó un sentimiento que se reflera á toda la

vida, y á esto llamo máxima. Conforme sea este sentimiento, serán también los pensamientos y las acciones, y, por consiguiente, toda la vida. Cuando se quiere ordenar el tiempo, no nos detenemos en las partes. M. Bruto, en el libro que intituló *περί Καθήκοντος*, da muchos preceptos á los padres, á los hijos y á los hermanos, pero nadie podría cumplirlos si no tuviese algún objeto á que referirlos. Necesario es que nos propongamos el soberano bien como nuestro fin, y dirigir á él todas nuestras acciones y palabras, como los que navegan se dirigen por alguna estrella. La vida sin objeto es vaga; pero para proponerse alguno son necesarias las máximas. Creo que me concederás que no existe nada menos apreciable que un hombre siempre tímido, vacilante y dudoso, que en tanto avanza un pie como lo retira. Esto nos sucederá en todas las ocasiones, si no se nos arranca lo que nos detiene y nos impide obrar con todas nuestras fuerzas.

Enseñase comúnmente cómo debe adorarse á los Dioses; pero prohibamos encender lámparas los sábados, porque los Dioses no necesitan luz, y á los hombres no gusta respirar el humo. Suprimamos la costumbre de saludar las imágenes de los Dioses por la mañana y de sentarse á la puerta de sus templos; esta clase de honores solamente agrada á la ambición de los hombres; se honra á Dios conociéndole. Prohibamos llevar lienzos y paños á Júpiter y mantener el espejo delante de Juno; Dios no busca ministros. ¿No es él quien presta existencia á todo el género humano y en todo lugar? En vano querrá saberse cómo comportarse en los sacrificios, cómo debe huirse de todas las supersticiones; nunca se conseguirá bastante instrucción si no se comprende, como se debe, la grandeza de Dios, que lo posee todo, que lo da todo y que sus liberalidades son gratuitas. ¿Qué es lo que im-

pulsa á los Dioses á favorecernos? Su propia naturaleza. Si alguno cree que tienen voluntad de perjudicarnos, se engaña. No son capaces de ello, porque no podrían causar ni recibir ninguna injuria, porque ofender y ser ofendido son cosas recíprocas. Esta excelente y suprema naturaleza no ha hecho peligrosos estos espíritus que ha libertado de todo peligro. En una palabra, el primer culto de los Dioses es creer en ellos; en seguida reconocerles su majestad y su bondad, sin la cual no existe majestad; saber que ellos son los que gobiernan el mundo, que ordenan todas las cosas como pertenecientes á su dominio, que cuidan del género humano, y algunas veces de los particulares. No ocasionan daño ni tampoco lo reciben; sin embargo, reprenden, castigan y ordenan á las veces penas que llevan apariencias de mal. ¿Quieres tener propicios á los Dioses? ¡sé bueno! Mucho les honra aquel que los imita.

He aquí otra cuestión: ¿Cómo ha de vivirse con los hombres? ¿Qué hacemos? ¿Qué preceptos damos? ¿No derramar sangre humana? ¿Es poca cosa no perjudicar al que deberíamos ayudar? ¡Grande alabanza es para un hombre ser dulce con otro hombre! ¿Le enseñaremos á tender la mano al náufrago, á mostrar el camino al extraviado y á compartir su pan con el hambriento? ¿Por qué he de entretenerme en mostrar todo lo que debe hacerse ó evitarse, puesto que brevemente puedo enseñar todos los deberes del hombre con esta fórmula: «Este mundo que ves y que encierra las cosas divinas y humanas es un todo: miembros somos de este gran cuerpo. La naturaleza nos hizo hermanos á todos, engendrándonos de la misma materia y para el mismo fin. Inspirónos mutuo amor y á todos nos hizo sociables: ella estableció la justicia y la equidad: según su constitución, mayor mal

es causar una injuria que recibirla, y según sus órdenes, dispuestas deben estar siempre las manos para el bien. Este verso debe tenerse siempre en el corazón y en la boca:

Homo sum, humani nihil a me alienum puto (1).

Hemos nacido para vivir en común; nuestra sociedad es una bóveda de piedras trabadas que caerían si no se sostuviesen mutuamente.

Después de hablar de los Dioses y de los hombres, veamos cómo debemos usar de las cosas. En vano habríamos hablado de los preceptos, si previamente no sabemos qué opinión hemos de tener de cada cosa, como la pobreza, la riqueza, la gloria, la infamia, la patria, el destierro. Considerar debemos cada una de estas cosas en particular, sin detenernos en la opinión común, viendo lo que son sin preguntar cómo se llaman.

Mas pasemos á las virtudes. Algunos nos dirán que debemos apreciar sobre todas á la prudencia, abrazar la fortaleza, amar la templanza y hacernos, si nos es posible, más familiar la justicia que las otras virtudes. Pero nada de esto vale si ignoramos qué es la virtud; si hay una sola ó muchas; si están separadas ó reunidas; si cuando se posee una se poseen también las demás; qué diferencias tienen entre sí. No es necesario que el obrero se informe de todo lo concerniente á su oficio, cuándo y cómo comenzó, como tampoco necesita el bailarín investigar los orígenes del arte de bailar. Todos estos artes saben bien lo que son, nada les falta, porque no se extienden más allá de la vida. Pero la virtud ha de conocerse á sí misma y todas las demás cosas. Hay que aprenderla prime-

(1) Soy hombre y no considero ajeno de mí nada humano.

ramente para saber en seguida cómo debemos querer; porque la acción no será recta si la voluntad no lo es, puesto que ésta produce la acción. Y, por otra parte, la voluntad no será recta si no lo es el hábito del alma, del cual procede; y, en fin, el hábito del alma no será bueno, si el alma no conoce bien todas las reglas de la vida, si no juzga sanamente de todas las cosas y las reduce á su justo valor. Solamente gozan de tranquilidad aquellos que permanecen firmes en juicio cierto é inmutable; los demás se separan, vuelven, fluctúan constantemente entre deseos opuestos, porque se guían por la opinión vulgar, que es inconstante. Para querer siempre la misma cosa, es necesario querer lo verdadero. Mas para conocer lo verdadero necesitan las máximas generales de la filosofía que contienen todo lo que se refiere á la vida, las cosas buenas y las malas, las honestas y las torpes, las justas y las injustas, la piedad, la impiedad, las virtudes y uso de las virtudes, la posesión de comodidades, la estimación y dignidad, las enfermedades, las fuerzas, la belleza y sutileza de los sentidos. Todo esto debe apreciarse según su valor, para saber cómo debe estimarse. Pero se aprecian algunas cosas en más de lo que valen, y tanto nos engañamos, que aquellas que consideramos más valiosas, como las riquezas, la influencia, la autoridad, no merecen se las aprecie en un sextercio. No podrás averiguar su valor, si no consideras la regla que las compara y estima entre sí. Así como las hojas no pueden permanecer verdes si no están adheridas á una rama, de la que extraen su jugo; así también los preceptos pierden su fuerza cuando se encuentran solos, porque necesitan se les sostenga.

Además, los que rechazan las máximas generales no consideran que las afirman al querer destruirlas.

Porque ¿qué dicen? Que los preceptos instruyen suficientemente acerca de la manera de vivir, y que, por tanto, son superfluas las máximas, es decir, los dogmas de la sabiduría. Pero esto mismo que alegas, es una máxima, como si yo dijese ahora que es necesario abandonar los preceptos y adherirse solamente á las máximas generales, daría un precepto al decir que debían abandonarse los preceptos. Unas cosas necesitan los avisos de la filosofía, otras sus pruebas y otras además son tan complicadas que apenas pueden desentrañarse á fuerza de trabajo y sutileza. Si son necesarias las pruebas, también lo son las máximas, puesto que establecen la verdad por la fuerza de las pruebas. Unas cosas son evidentes, otras oscuras; las evidentes caen bajo los sentidos, las oscuras están fuera de su alcance. Como la razón no se ocupa de las cosas evidentes y su ocupación principal y mejor son las oscuras, necesario es aducir pruebas para disipar su oscuridad, cosa imposible de hacer sin las máximas: necesarias son, pues, las máximas. Lo que en nosotros forma el sentido común, forma también el sentido perfecto, es á saber: el conocimiento de las cosas ciertas, sin el cual nuestro espíritu siempre está flotante. Por consiguiente, las reglas generales son necesarias, puesto que forman y fijan nuestras opiniones. En fin, cuando exhortamos á alguno á que considere á su amigo como á sí mismo y á que piense que su enemigo puede trocarse en amigo, con objeto de excitar su amor hacia el uno y moderar su odio hacia el otro, añadimos «que esto es justo y honesto.» Es así que la razón en que descansan las máximas comprende todo lo que es justo y honesto; luego las máximas, sin las cuales no existe lo justo y lo honesto son necesarias.

Pero conviene que reunamos ambas cosas, por-

que las ramas no pueden vivir sin la raíz, y la raíz vive porque le ayuda lo que engendra. Todos saben cuán necesarias son las manos; patentemente nos ayudan; sin embargo, el corazón, del cual reciben las manos vida, fuerza y movimiento, está oculto. Lo mismo puedo decir de los preceptos; son evidentes, pero las máximas de la sabiduría están ocultas. Así como los iniciados en los misterios son los únicos que conocen sus secretos, así solamente se comunican las verdades ocultas á los que han entrado en el santuario de la filosofía; pero los preceptos y otras cosas parecidas son conocidas hasta de los profanos.

Considera Posidonio que no solamente los preceptos (1) son necesarios, sino que la persuasión, el consuelo y exhortación lo son también. Añade además la investigación de las causas, etimología, palabra que podemos emplear, ya que los gramáticos, guardianes de la lengua latina, la usan por autoridad propia. Dice que sería muy útil la descripción de cada virtud en particular. Esta es la ethología de Posidonio; otros la llaman carácter, esto es, el sello esencial de una virtud ó de un vicio, que da á conocer su diferencia con las cosas que se le parecen. Esto produce el mismo efecto que los preceptos; porque al dar los preceptos se dice: Harás esto si quieres ser sobrio; y al hacer una descripción se dice: El sobrio hace esto y se abstiene de aquello. ¿Buscas la diferencia? El uno da preceptos de virtud, el otro presenta el modelo. Estas descripciones ó iconismos (según el lenguaje de los publicanos) son muy útiles, porque si proponemos cosas laudables, encontraremos imitadores. Crees que te será útil conocer todas

(1) *Praeceptionem (nihil enim nos hoc verbo uti prohibet)*. Precepción (nada nos veda usar esta palabra).

las señales que acreditan al buen caballo para no caer en engaño cuando quieras comprar uno, ó no perder el trabajo eligiendo mal; ¡cuánto más útil es conocer las señales del alma virtuosa que pueden verse en otro y aplicarlas á sí propio en seguida!

.....El potro nuevo
De estirpe generosa
Gallardo ya campea,
Y en noble porte y generosos pasos
Las blandas coyunturas ejercita;
Toma la delantera en el camino,
A la crespa corriente vado tiente,
A puente ignoto avánzase primero,
Ni de estrépitos vanos se intimida.
La cerviz tiende erguida,
Aguda la cabeza, el vientre breve,
Grupa redonda, el pecho
Con músculos soberbios que le abultan.

.....
.....

¡Con qué ingénito brío
El pisador lozano
Sale del puesto y sosegar no sabe
Si armas de lejos resonar ha oído!
Las orejas aguza, se estremece,
El encendido aliento
Por la abierta nariz bramando arroja (1).

Ocupándose de otra cosa, nuestro Virgilio describe al varón esforzado, y por mi parte, no de otra manera retrataría á un elevado personaje. Si tuviese que representar á Catón, que permaneció impávido entre el tumulto de las guerras civiles, que para prevenirlas marchó el primero á combatir los ejércitos que habían avanzado hasta los Alpes, no le daría otro semblante ni otro aspecto. Nadie podría elevarse tanto como

(1) *Geórgicas*, lib. III. Traducción de D. Félix M. Hidalgo y D. Miguel Antonio Caro, publicada en esta BIBLIOTECA.

aquel varón que se alzó á la vez contra César y Pompeyo, mientras que los demás se dividían en favor del uno ó del otro, desafiando él á los dos y haciendo ver que tenía defensor la república. Mas sería poca cosa decir de Catón:

«Ni de estrépitos vanos se intimida.»

¿Cómo, si los verdaderos y cercanos no le asustan, y se atreve á decir delante de diez legiones y de las tropas auxiliares de los Galos y de los bárbaros, que la república no debe perder valor y que todo debe intentarse para evitar la servidumbre, que en último caso más honrosa parecería siendo obra de la fortuna adversa que recibida voluntariamente? ¡Cuánta energía y valor, cuánta firmeza en aquel grande hombre, cuando todos temblaban de espanto! Sabe que es uno de aquellos cuya condición no peligra; que no se pregunta si Catón es libre, sino si se encuentra entre los libres; de aquí procede su desprecio á los peligros y á las armas. Admirando el valor de aquel varón esforzado que jamás tembló ante las ruinas públicas, grato me es decir:

La cerviz tiende erguida

.....

..... el pecho

Con músculos soberbios que le abultan.

Muy útil sería sin duda referir algunas veces quiénes fueron los varones virtuosos, y hasta representar los rasgos de su semblante: debería hablarse de aquella honrosa herida de Catón que le quitó la vida conservándole la libertad; de la sabiduría de Lelio y de la amistad que le unió con Scipión; de las bellas hazañas del otro Catón, tanto en la ciudad como fuera de ella; de las mesas que Tuberón hizo cubrir con pieles de macho cabrío en vez de tapices, y de los vasos de

barro que sirvieron en el festín delante del templo de Júpiter. ¿No fué esto consagrar la pobreza en el Capitolio? Aunque no existiese otro hecho que poner en el rango de los de Catón, ¿no sería bastante? Aquello, antes fué censura pública que festín. ¡Qué poco conocen los ambiciosos en qué consiste la gloria, y por qué medios pueden conseguirla! Aquel día vió Roma los muebles de muchos, y solamente admiró los de uno. Todo aquel oro y plata desaparecieron, pero los vasos de barro de Tuberón vivirán tanto como los siglos. Adiós.

EPÍSTOLA XCVI.

DEBE SOPORTARSE TODO CON PACIENCIA.

Te indignas, te disgustas y no hechas de ver que en todo ello no existe otro mal que tu indignación y disgusto.—Si me preguntas, te diré que no creo haya para el varón animoso nada desagradable, sino el creer que exista en el mundo algo desagradable. El día que no pueda soportar algo, no podré soportarme á mí mismo. ¿Estoy enfermo? Disposición es del destino. ¿Han muerto mis esclavos? ¿Me apremian mis acreedores? ¿Se ha derrumbado mi casa? ¿Me sobrevienen pérdidas, heridas, desgracias, temores? Común es todo esto, pequeño, y debe acontecer. La Providencia lo ordena, y no la casualidad. Si me crees cuando te descubro mis pensamientos más íntimos, considera cómo me comporto en la adversidad: consiento más bien que obedezco el decreto de Dios, y le sigo antes por convencimiento que por necesidad. Nunca me ocurrirá nada que reciba con semblante triste y hu-

raño, y no pagaré ningún tributo con mala voluntad; porque tributos son de nuestra vida las aficciones y temores. Por esta razón, querido Lucilio, no deben pretenderse ni pedirse privilegios. Experimentas dolores en la vejiga, no encuentras placer en la comida, enflaqueces diariamente: avanzaré más; temes morir, ¡y bien! ¿ignorabas que deseabas todo esto al desear la vejez? Estos inconvenientes se encuentran en el curso de larga vida, como polvo, lluvia y lodo en largo viaje.—¡Pero quería vivir y no experimentar estas molestias!—Palabras tan afeminadas no son dignas de hombre valeroso. Considera cómo recibes lo que te deseo desde lo más tierno y profundo de mi corazón. ¡Que los Dioses te preserven de los halagos de la fortuna! Pregúntate si preferirías vivir en la taberna ó en el campamento, si pudieses elegir. Porque nuestra vida, querido Lucilio, es guerra continua; de lo que resulta que aquellos que se agitan, que corren de aquí para allá en medio de mil dificultades, que guían las empresas militares arrojando peligros, son estimados como valerosos y ocupan los primeros puestos en los campamentos; pero aquellos que viven en la molicie y tranquila paz en tanto que los otros trabajan, tortolillas son despreciadas por todos. Adiós.

EPÍSTOLA CXVII.

SIEMPRE HAN EXISTIDO MALVADOS.—DE LA FUERZA DE LA
CONCIENCIA.

Te engañas, querido Lucilio, si crees que son vicios de nuestro siglo la disolución, desprecio de las buenas costumbres y demás defectos que cada cual atri-

buye á sus tiempos. Estos vicios proceden de los hombres y no de los siglos, porque no encontrarás ninguno que no se haya manchado con crímenes. Y si tratas de examinarlos en particular, verás, me avergüenzo decirlo, que nunca fué tan grande la licencia como en tiempo de Catón. ¿Creerá alguien que se derramó dinero en aquel proceso en que se acusó á Clodio de adulterio cometido con la esposa de César durante los sacrificios que se hacían por la salud del pueblo, y cuya entrada estaba de tal manera prohibida á los hombres que hasta se cubrían las pinturas de animales del sexo masculino? Dióse dinero á los jueces y, lo que es más torpe aún, les prostituyeron señoras de la ciudad y mancebos de nobles familias, pudiendo decirse que la absolución fué más criminal que el delito. Acusado Clodio de adúltero, repartió adulterios entre los senadores, y no quedó seguro hasta que les hizo tan culpables como él. Esto sucedió en aquel proceso en el que Catón depuso como testigo. Referiré las mismas palabras de Cicerón, porque el asunto excede á lo creíble. (De las Epístolas á Attico, libro 1.) «Llamóles (Clodio), les prometió, les garantizó su palabra, les dió dinero. Pero, ¡oh Dioses, qué crimen tan detestable! Jueces hay á quienes se hace pasar la noche entera con ciertas mujeres, y á otros se entregan mancebos de buenas familias como aumento de recompensa.» No me fijo en el dinero que se les dió; lo añadido es más repugnante. ¿Quieres la mujer de ese celoso? Haré que pases la noche con ella. ¿Quieres la de aquel rico? Te la daré. Condena al adúltero después de cometer tú adulterio. Conseguirás aquella hermosa que desees: te prometo una noche con aquella; antes de mucho cumpliré mi promesa: dentro de tres días. Más perjudicial es sin duda repartir adulterios que cometerlos

de hecho. Esto demuestra pasión; aquello el poco aprecio en que se tiene á la esposa. Aquellos jueces clodianos habían pedido guardias que el Senado les concedió, pero tales guardias no eran necesarios si no trataban de condenar; por esta razón les dijo oportunamente Cátulo, al ver absuelto á Clodio: «¿Para qué pediais guardias? ¿Acaso por temor de que os quitaran el dinero?» En medio de estas cosas quedó impune el que ante la acusación era adúltero y en el juicio sobornador, habiendo cometido más delitos para hacerse absolver que cometió para ser condenado. ¿Hanse visto jamás costumbres más depravadas que las de aquellos tiempos en los que la impureza se había desbordado hasta en los sacrificios y tribunales; en los que, durante el proceso extraordinario formado por decreto del Senado, se cometían delitos más enormes que aquel que se perseguía? Tratábase de saber si un hombre podía quedar en seguridad después de un adulterio, y resultó que sin adulterio no podía quedar seguro. Todo esto ocurrió en presencia de Pompeyo y César, de Cicerón y de Catón; de aquel Catón, digo, durante cuya magistratura no se atrevió el pueblo á pedir la celebración de los juegos florales en los que se presentaban completamente desnudas algunas meretrices. ¿Crees acaso que eran entonces más severas las miradas de los hombres que sus juicios? Todo esto sucedió y sucederá porque la licencia de las ciudades puede contenerse durante algún tiempo mediante la disciplina y el miedo, pero jamás cesará por sí misma. No debes creer que hoy se conceda más á la liviandad ó que tengan menos fuerza las leyes, porque la juventud de hoy es más comedida que la de aquellos tiempos en los que el culpable negaba el adulterio delante de los jueces, y los jueces lo confesaban delante del culpable, en los que se co-

metía el estupro para dar una sentencia, en los que Clodio, habiendo ganado el favor de los jueces por los mismos delitos de que le acusaban, celebraba contratos tales durante su propio proceso. ¿Podrá creerlo alguien? Condenado por un adulterio, fué absuelto por muchos.

En todos los tiempos habrá Clodios, pero no Cato-nes. Fácilmente nos inclinamos al mal, porque jamás carecemos de guías ni de compañeros, y además el mal mismo brota sin guías ni compañeros. El camino del vicio no es sólo pendiente, sino que degenera en precipicio, y lo que hace que la mayor parte de los hombres, no se convierta es que, en tanto que las faltas que se cometen en todos los oficios deshonran y perjudican al menestral, tráenles placer las que se cometen en las reglas de la vida. No agrada al piloto ver naufragar su nave, ni al médico el entierro de su enfermo, ni al abogado la pérdida del pleito por culpa suya; y por el contrario, todos gozan en su error y vicio. Uno se complace en el adulterio y se enardece más á medida que encuentra mayores dificultades; el otro en el engaño y latrocinio, sin hallar en estos delitos otra cosa desagradable sino el mal éxito. Todo esto procede de mala costumbre. Pero con objeto de que sepas que hasta en los ánimos más depravados existe algún sentimiento del bien y que no ignoran lo torpe sino que descuidan evitarlo, considera que todos ocultan sus malas acciones, y, aprovechando sus consecuencias, atienden á mantenerlas encubiertas. Por el contrario, la conciencia buena se muestra públicamente; busca la luz, mientras que el vicio teme hasta á las tinieblas. Por esto dice Epicuro, y creo que con mucha razón: «El malvado puede ocultarse, pero nunca se cree bien oculto;» ó si te parece mejor para aclarar el sentido: Inútil es que se oculte el

malvado, porque no puede hallar tranquilidad. ¡Así es! Los malvados pueden encontrarse seguros, pero no tranquilos.

No creo que esto, explicado de esta manera, sea contrario á la opinión de nuestra escuela. ¿Por qué? Porque el castigo primero y mayor del delito es haberlo cometido; y ninguna maldad, aunque la favorezca la fortuna, aunque la proteja, queda jamás impune, encontrándose el castigo del delito en el delito mismo. Otro castigo le amenaza también, que consiste en el temor continuo y desconfianza de la propia seguridad. ¿Por qué he de librar de este suplicio á la maldad? ¿Por qué no he de dejarla siempre en suspenso? Disentiremos de Epicuro cuando dice: «Nada justo se encuentra en la naturaleza, y deben evitarse los crímenes, porque de otra manera no podría evitarse el temor.» ¿Por qué? Porque tenemos en nosotros mismos aversión á lo que la naturaleza condena. De esto resulta que los que se esconden no se creen nunca bien ocultos, porque la conciencia les acusa y hace ver como son. Propio de los malvados es temblar. Malo sería ciertamente que, escapando tantos crímenes al conocimiento de los jueces, evitando los castigos que las leyes les imponen, los malvados no experimentasen en seguida este suplicio natural y constante, y el temor no reemplazase en ellos al arrepentimiento. Adiós.

EPÍSTOLA XCVIII.

NO DEBE CONFIARSE EN LOS BIENES EXTERIORES.

Nunca podrás creer feliz á nadie mientras la felicidad le tenga en suspenso. Apoyarse es en débil rama regocijarse por el bien fortuito: el gozo que viene de fuera saldrá como vino, pero el que brota del interior es fiel y firme, crece y persevera hasta el fin de la vida: todos los bienes que el vulgo admira son fugaces.—¡Cómo! ¿no podremos usarlos con placer?—¡Quién lo niega? pero con tal de que dependan de nosotros y no nosotros de ellos. Todos los dones de la fortuna son buenos en tanto en cuanto se posea á sí mismo aquel que los posee y no caiga bajo su potestad. Yerran aquellos, querido Lucilio, que creen que la fortuna da algo bueno ó malo: da la materia para lo bueno ó lo malo, y nosotros podemos hacer las cosas buenas ó malas. El alma es más poderosa que la fortuna; guía las empresas como le place y se traza camino dichoso ó desgraciado. El que es malo, todo lo convierte en mal, hasta las cosas que aparentemente eran buenas; el justo é íntegro corrige la adversidad de la fortuna, dulcifica con la paciencia los acontecimientos desgraciados y recibe con modestia y agrado los favorables. Pero aunque el ánimo sea prudente, y todo lo haga con juicio y nada emprenda que sea superior á sus fuerzas, no gozará jamás del bien perfecto y completo que está libre de las amenazas de la fortuna, si no permanece firme contra los sucesos imprevistos. Observa á los extraños (porque más libre es nuestro juicio cuando se trata de cosas ajenas) ó examínate tú mismo imparcial-

mente, y comprenderás y confesarás que no hay nada útil en todas esas cosas que con tanto ardor se desean, si no te preparas contra la volubilidad del acaso y la ligereza de la fortuna; si no dices sin disgusto, cuando te ocurra alguna pérdida: Los Dioses lo dispusieron de otra manera. O más bien, á fe mía, dí estas palabras que me parecen más enérgicas y apropiadas para tranquilizar el ánimo: Denme cosa mejor los Dioses. Dispuesto de esta suerte, nada puede sorprenderte, y esta disposición se consigue considerando lo que pueden los cambios de las cosas antes de hacerse sensibles: cuando se goza de los bienes, de la esposa, de los hijos como si se les hubiese de perder algún día, y como si no se hubiese de ser más desgraciado por haberles perdido. El ánimo que se inquieta por lo porvenir, es desgraciado; nunca gozará de reposo, y el temor del mal futuro le hará perder el goce del bien presente. Igual es temer la pérdida de una cosa que el temor de perderla.

No te aconsejo con esto la negligencia. Al contrario; evita todo lo que sea de temer y ordena todo lo que puede prevenirse con prudencia. Prevé con mucha anticipación, y si puedes, evita antes de que sobrevenga todo lo que sea perjudicial. Mucha ventaja será en tales coyunturas permanecer firme y resuelto á soportarlo todo. Puede preservarse de la adversidad el que está dispuesto á soportarla, y en el ánimo sereno nada excita turbulencias. Cosa necia y miserable es temer continuamente. ¿No es gran demencia anticipar la desgracia? En fin, para decirte en pocas palabras lo que pienso de esos hombres activos que se inquietan sin cesar, añadiré que son tan intemperantes en sus miserias como antes de que les sobrevengan. Aflígete más de lo que debe el que se aflige antes de lo que debe; porque la misma de-

bilidad que le impide esperar el mal, evita que pueda conocerlo bien. Su intemperancia le hace imaginar felicidad perpetua, y se promete que lo bueno ha de durarle siempre y hasta que aumentará con el tiempo, y olvidando el cambio continuo de las cosas humanas pretende contener la ligereza de la fortuna. Parece-me que Metrodoro dijo admirablemente en la carta de consuelo que escribió á su hermana por la pérdida de un hijo de excelente índole: «Mortal es todo el bien de los mortales.» Refiérese á esos bienes tras de los cuales corren todos, porque el bien verdadero no perece jamás; la sabiduría y la virtud son el bien cierto y eterno y el único inmortal que alzan los mortales. En lo demás son tan ciegos y piensan tan poco en donde se encuentran, que diariamente se asombran cuando pierden algo, aunque saben que lo perderán todo algún día. En tu casa tienes todos los bienes de que te crees dueño, pero no te pertenecen; porque nada hay estable para el que se encuentra enfermo, ni eterno para el que es frágil. Necesario es que las cosas perezcan ó que nosotros las perdamos, y consuelo sería perder, si supiésemos perderlo sin disgusto, el bien que está destinado á perecer.

¿Qué remedio encontraremos á todas estas pérdidas?—El recuerdo de lo perdido y no olvidar el fruto ó utilidad que obtuvimos. Se nos puede estorbar poseer, pero no haber poseído. Ingratitud es no agradecer el beneficio después de haberlo perdido. La fortuna, sin duda, nos quita lo que poseíamos, pero nos deja el fruto que perdemos nosotros por la injusticia de nuestro pesar. Dí en tu interior: «De todas las cosas que parecen terribles, ninguna hay que sea invencible, habiendo sido vencidas ya por muchos. Mucio, venció al fuego; Régulo, al tormento; Sócrates, al veneno; Rutilio, al destierro, y Catón, á la muerte.»

Venzamos nosotros también algo. Además, los bienes que por apariencia de felicidad atraen los deseos del vulgo, merecieron muchas veces el desprecio de los varones esforzados. Siendo dictador Fabricio, rehusó las riquezas, y las condenó siendo censor. Considerando Tuberón que en él era honrosa la pobreza y hasta para el Capitolio, sirvióse de vasos de barro en aquel festín público, en el que demostró que el hombre debe contentarse con lo que sirve hasta para el uso de los Dioses. Sextio, el padre, rehusó los honores, y, aunque nacido para gobernar un día la república, no quiso aceptar la dignidad de senador que Julio César le ofrecía, penetrado de que podía quitarse aquello que se daba. Hagamos animosamente algo nosotros; hagamos que se nos cite entre tan bellos ejemplos. ¿Por qué desfallecemos? ¿Por qué desesperamos? Todo lo que en otro tiempo se hacía, puede hacerse hoy también. Purifiquemos nuestro ánimo y obremos según ordena la naturaleza, porque el que se aparta de ella se hace esclavo de la codicia, del temor y de la fortuna. Volvamos al verdadero camino; restablezcámonos por completo. Restablezcámonos para poder soportar los dolores, hiérannos como quieran, y para poder decir á la fortuna: «¡Tienes que luchar con un varón fuerte; busca á quien vencer!»

Con estas palabras y otras semejantes se dulcifica el primer dolor de la herida, que, á fe mía, deseo mitigar, sanar ó que permanezca donde está y envejezca yo con él. Pero seguro de ello estoy: trátase de nuestro daño, del que el noble anciano se encuentra libre. El sabio no apetece la vida en la vejez mas que por amor á aquellos á quienes puede ser útil, y vivir es liberalidad en él. Otro en su lugar habría puesto ya fin á todos sus padecimientos; pero cree que, en su estado, tan vergonzoso es buscar la muerte

como huir de ella.—¡Cómo! Si se le aconseja, ¿no marchará?—¿Por qué no, si ya no puede ser útil á nadie? ¿si no puede hacer otra cosa que sufrir? Esto es, querido Lucilio, aprender la filosofía por la práctica, ejercitarse en el convencimiento de la verdad y poner á prueba la resolución que puede tener el varón animoso contra la muerte y contra el dolor, cuando la una se acerca y el otro ha llegado. Lo que ha de hacerse debe aprenderlo el que lo hace. Hasta este momento no hemos hecho otra cosa que discutir si puede resistirse al dolor, y si el aspecto de la muerte no es capaz de abatir los bríos mayores. ¿Qué necesidad hay de palabras? Vengamos á la experiencia, y verás que la muerte no fortalece al sabio contra el dolor, ni el dolor contra la muerte: en sí mismo confía contra los dos; ni por la esperanza de la muerte sufre con paciencia, ni el disgusto del dolor le lleva á morir voluntariamente: soporta el uno, espera la otra. Adiós.

EPÍSTOLA XCIX.

DEBEMOS CONSOLARNOS EN LA MUERTE DE LOS HIJOS:
NO HA DE CEDERSE AL DOLOR.

Té he enviado la carta que escribí á Marullo, que mostró poca firmeza en la muerte de su hijo, muy pequeño aún. No he empleado el estilo acostumbrado en estos casos, porque no he creído deber tratar con blandura á quien antes merece reprensión que consuelo. Convengo en que debe tenerse cierta indulgencia con el afligido que acaba de recibir el golpe, permitiéndole desahogarse y dar expansión al primer impulso. Pero á aquellos que se obstinan en llorar

hay que reprenderles, y que aprendan que hay lágrimas necias.

«¿Esperas consuelos? recibe reconvención. ¿Con tanto disgusto soportas la muerte de un hijo? ¿Qué harías si perdieases á un amigo? Has perdido un hijo tan pequeño, que nada podías prometerte de él todavía: esto es perder solamente breve espacio de tiempo. Buscamos causas de dolor, é injustamente nos quejamos de la fortuna, cual si no pudiese darnos motivo para quejarnos con razón. Creía yo, á fe mía, que tenías ánimo bastante robusto para soportar verdaderas desgracias, y con mayor razón esas sombras de reveses ante los cuales solamente por conformarse con la costumbre muestran sentimiento los hombres. Si experimentases el mayor de los males, la pérdida de un amigo, habría que demostrarte que debías estar más satisfecho de haberle tenido que triste por su pérdida. Pero la mayor parte no toman en cuenta las satisfacciones y regocijos pasados. El dolor tiene, entre sus otros defectos, el de ser ingrato además de inútil. ¿Crees que has perdido el tiempo al gozar del amigo? Tantos años, tanta comunidad de vida, tanta familiaridad de trato, ¿de nada sirvieron? ¿Entierras con tu amigo la amistad? ¿Por qué sientes haberle perdido si te era inútil tenerle? Créeme, mucha parte de nuestros amigos, á pesar de que el hado los arrebató, permanece aún con nosotros. El tiempo pasado nos pertenece, y nada veo de que estemos tan seguros como de lo que fué. La esperanza del porvenir nos hace ingratos en cuanto á lo recibido, como si lo favorable que esperamos no debiera de quedar muy pronto en la condición de las cosas pasadas. Mucho restringe el goce de los bienes el que solamente considera los presentes. De la misma manera pueden satisfacer los futuros y los pasados; aquéllos por la esperanza, éstos

por el recuerdo: los primeros son inciertos, y pueden no llegar; pero en cuanto á los segundos, no pueden dejar de haber existido. ¡Gran locura es abandonar lo cierto! Regocijémonos por los bienes que hemos recibido, con tal de que hayamos sabido retenerlos y que no hayan escapado de nuestro poder.

»Innumerables son los ejemplos de padres que han perdido hijos en temprana edad sin derramar lágrimas, y que han marchado al Senado ó á otra ocupación después de darles sepultura. No han hecho mal en esto: en primer lugar, porque es inútil el dolor cuando nada ha de obtenerse de él; y además, porque es injusto quejarse de una desgracia que ha caído sobre uno cuando está amenazando á todos los demás. Por otra parte, demencia es lamentarse cuando tan poca distancia media entre el que ha muerto y el que le llora: por esta razón debemos afectarnos tanto menos, cuanto que seguimos muy de cerca á los que hemos perdido. Considera la rapidez del tiempo; contempla también cuán corto es el espacio que velozmente recorremos; observa que todo el género humano, que tiende al mismo fin, está separado por pequeños espacios, hasta cuando estos espacios parecen muy grandes. Aquel que crees perdido, no ha hecho más que marchar delante. ¿Qué demencia mayor que llorar al que ha marchado antes que tú, cuando tienes que recorrer el mismo camino? Llórase por un hecho cuando se sabía que había de realizarse necesariamente. Si se pregunta si un hombre ha muerto, preguntase si ha sido hombre. Todos corremos la misma suerte: al que nace, solamente le resta morir. El espacio puede ser diferente, pero el fin siempre es igual. El tiempo que media entre el primer día y el último es incierto y variable; si consideras la miseria de la vida, es largo hasta para el niño; si consideras su du-

ración, es corto hasta para el anciano. Nada existe en la naturaleza que no corra y cambie rápidamente. Todo se agita, todo se trueca en su contrario mediante el poder de la fortuna; y en medio de este torbellino, nada hay seguro mas que la muerte. Y sin embargo, todos se quejan de aquello precisamente que no les engaña jamás.

»¡Pero murió niño!— No digo que sea felicidad morir pronto: veamos solamente qué ventajas tiene el anciano sobre el niño. Considera atentamente la vasta extensión del tiempo; compara con su inmensidad lo que se llama edad del hombre, y verás que lo que deseamos, lo que tratamos de prolongar es cosa muy exigua. De esto ¿cuánto damos á las lágrimas? ¿cuánto á las cuidados? ¿cuánto á descarrar la muerte antes de que llegue? ¿cuánto á los dolores, á las enfermedades, al temor y á la imbecilidad de la infancia? El sueño ocupa la mitad. Añade los trabajos, las aflicciones, los peligros, y comprenderás que en la vida más larga se vive muy poco. ¿Y quién te negará que no sea una gracia poder volver cuanto antes al punto de partida y terminar la carrera antes de fatigarse? La vida en sí no es buena ni mala; solamente da lugar para obrar el bien ó el mal. El niño solamente pierde la libertad, que con tanta frecuencia torna en daño nuestro. Podía ser prudente y modesto, y tu educación formarle en las buenas costumbres; pero (lo que era muy de temer) podía parecerse á otros muchos. Si consideras á esos jóvenes de nobilísimas familias á quienes la disolución arrastra á la arena; si contemplas á aquellos otros que se prestan á sus liviandades mutuas y á las ajenas, que no podrían pasar un día sin embriagarse ó cometer alguna maldad insigne, convendrás en que había más que temer que esperar. No debes, pues, buscar razones para afligirte, ni que-

rer aumentar pérdida ligera por medio de obstinadas lamentaciones. No te pido que hagas un esfuerzo grande, y no te juzgo tan mal que crea necesites todo tu valor para ello. Eso no es dolor, es una punzada, y de ella haces tú un dolor. Mucho progresarías en la filosofía si lamentases muy poco la pérdida de un niño más conocido de su nodriza que de su propio padre.

»¡Cómo! ¿Te aconsejo acaso la dureza y quiero persuadirte para que marches erguido en los funerales sin permitir que tu ánimo se contraiga? De ninguna manera. Inhumanidad y no virtud es ver llevar á la tumba á los suyos con los mismos ojos con que se les contemplaba en vida, y no conmovirse cuando se deja para siempre á los amigos. Pero aunque lo prohibiese, cosas hay que existen por sí mismas: caen las lágrimas aunque se las contenga, y alivian al pecho oprimido. ¿Qué hacer? Permitamos que caigan, pero no las provoquemos: que corran cuanto exija la aflicción, pero no cuanto mande la costumbre. No debe añadirse nada á la tristeza, ni debe aumentarse con el ejemplo ajeno. La ostentación del dolor exige más que el dolor mismo, y es mucho más triste. Cuántos verás que gimen cuando les oyen, y quedan tranquilos cuando se encuentran solos; pero si ven llegar á alguno, vuelven á llorar, se mesan los cabellos, se desean la muerte, se arrojan del lecho, cosas que podrían hacer con libertad cuando nadie se lo impedía. El dolor no puede durar cuando no tiene testigos. En esto, como en otras muchas cosas, acostumbramos á regular nuestras acciones por las de los demás, y no consideramos lo que debe hacerse sino lo que comúnmente se hace. Abandonamos la naturaleza para seguir al vulgo, que es mal guía, tan inconstante en esto como en todo. Ve á alguno fuerte en su luto, le

llama impío y cruel: ve á otro arrojado al suelo y abrazado al cadáver, llámale débil y afeminado. Por esto es necesario medir las cosas por la razón.

»Nada hay tan necio como querer adquirir fama por la tristeza y buscar aprobación por las lágrimas; yo considero que algunas le están permitidas al sabio, y que otras caen contra su voluntad. Diré en qué se diferencian. Cuando llega á nosotros la noticia de la muerte que nos afecta, ó abrazamos el cadáver que van á llevar á la pira, la naturaleza nos obliga á derramar lágrimas; y el espíritu, agitado por el dolor, remueve todo el cuerpo, y oprimiendo el humor que rodea los ojos, le hace brotar al exterior. Estas lágrimas caen por sí mismas á pesar nuestro. Otras hay que dejamos brotar, cuando se nos habla de personas que hemos perdido, existiendo dulce tristeza cuando recordamos su trato, su conversación, sus favores: en estos casos se humedecen los ojos como en la alegría. Damos paso á las unas, y las otras aparecen contra nuestra voluntad. No hay, pues, razón para contener ó devorar las lágrimas por consideración á las personas presentes, porque en estos casos nada hay más torpe que el fingimiento. Que broten, pues, espontáneamente; pueden correr plácidas y tranquilas. Con frecuencia se ha visto llorar al sabio sin que pierda nada de su autoridad y con tal comedimiento, que sus lágrimas tenían humanidad y grandeza. Puédese, digo, obedecer á la naturaleza y conservar la dignidad. He visto personas venerables en los funerales de sus parientes llevando la aflicción retratada en el rostro, que sin ostentar estudiada tristeza, mostraban verdaderamente lo que experimentaban en el interior. Existe decoro en la tristeza, y el comedimiento es necesario en las lágrimas como en todo. En el ignorante, el dolor es excesivo como la alegría. ¿Qué

ha ocurrido de nuevo ó de increíble? ¡Cuántos tienen solamente funerales de alquiler! ¡A cuántos se compra el lecho fúnebre! ¡Cuántos llorarán después de tu duelo!

»Cuando pienses que era un niño, piensa también que había nacido como los demás hombres, á los que nada se promete con seguridad y á los que la fortuna no lleva siempre á la vejez, sino que les abandona donde le place. Por lo demás, habla muchas veces de él, y le tendrás en la memoria todo lo posible. Con frecuencia lo harás, si lo haces sin pena; porque si se evita la conversación del hombre naturalmente triste, no puede agradar la tristeza verdadera. Si te dijo algo agradable, si algo hizo que te proporcionase placer, repítelo y asegura con atrevimiento que hubiese correspondido á todo lo que el cariño paternal te hacía esperar. Manera de crueldad es olvidar á los propios, sepultar su memoria con su cuerpo, llorarlos mucho y recordarlos poco. Así aman las aves á sus polluelos; su amor, que era violento é insensato, se extingue en cuanto los pierden. No conviene esto al varón prudente, que debe perseverar en el recuerdo y dejar de llorar.

»No puedo aprobar lo que dice Metrodoro: «que existen placeres mezclados con la tristeza, y que este es el momento de saborearlos.» Copio sus mismas palabras: Μητροδώρου Επιστολῶν πρὸς τὴν ἀδελφὴν ἃ Ε' οὗτιν γάρ τις [λύπρην γένεσθ] ἡδονὴν τὴν κωνηγετεῖν κατὰ τοῦτον τὸν καιρὸν; y no dudo cómo las juzgas. Porque ¿existe algo más torpe que buscar el placer en el duelo y servirse de las lágrimas para deleitarse? Estas personas son las que nos acusan de rigoristas y rechazan nuestras máximas como demasiado austeras, porque decimos que no debe admitirse en el ánimo el dolor ó que debe rechazarse cuanto antes. Pero

¿qué te parece más increíble ó inhumano? ¿no experimentar dolor en la muerte de un amigo, ó buscar placer en el dolor? Lo que nosotros enseñamos es honesto: que no debemos abandonarnos al dolor cuando la aflicción hace surgir, ó, por decirlo así, brotar lágrimas de nuestros ojos. ¿Qué dices tú? ¿que se ha de mezclar el dolor con el placer! Así calmamos á los niños con un pedacito de torta y á los más tiernos dándoles de mamar. Ni siquiera consientes en que se suspenda el placer mientras queman el cadáver de tu hijo ó espira el amigo, sino que buscas regocijo en tu dolor. ¿Qué es más honesto? ¿arrojar el dolor de tu ánimo, ó mezclarlo con el placer? y no solamente mezclarlo, sino buscarlo en el fondo mismo del dolor. «¿Existe, dice, algún placer unido á la tristeza?» A nosotros nos es lícito tener opinión, á vosotros no. No conocéis más que un solo bien, el placer, y un solo mal, el dolor. ¿Qué unión puede haber entre el bien y el mal? Pero supón que existe; necesario es que la descubramos y veamos si en el dolor hay algo que sea agradable y dulce. Remedios existen que son saludables para algunas partes del cuerpo y que no sería bueno aplicar á otras, haciendo la posición de la llaga que no pueda aplicarse sin lesión de la decencia lo que aprovecharía en otro sitio. ¿No te avergüenza rechazar el dolor con el placer? Necesario es emplear remedio más austero. Dí más bien que el muerto no experimenta ningún daño, porque si lo siente, vive. Nada hay, repito, que pueda dañar al que no existe, porque existiría aún si algo pudiera dañarle. ¿Crees que sea desgraciado porque no existe ó porque exista todavía en alguna parte? Seguro es que no lo crees porque no exista; ¿qué sentimiento puede tener el que ya no existe? Ni tampoco porque exista en otra parte, porque ha evitado lo peor de la muerte, el no

existir. Digamos, pues, al que llora la muerte de un niño: Todos somos iguales, jóvenes y ancianos, en cuanto al término de nuestra vida, si se la compara con la duración del universo; porque nuestra porción en esta duración inmensa es menor que la parte más pequeña que pueda imaginarse, que no por ello deja de formar parte del todo; el tiempo que vivimos es casi nada, y sin embargo (¡oh demencia nuestra!) le damos considerable extensión.

«Te escribo estas cosas, no porque crea que esperas de mí un remedio que llegaría muy tarde, porque demasiado sé que no verás en esta carta nada que no te haya dicho otras veces, sino para reprenderte porque te has olvidado de tí mismo durante algunos días, y también para exhortarte á resistir á la adversidad y á considerar sus golpes no como posibles, sino como ciertos.» Adiós.

EPÍSTOLA C.

JUICIO ACERCA DEL FILÓSOFO FABIANO PAPIRIO Y DE SUS ESCRITOS.

Me dices que has leído con avidez los libros que escribió Fabiano Papirio *De Civilium*, y que no han respondido á lo que esperabas; en seguida, olvidando que se trata de un filósofo, censuras su estilo. Sea como dices, y abundantes sus palabras, aunque vagas, lo cual no deja de tener su gracia, siendo belleza especial del discurso la fluidez. Importante es, á mi juicio, que las palabras corran y no salten. Mucha diferencia hay también en esto que voy á decir. Páreceme que Fabiano no derrama el discurso, sino que

lo deja fluir; sus palabras son fecundas, pero sin desorden, aunque rápidas. Esto demuestra claramente que no son estudiadas ni preparadas, sino completamente propias. Así es que más cuida de las costumbres que de los vocablos, y lo que escribe es para el ánimo y no para el oído. Además, no hubieses podido hacer todas esas observaciones mientras hablaba; su discurso, en conjunto, te hubiese encantado; pero lo que agrada, animado por la acción, tiene ordinariamente menos atractivo cuando se le ve escrito. Mucho es, sin embargo, haber deleitado en el primer momento, aunque, examinando el asunto con más detención, algo se encuentre que criticar. En fin, si me preguntas mi opinión, en más estimo al que ha arrebatado la aprobación que al que la ha merecido, á pesar de que sé bien que este último está más seguro y puede esperar con audacia el beneplácito del porvenir.

El discurso atildado no conviene al filósofo. ¿Cómo se mostrará fuerte y constante, cómo ostentará su fuerza el que teme las palabras? El estilo de Fabiano no era desaliñado, sino firme, y nada rastroso encontrarás en él; las palabras son escogidas y no rebuscadas, ni éstas colocadas contra su orden natural, como se acostumbra en nuestro tiempo: aunque de uso vulgar, son elevadas, y expresan sentimientos honestos y magníficos, que no están encerrados en sentencias, sino que vuelan más lejos. Examinaremos las que no son bastante categóricas, lo que no está bien construido, lo que no aparece tan limado como se acostumbra hoy, y verás que no hay nada vacío. Aunque no tenga variados mármoles, ni canales, ni habitación de pobre, ni nada de cuanto podría añadir el lujo, que no se satisface con los adornos ordinarios, sin embargo, como comúnmente se dice, la

casa es bella, aunque no estén acordes en cuanto á que el estilo sea el mejor. Quieren unos que sea robusto, aunque no descuidado; otros lo piden tan austero, que si encuentran algo más suave que el resto lo cambian expresamente y truncan los períodos por temor de que respondan á lo que se espera. Lee á Cicerón, y verás que su estilo es igual, mesurado, pulido, suave y delicado, sin ser débil. Por el contrario, el de Asinio Polión tiene sal y agudeza, abandonándose cuando menos lo esperas. En una palabra, todo concluye tranquilamente en Cicerón, y todo cae bruscamente en Polión, si exceptúas algunas cosas que se han dicho de la misma manera y vaciadas en el mismo molde. Dices que todo te parece rastrero en Fabiano; yo no encuentro tal defecto. Lo que ha dicho no es rastrero, sino acomodado á su carácter dulce y moderado; es llano, pero no bajo. No tiene, en verdad, esa vehemencia que pides al orador, ni las agudezas y agradables sorpresas de las sentencias; pero el conjunto del discurso es bello, aunque no sobrecargado. Me dirás que su oración no tiene grandeza. Cítame quién puedes sobreponer á Fabiano. Si me nombras á Cicerón, que ha escrito casi tantos libros como Fabiano sobre asuntos de filosofía, te lo concederé; pero una cosa no es pequeña por ser inferior á la más grande. Si me citas á Asinio Polión, cederé, después de contestarte que es sobresalir mucho en la empresa no tener más que dos superiores. Cítame también á T. Livio, porque escribió diálogos que tanto sirven á la filosofía como á la historia, é hizo libros expresamente de filosofía. También le daré preeminencia; pero considera á cuántos precede aquel á quien solamente se le adelantan tres, y los tres más elocuentes.

Pero no llena todas las condiciones; su oración no

es enérgica, aunque sea elevada; no es impetuosa ni rápida, aunque se desliza con fluidez; es pura, pero no bastante clara.—Prefieres, dices, que se digan cosas ásperas contra el vicio, que se hable con atrevimiento contra los peligros, con arrogancia contra la fortuna, y con acritud contra la ambición; que se reprehenda el lujo, que se abruma la liviandad, que se abata la tiranía; que el lenguaje del orador sea enérgico, grande el del trágico, vulgar el del cómico.—¿Pero quieres que el filósofo se pare en cosa tan pequeña como las palabras? El filósofo se fija solamente en la grandeza de las cosas; la elocuencia le sigue como sombra, sin que él piense en ella. Convengo en que lo que escriba no será siempre metódico, ni estará cuidadosamente trabado, no causando impresión cada palabra: muchas cosas dirá también que no darán en el blanco, y algunas veces pasará todo su discurso pareciendo ocioso; pero en todo él encontrarás mucha luz y grandes trozos que no serán enojosos. En fin, te procurará el beneficio de que creas está convencido de todo aquello que escribe. Verás que su designio no es agradarte, sino mostrarte lo que á él le agrada. No buscará alabanzas, sino que todo su trabajo se encamina al provecho y á la instrucción. Paréceme que sus escritos tienen este carácter, aunque no los recuerdo bien, y solamente conservo idea general, como puede tenerse de aquello que se conoció en otro tiempo. Cuando acudía á escucharle, le juzgaba de esta manera, y sus discursos, aunque careciesen de extraordinario vigor y solidez, tenían bastante fuerza para decidir á los jóvenes de buena índole á seguirle, sin quitarles la esperanza de conseguirlo. Esta manera de exhortación me parece muy eficaz, porque se retrae la juventud cuando, después de excitar en ella deseo de imitar un buen modelo,

se le hace perder la esperanza de alcanzarlo. Por lo demas, era abundante en palabras, y su discurso en general, sin alabar nada detalladamente, era magnífico. Adiós.

EPÍSTOLA CI.

DE LA MUERTE DE SENECIÓN.

Todos los días y todas las horas nos demuestran la nada de nuestro sér, y nos advierten de nuestra fragilidad al obligarnos con cualquier motivo á pensar en la muerte cuando hacemos proyectos para una eternidad. ¿Me preguntas qué quiere decir este principio? Conociste á Seneción Cornelio, caballero romano, rico y servicial: de humilde origen se había elevado, y caminaba ya rápidamente á los honores; porque la grandeza crece con mayor facilidad que empieza, y el dinero es moroso ordinariamente para llegar al pobre. Seneción amaba apasionadamente las riquezas, á las que le llevaban dos motivos eficacísimos: su ciencia en ganar y en conservar, uno de los cuales bastaba para hacerle poderoso. Este hombre, sumamente económico y que cuidaba tanto de sus bienes como de su persona, vino á visitarme una mañana, según costumbre; permaneció todo el día con su amigo enfermo y sin esperanza, y después de cenar alegremente sorprendióle una angina violenta, oprimiéndole de tal suerte las fauces, que espiró al amanecer. Murió en pocas horas, después de observar con cuantos le visitaban las atenciones que pueden desearse del hombre sano. Aquel que hacía correr el dinero por mar y tierra, y que, para ganar

en todo, se había interesado en las rentas públicas, fué arrebatado cuando sus negocios prosperaban y cuando recibía dinero por todas partes,

¡Ingiere los olivos, Melibee;
Planta en línea las vides!

¡Qué insensatez es querer disponer de toda la vida cuando no somos dueños del mañana! ¡Qué demencia acariciar prolongados deseos!—Compraré, edificaré, ganaré, ejerceré honrosos cargos, y cuando me canse de trabajar, descansaré en la vejez.—Créeme, todo es incierto hasta para los dichosos; nadie debe prometerse nada del porvenir; aquello que tenemos escapa de nuestras manos, y lo que estrechamos lo rompe el acaso. El tiempo corre con ordenada marcha, pero desconocida. ¿Qué importa que sea cierto en cuanto á la naturaleza, si es incierto en cuanto á mí? Proyectamos largas navegaciones á playas desconocidas; marchar á la guerra y obtener recompensas que llegarán muy tarde; conseguir empleos y ascender de unos á otros, y sin embargo, la muerte va á nuestro lado; y como no pensamos en ella más que cuando la vemos en otro, la naturaleza nos advierte con harta frecuencia que somos mortales con ejemplos funestos, que sin embargo solamente nos impresionan mientras nos asombran. ¿Qué mayor locura que la de asombrarse porque ocurra en un día lo que puede ocurrir en todos? El término de nuestra vida está determinado por inmutable decreto del destino, pero nadie sabe si está muy próximo.

Dispongamos, pues, nuestro ánimo como si hubiésemos llegado ya al último momento; no esperemos más; estemos dispuestos todos los días para devolver á la vida lo que hemos recibido de ella. Su mayor defecto es ser imperfecta siempre, existiendo algo que

nunca queda terminado. El que dió la última mano á su vida, no necesita ya el tiempo; de esta necesidad procede el temor y el deseo del porvenir que nos agita el ánimo. Nada hay tan miserable como la perpetua inquietud por lo venidero: inexplicable es la agitación que conmueve al ánimo irresoluto. ¿Cómo preservarse de esta fluctuación? De una sola manera: no esperando, sino recogiendo el tiempo de nuestra vida; porque quien no aprovecha el presente, queda en suspenso para lo venidero. Pero cuando me he pagado lo que me debía, estando persuadida mi mente de que en nada se diferencian un día y un siglo, contempla tranquila la marcha de los días y de los negocios y se burla del cambio de los tiempos. ¿Cómo ha de perturbar accidentes variables y ligeros al que permanece firme ante lo incierto? Así, pues, querido Lucilio, apresúrate á vivir, y considera cada día como una vida. El que puede ordenar de esta manera su mente y considerar cada día como una vida entera, queda en perfecta tranquilidad. Aquellos, por el contrario, que se prometen dilatados años, dejan escapar el presente, adquieren apasionado amor á la vida y espantoso temor á la muerte, temor que es el origen de todas las miserias. De aquí aquel torpísimo deseo de Mecenas, que se somete á todas las enfermedades, á la mutilación de sus miembros y á las torturas más crueles con tal de que le prologuen la vida.

Debilem facito manu
 Debilem pede, coxa;
 Tuber adstrue gibberum,
 Lubricos quate dentes
 Vita dum superst, bene est!
 Hanc mihi, vel acuta
 Si sedeam cruce, sustine.

Desea el mayor mal que podría ocurrirle, y pide largo suplicio como podría pedir larga vida. Despreciabi-

lísimo le consideraría si quisiese vivir hasta el suplicio. Y sin embargo, dice: Mutilame, con tal de que dejes la vida á este cuerpo quebrantado y dislocado; átales, estírale, tortúrale; tanto valor tiene la vida, que queremos vendar nuestras heridas, quedar suspendidos y desgarrados en el patíbulo, para retrasar el fin del suplicio, que sin embargo es lo mejor que tiene. ¿Es conveniente conservar la vida para perderla más de una vez?—¿Qué puede desearse á tal hombre sino que los Dioses le concedan lo que pide? ¿Qué quieren decir esos versos tan afeminados? ¿Qué ese pacto demente de terror? ¿Debe mendigarse tan vergonzosamente la vida? ¿No dijo por ella Virgilio:

Tanta desgracia es morir?

Opta por los males más extraordinarios, y quiere prolongar sus sufrimientos. ¿Qué pretende ganar? prolongación de la vida. Pero ¿qué vida hay en morir lentamente? ¿Puede encontrarse un hombre que prefiera languidecer en los tormentos, perder sus miembros uno á uno y el alma gota á gota y no de una sola vez? ¿Encontraré quien, atado ya al poste desdichado, quebrantado por los golpes, llenos el pecho y la espalda de sangrientas contusiones, que, aun fuera del suplicio, le moverían con razón á desear la muerte, quiera prolongar la vida que debe dilatar sus tormentos? Niega ahora que sea gran beneficio de la naturaleza la necesidad de morir. Muchos hay, sin embargo, que están dispuestos á pactos peores: á hacer traición á sus amigos por vivir un día más, á prostituir á sus propios hijos para gozar más tiempo de la luz, testigo de su infamia. Necesario es despojarse del amor á la vida y convencerse de que no importa saber cuándo se sufrirá lo que un día se ha de sufrir. Lo que importa es vivir bien, no vivir mucho, y con frecuencia consiste vivir bien en vivir poco. Adiós.

EPÍSTOLA CII.

ES UN BIEN LA FAMA DESPUÉS DE LA MUERTE.

Tanto como disgusta ser despertado en medio de agradable ensueño (que no por ser ilusión deja de producir placer real), así me disgustó tu carta impidiéndome continuar en el pensamiento dulce y grave de que estaba poseído. Quería examinar, ó mejor aún, á fe mía, creer en la inmortalidad del alma, porque me atrae mucho la opinión de aquellos eminentes varones que prometen mejor que prueban cosa tan agradable. Dejábame mecer por tan grande esperanza, disgustábame de mí mismo, y hacía poco caso del resto de mi vieja edad, habiendo de pasar á esa inmensa duración y posesión de todos los tiempos, cuando me despertó de repente la llegada de tu carta, haciéndome perder tan hermoso sueño. Lo reanudaré cuando te haya contestado y pagado mi deuda.

Niegas que en mi primera carta haya explicado completamente la cuestión que defienden los de nuestra escuela; á saber: «La fama que nos sigue después de la muerte es un bien.» Y que no he contestado al argumento que se nos opone, cuando nos dicen: «No procede ningún bien de cosas lejanas, y éste procede de cosas lejanas.» — Lo que me preguntas, querido Lucilio, pertenece á la misma cuestión, pero á otro lugar, por cuya razón lo había dejado, con otras cosas parecidas, para más adelante. Existen, como sabes, materias de razón mezcladas con las de moral, y esto me obliga á tratar separadamente las que atañen á las costumbres. ¿Es locura prolongar los cuidados más allá de la muerte? ¿Perecen nuestros bienes

con nosotros? ¿Queda algo al que no existe? ¿Podemos obtener fruto de lo que nos acontecerá algún día antes de que nos acontezca? Todas estas cosas pertenecen á la moral, y por tanto las he colocado en su puesto. También he segregado lo que los dialécticos dicen contra esta opinión. Pero ya que todo lo quieres reunido, te expondré en conjunto lo que dicen, y después contestaré separadamente.

Algo he de decir, sin embargo, previamente para inteligencia de lo que quiero refutar. Existen cuerpos continuos, como el hombre; y otros compuestos, como las naves, las casas, y generalmente todas aquellas cosas cuyas partes están reunidas por alguna trabazón: otros están formados de partes distantes y separadas, como un ejército, un pueblo, un senado; porque los que forman el cuerpo están unidos por la identidad de derecho ó de oficio, pero son distintos y separados por su propia personalidad. ¿Qué otra cosa diré además? Que no creemos deba llamarse bien á lo que consiste en cosas distintas y divididas; porque un bien solamente puede tener un espíritu y razón principal que lo rija y sostenga. Si quieres la prueba de todo esto, por sí mismo se demuestra.

«Sostenéis, dicen, que el bien no procede de cosas distantes, pero la buena fama solamente procede de la opinión de los varones óptimos, porque lo mismo que una boca sola no produce estimación ni infamia, tampoco podría producir buena fama la opinión de un solo varón insigne. Exige ésta el consentimiento de muchos hombres distinguidos, que se encuentran separados; luego no es un bien. La buena fama, añaden, es alabanza que muchos varones eminentes tributan á uno que es virtuoso; esta alabanza es una oración; esta oración es una voz que significa algo; pero esta voz, aunque proceda de honestos varones,

no es un bien. No todo lo que hace el hombre honrado es un bien; silba, bate palmas, y los que admiran todas sus acciones no dirán que estas sean un bien, lo mismo que cuando tose ó estornuda. Luego la buena fama no es un bien. En último caso, decidnos si ese bien pertenece al que alaba ó al alabado. Si decís que pertenece al que alaba, eso es tan ridículo como si dijeseis que la salud de otro es la mía. Pero es acción honesta alabar á los que lo merecen: luego este bien pertenece al que alaba y no al alabado, que era lo que se buscaba.»

Ahora responderé de pasada á estas objeciones. En primer lugar, todavía se discute hoy si puede formarse el bien de cosas distintas, y aún difieren las opiniones. En segundo lugar, la buena fama no necesita multitud de votos; puede contentarse con la estimación de un solo varón virtuoso, porque el bueno puede juzgar de la bondad de todos.—¡Cómo! dirán ¿la estimación de un solo hombre virtuoso ó la censura de un malvado producirán la buena fama ó la infamia? La buena fama se difunde por todas partes, y solamente se forma por el consentimiento de muchas personas.—La estimación de una sola persona muchas veces es diferente de la de muchas. ¿Por qué? porque si un varón virtuoso piensa bien de mí, esto vale tanto como si todos los varones virtuosos pensasen de igual manera. Así lo harían si me conociesen, porque siempre es igual el juicio de varones que sienten de igual manera. Igual es, por consiguiente, el juicio de todos, porque no podrían tener opiniones diferentes. Pero no basta la opinión de uno solo para la gloria y buena fama. Lo repito: entre varones virtuosos la opinión de uno solo vale tanto como la de todos los demás, porque la de todos sería igual si se las preguntase. „Entre la generalidad de los hombres, las opiniones no

son menos diferentes que las inclinaciones; todo lo encontrarás incierto, voluble, sospechoso. ¿Crees que todos pueden opinar lo mismo? No hay uno que no tenga su opinión particular. Aquéllos aman la verdad, cuya fuerza y semblante es siempre igual; éstos se abandonan á la falsedad, que nunca tiene constancia y fijeza.—«Pero, dicen, la alabanza no es otra cosa que una voz, y la voz no es un bien.»—Al decir que la reputación es una alabanza que los varones honestos tributan á la virtud, no refieren esta alabanza á la voz, sino á la opinión, porque cuando un varón virtuoso juzga á otro indigno de su alabanza, lo alaba bastante aunque calle. Además, existe diferencia entre elogio y alabanza: ésta necesita de la voz, por lo que no dice nadie alabanza fúnebre, sino elogio, que consiste en un discurso. Cuando decimos que alguno es digno de elogio, no le prometemos las palabras, sino el juicio favorable de los hombres. Por consiguiente, el elogio puede proceder de una persona que no pronuncia una palabra y que alaba al hombre honrado en su corazón, refiriéndose, como ya he dicho, el elogio á la opinión y no á las palabras que la expresan. Alabar á un hombre es creer que merece alabanza. Cuando el Trágico nos dice «que es magnífico ser alabado por aquel que lo es,» entiende el que es digno de alabanza. Y de la misma manera, cuando el poeta antiguo dice:

El elogio alienta las artes,

no entiende las alabanzas que las corrompen. Ciertamente es que nada ha corrompido tanto la elocuencia y demás artes destinadas al oído, que los aplausos y aclamaciones populares. Sin duda la reputación exige la voz; pero la estimación puede adquirirse sin su concurso, y solamente necesita el juicio, y permanece

completa tanto entre los que callan como entre los que la contradicen. Diré en qué se diferencia la buena fama de la gloria. La gloria se forma de la opinión de muchos; la buena fama de la de los buenos.

¿A quién, dicen, pertenecerá la buena fama, es decir, la alabanza que los buenos tributan á los buenos? ¿al alabado ó á los que alaban?—Á uno y á otros: primeramente á mí que soy alabado, y que, amando naturalmente á todos los hombres, me regocijo de haber obrado bien y encontrado otros hombres que hayan agradecido mis virtudes. Bien ajeno es el agradecimiento, pero también lo es mío; porque de tal manera pienso, que considero el bien de otro como mío, especialmente aquel de que yo soy causa. El bien de los que alaban consiste en que realizan una acción virtuosa, y toda acción virtuosa es un bien. Esto no les hubiese ocurrido de no ser yo virtuoso; así, pues, es bien para unos y para otros ser alabado por el propio mérito, como lo es á fe mía el recto juicio tanto para el que juzga como para el juzgado. ¿Acaso crees que la justicia no sea un bien para el que la hace como para el que la recibe? Pues alabar al que lo merece es justicia; luego es un bien para los dos.

Hemos contestado suficientemente á esos cavilosos, pero no hemos intentado ostentar sutileza y rebajar la filosofía de su majestad para ocuparla en cosas pequeñas. Mejor es seguir el camino recto que penetrar en estos laberintos en los que con dificultad podemos revolvernos. Porque todas estas discusiones no son otra cosa que juegos entre gentes que quieren sorprenderse con destreza. Muestra más bien cuán natural es en el hombre llevar su pensamiento hasta lo infinito. La muerte del hombre es cosa grande y generosa, que no tiene otros límites que aquellos que le son comunes con Dios. No reconoce por patria nin-

gún lugar de este humilde suelo, sea Efeso, Alejandría ó cualquier otro paraje más espacioso y habitado. Su verdadera patria es el inmenso circuito del universo y esa bóveda que encierra los mares y las tierras, en la que el aire une sin confundirlo lo humano con lo divino, y donde tantos númenes se agrupan para realizar sus actos. No consiente además que se le asignen estrechos límites; todas las edades, dice, son mías; no hay siglos cerrados para los grandes ingenios, ni tiempos impenetrables para el pensamiento. Llegado el día que debe separar lo que en mí hay de mortal y de divino, dejaré este cuerpo donde lo encontré, y volveré á la compañía de los Dioses. No me encuentro hoy absolutamente separado de ellos, pero me retiene el peso de la materia. Esta permanencia mortal es como preludio de vida mejor y más dilatada. Así como estamos encerrados nueve meses en el seno de nuestra madre, para prepararnos, no para ella, sino para el sitio á donde nos envía cuando somos capaces de respirar el aire y permanecer al descubierto, así desde la infancia á la vejez permanecemos en el seno de la naturaleza, preparándonos para otro nacimiento y otro estado. Hasta ahora solamente á larga distancia podemos mirar al cielo.

Contempla, pues, con valor esa hora postrera, que es la última para el cuerpo, pero no para el espíritu. Considera todos los bienes que te rodean como pertenecientes á posada por donde pasas; necesario es salir, y la naturaleza registra á los que salen como á los que entran. No se permite sacar más que se trajo, y hasta tenemos que abandonar considerable parte. Quitaránte la piel que te cubre; quitaránte la carne y la sangre repartida por todos tus miembros, y, en fin, te quitarán hasta los huesos y los nervios que sostienen las partes que tienen menos consistencia y fir-

meza. Ese día que consideras como el último de tu vida, es el de tu nacimiento eterno. ¡Abandona esa carga! ¿por qué tardas como si no hubieses salido ya de un cuerpo en que has permanecido oculto? Vacilas, retrocedes; con iguales y penosos esfuerzos te dió á luz tu madre. Suspiras, lloras; también llorabas cuando naciste, pero se te podía perdonar, porque no tenías experiencia aún. Salido de las entrañas de tu madre donde estabas encerrado, respiraste el aire libre, y te ofendió el contacto de duras manos. Tierno é ignorante como eras, quedaste asombrado entre cosas que no conocías. Ahora no debe extrañarte quedar separado de otras de las que formas parte. Abandona libremente esos miembros que para nada te sirven, y ese cuerpo en el que habitas hace tan poco tiempo. Será desgarrado, aplastado, anonadado, ¿qué te importa? Lo mismo se hace ordinariamente con las túnicas que envuelven al niño al nacer. ¿Por qué las quieres como tuyas? ¿Quizá porque te cubren? Día llegará que te desnude y que te sacará del fétido y oscuro vientre que te encierra.

Comienza á despojarte cuanto antes; deshazte de todo lo que no sea necesario, y empieza á levantar tus pensamientos. Algún día te serán revelados los secretos de la naturaleza, disiparánse las tinieblas y te rodeará la luz por todas partes. Imagina la claridad que formarán las estrellas al confundir su luz. Ninguna sombra turbará su serenidad; todos los lados del cielo serán igualmente luminosos, puesto que el día y la noche solamente se han hecho para la tierra. Entonces dirás que has vivido en las tinieblas, contemplando la plena luz que actualmente miras y que desde lejos consideras por las estrechas ventanas de tus ojos. ¿Qué dirás de la claridad divina cuando la contemples en su foco? Este pensamiento debe arrojar de nuestra

alma todo lo que es rastrero, sórdido y cruel; él nos dice que los Dioses son testigos de todas nuestras acciones, que debemos procurar su aprobación, prepararnos para lo futuro y proponernos una eternidad. El que está bien dispuesto, contempla los ejércitos desplegados y escucha las amenazas sin temor ni emoción. ¿Por qué ha de temer el que espera morir? Hasta aquel que cree que el alma solamente vive el tiempo que se agita dentro del cuerpo, y que se desvanece en cuanto se separa de él, hace cuanto puede para ser útil y estimado después de su muerte. Porque á pesar de que no se vea,

El valor y virtud de los héroes
Vienen con frecuencia á la memoria.

Considera cuánto aprovechan los buenos ejemplos, y verás que tanto como la presencia de los grandes varones es útil su recuerdo. Adiós.

EPÍSTOLA CIII.

EL HOMBRE HA DE PRECAVERSE PRINCIPALMENTE
DEL HOMBRE.

¿Por qué atiendes tanto á lo que podrá sucederte que muy bien podrá no suceder, como un incendio, un derrumbamiento? Estos accidentes ocurren por casualidad, y antes debes atender á los que nos observan, acechan y tratan de sorprendernos. Raras, aunque graves, son las desgracias de naufragar ó caer con el carruaje; pero en todo momento existe peligro de que un hombre sorprenda á otro hombre. Esto es lo que debes considerar con suma atención y estar

constantemente prevenido, no existiendo mal que sea más frecuente, pertinaz y sutil. La tempestad amenaza antes de descargar; se cuarteá el edificio antes de caer; el humo anuncia el incendio; pero el mal que procede del hombre es repentino, y cuanto más cercano está, más cuidan de ocultarlo. Te engañarás si crees en los semblantes de los que se te presentan; tienen rostro de hombres y corazón de fieras, exceptuando que el primer ímpetu de éstas es más peligroso para los que las encuentran, pero no revuelven contra los que las dejan pasar, ni hacen daño si no las impulsa la necesidad. Las fieras luchan por hambre ó defendiéndose; el hombre goza en hacer perecer al hombre. Sin embargo, al pensar en el peligro que hay en el hombre, medita también en los deberes del hombre; lo primero para no recibir daño; lo segundo para no causarlo. Regocíjate del bien ajeno, deplora el daño de otro y recuerda lo que debes hacer y lo que debes evitar. ¿Qué ganarás viviendo así? Que si te hacen daño, al menos que no te engañen. Pero acógete cuanto puedas á la filosofía, que te protegerá en su seno, quedando seguro en su santuario, ó más seguro al menos que en otra parte. Solamente hay choques cuando todos pasan por el mismo camino. No debes vanagloriarte de la misma filosofía; muchos cayeron en grandes peligros por tratarla con insolencia. Que ella te corrija de tus vicios y no te sirva para censurar los ajenos; que no te separe de las costumbres públicas, y vive de manera que no parezca condenas todo aquello que no haces. Puede saberse sin pompa y sin excitar envidia. Adiós.

EPÍSTOLA CIV.

DE SU ENFERMEDAD Y CARIÑO Á LA ESPOSA.—LOS MALES
DEL ÁNIMO NO SE CURAN CON VIAJES.—SE DEBE VIVIR
COMO LOS VARONES ANTIGUOS Y EMINENTES.

He huído á mi casa de Nomentana, ¿sabes de quién? de la ciudad, ó más bien de la fiebre que me atormentaba. Mandé preparar en el acto el carruaje, aunque Paulina me retenía, y juzgaba el médico, por la alteración de mi pulso, más frecuente que de ordinario, que había llegado el acceso. Perseveraré en partir, y se me vino á la boca lo que había oído decir en otro tiempo á Galión, quien, al primer ataque de una fiebre que cogió en Acaya, se hizo á la mar, exclamando que no tenía enfermedad de cuerpo, sino de lugar. Esto dije á Paulina, que me recomendaba eficazmente el cuidado de mi salud. Porque como sé que la suya depende de la mía, comienzo á cuidar de mi conservación para atender á la de ella, perdiendo por este modo la ventaja de mi vejez, que me ha endurecido para muchas cosas. Ocúrreseme que dentro de este anciano se encuentra un adolescente que quieren preservar, y por esta razón, como ya no puedo exigirla intenso amor, ella me pide que tenga conmigo mismo mayor cuidado y esmero. Indudable es que debemos considerar mucho los afectos honestos, y que por fuertes que sean las razones que nos impulsan á salir de la vida, debemos permanecer en ella para utilidad de nuestros amigos, aunque sea con gran trabajo, puesto que deber es en el varón bueno vivir, no solamente el tiempo que le agrade, sino

aquel en que es útil. El que no aprecia bastante á su esposa ó amigo para permanecer en la vida y persevera en morir, es harto delicado. El hombre debe tener imperio sobre sí mismo y no buscar la muerte por alivio propio, y si comenzó á desearla, apártese de ella por la conveniencia de sus amigos. De ánimo valeroso es permanecer en la vida por utilidad ajena, lo cual hicieron los varones eminentes de la antigüedad. También es preclara muestra de bondad conservarse con más cuidado en la vejez, aunque la mayor conveniencia de esta edad sea disponer de la vida con mayor seguridad y libertad, cuando se ve que es dulce, útil y agradable á los propios. Grande placer es también verse tan amado por la esposa que nos sentimos más obligados á amarnos. Puede decirse por tanto que mi Paulina sólo teme por mí, mientras que yo solamente temo por ella. ¿Deseas saber cuál ha sido el resultado de mi viaje?—En cuanto salí del pesado aire de la ciudad y del humo de las cocinas, que, cuando las limpian, lanzan con el polvo el acre vapor que tenían encerrado, experimenté repentino cambio. ¿Cuánto crees que había aumentado mi fuerza en cuanto llegué á los viñedos? Al llegar á la campiña comencé á comer y me encontré repuesto. Aquella languidez que me debilitaba desapareció por completo, y ahora comienzo á estudiar con ánimo sereno. No es que el paraje sirva para esto, si el espíritu, que puede permanecer aislado en medio del ruido de los negocios, no cuida de recogerse. Aquel que elige país y busca con cuidado reposo, encontrará en todas partes ocasiones que se lo estorbarán. Dícese que Sócrates respondió al que se quejaba de no haber mejorado en sus viajes: «No es extraño, puesto que ibas contigo mismo.» ¡Oh cuán útil sería para algunos poder separarse algunas veces de sí mismos, puesto que no ha-

cen otra cosa que inquietarse, asustarse y corromperse á sí propios!

¿De qué sirve cruzar los mares y pasar de una ciudad á otra? Si quieres librarte de las pasiones que te atormentan, cambia de vida y no de lugar. Marcha á Atenas, á Rodas, elige la ciudad que quieras, ¿qué te importará cómo vivan? Tú vivirás á tu manera. Considerarás las riquezas como bien, y te afligirá la pobreza, y lo que es mucho peor, pobreza imaginaria; aunque poseas mucho, si ves que alguien posee más, creerás que te falta todo aquello en que el otro te excede. Si haces estribar la felicidad en los honores, te disgustará que éste sea cónsul por primera vez, y aquél por segunda, y envidiarás al que veas repetido con frecuencia en los fastos. Tal será tu furor de ambición, que te crearás el último si alguno te precede. Considerarás la muerte como inmenso mal á pesar de que no encierra otro que el miedo que inspira antes de llegar. Te aterrarán no solamente los peligros, sino hasta la sospecha más ligera, agitándote siempre vanos temores. ¿De qué te servirá «haber recorrido todas las ciudades de la Grecia, escapando solo entre las huestes enemigas?» Hasta la paz misma te producirá motivos de temor, y tu mente, una vez consternada, no tendrá fe ni en las cosas más seguras; porque el hábito del temor sin discernimiento nos hace incapaces de defendernos. Húyese del mal, pero no se le evita, exponiéndonos más á él cuando volvemos la espalda. Considerarás mal gravísimo perder alguno de los que amabas; sin embargo, es lo mismo que si llorases al ver caer las hojas de los hermosos árboles que adornan tu casa. Cuanto te agrada se parece al follaje. Algún día te quitará algo el acaso, pero así como nos consolamos muy pronto de la caída de las hojas, porque vuelven á brotar, así también

debemos hacer con la pérdida de los que amamos, en los que hacíamos consistir la felicidad de la vida, porque pueden reemplazarse, aunque no puedan renacer.—Pero no serán los mismos.—Tampoco lo serás tú. Todos los días, todas las horas te cambian; secretamente se realiza esto, y no lo observamos en nosotros, como lo echamos de ver en aquellos que son arrebatados: en nosotros este cambio es insensible y latente. Mas no piensas en esto, no colocas el apósito sobre la llaga, sino que de continuo te atraes motivos de inquietud, en tanto esperando una cosa, en tanto desesperando de otra. Si eres sabio, mezclarás lo uno con lo otro; no esperarás sin desesperación, ni desesperarás sin esperanza.

¿A quién han aprovechado los viajes? No moderan la codicia, ni la cólera, ni los indómitos impulsos de la lujuria, ni curan, en fin, ninguna enfermedad del alma; no dan el recto juicio, ni destruyen el error, y solamente deleitan algún tiempo por la novedad de las cosas que ofrecen, como al niño admiran las cosas que nunca ha visto. Además, esta agitación hace más ligera é inquieta la natural inconstancia de nuestra mente. De aquí que muchos muestran más premura por abandonar el paraje que ardientemente deseaban ver, que deseo tuvieron de visitarlo, y como aves emigrantes, regresan más de prisa que marcharon. Los viajes pueden dar conocimiento de pueblos, hacer ver montañas de extraordinaria forma, campos prodigiosamente extensos, valles regados por aguas perennes; las propiedades naturales de algunos ríos, como el Nilo, que desborda en estío; como el Tigris, que desaparece á la vista, ocultando su curso para mostrarlo más lejos; como el Meandro, que da asunto para todos los ejercicios de los poetas, que describe infinidad de rodeos, y acercándose algunas veces, en

vez de entrár en su cauce, se separa de repente; pero, en último caso, nada de esto hace mejor ni más sabio. Necesario es dedicarse al estudio y conversar con los autores de la sabiduría, á fin de aprender lo que descubrieron y de investigar lo que no se ha descubierto aún. De esta manera sale el alma de misérrima servidumbre y consigue la libertad. Mientras no sepas lo que debes huir, lo que debes desear, lo que es necesario ó superfluo, lo que es justo ú honesto, no viajarás, sino que vagarás, sin obtener ningún provecho, porque te acompañarán tus pasiones, que no se separarán de tí: y ¡ojalá no hagan más que seguirte, porque estarían más lejos así! pero las llevas dentro de tí, y por eso te atormentan y agitan en todas partes. Medicinas y no parajes debe buscar el enfermo. Se rompió uno una pierna ó se dislocó una articulación; pues no entra en un carruaje ni se embarca, sino que llama al médico para que reduzca la fractura ó coloque la articulación en su sitio natural. ¡Cómo! ¿crees que el cambio de lugar puede curar el ánimo roto y dislocado en tantos sitios? El mal es demasiado grande para sanarle haciéndose llevar de un lado á otro. Los viajes no hacen al médico ni al orador, porque las artes no se aprenden corriendo; ¿y acaso la sabiduría, que es la ciencia mayor de todas, se encontrará en los caminos? Créeme, no hay sendero que lleve fuera de la cólera, de la codicia y del temor: si existiese, toda la humanidad correría á él. Estas enfermedades te atormentarán por mar y tierra mientras en tí mismo llesves sus causas.

¿Te admira que de nada te sirva la fuga? Vas contigo mismo cuando huyes. ¡Corrígete, pues! Alivia tu carga; al menos, pon razonables límites á tus deseos y arranca de tu alma la malicia. Si quieres hacer gratos viajes, cura á tu compañero. Jamás te abandonará

la avaricia mientras estés con el avaro, ni la soberbia mientras estés con el orgulloso; no perderás el espíritu de crueldad en compañía del verdugo, y el trato del adúltero encenderá tus deseos. En fin, si quieres abandonar el vicio, necesario es que te alejes de los malos ejemplos. El avaro, el impúdico, el cruel y el falso, que serían muy temibles si se encontrasen á tu lado, están dentro de tí. Busca mejor compañía. Vive con Catón, con Lelio, con Tuberón. Si gustas del trato de los Griegos, departe con Sócrates y Zenón; el primero te enseñará á morir si es necesario, el otro antes de que sea necesario. Conversa con Crisipo y Posidonio, y te darán el conocimiento de las cosas divinas y humanas; y no satisfechos con que sepas hablar bien y encantar á los oyentes con tu elocuencia, te obligarán á pasar á la acción, á fortalecer el ánimo y á erguirte contra las amenazas. Porque la vida, que es mar continuamente agitado, no tiene otro puerto que el desprecio de lo que pueda sobrevenir, permanecer firme, no sustraerse á los reveses de la fortuna, sino recibir sus dardos con robusto pecho. La naturaleza nos hace magnánimos; así como ha dado á algunos animales la ferocidad, á otros la astucia, á otros la timidez, nos dió á nosotros glorioso y elevado espíritu, que prefiere vivir honrosamente á vivir con seguridad; semejante al mundo, al que sigue y emula en cuanto pueden las fuerzas mortales. Merece la contemplación y alabanza; señor es de todo y encuéntrase sobre todo; por esta razón á nada se somete y nada encuentra tan pesado y duro que lo doblegue.

El trabajo y la muerte horribles son;

pero no si se les contempla frente á frente y á la luz.
Muchas cosas aterran de noche y hacen reir de día.

El trabajo y la muerte horribles son.

Así lo dijo nuestro Virgilio; pero no horribles en realidad, sino á la vista, es decir, que lo parecen, pero no lo son. ¿Qué hay en ellos tan formidable como pretende la fama? preguntaré yo. ¿Cómo, querido Lucilio, puede temer al trabajo el varón robusto y á la muerte el sabio?

Esto me recuerda aquellos que creen imposible lo que no pueden hacer, y dicen que proponemos cosas superiores á las fuerzas de la naturaleza. ¡Cuánto mejor opino yo de ellos! porque creo que pueden hacerlo, pero que no quieren. En fin, ¿quién lo emprendió jamás que no lo haya conseguido y que no haya encontrado facilidad al adelantar en la acción? No es la dificultad lo que impide atreverse, sino que de no atreverse viene toda la dificultad. Si quieres un ejemplo, considera á Sócrates, aquel paciente anciano que soportó todo linaje de persecuciones; invencible en la pobreza, que los cuidados de su familia le hacían más pesada; invencible en los trabajos militares y en las adversidades domésticas, ora motivadas por las costumbres de su esposa insolente y de su petulante lengua, ora por sus indóciles hijos, más parecidos á su madre que á su padre. Casi siempre vivió en la guerra ó bajo la tiranía, y la libertad le fué más cruel que la tiranía y la guerra. Veinte años duró la lucha, y la ciudad quedó en seguida abandonada a la licencia de treinta tiranos, siendo muchos de ellos enemigos suyos. Para su condenación le imputaron crímenes atroces, acusándole de haber atacado la religión y corrompido la juventud, levantándola contra los Dioses y contra su patria; á esto siguió la prisión y el veneno. Pero nada pudo alterar el ánimo de Sócrates, ni siquiera el color de su rostro, sino que conservó hasta su último momento aquella maravillosa y singular igualdad, sin que nadie viese á Só-

crates más alegre ó más triste en un momento que en otro, permaneciendo igual entre las desigualdades de la fortuna. ¿Deseas otro ejemplo? Contempla al último M. Catón, contra quien fué más cruel y obstinada la fortuna. Siempre se opuso á sus designios; hasta le fué contraria en la muerte; pero demostró que el varón fuerte puede vivir y morir independientemente de la fortuna. Pasó toda su vida entre las guerras civiles ó en circunstancias difíciles, cuando comenzaban aquéllas á encenderse. Decirse puede por esto que vivió, como Sócrates, en servidumbre, á no ser que se crea que Pompeyo, César y Crasso se asociaron para mantener la libertad. Nadie, sin embargo, vió cambiar á Catón, aunque tantas veces cambió la república; encontrándosele igual en todos sus estados, pretor, excluido del consulado, en las acusaciones, en los gobiernos de las provincias, en las asambleas, en el ejército, en la muerte. En fin, en aquella angustia de la república, cuando veía á César apoyado por seis legiones aguerridas y á Cn. Pompeyo con otras tantas fuerzas de tropas auxiliares, el solo fué igual á tan considerable número de enemigos: cuando se inclinaban unos á César y otros á Pompeyo, Catón solo fué el partido de la república. Si contemplas las circunstancias de aquellos tiempos, verás de un lado el pueblo y á la plebe inclinados á las novedades, y del otro á los senadores, al orden ecuestre y á todo lo notable de la ciudad, quedando solamente en medio la república y Catón. Te sorprenderás cuando veas á «Priamo y Agamenón, y enemigo de los dos Aquiles:» á los dos reprende (César y Pompeyo), á los dos quiere desarmar. De esta manera los juzga: «Si César vence, morirá; si triunfa Pompeyo, marchará al destierro.» ¿Qué podía temer aquel que, vencedor ó vencido, se había ya

condenado á todo lo que los enemigos más irritados hubieran podido condenarle? Murió, pues, por sentencia propia. Por estos ejemplos ves que los hombres pueden soportar el trabajo. Guía su ejército por los desiertos de África, caminando siempre á pie. Ya ves que puede tolerarse la sed: retírase por áridas montañas, sin bagajes, con los restos de sus ropas; soporta la falta de agua sin quitarse la coraza, y si encontraba algún manantial bebía siempre el último. Ves que puede menospreciarse lo mismo la gloria que la ignominia: el mismo día que le rechazaron del consulado jugó á la pelota en la plaza. Ves que puede despreciarse el poder de los grandes: atrevióse á provocar á la vez á Pompeyo y á César, cuando nadie se atrevía á ofender al uno á no ser para conseguir el favor del otro. Ves que pueden menospreciarse tanto la muerte como el destierro: sentencióse á muerte ó á destierro, y entretanto hizo la guerra. Tanto valor podemos tener como él en tales circunstancias, si queremos sustraernos al yugo. En primer lugar han de rechazarse las voluptuosidades, que nos enervan, nos ablandan y exigen muchas cosas que hay que pedir á la fortuna. En seguida debemos despreciar las riquezas, que son precio y fruto de la servidumbre. También hay que abandonar el oro y la plata y todo lo que llena las casas opulentas, porque no puede obtenerse gratuitamente la libertad. Pero si la aprecias en mucho, todo lo demás lo tendrás en poco. Adiós.

EPÍSTOLA CV.

DE LO QUE DA TRANQUILIDAD Á LA VIDA.

Voy á decirte lo que has de hacer para tener vida tranquila: tú lo escucharás como si fuesen prescripciones para conservar la salud en Ardeatino. Considera qué es lo que impulsa al hombre contra el hombre, y verás que es la esperanza, la envidia, el odio, el temor y el desprecio. De todos estos vicios, el último vale tan poco que á las veces lo han utilizado algunos como remedio. Indudable es que á quien se desprecia se le pisotea, pero es de paso; y nadie se pára á perseguir á aquel á quien constantemente desprecia. En el combate se lucha con el que se mantiene de pie, y se prescinde del caído. El verdadero medio de evitar la esperanza y pretensiones de los malvados es no poseer nada que por su brillo pueda excitar la codicia. Todo lo que brilla se hace desear, aunque sea poco conocido. Te pondrás á cubierto de la envidia, si permaneces oculto, si no ostentas riquezas y sabes regocijarte en tu interior. Evitarás el odio que procede de ofensas, si cuidas de no ofender á nadie sin motivo; conducta que te dictará el sentido común. Obrar al contrario fué muy peligroso para muchos; y algunos experimentaron odios sin tener enemigos. Pero la afabilidad de tu carácter y la modestia de tu caudal conseguirán que no seas odiado ni temido, sabiendo que todos pueden ofenderte sin mucho peligro. Reconcíliate fácilmente y por completo, porque es cosa muy molesta ser temido tanto en casa como fuera de

ella, por los siervos y por los libres. Ninguno es tan pequeño que no pueda dañar; además de que el temido tiene motivo para temer, y nadie puede conseguir á la vez que le teman y vivir tranquilo. En cuanto al desprecio, el que quiera soportarlo le impondrá los límites que le plazca, no pudiendo ser despreciado más que porque quiera, no porque merezca serlo. El desprecio trae consigo molestias que pueden evitarse con destreza y por medio de amistad con aquellos que tienen influencia con los magnates: bueno es acudir á estos remedios, pero no exagerarlos, no lleguen á ser peores que la enfermedad. Mejor que todo es vivir en reposo y no comunicar tanto con los demás como consigo mismo. Existe en la conversación cierta dulzura que nos halaga y hace locuaces, de la misma manera que el amor y el vino. Nadie callará lo que oyó, ni se contentará con decir sencillamente lo que oyó. El que no ha de callar la cosa, tampoco callará al autor; todos tienen alguno á quien confiar lo que le confiaron; y si se contiene, si se contenta con referirlo á uno solo, es lo mismo que si se lo dijese á un pueblo entero, por cuya razón, lo que poco antes era un secreto, se convierte en seguida en rumor público. Mucha parte de nuestra seguridad consiste en no hacer daño. La vida de los malvados es muy agitada y confusa; tanto temen cuanto daño causan, y nunca consiguen tranquilidad. Tiemblan después de una mala acción; quedan en suspenso; la conciencia no les permite obrar de otra manera, y les obliga á recordar constantemente el crimen. El que teme ser castigado, ya lo está, y el que ha delinquido lo teme siempre. El malvado puede encontrarse en lugar seguro, pero nunca en seguridad. Piensa que, aunque no se le prenda, se le puede prender; agítase en el sueño, y si se habla de un crimen, recuerda el

suyo. Nunca se cree bastante olvidado, bastante oculto. El malvado puede tener alguna vez la fortuna de ocultarse, pero nunca goza de confianza. Adiós.

EPÍSTOLA CVI.

DE SI EL BIEN ES CUERPO.

Tarde contesto á tus cartas; y no porque me lo impidan ocupaciones: no esperes de mí estas excusas; tengo tiempo y todos lo tienen cuando quieren. Los negocios no siguen á nadie, pero se sale á su encuentro, imaginando que es felicidad estar ocupado. ¿Por qué no contesté en el acto á lo que me preguntabas? Porque así convenía á mi trabajo: sabes que trato de escribir la filosofía moral y esclarecer todas las cuestiones enlazadas con ella. He aquí por qué dudaba si debía esperar que llegase el turno de esta materia, ó si la trataría previamente; pero al fin he creído más humano no detener tanto tiempo á quien venía de tan lejos. Separaré, pues, de la cadena de cosas enlazadas lo que ahora descas, y si encuentro alguna otra semejante, te la remitiré sin que la pidas. ¿Pero sabes lo que preguntas? Existen cosas más agradables de saber que provechosas; como esta que investigas: ¿El bien es cuerpo?

El bien obra, lo que obra es cuerpo; luego el bien es cuerpo. El bien agita el ánimo, lo forma y en cierta manera lo sostiene, lo cual es propio de cuerpo. Lo que es bien del cuerpo, es corporal; luego también lo que lo es del alma. El bien del hombre ha de ser necesariamente cuerpo, puesto que el hombre es corpóreo. Engañaríame si dijese que aquello que le ali-

menta y conserva ó restablece su salud no es cuerpo; por consiguiente su bien es cuerpo. No creo que dudes que las pasiones, como la cólera, el amor, la tristeza, sean cuerpos (pero esto es proponer una dificultad de que ahora no se trata); si de ello dudas, considera si alteran nuestro semblante, si nos arrugan la frente, si agitan el exterior, si á unos les hacen enrojecer y palidecer á otros. ¿Y qué? ¿Puedes creer que tan claras impresiones puedan producirse en un cuerpo sino por otro cuerpo? Ahora bien; si las pasiones son cuerpos, las enfermedades del alma, la avaricia, crueldad, vicios endurecidos é incorregibles, la malicia y todas sus especies, como la envidia y la soberbia, lo son también. Lo mismo resulta con los bienes; en primer lugar por ser contrarios á los males, y en segundo lugar porque dan iguales indicios. ¿No ves el fuego que la magnanimidad hace brillar en los ojos; la tranquilidad de la prudencia; la modestia y quietud que engendra el respeto? ¿cuánta serenidad la alegría? ¿cuánto rigor la severidad, y la verdad cuánta firmeza? Necesario es que lo que cambia el color y la disposición del cuerpo con tanto poder é imperio, sea cuerpo también. Pero todas estas virtudes de que acabo de hablar son bienes, y lo es también lo que de ellas procede. ¿Puede dudarse que sea cuerpo aquello que puede tocarse? Porque «tocar y ser tocado solamente es propio de los cuerpos,» como dice Lucrecio; luego todas estas cosas de que he hablado no podrían cambiar el cuerpo si no lo tocasen; deduciéndose por consiguiente que son cuerpos. Necesario es también que lo que tiene fuerza para conmover, impulsar, retener y mandar sea cuerpo. ¿Y qué? ¿no retiene el temor? ¿no impulsa la audacia? ¿no alienta el valor? ¿no refrena la moderación? ¿no exalta el gozo? ¿no abate la tristeza? Porque en último

caso, cuanto hacemos es bajo el impulso de la malicia ó de la virtud. Ahora bien; lo que manda al cuerpo, es cuerpo; lo que hace fuerza al cuerpo, es cuerpo. El bien del cuerpo es corporal; el bien del hombre es el bien del cuerpo, luego es corporal.

Ahora que he cedido á lo que deseabas, no diré lo que seguramente dirás tú. Jugamos á los dados, y perdemos el tiempo en estas vanas sutilezas que hacen al hombre docto, pero no virtuoso. La sabiduría es cosa más amplia y á la vez más sencilla. Pocas letras se necesitan para aprenderla; pero nosotros prodigamos la sabiduría lo mismo que los demás bienes en cosas superfluas. Igual avidez que mostramos para con cuanto existe en la naturaleza, tenemos con las ciencias, y más aprendemos para la escuela que para vivir bien. Adiós.

EPÍSTOLA CVII.

DEBE ROBUSTECERSE EL ÁNIMO CONTRA LO FORTUITO Y
LO NECESARIO.

¿Dónde está tu prudencia? ¿dónde tu discernimiento? ¿dónde tu magnanimidad? ¡Tan pequeña cosa te angustia! Tus esclavos aprovecharon tus ocupaciones para huir. Si esos amigos familiares te han engañado (no quiero privarles del nombre que les dió Epicuro). ¿crees que han disminuído tus bienes por no tener en derredor gentes que te roían y que con harta frecuencia te disgustaban? En todo esto no veo nada de extraordinario y que no debiera esperarse. Paréceme que tan ridículo es enojarse por ello, como por recibir manchas de agua ó lodo al pasar por la calle. La vida

tiene igual condición que el baño, el pueblo y el camino, estando sujeta á cambios y malos encuentros. Vivir no es cosa delicada. Has entrado en larga carrera, y necesariamente experimentarás choques, y caerás y te cansarás, llegando á exclamar: ¡Oh muerte! Al fin llegarás al término; pero dejarás al compañero en un punto, perderás al amigo en otro. No podrás terminar tan áspero camino sin experimentar accidentes desagradables; necesario es prepararse á todo y saber que se ha venido «á la mansión del dolor y la tristeza, donde habitan la pálida enfermedad y la triste vejez.» En tal compañía ha de pasar la vida, compañía que podrás despreciar, mas no evitar. La despreciarás si piensas con frecuencia en ella y prevés lo futuro. Resistese con más firmeza aquello para lo que desde largo tiempo estamos preparados, y con mayor facilidad se soporta el mal cuando estamos prevenidos. Por el contrario, al descuido hasta los accidentes más pequeños espantan. Debemos, pues, obrar de manera que nada nos coja de sorpresa; y como la novedad hace más sensibles las desgracias, esta meditación asídua hará que no seas nuevo en ninguna.

¡Mis esclavos me han abandonado! Otros han robado á sus amos, los han acusado, los han asesinado, los han delatado, envenenado. Nada podríamos decir que no haya ocurrido ya. Presa somos de infinidad de males; unos arraigan en nuestro interior, otros vienen de fuera; y los que estaban destinados á otros, también nos atacan. No nos asombremos por cosas para las que habíamos nacido; no tenemos razón de quejarnos, puesto que para todos son iguales. Digo que son iguales, porque el que las evita demuestra, con el hecho de evitarlas, que podía sufrirlas; y la ley es igual, no porque todos la usen, sino por haberse dado para todos. Decidámonos á la paciencia, y pa-

guemos sin repugnancia el tributo de nuestra mortalidad. Cuando el invierno trae el frío temblamos; y sudamos cuando el verano produce el calor: la inclemencia del cielo altera la salud, y en este caso enfermamos. A las veces encontramos en el camino una fiera, ó al hombre, que es mucho más peligroso que las fieras. Nos arrebatara algo el agua, algo el fuego. No podemos cambiar la condición de las cosas y sí únicamente colocarnos en la disposición de ánimo digna del varón prudente, para conformarnos con la naturaleza y soportar con valor todos los acontecimientos. La naturaleza dirige todas las mutaciones que vemos en las cosas. Después de la lluvia viene el buen tiempo; agítanse los mares después de la calma; los vientos reinan alternativamente; el día sigue á la noche; cuando declina una parte del cielo se alza la otra, y la perpetuidad de las cosas consiste en su variación. Nuestro ánimo debe acostumbrarse á esta ley, sin acusar á la naturaleza, creyendo que todo lo que sucede debía suceder.

Bueno es sufrir lo que no puede corregirse, y obedecer sin murmurar á Dios, autor de todas las cosas. Mal soldado sería el que siguiese gimiendo á su general. Recibamos, pues, sus mandatos con prontitud y regocijo, siguiendo el curso de este hermoso conjunto que arrastra consigo nuestro destino, y hablemos á Júpiter que gobierna esta máquina como le habla Cleantho en los bellos versos que traduciré á nuestra lengua siguiendo el ejemplo del elocuente Cicerón. «Padre del universo, dominador de los cielos, guíame donde te plazca; dispuesto estoy á seguirte. Nada resiste á tu voluntad: necesario es seguirte de grado ó gimiendo. El hado guía al que quiere seguirle; al que se niega lo arrastra.» Hablemos y vivamos de esta manera, para que el destino nos encuen-

tre preparados siempre. El alma grande se entrega á Dios, y, por el contrario, el ánimo estrecho y pequeño le resiste, y juzgando mal del orden del universo, antes quiere enmendar á los Dioses que enmendarse él mismo. Adiós.

EPÍSTOLA CVIII.

DE QUÉ MANERA HA DE ESCUCHARSE Á LOS FILÓSOFOS.

Lo que me preguntas pertenece á aquellas cosas que conviene saber para decir que se saben. Sin embargo, ya que me apremias y no quieres esperar el libro en que trato ordenadamente todo lo que pertenece á la filosofía moral, voy á satisfacerte en seguida. Pero ante todo debo decirte cómo debes ordenar esa avidez que tienes por saber, para que no se estorbe á sí misma. No debe estudiarse aquí y allá, ni abrazar el conjunto de una vez, sino que por partes debe llegarse al todo. Debe medirse la carga por las fuerzas, no tomando más de la que puede llevarse. Abraza, no lo que quieras, sino lo que puedas, y podrás cuanto quieras si tienes el ánimo bien dispuesto, porque cuanto más recibe más ensancha su capacidad. Recuerdo que Atalo nos decía esto cuando frecuentábamos su escuela con tanta ansiedad que acudíamos los primeros y nos retirábamos los últimos, y hasta en paseo le proponíamos cuestiones á las que contestaba con tanto gusto, que muchas veces se nos adelantaba. «Necesario es, decía, que el maestro y el discípulo tengan igual propósito; el uno de ser útil, el otro de aprovechar.» El que frecuenta las escuelas de filosofía, diariamente debe sacar algo útil, y reti-

rarse mejorado ó dispuesto á mejorarse. Así sucederá, porque la filosofía es tan provechosa para los que la estudian como para los que hablan de ella. El que marcha al sol, aunque no piense en ello adquiere color; el que entra en una perfumería, por poco que se detenga, percibe el olor; de la misma manera es imposible que quien conversa con un filósofo no obtenga algún fruto por grande que sea su negligencia. Pero observa que digo negligencia y no repugnancia.

¡Cómo! ¿no hemos conocido muchos que han frecuentado durante largos años las escuelas y ni siquiera han adquirido el tinte más ligero?—¿Cómo no hemos de conocerlos? Pertinaces y asiduos eran, y á éstos no les llamo discípulos de los filósofos, sino inquietos. Algunos van por escuchar y no para aprender, de la misma manera que vamos al teatro por escuchar hermosos versos, ó alguna voz agradable, ó alguna fábula graciosa. Observarás que la mayor parte de estos oyentes asisten á la escuela del filósofo como á sitio de recreo. No pretenden abandonar en ella ningún defecto ni proponerse ningún buen modelo para ordenar su vida, sino que buscan solamente el agrado de los oídos. También los hay que llevan tablillas, no para anotar la sustancia de las cosas, sino únicamente para recoger palabras y repetirlas á otros, que las aprovecharán de idéntica manera. Algunos se conmueven al escuchar pomposos discursos, y se identifican con el que habla, mostrando en el semblante la alegría de su ánimo, sobre poco más ó menos como los sacerdotes frigios que entran en furor al sonido de la flauta. Arrebata á otros la belleza de las cosas y no la de las palabras. Si se habla de arros-
trar la muerte y resistir los reveses de la fortuna, prontos están á hacer lo que se les dice. Estos reciben la impresión interior y toman la forma que les das,

cón tal de que la impresión dure y que el hábito vicioso que rechaza todo lo honesto no extinga el primer impulso. En fin, encontrarás muy pocos que lleven hasta su casa las resoluciones que formaron.

Fácil es inspirar al oyente el amor de lo justo, porque la naturaleza ha derramado en todos los fundamentos y semillas de virtud, que, permaneciendo aletargadas, como para hacerlas fecundas hemos nacido, despiertan en cuanto se las toca. ¿No ves cómo aplauden en el teatro siempre que se dice algo aprobado y reconocido como verdadero por unánime consentimiento? «Muchas cosas faltan al pobre, al avaro todas; y el avaro, siendo malo para todos, es pésimo para sí mismo.»

A este pensamiento aplaude el miserable y se regocija de la condenación de su vicio. ¿No consideras que sería más eficaz si lo dijera un filósofo que mezclase los versos con preceptos saludables para grabarlos hondamente en el ánimo de los ignorantes? «Porque, como decía Cleantho, de la misma manera que nuestro soplo lanza sonido más claro cuando pasa por el largo y angosto cuello de la trompeta saliendo por abertura más ancha, de la misma manera la estrecha medida de un verso da á nuestros pensamientos mayor eficacia.» Lo que se escucha con negligencia y sin emoción dicho en prosa, penetra en el alma como si brotase en ella en cuanto se le da la forma métrica. Mucho se dice acerca del desprecio del dinero, y se hacen largos discursos para persuadir á los hombres de que sus riquezas consisten en la grandeza de ánimo y no en su caudal; que puede llamarse rico al que, acomodándose con su pobreza, con muy poco se hace opulento; pero todo esto produce más impresión en los ánimos cuando se dice en lengua poética:

Is minimo eget mortalis qui minimum cupit.

Quod vult, habet, qui velle quod satis est potest (1).

En cuanto oimos esto ó algo semejante, nos vemos obligados á reconocer la verdad que encierra. Y aquellos mismos que nunca tienen bastantes riquezas, admiran estos sentimientos, los aclaman, y declaran guerra al dinero. Cuando les veas en esta disposición, estréchales, impúlsales con vigor, insiste en la condenación del vicio, sin ambigüedades, silogismos, cavilaciones é inútiles sutilezas. Habla enérgicamente contra la avaricia, contra la molicie; si crees que causas efecto y penetras en el ánimo de los oyentes, prosigue con vehemencia. Imposible es calcular lo que aprovecha un discurso que se da como remedio y cuyo objeto es el bien del auditorio. Aunque es cierto que con más facilidad se llevan las almas tiernas al amor de lo justo y de lo honesto; porque la verdad se apodera en el acto del espíritu dócil y levemente corrompido, si la inculca diestro abogado.

Por mi parte, cuando escuchaba á Attalo disertar contra los vicios, errores y males de la vida, me compadecía del género humano y creía á aquel filósofo superior á lo más grande. Llamábase á sí mismo rey, pero me parecía que era mucho más que reinar poder reprender á todos los que reinaban. Cuando comenzaba á alabar la pobreza y demostraba que todo lo que no sirve para nuestro uso es peso inútil é incómodo para el que lo soporta, frecuentemente deseé salir pobre de su escuela. Pero cuando comenzaba á reprender nuestras voluptuosidades y á alabar la castidad, la sobriedad, la pureza de ánimo, experimentaba deseos de moderar mi boca y desterrar todos los place-

(1) De muy poco carece el que poco desea. Tiene lo que quiere el que no quiere demasiado.

res ilícitos ó superfluos. De todos aquellos preceptos que abracé con ardor, algo me ha quedado aún, querido Lucilio, y he observado, después que me dediqué á la vida de la ciudad. Esto es lo que me hizo renunciar para siempre á las ostras y á las setas; porque no son alimentos, sino estimulantes que provocan á comer á los que están ya satisfechos y que cargan el estómago más de lo que puede resistir; pero así como se tragan fácilmente, con igual facilidad se devuelven. Esto es lo que me ha hecho abstenerme de los perfumes para siempre, porque nunca huelen mejor los cuerpos que cuando no huelen á nada. Esto es también lo que me hizo abandonar el vino y el baño para el resto de mis días, y llevándome á comprender que era inútil molicie secarse el cuerpo por medio de sudores artificiales. Otras costumbres que había desechado han vuelto; sin embargo las uso con moderación muy cercana de la abstinencia, aunque me parece más difícil, porque más fácil es prescindir por completo de ciertas cosas que limitar su uso.

Como ya he comenzado á decirte con cuánto mayor impulso me acercaba á la filosofía cuando era joven que ahora que soy viejo, quiero decirte también cómo me llevó Soción al cariño que profeso á Pitágoras. Enseñábame por qué se abstuvo de la carne de animales, y por qué lo hizo en seguida Sextio; uno y otro por diferente causa, pero en los dos magnífica. Decía éste que los hombres tienen otros alimentos sin nutrirse de sangre, y que se acostumbraban á la crueldad complaciéndose en masticar las carnes. Añadía que era necesario separar la materia de la voluptuosidad, y que la diversidad de alimentos era enemiga del cuerpo y contraria á la salud. Pitágoras decía que todas las cosas están relacionadas entre sí, y que por recíproca comunicación pasaban á diferentes formas.

El alma (si hemos de creerle) no muere, y solamente deja de subsistir muy poco tiempo, el necesario para que éntre en otro cuerpo. Algún día veremos cómo, después de largo intervalo y de cambiar muchos domicilios, vuelve al hombre. Sin embargo, con esta doctrina infundió horror al crimen y al parricidio, porque podía acontecer que un hombre, sin saberlo, persiguiera al alma de su padre y que desgarrase su cuerpo en el que morase el espíritu de algún pariente suyo. Después de exponer esta doctrina Soción y de apoyarla con argumentos propios: «¿No crees, me dijo, que las almas pasen sucesivamente á muchos cuerpos? ¿que lo que llaman muerte no sea más que transmigración? ¿No crees que el alma del hombre que existió se encuentre ahora en algún animal de los que habitan la tierra ó el agua? ¿que nada perece en el mundo y que solamente cambia de lugar? ¿que las almas y las bestias giran por circuitos tan regulares como los de los cuerpos celestes? Varones eminentes lo creyeron. Pero suspende el juicio y deja las cosas como están. Si son verdaderas, inocente es haberse abstenido de carne de animales; si son falsas, realizaron actos de frugalidad. ¿Qué daño se te sigue con creerlo? Solamente te quitan el alimento de los leones y de los buitres.»

Convencido por esto, comencé á abstenerme de carne de animales, y un año bastó para hacerme la costumbre tan fácil como agradable. Parecíame que tenía espíritu más despejado, pero no me atreveré á asegurar hoy que así fuese en efecto. ¿Preguntas cómo cesé? Era joven aún bajo el imperio de Tiberio César: examinábanse las religiones extranjerasy se consideraba prueba de superstición las abstinencias que algunos observaban de determinados manjares. Mi padre, antes por temor de calumnias que

por aversión á la filosofía, me volvió con sus ruegos á mi primera costumbre, sin costarle mucho trabajo hacerme comer mejor. Attalo celebraba mucho el lecho en que no se hundía el cuerpo: así lo uso yo, aunque viejo, hasta el punto de que no dejo huella en él.

Te he referido estas cosas para demostrarte con cuánto ardor se inclinan los jóvenes al bien cuando alguien les impulsa. Pero existe vicio en los maestros que enseñan á disputar y no á vivir bien, y también en los discípulos que escuchan á los preceptores antes para ilustrarse que para enmendarse; de suerte que la filosofía se ha trocado en fisiología. Por esta razón importa mucho ordenar la intención cuando acometemos alguna empresa. El que quiere ser gramático no lee este verso de Virgilio:

.....Huye irreparable el tiempo,

para saber que es necesario estar vigilante, y que si no avanzamos, nos quedaremos á la espalda; que el tiempo pasa y nos hace pasar con rapidez; que nos arrastra; que lo dejamos todo para lo porvenir y nos dormimos entre precipicios; sino que lo lee para ver que cuando Virgilio habla del tiempo usa la palabra huye.

Optima quæque dies miseris mortalibus ævi
Prima fugit; subeunt morbi, tristisque senectus,
Et labor; et duræ rapit inclementia mortis (1).

El que piensa como filósofo da á estos versos su verdadero sentido; ve que nunca dice Virgilio el tiempo

(1) Huye la primera y mejor edad de los míseros mortales, y después vienen las enfermedades, la triste vejez, los dolores y la inclemencia de la inflexible muerte.

marcha, sino huye, que es la manera de correr con más rapidez, y dice también que los mejores días de nuestra vida son los primeros que perdemos. ¿Por qué, pues, no nos apresuramos con nuestra diligencia á igualar la rapidez de cosa tan ligera? Lo mejor pasa delante, lo peor queda siempre para lo último. De la misma manera que en las ánforas lo más puro sale primero, y lo turbio queda en el fondo, así también lo mejor de nuestra vida pasa en seguida; damos lo más delicado á otros, y solamente nos reservamos las heces. Quede grabado esto en nuestra alma como si lo hubiese dicho el oráculo:

*Optima quæque dies, miseris mortalibus ævi
Prima fugit.*

¿Por qué la mejor? Porque lo que queda es muy incierto. ¿Por qué la mejor? Porque siendo jóvenes podemos inclinar al bien nuestro espíritu, que todavía está flexible; porque esta edad es á propósito para el trabajo, para cultivar la mente con el estudio y para robustecer el cuerpo con el ejercicio. Lo que queda es débil y próximo al fin. Trabajemos, pues, con ahinco, y abandonando todo lo que puede distraernos, procuremos evitar la censura de no haber conocido la rapidez del tiempo, que no podemos detener y que comprendemos al quedar retrasados. Que cada día nos sea tan agradable como si fuese el primero y más feliz de nuestra vida, y aprovechémosle: necesario es apoderarse de lo que huye. El que lee esos versos con ojos de gramático no piensa que los días más felices son los primeros, porque en seguida vienen las enfermedades, avanza la vejez y se muestra en la cabeza de los que aun se consideraban jóvenes; si no dice que Virgilio coloca siempre juntas las enferme-

dades y la vejez. Razón tiene, á fe mía, para ello, porque la vejez es enfermedad incurable. Además, añade, llama triste á la vejez:

.....Subeunt morbi, tristisque senectus.

No es de admirar que de una misma materia obtenga cada cual lo que conviene á sus estudios. En el mismo prado busca el buey la hierba, el perro la liebre y la cigüeña el lagarto. Cuando cogen los libros de Cicerón, *De república*, un filólogo, un gramático y un filósofo, cada cual hace sus observaciones particulares. El filósofo extraña «que hayan podido decirse tantas cosas contra la justicia». Cuando llega al mismo pasaje, dice el filólogo «que han existido dos reyes romanos, de los que el uno no tenía padre ni el otro madre»; porque se duda de la madre de Servio y no se nombra al padre de Anneo, llamándole ordinariamente nieto de Numa. Observa además «que aquel á quien, de acuerdo con los historiadores, damos el nombre de dictador, llamábasele antiguamente maestro del pueblo», como se ve aun en los libros de los augures, que atestiguan que de allí procede el nombre de «Maestro de los caballeros». Nota también que «Rómulo murió durante un eclipse de sol, y que en otro tiempo existía apelación de los reyes al pueblo»; creyendo Fenestella que así lo demuestran los libros de los pontífices. Cuando el gramático emprende la explicación de estos libros, observa en primer lugar que Cicerón dice *reapse* por *reipsa* y *seps* por *seipse*. Después pasa á las palabras que el uso de los tiempos ha cambiado; como donde dice Cicerón: «*Quoniam sumus ab ipsa calce ejus interpellatione revocati*» (Puesto que nos llama desde los últimos límites del asunto): este último límite que hoy llamamos *cretam* en el Circo, llamaban los antiguos *calcem*. Después

hace un resumen de los versos de Ennio, especialmente de los que escribió acerca del Africano:

..... Cui nemo civis neque hostis
Quivit pro factis reddere operæ prætium (1).

Reconociendo por ellos que la palabra *opera* no significaba tanto en otro tiempo *auxilium* como trabajo, porque dice que ni sus conciudadanos ni sus enemigos pudieron pagar á Scipión los beneficios recibidos. Regocijase también por haber descubierto por qué dijo Virgilio

..... Quem super ingens
Porta tonat cæli,.... (2)

Versos que Ennio tomó de Homero, y Virgilio de Ennio. También se encuentra este epigrama de Ennio en los mismos libros de Cicerón sobre la república:

Si fas endo plagas cœlestum ascendere cuiquam;
Mi soli cœli maxima porta patet (3).

Mas por miedo de que, al hablar de otro, yo mismo pase á ser el filósofo ó el gramático, te diré que cuanto leemos en los filósofos debe referirse á nuestro propósito de conseguir la vida feliz. No nos detengamos en algunos vocablos antiguos ó en figuras incorrectas: recibamos, por el contrario, saludables advertencias y palabras eficaces para convertirlas en hechos. Aprendamos de manera que lo que fué discurso pase en seguida á ser acción. Creo que nadie ha hecho

(1) A quien ni sus conciudadanos ni sus enemigos pudieron pagar jamás el precio de sus hazañas.

(2) Truena sobre él la gran puerta del cielo.

(3) Si alguno ha de ascender á las celestes regiones, para mí solo está abierta su inmensa entrada.

tanto daño como los que aprendieron la filosofía como oficio venal y viven de diferente manera que enseñan á vivir, porque, estando sujetos á todos los vicios que condenan, llevan á todas partes donde se encuentran el ejemplo de inútil disciplina. Un precepto de este género no me sería más provechoso que un piloto mareado durante la tempestad. En este momento es cuando ha de empuñarse con firmeza el timón, á pesar de las sacudidas de las olas, siendo necesario luchar con el mar y arriar las velas que el viento quiere arrebatar. ¿De qué puede servirme el piloto mareado y vomitando? ¿Y qué nave más agitada por la tempestad que nuestra vida? No se trata, pues, de hablar bien, sino de dirigirse bien. Todo lo que los tales maestros dicen y ostentan delante de los oyentes es ajeno. Platón lo dijo, Zenón lo dijo y Crisippo y Posidonio y muchos otros. Demostraré cómo pueden hacerlo todo suyo: que obren como hablan.

Habiéndote dicho ya lo que deseaba, dedicaré una carta entera á decirte lo que deseas, por temor de que te apartes cansado de un asunto difícil que exige oyente atento y curioso. Adiós.

EPÍSTOLA CIX.

SI APROVECHA EL SABIO AL SABIO Y DE QUÉ MANERA.

Deseas saber si «el sabio aprovecha al sabio.»—Decimos que el sabio está lleno de todos los bienes y que ha llegado al grado más alto: pregúntase, pues, si alguien podría ser útil á quien posee el bien supremo. Indudable es que los buenos son útiles recíprocamente, porque viven en el continuo ejercicio de sus

virtudes, se mantienen en el estado de sabiduría que adquirieron y los dos desean tener compañero con quien discurrir y hablar. Los peritos en la lucha se ejercitan entre sí: el músico se aconseja del que sabe lo mismo que él; y así como el sabio se excita por sí mismo, se excitará también por medio de otro sabio, porque es necesario que su virtud se mantenga en acción. Pero ¿cómo será útil el sabio al sabio? Le animará y le mostrará ocasiones de acciones honestas. Además le comunicará sus pensamientos y le enseñará lo que descubra. Siempre quedará campo para descubrir y para ejercitar el entendimiento. El malvado perjudica al malvado y le hace peor irritando su cólera y su temor, adulando su tristeza y aprobando sus voluptuosidades: así es que llega al colmo su malicia cuando mezclan sus vicios y reunen su maldad como formando cuerpo. Luego, por el contrario, el bueno debe ser útil al bueno.—¿De qué manera? preguntas.—Le regocijará, robustecerá su firmeza y aumentará la satisfacción recíproca reflexionando en su mutua tranquilidad. Le dará además conocimiento de ciertas cosas, porque el sabio no lo conoce todo y existen caminos más cortos que se le podrán mostrar para que realice sus propósitos con menos trabajo. El sabio será útil, no sólo por sus propias fuerzas, sino que también por las de aquel á quien desea ayudar. No quiere decir esto que permaneciendo solo no pueda obrar según sus conocimientos; seguirá sin duda su camino, pero se ayuda al que corre excitándole en la carrera. Como ves, el sabio es útil al sabio y á sí mismo.—Quítale á aquél sus fuerzas propias y nada hará éste.—Con igual razón puedes decir que la miel no es dulce, porque el que la come debe tener la lengua y el paladar aptos para apreciar el sabor, encontrarlo agradable y no repugnante,

como sucede á algunos enfermos que la hallan amarga. Necesario es que los dos se encuentren en tal estado, que el uno pueda producir utilidad y el otro recibirla.

Replicarás que «es tan imposible ser útil á quien posee el bien sumo, como calentar más una cosa que ha llegado al grado máximo de calor. Cuando el labrador está instruído en todo lo que necesita saber, ¿va á preguntar á otro? ¿El soldado bien armado busca más armas cuando va al combate? Luego tampoco el sabio suficientemente instruído y suficientemente armado para la vida.»—En cuanto á que lo que ha llegado al grado sumo de calor no necesita que se le caliente más, porque tiene en sí todo su calor, contestaré diciendo, que hay mucha diferencia entre las cosas que se comparan aquí. En primer lugar, el calor es siempre el mismo y la utilidad diferente; además, el calor no necesita aumento de calor para ser caliente, pero el sabio no puede mantenerse en las buenas costumbres adquiridas, si no comunica con algunos amigos semejantes á él, con los que practique sus virtudes. Añade que todas las virtudes tienden á unirse y estrecharse; de lo que resulta que quien ama las buenas cualidades de su compañero, y le hace saborear las suyas, es siempre útil. Las cosas conformes con nuestro carácter nos complacen singularmente cuando son honestas y capaces de dar ó recibir aprobación; y en último caso, solamente el sabio tiene destreza para conmover el espíritu del sabio, como el hombre no puede conmoverse racionalmente sino por el hombre. Mas así como es indispensable la razón para poder conmover á la razón, así también para conmover á la razón perfecta se necesita de la razón perfecta. Dícese que son útiles aquellas cosas que nos suministran los medios necesarios ó cómodos para el

uso de la vida, como el dinero, el favor, la protección; de la misma manera puede decirse que el necio es útil al sabio. Ser útil se entiende excitar un alma á las cosas conformes con la naturaleza, ó por la fuerza propia, ó por la de aquel que excita. Esto no puede hacerse sin que resulte provecho también para el que excita, porque al ejercer la virtud de otro, se ejerce á la vez la propia. Pero aun excluyendo estas cosas que se refieren al sumo bien ó que conducen á conseguirlo, todavía podrán aprovecharse recíprocamente los sabios. Cosa muy agradable es para el sabio encontrar otro sabio, estando seguro de que el hombre honesto ama naturalmente lo que es bueno, adhiriéndose á ello como á sí mismo.

Para robustecer este argumento es necesario que pase de esta cuestión á otra. Pregúntase si el sabio para tomar una resolución ha de pedir consejo; lo que por necesidad tiene que hacer en los negocios civiles y domésticos, y, por llamarlos así, pasajeros. En estas ocasiones necesita el consejo ajeno, como podría necesitar médico, piloto, abogado ó procurador. Es, pues, indudable que el sabio es algunas veces útil al sabio por los consejos que le da; y lo mismo lo será en aquellos asuntos grandes y sublimes, como ya hemos dicho, cuando en el trato íntimo le comunique su convencimiento y sus ideas. Además, es natural amar á los amigos y regocijarse por el buen éxito de sus acciones como si fuesen nuestras; si no lo hiciésemos así, la virtud, que se perfecciona por el uso, se extinguiría muy pronto en nosotros. La virtud exige que se arregle bien el presente, que se considere á lo porvenir y que se delibere con atención del ánimo; y más fácilmente atenderá á todas estas cosas el que acuda á consejo ajeno. Busque, pues, un hombre sabio ó muy adelantado en la sabiduría, para que le

asista útilmente con su prudencia en la deliberación. Dícese que se ve mejor en los asuntos ajenos que en los propios; lo cual ocurre especialmente á aquellos á quienes ciega el amor propio y pierden el discernimiento de lo que les es útil á la vista del peligro, comenzando á raciocinar bien cuando se encuentran seguros y exentos de miedo. Pero hay cosas que hasta los sabios ven mejor en los demás que en sí mismos. Además de esto, el sabio encontrará siempre en la compañía del sabio la satisfacción dulce y honesta de querer y rechazar lo mismo, marchando de acuerdo en la realización de sus buenas obras.

He satisfecho tus deseos, aunque de todo esto he tratado por orden en mis libros de filosofía moral. Piensa, sin embargo, en lo que con frecuencia te digo; en estas cuestiones solamente ejercemos nuestra sutileza. Siempre vuelvo á lo mismo: ¿De qué me sirve esto? ¿me hará más fuerte, más justo y moderado? No me encuentro en estado de hacer ejercicio; aun necesito médico. ¿Para qué me enseñas una ciencia inútil? Me prometiste cosas muy grandes y solamente veo pequeñas. Decías que sería intrépito aunque brillasen en torno mío las espadas y me acercasen la lanza á la garganta; que no me estremecería cuando me rodeasen hogueras y repentina tempestad arrasrase mi nave por los mares. Consigue de mí primeramente que desprecie los placeres y la gloria; después me enseñarás á resolver lo difícil, á distinguir lo ambiguo, á esclarecer lo oscuro: ahora enséñame lo necesario. Adiós.

EPÍSTOLA CX.

Te saludo desde mi casa de Nomentana y te deseo la tranquilidad de la buena conciencia, es decir, que los Dioses te sean propicios y favorables, como lo son al que se ha hecho propicio á sí mismo. Deja aparte la opinión de algunos que creen que cada cual tiene un Dios por pedagogo, pero Dios de orden inferior y sacado de la plebe de los Dioses, como dice Ovidio. Recuerda, sin embargo, que nuestros mayores, que tal cosa creyeron, eran estoicos, y nos asignaron á cada uno un Genio ó una Juno. Algún día veremos si los Dioses tienen tanto espacio que puedan ocuparse de los asuntos particulares; sin embargo, ora nos dirija un Dios, ora la casualidad, ten por cierto que el mayor mal que puedes desear á un hombre es no tener la paz consigo. No es necesario implorar la cólera de los Dioses contra el malvado que merece castigo; te aseguro que le son adversos aunque parezca algunas veces que se complacen en elevarle. Observa atentamente, contempla lo que las cosas son en realidad y no en apariencia, y verás que nos sobreviene más daño por los sucesos afortunados que por los malos. ¿Cuántas veces se ha visto que una desgracia grande ha sido origen de felicidad? ¿Cuántas veces un honor nuevo, recibido con suma alegría, abrió el precipicio é hizo caer repentinamente de su puesto al que parecía firme en él? En último caso, esta caída no sería ningún mal si atiendes al término más allá del cual la naturaleza no impulsa á nadie. Cerca está ese término en el que concluyen todas las cosas; cerca está, repito, tanto para el rico á quien se arroja del mundo,

como para el pobre á quien se saca de él; pero nuestros temores lo alejan y nuestras esperanzas le extienden.

Por esta razón, si eres sabio medirás todas las cosas por la condición de los hombres, y de esta manera limitarás los objetos de tus alegrías y temores.—Mas ¿por qué he de restringir este mal?—Nadie tiene motivo para temer. Vanas son todas las cosas que nos conmueven y asombran. Nadie ha examinado la verdad que tengan, y se comunica el temor de unos á otros. Nadie se ha atrevido aún á acercarse á aquello que le turba para conocer con exactitud la naturaleza y razón de su temor. De aquí resulta que se cree en un vano fantasma, porque no se ha descubierto su falsedad. Detengamos solamente los ojos, y pronto veremos que se temen cosas que solamente duran un momento, ó que son inciertas y algunas veces exentas de peligro. La confusión de nuestro ánimo es como la describe Lucrecio:

Como teme el niño en las tinieblas
Teme el hombre en plena luz.

¿Y qué? ¿no seremos más mentecatos que el niño teniendo miedo en pleno día? Pero te engañas, Lucrecio; no tememos en medio de la luz porque nos hemos creado tinieblas por todas partes; nada vemos, ni lo que nos es dañoso, ni lo que nos es útil; no hacemos durante toda nuestra vida otra cosa que correr, sin mirar siquiera dónde ponemos el pie. Considera qué locura tan grande es correr en medio de la oscuridad; y de aquí resulta que se nos haga volver desde muy lejos; porque no sabiendo á dónde vamos, no dejamos de avanzar velozmente hacia el fin que nos hemos propuesto.

Pero, si queremos, podemos recobrar la claridad, y es adquiriendo conocimiento perfecto de las cosas di-

vinas y humanas, repasándolas en la mente, examinando lo que es bueno y lo que es malo, las que llevan falso nombre é investigando todo lo concerniente á la virtud, al vicio y á la providencia. El espíritu humano es demasiado activo para encerrarse en estos límites: desea mirar más allá del mundo; quiere saber el origen, el fin y á qué término lleva la veloz carrera de las cosas. Pero nosotros le hemos separado de estas elevadas contemplaciones para fijarlo en cosas sórdidas y pequeñas y para someterlo á lo porvenir, y abandonando el mundo y sus términos y á las divinidades que lo dirigen, busca en el interior de la tierra motivos para su pérdida, por no contentarse con lo que la tierra mostraba á sus ojos. Dios, padre de todos, puso á nuestro alcance cuanto podía servir para nuestro bien. No esperó que buscásemos para darnos generosamente, y ocultó muy hondo en la tierra lo que podía dañarnos. Solamente podemos quejarnos de nosotros mismos; hemos sacado fuera lo que podía perjudicarnos, á pesar de que la naturaleza lo había escondido cuidadosamente. Hemos abandonado nuestra alma á la voluptuosidad, á pesar de que la indulgencia más pequeña que se tenga con ella es el principio de todos los males. En seguida la entregamos á la ambición, al deseo de gloria y á otras vanidades igualmente inútiles.

¿Qué te aconsejo hacer ahora? Nada nuevo, puesto que estas enfermedades no son modernas y no hay que inventar remedios: examina solamente en tí mismo lo que sea necesario y lo que sea superfluo; por todas partes encontrarás lo necesario, pero habrás de buscar lo superfluo siempre y con mucha atención. Tampoco debes alabarte demasiado por despreciar los lechos dorados y los muebles enriquecidos con pedrería, porque ¿qué mérito hay en despre-

ciar lo superfluo? Admirable serás cuando desprecies lo necesario. No es cosa grande en tí vivir sin aparato real; no desear jabalíes de mil libras, ni lenguas de flamencos y tantas otras extravagancias del lujo, que no quiere que se le sirvan animales enteros, sino lo mejor y más delicado de ellos. Pero te admiraré cuando no desprecies el pan más inferior; cuando creas que las hierbas no nacen solamente para las bestias y que también sirven al hombre en caso necesario; cuando sepas que los retoños de los árboles pueden llenar un estómago hambriento, mientras que le rellenamos de cosas preciosas como si pudiese conservarlas largo tiempo; se le debe alimentar sin elección; ¿qué importa lo que se le dé, si todo ha de perderlo igualmente? Te deleita ver servir ordenadamente lo que con mucho trabajo se ha buscado en la tierra y en el mar; unas cosas te parecen mejor si se ponen muy frescas en la mesa, otras cuando están muy nutridas y exudando grasa. Te agrada el perfume que se da á las viandas por medio del arte; pero, á fe mía, por bien preparadas y condimentadas que estén, igual fetidez tendrán cuando ocupen tu vientre. ¿Quieres despreciar los placeres de la mesa? considera el resultado.

Recuerdo que Attalo se hacía admirar cuando decía: «Por mucho tiempo me engañaron las riquezas; deslumbrábame su brillo donde quiera que lo encontraba, é imaginaba que lo que no veía era igual á lo que se me presentaba. Pero en una ceremonia vi expuestas todas las riquezas de la ciudad, el oro y la plata cincelada, y lo que es mucho más precioso aún, pinturas delicadas y trajes traídos de lejanos países. Por un lado se veían grupos de mancebos esclavos, hermosos y limpios, por otro muchas mujeres y todo lo que podía ostentar la fortuna de un grande imperio que

exhibía sus riquezas y poderío. Pero ¿para qué sirve todo esto, dije en mi interior, como no sea para excitar la codicia de los hombres, que demasiado se exalta por sí misma? ¿Para qué este aparato de riqueza? ¿Para enseñar á la avaricia á que la reuna? Por mi parte seguro estoy de que me retiro con menos codicia que vine. Desprecio las riquezas, no porque son superfluas, sino porque son pequeñas. ¿Has observado en qué pocas horas ha pasado la ostentación de tantas riquezas á pesar de que desfilaban lentamente? ¿Y deberá ocuparnos toda la vida lo que no ha podido entretenernos un día entero?» Y añadía: «Tan inútiles me parecían para sus dueños, como para los que las veían pasar. Por esta razón, cuando algo parecido viene á herir mis ojos, cuando veo una casa magníficamente amueblada, multitud de esclavos bien vestidos, y una litera llevada por arrogantes portadores, me digo: ¿Qué admiras? ¿de qué te asombras? Todo eso es vana pompa; cosas que se ostentan y de las que no se goza, que pasan mientras deleitan. Busca con preferencia las riquezas verdaderas. Aprende á contentarte con poco, y pronuncia con valor estas palabras: Con tal de que tenga pan y agua, disputaré la felicidad á Júpiter.—Pero disputémosla, te lo ruego, aunque carezcamos de esas cosas; porque si es vergonzoso hacer consistir el bien supremo en el oro ó en la plata, no es más honesto hacerlo consistir en el pan y en el agua.—Pero ¿qué haré si me faltaran?—¿Buscas remedio á la pobreza? El hambre concluye con el hambre. ¿Qué importa que sea mucho ó poco lo que te obligue á servir, ó cuántas cosas te niegue la fortuna, puesto que el pan y el agua que necesitas están en poder de otro? Ahora bien; no es libre aquel contra quien puede algo la fortuna, sino aquel contra quien nada puede; así, pues, nada debes desear si quieres

desafiar á Júpiter, que nada desea.»—Esto nos dijo Attalo, y la naturaleza lo dice á todos. Si con frecuencia meditas en ello, puede hacerte realmente feliz, no que te parezca serlo ó que lo parezca á los demás. Adiós.

EPÍSTOLA CXI.

OPONE LA VERDADERA FILOSOFIA Á LOS SOFISMAS.

Me preguntas cómo hemos de llamar en latín al sofisma.—Muchos han intentado darle nombre, pero ninguno consiguió asignarle uno duradero, tal vez porque no estando la cosa en uso ni recibida entre nosotros, se rechazó también el nombre. Sin embargo, el que le dió Cicerón es bastante exacto: llámóle cavilación, y el que á ella se dedica podrá, sin duda, proponer cuestiones sutiles, pero de nada aprovecharán para las costumbres, porque no se llegará por ellas á ser más fuerte, más moderado ni más perfecto. Por el contrario, el que se aplica á la filosofía para corregir sus defectos, puede robustecer su valor, se hace más fuerte, invencible, y aparece más grande ante los que se le acercan; lo mismo que sucede con las montañas elevadas, que parecen pequeñas desde lejos y muy altas de cerca. Así sucede, querido Lucilio, con el verdadero filósofo que discurre con razones sólidas y no con artificio, permaneciendo constantemente sobre paraje elevado, admirable y grande, pero con verdadera grandeza. No se alza sobre los pies, no camina con la punta de los dedos, como hacen los que mentirosamente aumentan su estatura, queriendo parecer más altos de lo que son: contén-

tase con su propia magnitud. ¿Por qué no había de contentarse, puesto que ha crecido tanto que no alcanza á él la mano de la fortuna? Por encima está de las cosas humanas, puesto que permanece constante é igual, cualquiera que sea el estado en que se encuentre, ora se deslice suavemente su vida, ora luche con desgracias y reveses. Las cavilaciones de que antes hablaba no pueden producir esta fortaleza. Con ellas juega el espíritu, pero no le son provechosas, y desacreditan y rebajan la filosofía. No te prohibo usarlas algunas veces, con tal de que sea cuando tengas tiempo que perder. Tienen, sin embargo, de malo que, deslizándose con mucha suavidad, atraen y detienen el ánimo con delicada sutileza, cuando hay tantas cosas importantes que reclaman nuestra atención, y apenas basta todo el tiempo de la vida para aprender solamente á despreciarla.—¿Cómo dirigirla? dirás.—Ese trabajo viene después, porque nadie la dirigió bien si no la despreció. Adiós.

EPÍSTOLA CXII.

DESESPERA DE CORREGIR Á UN AMIGO DE LUCILIO, VIEJO EN EDAD Y EN VICIOS, ADUCIENDO EL EJEMPLO DE LA VID.

Deseo, á fe mía, que tu amigo se corrija é instruya como tú apeteces; pero se encuentra ya muy duro, ó más bien, y esto es peor, ablandado y corrompido por inveterados y malos hábitos. Quiero ofrecerte un ejemplo tomado del ejercicio en que me ocupo algunas veces. No todas las especies de vides son á propósito para los ingertos, porque la vieja y extenuada, y la enferma y débil, no recibirá el ingerto ó no podrá

alimentarlo, por cuya razón no tomará éste sus cualidades y naturaleza. Por esta razón acostumbramos á cortarlas por encima de la tierra, á fin de que, si no prende la primera vez, pueda intentarse otra haciendo el ingerto más abajo. El que me recomiendas en tu carta no tiene ya fuerzas; los vicios le dominan, y de tal manera le han corrompido y endurecido, que no puede recibir la razón ni alimentarla.—Pero lo desea él.—No lo creas; no quiero decir que te mienta; cree desearlo. Está disgustado del lujo, pero muy pronto volverá á él.—Dice que le repugna su manera de vivir.—No lo niego, ¿á quién no repugnaría? Así aman y odian á la vez su vida los hombres. Esperemos, para juzgar, á que nos demuestre que le es insoportable la molicie, porque hasta ahora solamente tiene de ella ligero disgusto. Adiós.

EPÍSTOLA CXIII.

SI LAS VIRTUDES SON SERES ANIMADOS.—DEBEN DESPRECIARSE ESTAS DISCUSIONES.

Deseas que te escriba mi parecer acerca de la cuestión discutida en nuestra escuela, á saber: «Si la justicia, la fortaleza, la prudencia y demás virtudes son seres animados.»—Estas sutilezas, carísimo Lucilio, hacen que crean que ejercitamos nuestro ingenio en cosas vanas y que empleamos nuestros ocios en inútiles discusiones. Haré, sin embargo, lo que deseas y te expondré lo que piensan nuestros filósofos. Pero desde luego te digo que opino lo contrario. Creo que ciertas discusiones deben dejarse á los que llevan

manto y calzan sandalias (1). Te diré lo que movió á los antiguos á esta cuestión.

«Cierto es que el alma es sér animado, puesto que ella hace que lo seamos nosotros, y de ella han tomado nombre los animales; es así que la virtud no es otra cosa que el alma dispuesta de cierto modo; luego es sér animado. Además, la virtud obra; no puede obrarse sin movimiento; si la virtud tiene movimiento, que solamente es propio del animal, la virtud es sér animado.—Pero si la virtud es sér animado, contiene en sí la virtud misma.—¿Cómo no ha de contenerse á sí misma? Así como el sabio hace todas las cosas por la virtud, la virtud las hace por sí misma.—Por consiguiente, dicen, todas las artes, todos nuestros conocimientos é ideas son seres animados. Síguese también que muchos millares de seres animados se encierran en la estrecha cavidad de nuestro pecho, y que cada uno de nosotros somos muchos seres animados, ó contenernos muchos seres animados.—¿Preguntas qué se contesta? Suponiendo que cada cosa de éstas sea sér animado, no serían por esto muchos seres animados. ¿Por qué? Te lo diré si me escuchas con toda tu sutileza y atención. Cada sér animado debe tener su sustancia especial; pero todas estas cosas no tienen mas que un alma; por esta razón pueden ser cosas singulares y no muchas cosas á la vez. Por ejemplo, yo soy animal y hombre, pero no dirás que soy dos cosas. ¿Por qué? Porque no están separadas, y así digo que para ser dos, lo uno debe estar separado de lo otro. Lo uno, aunque sea múltiple, cae bajo una sola naturaleza, y por consiguiente

(1) Probablemente los estoicos griegos que exageraban su escuela y se distinguían por la *phoecasia*, clase de calzado endeble y ordinario.

no es mas que uno. Mi alma es sér animado y yo soy sér animado; sin embargo no somos dos seres animados. ¿Por qué? Porque mi alma es parte de mí mismo, y solamente se cuenta por uno lo que subsiste por sí; pero cuando es miembro de alguna cosa, no puede ser cosa distinta. ¿Por qué? Lo diré: porque para ser cosa distinta es necesario existir por sí, en sí, para sí y con entidad completamente absoluta.»

Ya te he dicho que opino de distinta manera; porque si se admitiese esto, no solamente serían seres animados las virtudes, sino que también los vicios y pasiones que les son opuestos, como la cólera, el temor, la tristeza y suspicacia. Más aún: todas las opiniones, todos los pensamientos serían seres animados, lo cual no puede admitirse en manera alguna, porque no todo lo que hace el hombre, es hombre.—¿Qué es la justicia? preguntarán. Una cualidad del alma. Luego si el alma es sér animado, la justicia lo es-también.—De ningún modo, porque solamente es un hábito y disposición del alma. Una misma alma puede tener diferentes figuras, pero no es sér distinto cada vez que realiza diferentes acciones, ni aquello que hace es sér animado. Si la justicia es sér animado, si lo es la fortaleza, si lo son las demás virtudes, ¿dejan de ser algunas veces para comenzar á ser otra vez, ó son siempre? Las virtudes no pueden dejar de ser: luego existen en el alma muchos seres, innumerables seres.—Contestan que no existe considerable número, porque todos se encuentran unidos y enlazados como miembros y partes de un todo.—Imaginamos, pues, al hombre como una hidra de muchas cabezas, pudiendo cada una combatir y dañar por sí misma. Es así que cada una de ellas no es animal, sino cabeza de animal; luego el conjunto es un animal solo. Nadie al hablar de la Quimera dirá que éste

animal sea el león ó el dragón, porque solamente son partes tuyas, y las partes no son animales. ¿Por qué deduces que la justicia sea sér animado?—Obra, dices, y aprovecha: lo que obra y aprovecha tiene movimiento, y lo que tiene movimiento es sér animado.—Cierto sería si el movimiento viniese de ella misma; pero no es suyo, sino que lo recibe del alma. Todo animal es hasta la muerte lo que era al principio; el hombre, hombre es hasta que muere; lo mismo sucede al caballo, al perro, porque no pueden transformarse en otra cosa. La justicia, es decir, el alma dotada de cierta cualidad, es sér animado. Admitámoslo. Luego sér animado es la fortaleza, es decir, el alma que tiene esta cualidad. Pero ¿qué alma? ¿la que poco ha era justicia? Encuéntrase en el primer sér animado, teniendo que permanecer en aquel en que primeramente comenzó á ser. Además, un alma sola ño puede estar en dos seres, y menos aún en muchos. Si la justicia, la fortaleza, la templanza y demás virtudes son seres animados, ¿cómo han de tener un alma sola? Necesario es que cada una tenga su alma, ó que no sean seres animados. No puede pertenecer un mismo cuerpo á muchos animales; ellos mismos lo confiesan. ¿Cuál es el cuerpo de la justicia? El alma. ¿Cuál el de la fortaleza? El alma también. Es así que el mismo cuerpo no puede pertenecer á dos animales.—Pero la misma alma toma el hábito de la justicia, de la fortaleza y de la templanza.—Podría ser así, si la justicia estuviese en el alma en un momento, y la fortaleza en otro, ó si cuando existiese la fortaleza no existiese la templanza; pero ordinariamente las virtudes existen á la vez. ¿Cómo será cada una de ellas una entidad animada, no teniendo más que una sola alma que no puede formar más que un sér? En fin, no existe sér animado que sea parte de otro sér

animado: es así que la justicia es parte del alma; luego no es entidad animada.

Mas creo que pierdo el trabajo en cosa que todos confiesan, siendo más á propósito para indignar si se discute, que para discutida. Ningún sér animado es parte de otro sér animado. Considera todos los cuerpos; cada uno tiene su color, su forma y magnitud especial. Entre las razones que hacen admirar la industria del supremo artífice, creo que merece atención la de que, en tan considerable número de cosas, no ha hecho dos iguales, y hasta las que nos parecen semejantes son muy diferentes cuando las confrontamos. Ha hecho toda clase de hojas, y cada una tiene su propiedad especial, tantos animales, y sin embargo ninguno es igual á otro, diferenciándose siempre en algo. Quiso, pues, que todo lo que tuviese existencia especial, fuese desigual y diferente. Ahora bien; decís que todas las virtudes son iguales; luego no son entidades animadas. No hay sér animado que no obre por sí mismo; pero la virtud nada hace por sí misma, sino por medio del hombre. Todos los seres animados son racionales como los hombres, como los Dioses, ó irracionales como las bestias. Ciertó es que las virtudes son racionales, pero no son hombres ni Dioses, luego no son entidades animadas. Ningún animal racional hace algo si primeramente no le impulsa algún objeto; lánzase en seguida, y el consentimiento que presta robustece el impulso. Diré lo que es el consentimiento. Cuando veo que es necesario que marche, me decido á marchar, después de conocer la necesidad y consentir en satisfacerla. ¿Conviene que me siente? me siento; pero este consentimiento ó aprobación no se encuentra en la virtud. Considera que la prudencia es una entidad animada; ¿cómo dará el consentimiento cuando dices: Conviene que mar-

che? La naturaleza es quien lo hace, porque la prudencia que aconseja, no para sí, sino para quien la posee, no camina ni se sienta, no pudiendo prestar ningún consentimiento; lo que carece de consentimiento no es animal racional, y si la virtud fuese entidad animada, sería sin duda racional; no es entidad racional, luego tampoco es entidad animada. Si la virtud fuese entidad animada, el bien lo sería igualmente, puesto que el bien consiste en la virtud, como confiesan todos los de nuestra escuela. Dícese: Bueno es defender al padre, y bueno es juzgar con prudencia en el Senado; luego estas dos buenas acciones son entidades animadas: y á tal exageración se llegará, que nadie podrá contener la risa. Callar prudentemente es bueno; bueno es cenar bien; luego callar y cenar son entidades animadas.

Confieso, á fe mía, que me divierten y entretienen estas ineptas sutilezas. Si la justicia y la fortaleza son entidades animadas, lo son sin duda terrestres; pero todo animal terrestre está sujeto al frío, al hambre y á la sed; luego la justicia tirita, la fortaleza está hambrienta, y sedienta la templanza. ¿Qué más? ¿No podré preguntar á esos filósofos qué figura tienen estos seres animados? ¿si de hombre, de caballo ó de fiera? Si les dan figura redonda, como la que se asigna á Dios, preguntaré si la avaricia, la lujuria y la vanidad son también redondas, puesto que son, como las virtudes, entidades animadas. Si también las hacen redondas, preguntaré si el prudente paseo es entidad animada. Necesariamente habrán de concederlo y decir que el paseo es entidad animada de figura redonda. Pero no creas que soy el primero de nuestra escuela que hablo por convencimiento propio y sin la autoridad de otro; Cleantho y su discípulo Crisippo no convienen en lo que es el paseo. Cleantho dice que es un movimiento

que procede del alma y que se extiende hasta los pies; Crisippo sostiene que es el alma misma que se pone en movimiento. ¿Por qué no hemos de usar de nuestra luz natural, á ejemplo de Crisippo, para burlarnos de todas esas entidades animadas que el mundo mismo no bastaría á contener?

«Aunque las virtudes son entidades animadas, contestan, no son sin embargo muchos seres animados; y así como uno mismo puede ser poeta y orador, así las virtudes son entidades animadas y no muchos seres animados. Lo mismo sucede con el alma, que es justa, prudente y valerosa, por tener todas las disposiciones propias para estas virtudes.»—Desaparece la cuestión; convienen con nosotros; porque yo confieso que el alma es entidad animada, y después veré las consecuencias que de esto he de deducir; pero niego que las acciones del alma sean entidades animadas. Porque si es un bien la oración prudente, siendo el bien entidad animada, debe decirse que la palabra es entidad animada. Si el verso prudente encierra un bien, siendo el bien entidad animada, debe decirse que el verso es entidad animada. Así el verso

Arma virumque cano (1)

es una entidad animada y no puede decirse que sea redondo, porque tiene seis pies.—A fe mía, dirás, todo esto es tejido de necedades, y no puedo menos de reír cuando me digo que el barbarismo es entidad animada, y lo es también el solecismo y el silogismo, y, como pintor, les doy figura.

De estas cosas disputamos con fruncido ceño y arrugada frente. No puedo decir en este punto con Ceciliano: «¡Oh tristes necedades!» porque son ridí-

(1) Canto un héroe y la guerra.

culas. ¿Por qué no tratamos de algo que nos sea útil y saludable? ¿Por qué no buscamos la virtud y medios de conseguirla? No trates de persuadirme de que la fortaleza sea entidad animada, sino de que sin ella ningún sér animado puede ser feliz, que no se puede resistir á los reveses de la fortuna sino dominándolos con el pensamiento antes de que sobrevengan. ¿Qué es la fortaleza? un parapeto inexpugnable para la flaqueza humana, y el que pueda guarecerse en él permanecerá seguro en los combates de la vida, porque se defenderá con fuerzas y armas propias. Quiero referirte aquí lo que dijo Posidonio: «Nunca debes creerte seguro con las armas de la fortuna; necesitas combatirla con las tuyas; lo que es fortuito no podrá armarte contra ella. Así es que, armados contra nuestros enemigos, nos encontramos inermes ante ella.» Alejandro devastaba y ahuyentaba delante de él los Persas, los Hircanios, los Indios y demás pueblos del Oriente hasta el Océano; pero habiendo dado muerte á un amigo suyo y perdido el otro, huía de la luz del sol y lloraba en tanto su crimen, en tanto su desgracia; de manera que el vencedor de tantos reyes y de tantos pueblos se vió vencido por la cólera y la tristeza, porque cuidó más hacerse dueño de todas las cosas que de sus pasiones. ¡Oh, cuán grande es el error de los hombres al querer extender su dominio más allá de los mares y creerse dichosos por haber conquistado con las armas muchas provincias, y añadido otras nuevas á las antiguas, ignorando que es grande Imperio, que cada cual puede conquistar, el dominio sobre sí mismo! Enséñenme cuán sagrada es la justicia, que solamente atiende á la utilidad ajena y no desea más que el bien de todos; que nada hace por ambición y vanidad, sino por satisfacerse á sí misma. Sobre todo,

que cada cual se persuada y diga en su interior: Obligado estoy á cultivar esta hermosa virtud sin consultar mis intereses particulares. Porque al realizar un acto de justicia no debe pretenderse otra cosa que ser justo. Recuerda lo que poco ha te decía. De nada sirve que sepan muchos que eres justo. El que hace publicar su virtud no trabaja por la virtud, sino por la gloria. ¿No quieres ser justo sin fama? A fe mía, muchas veces deberás serlo hasta con infamia, y si sabes apreciarla, la mala opinión que de tí formen por una acción buena te deleitará. Adiós.

EPÍSTOLA CXIV.

LA CORRUPCIÓN DEL LENGUAJE PROCEDE DE LA CORRUPCIÓN DE COSTUMBRES.

¿Pregúntasme por qué en ciertas épocas se corrompe el lenguaje y cómo se dejan llevar los ingenios al defecto de explicarse unas veces con palabras enfáticas y otras con vocablos suaves ordenados á manera de cántico? ¿Por qué algunas veces se han estimado los discursos atrevidos y hasta inverosímiles, y en otras los entrecortados y llenos de sentencias, en los que había más que adivinar que escuchar? ¿Por qué existió alguna época en que se usaban metáforas sin la menor discreción?—Por la razón que frecuentemente oyes, y que ha pasado á proverbio entre los Griegos: «El lenguaje de los hombres fué siempre como su vida.» Como las acciones de cada cual corresponden con sus palabras, ocurre algunas veces que la manera de hablar se relaciona con las costum-

bres públicas. Cuando una ciudad abandona la disciplina y se entrega á los placeres, prueba será de la molicie pública, la lascivia del lenguaje, si no lo ves en dos ó tres en particular, sino generalmente aprobado y aceptado. El ingenio y el alma no tienen diferente color. Si el alma es sana, grave y templada, el ingenio es sobrio y contenido; si aquélla se corrompe, inmediatamente se corrompe éste también. ¿No ves que cuando el alma es lánguida se arrastra el cuerpo y se mueven torpemente los pies? Cuando es afeminada, su molicie se conoce en la marcha. Si es pronta y vigorosa, se acelera el paso. Si está en furor, ó lo que es igual al furor, si monta en cólera, tórbase el movimiento del cuerpo, se corre, no se marcha. ¿Cuánto más ha de ocurrir esto al ingenio que con el alma se encuentra entrelazado, dependiendo de ella, obedeciéndola y recibiendo su ley?

Conocido es cómo vivió Mecenas, y no es necesario decirlo, cómo paseaba, cuán dado fué á la molicie, cómo deseaba mostrarse y hacer ostentación de sus vicios. ¿Y qué? ¿su lenguaje no era tan muelle como su persona? ¿sus palabras no eran tan pomposas como sus trajes, su casa y su esposa? Varón de grande ingenio hubiese sido en verdad, de haber seguido el camino recto, y si hubiese evitado darse á conocer por su lenguaje que revelaba su molicie; por eso observarás que su elocuencia es embarazada, licenciosa, vaga como de hombre ebrio. ¿Hay algo más torpe que aquel río y aquellos bosques que con él lindan; ves como sus barcas surcan la corriente y á cada golpe de remo dejan á la espalda los jardines?—“¿Qué mas vergonzoso aún que aquel amante que arrulla con una mujer de cabellos naturalmente rizados, que comienza por suspiros y cuya cabeza, apenas sostenida por el cuello, cae y se alza sin cesar?—Los tira-

nos, facción implacable, espían las grandes familias hasta en los festines, y con frecuencia ordenan la muerte.—La madre ó la esposa se apresuran á adorar el genio doméstico, que apenas sospecha la fiesta; adorna el huso que tiene la diminuta imagen de Ceres, el hogar y la torta que cuece en él.»—En cuanto lees estos discursos de Mecenas ¿no recordarás que es el mismo que paseaba por la ciudad sin cinturón y daba la consigna en este estado cuando mandaba en Roma en ausencia de César? ¿Que es el mismo que en el tribunal, en los rostros, en todas las reuniones públicas tenía la cabeza cubierta con el manto, á excepción de las orejas, á la manera que representan en la comedia al rico fugitivo? ¿Aquel que en lo más recio de las guerras civiles, cuando toda la ciudad estaba agitada y en armas, pasaba por las calles seguido de dos eunucos, más varones sin embargo que él? ¿el que se casó con mil mujeres y nunca tuvo más que una? La extraña construcción de estas palabras, tan contrarias al uso, daba á conocer claramente la singularidad y depravación de sus costumbres. No dejó por esto de adquirir reputación de ánimo dulce, no habiendo derramado sangre jamás, ni cometido violencia, pudiendo decirse que la licencia fué el único rasgo de su autoridad; pero oscureció su fama con la disolución de su lenguaje extravagante y monstruoso, que hizo creer que su bondad era molicie y no dulzura. Al considerar los ambajes de sus discursos, el giro de sus palabras, y su sentido algunas veces sublime, pero con más frecuencia enervado, nadie hay que no suponga que el exceso de felicidad le extravió la cabeza; cosa que ocurre algunas veces por vicio del hombre ó por vicio de la época.

Cuando las riquezas introducen el lujo en algún punto, muéstrase mayor diligencia en los trajes,

búscanse hermosos muebles, cuídase de tener casa espaciosa, de cubrir las paredes de mármoles de allende el mar, dorar los techos y que la limpieza del pavimento corresponda al brillo de la decoración. De esto se pasa á la magnificencia de la mesa, y se procura distinguirse por alguna novedad, prescindiendo del orden acostumbrado, sirviendo á la entrada lo que antes se daba á la salida. Cuando el ánimo se cansa de estas cosas que son comunes, procura en seguida hablar de modo nuevo, recuerda palabras antiguas y las pone en uso. Invéntalas también á su capricho; tómalas por autoridad propia de idiomas desconocidos; cree que todo lo que está en moda distingue, como las metáforas atrevidas y frecuentes. Otros hay que truncan el sentido, y creen gracioso ocultar el pensamiento y tener en suspenso al auditorio; otros los prolongan con exceso. Algunos no caen en estos defectos, que debe evitar todo aquel que se propone algo importante, pero muestran mucha inclinación á ellos. Así, pues, donde quiera que veas este lenguaje corrompido, no dudes que las costumbres son depravadas. Así como el lujo en festines y trajes demuestra el desorden de una ciudad; la licencia del lenguaje, cuando es frecuente, demuestra también el desorden de los espíritus.

No debes extrañar que este desorden, aceptado por el vulgo, pase á las personas de condición, porque tienen iguales sentimientos y sólo se distinguen por el traje. Extraña más bien que se muestre estimación por cosas que son viciosas y por el vicio mismo. Así ha sucedido siempre. Hase tenido indulgencia con los espíritus amenos. Cítame el que quieras de los eminentes varones que nos han precedido, y te diré lo que su tiempo le perdonó y lo que se ha ocultado á la posteridad. Muchos te nombraré á quienes no per-

judicaron sus defectos, y algunos á los que fueron útiles. Te nombraré, repito, algunos muy ilustres, considerados como maravillas, cuyos escritos habría de borrar quien quisiera corregirlos: de esta manera se mezclan los vicios con las virtudes hasta el punto de arrastrarlas. Añade que el lenguaje no tiene regla fija, y que las costumbres de los países, que cambian con frecuencia, lo cambian sin cesar. Muchos buscan palabras en la antigüedad; hablan el lenguaje de las doce tablas; Graco, Crasso y Curión les parecen demasiado modernos y pulidos, por lo que remontan á Appio y Corúncano. Otros, por el contrario, no queriendo decir nada que no sea usual y corriente, caen en estilo bajo y rastrero. Ambas cosas son malas, y tanto censuraría al que solamente quiere usar locuciones pomposas, poéticas y retumbantes, como al que se abstuviera de voces necesarias y comunes; lo primero por demasiado rebuscado, lo segundo por demasiado abandonado. Lo mismo peca aquél que éste; aquél porque no quiere tener piernas, éste porque no quiere tener alas.

Pasemos ahora á la composición. ¿Cuántos géneros te citaré en que se cometen faltas? Quieren unos que sea dura y austera, separando expresamente todo lo suave para que la trabazón sea más ruda, imaginando que es robusta y viril cuando hiere el oído con su desigualdad. Otros la desean tan suave, que ya no es composición, sino canción que nos mece agradablemente. ¿Qué diré de aquella cuyas palabras son tan difusas que con dificultad se encierran en las cláusulas? ¿Qué diré de esta otra, que es como la de Cicerón, lenta en su principio, suave en su fin, que guarda constantemente su compás y medida? En cuanto á las sentencias, no solamente son viciosas cuando son rastreras, pueriles ó demasiado audaces, sino también

cuando son floridas, muelles ó vanas, produciendo más ruido que provecho.

Ordinariamente el maestro de la elocuencia en una época introduce estos defectos, imitándole los demás y trasmitiéndolos de unos á otros. De esto resulta que en la época en que floreció Salustio estaban en boga los pensamientos concisos, las palabras rotundas y la brevedad, aunque fuese oscura. Aruncio, aquel grande enemigo del lujo, que compuso la historia de la guerra de Cartago, imitó á Salustio y siguió su estilo. Léese en Salustio: «Hizo tropas con dinero,» en vez de decir: Levantó tropas con dinero. Tan bella pareció á Aruncio esta manera de hablar, que la copió en todas las páginas de su libro. En un pasaje dice: «Los maestros hicieron fuga;» en otro: «Hieron, rey de Siracusa, hizo la guerra;» en otro: «Habiendo llegado la noticia, hizo devolver á los Romanos los Panormitanos.» Así está escrito todo el libro; de manera que esta frase, que es rara en Salustio, se encuentra con frecuencia en casi todas las páginas de Aruncio; y la razón es, que el primero la usaba cuando se presentaba, y el segundo la buscaba para usarla. Ya ves lo que resulta cuando se toman defectos por ejemplos. Salustio dijo: «Aquis hiemantibus,» para significar que las aguas estaban muy frías. Aruncio, en el primer libro de la guerra de Cartago, no dejó de decir: «Repente hiemavit tempestas,» para expresar que la tempestad se hizo violenta de repente. En otro paraje: «Totus hiemavit annus,» queriendo decir que había sido muy frío el año. Y en otro punto: «Inde sexaginta onerarias leves, præter militem et necessarios nautarum, hiemante Aquilone misit,» para decir que con el viento más recio mandó sesenta naves de carga además de los soldados y marineros. En fin, no cesa de emplear esta palabra á todo propósito. Salustio dijo también en otro lugar: «Inter

arma civilia æqui bonique famas petit.» Busca en las guerras civiles «reputaciones» de hombre justo. Aruncio no puede contenerse, y escribe en seguida en su primer libro: «Ingentes esse famas de Regulo.» Las «reputaciones» de Régulo eran grandes.

Este y otros defectos que algunos cometieron por imitación, no son muestras de rebajamiento ni corrupción, porque no pueden conocerse las inclinaciones de uno sino por lo que le es propio y natural. El lenguaje del hombre encolerizado es iracundo; el del voluptuoso, blando y lánguido. El de aquellos que se apartan del camino ordinario de intento y no por casualidad, se parece, á mi juicio, á esos que se tiran de los pelos de la barba ó que se la arrancan por completo; que se afeitan la parte superior é inferior de los labios y dejan crecer lo demás; que usan mantos de color raro y túnicas rasgadas, no queriendo hacer nada que pase desapercibido á la vista de los hombres, provocándoles y obligándoles á volver los ojos, y no cuidando de que se les censure con tal de que se les mire. Así es el lenguaje de Mecenas.

Esto nace de espíritu extraviado; porque así como en el vino la lengua no balbucea si antes no se encuentra alterada la mente, de la misma manera este lenguaje (¿acaso es otra cosa que embriaguez?) no agrada jamás á nadie cuyo espíritu no sea vacilante. Por esta razón hemos de cuidar mucho del espíritu, puesto que de él depende la razón, la palabra, el aspecto y la apostura. Mientras se encuentre sano y vigoroso, el lenguaje será firme y seguro; pero si una vez se deja abatir, todo lo demás se derrumbará.

... Rege incolumi, mens omnibus una est;
Amissio, rupere fidem (1).

(1) Todos obedecen mientras vive el rey; acaba la fidelidad en cuanto muere.

Nuestro espíritu es un rey: mientras permanece incólume, todo se mantiene ordenado; mas á poco que vacile, todo se conmueve. En cuanto el espíritu se somete á la voluptuosidad, sus artes y acciones se debilitan y todos sus esfuerzos son lánguidos y sin vigor.

Continuaré en esta comparación, ya que me he servido de ella. Nuestro espíritu es rey unas veces, y otras tirano: rey, cuando considera lo honesto, cuando cuida del cuerpo que se puso bajo su custodia, y no le manda nada que sea torpe, sórdido; pero si es violento, avaro, voluptuoso, toma el nombre detestable, odioso y cruel de tirano. Entonces le instan y excitan las pasiones más vehementes, proporcionando placer al principio, como el que recibe el pueblo en los festines públicos, en los que, después de rellenarse de viandas, se deleita en tocar las que ya no puede devorar. De la misma manera, cuando el desorden ha destruído las fuerzas del voluptuoso y las delicias han penetrado en sus nervios y en la médula de sus huesos, conténtase con ver las cosas de cuyo uso le privó su excesiva avidez. Entonces se hace ministro y testigo de los placeres ajenos, pero no queda tan satisfecho de tener en abundancia todo lo que puede halagar sus sentidos, como apenado por la imposibilidad de hacer pasar á su estómago todos aquellos deliciosos manjares, ni mezclarse entre aquellos grupos de mancebos y de mujeres, viendo que la debilidad de su cuerpo le arrebató gran parte de su felicidad. ¿No es demencia, por ventura, querido Lucilio, que nadie piense que es mortal, débil, y, en último caso, un hombre solo? Considera en nuestras cocinas cuántos marmitones se agitan alrededor de los hornillos; ¿para un solo vientre se apresta con tanto ruido la comida! Considera nuestras bodegas llenas con las vendimias

de pasados siglos; ¿puedes creer que para un solo estómago se han guardado vinos de tantas regiones y de tantas épocas? Considera cuántos millares de colonos labran la tierra, y en cuántos parajes; ¿crees que para un solo vientre hay que sembrar en Sicilia y en Africa? Más salud tendríamos y menos desearíamos si cada cual se contentase con lo que necesita para él solo, y midiese su estómago, que no puede contener mucho ni conservarlo largo tiempo. Pero nada te aprovechará tanto para llevarte á la temperancia en todas las cosas, como la meditación frecuente acerca de la brevedad é inseguridad de la vida. Cualquiera cosa que hagas, piensa en la muerte. Adiós.

EPÍSTOLA CXV.

DESCRIBE LA BELLEZA DE LA VIRTUD.—DEL EXCESIVO
AMOR Á LAS RIQUEZAS.

No quiero, caro Lucilio, que seas tan cuidadoso de las palabras y del estilo: tengo cosas más importantes en que ocuparte. Atiende á lo que escribas y no á la manera de escribirlo; y atiende más también á comprenderlo que á expresarlo con elegancia, con objeto de que puedas apropiártelo y grabarlo en tu interior. Cuando veas á alguno cuyo discurso es pulido y esmerado, ten por cierto que su espíritu se complace aún en nimiedades. El alma elevada se expresa con menos delicadeza y más energía, siendo más firme y menos estudiado todo cuanto dice. A muchos jóvenes conoces muy cuidadosos de la barba y cabellera; pues nada fuerte y sólido esperes de ellos. El discurso es el

semblante del alma; cuando es esmerado, pulido y delicado, demuestra que el alma no es sincera y tiene algo débil. El varón fuerte no cuida del adorno.

Si pudiésemos penetrar en el alma de un varón justo, ¡oh, cuánta hermosura, pureza y tranquilidad veríamos en ella! En un lado brillaría la justicia, en otro la fortaleza, allí la templanza y la prudencia. Además de estas virtudes, veríamos brillar también la sobriedad, la continencia, la paciencia, la tolerancia, la liberalidad, y ¿quién lo creería? también la humanidad, que es cualidad muy rara en el hombre. ¡También, oh Dioses, cuánto esplendor y gravedad le darían la previsión, la magnificencia! ¡Cuánta gracia y majestad reunidas! Nadie la creería digna de amor sin creerla también digna de veneración. Si alguien viese su semblante, más augusto y esplendente de cuanto se ve en la humanidad, ¿no quedaría estupefacto como al encontrar una divinidad, rogándole le permitiese contemplarlo? Atraído en seguida por su dulzura, ¿no le tributaría veneración? y después de haber considerado por largo tiempo su extraordinaria majestad y sus ojos brillantes con dulce y viva luz, ¿no le diría con emoción profunda las palabras de nuestro Virgilio:

Mas ¿cuál te nombras? no es cosa humana
Lo que suena en tu voz, tu faz destella.
¿Eres alguna Ninfa? ¿eres Diana?
Yo Diosa te presumo, y fausta estrella.
Quienquier fueres, mi labio te saluda:
¡Oh! da propicia á náufragos ayuda! (1)

Las rechazará sin duda, si quisiéramos adorarla; mas para tributarle honor, no es necesario sacrificar toros

(1) *Eneida*, LXII. Traducción de D. Miguel Antonio Caro, publicada en esta BIBLIOTECA.

cebados, ni suspender en sus altares vasos de oro y de plata, ni presentarle ofrendas; basta tener recta y piadosa voluntad.

Nadie, repito, dejaría de amarla con pasión, si nos fuese dado contemplarla; porque actualmente nos lo impiden muchas cosas, ora deslumbrándonos con su brillo, ora cegándonos con su oscuridad. Mas así como se limpia y afirma con ciertos medicamentos la vista de los ojos, podemos también hacer más penetrante la del espíritu, con objeto de que le sea dado contemplar y reconocer la virtud, aunque sepultada en un cuerpo y oculta por la pobreza, la humildad y la infamia: veríamos, repito, la hermosura de aquel alma á través de sus sórdidos vestidos. También descubríamos la malicia y bajeza del alma viciosa, á pesar del falso brillo de los honores y de las riquezas que deslumbran al que las contempla. Entonces conoceríamos que admiramos cosas baladíes, como los niños que aman cuanto les sirve de juguete, y corren con más premura hacia las bagatelas que hacia sus padres y hermanos. «¿En qué nos diferenciamos de ellos, como dice Aristón, sino en que nuestra insensatez, que nos hace desear cuadros y estatuas, es más costosa que la de ellos?» Porque ellos se divierten con piedrecillas que eogen en la playa, y nosotros solamente nos complacemos con grandes columnas de colores que traemos de Egipto y de los desiertos de África, para sostener algún pórtico ó algún salón capaz de recibir á un pueblo entero en un festín público. Admiramos paredes incrustadas de mármoles, aunque sepamos lo que hay debajo. Agrádanos engañar nuestros ojos. Mas cuando doramos nuestros techos ¿qué otra cosa hacemos que complacernos con la mentira? porque sabemos que debajo de aquel oro solamente hay madera despreciable. Y no solamente se adornan por fuera pare-

des y techos: la felicidad de todos esos que ves caminar con la cabeza erguida, está cubierta también con oropel. Contempla con atención, y verás cuánta miseria se oculta debajo de tan ligera corteza.

Aquello mismo que ha hecho tantos jueces y magistrados es lo que pervierte á magistrados y á jueces, esto es, el dinero; porque desde que todo lo ambicionan, el verdadero honor ha decaído. Nos hemos convertido en mercaderes, nos compramos y vendemos recíprocamente y no preguntamos ya de qué se trata, sino cuánto vale. En tanto somos buenos, en tanto somos malos, según el precio. Defendemos lo honesto mientras ganamos algo, pero dispuestos estamos á lo malo, si los vicios nos prometen más. Nuestros padres nos hicieron admirar el oro y la plata, y la codicia que nos infundieron en la niñez ha crecido con la edad. Además, los pueblos que son opuestos en todo, están de acuerdo en esto: admiran el oro, lo desean para sus hijos y lo consagran á sus Dioses como señalada muestra de su agradecimiento. Hemos llegado, en fin, al punto de que se considera hoy la pobreza como oprobio y maldición, siendo despreciada por los ricos y odiada por los mismos pobres. Vienen en seguida los versos de los poetas á irritar nuestra codicia con los elogios que tributan á las riquezas, llamándolas honor y ornato de la vida; creen que los Dioses nada tienen mejor ni tampoco cosa que dar de más valía.

*Regia solis erat sublimibus alta columnis
Clara micante auro (1).*

(1) El palacio del sol sustentado por altas columnas, todo resplandeciente de oro.

Considera su carro:

Aureus axi erat, temo aureus, aurea sumæ
Curvatura rotæ, radiorum argenteus ordo (1).

En fin, para denominar el siglo más dichoso, le llaman de oro. Tampoco faltan en los trágicos griegos, que venden su conciencia, su honra y salvación: «Poco me importa que me llamen malo, si me llaman rico; todos queremos riquezas y nadie se cuida de la bondad. Si conseguimos riqueza, nadie pregunta cómo ni cuándo, porque nada malo se encuentra jamás en el rico. Quiero morir opulento y no pobre, porque es feliz el que muere en la opulencia. El dinero es la felicidad del género humano, no el cariño de la madre ó de los hijos, ni el esclarecido mérito del padre. Si como el oro brilla dulcemente el rostro de Venus, con razón conmueve de amor á los Dioses y á los hombres.»

Apenas se recitaron estas frases en la tragedia de Eurípides, todo el público se levantó para arrojar al actor y al poeta; entonces se presentó Eurípides pidiendo á los espectadores que tuviesen paciencia y esperasen hasta ver el fin de aquel admirador de las riquezas. En aquella comedia Belerofonte experimenta el suplicio de los avaros; porque no hay avaricia sin pena, siendo ella misma una pena muy grande. ¡Cuánto trabajo y lágrimas exige! ¡Cuántas amarguras mientras se desean riquezas! ¡Cuántas miserias después de conseguirlas! Añade los continuos cuidados que agitan en proporción de lo que se posee, siendo cierto que cuesta más gozar de las riquezas que adquirirlas. ¡Cuánta aficción cuando sobrevienen

(1) El eje de oro, de oro el timón. de oro las llantas, de plata los rayos.

pérdidas, considerándolas siempre mayores que son en realidad! Y aunque nada se pierda, el avaro cree que pierde todo lo que no ha adquirido.—Pero, dirás, felices se llaman á estos hombres, y nadie hay que no quiera poseer lo que ellos tienen.—Verdad es. ¿Y qué? ¿Crees que puede existir condición peor que la de ser á la vez miserable y envidiado? ¡Ojalá los que codician riquezas se aconsejasen de los ricos; los que desean honores tomasen consejo de los ambiciosos y de los que han llegado á las últimas dignidades! Pronto cambiarían de ideas. Sin embargo, todos ellos formarían nuevos proyectos después de rechazar los antiguos, porque nadie está satisfecho de su fortuna, aunque sea inesperada. Quéjense de los consejos y procedimientos empleados, y siempre prefieren lo que no hicieron á lo que han hecho.

La filosofía te dará en cambio la ventaja, que yo considero inapreciable, de que nunca te quejes de tí mismo. A esta felicidad segura, que ningún revés puede quebrantar, no te llevarán palabras rebuscadas ni pulidos discursos. Salgan como quieran, con tal de que el alma permanezca firme en sus buenos sentimientos y la satisfagan las cosas que no llenan á los demás, con tal de que aprecie sus progresos por el perfeccionamiento de la vida y estime su sabiduría por la disminución de su codicia y temor. Adiós.

EPÍSTOLA CXVI.

DEBEN RECHAZARSE TODAS LAS PASIONES.

Frecuentemente se ha discutido «si es mejor tener pasiones pequeñas que no tener ninguna.» Nuestra escuela las rechaza en absoluto. Los peripatéticos las admiten con tal de que sean moderadas. Por mi parte, no veo cómo pueda ser saludable ó útil una enfermedad por pequeña que sea. ¡No temas! no pretendo quitarte nada de lo que no quieras perder; al contrario, seré tolerante con todo lo que desees y juzgues útil, necesario y cómodo para la vida; únicamente quitaré el vicio; porque al prohibirte desear, te permitiré querer, á fin de que puedas obrar con mayor audacia, con más seguridad y, por consiguiente, con mayor placer. ¡No has de gozar más del placer si mandas en él que si eres su esclavo?

Pero es natural, me dirás, afligirse por la pérdida de un amigo; permíteme estas lágrimas, que tan justas son. Natural es también atender á la estimación de los hombres y lamentar que nos sea desfavorable; ¿por qué no has de permitirme este saludable temor á la mala reputación?—No hay vicio ni excusa; ninguno hay que al principio no sea tímido y fácil de vencer, pero de esta manera va ganando terreno. Si lo dejas arraigar, no lo arrancarás cuando quieras. Toda pasión es pequeña cuando empieza, toma calor conforme crece y se robustece con el desarrollo; más fácilmente se excluye que se rechaza. ¿Quién duda que todas las pasiones brotan de un origen casi natural? La naturaleza nos ha encomendado el cuidado de

nuestro cuerpo, pero si condescendemos mucho con él, este cuidado es un vicio. La naturaleza ha puesto placer en todas las cosas que nos son necesarias, no para hacer que las busquemos, sino para llevarnos á actos sin los cuales no podríamos vivir; pero cuando se saborea el placer por el placer mismo, aparece la lujuria. Resistamos, pues, las pasiones cuando quieran entrar; porque, como ya he dicho, entran con más facilidad que salen.—Permite hasta cierto punto el dolor, dices, hasta cierto punto el temor.—Pero ese punto se extenderá mucho y no se detendrá donde quieras. El sabio no necesita cuidar de sí mismo porque está seguro y contendrá su tristeza y su placer cuando le agrade; pero en cuanto á nosotros, que no podemos detenernos tan fácilmente, mucho mejor será no comenzar. Creo que contestó muy bien Panecio al joven que le preguntó si el sabio debía amar. «Ya hablaremos del sabio, dijo; pero tú y yo, que estamos muy lejos de serlo, debemos guardarnos mucho de caer en una pasión tan inquieta y furiosa, que no se tiene en cuenta á sí misma y se entrega por completo á otro. Porque si el objeto de nuestra pasión nos mira atrásenos su dulzura, si nos rechaza irritamos su orgullo; así es que en amor la facilidad y la dificultad son igualmente perjudiciales. La facilidad nos aliena, la dificultad nos irrita; por lo cual, conociendo nuestra debilidad, vivamos tranquilos. No confiemos nuestro ánimo enfermo al vino, ni á la mujer, ni á los aduladores, ni á cosa alguna que lleve á la molicie.»

Lo que Panecio dijo del amor, lo digo yo de todas las pasiones. Evitemos cuanto podamos pendiente tan resbaladiza, ya que no somos demasiado fuertes en terreno seco.—Opónenos sin duda en este momento la ordinaria reconvención que se dirige á los

estoicos: «¿Prometéis cosas demasiado grandes y preceptuáis otras demasiado duras! Somos débiles hombres que no podemos privarnos de todo. Lloramos, pero muy poco; deseamos, pero moderadamente; nos encólerizamos, pero nos calmamos en seguida.» —¿Sabes por qué no podemos consentir esas cosas? porque no creemos poder resistirlas. Pero algo hay oculto en ello, á fe mía. Defendemos en esas palabras el vicio que amamos, prefiriendo excusarlo á abandonarlo. Suficientes son las fuerzas que la naturaleza ha dado al hombre, si quiere reunir las y encaminarlas á su propio bien, que es el fin á que tienden: si no lo hace, es porque no quiere, que el no poder es solamente excusa. Adiós.

EPÍSTOLA CXVII.

SI SIENDO UN BIEN LA SABIDURIA, LO ES TAMBIÉN
EL SABER.

En muchos asuntos me comprometes, y sin pensarlo me pones en grave aprieto al proponerme cuestiones en las que no puedo apartarme de la opinión de nuestra escuela sin ofenderla, ni seguirla sin faltar á la conciencia.—Pregúntasme si es verdadero el aserto de los estoicos: «La sabiduría es buena, pero no es un bien ser sabio.» Cosa corriente es entre los nuestros decir: Lo que es bueno es cuerpo, porque lo bueno obra, y lo que obra es cuerpo. Todo lo que es bueno acarrea provecho, pero es necesario hacer algo para obtener provecho; ahora bien, lo que hace algo es cuerpo: y como dicen que la sabiduría es un bien, se ven obligados á decir que es cuerpo. Pero no es lo mismo ser

sabio, dicen, esto es incorporal y depende de otra cosa, esto es, de la sabiduría; por esta razón no hace nada ni aprovecha.—¡Cómo! exclamarán, ¿no dicen que es un bien ser sabio?—Lo decimos, contestan, pero refiriéndonos al principio, esto es, á la misma sabiduría.

Escucha lo que les contestan, antes de que yo me aparte y me adhiera á otra opinión.—Según eso, dicen, no es un bien vivir feliz.—Necesario es que contesten de bueno ó mal grado que la vida feliz es un bien. También les hacen esta objeción.—¿Queréis ser sabios? Luego es cosa que debe desearse, y si es cosa deseable, es un bien.—Obligados se ven, ante esta dificultad, á violentar las palabras y añadir una sílaba ante la de desear, aunque esto no lo consiente nuestra lengua. Yo también la añadiré, si lo permites. Es deseable, *expetendum*, dicen, lo que es un bien, y *expetibile* lo que éste produce. Cuando hemos conseguido este bien, no deseamos el otro como bien, sino como consecuencia de lo que hemos deseado.—No pienso de esta manera, y creo inútil la contestación de los estoicos, porque quedan cogidos en la primera proposición, y no les es lícito cambiar los términos.

Acostumbramos á conceder mucho á la opinión común de los hombres, y es para nosotros poderoso argumento de verdad que todos crean la misma cosa. Por ejemplo, creemos que existen Dioses, porque, además de las otras pruebas, esta creencia es común á todos los hombres, no habiendo pueblo tan bárbaro y depravado que no esté persuadido de que existe alguna divinidad. Cuando discurrimos acerca de la eternidad de las almas, atribuimos mucha autoridad al consentimiento de los hombres que temen ó reverencian á los Dioses infernales. Aprovechando la creencia pública, diré que no encontrarás á nadie que

no crea que la sabiduría es un bien y que de igual manera no sea un bien ser sabio.

No haré lo que suelen hacer los vencidos en el Circo: no invocaré la compasión del pueblo: quiero medir mis armas. Lo que procede de otra cosa ¿está fuera ó dentro de la misma cosa? Si está dentro, es cuerpo como aquello de que procede, porque no puede proceder sin que exista contacto por algún lado, y lo que toca es cuerpo. Si está fuera, se alejó después de proceder; lo que se aleja tiene movimiento, y lo que tiene movimiento es cuerpo. Crees que voy á decir que la carrera no es cosa distinta de correr, ni el calor, de estar caliente, ni la luz, de la claridad. Concedo que son cosas diferentes, pero no de diferente condición. Si la enfermedad es indiferente, indiferente será la salud. Si la belleza es indiferente, será indiferente ser bello. Si la justicia es un bien, será un bien ser justo. Si la fealdad es un mal, será un mal ser feo. De la misma manera, á fe mía, que sera un mal ser lagañoso, si la lagaña es un mal. Ten por cierto que lo uno no puede ser sin lo otro. El que posee la sabiduría es sabio, y el que es sabio posee la sabiduría. Tan poca razón hay para dudar que ambas cosas tengan igual naturaleza, que muchos creen que sean una cosa sola é idéntica. Pero como las cosas son indiferentes, buenas ó malas, ¿en qué categoría se encuentra ésta? Niegan que sea buena; mala no es; luego es media ó indiferente. Medio é indiferente llamamos á aquello que puede obtener de la misma manera el bueno que el malvado, como riquezas, hermosura, honores: es así que la sabiduría solamente puede obtenerla el bueno; luego no es indiferente: pero lo que no puede adquirir el malvado, no es malo; luego es bueno. Lo que solamente el bueno puede tener, es bueno: es así que solamente

el bueno puede ser sabio; luego ser ser sabio es bueno. —Es consecuencia de la sabiduría, dicen. —¿Lo que llamas ser sabio hace la sabiduría ó la recibe? Hágala ó la reciba, de un modo ó de otro es cuerpo; porque lo que hace y lo que es hecho, cuerpo es; si es cuerpo, es un bien; lo que le faltaba para ser bien era ser cuerpo.

Los peripatéticos sostienen que no hay distinción entre sabiduría y ser sabio, y que lo uno se encuentra en lo otro. Porque ¿crees que puede alguno ser sabio sin poseer la sabiduría, ni que pueda poseer la sabiduría sin ser sabio? Los antiguos dialécticos adujeron una distinción que ha pasado á los estoicos. Te diré en qué consiste. Una cosa es un campo, y otra poseer un campo. ¿Por qué? Porque poseer un campo atañe al que lo posee, y no al campo. De la misma manera una cosa es la sabiduría, y otra ser sabio. Creo que me concederás ser dos cosas distintas el que posee y lo que es poseído: la sabiduría es poseída, el sabio la posee. La sabiduría es, por decirlo así, el alma misma que ha subido á la cumbre de la perfección, porque es el arte de la vida. ¿Qué es ser sabio? No diré que sea el alma perfecta, sino el estado del que tiene alma perfecta. Por consiguiente, una cosa es alma perfecta, y otra poseerla. Los cuerpos, dicen, tienen sus naturalezas propias; éste es hombre, aquél es caballo: estas naturalezas están acompañadas del movimiento de sus almas, que demuestran son cuerpos. Este movimiento tiene algo propio y separado del cuerpo. Cuando veo á Catón paseando, los sentidos me lo muestran y el alma lo cree; veo el cuerpo, al que miro, en el que pienso, y después digo: Catón pasea. No hablo ya del cuerpo, sino digo algo del cuerpo, algo que unos llaman enunciación y otros predicamento. De la misma manera, cuando decimos sabi-

duría, entendemos algo incorporal, y cuando decimos sabio, hablamos de un cuerpo; mediando mucha diferencia entre decir lo uno y hablar de lo otro.

Figurémonos las dos cosas presentes, porque aun no quiero decir mi opinión: ¿qué impide que la una nosea distinta de la otra, y sin embargo que no sea buena? Decías antes que una cosa es un campo, y otra poseer un campo. ¿Por qué no ha de ser cierto, si el que posee tiene una naturaleza y otra lo poseído? El uno es hombre, lo otro tierra. Pero en la especie de que se trata, el que posee la sabiduría y la sabiduría poseída tienen la misma naturaleza. Además, en el ejemplo anterior, el que posee es una cosa, y lo poseído otra; pero en éste, lo poseído y el que posee son la misma. Se posee un campo por título, y la sabiduría por naturaleza; aquél puede donarse ó venderse; ésta no abandona á quien la tiene. No pueden considerarse como una dos cosas diferentes. Dije antes que pueden ser dos cosas y una y otra buena, como la sabiduría y el sabio son distintas, y concedes que los dos son buenos. Luego nada obsta para que la sabiduría y su posesión sean dos cosas diferentes y ambas buenas. Deseo la sabiduría para un solo fin; saber. ¿Cómo? ¿no ha de ser bueno esto último, cuando de no serlo no lo sería tampoco lo primero? Decís que no debería aceptarse la sabiduría si se nos prohibiese su uso. ¿Cuál es el uso de la sabiduría? Saber: esto es lo más precioso de ella, y sin esto sería completamente inútil. Si los tormentos son malos, malo es ser atormentado; y tan cierto es esto, que aquellos no serían malos si se quitase esta consecuencia. La sabiduría es el estado del alma perfecta. Ser sabio es el estado de un alma perfecta. ¿Cómo puede dejar de ser bueno el uso de aquello que sin uso no es bueno? Te pregunto si debe desearse la sabiduría, y confiesas que sí. Te pre-

gunto si debe desearse el uso de la sabiduría, y lo concedes también, porque dices que no la aceptarías si te prohibiesen su uso. Lo que debe desearse es bueno; ser sabio es usar la sabiduría, como pronunciar discursos es usar de la elocuencia, y ver, usar de la vista; por consiguiente ser sabio es usar de la sabiduría. Es así que debe desearse el uso de la sabiduría; luego debe desearse ser sabio, y si debe desearse, es un bien. Hace tiempo que me acuso de imitar á estos filósofos cuando quiero refutarlos, y que empleo inútilmente palabras para demostrar una cosa tan clara. Porque ¿quién puede dudar que si el calor es malo, malo será tener calor? ¿si el frío es malo, malo será tener frío? ¿y si la vida es un bien, bueno es sin duda vivir?

Pero todas estas cuestiones están fuera de la sabiduría, no en su interior, que es donde nosotros debemos habitar. Si alguna vez queremos divagar, anchos y hermosos paseos tiene: investigaremos la naturaleza de los Dioses, de los variados giros de las estrellas; si nuestros cuerpos siguen sus movimientos, y su influencia hace brotar y obrar á nuestras inclinaciones; si lo que llamamos azar depende de ley cierta, y si nada hay en el mundo que sea fortuito y desordenado. Nada de esto forma las costumbres, pero recrea el espíritu y lo eleva á la grandeza de las cosas que considera. Por el contrario, esas otras cuestiones lo rebanan y debilitan en lugar de robustecerle. Y ahora os pregunto: ¿por qué tomarse tanto trabajo por una cosa que puede ser falsa y desde luego inútil, cuando podría emplearse la atención en otras más provechosas é importantes? ¿De qué me servirá saber si la sabiduría es una cosa, y ser sabio otra; si aquélla es buena y ésta no? Me guiaré temerariamente; pero posee tú la sabiduría y que yo sea sabio, y los dos seremos

iguales. Haz otra cosa mejor; muéstrame el camino para conseguirla. Dime lo que debo huir y lo que debo desear; por qué medio podré curar mis debilidades, y rechazar muy lejos todos estos deseos impetuosos que me arrastran á malas obras; cómo podre resistir tantas desgracias, y defenderme de los males que caen sobre mí y de aquellos á que voluntariamente me he adherido. Muéstrame cómo debo soportar las aflicciones sin gemir, y la felicidad sin hacer llorar á otro; cómo podré salir de la vida cuando sea necesario, y sin esperar la hora última y fatal.

Nada me parece más torpe que desear la muerte. Porque si quieres vivir, ¿á qué desear la muerte? Si quieres morir, ¿por qué pedir á los Dioses lo que te dieron cuando viniste al mundo? Porque te ordenaron morir una vez, pero eres libre para morir cuando quieras: lo primero es necesario, lo segundo voluntario. Pocos días ha, leí un principio muy malo en un libro muy bueno, de un hombre, á fe mía, muy ilustrado: «¡Ojalá muera muy pronto!» dice. Necio, pides lo que tienes en la mano. Tal vez pronunciando estas palabras te has hecho viejo; y si no, ¿quién te detiene? Marcha por donde quieras. Elige en la naturaleza la salida que más te agrade. Estos elementos que componen el mundo, el agua, la tierra y el aire, son caminos para la muerte, á la vez que causas de vida. ¡Ojalá muera muy pronto! ¿Cuándo quieres que llegue ese muy pronto? ¿Qué término le das? Puede llegar antes de lo que quieras. Palabras son estas de espíritu débil que pide misericordia al expresar este deseo. No quiere morir el que desea morir. Pide á los Dioses vida y salud. Si quieres morir, fruto es de la muerte dejar de desearla. De esto debemos tratar, querido Lucilio; en esto debemos formar nuestro espíritu. Esta es la sabiduría, esto es saber, no agitar

cuestiones vanas por medio de inútiles sutilezas. La fortuna te ha propuesto muchas cuestiones y dificultades; no las has resuelto aún, y ahora te entretienes en cavilaciones. ¿No es necedad, cuando se da la señal del combate, agitar las armas al viento? Abandona las armas de esgrima; aquí se necesitan de guerra. Díme el modo de preservar mi alma de la tristeza y del temor; cómo podré descargarla del peso de sus secretos deseos. Vengamos al hecho. «La sabiduría es un bien, ser sabio no es un bien;» que no lo sea; quiero negar que sea bueno ser sabio, para poner en ridículo todo este estudio que solamente se ocupa de inutilidades.

¿Qué dirías si supieras que se discute además si la sabiduría futura es un bien? Pero ¿cómo dudar, te ruego me lo digas, que los graneros no huelan aún á la cosecha futura, ni la infancia tenga conciencia de las fuerzas que más adelante tendrá? La salud futura no alivia al enfermo, ni tampoco el descanso venidero al que corre ó al que lucha. ¿Quién ignora que lo que está por venir no es un bien, por la sola razón de que está por venir? Porque lo que es un bien es al mismo tiempo provechoso, y solamente lo presente puede serlo. Si el bien no aprovecha, no existe aún; si aprovecha, existe ya. Seré sabio algún día; esto será un bien cuando yo sea sabio, pero no lo es todavía. Primeramente ha de existir la cosa, después veremos cómo es. ¿Cómo, te ruego me digas, no existiendo es ya un bien? ¿Puedo probarte mejor que una cosa no existe, que diciendo que existirá, puesto que desde luego se ve que no existe aún al decir que existirá? La primavera debe venir, luego sé que estamos en invierno; el estío debe venir, luego sé que no ha venido aún, y la mejor prueba de que una cosa no está presente, es que ha de venir. Espero ser sabio algún

día, pero entre tanto no lo soy, porque no puedo estar al mismo tiempo en posesión y privado de este bien. Cosa futura es que yo sepa, luego has de deducir que no sé aún. Si tuviese el bien de la sabiduría, no tendría ya el mal de la ignorancia. Estas dos cosas no pueden coexistir, como no pueden estar juntos el bien y el mal en el mismo individuo.

Pasemos ligeramente por estas agudas generalidades, y detengámonos en aquellas que pueden producirnos alguna utilidad. El que va á buscar á una matrona para que asista á su hija en el parto, no se detiene á leer los programas de los juegos públicos. El que acude á extinguir el incendio de su casa, no se detendrá en el tablero laterunculario (1) para ver cómo salvará un peón comprometido. Pero te anuncian, á fe mía, peligros por todas partes, en tanto el incendio de tu casa, la desgracia que amenaza á tus hijos, el asedio de tu ciudad y el saqueo de tus bienes, sin hablar de los naufragios, terremotos y todo lo que es motivo de nuestros temores; ¿y entre tantos peligros te ocupas en cosas que solamente pueden recrear el ánimo? ¿preguntas qué diferencia puede haber entre la sabiduría y ser sabio? ¿haces y deshaces nudos cuando tan inmensa mole amenaza tu cabeza? La naturaleza no ha sido tan benigna y liberal al concedernos tiempo, que podamos perder parte de él, y considera cuánto pierden hasta los más diligentes. Nos lo quitan también nuestras enfermedades y las de nuestros parientes, y nos ocupan nuestros negocios particulares y los públicos. El sueño consume la mitad de nuestra vida. ¿Por qué emplear en cosas vanas la mayor parte de un tiempo tan escaso y que corre con tanta rapidez? Añade á esto que al espíritu

(1) Tablero para jugar á las damas.

gusta más recrearse que corregirse, y se forma una distracción de la filosofía, en vez de estudiarla como un remedio. Ignoro qué diferencia media entre la sabiduría y ser sabio; pero sé bien que me es igual saberlo que ignorarlo. Díme, cuando aprenda la diferencia que media entre lo uno y lo otro, ¿seré sabio? ¿Por qué haces que me fije más en los términos de la sabiduría que en sus efectos? Hazme más fuerte, hazme más tranquilo, hazme resistir á la fortuna, hazme superior á ella. Y superior á ella seré si practico todo lo que aprenda. Adiós.

EPÍSTOLA CXVIII.

EN QUÉ CONSISTE EL BIEN.

Pídesme cartas frecuentes; si ajustamos cuentas, resultarás insolvente. Habíamos convenido en que escribirías tú primero y yo te contestaría. Pero no me mostraré difícil, y como sé que se te puede prestar con seguridad, voy á hacerte este adelanto. No haré, sin embargo, lo que Cicerón, varón doctísimo, mandaba hacer á Attico, «que le escribiese lo que se le viniera á la boca, si nada tenía que decirle.» No me faltará materia de qué escribir, aun prescindiendo de aquellas sobre que versan las epístolas de Cicerón; es á saber: «Quiénes pretenden los cargos; quién lucha con sus fuerzas propias; quién con las ajenas; quién pide abiertamente el consulado; quién bajo el favor de César; quién patrocinado por Pompeyo; qué usurero tan implacable es Cecilio, de quien ni sus mismos parientes podrían obtener un óbolo sino al doce por ciento.» Mejor es que nos ocupemos de nuestros

defectos propios que de los ajenos; que nos examinemos y consideremos los deseos que formamos acerca de infinidad de cosas, sin concederlas á nadie. Lo levantado, seguro y libre, caro Lucilio, es no pedir nada y pasar adelante cuando la fortuna ostenta sus favores.

¡Cuánto placer puede experimentarse cuando, reunido el pueblo, se ve á los que ambicionan los cargos, adulando á sus amigos, éste prometiendo dinero, aquél prestando cauciones, al otro besando las manos á los que no permitiría tocasen las suyas si consiguiese lo que desea, y suspendidos todos esperando lo que dirá el anunciador público—qué placer quedar tranquilo en medio de esta feria en la que nada tenemos que vender ni comprar! ¡Cuán grato es contemplar sin pretensión ninguna, no solamente las asambleas en que se crean los cónsules y pretores, sino que también la numerosa multitud de los que piden cargos anuales é dignidades perpetuas; unos la victoria y el triunfo, otros riquezas; aquéllos matrimonio é hijos, éstos favor para ellos y los suyos! ¡Qué grandeza de alma en ser el único que nada pide, que no ruega á nadie y puede decir: «¡Nada tengo que ver contigo, Fortuna; no quiero depender de tu poder; sé que rechazas los Catón y favoreces á los Vatinio: nada te pido!» Esto es despojar de su poder á la Fortuna.

De esto debemos escribir, y hablar incesantemente de una materia que es inagotable, considerando tantos millares de hombres que se agitan para adquirir cosas malas por malos medios y que piden lo que rechazarán ó despreciarán inmediatamente después. Porque ¿quién se contentó jamás con lo que se le concedió y que le parecía muy grande mientras lo deseaba? No es como generalmente se cree, ávida la

felicidad, sino pequeña; por eso no puede satisfacer á nadie. Crees grande la riqueza porque te encuentras lejos de ella, pero es pobre á los ojos de los que la poseen. Mucho me engaño si éstos no quieren elevarse más; porque lo que tú crees que es la cumbre, no es para ellos más que un grado. Los hombres sufren mucho por la ignorancia. Buscan las riquezas como verdadero bien, engañándose la opinión vulgar; y cuando con mucho trabajo las adquieren, conocen que son verdaderos males, ó inútiles ó más pequeñas de lo que esperaban. La mayor parte admira lo que brilla de lejos, y para el vulgo todo lo grande es bueno.

Para que no nos suceda lo mismo á nosotros, investiguemos ante todo «qué sea el bien.» De diferente manera lo han interpretado: unos lo han definido de un modo y otros de otro. Algunos dicen: «El bien es lo que invita y atrae los ánimos.» ¿Cómo? ¿y si nos atrae para nuestra ruina? porque sabes que existen muchos males halagüeños. Lo verdadero y lo verosímil se diferencian en que el bien está unido á lo verdadero, porque no sería bien si no fuese verdadero. Pero lo que nos atrae y desliza en nuestro pecho no es más que verosímil.—Otros lo han definido así: «El bien es lo que mueve á desearlo y da impulso al ánimo para que lo busque.» A esto se opone la misma objeción. Muchas cosas hay que mueven el ánimo y que éste busca para su pérdida. Mejor lo definieron los que dijeron: «El bien es lo que mueve al alma según la naturaleza, y en este concepto se desea.» En efecto, el bien no es de desear hasta que comienza á ser deseable, es decir, hasta que es honesto, que es lo que debe desearse. Esto me hace recordar que debo señalarte la diferencia que media entre lo bueno y lo honesto. Algo tienen de común é insepara-

ble, porque nada puede ser bueno si no lleva consigo algo honesto, y lo honesto siempre es bueno. ¿Qué diferencia existe, pues, entre ambas cosas? Lo honesto es la perfección del bien que hace la vida feliz y cambia en bien todo lo que tóca. Esto es lo que quiero decir: cosas hay que no son buenas ni malas, como un cargo en el ejército ó en la magistratura, una embajada. Estas cosas honestamente administradas, comienzan á ser buenas, no continuando ya en estado indiferente. El bien nace en compañía de lo honesto, pero lo honesto es bien por su propia naturaleza. El bien procede de lo honesto, pero lo honesto es bien por sí mismo. Lo que es bueno pudo ser malo, pero lo honesto no ha podido dejar de ser bueno.

También se ha dado esta definición: «El bien es todo lo que es conforme con la naturaleza.» Escucha esto que digo: lo que es bien, es según la naturaleza; pero no se deduce que todo lo que sea según la naturaleza sea bien; porque existen muchas cosas conformes con la naturaleza que son pequeñas y tan poco importantes, que no merecen el nombre de bien. Pero no existe bien, por pequeño que sea, que merezca despreciarse; porque mientras es pequeño y poco importante, no es bien; y en cuanto adquiere la naturaleza de bien, deja de ser pequeño. ¿En qué se reconoce, pues, que una cosa es buena? En si está perfectamente conforme con la naturaleza, que es su verdadero carácter. — Pero confiesas que hay cosas conformes con la naturaleza, y que sin embargo no son buenas: ¿en qué consiste que unas tengan esta cualidad y otras no? ¿Quién las ha dado carácter diferente, puesto que tienen de común la conformidad con la naturaleza? — La grandeza solamente. No es nuevo que algunas cosas cambien al crecer. Fué niño, ahora es hombre: la propiedad de su naturaleza

ha cambiado; es razonable, cuando antes no lo era. Algunas cosas no solamente aumentan creciendo, sino que cambian.—No cambia lo que se hace mayor, contestan; poco importa que llenes de vino un ánfora ó un tonel, porque en uno y en otro permanece la misma propiedad del vino: corta cantidad de miel tiene igual sabor que cantidad grande. — Aduces ejemplos muy lejanos de la cuestión, porque esas cosas tienen una cualidad que conservan siempre, aunque aumenten. Ten entendido que hay cosas que subsisten siempre en su propiedad natural, aunque se amplifiquen en su género; otras que aumentan mucho, y que solamente cambian de naturaleza por el último grado que se les añade, y les hace pasar á diferente condición. Una sola piedra forma la bóveda: entiendo aquella que forma la clave y sujeta y reúne los dos costados. Mas ¿por qué produce tanto efecto lo último que se añade, por pequeño que sea? No porque aumente la cosa, sino porque la hace completa y perfecta. Por el contrario, existen otras que con el aumento pierden su forma y adquieren otra nueva. Después que nuestro espíritu ha dado extensión á alguna cosa y se ha cansado siguiendo su grandeza, comienza á llamarla infinita, porque es muy diferente á cuando parecía muy grande, pero limitada. De la misma manera pensábamos que algo podía cortarse, aunque con dificultad, y al fin, aumentando la dificultad, se ha visto que no podía cortarse. De la misma manera también, lo que no podía moverse sino con mucho trabajo llega á ser inmóvil. Por la misma razón, una cosa era conforme con la naturaleza, cambió sus propiedades el aumento y la hizo buena. Adiós.

EPÍSTOLA CXIX.

ES RICO EL QUE DOMINA SUS DESEOS.

Cuantas veces descubro algo, no espero que me digas:—Para los dos.—Yo mismo lo digo. ¿Quieres saber lo que he descubierto? Abre la mano; todo es ganancia. Voy á demostrarte cómo puedes ser rico en poquísimo tiempo; creo que desearás oirlo en seguida, y con razón, porque voy á llevarte á la mayor fortuna por camino muy corto. Pero necesitarás algún préstamo para poder negociar, aunque no quiero que lo hagas por medio de corredor que te anuncie, porque tengo ya preparado fiador: aquel precepto de Catón: «Tomarás prestado de tí mismo.» Por poco que sea bastará, y si nos falta algo, lo tomaremos de nosotros mismos. Indiferente es, caro Lucilio, no tener una cosa y no desearla. Lo esencial en esto es no lamentarlo. No pretendo obligarte á que no niegues nada á la naturaleza, que es obstinada, absoluta y exige lo que se le debe; pero has de convencerte de que lo que se le da de más es voluntario y no absolutamente indispensable. ¿Tienes hambre? Necesario es comer; pero la naturaleza no repara en si el pan es blanco ó negro; solamente cuida de llenar el estómago, no de lisonjearle. ¿Tienes sed? Poco importa á la naturaleza que el agua que bebas la saques de un estanque ó la refresques con nieve; solamente pide que calmes la sed, sin atender á que sea en copa de oro, de cristal, de mirra, en vaso tiburtino ó en el hueco de la mano. Si consideras el fin principal de las cosas, no atenderás á lo superfluo. Si te llama el

hambre, come lo que encuentres, y te parecerá muy bueno: todo lo encuentra excelente el hambriento.

Preguntas qué he encontrado que tanto me deleita y que me parece tan perfectamente dicho. «El sabio es grande buscador de las riquezas naturales.» Me obsequias con una cosa vacía. ¿Cómo? Ya había preparado mis negocios, meditaba en qué mares negociar, y qué mercancías haría venir. Burlarse es predicar pobreza después de haber ofrecido riquezas. ¿Consideras pobre al que no carece de nada? —Debe agradecerlo, dirás, á su paciencia y no á la fortuna. — Luego no creerás rico al que puede dejar de serlo. ¿Qué es más, tener mucho ó tener bastante? El que tiene mucho desea más, lo cual demuestra que no tiene bastante; pero el que tiene bastante ha llegado á un punto á que el rico no llega jamás. ¿Acaso no creerás que esto sea verdadera riqueza porque nunca acarreó procripciones, porque no provoca al hijo á envenenar á su padre ni la esposa al marido? ¿porque está seguro durante la guerra y tranquilo en la paz? ¿porque no hay peligro en poseerlo ni dificultad en administrarlo? ¿Acaso posee poco el que no tiene frío, hambre ni sed? No tiene más Júpiter. Verdaderamente no es poco tener bastante; porque cuando no se tiene bastante, nunca se posee mucho. Alejandro, después de vencer á Darío y á los Indios, se encontró pobre: para enriquecerse, registra mares desconocidos, pone nuevas armadas en el Océano, y fuerza, por decirlo así, las mismas barreras del mundo. Lo que basta á la naturaleza ¿no es bastante para el hombre? Un hombre ha existido que, después de apoderarse de todo, deseó algo aún. ¡Tan grande es nuestra ceguedad y tanto olvida su primera condición el que adelanta! Aquel que poco antes era poseedor discutido de pequeño rincón del mundo, no está contento

con la conquista de tan vastos territorios, porque á su regreso no encuentra país que subyugar.

Nunca hizo rico al hombre el dinero, porque solamente sirve para aumentar su codicia. ¿Preguntas la razón? Porque cuanto más se tiene, puede tenerse mucho más. En último caso llama al que quieras de esos ricos que son Crasso y Licinio de nuestro tiempo; que traigan sus registros, que muestren cuanto tienen y cuanto esperan: á mi juicio son pobres aún; al tuyo pueden llegar á serlo. Pero el que sabe acomodarse á las necesidades de la vida, no sólo no siente, sino que ni siquiera teme la pobreza. Mas ten presente que es muy difícil reducirse á lo que la naturaleza exige estrictamente, porque este de quien hablo puede tener algo superfluo. Las riquezas deslumbran al pueblo, y asombra ver sacar de una casa mucho dinero, cuando el interior está bien dorado y bien vestida la servidumbre. Pero todo esto no pasa de felicidad aparente y exterior. La de aquel que hemos sustraído al poder del pueblo y de la fortuna, es sólida é interior. Aquellos á quienes la muchedumbre de negocios hace dar el nombre de ricos, tienen las riquezas como nosotros la fiebre; es decir, que la fiebre nos tiene; y lo mismo debemos decir de ellos: «Las riquezas los tienen.»

Una sola cosa quiero aconsejarte, que nunca se aconsejará bastante, y es que lo midas todo por los deseos de la naturaleza, que puede quedar satisfecha sin que cueste nada ó costando muy poco. No mezcles el lujo á los deseos; no te inquiete en qué mesa, en qué platos y qué criados te servirán la comida; la naturaleza solamente desea lo necesario para comer.—«Para extinguir ardiente sed ¿buscamos vaso de oro? Para calmar el hambre que atormenta ¿buscamos platos delicados?»—El hambre no es ambicio-

sa, solamente quiere saciarse, y no cuida con qué; pero el lujo lleva consigo el tormento de querer buscar apetito después de la saciedad, sed después de estar hartos, y más procura rellenar el vientre que satisfacerlo. Por esto dijo con tanta razón Horacio: «que la sed no atiende al vaso ni á la mano que la sacia. Porque si crees que no puedes prescindir de que te sirva elegante criado y en hermoso vaso, no tienes sed. Uno de los favores mayores que nos ha dispensado la naturaleza es haber quitado la repugnancia á la necesidad. Tenemos libertad de elección en las cosas superfluas.—Esto no es agradable, aquello poco delicado, me hiere la vista.—Pero el grande arquitecto del mundo, al ordenar nuestra manera de vivir ha cuidado de nuestra salud y no de nuestras delicadezas. Lo necesario está dispuesto siempre y fácilmente se consigue; lo que sólo sirve para nuestras delicias se consigue á costa de grandes trabajos. Usemos, pues, del inapreciable presente que nos ha hecho la naturaleza, y pensemos que nunca favoreció tanto á los hombres cuando hizo que lo que desean por necesidad lo tomen sin disgusto. Adiós.

EPISTOLA CXX.

CÓMO ADQUIRIMOS EL PRIMER CONOCIMIENTO DE LO
BUENO Y LO HONESTO.

De muchas cuestiones pequeñas se ocupa tu carta, mas al cabo se fija en una y me pides su resolución. —«¿Cómo adquirimos el conocimiento de lo bueno y verdadero?» — Estas dos cosas son diferentes para otros; para nosotros solamente separadas. Explicaré

esto. Algunos consideran bueno lo que es útil; pero tan poco lo aprecian, que lo rebajan hasta á las cosas más humildes, dando el nombre de bueno al dinero, al vino, al caballo, al calzado. Lllaman honesto á todo lo concerniente á los deberes legítimos, como cuidar al padre en la ancianidad, favorecer á los amigos en su pobreza, guiar bien un ejército, dar prudente y moderado consejo. De una cosa sola nosotros hacemos dos; porque nada es bueno que no sea honesto, y lo que es honesto, al mismo tiempo es bueno; y no creo necesario repetir en qué se diferencian, porque con frecuencia lo he dicho, y solamente añadiré que no consideramos como bueno aquello de que se puede usar mal: bien sabes de qué mala manera usan algunos de las riquezas, la nobleza y las fuerzas corporales.

Ahora vuelvo al asunto de que deseas me ocupe, esto es, «cómo llegó á nosotros el primer conocimiento de lo bueno y lo honesto.» La naturaleza no puede enseñarnoslo, porque si bien nos ha dado algunas semillas de ciencias, no nos dió las ciencias mismas. Algunos han dicho que adquirimos estos conocimientos fortuitamente, pero no es creíble que jamás se presentase á nadie por casualidad la imagen de la virtud: por mi parte creo que procede más bien de la observación de las cosas que frecuentemente han ocurrido, que recogidas y comparadas entre sí, nuestro discernimiento natural juzgó en seguida lo que tenían bueno y honesto por analogía y relación. No rechazo esta palabra analogía, ni la devuelvo á su origen, puesto que los gramáticos latinos la han adoptado. Me serviré, pues, de ella, no como de vocablo tolerado, sino usado, y te diré qué es analogía. Hemos conocido que existe salud del cuerpo, y de aquí hemos colegido que existe salud del alma. Hemos co-

nocido que existe fuerza del cuerpo, y de aquí juzgamos que existe fuerza del alma. Nos asombraron algunas acciones de bondad, de generosidad y de fortaleza, y comenzamos á admirarlas como excelentes y perfectas. Ocultábanse, sin embargo, muchos vicios bajo el esplendor de bellas acciones, disimulándolos por la inclinación natural que tenemos á ensanchar lo que merece alabanza, porque no hay quien no aumente una acción gloriosa más allá de la verdad. De todo esto hemos deducido la idea del soberano bien. Fabricio rechaza los presentes del rey Pyrrho, y creyó que el desprecio de sus riquezas valía más que su reino. El médico de Pyrrho le ofrece envenenar al Rey, y en seguida le advierte que se guarde de las asechanzas. Igual es la heroicidad que le lleva á no dejarse vencer por el dinero y á no vencer por el veneno. Admiramos á aquel varón insigne á quien no corrompen los ofrecimientos del Rey ni los que le hacen contra el Rey, que conserva las buenas costumbres y la inocencia en medio de la guerra cuando tan difícil es; que creyó no estaba todo permitido contra un enemigo declarado, que en extrema pobreza, de la que hacía su gloria, rechaza con igual fortaleza las riquezas y el veneno. «Vive, dice, por favor mío, Pyrrho, y alégrate de lo que antes lamentabas, de que Fabricio sea incorruptible.» Horacio Cocles hizo de su cuerpo muralla del puente, y consintió que se le impidiese la retirada con tal de cortar el paso al enemigo, resistiendo el asalto hasta que se rompió el puente y oyó caer las ruinas. Mirando entonces atrás y viendo salvada la patria, gracias á su propio peligro, arrojóse al agua, exclamando: «Venga conmigo el que quiera seguirme;» y cuidando tanto de salvar sus armas como su persona en medio de la rápida corriente, salió armado; tan seguro volvió como si lo

hiciera por el puente. Esta y otras acciones nos hicieron conocer la virtud.

Añadiré lo que tal vez admirará más, que lo malo hizo conocer lo honesto, mostrándose lo bueno por su contrario. Porque, como sabes, existen vicios que confinan con las virtudes, y hasta en los peores se encuentran apariencias de rectitud. De esta manera el pródigo se disfraza de liberal, aunque media mucha diferencia entre saber dar y no saber conservar. Muchos hay, querido Lucilio, que arrojan á la aventura y no dan, y no puedo llamar liberal al que es enemigo de su dinero. De esta manera también imita la negligencia á la felicidad y la temeridad á la fortaleza. Estas semejanzas nos obligan á reflexionar y á distinguir cosas que se estaban tan cercanas y que, sin embargo, son muy diferentes. Observamos la vida de aquellos que se engrandecieron por sus acciones; después se observó la de los que hicieron algo con generoso ánimo, aunque una sola vez. Reconocióse que uno era audaz en la guerra y tímido en el foro; que otro sobrellevaba valerosamente la pobreza, pero no podía soportar las injurias; alabáronse las acciones y se despreció á sus autores. En fin, vióse otro que era benigno con sus amigos, moderado con sus enemigos, que dirigía sus negocios y los públicos con escrupulosa probidad. Vióse que no carecía de paciencia cuando era necesario sufrir, ni de prudencia cuando se necesitaba obrar; que derramaba á manos llenas cuando se trataba de dar, que trabajaba con asiduidad disminuyendo el cansancio del cuerpo el regocijo del ánimo: además, que siempre se mostraba igual, y en todos sus actos conforme consigo mismo; bueno siempre, no solamente por deliberación sino que también por costumbre, estando tan habituado á obrar bien que no podía obrar mal. Entendimos que en este

hombre la virtud era perfecta, y en seguida la dividimos en varias partes: era conveniente refrenar la codicia, rechazar el temor, deliberar lo que se había de hacer, y distribuir lo que se debía devolver, y á esto se llamó templanza, fortaleza, prudencia y justicia, asignando á cada una su oficio.

¿En qué, pues, conocimos la virtud? En su propio orden, en su belleza, en su constancia, en la uniformidad de sus acciones y en su grandeza, que se eleva sobre todo lo que existe. Por todo esto se conoció aquella vida dichosa que se desliza plácidamente y siempre es dueña de sí misma. Pero ¿cómo conocimos esto mismo? Lo diré también. Vióse que aquel hombre perfecto y virtuoso nunca murmuró de la fortuna, que lo entristecían los acontecimientos desgraciados, y creyéndose ciudadano y soldado de este universo, soportaba todo género de trabajos como si se los mandasen. Que no se afligía por lo que le acontecía como por mal que le ocurriese casualmente, sino que lo aceptaba como cosa que se le remitiese, diciendo:—Por amargo y duro que esto sea, mío es; cumplamos nuestro deber.—Necesariamente debió parecer grande este varón, es decir, que le era imposible no serlo, en vista de que el mal no le hacía gemir ni quejarse de su suerte: dábase á conocer á todos como luz que brilla en las tinieblas, ganándolos con su dulzura y equidad en las cosas divinas y humanas. Tenía alma perfecta, sobre la cual solamente se levanta la mente divina, de la que una parte bajó á este pecho humano; porque el hombre nunca parece tan divino como cuando piensa que ha nacido para morir, y que su cuerpo no es más que un hospicio que debe dejar en cuanto empieza á ser gravoso para el huésped.

Grande argumento es, caro Lucilio, de que el alma viene de lo alto, el que considere bajo y humilde el

lugar que habita y no tema salir de él. Bien se sabe á dónde se ha de volver cuando se recuerda de dónde se ha venido. ¿No vemos cuántas molestias nos rodean y qué mal se aviene con nosotros este cuerpo? En tanto nos quejamos del vientre, en tanto de la garganta ó del pecho: unas veces nos duelen los nervios y los pies; otras el vientre ó nos mortifica el reuma: en un tiempo tenemos demasiada sangre, en otro nos falta; en tanto se nos oprime por un costado, en tanto por otro, y al fin se nos lanza fuera. Esto es lo que ocurre ordinariamente á los que habitan una casa que no les pertenece. Sin embargo, aunque tenemos un cuerpo tan caduco, no dejamos de proponernos cosas eternas, y pretendemos durar tanto cuanto durar puede la vida del hombre, sin quedar contentos por grande que sea la riqueza y el honor que alcancemos. ¿Puede hacerse algo más insensato é impudente? Nada basta á los que han de morir, y en efecto mueren; porque diariamente nos acercamos á nuestro fin, y cada momento nos empuja hacia el punto á donde hemos de llegar. ¿Considera cuánta es la ceguedad de nuestra mente! Esto que digo ha de suceder, sucede incesantemente, y su mayor parte está ya realizada, porque el tiempo que hemos vivido se encuentra ya en el mismo lugar que estaba antes de que naciésemos, y hacemos mal en temer al último día, puesto que cada uno de los anteriores no contribuye menos á nuestra muerte. El último paso en que caemos no produce nuestro cansancio, sino que solamente lo da á conocer. El último día llega á la muerte; todos los anteriores se encaminan á ella. La muerte nos mina, no nos arrebatata.

Por esta razón, el alma grande que sabe está reservada para una vida mejor, cuida de comportarse honesta y prudentemente en esta estación en que la

han dejado, sin considerar lo que tiene en derredor suyo como cosas que le pertenecen, sino como prestadas para su uso como peregrino transeunte. Si contemplásemos un hombre con tanta constancia, ¿no juzgaríamos que su naturaleza era extraordinaria, principalmente si ostentaba verdadera grandeza? Las cualidades reales subsisten, las falsas no permanecen. Los hay que en tanto son Vatinios, en tanto Catones: un día les parece que Curión no es bastante severo, que Fabio no es bastante pobre, ni Tuberón bastante sobrio y económico: otro día ensalzan las riquezas de Lucinio, los festines de Apicio y las delicias de Mecenas. Seguro indicio es de mal ánimo la perpetua fluctuación entre el gusto por la virtud y el amor del vicio. — «Unas veces le siguen doscientos criados, otras, diez; en tanto solamente habla de reyes y tetrarcas, refiriendo sus grandezas, y en tanto dice: «me basta una mesa de tres pies, una concha con sal » y una toga, aunque mala, para preservarme del frío.» Pero á este parco, que con tan poco se contenta, dadle riquezas, y en cinco días las disipará...» — Todos éstos se parecen al que describe Horacio, que nunca era igual ni conforme consigo mismo; tan vago y vacilante era su espíritu. Lo que digo de éstos podría decirlo de casi todos. Ninguno hay que no cambie de voluntad y propósito diariamente: en tanto resuelve casarse, en tanto quiere tener una concubina, en tanto la echa de magnate, en tanto hace cuanto podría hacer el siervo más oficioso: unas veces se alza hasta hacerse odiar, otras se rebaja hasta hacerse despreciar; ahora derrama el dinero, ahora lo arrebatata. En esto se reconoce principalmente el ánimo inconstante: pasa rápidamente de un extremo á otro, y, lo que me parece peor, nunca es igual consigo mismo. Considera que es cosa grande ser siempre el mismo

hombre, pero solamente el sabio puede serlo. Nosotros tomamos diferentes formas. Algunas veces parecemos sobrios y graves, otras pródigos y vanidosos: cambiamos en seguida y somos distintos de lo que fuimos.—Proponte, pues, ser hasta el fin de tu vida lo que te propusiste ser. Haz que, si no pueden alabarte, al menos que te conozcan: porque de alguno que viste ayer puede preguntarse hoy: ¿quién es? Tanto ha cambiado. Adiós.

EPÍSTOLA CXXI.

SI TODOS LOS ANIMALES TIENEN CONCIENCIA DE SÍ MISMOS.

Viendo estoy que te disgustará si te expongo una cuestioncilla en que nos hemos detenido mucho hoy, y que exclamarás:—¿De qué sirve eso para las costumbres?—Pero te traeré á Posidonio y á Arquidemo para que lo discutas con ellos, y después diré que no todo lo que es moral forma las buenas costumbres. Una cosa sirve para la alimentación del hombre, otra para sus ejercicios y otra para deleitarle. Todas le pertenecen, y, sin embargo, no le hacen mejor. Las costumbres pueden tratarse de diferentes maneras: unas veces se las corrige y regula, otras se investiga su naturaleza y origen. Cuando pregunto por qué produjo la naturaleza al hombre, por qué le ha dado imperio sobre los animales, ¿crees que no atiendo á las costumbres? Te engañas. ¿Cómo sabrás qué costumbres debe tener el hombre, y qué cosas le son más provechosas, si no contemplas la naturaleza? Sabrás lo que se debe hacer y lo que debe evitarse en cuanto hayas aprendido lo que debes á tu naturaleza.—Yo

quiero, me dirás, aprender á moderar mis deseos y temores. Quítame la superstición; enséñame que lo que llaman felicidad es inconstante y ligero, y que basta una sílaba para cambiarlo en infelicidad.—Satisfaré tu deseo, exhortaré á la virtud, atacaré al vicio; en vano me reconvendrán por el exceso de mi celo; no cesaré de perseguir la malicia, de contener las pasiones violentas, de oponerme á los malos deseos y de cercenar los placeres que han de terminar por el dolor. ¿Cómo no hacerlo, cuando es cosa cierta que los males más grandes proceden de nuestros deseos, y aquello de que hoy nos quejamos viene de lo que antes recibimos con placer? Mas permítame, entre tanto, que examine cosas que parecen algo apartadas de esta materia.

Preguntábamos: «Si todos los animales tienen sentimiento de su constitución.» Parece que sí lo tienen, en vista de que mueven sus miembros con tanta prontitud y precisión como si se les hubiese enseñado á hacerlo. Ni uno se encuentra que no posea esta agilidad. El obrero maneja sus herramientas fácilmente; el piloto dirige sin trabajo el timón; el pintor, que tiene delante multitud de colores para hacer un retrato, prontamente ve los que le convienen, y al mismo tiempo pone en ellos los ojos y la mano. Así también se sirve el animal de su cuerpo como quiere. Nos asombra ver á los cómicos que representan con las manos toda clase de acciones, y con sus gestos acompañan sus rápidas palabras. Lo que el arte hace en éstos ha hecho la naturaleza en los animales. Ni uno solo existe al que cueste trabajo mover sus miembros: prontamente hacen aquello á que están destinados; con este conocimiento nacen, vienen completamente enseñados. — Diráse: los animales mueven sus miembros con esa destreza porque expe-

rimentarían dolor si los moviesen de otra manera, lo cual hace comprender que se ven obligados á ello y que no su voluntad, sino el temor del dolor, les impulsa á moverse como deben, porque el movimiento forzoso es lento siempre y tardío, y el voluntario es ágil y preciso. Así, pues, lejos de moverse por miedo del dolor, se inclinan á su movimiento natural aunque el dolor les contenga. El niño que quiere permanecer en pie comienza á ensayar sus fuerzas; cae y se levanta otras tantas veces llorando, hasta que aprende con dolor lo que la naturaleza exige de él. Animales hay que tienen el dorso duro, que, puestos boca arriba se agitan, levantan las patas, las inclinan y retuercen hasta que recobran su posición natural. La tortuga invertida no experimenta ningún dolor, pero se muestra inquieta y no cesa de agitarse hasta que se la coloca sobre sus pies. Es, pues, indudable que todos los animales tienen sentimiento de su constitución natural, del que depende el expedito movimiento de sus miembros; y el mejor indicio que tenemos de que nacen con este conocimiento es que no vemos animal que no sepa servirse de sí mismo.

Dirásme también: «Esa constitución es, como vosotros decís, cierta relación que existe entre el alma y el cuerpo.» Pero ¿cómo había de comprender el niño cosa tan sutil y oscura, que vosotros mismos difícilmente podéis explicar? Necesario era que todos los animales naciesen dialécticos para que comprendiesen esta definición que muchos sabios considerarían oscura.—Verdadero sería esto si yo dijese que los animales comprenden la definición; pero la naturaleza la hace entender mejor que la palabra. Así, el niño de que antes hablaba no sabe qué es constitución natural, pero conoce la suya: ignora qué sea un animal, pero se siente animal. Además conoce su constitu-

ción en conjunto y oscuramente, como conocemos nosotros que tenemos alma, aunque ignoramos qué sea, dónde reside y de dónde viene. De la misma manera podemos decir que todos los animales sienten su constitución, como sentimos nosotros que tenemos alma; porque necesariamente han de sentir lo que les hace sentir las demás cosas; indispensable es que sientan lo que les conduce y aquello que siguen. Ninguno de nosotros ignora que existe algo que agita las pasiones, y que no sienta algún impulso en su interior. Sin embargo, no sabe qué es ni de dónde procede. Los animales tienen en cierto modo, como los niños, sentimiento de su parte superior, pero no bastante claro y preciso.

Me replicaréis: «Todo animal, decís, se acomoda desde luego á su constitución, y el hombre cuya constitución consiste en ser racional, se ama, no como animal, sino como racional; porque debe amarse por el alma, que es la parte que le hace hombre.» ¿Cómo, pues, el niño puede acomodarse á una constitución racional cuando todavía no es razonable?—Cada edad tiene su constitución particular; una es la del niño, otra la del joven, y otra la del viejo. Acomódase cada cual á la constitución en que se encuentra. Carece el niño de dientes, y se acomoda á esta constitución; le nacen los dientes, acomódase también á este estado. La hierba que ha de producir espiga y granos tiene determinada constitución, cuando es tierna y comienza á brotar de la tierra; tiene otra cuando crece y se convierte en tallo delicado, pero bastante fuerte para sostenerse; otra tiene cuando brota la espiga, cuando se dora y endurece; y en cualquier estado en que se encuentre, á él se conforma y ajusta. La edad del niño es diferente de la del joven, y la de éste de la del viejo; sin embargo, el

mismo soy yo que era niño, adolescente y joven; lo que demuestra que si cambia la constitución, la conformidad con la constitución permanece igual; porque la naturaleza no hace que me ame como adolescente, joven ó viejo, sino solamente como á mí mismo. Por consiguiente el niño se acomoda á su constitución de niño, no á la que tendrá cuando sea joven; no debiendo imaginarse que habiendo de pasar á un estado más perfecto, aquel en que se encuentra no esté conforme con su naturaleza. El animal cuida primeramente de sí mismo porque debe haber algo á que se refiera todo lo demás. Deseo el placer, ¿por quién? por mí; luego cuido de mí mismo. Temo el dolor, ¿por quién? por mí; luego cuido de mí mismo. Si todo lo hago por el cuidado de mí mismo, síguese que me amo sobre todas las cosas. Este amor se encuentra en todos los animales; nadie se lo ha enseñado; nacen con él. La naturaleza cuida de sus hijos; nunca los abandona, y como la custodia más segura es la más cercana, ha hecho á cada cual guardián de sí mismo. De esto resulta, como ya dije en epístolas anteriores, que los animales en cuanto nacen conocen lo que les es contrario, y se guardan de lo que les es perjudicial; los que viven amenazados por las aves de rapiña, temen su sombra cuando vuelan sobre ellos. No nace ningún animal sin miedo á la muerte.

¿Cómo, dirás, puede conocer el animal recién nacido lo que le es favorable ó perjudicial?—Lo que primeramente hay que averiguar es si lo conoce, y no cómo lo conoce; y es evidente que lo conoce porque no obraría de otra manera si lo conociese. ¿Cómo se explica que la gallina no teme al pato ni al pavo, y huye del milano que es mucho más pequeño y no ha visto jamás? ¿Por qué temen los polluelos al gato y no al perro? Todo esto demuestra que conocen lo que

les es dañoso, conocimiento que no procede de la experiencia, porque se precaven del daño antes de haberlo experimentado. Además, para que no creas que esto lo hacen por casualidad, diré que solamente temen lo que deben temer, sin olvidarlo nunca, atendiendo siempre de igual manera á preservarse de lo que puede perjudicarles. Considera que no se hacen más tímidos con la edad, lo cual demuestra que no hacen nada por costumbre, sino por el cuidado natural de su conservación. Todo lo que enseña la costumbre es tardío y diverso; lo que procede de la naturaleza es rápido é igual. Te diré, sin embargo, si lo deseas, cómo procura el animal conocer lo que le es dañoso. Siente que está formado de carne, y por esta razón conoce lo que puede rasgarla, quemarla ó dislacerarla, cuáles los animales armados en contra suya, y concibe hacia todo esto horror y aversión; sentimientos que van unidos siempre, porque desde el momento en que se cuida de la propia conservación, se desea lo saludable y se teme lo dañoso. Naturalmente tenemos aversión á todo lo que nos es contrario, y hacemos así sin pensar en ello y sin deliberación lo que la naturaleza nos enseña. ¿No consideras la destreza de las abejas para construir sus panales y el buen orden que observan en la distribución de los trabajos? ¿No contemplas la tela de araña que nadie podría imitar? ¿Cuánto trabajo para colocar unos hilos rectos que sostengan la obra, otros en redondo y disminución con objeto de coger los insectos contra quienes se tienden estas redes? No aprenden este arte, sino que nacen con él. De aquí resulta que ningún animal sabe más que otro. Ves también que las telas de araña son iguales, y iguales todas las celdillas del panal. Lo que enseña el arte es inseguro y variado, pero lo que nos enseña la naturaleza es

siempre idéntico. Nada ha enseñado mejor la naturaleza al animal como la defensa de su vida y habilidad de conservarla. Por esta razón comienzan á aprender y á vivir simultáneamente, y no debe admirar que nazcan con la destreza sin la cual nacerian en vano: este es el primer medio que la naturaleza les ha dado para alimentarles el amor de la vida, que no podrían conservar sino lo desearan; y si esto solo de nada les hubiera servido, sin ello, todo lo demás era inútil. No verás ningún animal que se abandone ni descuide siquiera. Los más brutales y estúpidos para todo son ingeniosos para su conservación; y verás finalmente que los que son inútiles para los demás son muy cuidadosos de sí mismos. Adiós.

EPISTOLA CXXII.

CONTRA LOS QUE INVIERTEN EL ORDEN DE LA NATURALEZA.

Los días comienzan á disminuir; ya son más cortos, pero bastante largos para el que se levanta, por decirlo así, con la luz para hacerse mejor, y no cuando se la espera solamente para salir temprano. Vergonzoso es permanecer en el lecho cuando el sol está ya alto, y no despertar hasta mediodía. Muchos hay, sin embargo, en cuya casa es de noche á esta hora. Otros hay que invierten el uso del día y de la noche, y que no comienzan á abrir los ojos, cargados de crápula, hasta que desaparece la luz. Parécense éstos á aquellos, como dice Virgilio, que puso la naturaleza debajo de nosotros y en sentido inverso, para quienes

Su roja luz enciende el Vespertino
Al ver nosotros la brillante aurora;

siendo contraria á la de todos, si no su morada, al menos su vida. Otros hay que son antípodas de los demás en la misma ciudad, y que, como dice Catón, «nunca vieron salir ni ocultarse el sol.» ¿Crees que saben vivir los que no saben cuándo? Temen la muerte y se sepultan vivos en ella; siendo de tan mal agüero como la aves nocturnas. Aunque pasan la noche entregados al vino, á las viandas y entre perfumes, no puede decirse que celebran festines, sino banquetes fúnebres. Sin embargo, solamente de día se tributan los últimos honores á los difuntos. Para el hombre activo nunca es bastante largo el día. Prolonguemos, pues, nuestra vida, que consiste principalmente en la acción. Cercenemos algo á la noche para añadirlo al día. A las aves que se quiere engordar se las mantiene inmóviles y en paraje oscuro. Vese que engruesa el cuerpo y se cargan de grasa los miembros de aquellos que no hacen ejercicio. Por eso no hay nada más repugnante que el cuerpo de estos que se dedican á la noche. Su color es el de los enfermos: están pálidos, lánguidos, y llevan carne muerta sobre cuerpo vivo. Y no es este, sin embargo, su mayor mal, porque tienen el espíritu envuelto en tinieblas, estúpido, ofuscado y enamorado de su ceguera. ¿Quién ha tenido jamás ojos para no utilizarles mas que de noche?

¿Preguntas de dónde procede esta depravación de odiar la luz y no querer vivir más que en las tinieblas?—Todos los vicios son contrarios á la naturaleza, y enemigos del orden y de la razón: el propósito de la disolución es agradar á los perversos, y no separarse solamente del camino recto, sino alejarse mucho de él, y hasta tomar el contrario. ¿No te parece

que viven contra la naturaleza los que beben en ayunas y llenan de vino sus venas vacías aún, y pasan á la comida cuando ya están ebrios? Este es el vicio de los jóvenes de hoy, que quieren ser fuertes, y cuando van á entrar en el baño, beben, ó más bien, se embriagan con gentes desnudas para quitarse el sudor que les produjeron frecuentes y cálidas libaciones. Beber después de comer es muy común, y así lo hacen los campesinos que ignoran las voluptuosidades. El vino, dicen aquéllos, es mucho más agradable cuando no nada sobre la comida y penetra libremente en los nervios; la embriaguez es mucho más dulce con el estómago vacío. ¿No te parece que viven contra la naturaleza los que cambian sus vestidos por los de mujer? ¿No viven contra la naturaleza los que quieren que la infancia se prolongue más allá de su término natural? ¿Qué puede haber más cruel é infame? El niño no será jamás hombre para poder servir más tiempo á los torpes placeres de otro hombre, y cuando su sexo debió sustraerle al ultraje, no escapará de él ni en la vejez. ¿No vive contra la naturaleza el que quiere rosas en invierno, y hacer brotar en medio del frío lirios que son flores de primavera, regándolos con agua caliente y dándoles ciertos grados de calor? ¿No es vivir contra la naturaleza hacer jardines en lo alto de las torres, y tener bosques que cubren el techo de las casas, echando las raíces donde apenas hubiesen podido elevar la copa? ¿No es vivir contra la naturaleza construir termas en el mar y creer que no se pueden tomar baños agradables si no lo azotan las olas y la tempestad? Después de acostumbrarse á quererlo todo contra la naturaleza, la abandonan por completo. ¿Es de día? ya es hora de dormir. ¿Reposan todos? salgamos, paseemos, comamos. No debe hacerse lo que hace el pueblo: es cosa baja vivir como

el vulgo. Dejémosle el día público, y hagamos para nosotros una mañana especial.

Para mí están todos éstos en el rango de los muertos, porque ¿está muy lejos de la tumba el que vive á la luz de las antorchas? Recordamos á muchos que han llevado esta vida al mismo tiempo: entre ellos Atilio Buta, que había sido pretor, quien habiendo disipado todos sus bienes y declarado su pobreza á Tiberio: «Te has despertado muy tarde,» le contestó. Montano Julio, poeta bastante apreciable y conocido por la amistad que le dispensaba Tiberio, aunque se resfrió muy pronto, recitaba versos en los que mezclaba á cada momento la salida y ocaso del sol: cansado un oyente de la longitud de sus recitaciones, dijo que no volvería, y contestó Nata Pinario: «Para obrar liberalmente, dispuesto estoy á escucharle desde que salga el sol hasta que se oculte.» Pero después que recitó estos versos:

*Incipit ardentis Phœbus producere flammas
Spargere se rubicunda dies; jam tristis hirundo
Argutis reditura cibos immitere nidis
Incipit, et molli partitos ore ministrat (1).*

Varo, caballero romano, amigo de L. Vicinio, conociendo que le admitían á espléndidas cenas por la libertad de su lengua, dijo: «Buta comienza ya á dormir.» Y cuando el poeta dijo después:

*Jam sua pastores stabulis armenta locarunt;
Jam dare sopitis nox nigra silentia terris
Incipit (2).*

(1) Ya comienza á derramar el sol sus rayos y á difundir el día; la triste golondrina, buscando pasto á sus polluelos, sale y vuelve al nido llamada por sus gritos.

(2) Ya encerraron los pastores los ganados en el establo; ya la negra noche difunde el silencio por la tierra.

el mismo Varo preguntó: «¿Qué dice? ¿que es de noche? Voy á saludar á Buta.» De nada se hablaba tanto como de la vida de este hombre, que era completamente extraordinaria y que muchos, como he dicho, habían abrazado.

Inclínanse algunos á esta manera de vivir, no porque crean que la noche tiene encanto particular, sino porque lo que es fácil no agrada, y la mala conciencia no gusta de la luz: añade, que los que aprecian ó desean las cosas por lo que cuestan no hacen caso de la luz, que es gratuita. Además estos lujosos quieren que se hable de ellos durante su vida, porque si no se habla, creen que han perdido el dinero. De esto resulta que se incomodan cuando lo que hacen no resplandece ni ocasiona ruido. Muchos hay que se comen sus bienes y mantienen amigas; mas para distinguirse entre ellos, es necesario hacer algo, no solamente lujoso, sino notable. En una ciudad que tiene tantas ocupaciones, no se habla de una esplendidez si no es extraordinaria. Peto Albinovano era hombre que refería admirablemente, y le oí contar que vivía junto á la casa de Sp. Papinio, uno de la turba de lucífugos. «Oí, decía, cerca de las nueve de las noche, chasquidos de látigos, y habiendo preguntado qué hacía, me contestaron que recibía las cuentas del gasto. A media noche escuchaba gritos, y preguntando ¿qué es eso? me decían:—Está ejercitando la voz. —Cerca de la octava hora de la noche preguntaba qué era aquel rumor de ruedas que escuchaba. Decíanme:—Es que va á salir en carruaje.—Al amanecer iban y venían, llamaban á los criados, y los mayordomos y los cocineros hacían mucho ruido. Preguntaba qué era aquello y me contestaban:—Acaba de salir del baño y pide la comida.» ¿Permanecía en la mesa todo el día? No; vivía frugalmente y solamente desperdi-

ciaba la noche. Por esta razón decía Pedo á los que le llamaban avaro y miserable: «Podéis llamarle también *lychnobio*» (1).

No debes admirarte si descubres tantos caracteres especiales en los vicios; son muy diferentes y tienen más rasgos particulares de los que podemos comprender. La virtud es una, el vicio múltiple y con frecuencia toma nuevos giros. Igualmente sucede con los que siguen y los que se apartan de la naturaleza: los primeros son francos, liberales y casi iguales; los segundos no pueden estar de acuerdo con nadie, ni consigo mismos. Parece que la causa principal de este extravío procede del disgusto que experimentan por la vida común. Como se distinguen de los demás por el traje, por la elegancia de los festines y brillo de las carrozas, quieren distinguirse también por el uso del tiempo. Los vicios ordinarios quedan para aquellos cuya recompensa es la infamia; buscan los extraordinarios todos estos que, por decirlo así, viven al revés. Así, pues, querido Lucilio, debemos mantenernos en el camino que nos trazó la naturaleza, sin separarnos de él. Los que lo siguen lo encuentran todo fácil y expedito; pero los que marchan al contrario viven remando contra la corriente. Adiós.

EPÍSTOLA CXXIII.

DEBEMOS ACOSTUMBRARNOS Á LA FRUGALIDAD.—DEBEMOS
DESPRECIAR Á LOS LIBERTINOS.

He llegado á mi casa de Albano muy avanzada ya la noche, fatigado por el camino, más incómodo que

(1) Que vive á la luz de una lámpara.

largo. Nada encontré preparado mas que mi apetito, por cuya razón me acesté para descansar y esperar con paciencia la tardanza del cocinero y repostero, pensando que nada hay molesto cuando se recibe con moderación, ni nada que nos desagrade si no consentimos en el desagrado. ¿No tiene pan mi repostero? lo tendrán el mayordomo, ó el arrendatario, ó los colonos.—Pero ese pan es malo, dirás. — Espera y será bueno; el hambre te lo hará encontrar blanco y tierno, con tal que no comas hasta que ella te lo mande. Esperaré, pues, y por este medio no comeré hasta que tenga pan bueno ó no me disguste el malo. Necesario es acostumbrarse á contentarse con poco. Muchas dificultades de tiempo y lugar impiden á veces á los grandes, por bien provistos que estén, comer á la hora ordinaria. Nadie puede tener lo que desea, pero todo el mundo puede dejar de desear lo que no tiene y recibir alegremente lo que se presenta. Muy ventajoso es tener estómago obediente y acostumbrado al hambre. No podrás comprender cuánto me he alegrado de que mi cansancio haya desaparecido por sí mismo. No busco unciones, ni baños, ni otro remedio que el tiempo. Lo que adquirí en el trabajo desapareció con el descanso.

Mi parca cena me ha deleitado más que un festín, porque al fin me he experimentado en una ocasión inesperada y, por tanto, sencilla y verdadera. Cuando nos encontramos preparados y dispuestos á la paciencia, no podemos conocer con certeza hasta dónde llegan nuestra moderación y firmeza. Mejor lo apreciamos cuando se nos sorprende, si no nos hemos irritado, ni siquiera conmovido, al encontrar algo desagradable; si no hemos pasado hasta la cólera y quejas; si hemos suplido á la falta de lo que debían servirnos, no deseándolo ó considerando que lo que

faltaba á nuestro servicio ordinario no faltaba á nuestro apetito. No se paran mientes en la superfluidad de muchas cosas hasta que faltan. Nos servíamos antes de ellas porque las teníamos, no porque debíamos tenerlas. ¡Cuántas cosas tenemos solamente porque otros las tienen! Una de las causas de nuestros vicios es que vivimos imitando á otros, no dirigiéndonos la razón, sino arrastrándonos la costumbre. Lo que no querríamos hacer si lo hiciesen pocos, lo imitamos cuando lo hacen muchos (como si fuese honesto por ser frecuente), sirviéndonos de razón el error cuando se ha hecho público. No se viaja hoy sin que precedan nubes y correos, porque es cosa torpe no llevar á nadie que separe los transeuntes y levante polvo para anunciar que viene una persona importante. Todos tienen ya mulos para trasportar sus vasos de cristal y de ágata y los platos cincelados por los mejores artífices, y no sería elegante carecer de muebles que puedan romperse al moverlos; lávase con licores el rostro á los jóvenes reservados para el placer, cuando salen al campo, por temor de que el sol ó el frío perjudique á su delicado cutis, y torpe cosa es no llevar en la comitiva ninguno cuyo rostro necesite estos preservativos.

Necesario es evitar la conversación con todos éstos, porque ellos son los que deslizan y propagan el vicio. Creyóse antes que los hombres eran aquellos que propagan las palabras, pero he aquí otros que propagan los vicios. La conversación de éstos es perniciosa, porque suponiendo que no perjudique en el acto, derraman en nuestro corazón un veneno que se hace sentir poco después. Así como aquellos que escucharon una sinfonía llevan en los oídos la armonía que les deleitó, impidiendo todo pensamiento y meditación seria, así la conversación de los adula-

dores y de los que ensalzan las cosas depravadas, por poco que se les escuche, persevera mucho tiempo en la memoria. No es fácil olvidar una conversación que nos agradó; si desaparece, vuelve por intervalos á nuestra mente. Por esta razón, es necesario cerrar los oídos á los malvados en cuanto empiezan á hablar; porque cuando han comenzado, y ven que se les escucha, cobran audacia, y al fin se permiten decir que la virtud, la filosofía y la justicia son nombres vanos que hacen ruido en el mundo, pero que la única felicidad consiste en vivir agradablemente, hacer lo que se quiere y gozar del caudal, esto es, vivir y recordar que somos mortales. Pasan los días, y la vida corre sin que se la pueda detener. ¿Por qué vacilamos en satisfacer nuestros deseos y conceder á nuestros sentidos toda clase de placeres, mientras son capaces de saborearlos y nos los pide la edad? ¿Por qué anticipar con la sobriedad el rigor de la muerte y privarnos ahora de lo que ella nos quitará algún día? No tienes amiga ni mancebo que la cause envidia; sales todas las mañanas en ayunas, y comes como si diariamente hubieses de dar cuenta de tus gastos: eso no es vivir, eso es ver vivir á los demás. ¡Qué locura privarse de todo y reunir caudal para un heredero, para hacerse un enemigo por lo considerable de la herencia, enemigo que se alegrará tanto más de tu muerte cuanto más le aproveche! En cuanto á esos tristes y suspicaces censores de la vida ajena y enemigos de la propia, á los que podríamos llamar pedagogos públicos, no los atiendas, y prefíere siempre la buena vida á la buena fama.

No menos deben huirse estas palabras que aquellas cerca de las cuales no quiso pasar Ulises sin taparse los oídos. Tanto poder tienen como éstas, y hacen olvidar padres, amigos, virtud, llevando á vida torpe y

miserable. Mejor es seguir el camino recto y llegar al estado en que agrade más lo honesto. Esto lo conseguiremos si consideramos que todas las cosas que nos atraen ó repelen son de dos géneros: nos atraen las riquezas, los placeres, la belleza, los honores y todo lo que encanta y lisonjea á los sentidos; nos repelen la muerte, el dolor, el trabajo, la ignominia, la pobreza. Necesario es que nos acostumbremos á no desear las unas y á no temer las otras. Luchemos en contra suya; huyamos de las que nos llaman y resistamos á las que nos ataquen. ¿No ves cuán distintas son las actitudes de los que suben y de los que bajan? Los que bajan inclinan el cuerpo hacia atrás; los que suben hacia adelante; porque inclinándose hacia adelante al bajar y hacia atrás al subir, es hacer, caro Lucilio, lo que hacen los viciosos. Desciéndose hacia los placeres; se sube hacia lo duro y difícil: para esto es necesario dar impulso al cuerpo; para aquello contenerlo.

¿Crees que digo que solamente debemos cerrar los oídos á aquellos que ensalzan las voluptuosidades y que inspiran horror á los dolores, que demasiado terribles se hacen por sí mismos? Considero que no es menos peligroso escuchar á aquellos que con autoridad de estoicos exhortan al vicio. Éstos dicen que «solamente el sabio y docto sabe amar; solamente él posce el arte de beber y de comer bien. Preguntémosle hasta qué edad han de ser apetecibles los manjares.»—Pero dejemos esto á los Griegos, y prestemos oído á los que nos dicen que «nadie es bueno por casualidad y que es necesario aprender la virtud; que la voluptuosidad es cosa baja y despreciable que nos es común con las bestias y á ella se precipitan hasta los últimos y más miserables; que la gloria nada tiene de sólido y estable; que es viento que pasa; que la po-

breza solamente es incómoda á los que no saben soportarla; que ni la muerte misma es un mal. ¿Cómo ha de serlo, si constituye el derecho común de todos los hombres? Que la superstición es loco error que teme lo que debe amar y que ofende á lo que reverencia, porque ¿qué diferencia existe entre negar que hay Dioses y deshonrarlos?» Esto es lo que debemos aprender, y aprender bien, porque la filosofía no debe proporcionar excusas al vicio. Ninguna esperanza de curación debe tener el enfermo cuando el médico le exhorta á la intemperancia. Adiós.

EPÍSTOLA CXXIV.

¿CONOCEMOS EL BIEN POR SENTIMIENTO Ó POR RACIOCINIO?

«Puedo referirte muchos preceptos de los antiguos; escucha hasta los pequeños, porque nada es despreciable en ellos.» — Sé que no los huyes y que no rechazas ni las cuestiones más sutiles: no es propio de tu buen gusto aceptar solamente lo grande; pero, por lo mismo que alabo tu conducta que quiere obtener provecho de todo y no puede soportar sutilezas inútiles, cuidaré de que no descendamos á ellas. Pregúntase: «Si conocemos el bien por sentimiento ó por raciocinio.» De esto se sigue «que en muchos animales y en los niños no existe.»

Los que colocan el bien sumo en la voluptuosidad, lo consideran como cosa sensible; nosotros, por el contrario, que lo colocamos en el entendimiento, decimos que el bien es cosa intelectual. Si nuestros sentidos pudiesen juzgar del bien, jamás rechazaríamos el placer, porque no existe ninguno que carezca de

atractivos y encantos; y, por el contrario, nunca querríamos experimentar dolor, porque nada hay en él que no ofenda los sentidos. Además, no podría reprehenderse á los que aman con exceso el placer ó temen inmoderadamente el dolor. Ahora bien; reprobamos á los que se entregan á la gula y á la lujuria, así como despreciamos á los que no se atreven á intentar nada por miedo al dolor. ¿Y cómo habrían de faltar obedeciendo á los sentidos, si éstos son los jueces del bien y del mal, si á ellos se encomienda decidir lo que se debe hacer y lo que se ha de desear? Porque en último caso la razón es soberana, y así como determina lo perteneciente á las costumbres, lo virtuoso y honesto, debe determinar también lo que es bueno y lo que es malo. Los partidarios de esta opinión conceden á la parte inferior autoridad para juzgar á la superior, cuando permiten á los sentidos, que son más obtusos en el hombre que en los animales, definir lo que es el bien. ¿Qué sucedería si alguno quisiese juzgar de las cosas más pequeñas por el tacto y no por la vista? Los ojos son el sentido más sutil y el más capaz de conocer el bien y el mal. Considera, pues, cuánto se alejaría de la verdad el que juzgase del bien y del mal por el tacto, y cuánto rebajaría la dignidad de las cosas sublimes y divinas.

A esto contestan: «Como toda ciencia debe tener algo evidente y conocido de los sentidos, de lo que toma origen y desarrollo, así también la vida feliz debe tener como fundamento y principio cosas manifiestas y que caigan bajo el imperio de los sentidos. Vosotros mismos decís que la vida feliz toma principio de cosas manifiestas.»—Nosotros decimos que es feliz lo que está conforme con la naturaleza; que lo que está conforme con la naturaleza es patente y se manifiesta en seguida. Pero lo que está conforme con

la naturaleza, lo que ocurre al recién nacido, no lo llamo bien, sino principio de bien. Tú atribuyes á la infamia la voluptuosidad como bien soberano, y quieres que la infamia empiece por el punto á donde debe llegar el hombre perfecto. Pones la copa del árbol donde deben estar las raíces. Si alguno dijese que el infante encerrado en el vientre de su madre, incierto aún su sexo, débil, tierno, informe, siente ya algún bien, se engañaría sin duda. ¿Y qué diferencia media entre el infante recién nacido y aquel que todavía es una carga en el seno de su madre? Uno y otro son igualmente incapaces en cuanto á la inteligencia del bien y del mal; porque un infante no es más susceptible de bien que el árbol ó la bestia. ¿Y por qué no son susceptibles de bien el árbol y la bestia? Porque carecen de razón. Lo mismo sucede en cuanto al infante que todavía no tiene razón. Cuando la alcance, alcanzará también el bien.

Existen animales sin razón; otros que no tienen razón todavía; otros que la poseen, pero imperfecta. En ninguno de ellos existe el bien, porque el bien lo trae consigo la razón. ¿Qué diferencia existe entre ellos? Que jamás conseguirá el bien el que carece de razón; ni lo conseguirá el que todavía no es racional, mientras permanezca en este estado: el que es perfectamente racional puede conseguirlo, pero no lo posee todavía. Así digo, caro Lucilio, que el bien no se encuentra en todos los cuerpos, ni en todas las edades; tan lejos está de la infancia como lo último de lo primero y el fin del principio. Luego no puede encontrarse en el tierno y recién formado cuerpo del infante, de la misma manera que no puede encontrarse en la semilla. Porque suponiendo que existe algún bien en un árbol ó en una planta, no está en las primeras hojas que brotan. Algún bien existe en

el trigo, pero no cuando es tallo de hierba, ni cuando brote la espiga, sino cuando el grano llega á sazón y madurez. Así como todo lo que produce la naturaleza no muestra su bondad hasta que llega á la perfección, así el bien que existe en el hombre no aparece hasta que su razón es perfecta. ¿Qué bien es éste? Lo diré: el alma recta y libre que sujeta todas las cosas y no se sujeta á ninguna. Tan lejos está la infancia de este bien, que la adolescencia no lo pretende, y apenas puede esperarlo la juventud. Afortunada es la vejez, si á costa de trabajo llega al término donde se muestra este bien y es más comprensible.

«Has dicho, replicarán, que existe algún bien en el árbol y en la planta; luego también puede haberlo en el infante.»—El verdadero bien no está en el árbol, ni en los animales, llamándose bien precario al que se les atribuye.—¿En qué consiste? preguntarás.—En el que es propio á la naturaleza de cada uno. El bien no puede encerrarse en el cuerpo de un animal; pertenece á naturaleza más elevada, encontrándose solamente donde está la razón. De estas cuatro naturalezas, árbol, animal, hombre, Dios, las dos primeras, que son irracionales, tienen carácter igual; las otras dos son diferentes, una mortal, otra inmortal. El bien que está en Dios es perfecto en su naturaleza, y el que reside en el hombre se perfecciona con el trabajo. Los otros son perfectos en su naturaleza, pero no con perfección verdadera, puesto que carecen de razón, y nada puede ser perfecto si no está conforme con la naturaleza universal, y la naturaleza universal es racional: las demás cosas pueden ser perfectas en su género. Lo que no puede tener vida feliz, tampoco puede tener lo que hace la vida feliz. Es así que el bien hace la vida feliz; luego el bien no se encuentra en la bestia.

El animal comprende las cosas presentes y recuerda las pasadas cuando encuentra algo que las representa á sus sentidos. El caballo recuerda el camino cuando se le pone en él, pero no lo recuerda en la cuadra aunque lo haya recorrido muchas veces. En cuanto á lo futuro, está fuera del alcance de las bestias. ¿Cómo podrán tener conocimiento de una naturaleza perfecta los que no lo tienen del tiempo? El tiempo se compone de tres partes; pasado, presente y futuro. El presente, que es el más corto y pasa en un instante, se ha dado á las bestias. En cuanto al pasado, casi no lo recuerdan, á menos que algún objeto presente se los reproduzca. No puede, por consiguiente, el bien que pertenece á la naturaleza perfecta encontrarse en una naturaleza imperfecta, y si se encuentra en ella, es á la manera que está en las plantas. No niego con esto que las bestias tengan decidida inclinación hacia todo lo que está conforme con la naturaleza, pero desordenada y confusa, y el bien no es jamás desordenado ni confuso.—¿Cómo! excluirás, ¿lo que hace moverse á las bestias es desordenado y confuso?—Diría que así es, si su naturaleza fuese capaz de algún orden. Pero es cosa cierta que siguen el impulso que les da la naturaleza, y que no puede llamarse desordenado sino á lo que puede ordenarse alguna vez, ni inquieto sino á lo que puede ser tranquilo, así como ninguno es vicioso que no pueda ser virtuoso. Tal es por su propia naturaleza el movimiento de los animales. En fin, por no detenerte más tiempo, en el animal puede existir algún bien, alguna virtud, alguna perfección; pero en absoluto no es bien, ni virtud, ni perfección; porque todo esto solamente conviene á los hombres que saben por qué, hasta dónde y cómo deben obrar. Así es que el bien no se encuentra en ningún sér incapaz de razón.

¿Me preguntas ahora para qué sirve toda esta discusión, y qué provecho puedes obtener de ella?—Te lo diré. Ejercita y sutiliza el espíritu, proporcionando á su actividad honesta ocupación. Además, se favorece al hombre, á quien se detiene cuando corre al vicio. ¿Y puedo prestarte mejor servicio que hacerte conocer tu propio bien, separarte de las bestias y ponerte al lado de Dios? ¿Por qué ejercitas las fuerzas del cuerpo? Después de ejercitarlas verás que son mayores las de los animales. ¿Por qué cuidas tanto del vestido? Después de acudir á todos los recursos del arte, verás muchos animales más adornados que tú. ¿Por qué peinas tus cabellos con tanto esmero? Extiéndelos á la manera de los Parthos, átalos como los Germanos, ó déjalos flotar al viento como los Scitas. Después de todo, no hay caballo que no tenga la crin más abundante; y la melena del león, por erizada que esté, será siempre más bella que tu cabellera. Cuando hayas aprendido á correr, no correrás tanto como la liebre. ¿No querrás abandonar el cuidado de todas estas cosas extrañas, en las que jamás sobresaldrás, para aplicarte á tu bien particular? ¿Cuál es éste? El alma corregida, pura y limpia que se levanta de la tierra, que quiere imitar á Dios, y que no pone fuera de ella aquello que tiene en sí. Eres animal racional. ¿Cuál es tu bien? La razón perfecta. Llévala al punto más alto á que pueda subir, y considérate feliz cuando veas brotar en tí mismo tus placeres; cuando entre todas las cosas que el hombre desea, arrebatas y conserva, no encuentres ninguna, no diré que codicies, sino que ni siquiera desees. Sencilla regla te daré para que te midas y conozcas si has llegado á la perfección. Poseerás todo tu bien cuando comprendas que los considerados como felices son en realidad muy desgraciados. Adiós.

ÍNDICE.

| BPÍST. | PAGE. |
|---|-------|
| APUNTES BIOGRÁFICOS..... | VII |
| ADVERTENCIA..... | XXXI |
| I. Del uso del tiempo..... | 1 |
| II. De los viajes y de la lectura..... | 2 |
| III. De la elección de amigos..... | 4 |
| IV. Del miedo á la muerte..... | 6 |
| V. De la ostentación de la filosofía y de la verdadera filosofía..... | 9 |
| VI. De la verdadera amistad..... | 11 |
| VII. Debe huirse de la multitud..... | 13 |
| VIII. A qué trabajos debe dedicarse el sabio.. | 16 |
| IX. De la amistad de los sabios..... | 19 |
| X. De la utilidad de la soledad..... | 25 |
| XI. Cuánto vale la sabiduría para corregir los vicios..... | 26 |
| XII. De las ventajas de la ancianidad y de la disposición á la muerte..... | 29 |
| XIII. Cuál deba ser la fortaleza del sabio.— No te preocupes de lo futuro..... | 32 |
| XIV. Cómo se ha de amar al cuerpo..... | 37 |
| XV. De los ejercicios del cuerpo..... | 42 |
| XVI. De la utilidad de la filosofía..... | 45 |
| XVII. Debe abrazarse sin dilación la filosofía. La pobreza es un bien..... | 47 x |
| XVIII. De los regocijos del sabio..... | 50 |
| XIX. Cuáles son las ventajas de la tranquilidad..... | 54 |
| XX. De la inconstancia de los hombres..... | 57 |
| XXI. De la verdadera gloria del filósofo..... | 61 |
| XXII. De los consejos.—Del abandono de los negocios..... | 64 |

| | |
|---|------|
| XXIII. En la filosofía existen verdaderos goces..... | 68 |
| XXIV. Del miedo á lo futuro: de la muerte.. | 71 |
| XXV. De los peligros de la inquietud.—De los goces de la pobreza..... | 78 * |
| XXVI. Alabanzas de la vejez..... | 80 |
| XXVII. Solamente en la virtud existe goce verdadero..... | 82 |
| XXVIII. Los viajes son inútiles para la curación del alma..... | 85 |
| XXIX. De la oportunidad en los consejos... | 87 |
| XXX. Debe esperarse la muerte con ánimo tranquilo: ejemplo de Basso..... | 90 |
| XXXI. Del desprecio á la estimación del vulgo..... | 95 |
| XXXII. Exhorta á la filosofía..... | 98 |
| XXXIII. De las sentencias filosóficas..... | 99 |
| XXXIV. Alabanza y exhortación á la perseverancia..... | 102 |
| XXXV. La amistad no existe más que entre los buenos..... | 103 |
| XXXVI. Ventajas de la tranquilidad: de la opinión del vulgo: del desprecio á la muerte..... | 105 |
| XXXVII. De la fortaleza sometida á la filosofía. | 108 |
| XXXVIII. Alaba los discursos breves..... | 109 |
| XXXIX. De los inconvenientes de las grandes fortunas..... | 110 |
| XL. De cómo debe ser la elocuencia de los filósofos..... | 112 |
| XLI. Dios reside en el varón justo..... | 115 |
| XLII. Son muy pocos los varones justos... | 118 |
| XLIII. De prudentes es vivir como si se estuviese en público..... | 120 |
| XLIV. En la filosofía existe la verdadera nobleza..... | 121 |
| XLV. De la inútil sutileza de los dialécticos..... | 123 |
| XLVI. Juzga y alaba el libro de Lucilio, considerado filosófico..... | 127 |
| XLVII. Debe tratarse con indulgencia á los criados..... | 128 |

| EPÍST. | PAGE. |
|--|-------|
| XLVIII. De la inutilidad de las discusiones de los sofistas..... | 133 |
| XLIX. De la brevedad de la vida, por lo cual debemos abstenernos de lo inútil. ... | 136 |
| L. Muchos no conocen sus propios vicios; cuando se conocen, no debe desesperarse de la curación..... | 139 |
| LI. El sabio debe elegir lugar conveniente para vivir. | 142 |
| LII. Auxilio necesitan los que buscan la sabiduría: debe elegirse buen guía.... | 146 |
| LIII. Muchos ignoran sus propios vicios: la filosofía se los muestra y sana..... | 149 |
| LIV. Padece asma: está muy cerca de la muerte y completamente preparado para ella. | 152 |
| LV. De la quinta de Vatia: de la ociosidad buena y mala..... | 154 |
| LVI. En todas partes puede estar tranquilo el sabio y dedicarse al estudio; y al contrario, el malo está agitado en todas partes..... | 158 |
| LVII. Los movimientos repentinos del alma no están bajo el dominio del sabio.. | 162 |
| LVIII. Explica cómo dividió Platón todas las cosas que existen..... | 164 |
| LIX. Diferencia entre la voluptuosidad y el regocijo: de la imbecilidad humana. | 173 |
| LX. Debe despreciarse lo que desea el vulgo. | 178 |
| LXI. Está preparado para la muerte..... | 179 |
| LXII. Del uso del tiempo..... | 181 |
| LXIII. No debe llorarse inmoderadamente a los amigos..... | 182 |
| LXIV. Alabanza a Q. Sextio y a los sabios antiguos..... | 186 |
| LXV. Opiniones de Platón, Aristóteles y los estoicos acerca de la causa.—Estas meditaciones levantan el espíritu a las cosas sublimes..... | 188 |
| LXVI. Todos los bienes son iguales: todas las virtudes son iguales..... | 194 |
| LXVII. Todo bien es deseable..... | 207 |

| | |
|--|-----|
| LXVIII. Recomienda el descanso y enseña cómo debe ser éste..... | 211 |
| LXIX. Los viajes frecuentes perjudican á la sabiduría..... | 214 |
| LXX. Puede desearse la muerte cuando es más ventajosa que la vida..... | 216 |
| LXXI. El sumo bien consiste en lo honesto.—Todos los bienes son iguales . | 223 |
| LXXII. Debe abandonarse todo para abrazar la filosofía..... | 233 |
| LXXIII. Sin razón se acusa á los filósofos de rebeldes..... | 236 |
| LXXIV. No hay otro bien que lo honesto.... | 240 |
| LXXV. La filosofía no debe atender á las palabras, sino á las ideas..... | 249 |
| LXXVI. Hasta en la vejez puede aprenderse.—Prueba de nuevo que no hay otro bien que lo honesto..... | 253 |
| LXXVII. De las naves alejandrinas.—De la muerte de Marcelino..... | 262 |
| LXXVIII. No deben temerse las enfermedades..... | 267 |
| LXXIX. De Caribdis, Scila y el Etna.—Los sabios son iguales entre sí..... | 275 |
| LXXX. De la ventaja de la pobreza..... | 280 |
| LXXXI. ¿Debemos ser agradecidos con aquel que después de favorecer perjudica?..... | 283 |
| LXXXII. Contra la molicie: después contra las argucias de los dialécticos..... | 291 |
| LXXXIII. Dios examina nuestras almas.—Vuelve sobre las argucias de los estoicos, principalmente acerca de la embriaguez..... | 299 |
| LXXXIV. Se debe leer y escribir alternativamente: qué fruto hemos de obtener de nuestras lecturas..... | 306 |
| LXXXV. El sabio solamente debe experimentar afectos moderados..... | 310 |
| LXXXVI. De la quinta del Africano y de su baño: del modo de trasplantar árboles..... | 320 |

| EPÍST. | PÁGS. |
|--|-------|
| LXXXVII. De la frugalidad y lujo. — ¿Son un bien las riquezas? | 325 |
| LXXXVIII. Las artes liberales no pueden hacer al hombre bueno ni llevan á la virtud..... | 336 |
| LXXXIX. División de la filosofía: del lujo y avaricia de su tiempo | 348 |
| XC. Alabanza á la filosofía: en ella sola debe fijar su atención el espíritu. | 354 |
| XCI. Del incendio de Lyón: reflexiones sobre la muerte..... | 368 |
| XCII. Rechaza á los epicúreos.—La voluptuosidad no contribuye á la felicidad..... | 374 |
| XCIII. No se ha de medir la vida por su duración, sino por sus actos..... | 384 |
| XCIV. ¿Son útiles los preceptos especiales de la filosofía? | 387 |
| XCV. Los preceptos solos no engendran la virtud: necesarias son las máximas generales..... | 407 |
| XCVI. Debe soportarse todo con paciencia..... | 427 |
| XCVII. Siempre han existido malvados.—De la fuerza de la conciencia.... | 428 |
| XCVIII. No debe confiarse en los bienes exteriores..... | 433 |
| XCIX. Debemos consolarnos en la muerte de los hijos: no ha de cederse al dolor..... | 437 |
| C. Juicio acerca del filósofo Fabiano Papirio y de sus escritos..... | 445 |
| CI. De la muerte de Seneción..... | 448 |
| CII. Es un bien la fama después de la muerte..... | 453 |
| CIII. El hombre ha de precaverse principalmente del hombre..... | 460 |
| CIV. De su enfermedad y cariño á la esposa.—Los males del ánimo no se curan con viajes.—Se debe vivir como los varones antiguos y eminentes..... | 462 |

| Epist. | PAGS. |
|--|-------|
| CV. De lo que da tranquilidad á la vida... | 471 |
| CVI. De si el bien es cuerpo..... | 473 |
| CVII. Debe robustecerse el ánimo, contra lo fortuito y lo necesario..... | 475 |
| CVIII. De qué manera ha de escucharse á los filósofos..... | 478 |
| CIX. Si aprovecha el sabio al sabio y de qué manera..... | 488 |
| CX. | 493 |
| CXI. Opone la verdadera filosofía á los so- fismas..... | 498 |
| CXII. Desespera de corregir á un amigo de Lucilio, viejo en edad y en vicios, aduciendo el ejemplo de la vid.... | 499 |
| CXIII. Si las virtudes son seres animados.— Deben despreciarse estas discusio- nes..... | 500 |
| CXIV. La corrupción del lenguaje procede de la corrupción de costumbres.... | 508 |
| CXV. Describe la belleza de la virtud.—Del excesivo amor á las riquezas..... | 516 |
| CXVI. Deben rechazarse todas las pasiones. | 522 |
| CXVII. Si siendo un bien la sabiduría, lo es también el saber..... | 524 |
| CXVIII. En qué consiste el bien..... | 533 |
| CXIX. Es rico el que domina sus deseos.... | 538 |
| CXX. Cómo adquirimos el primer conoci- miento de lo bueno y lo honesto .. | 541 |
| CXXI. Si todos los animales tienen concien- cia de sí mismos..... | 548 |
| CXXII. Contra los que invierten el orden de la naturaleza..... | 554 |
| CXXIII. Debemos acostumbrarnos á la frugali- dad.—Debemos despreciar á los li- bertinos..... | 559 |
| CXXIV. ¿Conocemos el bien por sentimiento ó por raciocinio?..... | 564 |





